

OBRAS

DE

D. F. SARMIENTO

OBRAS

DE

D. F. SARMIENTO

PUBLICADAS BAJO LOS AUSPICIOS DEL GOBIERNO
ARGENTINO

TOMO XLIX

MEMORIAS

BUENOS AIRES

7562 — Imprenta y Litografía «Mariano Moreno», Corrientes 829

1900

EDITOR
A. BELIN SARMIENTO

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Está indicado en las notas que algunas páginas de este volumen han sido tomadas de un folleto que hemos publicado en 1884, con el título de *Introducción á las memorias militares y foja de servicios de D. F. Sarmiento*.

Ese folleto fué publicado durante la ausencia de Sarmiento en misión á Chile y arreglado por el presente editor, en presencia de los apuntes que nos dejara, junto con la plena autorización de emplearlos en la forma que nos pareciera conveniente, autorización de que usamos entonces libremente, suprimiendo, agregando y trasponiendo, en la plena seguridad de no apartarnos del espíritu del autor y de que hasta los defectos serían aprobados.

La parte inédita de los fragmentos póstumos que completan este volumen, tienen el mismo carácter que los del folleto mencionado. Nos fueron confiados para que redactáramos y diéramos forma, una serie de apuntes inconexos y arrojados al papel sin plan y á medida que una ocurrencia hacía saltar una reminiscencia, quedando asaz truncos é incompletos, interrumpidos por la agitada ancianidad y los achaques de los últimos tiempos.

En vida de Sarmiento pudimos hacer lo que él nos encargara; pero debíamos conservar á lo que publicára-

mos despues, su carácter de absoluta autenticidad, conformándonos al texto manuscrito que será depositado en la Biblioteca Nacional, donde podrá cotejarse con la publicación y cerciorarse quien quiera de la fidelidad y respeto con que hemos puesto en orden cronológico y ajustado páginas inconexas entre sí, que nadie hubiese tenido quizá la paciencia de ordenar.

Declaramos, pues, que todo lo inédito de este tomo es genuinamente del autor y que, si bien algo hemos suprimido por ser repeticion ó por su inoportunidad, nada hemos agregado ni cambiado, ni *prestado generosamente* de lo nuestro, como ha dicho un crítico de anteriores publicaciones, donde solo hemos cumplido estrictamente los deberes de un editor, en una compilacion que no volverá á hacerse de trabajos improvisados, con rapidez y abundancia asombrosas, corrigiéndose solo evidentes descuidos y errores de imprenta y hasta dejándolos cada vez que al corregirlos temiésemos desvirtuar la originalidad del estilo. Estamos persuadidos ademas que la crítica seria muy mucho mas acerba si hubiésemos dejado todos los lunares.

Una buena parte de estos apuntes revela la intencion de demostrar que el grado de General de Division tenia por lo menos el justificativo de la antigüedad de servicios reales en la milicia y aptitudes demostradas. Sarmiento en su época fué cruelmente escarnecido y ridiculizado por llevar un grado y aceptar sus emolumentos, como si fuera debido únicamente al favoritismo y se comprende su empeño en defenderse de tan feo cargo; pero hoy, á parte del interes histórico y de la belleza de las narraciones, parecería que igual empeño fuera aun de actualidad, si hemos de atenernos á las aserciones de uno de sus historiadores. Tanta ha sido la vocingleria á este respecto, que don Guillermo J. Guerra, escritor chileno que acaba

de consagrar un hermoso estudio de 400 páginas á Sarmiento, se ha dejado influenciar por ese ambiente y atribuye á una especie de vanidad pueril el que Sarmiento se creyera en efecto militar, cuando lo ha sido y notable en el concepto desapasionado de los militares mas cuadrados que en nuestro país han servido bajo sus órdenes, y como si fuese en realidad incompatible para ser acreedor á los mas altos grados militares, el haber sabresalido en otras ramas de la actividad humana.

EL EDITOR.

INTRODUCCION (1)

Para traer á la memoria, en los últimos años de la vida de un actor en aquella grande epopeya de la historia argentina, la parte que á él le cupo desempeñar en tan largo y complicado drama, conviene tener presente que diez años despues de caído el telon, el teatro mismo de los hechos se ha modificado, no quedando de los sucesos historia ordenada, ni de los hombres que figuraron en primera y segunda línea, sino rarísimos testigos y actores.

Quedan es verdad, sin alterarse, á un extremo de la dilatada llanura, los imperturbables Andes, al otro los grandes ríos que arrastran sus aguas tranquilas hacia el estuario del Río de la Plata. Una y otra extension de territorio conservará siempre la fisonomía solemne y triste del Desierto, rebelde á recibir la accion de la cultura; pero las locomotoras avanzan ya en todas direcciones, dándose silvos de inteligencia al suprimir distancias y asimilar jurisdicciones.

¿Dónde queda hoy la Guardia de la Esquina, extremo entonces y centro ahora de la civilizacion de Santa Fe? ¿Qué haría hoy Quiroga con sus bandas de descamisados, aunque pudiera lanzar otra vez el grito de: religion ó muerte?

Sería, empero, historia digna de un Gibbon, por el

(1) Esta introduccion precede un folleto titulado: — « Introduccion á las Memorias Militares y fojas de servicios de Domingo F. Sarmiento, General de Division (R. A.)—Buenos Aires, imprenta Europea, 1884, que publicó el editor de estas obras, durante el viaje de Sarmiento á Chile en 1884 y del que incluiremos aquí las páginas que no hagan repeticion. (Nota del Editor).

contraste de los futuros tiempos, cuando nada quede de lo pasado, sustituido el caballo por la locomotora, el chasque por el telégrafo, el ganado silvestre por la cultura del suelo, y aun las razas humanas por la recolonización de tan vasto país

¿Qué figuras de titanes suministrarían en aquella lucha de descomposición, los nombres de Aldao, el fraile guerrero; de Facundo Quiroga, llamado el tigre de los Llanos; de Rosas, el astuto lobo, que no pertenecen á las categorías ordinarias de la sociedad moderna? ¿Cómo explicar la impotencia de espadas como las de Paz, Lavalle, Acha, La Madrid y tantos héroes que la América acataba y vinieron á oscurecerse en las nubes de polvo que levantaban los jinetes de la Pampa? Sucedió que los guerreros se tornasen en escritores, cambiando la espada en punzante buril y dejando á veces páginas que valían batallas, como si sembraran ideas regeneradoras, donde solo se veían ruinas ú osamentas. Este es el carácter distintivo de aquellas guerras civiles que principiaron por matanzas, y acabaron por razonamientos, y cuya grande batalla en la morada del tirano en quien se resumen todas las resistencias coloniales, ó las creadas por los desperdicios de la guerra de emancipación, proclama la unidad de país tan subdividido, y una Constitución nacional bajo los principios y condiciones que reconocen los pueblos modernos para organizar gobiernos regulares.

Mientras que aquella historia universal de la gran guerra civil, que principia con la abdicación de Rivadavia, no se escriba, la opinión de cada época no verá de tan vasto cuadro sino lo que tiene mas cerca. Los grandes centros de población son los focos activos de la opinión pública dominante; y es singular ver cómo los hombres y los sucesos figuran en este escalafón de grados que la opinión contemporánea acuerda. Sin ir mas lejos, caído Rosas, sus sucesores son el objeto de la pública execración; pero separado Buenos Aires de la masa general de los pueblos, la ambición y la necesidad de la propia defensa requieren un ejército, y fuerza es revivir los grados dados por Rosas como base, añadiéndoles los jefes y oficiales orientales, venidos con el Ejército Grande y algunos jefes de la Independencia. Los que militaron con Lavalle son admi-

tidos con restricciones, y mas tarde los del general Paz, que hicieron la guerra del Brasil, apenas eran nombrados por cuanto quedaron en la Confederacion. Al fin, y cuando con la reintegracion y constitucion de la República, todos estos diversos ejércitos se funden en uno, los guerreros de la Independencia, mediante un sobresueldo, recuperan su puesto de honor en la lista militar.

Esto no quita que para la opinion local no haya glorias que alcancen á las de la defensa de Buenos Aires en que todos han tenido parte, Cepeda y Pavon tan poco gloriosos, y la larga campaña del Paraguay á que concurreó la mas brillante juventud. Para los que no se hallaron en sus numerosos y poco decisivos combates no había salvacion; y como la opinion la forman los jóvenes que escriben en la prensa, si alguno dejó de mostrarse con hábito militar desde 1858, por ejemplo, como la opinion es joven, acaso de menos de veinte años, es de temer que en su horizonte no entren los sucesos ni los hombres de mas de treinta. Los de setenta pertenecerian á la historia antigua. Si deseáramos una protesta contra estas exclusiones, iríamos á buscarla elocuente en la democrática Atenas, en aquello á que ha dado forma imperecedera Aristófanes con la misma mano que desgarraba á Sócrates y le preparaba con sus sarcasmos la copa de cicuta.

Nosotros los viejos, hace decir á los restos de Salamina, acusamos á esta ciudad. Tantos combates nos darian derecho á ser alimentados por ella, al fin de nuestra vida. Lejos de eso, somos maltratados, implicados en procesos, abandonados á las burlas de los jóvenes oradores, aunque seamos sordos y demasiado débiles ya para llenar una flauta con nuestro soplo debilitado por la edad. Poseidon debía protejernos, pues no nos queda mas apoyo que un baston. Balbuceando con voz senil delante de la piedra del Tribunal, no vemos sino la sombra de la justicia, mientras que el acusador que quiere conciliarse á los jóvenes, nos abruma con su dialéctica, y arrastrándonos ante los jueces nos confunde á cuestiones, tendiéndonos celadas de palabras. Su agresion turba, anonada y despedaza al pobre Filthon, el cual inhabilitado por la edad, enmudece, y es condenado á pagar la multa, lo que le hace decir á sus amigos, con las lágrimas en los ojos: «Me quitan lo que tenia para pagar mi sepultura!» Decid si no es infamia esto? Pues qué! el clepsidro mata al anciano blanco de canas que en la ardiente refriega tantas veces se cubrió de glorioso sudor, y cuyo coraje salvó la patria en Maraton!.... (1)

(1) Traducido por Paul de Saint Victor y citado en *Les Deux Masques*. Tom. II pág. 273.

Pueden ser significativas las semblanzas de situacion, y no deja de serlo seguramente el hecho denunciado por Aristófanes, de que es la juventud ateniense la que así insulta las canas de Salamina y Maraton, justificando hoy como entonces el pedido de los ancianos, de que «en adelante no pudiesen los viejos ser acusados sino por los viejos, y los jóvenes por los jóvenes.»

No se ceba por cierto nuestra democracia en disputar el pan á los que les han creado la situacion próspera de que abusa, puesto que les aseguran con pensiones una vida soportable. Es á la fama que se dirijen sus tiros, y tan frecuentes y repetidos son, que al cabo desaparecen de la vista los títulos y de la memoria la tradicion; preguntándose en seguida, ó insinuándolo, que si no es el favor de ayer lo que nos improvisó de favoritos en generales de la República. «Nos abruman con cuestiones, y nos tienden celadas de palabras.» Mostrad vuestra foja de servicios, nos dicen, ante cuyo argumento enmudecemos, á causa de que en el caos de diez guerras civiles que se cruzaban entre sí, disuelta la Nacion en 1826, entrechocándose sus fragmentos, uno suprimiera lo que el otro había creado, por ser su propia acusacion. Felices algunos, si á mas del hecho de encontrarse por sucesion de servicios coroneles ó generales vivos pueden apoyarse en algun testimonio escrito, escapado de la conflagracion, como aquellas hojas sueltas que cubren el suelo despues de una tormenta. Caenos á la mano, por accidente, uno de esos testimonios cuya autenticidad proviene de que son fugaces, como suele por ornato de la narracion, decirse que la luna brillaba en todo su esplendor en la época del suceso narrado, y el abogado que acusa á un reo de homicidio le prueba con este incidente, de una narrativa extraña al crimen, que no era en la obscuridad de la noche que acometió á su víctima, como lo pretendia.

El biógrafo del general D. Nicolás Vega, narrando sus campañas, para justificar sus títulos, dice :

«Dos días despues fué atacada la fuerza del General Vega por una división mendocina destacada desde la ciudad de San Juan, al mando del Comandante D. Casimiro Recuero (antes de Granaderos á Caballo). El General Vega principió sus operaciones marchando con su division hacia las alturas de Niquivil, punto ventajoso en que se había acampado el enemigo á una legua de Jachal, para

encontrarlo y batirlo, lo que efectuó tomando la ofensiva y cargando al enemigo hasta derrotarlo completamente, persiguiéndolo mas de cuatro leguas.

En esta brillante jornada se distinguieron entre otros jefes, el Coronel D. Domingo Recaño (antes del Once de los Andes) y D. Domingo Sarmiento que era uno de los ayudantes de Campo del General Vega, el cual atravesó los fuegos del enemigo para llevar la orden del General al Comandante de Escuadron D. Julian Castro de que flanquearan al enemigo por su derecha cuyo movimiento, efectuado con precision, ocasionó su completa derrota (1).

Si alguna duda dejara esta primera anotacion histórica para reconstruir una foja de servicios, confirmaría su autenticidad un documento público que en su época adquirió grande notoriedad, por cuanto sirvió de base á reclamaciones diplomáticas entre el Gobierno de Rosas y el de Chile en 1849. El reclamo procedia de suponerse probada la violación de las leyes de la neutralidad, con los propósitos que revelaba el General Ramirez en la siguiente carta:

«Exmo. Señor D. Juan Manuel de Rosas:

Me honro de elevar á V. E. la adjunta carta del loco, fanático, unitario, Domingo Sarmiento, sin duda con su malévolá intencion, y que creyéndome en desgracia y que por ella fuese yo capaz de manchar mi foja de servicios siguiendo sus alucinados planes contra nuestra independencia y santa causa federal.

A este judío unitario en la revolucion salvaje que estalló en Mendoza en el Pilar (1829) lo tomé prisionero, salvándole la vida á él y á otros sin conocerlos, y por un acto de generosidad lo conduje á mi casa, y le noticié de ello al general D. Benito Villafañe, quien lo hizo trasladar á la suya, diciendo que tenia encargo de su familia para protegerlo. — JOSÉ SANTOS RAMIREZ. (2)

Decidme ahora, ó joven Juez de viejas reputaciones ¿habiais nacido siquiera en 1829? sabeis lo que fué la batalla del Pilar? un reguero de sangre. Conociais el apodo de loco, con que habeis escarnecido, martirizado á un hombre público, acaso dudando del acierto de sus observaciones hijas de grande estudio y experiencia, atribuyéndolas á un espíritu desordenado? Erais el eco de un pobre diablo y de Rosas!

Pero estos dos testimonios traen ya indicios que habrán

(1) Biografía del señor General D. Nicolás Vega, General de los Ejércitos Nacionales, escrita en 1864, con presencia de sus Memorias, páj. 14, tercera edición, Buenos Aires, imprenta de «La Union Argentina».

(2) Tomada de los documentos presentados al Congreso por el Gobierno de Chile dando cuenta de la misión de D. Baldomero García, 1849.

de servir mas tarde para explicar ciertos hechos, ó determinar el rumbo que ya trazan al protagonista. En 1829, cuenta apenas diez y ocho años, y basta mirar á cualquiera que hoy los tenga, para cerciorarse de que á esa edad, el joven Sarmiento es el edecan elegido por el General en jefe D. Nicolás Vega al mando de las fuerzas de San Juan en Niquivil, para dar órdenes de combate, contra las fuerzas de los Aldao de Mendoza; y de que dos meses despues, disipado aquél ejército, es tomado prisionero en la batalla del Pilar de Mendoza; en que triunfan los Aldao definitivamente y en la que mueren sus compañeros sanjuaninos, nombrados como él *ad honorem* edecanes del General en jefe D. Rudecindo Alvarado, y por accidente muere tambien el Presidente del Congreso que declaró la Independencia de las Provincias Unidas, mientras que el casi imberbe ayudante de tres generales, en dos campañas y provincias distintas, es el único en cuya vida se interesa el general enemigo, D. Benito Villafañe, que concurrió con fuerzas de Facundo Quiroga á la derrota que experimentaron en el Pilar, y por donde tuvo el adolescente oficial la satisfaccion de combatir, aunque vencido, contra las bandas de Facundo Quiroga, como sucumbió á la embriaguez el fraile Aldao, dos circunstancias que le inspiraron sus mejores obras literarias.

Todo esto y mas contienen los dos documentos citados. De la narracion circunstanciada que á esta introduccion sigue, resulta que el joven ayudante Sarmiento fué en Mendoza puesto con otras tres personas muy consideradas, al servicio inmediato del General D. Rudecindo Alvarado, Gobernador de Mendeza y General en jefe del ejército sublevado contra los tres hermanos Aldao, que despues de la derrota de la Tablada, experimentada en Córdoba por Juan Facundo Quiroga y el fraile Aldao, queria estorbarles que volviesen á reorganizar fuerzas (como en efecto lo hicieron) para restablecer la situacion perdida; ya que el partido liberal en Mendoza y San Juan, queria por el contrario segundar las victorias alcanzadas por el ejército del General Paz en favor de la reconstruccion de la Nacion.

Su situacion al lado del General Alvarado, debida

acaso al favor de la opinion que lo había elevado á ese puesto, le proporciona ventajas envidiables de educacion militar. De las oficinas del Estado Mayor parten las órdenes que llevan los edecanes, recibíendose allí los chasques de la campaña, los avisos de las fuerzas avanzadas sobre el múltiple enemigo, pues lo formaban el fraile Aldao, formidable aun con sus veteranos de auxiliares salvados de la Tablada, D. José con cuatrocientos hombres, y al fin Villafañe con seiscientos venidos desde San Juan y la Rioja. Pero lo que mas le interesa y apasiona es el eterno debate entre el comandante de las fuerzas sublevadas, General D. Agustín Moyano, á quien le va la vida en la demanda, con el Gobernador, militar de la Independencia, flemático é imperturbable en medio de los contrastes y desencantos que originan su política de contemporizacion, y lo que es peor, de inaccion ante jefes militares tan experimentados y unidos como los tres hermanos Aldao. Todos los días se renueva el mismo debate, trayendo Moyano nuevos hechos deplorables en apoyo de su empeño de obrar activamente, para oír nuevos argumentos del General veterano, acostumbrado á habérselas con enemigos mas fuertes, para esperar el resultado de ciertas combinaciones... Moyano murió fusilado, y Alvarado pudo escribir en Montevideo la *«Justificacion de la conducta militar del General de la República Argentina D. Rudecindo Alvarado en el período de su mando en la Provincia de Mendoza. 1831.*

Cuando el autor de la Biografia del fraile Aldao, describiendo los horrores de que escapó en el Pilar, llamó imbécil la política seguida, el General reclamó de esta dura calificacion; pero se le contestó con D. Félix Frias, que ese señor Sarmiento de cuyo juicio apelaba en 1843, era el jovencito edecan que tenía á su lado en 1829, y por tanto testigo de los sucesos.

Hay ya en estos comienzos motivos de creer que si el imberbe oficial sigue la carrera de las armas, lo hará con ventaja en el Estado Mayor, posicion en que se requieren muchas de las dotes de que ya da indicios; y en efecto habremos de encontrarlo mientras depende de otros jefes, oficial superior de Estado Mayor en el Ejército Grande, Jefe del Estado Mayor del Ejército de reserva en

Buenos Aires, Auditor de Guerra en el Ejército expedicionario con el General Paunero, etc., etc.

Llámase entre nosotros Estado Mayor á la reunion de jefes y oficiales sin colocacion que rodean al General y de ordinario sirven mas para confundir el servicio que para activarlo. El Estado Mayor de un ejército es, puede decirse, el alma de ese ejército ó el corazon que renueva la sangre y la distribuye por todo el cuerpo. « El ejército « prusiano, dice el General norte-americano Hazen, tiene « otro importantísimo departamento, y es el Estado Ma- « yor. A su cabeza está el General Moltke, y en torno « suyo se reune la inteligencia del ejército, que lo guía y « vigila. Los oficiales de Estado Mayor son puramente « militares. Reunen datos militares, del interior y del « exterior, levantan mapas militares, guardan los archi- « vos, pasan á ser Jefes de estado mayor de divisiones, « cuerpos y ejércitos, y están generalmente preparados « para el mando en jefe.» (1).

Nuestros caudillos de ginetes tenían por Estado Mayor un cuerpo de vaqueanos que traían escrito en sus recuerdos cada accidente de las Pampas, el vado de los ríos y arroyos, el portezuelo ó cuchilla de las montañas ó los senderos que cruzan los bosques donde los hay. El Ejército Grande traía ademas en su Estado Mayor un Jefe que abría diariamente el único mapa de la parte del país que atravezaban al rumbo, y corregía no sin provecho á veces el itinerario indicado por el vaqueano.

Hacianse estados, tomábanse distancias, y de vez en cuando, de aquella tienda habitada por el único jefe que llevaba uniforme y montaba en silla, salía á excitar el entusiasmo del ejército en marcha, el boletín de las victorias alcanzadas. El último de todos fué el parte de la memorable y gigantesca batalla de Caseros, escrito por gala en el escritorio y con la pluma misma de Juan Manuel de Rosas.

Era el redactor de aquel documento histórico, decididamente un experimentado Jefe de Estado Mayor, que como lo observaba de los prusianos el General Hazen citado, venia

(1) The school and the Army in Germany and France, pág. 181.

preparado por sus estudios á pasar desde el Estado Mayor al mando de divisiones ó del ejército mismo. Tan poco preparado vienen para estas funciones nuestros jefes y oficiales de aquella reparticion, que al autor de los boletines del ejército, acabaron por llamarle el *boletínero*, único honor, salario y recompensa que obtuvieron muy buenos y leales servicios hechos con sus caballos y sus armas propias, como era de los fidalgos que poblaron y conquistaron la América.

Y para probar que tales documentos expresaban ciencia y conciencia del arte de la guerra, introduciremos aquí, el estudio político y militar que en 1841, había hecho de las grandes batallas de Chacabuco y Maipo con las que se presentó, por todo bagaje, en el *escenario* de la América del Sur, ignorado de todos y de sí mismo el día anterior, aplaudido y estimado al día siguiente, improvisado literato, hombre de gobierno y *leader* á poco de la opinion pública, en el país que lo hospedaba, consejero del gobierno y para los tiranos de su patria como si fuera el único escollo que no quitarían de su paso, por representar los grandes principios que no se extirpan, como *on ne tue point les idées*.

Pondremos primero ante el lector el escrito firmado por un *teniente de artillería* en el «Mercurio» de Valparaíso, en Chile, el 10 de Febrero de 1841, para que vea por su contexto, antiguas y duraderas huellas del Jefe de Estado Mayor, ya formado treinta años antes con toda la capacidad de juzgar, que supone la de dirigir, y quedará justificada la alta posición que ocupó desde entonces en los negocios argentinos, y la influencia que ha podido ejercer hasta los últimos años de su vida, sin interrupcion por cuarenta años. (1).

(1) Las observaciones que siguen en el folleto de que hemos tomado esta introduccion se hallan mas interesantes y mas ampliadas en los autógrafos fragmentarios de que nos hemos valido (sin cambiarle nada y solo coordinándolos) para confeccionar este volumen. Lo referente á los primeros escritos del autor en la prensa de Chile, lo hemos colocado mas adelante en su orden cronológico.

El escrito firmado *Un Teniente de Artillería*, sobre la batalla de Chacabuco debut literarlo de Sarmiento, se halla en el tomo I, de sus obras, pág. 1, y el subsiguiente «*Los diez y ocho días de Chile, desde la derrota de Cancha Rayada hasta la victoria Maipo*,» en la pág. 26 del mismo tomo. Hemos creído escusado reproducirlos, aunque el autor los hubiese agregado aquí. (N. del E.)

GIMNASIA MILITAR

Debo atribuir al espíritu guerrero que habían creado las necesidades y las grandes emociones de la empresa de hacerse independientes, lo que hizo ensayar en San Juan un pensamiento que es hoy institucion en Francia, á saber, la introduccion de la gimnasia militar en las escuelas. El Ministro Waldeck Rousseau acaba de pronunciar un bellissimo discurso en presencia de estos héroes armados de doce años! Esa es la esperanza de la patria,

Celebrábase por entonces el 25 de Mayo, con un estusiasmo que cuidaban de hacerlo religioso. Saludábase el sol con descargas de fusilería donde no había cañones, todo el pueblo reunido en la plaza de Armas, con la vista clavada en el punto del oriente, como ha sido el rito de todos los pueblos antiguos, por donde debía aparecer el disco del astro que corona nuestro escudo de armas.

Los que están versados en la historia conocen las formas de las fiestas decretadas al Ser Supremo por Robespierre, para el 20 de Prairial.

El 25 de Mayo procuraba revivir en la raza quichua que forma la masa íntima de las poblaciones, el culto del sol de los incas y yo he sentido de niño, al ver asomar el primer destello del orbe fulgurante, estremecimientos sublimes de un sentimiento religioso que se despertaba.

Fué idea luminosa la de nuestros padres poner al disco del sol facciones humanas, pues que para los que no entran en las profundidades de la teología hebraica, dos cosas iguales á una tercera, son idénticas entre sí; y si el hombre es hecho á imagen y semejanza de Dios, Dios es semejante al hombre y el hombre puede construir dioses á su

imagen y semejanza, tan seguro de no errar como con una proposicion de Euclides.

En Buenos Aires, las damas elegantes, las lindas jóvenes y las niñas adorables, vestían de blanco ese día, con moños y cintas celestes y gorro frigio de raso lacre puesto con mas coquetería que el cono rojo de los griegos. Acaso era reminiscencia de aquellas galas, las que en 1864 presencié visitando al señor Presidente del Perú en el palacio de Pizarro, despues de haber pronunciado un discurso en la apertura de la escuela de artes y oficios, sus hijas y las damas de la asistencia, recibían á S. E. el ministro de la república que fué antes Provincias Unidas del Rio de la Plata, con el traje de corte que se recibió al General San Martin, al tomar posesion de Lima y exhibió en un gran sarao de condesitas y marquesitas limeñas, aquella coleccion de Apolos del Belvedere, de Martes y Neptunos, esculpidos por el cincel divino de los griegos, como los Lavalle, Necochea, Martin Rodríguez, Bulnes, Cokrane y tantos héroes irresistibles en la guerra y en todos los terrenos... y cómo no había de triunfar con tales auxiliares!

En San Juan la fiesta solar no contaba con accesorios tan imponentes ó seductores. No habiendo tropas estacionadas, no podia ostentar la larga formacion que á la edad de nueve años ví en la cañada de Córdoba el 25 de Mayo de 1820 del ejército arrebatado por el estúpido Bustos á la conquista de nuestra independendia, abandonando el Desaguadero. Conté cuatro batallones, dos de negros, ocho piezas de artillería, á lo que recuerdo, y dos regimientos de caballería, uno de húsares, á éstos les conté los botones de las dos chamarras, cuyo número porsupuesto he olvidado ya. No tengo la memoria de las cifras, razon sin duda por la que no he acumulado mucho dinero que digamos.

En cambio de un pasatiempo requerido, á falta de otros, asomé en San Juan, como asoma la margen del disco del sol que ha de iluminar toda la tierra, la gimnasia militar aplicada á las escuelas.

Para solemuizar el día, era práctica en toda la república que los niños de las escuelas asistiesen en formacion á la salva de bienvenida consagrada al sol, y un coro de alumnos prorrumpiese en un himno de adoracion, gritando entre los estampidos del cañon y las descargas de fusilería el VENIRE

A ME argentino, que es la mas soberbia evocacion que haya hecho pueblo alguno al presentarse en la escena del mundo,

Oid, mortales, el grito sagrado,
 Libertad, libertad, libertad,
 Oid el ruido de rotas cadenas!

Don Ignacio Fermin Rodríguez, el venerable maestro, de bendecida memoria, de la Escuela de la Patria, que habia sucedido á la del rey, imaginó disciplinar un cuerpo de niños, enseñados á marchar á golpes de tambor, y á evolucionar segun la mas adelantada escuela de maniobra que permitía dejar escrito en el suelo, dejando cada soldado caer de la cartuchera un ramo de flores, un letrero legible de una cuadra: VIVA LA PATRIA, porque la patria era el verbo y el verbo era Dios, ó estaba con Dios.

El vestido era vistosísimo, como vestirían los ángeles del cielo cuando fué preciso contener la revolucion de aquel Luciferus, portador de luz, como si dijéramos algo como jesuitas, que quisieran arrebatarla ó esconderla. Llevaban calzones y chaquetas albas como ampos de nieve, ceñidos los primeros al tobillo con moños celestes y cabos del mismo color en la chaquetilla, la cabeza adornada con toca roja de lanilla.

Fusiles, no habia que pensar; pero se pudo obtener prestadas cincuenta tercerolas de caballería, á fin de armar una compañía, de manera que la falange hiciese á su vez los honores del día. Podría á éstos compararse á los efebos y varios cumplieron en la vida azarosa que les fué depurada, el juramento que prestaban los de Atenas al incorporarse en la ciudad. (1)

El coro de cantores llevaba el traje caprichoso que es permitido á las bandas de música. En el colegio de Santa Rosa que fué la primera casa de educacion para señori-

(1) Hé aqui ese juramento eternamente hermoso: — «No deshonraré las armas sagradas que la patria me confia, y no abandonaré mi compañero de fila. Combatiré por todo lo que es santo y sagrado, con muchos ó solo, y no entregaré á los que me sucedan la patria disminuida, sino mas grande y mas fuerte. Obedeceré á los magistrados y á las leyes, y si alguno derriba las leyes ó las desobedece, las vengaré, solo, ó con mis concludadanos y honraré la religion de mis padres. Invoco á los dioses en testimonio de mi juramento!» (N. del E.)

tas, dejó un maestro don Pepe... una música de canción nacional, descompuesto el canto, como se hace en la orquesta entre los diversos instrumentos, lo que acompañado de un ofikleide para suplir la falta de bajos profundos en las voces infantiles, nacía una música *d'ensemble* perfecta.

El armamento de tropa consistía simplemente en una pica, como la del pueblo francés, en la revolución, y no más larga que el antiguo dardo ó sagaya de los negros de Africa. Mas la invención capital sanjuanina consistió en pegar en medio de la brillante y acerada moharra de hojalata una argollita de bronce con su agarradera, de manera que al tocar el asta, sonase contra el metal de la lanza. Cuando echábamos armas al hombro, se oía el *cliquetis* de las argollitas, ras! como un solo golpe. ¡Qué fusil, ni que fusil! ni qué número uno de los Andes, cuando marcábamos el paso y se blandengueaba la línea de derecha y después á izquierda, haciendo como olas de fuego con las bayonetas! Nuestras latas refulgentes echaban chispas, y parecía una corriente de cristal que se dirigía hacia un lado y después del otro, como león que busca el enemigo á destripar, *quaerens quem devoret*... Y á la voz de alto! quedar como plantas seculares. Y cuando decía el comandante Laval, que fué después un pobre capitán, descansen!... arm!... parecía que se descolgaa buna descarga de ferralla... rrrrram! y no se oía nada más, como si el mundo se hubiera acabado.

He aquí, pues, el germen de la institución del porvenir. Deben establecerla en las escuelas de San Juan, como recuerdo de la gloriosa tradición de la escuela de la patria, que fué sin duda alguna la más completa y adelantada que tuvo jamás la República Argentina, puesto que yo me eduqué allí, según aquel que decía, París es la mejor ciudad del mundo... y de sustitución en sustitución, yo soy lo mejor que hay en el mundo, idea que le viene á cada pobre diablo que sube al poder en estas pampas y soledades americanas.

En el asilo de huérfanos de la fiebre amarilla de Buenos Aires, se han introducido con éxito los ejercicios militares; pero habiendo el joven Krause introducidos en la escuela que dirige, la comisión escolar le mandó suspender ejercicios que parecen fuera del orden de cosas á que debe conducir la enseñanza.

La Francia; ha sido aleccionada, sin embargo en Sedan de dos cosas:—1º que no se debe librar la suerte de la patria al primer bellaco que quiera alzarse con el santo y la limosna; 2º, y mas capital, que el que maneja el fusil perfeccionado, ha de tener cultivada la inteligencia.

Denme lugar aquí para un poco de pedagogía.

La guerra es y será una necesidad de la existencia. Soy miembro de la asociacion que tiene por objeto suprimirla entre las naciones; pero las naciones deben vivir entre tanto que se extinga.

Las ciencias aplicadas á las exigencias de la guerra van aumentando de tal manera el poder de dañar, que se requiere mucho estudio y preparacion para disminuir el daño propio y devolverlo con usura. Es preciso, pues, prepararse, con tiempo, y la vida es corta. Si el soldado es obligado, como en Europa, á llevar las armas siete años, á fin de que á los cuatro, como pretenden los tácticos, esté sólido en la línea de combate, el individuo pierde la flor de su juventud, y la poblacion, la mas sana, robusta y perfecta reproduccion de la especie, sin contar la disminucion de produccion intelectual y de riqueza creada.

El niño, mas que el adulto, necesita ejercitar sus miembros, afinar sus sentidos, ver con precision, marchar con garbo y disminuir la fatiga muscular, adiestrar sus manos, etc. Pero todavía necesitaría otra clase de ejercicios que perfeccionen su ser. El ejercicio de los juegos infantiles ó del trabajo, forma y desarrolla al individuo; los ejercicios colectivos, en cadencia, á una voz de mando, para obtener un fin conocido, constituye la sociedad y nos dan esa fuerza formidable que constituye los imperios.

Los egipcios no han tenido máquinas para elevar á una cuadra de altura cantos de piedra sólidos como el hueco de una habitacion. Ved el mecanismo para traer desde las canteras del Alto Egipto monolitos como el de Luqsor, que está en la plaza de la Concordia en París, sobre el sitio mismo de la gillotina. Puesta sobre rodillos que ruedan sobre tablones, la cama en que reposa es tirada por diez ó veinte mil hombres, divididos por mitades ó cuartos, cada una empujando ó tirando la cuerda que viene del monumento y de mitad en mitad,

va hasta la vanguardia, un músico como nuestro tambor moderno, da el golpe y toda la columna avanza el pie izquierdo y tam! tam! tam! lo demás lo sabe el último cabo de cuadra. Estas son las batallas, este el poder humano, llamado nación... todos á una!

Pero requiere tiempo aprender á ser nación armada y se le puede tomar á la niñez años economizados á la edad adulta, ganando los dos. La escuela requiere orden, y el niño movimiento. Pueden hacer un convenio entre maestro y discípulo. *Moverse en orden.*

Se ha introducido en Alemania una gimnástica artificial con aparatos costosos y ejercicios de equilibrio que darían acróbatas y hacen perder tiempo. La gimnástica militar ahorra tiempo perdido en aprenderla en la edad adulta y desenvuelve en el niño cualidades artísticas de que carece naturalmente; tenerse erecto, véase sino el defecto de los palurdos y el trabajo que cuesta á los oficiales que disciplinan reclutas, hacerlos modificar su *allure* descuajeringada, marchar con aplomo, sacar el pie con gracia, mover brazos y cuello con elegancia y llevar la cabeza erguida y la vista al frente. Pero lo que no se ve, es que los ejercicios de conjunto, forman el rudimento de la asociación, habituando á contar uno con otro, á recibir y comunicar un pensamiento único, á regularizar la voluntad por consideraciones extrañas, independientes de nosotros mismos y aun contra nuestro sentir individual.

El paso redoblado ó el regular, ejercitan la cadencia, el sentimiento del número que es la música y que Platon creía era la armonía de los cielos, de los astros. Los que enseñan reclutas encuentran á veces reclutas que no pueden asentar el pie á la voz de uno! dos! ni aun dándoles de varillazos, como les sucede á los malos sargentos y me ha sucedido á mí. Es que les falta orgánicamente el sentimiento del número, las progresiones aritmética y geométrica, ó la simple división; si tocaran un instrumento, no llevarían compás alguno, si bailasen, estropearían á la compañera, etc.

Los niños necesitan, pues, aprender á obrar de concierto, á ejecutar una idea, á hacer que sus piernas aprendan á medir el largo preciso, inerrable, de manera

que marchando al galope, lleguen á su destino de *alto*, en la misma cantidad de segundos que trescientos compañeros que forman la línea y han empleado la misma cantidad de segundos en dar cien pasos á la carrera.

Hé aquí la solución del problema social, tal como lo propone el slavo Grisogon Bortolazzi, «desarrollar el hombre de manera que se encuentren en un justo equilibrio, los grandes momentos del complicado mecanismo que lo constituyen, *la vis física con la intelectual*, para que la humanidad no produzca ni enanos ni sabios, ni atletas sanguinarios ó idiotas».

A los quince años el niño sería soldado maniobrero, ejecutando con movimientos del cuerpo solos, árias y tutti de arrancar aplausos al espectador; y á los veinte sabría matemáticas y su ojo ejercitado pondría á una i el punto con una bala, esperando la ocasion legal de hacerle la tilde ó atravesañó á la t, con precision y finura.

Después, á trabajar y multiplicarse, que es el objeto y fin de la existencia, lo uno para vivir dignamente, lo otro para continuar la sociedad y seguir ocupando el pedazo de la superficie del globo que nos pertenece.

LAS CULEBRINAS DE SAN MARTIN

En 1845 llegaba á París, y lo primero que solicitaba mi curiosidad entre los grandes monumentos, era la figura de San Martin, el héroe de la Independencia, al que adherían nuestras ardientes simpatías de patriotas. Ver á San Martin, hablar con él, era mi gran anhelo que debía realizar don Manuel de Guerrico, introduciéndome en su presencia.

Cosa singular y que viene bien recordar aquí. Mi primer escrito en la prensa de Chile, mi diploma de escritor americano, me viene de la descripción de la batalla de Chacabuco y lo que va del 11 de Febrero al 5 de Abril de 1841, fecha del aniversario de Maipo, que también describí, había bastado para dar al joven emigrado oscuro, una posición brillante y asegurarle la amistad del General don José Gregorio de Las Heras, que cultivé largos años, así como del General Dehesa, del Coronel de la Plaza y del famoso Coronel Baraño.

Todos estos jefes me ayudaron con sus testimonios á redactar una descripción de la batalla de Maipú, que debe ser tenida por la más completa y verídica, puesto que era escrita siguiendo el testimonio de los actores mismos en aquella brillante jornada, á saber: el Teniente Dehesa que mandaba la guardia del campamento de Cancha Rayada, cuando los españoles en columna cerrada asaltaron el campo por la noche; el Coronel Las Heras que salvó del desastre la derecha, y el Coronel de la Plaza que mandaba la artillería argentina. Y para corregir á veces la jactancia de los bravos, el Coronel Baraño que mandaba la caballería

española y les tiraba las riendas á sus amigos los enemigos, diciéndoles, yo cargué por ese lado y no encontré tales tropas...

El escrito militar que firmaba un fingido Teniente de artillería, describiendo la batalla de Chacabuco, no tiene por cierto, la autenticidad histórica del otro; pero fué de mayores consecuencias y produjo ó aceleró un cambio de opinion en Chile y de posicion para el General San Martin. Entre las galas de un estilo que se ignoraba á sí mismo, se hacía sentir la viril empresa que acometia un escritor anónimo de rehabilitar la memoria del vencedor de Chacabuco y de Maipo, proscrito de su patria y borrado de la lista militar de Chile, cuya independendencia aseguró definitivamente, por las pasiones que aquella lucha de titanes sublevaba entre los protagonistas.

Al presentarme, pues, en Grandbourg, residencia de San Martin cerca de Fontainebleau, contaba de antemano con una cordial recepcion, pues que estaba informado por sus amigos de Chile de la buena parte que me cabia en su rehabilitacion. Nuestro don Gregorio Gomez, el General Las Heras y otros restos del mundo antiguo, me habian recomendado con amor, con interés, y el General Blanco díchole tan buenas cosas de mí, que me recibió el anciano sin aquella reserva que ponía de ordinario para con los americanos en sus palabras cuando se trataba de América. Había en el corazon de este hombre una llaga profunda que ocultaba á las miradas extrañas, pero que no escapaba á las de los que la escrudiñaban. ¡Tanta gloria y tanto olvido! ¡tan grandes hechos y silencio tan profundo! Había esperado sin murmurar cerca de treinta años la justicia de aquella posteridad á quien apelaba en sus últimos momentos.

«He pasado con él momentos sublimes que quedaron siempre grabados en mi espíritu. Solos un día entero, tocándole con maña ciertas cuerdas, reminiscencias suscitadas á la ventura, un retrato de Bolivar que veía por acaso... Entonces, animándose la conversacion, lo he visto transfigurarse y desaparecer á mi vista el *campagnard* de Grandbourg y evocárseme el General joven, que asoma sobre las cúspides de los Andes, paseando sus miradas inquisitivas sobre el nuevo horizonte abierto á su gloria.

Sus ojos pequeños y nublados ya por la vejez, se abrían por momentos, y mostrádome aquellos ojos dominantes luminosos, de que hablan todos los que le conocieron; su espalda encorbada por los años se había enderezado, avanzando el pecho rígido, como el de los soldados de línea de su tiempo; su cabeza se habla echado hacia atrás, sus hombros bajádose por la dilatacion del cuello y sus movimientos rápidos, decisivos, semejaban á los del brioso corcel que sacude su ensortijada crin, tasca el freno y estropea la tierra. Entonces la reducida habitacion en que estábamos, se había dilatado, convirtiéndose en país, en nacion; los españoles estaban allá, el cuartel general aquí, tal ciudad acullá, tal hacienda testigo de una escena, mostraba sus galpones, sus caceríos y arboledas en derredor de nosotros...

Ilusion! Un momento despues, toda aquella fantasmagoría había desaparecido. San Martin era hombre y viejo, con debilidades terrenales, con la terrible pesadilla de haber abandonado su patria, su gloria, huyendo de la ovacion que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven.

De nuestras largas pláticas salió mi discurso de recepcion en el Instituto Histórico de Francia, (1) cuyo asunto debía referirse á cuestiones americanas, por cuanto la historia de Francia debía suponerse extraña á los estudios del recipiendario. Como había sido hasta entonces un punto muy discutido el asunto de la entrevista de Guayaquil entre los dos campeones de la Independencia, importaba mucho hacer conocer la version auténtica de uno de los actores, el mas sincero, puesto que de su parte estuvo la abnegacion. Aquella relacion fué compuesta casi bajo el dictado de San Martin y mereció su completa aprobacion.

Hizo mas franca y cordial nuestra primera entrevista, una feliz reminiscencia del General.

—Conocí un Capitan de milicias de San Juan, don Clemente Sarmiento, á quien entregué despues de la batalla

(1) A la sesion en que se leyó ese Discurso asistió el general San Martín, segun consta de las actas de la Sociedad. (N. del E.)

de Chacabuco, los prisioneros españoles que debían llevarse á San Juan.

—Es mi padre, señor, y yo ví llegar los prisioneros...

—Pero?... Debía V. ser muy niño...

—Seis años justos, pues he nacido el 15 de Febrero y siendo el 11 de 1817 la batalla, los prisioneros han de haber llegado el 20 á mas tardar.

—Es raro acordarse.

—Como si fuera hoy. Mi madre había quedado con sus chicos á cargo de mi tío el cura de la Matriz, el hoy obispo Sarmiento y debía yo haberme escapado hacia la plaza, cuando oí la bulla de la llegada de gentes formadas y el alboroto popular de los que corrian de todas partes á ver los prisioneros godos, pues no se les llamaba de otro modo. Debí oír el nombre de mi padre que llegaba, y siguiendo el ruido de la gente, entre hombres y caballos que llenaban la calle (hoy Laprida) en que vivía el Gobernador don Ignacio de la Rosa, (casa de Ferreira despues), yo aparecí asorado, pero sin desconcertarme, dentro del salon de recibo del Gobernador, buscando con los ojos á mi padre, y una vez encontrado y sabidose que había pasado por entre las patas de los caballos, don Ignacio de la Rosa me tomó en sus brazos... y he aquí mi primer campaña militar...

Y no parezca tan impropia la calificacion, teniendo presente la época. Éralo de entusiasmo por la naciente patria, de aparatos militares, de ruido de armas, entre cuyo fragor me crié, pues el número 1 de los Andes se formó en San Juan en 1814, mi padre era de la milicia afecta al servicio del ejército, y como tal se encontró en la batalla de Chacabuco, y tras de los prisioneros, llegó de regreso el número 1 de los Andes á remontarse en 1818 y entraron de sargentos ocho jóvenes sanjuaninos, entre ellos don Francisco Oro Banegas, amigo íntimo de mi familia, el despues General Maurin, y el que fué mi primer comandante, el valiente don Javier Angulo y otros que sería prolijo nombrar.

Los niños no oían sino narracion de combates, pues á mas del de Chacabuco, de San Juan fueron las fuerzas que ocuparon á Coquimbo.

Sabíamos apreciar la gloria, admirando al tambor mayor

en primer lugar, el serpenton y el chinesco de la música, con relaciones formadas con un tambor chileno muy abordable por su poca edad, quien en cambio de pasas de moscatel, nos refería como había sido la batalla, y desde el punto de vista de un tambor debía ser digna de la historia.

Recuerdo la imponente figura del Comandante Sequerra, la del colosal Capitan Ross, francés, que corrió muchas cuabras por alcanzar á un pícaro que me quitó el sombrero en una noche de fuegos.

El cuartel de Santo Domingo, cerca de la casa paterna, era por tanto el teatro, la escuela y el colegio de los pilluelos del barrio, y yo me he encontrado entre mis papeles cuando joven, no sé como venido á mis manos, el libro de órdenes del núm. 1 de los Andes.

Cuando se sublevaron tras de los partidos políticos, la casa del cura fué el campo neutral, donde se presentó mi padre, enviado como parlamentario desde el Valle de Zonda, donde se habían asilado los leales, y recuerdo con orgullo el tono arrogante y altanero de mi padre, el Capitan Sarmiento, que intimaba rendicion á los jefes insurrectos. Parecíame un héroe de otra especie, al oír tal lenguaje, extrañando que no lo matasen en el acto, tantos oficiales ceñudos y bigotudos que arrastraban agitados sus charrascas sobre la baldosa de la celda de mi tío el cura.

Ahorro al lector la historia de aquellos dias de alarma y de zozobra, como pudiera contarla un historiador de ocho años, que se halló presente en todos los parlamentos, y vió desfilar delante de sí, no digo el número 1 de los Andes cuyos jefes y muchos oficiales, sargentos y tambores conocía, incluso el Mayor Corro de la revolucion, al Capitan Bundicho que fusiló á Sequerra y sus tres compañeros, y vi degradado y fusilar á su turno en la plaza pública, como vi así mismo al tambor que recibió sus despojos, casaca etc., y era conocido mío; no solo todo esto, sino lo que es mas importante por lo novedoso, la entrada de las tropas mendocinas á San Juan, al mando del Coronel Alvarado, que despues fué mi General, en persecucion de los sublevados que iban ya camino de la Rioja y en número de dos mil hombres. Era aquello de nunca acabar, pasando batallones, mitad tras mitad, y luego la artillería...

Oh! la artillería, no recuerdo haber visto antes cañones, y si ví, ni la mitad tan enormes, ni tan largos, ni tan terribles, segun me dijeron, como eran las culebrinas de Mendoza.

Eran cuatro, esbeltas y elegantes como cuello de cisne. Debí dejarlas San Martín, como demasiado grandes para pasar la Cordillera.

Esto era en 1820, creo. En 1829, las encontré en Mendoza y formaron la base del tren de artillería del ejército que contra los Aldao allegó el General Moyano, de quien fui ayudante, pasando luego al servicio del General Alvarado. Cuando desesperando aquel de la pachorra del último, salió á campaña en busca del enemigo, se cometió la imprudencia de dejar en la ciudad las culebrinas, sacando solo á campaña la artillería ligera.

Esto fué nuestra ruina. Sitiados en las Lomas de Lujan por los enemigos, trajeron estos al fin las culebrinas y las asestaron á nuestro campamento. La derrota de tropas, ya desalentadas por muchos combates sin resultado, se pronunció á los primeros disparos.

¿Qué sería de las culebrinas?

En 1872, siendo Presidente, visité el Parque de Buenos Aires por no sé que motivos de servicio. Acompañábame el Comandante para darme razon de lo que excitaba mi interes. Entramos en una sala donde había varias piezas de artillería. Mirélas con interes. Como fuésemos ya de retirada, volví á mirarlas, y mi vista no podía desprenderse de aquellas bellas piezas de ordenanza en bronce.

—¿Qué cañones son estos? pregunté al Comandante.

—Si creo que son unas piezas que trajo el General Pacheco del interior.

—¡Las culebrinas de Mendoza! exclamé alborozado, echándome sobre una de ellas, con tanta efusion como si fuera un amigo de años ausente.

Las ingratas estaban las cuatro reunidas, prisioneras hechas por Rosas, despues de habernos destruido á nosotros, sirviendo al fraile Aldao.

Ordené que las sacasen al patio y las aprestasen para enviarlas á Mendoza, devolviéndole aquellas prendas, como devolví á San Juan dos piezas que Saá se trajo á San Luis. Pero Comandante y Edecán eran de aquí, y no obstante

contarles casi enternecido esta hisioria de familia, aquellas relaciones de las culebrinas conmigo desde la edad de nueve años, supe tarde para remediarlo, que la orden no había sido cumplida.

Deben estar aun en el Parque, inútiles ahora, que con los estudios de la resistencia de los metales y la fuerza de los explosivos, los cañones modernos han suplantado á nuestras antiguas piezas de sitio.

GUERRA CIVIL

Hace treinta y tres años dejé consignados estos recuerdos.

«El presbítero don José de Oro, mi tío, llevóme de la escuela á su lado (1824), enseñóme el latín, acompañéle en su destierro á San Luis, y tanto nos amábamos, maestro y discípulo, tantos coloquios tuvimos, él hablando y escuchándolo yo con ahinco, que á hacer de ellos uno solo, reputo que daría un discurso que necesitaría dos años para ser pronunciado. Mi inteligencia se amoldó bajo la impresion de la suya, y á él debo los instintos por la vida pública, mi amor á la libertad y á la patria, y mi consagracion al estudio de las cosas de mi país, de que nunca pudieron distraerme, ni el destierro, ni la pobreza, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razon formada á los quince años, valenton como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un angel, con nociones sobre muchas cosas, y recargado de hechos, de recuerdos y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado despues para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar y escribir duro y recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondo para el despilfarro de ideas y pensamientos que reclama. (1)

Buscaba esta página solo para encontrar consignado en ella que pasamos dos años conversando de lo pasado y me encuentro que en 1850, que aun no había aparecido en la escena pública de este lado de los Andes, ya me atribuía el carácter que creo haber mostrado despues.

Pero aquel pasado de que me entretenía el presbítero

(1) *Recuerdos de Provincia*, pág. 55.

militar, era la campaña del Ejército de los Andes, la batalla de Chacabuco, la guerra de la Independencia, el Congreso de Tucuman de que había sido diputado su hermano, el ilustre padre dominico, fray Justo Santa María de Oro, y los recientes acontecimientos, y su oposición católica liberal á la política innovadora del doctor Salvador María del Carril, quien fué depuesto por un motin de la guarnición y restablecido por fuerzas de Mendoza, al mando de los hermanos Aldao, liberales entonces.

Oíamos cañonazos desde su viña que está al Norte de la ciudad, y me decía:—se están batiendo en el Posito—Arrecian los cañonazos:—Como que se acercan—Para él era grave el caso; no lo ví inmutarse, hasta que una hora despues se oyeron repiques que anunciaban plegarias en la iglesia matriz—Hum! hizo con un movimiento de desprecio, han derrotado á los nuestros—Mas tarde vimos pasar los dispersos y ¡al día siguiente me dijo:—andate á tu casa, que yo te llamaré.

Entonces se trasladó á San Francisco del Monte en San Luis, donde fui luego á reunirmele como está contado en otra parte.

Siendo Presidente, y anunciando al Gobernador de San Luis, Ortiz Estrada, que visitaría pronto aquella localidad, encargue preguntase á los habitantes si recordaban los que sobreviviesen, al niño sanjuanino que tenía el cura Oro á su lado y les dijese que ese era el Presidente. Contestaron afirmativamente una Señora; Quiroga que en 1825 era una guapa muchacha, y una Camargo que vivía á corta distancia.

Pero le encargaba tambien informarle del paradero de una inscripcion tallada por mí, en una triple curva de madera de algarrobo y transcribirme copia. Hizolo así, encontrola en la sacristía y decía:

UNUS DEUS, UNA ECLESIA, UNUS BAPTEMA. (1)

(1) Para mostrar el camino andado, recordaremos aquí que la única inscripcion pedida por Sarmlento antes de morir y que se halla en su tumba, en un hermoso bajo relieve del escultor de Pol, dice como simbolo de la accion de toda su vida Una américa libre con dioses, lengua y rios libres para todos. Debemos añadir que tenemos informes fidedignos de que la inscripcion se conserva todavia en 1901.

Yo esculpi este lema bajo su dictado, asintiendo fervientemente á su contenido y lo reproduzco ahora que sostengo á capa y espada, la plena libertad de conciencia que proclamó Don Salvador María del Carril, cuya oración fúnebre pronuncié, rehabilitando su memoria ante la historia, como el primero que rompió la *glace* en esta América española.

En la edad media, en el silencio y aislamiento de los castillos feudales, la nobleza trasmitia á sus hijos y descendientes las ideas de casta, de honor, y lo que es mas las tradiciones de la guerra, pues que su oficio era pelear por sus propios feudos de vecino á vecino, de heredero á heredero, y acudir al llamado del rey, con sus adherentes, armas y caballos, para defender el país comun contra el extranjero.

Lo que precede mostrará que ocurrió lo mismo en mi educacion, trasmitiendo este caballero cruzado, este capellan del Ejército de los Andes, la traduccion histórica de la parte ya ejecutada de la Independencia. Podía, pues, continuar yo á la mayor edad, como un Par inglés al suceder á su padre, el debate pendiente á su muerte, en el sentido tory, pues en el seno de la familia, en las conversaciones diarias, ha ido atesorando datos para el desempeño de sus funciones de Par de Inglaterra.

A falta de torreones del castillo feudal estaban en San Francisco como teatro de accion, «aquellas correrías solitarias, aquella vida selvática, en medio de gentes agrestes, ligándose sin embargo á la cultura del espíritu por las pláticas y lecciones de mi maestro, mientras que mi fisico se desenvolvía al aire libre, en presencia de la naturaleza triste de aquellos lugares, han dejado una profunda impresion en mi espíritu, volviéndome de continuo el recuerdo de la fisonomía de las personas, el aspecto de los campos, y aun hasta el olor de la végetacion de aquellas palmas en abanico y del árbol pege tan vistoso y tan aromático...Vino á poco mi padre. Nos separamos tristes, sin decirnos nada, estrechándome las manos, y volviendo él los ojos para que no lo viera llorar. Ah! Cuando nos juntamos, despues de su regreso de la Con-

vencion de Santa Fe á que fué nombrado diputado era yo...unitario!» (1)

Cuanto se debe en los acontecimientos humanos, á la casualidad, á hechos incidentales que si se suprimen, cambian la faz de esos acontecimientos, ó suprimen ó ponen en evidencia un hombre.

Todo lo que me rodea de joven hasta la pubertad, es sacerdotal. Dos tios Curas, mi preceptor clérigo, dos obispos en mi familia, soy llevado al Seminario de Monserrat de Córdoba, y sin embargo sigo, porque soy empujado por otro camino.

Soy comerciante, por disposicion testamentaria de un tio mio y estuve al frente de negocios que me habrían conducido á la fortuna.

Salido del Colegio, oyendo pláticas á lo Sócrates, dos años, de *omni re scibili*, empecé á leer libros y sino el primero, el segundo en importancia que cayó en mis manos fué la Vida de Ciceron por Middleton que Mommsen declara un panegirico. No estaba en estado de juzgar y recibia las primeras impresiones como blanda cera que conserva la forma que le imprimen los objetos; pero la historia romana era como un cuadro en que se representa una escena de la vida, acaso una batalla, sin los antecedentes que la provocaron. Yo he principiado la historia de Roma por el trágico fin de la guerra civil. La edicion española de cuatro volúmenes tiene los bustos de todos los protagonistas de aquel sangriento drama, Brutus, Cinna, Cesar, Pompeyo, Marco Antonio, Atticus, Ciceron. Busco en la Biblioteca de Buenos Aires y no encuentro la magnífica edicion española y aunque Duruy trae los mismos bustos, quisiera verlos en las mismas páginas de la obra de Middleton, para buscar antes ó despues la narracion que mas impresion me hizo, la idea que mas me chocó.

Entonces el mundo literario y político era adverso al bando y propósitos de César que el prusiano Mommsen halla justificable y asombroso, como lo fué Napoleon durante sus victorias contra la libertad y el reposo de

(1) *Recuerdos de Provincia.*

los pueblos. Ahora se vé el reverso odioso de la medalla.

Creo que el lector me va á decir: basta ya lo veo; su juventud fué un curso práctico de la guerra, bajo la atmósfera cálida de la lucha por la Independencia que terminó en Ayacucho y la noticia llegó á San Juan despues del restablecimiento de del Carril.

El clérigo Oro, en sus largos coloquios, trasmite, como si dejáramos el proceso con todas sus articulaciones accesorias, de las cuestiones de partido que empezaban á tomar el primer lugar; y últimamente, con el nombre de Ciceron que vacila y cambia de partido, se presentan al espíritu sin preparacion, los personajes mas culminantes de la historia humana, hasta con sus propios rostros, tales como se hallan esculpidos en el marmol, para verlos obrar, y con la imaginacion juvenil, como si los óyera hablar, levantado el telon y apartada la distancia de los siglos.

Leyendo este libro estaba ú otros de los que fueron cayendo en mis manos, de la biblioteca de Don Ignacio de la Rosa, pues esta venia de la de los Zaballa Toranzo, donde probablemente existe aún, y de repente, he aquí un grande rumor y alboroto en la ciudad. El ya temido Quiroga entra de sorpresa con sus bandas de llanistas, con el designio de disolver el contingente que bajo las órdenes del coronel Stombac debía con el nombre de regimiento número 18, marchar al Brasil, á reforzar nuestras columnas diezmadas por la victoria. Perdimos la Banda Oriental.

Nada de eso comprendía yo todavía, pero la tienda que servía forma la esquina de la manzana á cuyo otro extremo está el cuartel de San Clemente; como está en frente la que hoy es Escuela Sarmiento.

Las tropas de Quiroga desfilaron delante de mi, apostado en una piedra que ocupaba la esquina y pude contemplar aquel espectáculo que no se me ha borrado jamas de la imaginacion.

De los prisioneros tomados al Chacho sn 1863, de esos mismos llanistas, acaso los hijos de los de 1827, hice tomar una fotografia de un grupo de mas de ciento, que el tiempo ha desmejorado y de que los litógrafos no

esperan buen resultado al intentar reproducirla en grande. (1) Es de advertir que en 1827 y hasta muy arraigado el gobierno federal de Benavides, el paisano sanjuanino, el arriero, el viñador, el artesano vestían decentemente de paño y estos últimos montaban exclusivamente en silla inglesa. En ninguna provincia, por ser aquella exclusivamente agrícola, se habían radicado tanto los buenos usos europeos. El *chiripá* cruzado es invención guaraní que no alcanzó á la falda de los Andes poblados por chilenos. Hasta 1831, el arriero sanjuanino que viajaba *pa bajo*, es decir Buenos Aires, usaba sombrero de pelo forrado en hule, aunque hiciese el mejor tiempo, pantalón angosto sajón ó verde botella, dejando ver un flequito del calzoncillo, bota fuerte, y pañuelos de seda á profusión, visible la mitad de cada uno en el bolsillo ó la espalda, y la cabeza la ciñen con una corbata negra.

Era de crispár los nervios, ver desfilar aquellas hordas de salvajes, sucios, peludos, con andrajos de lona por vestidos, con cabellos y barbas desgredadas por falta de afeitado, en tiempos en que no se usaba la barba entera. Yo me acuerdo del horror de ver la mía que llevaba del continente á Inglaterra, no habiéndome tomado el trabajo de los ingleses al volver á su país de rasurarse. *Shoking! Shoking!* era la exclamación de las damas al verme pasar.

Horrible! most horrible! hubieran exclamado al ver aquellas figuras patibularias, sañudas, engreídos todos de entrar sin obstáculo á una ciudad civilizada, acaso rebozando de dicha los soldados del número uno de los Andes, que secuestró Quiroga á su tránsito para Tucumán, después de la sublevación de Corro y de que el caudillo feroz y brutal hizo el valiente núcleo de su montonera.

Todo este desfile por una calle polvorosa, en caballos tomados en Angaco, de potreros de alfalfa y por tanto tascando los frenos, y los ginetes hasta la mitad del cuerpo cubiertos con los *guardamontes* de cuero crudo, que cubren en efecto las piernas, y cuando se entrechocan como alas producen un ruido de cueros de que no se puede dar cuenta el que no ha visto estrechadas entre calles columnas de á

(1) Conservo esa curiosa fotografía. (Nota del Editor.)

cuatro, porque de ordinario no sabían marchar de otro modo.

¿Y ésto es lo que defiende y sostiene el lema que yo he tallado con mis manos, Unus Deus, una fides! ¡Este es el partido federal! Aquel negro pendon es la bandera de la patria, el pabellon que flameó en Chacabuco! Estos los enemigos de Rivadavia!...

Cuando el estudio me dió términos de comparacion, y no transcurrió mucho tiempo á fe, pues luego emprendí la lectura de la Biblia con mi tío el cura Albarracín, liberal, rivadavista; cuando tuve términos de comparacion, me pareció que la revelacion de Saulo en el camino de Damasco ha debido ser de este carácter. Algo de monstruoso, de inconcebible, ha debido revelarles la verdad y dejado de perseguir, las nuevas ideas, como se lo imprecó la vision: —Saulo! Saulo! porque me persigues?

Yo estaba cambiado. Eso que veía, era simplemente detestable. No conocía lo otro. Rivadavia había desaparecido de la escena, y la oposicion no tenía cuerpo, ni forma visible, ni programa. Al menos yo no sabía nada.

Quiroga pasaba su tiempo en casa del viejo Burzoa, desplumando al monte á todos los que hacía invitar por aquel, que se hacía un honor de imitar la servilidad del esclavo, para adular á su propio huésped, no levantando los ojos en su presencia, no hablando, trayéndole fuego en el braserillo de plata que se usaba entonces. Yo presencié tales escenas.

Yo seguía leyendo. Qué? Todo, no del caso referido. El Contrato social y Tomas Payne que llegaron á la tienda de un amigo mio.—Evidencia del Cristianismo por Paley.—Monseñor de Pratt, sobre no sé qué cosa, y Lord Chesterfield el modelo del buen tono...

NIQUIVIL

Empezaba á recibir mi iniciacion en las cuestiones políticas. Conocí á muchas personas notables de San Juan que eran del partido liberal. Las grandes familias coloniales, con excepcion de los Oro eran unitarias; los jóvenes elegantes, y los habian, seguían á sus familias.

Una division de seiscientos hombres, al mando de don Ventura Quiroga, marchaba con rumbo á Córdoba á engrosar las fuerzas de Quiroga, que la invadía con su excelente caballeria casi de línea. Los Aldao habían mandado un soberbio regimiento con casacas coloradas y que pereció en gran parte en la batalla de la Tablada, puesto que no regresaron sino sesenta hombres.

La division sanjuanina se sublevó en las Quijadas, bajo la inspiracion de algunos oficiales subalternos y por medio del sargento Soler, un negro porteño de arrogante talla y modales decentes que se decía haber sido asistente del General Soler. Cuando fuimos definitivamente desechos por las fuerzas mendocinas á las órdenes de dos de los Aldaos, pues el fraile había ido á Córdoba, fué tomado Soler y fusilado con seis mas.

El Gobierno de Quiroga Carril fué depuesto y se nombró uno provisorio para mantener el orden. Así que llegaron las fuerzas de regreso de su abandonada campaña, se nombró al mayor don Nicolás Vega, Comandante general y se estableció el campamento en el Pocito, á donde empezaron á acudir los jóvenes de las familias aristocráticas, por que llegaba el caso de restablecer el gobierno de las gentes cultas.

Yo tomé mi partido. Sin hacerlo preceder de explicacion

alguna, puse orden en los papeles, cerré la tienda, y con la llave en la mano me presenté á mi tía Angela, diciéndole: aqui está la llave, me voy al ejército! Toda reflexion era inútil y sin dejar la casa, pues allí vivía hacia dos años y no en la paterna, me dirigí al Pocito, despues de haber tomado en casa la espada de mi padre que era una pieza de aparato, con guarniciones de entorchado.

Recibiéronme con interés y me dispensaron mil consideraciones, hasta que fui destinado al escuadron del Comandante don Javier Angulo, veterano del número 1 de los Andes y que en la batalla del Rio IV, en que el General Moron de Mendoza, se hizo derrotar tontamente con excelentes tropas, el Capitan Angulo habia hecho heróicos esfuerzos por restablecer el combate.

El General Vega ha escrito una biografia suya, en que hace la historia de aquella campaña, sin penetrar mas allá de la corteza de los sucesos, Yo haré otra sección mas al alcance del lector.

San Juan tuvo la desgracia de no formar un militar durante la guerra de la Independencia. Todos sus capitanes y mayores murieron jóvenes. Había ese Teniente Coronel Quiroga Carril que era de opuesto bando y de poco valer. Tuvo un mayor Echegaray que vino mas tarde de las Casamatas, donde estuvo prisionero. Mi primo, el Teniente Coronel Reaño, muy valiente y de poco valer, había dado en borracho. Don Nicolás Vega era un Teniente de marina español, de la *Esmeralda*, que pasó á los patriotas. Sirvió en el 1º y se casó en la poderosa familia de los Furque, con lo que se arraigó sanjuanino. A él apelaban los patriotas en sus cuitas. Desgraciadamente no tenía cualidades de mando, cosa que se descubría en su blanda fisionomía de rico home.

Otra cosa pasaba en Mendoza. Tres hermanos militares, dominaban la provincia hacia años, auxiliados por el mayor Recuero y otros jefes y oficiales. En Mendoza se habia formado el ejército de los Andes y estaban frescas las tradiciones de aquella organizacion, la maestranza funcionaba y abundaban armas.

En 1826, yendo á Mendoza á comprar azucar, vi echar retreta con una banda lisa de sesenta tambores y pífanos, con chaquetas de tripe punzó, que los hacía parecer ascuas.

No he vuelto á ver en América banda de tambores igual. El uniforme de las tropas, aun improvisadas, era en regla, cosa que en San Juan no se cuidaba. Tenían excelente artillería de que carecía San Juan.

Cuando se supo, pues, que venían contra nosotros fuerzas de Mendoza, se miraron unos á otros y se comprendieron todos. Pero iba á darse una batalla en Córdoba y de ella dependía la suerte de San Juan.

El Ronco Quiroga de Jachal que era bastante intrigante, pero que en este caso era apoyado por mi Comandante Angulo, resolvieron retirarnos á Jachal, que está á cincuenta leguas al Norte, á ganar tiempo y así se resolvió. Fuimos á Jachal y como era natural, los Aldao nos hicieron seguir con una fuerza de caballería y fué preciso salirle al encuentro.

Nuestra línea de caballería también se tendió en Niquivil y el combate se inició con guerrillas, tiroteos, etc. Tiene la palabra el General Vega, en el relato fidedigno de la campaña. Después de anunciar la victoria obtenida por nuestras armas, continúa:—«En esta brillante jornada, se «distinguieron don Domingo Reaña, Teniente Coronel del «número 11 y durante la guerra del Brasil, Comandante «de Patagones, y don Domingo Faustino Sarmiento que «era uno de los ayudantes de campo del General Vega, el «cual atravesó los fuegos enemigos, para llevar orden del «General al Comandante don Julian Castro Albarracin, de «que flanqueara al enemigo por su derecha, cuyo movimiento efectuado con precisión, ocasionó su completa «derrota.» (1)

Un famoso novelista y sicólogo (2) describe las emociones de un joven que entra al servicio y se halla en una batalla por primera vez. El no ha visto precisamente al enemigo, porque hay un bosque que ataja la vista. Va marchando á galope y una bala de cañon le mata cuatro soldados de su escolta. El mismo neófito se encuentra con

(1) Foja de servicios del General argentino don Nicolás Vega.—Buenos Aires. 1876.

(2) La Charteuse de Parme por Stendhal en que la descripción de la batalla de Waterloo se parece mucho á lo que el autor relata.—N. del E.

un desgarrado enemigo y lo mata. El cañoneo cesa, y encontrándose con alguien le dice que el ejército ha triunfado.—¡Yo también he triunfado!—Naturalmente.—¿Entonces yo he tomado parte en la batalla?—Quien lo duda, si hace parte del ejército!—¿Y habré peleado yo porque maté á uno que iba solo?—Oh! es usted un héroe y será condecorado.

Yo podría decir que me sucedió lo mismo. Yo no era precisamente ayudante de campo del General; pero él se acercó á mi Comandante Angulo, para decirle que mandase orden á un piquete que estaba á retaguardia, de alejarse del camino, y meterse en el monte con los presos que eran el Coronel Quiroga, Carril, ex-Gobernador, y el presbítero don Vicente Atienzo su secretario, á fin de que si nos derrotaban, los nuestros ó los mendocinos no los matasen.

Volví á dar cuenta que dejaba cumpliéndose la orden, cuando el General que tenía en efecto á mi primo el Coronel Reaña á su lado, y cuya sonrisa me pareció no muy del caso, vaya, me dijo Vega, á decirle al Comandante Castro que cargue, señalándomelo. Fui en efecto, y se movía de *propio motu* el Comandante y tomó el aire del cuerpo... y no volví á ver al General hasta los tres días; pero repito, yo no era su ayudante, sino del Comandante Angulo.

Es el caso que comenzó la persecucion y no pude ganar á muchos la delantera, desde que toda la fuerza de caballería pierde la formacion, por no poder avanzar en línea, entre los matorrales, y acaba por hilarse en el camino que siguen también los dispersos unos tras de otros.

Para mí, lo divertido del caso, eran los gritos nuestros, y los míos de entusiasmo y de gusto de haberme encontrado en la refriega.

Seguimos así algun tiempo. Iba el primero un Castro, cuyo nombre no recuerdo, (vivian tres hermanos en la calle Ancha del Sur). Era un atleta, y por tal recomendacion amigo del *Boyero* de Mendoza, sargento de Granaderos á Caballo que se pasó á Quiroga despues en el Río IV. Aquel Castro llevaba el caballo alzado y revolviendo hacía rato el sable sobre la cabeza, esperando un cabe, hasta que al abrirsele un claro, pudo ponérsele un

poco al costado á un infeliz y descargarle tal tajada, porque no fué sablazo, que una corona del cráneo, como una de sandía, voló revolviéndose en torno de sí misma, hasta caer al suelo.

En eso los que le precedían, cobraron alas, no diré que corrian, y la persecucion fué amainando, hasta que nos detuvimos á reunir el escuadron ya enteramente disperso.

Tengo, pues, como se ve, la primera página de mi foja de servicios. ¿De qué fecha? La historia no la dice, ni la autobiografía del General tampoco; y sin la biografía del General Vega, el hecho hubiera sido borrado de la historia.

Como era de esperarse, al saberse en San Juan el contraste de vanguardia, debió moverse el ejército entero para repararlo. Súpose en efecto en Jachal, que venian, é inspirándose en el peligro, se hizo una operacion magnífica. En lugar de retirarnos mas al Norte, lo que habria desmoralizado completamente á milicias, nos dirigimos hacia el Sur, no precisamente en busca del enemigo, sino para buscarle la vuelta, dirigiéndonos hacia San Juan, por tras la sierra de Calacasto, mientras el ejército enemigo, con infantería y artillería avanzaba, provisto de cargas de agua para la travesía.

La operacion tuvo el mas espléndido éxito y llegamos por la aguada de Calacasto, á la subida de las Piedras, camino de San Juan, donde, oh! fortuna, tomamos el chasque que el fraile Aldao le hacia á sus hermanos, diciéndoles que habian sido completamente derrotados en la Tablada por el General Paz, con gran matanza de las tropas de Quiroga. El objeto de la retirada al Sur habria hecho honor á Dumouriez ó á Gustavo Adolfo que eran célebres por sus retiradas para vencer.

Ahora, ¿cuál fué la fecha de la batalla de Niquivil? Contemos. De la Tablada á Mendoza, hay tres días, contadas las leguas por derrotados. De Mendoza á San Juan para transmitir el parte, dos, con la demora en dar las órdenes. De San Juan á las Piedras, horas. El combate de Niquivil ha sido pues posterior de tres días á la batalla de la Tablada.

El General Vega intentó proclamar allí á las tropas,

haciendo leer el parte y notas. La idea era excelente, pero no sabía hablar en público y se enredaba en las cuartas. Al fin, salimos de aquel mal paso, porque lo es aquella subida y llegamos á las Tapiecitas. ¿Cómo no divisaron de la ciudad los polvos?

Llegamos de noche. El Capitan don Juan Aguilár fué destacado á atacar el Principal, en donde un mozo sanjuanino, y no tropas mendocinas como quiere el General, se le antojó resistir, se cruzaron tiros, y le quebraron una islilla al Capitan que lo era de linea y noble, de cuya lesion no sanó nunca y murió.

Nosotros avanzamos, sin embargo, y en la calle de las viñas de las Zaballa y de los Moreno y Navarro, se nos echó encima de buenas á primeras, un grupo que huía de la ciudad, tratando de ir á reunirse con los Aldao. Era el Coronel don Francisco Aldao, sus ayudantes y un médico sanjuanino á quien cupo un puntazo. Era inútil resistir, y fueron hechos prisioneros.

Llegamos á la plaza donde ví muerto el caballo plateado de mi amigo un Teniente Ruiz, y el Comandante Angulo recibió orden de marchar hacia el Sur, sin decirme nada, porque se ponía fastidioso cuando olía pólvora, pero comprendí que íbamos al Pocito. Llegados á una cierta posición, hizo alto y señalándome la primera mitad del escuadron, me dijo, avance con esa gente y ataque aquella casa.

Yo di la orden de marchar sin comprender bien lo que en ello se contenía; pero apenas di frente á la entrada, cuando avanzó un hombre bien entrazado y para interrogarme puso ya el caballo atravesado—¿Quiénes son Vds.? gritó, y sorprendiéndolo de súbito, volvió el caballo y gritó: —; el enemigo! Entonces ví saltar como gamos uno tras otro, diez ó doce hombres que, sin duda, estaban sobre aviso y desaparecieron. Era inútil correrlos, porque sus caballos estaban de razgarlos con la uña y nosotros con los que habíamos sacado de Jachal, cuatro días antes y sin atravesar bocado.

Reunióse el Comandante y nos ocupamos de medir y contar el botín, á saber: diez fardos de municiones, ocho tercerolas, algunas lanzas, setecientos caballos gordos mendocinos, con uñeras y qué sé yo qué mas. Puede com-

prenderse mi alegría. Prevengo que el héroe de la jornada tiene solo diez y ocho años y que ya le confian un combate. Yo debía llevar el parte y probablemente escribirlo.

A poco llegó el Comandante Julian Castro, el mismo á quien llevé la orden de ataque en Niquivil. Hablaron ambos, sin reirse; todo lo contrario, el recién venido con la cara muy larga. Como notasen que los observaba, el Comandante Angulo levantó el brazo, y clavó el dedo en direccion á las Tapeцитas, punto que desde allí se divisaba mejor que desde la ciudad. Miré y no vi nada, por lo que volví los ojos hacia mi Comandante que conservó el dedo apuntando en la misma direccion y entonces vi, oh! horror! — toda la quebrada de las sierras de las Tapeцитas cubierta de una densa nube de polvo! El enemigo que llegaba, pisándonos los talones, mientras que nuestra infanteria se había dispersado en la ciudad, ganando cada uno su casa.

¡Estábamos perdidos!

Muchos años despues me ocurrió que la salvacion la teníamos nosotros en los setecientos caballos, si mi Comandante marcha á la ciudad á recojer los jefes y oficiales y al menos doscientos ó trescientos hombres de tropa. Teníamos la retirada hacia Córdoba; pero yo no pensaba entonces y esperé á ver qué venía.

El Comandante aguardó la noche, y me dijo: — vamos por el pueblo, ayudante, — dejando al mando de la fuerza los oficiales subalternos.

A medio camino encontramos una fuerza. Mi comandante hizo lo mismo que había hecho el mendocino, poner atravesado el caballo, teniéndolo levantado. — ¡Alto ahí, quién vive! gritó con voz estentórea que sobrecojió de tal manera á los otros, que se quedaron clavados en sus puestos. Una voz blanda contestó: — Segunda de flanqueadores!... ¿Cómo teníamos sobre nosotros, tales bichos con ponchitos verdes, casbas amarillas? — ¿Flanqueadores dijiste? — y se tendió el Comandante y me tendí yo y nos siguieron nuestros dos asistentes y nos hizimos humo, oyéndose sin embargo el ruido de la piedra suelta del pedregal.

Corrimos sin mirar para atrás el Comandante y yo, sin saber á qué rumbo, cuando el puntero detuvo el caballo y se acercó á una casita donde había fuego. — ¿Qué fogones

son aquellos, patrona?—Es la division del General Villafañe es gente riojana.

Habiamos llegado á la entrada de la Callesita, al Este del Pedregal. Dió vuelta el Comandante mas presto que corriendo y nos dirigimos hacia el Oeste, atravesando todo el Pedregal hasta topar con la acequia madre del Pocito, en cuyos chilcales nos esconderíamos con caballos y todo, hasta que á la entrada de la noche siguiente mandásemos un asistente á la hacienda de los Rojos á pedir lenguas y hacer-nos de víveres y proveer lo conveniente.

(COPIA DEL 1.^o DESPACHO MILITAR)

—Octava clase—nueve pesos—valga para los años de mil ochocientos veinte y ocho y mil ochocientos veinte y nueve—diez y ocho y diez y nueve de la libertad. —

El Gobierno Supremo de la provincia de San Juan.

Hallándose vacante en el Batallon de infanteria provincial la plaza de Subteniente de la 2.^a compañía:

El Gobierno en uso de las facultades que le concede la ley; ha tenido á bien nombrarlo al ciudadano, Don Domingo Sarmiento, concediéndole todas las gracias, prerrogativas y excepciones que por este título le corresponden, del que se tomará razon en la oficina de Aduana.—Es dado en la Sala del despacho á diez de Junto de mil ochocientos veinte y ocho: firmado de S. E. signado con el sello de la Provincia y refrendado por el Señor Ministro Secretario.

Manuel Gregorio Quiroga.—O. A. de Oro.

—El segundo despacho es de 13 de Abril 1830—nombrándolo Ayudante del Escuadron de Dragones de la Escolta.—Firmado *Juan Aguilar* y (el General) *Nicolás Vega*.

—El tercero es de 14 de Agosto 1830.—Ayudante en el 1.^o Escuadron de la millicia de caballeria Provincial.—Firmado *Juan Aguilar* y *G. de la Rosa*. Estos despachos originales, se han encontrado recientemente. El autor ignoraba que se conservasen.

(N. del E.)

MENDOZA

Como lo que sigue es harto paisano, salvo oír las descargas á los dos días de los compañeros fusilados, haré un cuarto intermedio y sin otra preparacion nos presentaremos al benévolo lector, sentados á la orilla del fogon, en el bosque de Algarrobos de la Carpintería, camino de Mendoza, esperando que se asase un churrasco, mi padre, mi tío materno el cura de la Concepcion y un peoncito de confianza que cuidaria de las cabalgaduras.

Continuábamos la operacion de Jachal despues de Niquivil. Avanzábamos hacia los cuarteles de invierno del enemigo, á fin de sustraernos á su persecucion y alcance.

Era el caso que el ejército que nos habia vencido, se habia sublevado á su turno, encabezando el movimiento, el Coronel D. Agustín Moyano, jefe del batallon de infantería de milicia de Mendoza y un Comandante de caballería, el hombre mas simpático, alegre y bueno que militaba en aquellos tiempos.

Habían seguido nuestros movimientos, acechando la ocasion de dar vuelta casacas. Acaso la derrota de la Tablada inspira este pensamiento, para evitar la revancha que costaría nuevas exacciones á los pueblos.

Los roles estaban cambiados. San Juan en poder de los federales, con la division de riojanos de Villafañe, y Mendoza en poder de los patriotas, esperando ponerse en contacto con el General Paz.

Llegamos á Mendoza en medio de la exitacion de los espíritus.

Recuérdese que el doctor Velez y el dean Zavaleta, habian sido enviado por el Presidente Rivadavia, á someter la

Constitucion á los pueblos, como si, donde reinaban Lopez, Bustos, los Aldaos, hubiese pueblo.

Reuniose lo mas selecto de la Bolsa, pues ya había Bolsa comercial con todos los usos y prácticas de las ciudades industriales. Habló largamente el ilustre Dean, esponiendo las ventajas que ofrecia un país constituido, á fin de preservar la paz, etc... Para qué repetir lo que se dijo entonces! Corríaseles las lágrimas al auditorio, no sabiendo que era predicar en desierto, pues los tres hermanos se apoyaban recíprocamente y contaban con Quiroga y Bustos. Pero se creia el ensalmo roto y creían estar seguros ahora de constituir la República, con el General Paz en Córdoba, Quiroga derrotado y Mendoza libre.

Cuando llegamos, estaba ya organizado al gobierno y nombrado General en Jefe. Don Rudecindo Alvarado, espectral General de la guerra de la Independencia, haciéndolo empero tristemente célebre las derrotas de Torata y Moquegua.

Ningunas conexiones tenía yo en Mendoza, sino es haber estado seis días por intereses mercantiles, salvo un joven sanjuanino allí establecido, D. José Ignacio Flores, mi compañero de infancia, pariente además, y uno de tres ó cuatro personas con quien en mi vida me he tratado de tú y vos.

Tenía Mendoza Bolsa de Comercio, como he dicho, muy frecuentada y en la que se hacian cambios valiosos y ocupaba además el lugar que hoy, los clubs políticos. La poblacion era numerosa y distinguida y ciertos días llenaba la alameda famosa plantada por San Martin, con sus hileras colosales de álamos y llegados en 1829 á todo su desarrollo.

Era con estas formas exteriores, la segunda ciudad de la República, con una buena Biblioteca, su movimiento comercial, sus tradiciones militares y el frecuente tránsito de hombres notables de un Océano á otro Océano, á través del continente, pues no eran muy frecuentados ni el Estrecho de Magallanes, abandonado desde que el Adelantado Sarmiento no pudo socorrer á la colonia del Puerto Hambre y Cabrera perdió todas sus anclas. El Cabo de Hornos no fué habilitado derrotero para el comercio sino despues de reconquistado Chile y tomó creces el puerto de Valparaíso.

Ya en 1826, me había llamado la atencion su actividad

comercial, el movimiento de carretas que llegaban de Buenos Aires, de carretillas que cruzaban en todas direcciones las calles, cambiando de lugar las mercaderías, mientras que en San Juan todavía no habían carros ni carretillas.

Esta vez se me presentaba Mendoza, como iluminada por fuegos de Bengala, bajo el prisma de las exitaciones de la vida pública y de la guerra, que animan los semblantes, dan tópicos á las conversaciones, y lanzan al vecindario á las plazas y las calles, como en Roma, ó mas bien como en Mendoza mismo, en los tiempos no lejanos de la formación del Ejército de los Andes, pronto á lanzarse hacia las costas del Pacífico. Oíase el martilleo de los artifices en la antigua y bien fundada Maestranza, en la que el ex-sacerdote Beltran ensayó sus misiles, y donde se construían fusiles y lo que pareciera imposible, bayonetas. Divisábase el humo de sus hornos de fundición de balas huecas de cañon, y por todas partes se encontraban jefes y oficiales y soldados con uniformes,—la infantería llevaba morriónes con manga,—músicos y tambores, caprichosamente ataviados, acaso por los mismos maestros sastres que idearon los uniformes del 11, del 7 y del 8 de infantería.

En Mendoza habian grandes sabios. Actores y acróbatas daban á su paso funciones, para costear la jornada. En aquella época memorable vivían los ricos homes que debian perecer mas tarde con el General D. José Aldao, á manos de los indios.

El General de los Ejércitos de Chile y del Perú, D. Rudecindo Alvarado mandaba las fuerzas de la plaza, mientras que los Generales José y Francisco Aldao y su hermano el ex-capellan de granaderos á caballo tenian la campaña.

En las regiones de la política descollaban como monumentos el Dr. D. Narciso Laprida, Presidente del Congreso de Tucuman, objeto de la veneracion universal, el Dr. Salinas, Secretario de Bolivar y Godoy Cruz, (1) amigo y corresponsal del general San Martín. En las letras, Don

(1) Don Tomás Godoy Cruz. Se conserva en nuestro poder un legajo de documentos referentes á la vida de este prohombre, entre ellos una coleccion de cartas á su padre, de 1813 á 1820. Es probable que Sarmiento hubiese tenido la intencion de biografiar á Godoy Cruz. (N. del E.)

José Calle, que historió después aquellos sucesos y redactó conmigo *El Mercurio* en Chile; Don Juan Gualberto Godoy, el Tirteo de la política de partido, escribiendo *El Coracero*, todo en verso, periódico cáustico y satírico del género de *El Diablo Predicador* de Buenos Aires, que hizo escuela.

Constituían el núcleo del partido federal, muchas gentes decentes; y con ideas proteccionistas en favor de sus vinos y cereales, se oponían a la política de bajas tarifas, consideraban a Mendoza la rival de Buenos Aires y aun hablaban de crearse un puerto al Sur Oeste, navegando y canalizando el Colorado, que sería el de Bahía Blanca hoy, para exportar y recibir directamente sus mercaderías, tal era la idea de propia suficiencia que les había dejado el espectáculo de las grandes cosas.

El partido liberal era en cambio numeroso y lleno de actividad. Don Agustín Delgado, Ministro de Rivadavia, los Videla, de diversas familias, Godoy Cruz, Villanueva, Blanco, Calle, Zapata, Chenau y centenares más.

En 1829, cuando me incorporé al ejército del general Alvarado, Mendoza alcanzaba su apogeo. Un mes después, el rayo se descargaba sobre su cabeza, ¡y todos aquellos esplendores se disiparon entre ruinas y regueros de sangre! En 1830 perecieron los más ricos en los campos del Sur, asilados entre los indios. En 1831 el coronel Videla Castillo con dos mil hombres, casi todos veteranos mandados por Jefes de línea y un regimiento de granaderos de San Juan de quinientas plazas—(que yo había disciplinado con su jefe el Coronel Chenaut, a quien hice después General)—se dejó derrotar a campo abierto por Quiroga con doscientos hombres y los presos de las cárceles de Buenos Aires, estando el caudillo enfermo dentro de una carreta.

La parte culta y liberal de Mendoza, con sus glorias militares, se dispersó entonces para siempre, emigrando a Chile lo más florido de la población. Allí los Zapata fundaron colegios, los Calles redactaron diarios, los Villanueva ejercieron la medicina ó plantaron viñas en Aconcagua, como los Videla acabaron por ser banqueros, y los Cobo, cuyo padre introdujo el álamo, fueron dueños del Chañarcillo, en que se cortaba la plata a cincel. Dió a

Chile, en los Coroneles de la Plaza, padre é hijo, soldados aguerridos, Secretarios de Intendencia con los Delgado y Godoy, calígrafos en Bergmans de la misma familia, y hasta los primeros boteros de Santiago fueron los Sosa de Mendoza, que gracias á su talento de verdaderos artistas, pudieron educar sus hijos en París.

Qué quedaba de aquella soberbia Mendoza, que aun en su parte federal, era culta y en la que ni la montonera que era la expresion popular de la federacion, tenía asidero, pues la tradicion militar de San Martín, se perpetuaba por los Aldao, los Recuero y los auxiliares que tan bien representaban á los Granaderos á caballo en la Tablada?

Tras el triunfo de los federales, decapitados en la lucha, de sus cabos, tras la emigracion que con su triunfo venia ordenada, vino la decadencia y la crápula, el juego erigidos en sistema de gobierno, con un apóstata, ébrio casi siempre, para ocultarse á si mismo las manchas cancerosas de su oprobio.

Hasta que un día, á la vispera ya de recibir Mendoza el bautismo de la regeneracion, sin anuncios, sin aquellos ruidos subterráneos que corren como multitud de carros rodando por el empedrado, sin los sacudimientos que precedieron á la desaparicion de Herculanium y Pompeya, bajo las cenizas del Vesuvio, la tierra se estremeció, bamboleó como si le faltasen sus cimientos, y la ciudad se tendió sobre la superficie, cayendo muerta de un golpe y apretando bajo las ruinas de templos, palacios y habitaciones á los cuatro quintos de sus moradores!

Las ciudades coloniales son la morada exclusiva de la poblacion europea y á no sobrevenir el terremoto en la época de la vendimia, cuanto había de propietario y de culto habría perecido aquel infausto día.

Llegué antes de cumplirse un año de la catástrofe, á devolver con las armas de Buenos Aires el puesto que á los supervivientes reservaba el triunfo definitivo de las instituciones libres.

Ay! Solo permanecia inmutable, exelso, magestuoso, el Tupungato, cuya nevada cabeza se divisa desde los confines de San Luis, y parece un centinela de la eternidad para contar los días de las obras de los hombres!

Un antiguo pino de parasol, como los que decoran el paisaje de Nápoles ó de la Campagna de Roma, se conservaba, sino tan inmóvil, impasible, en medio de las ruinas, marcando el lugar que fué el claustro de San Francisco, y hacia el Oeste, siguiendo la dirección de las montañas vecinas, que cierran el horizonte ocultando las cordilleras nevadas, la negra y espesa línea de los álamos semi-seculares que dejó San Martín y á cuya sombra, como lo único duradero que es lo que crea el genio, se acogieron por largo tiempo las familias medio desnudas, esperando que se levantase una techumbre hospitalaria.

Acudían el 1º de Enero de 1861 á saludar al antiguo compañero de armas los unos, al emigrado animoso que había en Chile enseñado á esperar contra la esperanza, al enviado de Buenos Aires con la verdad de las instituciones, salían á saludarlo los que habían salvado de la catástrofe, envueltos en ponchos de toscó tejido, que no disimulaban camisas reñidas con todo decoro, porque en las grandes desgracias públicas, se hace gala del mal comun, la pobreza y el desaliño. Hasta de la enfermedad reinante se envanece el hombre y en tiempos calamitosos, surgen como productos naturales las figuras de tercer orden en la política y los sargentones de la milicia.

El Gobierno del Coronel Nazar y del Comandante Videla, ambos forasteros, fué lo que quedó en pie tras del terrible sacudimiento; y como en las ruinas se albergan las fieras, de allí salió la invasion á San Juan, sin motivo, y la mortandad á *lanza seca*, todo el fruto del triunfo de los Aldao en 1829.

No debo dejar subsistente este cuadro de la abominacion de la desolacion, sin correr el *diorama* que principia con la entrada del Teniente Coronel D. F. Sarmiento en Mendoza y pasar á mucho despues, cuando en el año en que estas reminiscencias escribo, nos hace el señor Balmaceda Ministro Plenipotenciario de Chile, una descripcion de Mendoza que acaba de atravesar y que reasumiré en breves razgos.

De una calle central de cuarenta varas de ancho, como los *Broadways* de las grandes ciudades modernas, pero sombreadas las amplias aceras por hileras de álamos de la Carolina ó de Italia, parten en ángulos rectos, calles de

veinte varas que dan entrada á la ciudad moderna. Si los antiguos conventos no lanzan aquí y allí sus torres, como si quisieran disputarles en audacia á las cúspides de las frondosas masas de árboles que en la prespectiva semejan bosques, la Escuela Sarmiento se alza como nuevo templo; y en lugar de monjas Catalinas, está la Escuela Normal de niñas en edificio todavía mas espléndido. San Nicolás convertido en Quinta Agronómica y á los Aldao, se suceden los profesores, ó los congresales Civit, Blanco, Zapata, Godoy que todavía traen á la memoria los nombres de otros tiempos.

Aun quedan resabios de fuerza y ambiciones que cuentan abrirse paso con el sable. El ladron con escalamiento y fractura no desaparecerá por cierto; pero dando mayor consistencia á las murallas y reforzando y perfeccionando las cerraduras, los casos vendrán á ser mas raros.

Cuando el jurisconsulto Velez oía hablar de casas y murallas de mimbre y barro, tras del temblor en Mendoza, objetaba que tales construcciones hacian inoficiosa la sabiduria de las leyes, inútil la distincion de los delitos é imposible la aplicacion de las penas. El dinero debe guardarse en caja de fierro, bajo cerradura. Si lo ponemos en la calle, casi no hay delito en apropiárselo.

Las instituciones son las cerraduras.

TIROTEOS DE GUERRILLA

Algunos días despues de mi llegada á Mendoza, acaso para honrar á los sanjuaninos, se pidieron cuatro oficiales para edecanes del General Alvarado. Con mucha sorpresa me ví en la lista, siendo los otros un doctor Albarracin Sabino, mi pariente venido de Buenos Aires, mi propio Comandante Angulo, que tenia en Mendoza mayor reputacion de valiente que en San Juan, por los sucesos de Río IV, y el Capitan don Andrés Carril, que lo había sido del N°. 11 del Ejército de los Andes. Para dar tono á esta narracion, anticiparé que Albarracin y Carril, fueron fusilados con cuatro mas al fin de la campaña.

En lo que respecta al cuarto que escuso nombrar, no

detallaré sus merecimientos para tan alta distincion á los diez y ocho años, sino es diciendo que se repetia lo que le sucedía desde la edad de quince y es que los adultos lo aceptaban en la sociedad de los hombres, merced á la educacion excepcional que había desenvuelto su inteligencia y formado su carácter desde tan temprana edad.

Un incidente insignificante me puso en contacto con el Dr. Laprida y fué que oyendose tiros por el Sanjon y viendose un centinela á caballo en la misma direccion, creyeron que era enemigo; me lo denuncian, y haciendo un rodeo le salí del otro lado, cortándole la retirada. El soldado impérrito conservó su puesto y cuando me acercaba sable en mano, me dijo con la acentuacion desabrida del mendocino:—«si soy de la plaza, señor.»—Envainé, pues, mi arrojo para mejor ocasion. Llevábamos los sanjuaninos gorros colorados, y el Dr. Laprida que presenció el acto, quizo conocer al compatriota y cambiamos palabras de afecto de su parte, de respecto y veneracion de la mia.

Como no hago historia, sino reminiscencias personales añadiré que en las Lomas de Lujan, donde se dió el último combate, en el momento del «sálvese quien pueda», se encontró el infeliz conmigo y me dijo, señalándome el oriente,—«Huyamos para Córdoba.»—«Es tarde, señor, está el enemigo ya de ese lado... Allí acaban de matar al Mayor Estrella.—¿Y, qué hacemos?—Sígame.—¿A dónde?—Para acá, esa es infantería nuestra... No tuvo confianza en mi estrella y tomó la primera direccion indicada. Yo lo vi bajarse del caballo y por no ser temerario, no digo á manos de quien creo que murió. Yo les había estado haciendo fuego personalmente el dia anterior á esos mismos.

Entré luego en funciones al lado del General Alvarado. Las funciones consistian en no hacer nada. Era una persona respetable, pulcro, elegante, con aires de gran señor, á lo Lamartine, á quien creo se parecia. Hombre de palabra fácil, para emitir siempre las ideas mas correctas y dar salida á toda clase de dificultades, solo que no daba una orden, ni salía de los regios salones que le habían preparado.

Los primeros días su inactividad misma inspiraba con-

fianza al público—¡Cuán seguros estaríamos con tan gran General, cuando no creía oportuno dar la menor orden! Despues he visto reproducirse situaciones iguales, con idénticos resultados, la derrota final. Los Aldao, empero, tenian la campaña y reunian milicias.

Sesenta soldados de línea del magnífico regimiento de Auxiliares de Mendoza habían vuelto de Córdoba. El Comandante Balmaceda, (enchalecado despues por los Taboada, si no me traiciona la memoria), se encontró con este regimiento en la batalla y me contaba despues una ocurrencia singular. Las cargas de caballeria, lo sabemos los viejos oficiales, son actos puramente morales. Lavalle, el célebre cargador, el heroe de Río Bamba, decía á los jóvenes del Escuadron de Mayo, que le pedian para pasar la noche, contase algo de sus campañas.—«Hombre, les decía, nosotros no tenemos qué contar en materia de hazañas militares. Una division de caballería carga á la otra; una de las dos cede, sin esperar á cruzar lanzas. Esto es todo.»

Pues bien, como los coraceros del General Paz no comprendian que pudiesen ser ellos nunca los que cedian, cargaron al regimiento de las casacas coloradas de Mendoza, y como estos, con sus caballos de razgarlos con la uña, no se proponian ceder tampoco, se pasaron unos y otros á unas veinte varas de distancia, mirándose sorprendidos de encontrarse y de que nadie cediera. El Comandante de Coraceros veía la sonrisa en los labios de sus soldados, riendose en efecto de la novedad del caso, de estarse parados, y sintiéndose ya, que trataba uno que otro de torcer el pescuezo del caballo, cuando un grito formidable de á la carga! rompió el ensalmo, dieron vuelta los colorados y las lanzas empezaron á hacer su oficio. « Si el otro se me anticipa, decía, somos nosotros los que damos vuelta.»

Era tambien edecan del General Alvarado un jovenzuelo, hijo del Gobernador interino un Videla, á quien le sucedía lo que á un contertulio y viejo amigo mio, cuya fisonomía extrañé por lo cambiada una noche, no obstante no haberse cortado el pelo ni cambiado la forma de la barba: era que había sido nombrado cónsul de Bolivia y ponía la cara grave que tan alto puesto reclama. Mi co-edecan,

hijo de Gobernador y mendocino, quería echarla conmigo de entendido. Cuando mas servía de comunicarme los secretos de la política que pescaba al vuelo en casa de su padre. Yo estaba habituado al trato de otra clase de gentes y poco á poco fui ganando la consideracion, despues el cariño del desgraciado Dr. Salinas, con quien acabamos por hacer rancho comun en la campaña.

A pocos días de servicio en mi alto empleo de edecan de S. E. sentí la vanidad de las cosas humanas. Me aburría enormemente de ver entrar, salir, oír hablar, discutir, y todo para la nada. El grave General se mostraba superior á las pequeñas pasiones *d'ici-bas*.

Tras la narracion de algunos encuentros que tenian lugar ya cerca de la ciudad, me deslize un día, al ruido de los *tiritos*, como decia de los combates despues el General Rivas, y llegando al frente de una guerrilla nuestra, hallé que la cosa era lo mas divertida: tiro va, tiro viene, avanzan, se retiran los nuestros, segun se ven avanzar las casacas coloradas de los veteranos auxiliares que han estado en la Tablada, y por tanto gente muy considerada y respetable. Andando la historia y repitiéndonos las embestidas alcanzamos á matar á dos sin embargo, y yo contemplaba de cerca uno.

Un caso de estos merece consignarse aquí, aunque avance cronológicamente su recuerdo. Ocurrió cuando yo era maestro guerrillero. A fuerza de asistir á ellas diariamente, como colegial escapado á las tareas de las aulas y haciendo *l'école buissonnière*. Me había constituido ayudante del Capitan D. Joaquin Villanueva, tio del que fué muchos años mi amigo, el Senador D. Aristides.

Don José Aldao que mandaba las fuerzas enemigas, sabía de cuanta importancia era para la moral del ejército, que las guerrillas ó avanzadas no sean vencidas y al efecto ponía en ellas, su pequeño pero aguerrido grupo de veteranos. Nos batíamos todos los días sin resultado, sino es conservar cada bando sus posiciones. Un día, no habíamos parado mientes en que la guerrilla tendida ante la nuestra se había venido poquito á poco ganando terreno y acortando distancias los tiradores, hasta que repente, se nos echaron encima y no hubo mas remedio que escaparnos en desorden hasta la reserva que había quedado á mas

distancia que la que previene la táctica. Moviése esta al frente nos rehicimos al costado, y secundado el movimiento cargamos á nuestro frente. No sé de donde les salió á los colorados, que á su turno retrocedian hasta sus reservas, un oficial sanjuanino De los Ríos. Vimos á mi Ríos, revoleando los libes, al costado de los colorados, lanzarles y prendérseles á un jastial de sargento, liándole los dos brazos con la carabina y la rienda, de manera que el caballo se quedó parado. Nuestra guerrilla se detuvo cuando recuperó su altura y yo, perrito de todas bodas, no teniendo formacion, volví á ver manipular la presa á mi Alférez Ríos. Habíase desmontado y acercádose al monstruo inmóvil como una estatua ecuestre de bronce: solo sé que el *encantado* auxiliar tenia una cara y hacía unos jestos de condenado por los libes, que le impedían moverse. Ríos no tenía sable, puesto que era recién escapado de San Juan; y como el del chino yacía en la vaina, principió por ahí el decomiso, desprendiéndoselo de la cintura y ciñéndoselo sin discontinuar. Seguíase la tercerola, pero antes de desembarazarlo de ella, le ordenó desmontarse, ofreciéndole galantemente un apoyo, sin el cual no es empresa fácil tocar el suelo precisamente con los pies primero, cuando el jinete tiene liados los brazos. Tenia cuchillo á la cintura, y Ríos se lo resbaló antes para evitar discusiones posibles; procediendo en seguida á desenvolver las bolas, desprendiendo la carabina separadamente, como quien coge fruta de un árbol y dejando al fin respirar al pobre prisionero quien fué enseguida enviado á la reserva. Con la montura hizo Ríos lo mismo, tomando de ella el lazo, el maneador, la manea y algun otro corraje, pues lo demas no valía la pena. Desde entonces el Alférez Ríos se presentó con tercerola á la espalda, como un iroquez habría llevado á la cintura la cabellera escalpada á su enemigo.

Volviendo á la narracion de los sucesos, escapábame todos los días á las guerrillas, como otro á los alrededores de Paris al *bal Mabilie*, y debo decir en honor de la verdad histórica, que yo introduje allí en la táctica de guerrillas un elemento mal ó poco usado, aunque sea de buena ley y de antigua invencion. Creo que remonta á los salvajes y por analogía, se llama *chivatear*, por lo que imita, golpeán-

MANIOBRA FRUSTRADA

Don José Aldao era hombre de mucha autoridad y experiencia y despues de tantos años de dominio y con el auxilio de sus hermanos y otros jefes, mucho trabajo había de darles á nuestros utopistas. Sus fuerzas crecían cada día. Y cada día venía el General Moyano y encarecía la necesidad de obrar enérgicamente, sin lo cual cada día se estrecharía mas y mas el círculo en torno de la ciudad.

El General Alvarado hallaba salida á todo, lo despedía contento y al otro día volvía con la misma insistencia inútil, á exigir que se pusiese en campaña.

En la «Vida del fraile Aldao», lastimado de la suerte que cupo á tantos por su causa, traté al General Alvarado de *imbécil*, y leyendo en Salta, escribió á Frías (don Félix), diciéndole que observase al señor Sarmiento que ya él se había justificado de aquellos cargos. Contestéle á Frías: —Dígale al General Alvarado que el señor Sarmiento de hoy, es aquel edecan que apenas le pintaba el bigote, que lo presencié todo día á día, y habló con los jefes hasta el último momento, y era inseparable del secretario de Bolívar que murió fusilado.»

Su justificación que releo ahora, es apenas su condenación, pues denuncia el espíritu dominante en los viejos unitarios y la escuela teórica de Rivadavia.

«Mi primer cuidado, apenas me recibí del Gobierno, dice la justificación del benévolo General, fué solicitar de la Legislatura una amnistía para los anteriores extravíos de la opinion, y la restitución de las garantías individuales que son la salvaguardia de las personas y de la propiedad.» ¡Qué momento para constituir una Provincia, con los tres Aldao en campaña, experimentado el uno, ebrio consuetudinario el otro, lo que disculpa no sujetarse á lo pactado, y un perillan desvergonzado, don Francisco, que había traicionado al General Vega, acometiendo los cuarteles vacíos en San Juan despues de firmada la pacificación, que traicionaba á su hermano José, pidiendo fuerzas á San Juan, despues de haberse sometido aquel y muriendo despues en la ejecución de otra intriga ó víctima de la embriaguez del fraile, como se verá mas adelante.

La guerra cierra las puertas del Templo de Jano y abrirlas de par en par, es simplemente imbecilidad, como tuve el honor de escribirlo en 1845 en la «Vida de Aldao» y dejárselo sospechar al Ministro del Interior doctor Rawson, en 1863.

No son estas ideas empero, fruto de los años y del estudio de las Constituciones. Ya en 1845 en Chile, explicaba la ineficacia de la defensa de los liberales en Mendoza.—«Estos hombres ilusos se empeñaban en establecer desde luego las formas constitucionales por las que tanto ansiaban; el respeto á las vidas era su axioma y las discusiones parlamentarias su medio de accion y sus enemigos aprovechaban de esta infatuacion para encadenarlos de nuevo.» (*Vida de Aldao.*)

En la segunda edicion de la «Vida de Aldao», el autor atenuó el epíteto de imbécil dado al General Alvarado, por el de *desapercibido*.

La histórica de aquel episodio, el mas sangriento de nuestras guerras civiles y uno de los mas fecundos en consecuencias funestas, la hizo don José Calle en un escrito,—*Memoria de los acontecimientos mas notables en la Provincia de Mendoza de 1829 á 1831.*—Está escrito en el lenguaje pomposo de la época y respirando la narracion por las anchas heridas, frescas aun. «En el catálogo de los hechos que vamos á referir, dice don José Calle, de las matanzas que sucedieron á nuestra derrota en el Pilar, se nota constantemente el delirio, la falsedad y la corrupcion. Se observará la debilidad misma enmudecida con el terror, la justicia en el mayor abandono, la buena fe y el patriotismo hechos el juguete de miserables hipócritas y facciosos y de un espíritu excesivamente sanguinario y brutal.»—(Página 103.)

Imposible que no fuesen derrotados hombres que piensan y escriben así.

Todos los gobiernos del mundo, aun los mas libres, principian la guerra por suspender las garantías individuales. Para hacer lo contrario, fúndase el General Alvarado en que siempre ha creído que la República Argentina necesita una Constitucion, «sobre todo, que ha mi profesion, no « me ha parecido nunca el medio seguro de alcanzar la orga-
« nizacion nacional.»—Y segun la misma exposicion, em-

prendió hacer un anticipo de veinte años del futuro gobierno nacional, al día siguiente de estallada la guerra intestina en la Provincia y amagada de una invasion exterior de las fuerzas de San Juan y la Rioja que vino en efecto. Toda la defensa es de este calibre. Se propone someter pacíficamente á los hermanos Aldao que posean la tradicion y práctica del poder y un cuadro magnífico de tropa de línea y lo burlan, quedándose en casa de Gobierno como rehen el mas cínico de todos, Francisco, para espiar todos sus actos, Don José en Coro Corto, *medicamentándose* y el fraile al mando de la tropa de línea, negándose á una entrevista con el Gobernador. El sentido comun del público, aun de los indiferentes, se sublevaba, auxiliado por los chascos y desencantos que traían cada día uno en pos de otro, las candidices de aquel grave, impasible Don Quijote de la paz en medio de la guerra, y que acaba con toda esperanza, como con toda autoridad, hasta que las tropas se sublevaran, pidiendo salir en busca del enemigo, cuando ya había privado de agua á la ciudad y reunido fuerzas poderosas.

El General Alvarado, con la jactancia que suele ser comun á los viejos generales de la Independencia que han tenido al frente tropas regulares, habla con menosprecio de las de Aldao y sin razon. Tenían segun el mismo 130 auxiliares y 200 colorados de Quiroga salvados de la batalla de la Tablada y las mejores tropas de caballería de entonces, fuera de los Coraceros. Los ochocientos sanjuaninos y riojanos tenían la fuerza de cohesion que da la guerra en país enemigo, contra la desagregacion á que están sujetas las milicias en su propio país, como sucedió á las nuestras.

Tenían, pues, los Aldao, mil hombres de caballería con cuatro jefes espertos y subordinados entre sí y toda la Provincia de Mendoza, rica en caballos y recursos y la de San Juan á retaguardia. Eran, pues, superiores á nosotros siempre que supiesen esquivar un encuentro con la infantería. En cambio nosotros podíamos asegurar con ella y las calles, todo el territorio al Oeste del Sanjon que es mucho y cuanto mas se quisiera.

Pero la inaccion de mi General Alvarado, debía perderlo todo, á pesar de una hábil operacion que ejecutó con el mas cumplido mal éxito.

Durante los primeros meses de reaccion contra los Aldao nada se hizo, mientras estos tenian la Provincia entera por suya y allegaban tropas diariamente, al plantel de línea de caballería que hace siempre el núcleo de la resistencia en campo abierto. Yo presenciaba diariamente los cargos, las súplicas del General Moyano, repitiéndolas mas apremiantes á cada nuevo reves.

Cuando nos arrebataron la carneada á una cuadra de la Iglesia de San Nicolas, es decir, á nuestras mismas barbas, le decía Moyano:—¡Señor, esto es una vergüenza! nos insultan y ponen en ridiculo delante de nuestros propios soldados. El General Alvarado probaba como tres y dos son cinco, que nuestra situacion era brillante y fuera de todo peligro.

Todos los días se renovaban estas escenas; y en saliendo Moyano, empezaban los comentarios entre el Dr. Salinas, secretario, Albarracín tesorero y yo edecan honorario y pasabamos en revista la situacion, premiabamos y castigábamos generales, como es la funcion de antigua data y el deber de su propia plana mayor. Estas escenas las he visto repetir mucho despues, cuando otros eran generales como Alvarado, sin mas diferencia que yo estaba mas arriba, en posicion de meterles un poco de azogue en las venas para mover su pachorra. ¡Cuantas razones estratégicas, económicas y aun políticas, hay siempre para dejarse estar!

Un día, se da la orden de ponerse en marcha el ejército.

¡Qué alegría en todo el campo! qué actividad en el cuartel general; qué apretones de manos entre los amigos!... Al fin!... Qué gravedad y compostura en el porte y semblante del antiguo General de los Ejércitos de la Independencia.

Salimos hacia el Este de Mendoza, no me acuerdo por qué calles, marchamos fuera de la ciudad hasta la tarde y hubo un alto. ¿Adónde iriamos? Eso solo el General lo sabía.

Entrando la noche, nos pusimos en marcha, y un Mayor Estrella que venía en el Estado Mayor, nos dijo que contramarchábamos, del Carrizal á donde habíamos llegado. Esto me contrarió mucho. ¿Nos volvíamos sin combate?

Ahora muy avanzada de la noche hicimos alto, se escogió campamento para el Cuartel General, y se vieron luego brillar como rojas estrellas los cien vivacs del ejército. Te-

níamos la infantería cerca y á nosotros nos tocó un huerto de manzanos, con la alfalfa á la rodilla. Cada uno ató su caballo en un tronco y á veces seis en el mismo, sin cuidarse mucho de la larga dada á cada uno.

Chisporrotearon los churrascos y creo que en el Templo de Jerusalem en día de solemne holocausto, no se complacieron mas las narices del Altísimo al llegarle el humo, gordo, perfumado y hasta sabroso de mil asados que estan atisbando devotos. Un Comandante de Caballería, fusilado despues, y que había hecho largas campañas á los indios, limpiaba despues de regalar su hambre, el cuchillo en la bota de potro y en seguida con el revez de la mano, se limpiaba la boca, arreando los gruesos labios de derecha á izquierda, de izquierda á derecha y en seguida, repetía la misma operacion en la bota para descargar la mano de la grasa recogida como lo había hecho antes con el enorme alfajor: y toda la operacion con la cómica gravedad y compostura de un cacique, que nos hacía perecer de risa.

Al amanecer sin aclarar todavia, que es cuando mas arrecia el sueño, unas descargas y tiroteos casi en nuestras orejas nos puso de punto y en indecible confusion á los caballos amarrados á lazo largo en los manzanos, intentando disparar, enredándose, dándose coces. Algunos oficiales despavoridos, saltaron sobre sus caballos en pelo y alguno arranca, trayéndolo á la razon y al suelo, al aturdido ginete que no había cuidado de desatar primero al animal.

Minutos despues, estábamos listos y el ejército en orden de parada. Restablecida la calma, siguiose el solemne silencio de la expectativa, cuando llegó el primer aviso de la vanguardia.

El enemigo había pasado por sobre nosotros, sorprendiendo dormidas ó descuidadas las fuerzas que guardaban el paso y á las primeras palabras, comprendí que la salida á campaña, la marcha y la cautelosa contramarcha, era una hábil operacion militar, concebida en el gabinete y que por negligencia en la ejecucion, ú otras causas se había frustrado.

Cincuenta y tres años despues, leo el relato del General y todas las impresiones de entonces se me despiertan,

revistiendo las palabras impresas, aquellas mismas carnaduras de los objetos vistos cuando el sol naciente iluminaba el campo, cada uno en su puesto, despues que el desenlace del drama se nos presenta: *Manqué!*

Copiaré la relacion auténtica del General. Sábese ya que en San Juan está el General Villafañe de la Rioja con seiscientos hombres y que el descreído Francisco de aquella familia de tiranuelos había, sin autorizacion del Jefe militar y el mayor de edad, pedido al gobierno de San Juan, avanzase tropas en auxilio de una revolucion que no existía. Oigamos á nuestro General:— « Los enemigos situados aquella noche en el Plumerillo, « Rodeo de Videla, ascendian á 130 auxiliares, 200 colorados de Quiroga y 60 á 70 milicianos del Plumerillo. « Este era el total de la derecha ó sea la division de « D. Félix Aldao. Seiscientos á setecientos sanjuaninos y « riojanos formaban el centro, ó division de Villafañe y « cuatrocientos milicianos de Lujan, Cruz de Piedra, San « Carlos y otros puntos del Sur, mal armados y sin moral « alguna estaban á las órdenes del coronel Francisco « Aldao». No era mas la fuerza enemiga, prosigue el General Alvarado, digan lo que que quieran Don Manuel Zapata y otros que se hallaban presentes.

« Me resolví, dice Alvarado, despues de alguna operacion « frustrada, á tomar la defensiva, esperando que las comunicaciones dirigidas al General Paz el 27 de Agosto « y los encargos repetidos á la comision de San Luis, « produjeran el efecto de ser auxiliados por 100 hombres « de caballería de línea y algunos jefes. Creí sin embargo « deber hacer otra tentativa persuadido que los Aldao « intentaran dar un golpe á la partida sitiada en las « Barrancas, por considerarla aislada, la mandé reforzar « solamente; pero á la tarde hice mover toda la division « en direccion al Carrizal y por una contramarcha en la « noche (para ocultarle la operacion al enemigo) me situé « á las tres de la mañana en las Barrancas. En efecto, « mis cálculos no salieron fallidos. El coronel Aldao se « había movido sobre este punto; pero el Capitan Don « Joaquin Villanueva que estaba allí de servicio desde « algunos días antes, recibió mis órdenes para avanzarse « hasta cubrir el camino que cruza del Carril á Barrancas

« y Barriales, y no las cumplió. El sin duda, no se penetró de su importancia al recibirlas y el resultado « fué que la division de Aldao encontró esta noche descubiertas las avenidas de mi campo, se colocó sin ser « sentido sobre la posicion de una compañía de mi « infantería que cubría mi derecha y rompió sus fuegos « sobre el campamento. Ellos fueron la señal de alarma « y si no es la sorpresa que Aldao recibió al sentir « contestados sus tiros por descargas de infantería, á la « que no había creído encontrar allí, aprovecha las ventajas que le ofreció nuestro descuido. Pero se retiró « precipitadamente á los Barriales y el Capitan Villanueva « fué el que nos privó de un triunfo indudable. Con « este motivo fué preciso reconvenirlo de un modo algo « serio»—(fusilarlo manda la ordenanza)—pero me « testó que el era un vecino y que trabajaba sin aspiraciones y sin obligacion de sufrir. A los pocos días « se retiró á su casa, sin licencia alguna del gobierno, y « volvió despues á la division, solicitado por D. Agustin « Bardel. En este caso estaban todos los Jefes y oficiales « y por esto se juzgará de mi posicion.»—(pág. 20).

¿Quién no recuerda el cargo del Gran Capitan, en Santa Elena, contra Grouchy, el valiente Grouchy, que no cumplió sus órdenes de perseguir á Blücher, despues de derrotado en Mont Saint Jean, con lo que había dado tiempo de rehacerse y acudir en auxilio de Wellington en el momento psicológico de la batalla de Waterloo y decidiendo la jornada en favor de la libertad del mundo y de la moral? Pasaron los años y murió Grouchy, protestando en vano contra el cargo y la imputacion inmerecida; la redaccion oficial prevalecía, hasta que el Coronel Charras tomó en manos los autos de aquel gran proceso y comparando las órdenes del día de los tres ejércitos y los partes de los generales de division, resultó que el emperador no dió la orden sino seis horas despues de la batalla de Mont Saint Jean y seis horas no se reparan con derrotados.

Al General Kebir, llamado así por los mamelucos, al general Rayo, se había sucedido en la edad adulta un imbécil, como tengo el sentimiento de haber llamado al General Alvarado, y sino un imbécil, un tirano egoísta, sin honor é infiel á todo compromiso. Resultó que pasado

Mont Saint Jean, Bonaparte enchido de orgullo ocupó horas enteras en quejarse de los liberales de París que le habían hecho jurar una Constitucion. Apenas obtenido un primer triunfo y aunque quedaba Wellington que no se cocia á dos hervores, ya no pensaba mas que pasar por encima de la Constitucion. Los Mariscales se asombraban de ver lo que preocupaba al vencedor y está probado que Grouchy inquieto, lo seguia á corta distacia mientras se paseaba, se le ponía casi por delante, mirándolo con intencion, provocándolo á darle órdenes de perseguir á los derrotados. Pero el Emperador estaba triunfando contra los «ideologos» de París y no el general contra el enemigo y Grouchy no vió á los prusianos ese día.

Algo parecido ocurre en la justificacion del General Alvarado. Ignoro si el Capitan Villanueva estaba destacado en esta comision, yo me había separado de mi maestro de guerrillas hacía días por un incidente pueril. Un día recibo orden del General Moyano de presentarme en el Cuartel General. Llegado á su presencia—¿De dónde viene el Sr. Edecan, que no se le encuentra en su puesto?—Vengo de las guerrillas, mi General.—Entregue Vd. ese rifle—Si es mio señor...—Un oficial no lleva rifle como un soldado.—Y hube de entregarlo. Despues supe que era obra de mi padre, denunciarme como rabinero y hacerme quitar el embeleco como á un chiquillo. Me sentí verdaderamente humillado en mi carácter de héroe en ciernes.

Debido á esta circunstancia estaba separado de Villanueva; mas es tan grave el cargo que se hace pesar sobre la memoria de mi amigo, á quien vi por la última vez en la derrota, que no debo dejarlo pasar sin medir sus quilates.

Las Barrancas habían venido á hacerse el punto estratégico de la campaña. Solo allí podía evitarse la conjuncion de las dos divisiones, la mendocina de los Aldao, y la sanjuanino riojana que llegaba al mando del General Villafañe. Es este, como se sabe, el grande objetivo de la guerra.

Había ademas otra consideracion para obrar con mucha cautela, y es que el tiempo era nuestro aliado natural. Triunfante el General Paz en la Tablada, nuestras co-

municaciones estaban de hecho establecidas y no debían pasarse días sin que se hiciesen sentir las fuerzas de Córdoba, en Mendoza.

Ni Aldao en busca de Villafañe, ni este para incorporarse á las fuerzas mendocinas, habían de intentarlo por destacamentos, sino con todas sus fuerzas reunidas. ¿Qué significa entonces, este Capitan Villanueva con su compañía de setenta hombres mandado á los Barriales á atajarles el paso á una ú otra división?

Pudo en efecto, ser mandado, pues era el oficial de mas prestigio que teníamos y lo prueba el hecho de tenerlo casi de planton en las guerrillas diarias, para oponerlo á los veteranos, los de las casacas rojas. Pero de todos modos, es inexplicable la magnitud de la obra encargada á un simple capitán con tan poca gente.

El hecho material producido, el rumor constante del campamento, y la inspeccion de los lugares, deponen en contrario de la fácil asercion del general en jefe. Las Barrancas son, lo que su nombre dice, un terreno de aluvion ó greda de seis varas de espesor, desgarrado por las avenidas, (1) que han abierto unos á guisa de callejones que facilitan el tránsito de un lado á otro. Estos callejones son gargantas, desfiladeros en algunas partes estrechados por cuadras, entre las barrancas inaccesibles que figuran murallas.

Una de las divisiones debía pasar por aquí y la habilidad de la operacion del general Alvarado, estaba en escoger este punto y colocarse con toda la division á la salida. Cuando yo inspeccioné los lugares, ví que había podido encerrarse como en una jaula á un ejército entero, con solo esconder una compañía de infantería cerca de la entrada, para cerrarla despues de haber dado paso al enemigo y coronar las barrancas con la infanteria y rendirlos al paso por debajo de las bocas de los cañones de sus fusiles.

¿Quién fué, pues, que el que descuidó y dejó pasar el enemigo sin obstáculo, viniendo por el contrario á pisotear al general mismo en su propia cama?

(1) Torrentes Impetuosos que se improvisan con los deshielos de la montaña.

(Nota del Editor).

Confesemos que fueron muchos los que descuidaron las mas sencillas reglas del servicio. ¿Mandó el general un ayudante á los Barriales, á ver si el capitán estaba en su puesto y prevenido de la proximidad de nuestro ejército? ¿Se pusieron avanzadas en aquel camino, de manera que el enemigo no nos pisase dentro del mismo campo?

Todo hace creer que nada se hizo y que el general se echó á dormir á la bartola, olvidándose solo esta vez, que todos éramos reclutas y que el general debe repicar y andar en la procesion, mandarlo y hacerlo.

Esta fué la causa constante de los triunfos del General Paz. A las tres de la mañana de una noche lluviosa caía sobre una guardia avanzada y ay! del oficial, si al hacer levantar las casoletas para inspeccionar cada fusil, encontraba que alguno estaba sin piedra. Ira de Dios! Era mayor crimen que haberse pasado al enemigo y prueba visible de que el pobre oficial era un traidor. Detestábanlo pasablemente los oficiales y cuando lo veían pasar á caballo, en los primeros tiempos del sitio de Montevideo, cubiertas de barro las botas, en sus rondas de inspeccion bajo una lluvia de balas,—Hi. de p.—decían los resentidos reclutas, ahora te lleve la cabeza una bala y á nosotros nos lleve el diablo,—porque gracias á esos hábitos, los soldados podían como Napoleon, la víspera de Austerlitz, dormirse á pierna suelta sobre los sonados y esperados laureles del día siguiente.

Verdad es que estas operaciones estratégicas, aun las mas bien combinadas, estan sujetas á mil contratiempos en la ejecucion. El General Bonaparte para acordarlas, daba cronómetros á sus generales, cartas topográficas detalladas é itinerarios verificados y aun así le fallaban muchas.

Nuestra retirada de Jachal á San Juan, despues de Niquivil, era una admirable concepcion, valientemente ejecutada; pero llegados á San Juan los milicianos se dispersaron por ver á sus familias, la infantería se va á su casa y el ejército desaparece. Era una desgracia imprevista que hubiésemos tomado prisionero al pillo Francisco Aldao, que faltó á su palabra desde que se vió libre y fuerte. Como fué otra que el Comandante Castro fuese al Pocito y pintase á mi Comandante la

situacion como desesperada, pues con los setecientos caballos gordos que tan gloriosamente, en mi sentir, habia tomado yo, la habriamos tirado para Córdoba, pues ya estaba despejado el camino.

Cuando el Director de la Guerra contra el Chacho, recibió orden del General Paunero enviar á Córdoba el 6º de línea que se hallaba en la Rioja, habiendo ya elevado su renuncia y por su empleo de Gobernador no pudiendo tener funciones subalternas en el ejército de operaciones activas, pasó nota al Coronel Arredondo, jefe en campaña con el 6º y fuerzas sanjuaninas, diciéndole que si no creía posible y útil ejecutar la orden, pues no llegaría ni en un mes á Córdoba, y queria asumir personalmente la responsabilidad del acto, se dirigiese inmediatamente al Chañar, punto extremo de los llanos, camino de Córdoba, á donde llegaría infaliblemente el Chacho, derrotado en diez días mas. Aceptó la indicacion el Coronel, llegó al Chañar, y segun el Comandante Brihuega, que lo acompañaba con sus rifleros sanjuaninos, se acantonó en medio de un rastrojo, donde al día siguiente de llegado, una mujer patriota vino á avisarle que el Chacho estaba en su casa y se preparaban para asaltarlo, pues no tenía la caballada á mano; advertido y listo, el Chacho tomó las de Villadiego y ejecutó una hazaña, que fué dar la vuelta de la Provincia de la Rioja, por sus cuatro términos, volviendo á su punto de partida, despues de haberle hecho matar todos sus caballos á la division que lo perseguia.

El oportuno consejo tan bien aprovechado por Arredondo, fué malogrado por un hora de discrepancia.

Sucedióle lo mismo el Coronel Mitre, cuando invadió á los indios de Catriel sublevados en Tapalqué. Exelentes vaqueanos sabían el punto donde habian ido á establecer los toldos. La division se acercó en la noche, sin que los indios sintiesen la proximidad de los cristianos. Unas taperas eran la señal de estar ya próximos. Los vaqueanos creyeron haber ya tropezado con ellas y fué preciso marcar el paso un poco, hasta aguardar los primeros albores. Un vaqueano indeciso se ponía de rodillas á rezar y lamentarse. El día alboreó: los toldos

estaban á ocho leguas todavía de distancia. Los indios tomaron caballos en presencia de los polvos y tuvieron tiempo de montar á la chusma... ¡Qué burlas al pobre Coronel que había jurado que ni la cola de una vaca (rabona), se llevarían los indios!

Pero caso mas lamentable y mas al caso, debo recordar para que tan grande concepto no quede ignorado de cada generacion, que todavía no cree sino en la presteza del caballo.

Había un comerciante y proveedor *enrichi* pretendido enriquecer la náutica con un invento de su caletre. Pedí-mosle por amistad que se consultase antes con gente del arte y nos contestó que estaba rico y quería darse el gusto de hacer su ensayo, saliese lo que salgare. Un mecánico, sin ser muy entendido, me explicó en que consistía la alucinacion:—Cree que aumentando las hélices, duplicará el impulso, sin acordarse que el impulso depende de la mayor fuerza motriz. Es lo mismo que un remero tome dos remos para representar la fuerza de dos remeros. Si tomase cuatro el resultado seria el mismo; un hombre remando. Era en fin, para darme cuenta yo del caso, lo de las capirusas del sastre del Quijote: se le encargaba hacer una de una estrecha tira de paño. Vaya para una capiruzita chica y para dos, vamos. La exigencia fué hasta arrancarle al taimado sastre la obligacion de hacer seis. Presentose con una capirucita en cada dedo de la mano y todavía le sobraba para la otra, tanto había dado de sí la tira estrecha de paño.

Pues bien, durante la sublevacion número que se yó cuantos del majadero Lopez Jordan, yacía en el rio de Lujan el armazon de dos naves aparejadas que era el casco del malhadado ensayo del Fulton Mendez, y el Presidente que pasaba con frecuencia, de tránsito para las siempre verdinegras y húmedas islas, saludaba tristemente aquel error y como estaban aparejados para llevar ganados al Entre Ríos con un corral sobre cubierta, el náutico Presidente empezó á hallarle aplicacion á la guerra actual, hizo propuesta de compra y obteniéndola, se la mandó al Ministro de la Guerra que reunía en el Paraná caballadas de Santa Fe y fuerzas que debían transportarse de un lugar á otro. El mueble era mandado hacer exprofeso para

transporte fluvial. Pero una innovacion sugiere otra mas estrepitosa, y en un pelo estuvo que la historia militar se enriqueciese con un hecho de armas que dejase pequeñitos al General Paez que tomó un buque español con su caballeria en el puerto de Macaraibo, aquello era un acto de valor y cualquiera es valiente, siendo valiente, se entiende. Pero en este caso había inspiracion é ingenio.

El porfiado de Jordan, emprendió la segunda tentativa de insurreccion, contando con un armamento que habia despachado en aduana la casa Querencio y Cia., solicitado por el corredor Adolfo Olivera, segun consta de las polizas, que la aduana de un Estado vecino segun las ideas corrientes en la tertulia del Jefe de Policía de entonces, no se ha de andar averiguando si son corredores los que por tal tienen casas respetables de comercio.

Cuando el General Vedia lo estrechaba en Gualeguaychú, mantenía Jordan sus posiciones contra toda regla de prudencia, porque esperaba el santo adveñimiento por Gualeguay ó Gualeguaychú del armamento comprado. Prometiéronle entregarle uno en Hernandarias, cuando ya se hubo internado, burlando con habilidad de gaucho mañero y liviano, las fuerzas que lo perseguían, y una vez se vino en persona con buena escolta, á una casa á legua y media de aquel puerto hacia el interior, á esperar el tan deseado é indispensable armamento. Sabido esto, en ese mundo de espías y traidores por donde todo se sabe, un día, tras un ligero reconocimiento hecho de los lugares por un vapor, salió de noche del puerto del Paraná, la doble nave sin las dobles hélices, llevando en sus entrañas, como el caballo de Troya, no digamos los cincuenta héroes al mando del astuto Ulises, sino un escuadron de caballeria montado en sus palafrenes, y ciento cincuenta infantes para despejar la incógnita, si fuese necesario. Debía esta division desembarcar callandito, no en Hernandarias precisamente, que allí habría gente que los sintiese, sino en las inmediaciones, en lugar ya visto y calculado.

A las cuatro ó cinco de la mañana, era lo que prescribían las instrucciones dadas, la infanteria rodeará la casa, é impedirá sobre todo el acceso al corral donde hubiesen caballos; y tomadas estas precauciones, llamar quieto á la puerta del palacio encantado, donde dormiría como un

patacho el desapercibido General, y rogarle que se asomase por la ventanilla á ver el espectáculo de un escuadrón de caballería de línea formado á su frente, carabina en mano y un centenar de infantes idem, prontos á la manobra y como caídos del cielo.

Ah! no corrió tanto riesgo un conocido mío con las balas envueltas en ácido prúsico, ni los puñales envenenados con estricnina de la misma factura, como el que corrió esta vez el cuartel general de Hernandarias.

La expedición de los nuevos argonautas salió sin ser sospechada del Paraná, remontó á vapor ríos arriba sin inconveniente, pasó sin ser sentida por las casas de Hernandarias y amainó sus fuegos y atracó el vapor en el lugar convenido. ¿Qué mas quieren que les diga? Toda la tropa tomó tierra, los caballos se alinearon con sus ginetes y llegado el momento de obrar, se dió la orden de marchar por cuatro á la derecha, y se emprendió la marcha con el mayor arreglo y silencio, por la orilla de una ceja de monte que se internaba hacia el interior de las tierras y servía de pantalla para encubrir el movimiento, solo sí que en lugar de tomar por delante de la ceja, tomaron por detrás de ella, lo que fuera indiferente. Pero la tal ceja, no era ceja, y si clavo, cuña, delta, que iba abriendo y ensanchando cada vez mas, de manera que en lugar de acercarse á las casas, la ufana division se dirigía hacia Corrientes.

¿Puede sobrevenir contratiempo igual? Pues bien, es lo mismo que le pasó al General Paz cuando reconoció que eran enemigos los que había tomado y aguardado como soldados suyos disfrazados de gauchos que había mandado á un reconocimiento. Tuvo tiempo de ponerse en salvo, siguiendo la costa de una ceja de monte de chañas que así parecía mirada de la punta, pero que tambien tenía forma de delta, y la tomó por mal lado, y el monte luego se interpuso entre él y las avanzadas de su ejército, que hubiera podido oír los rumores del campamento. Así se cambió el rumbo que llevaba la historia, porque tiene sus reglas aun para ir mal.

Y ya que de peligros se habla, bueno es que recuerde aquí uno, que por no ser corrido en aventuras militares, no debo dejar de consignar por ser el mayor que he

corrido, aunque he salvado del machete dos veces de salteadores en Chile, en el un caso por estar alerta y bien armado, y en el otro, por hacerles creer á mis contendores que las dos pistolas que les tenía asestadas al pecho á una vara y cuarta de distancia que estaban cargadas, cuando ni pólvora tenían. Eran tres y se retiraron en presencia del peligro de quedar dos con la barriga al aire, pues era ya entrada la noche, sobre la cumbre de las Coimas entre Putaendo y San Felipe, donde con tanta gloria se había batido Necochea con los españoles. Este y otros hechos que suelen ocurrir de vez en cuando en las cuevas de Chacabuco y otros lugares ilustrados por nuestras armas, haría decir como Edmond About cuenta de un ingles apasionado de la Grecia, que le habían robado la cadena en las Termópilas y el reloj en las planicies de Maraton, á manos de los sucesores de Leonidas y de Temistocles.

Mi peligro fué de otro género. El juez de la causa de los Guerri, conversando conmigo despues, no se atrevía á darme todos los detalles de la tentativa, hasta que tranquilizado por mi, me trasmitió un dicho del Dr. Puiggari, quien aseguraba que con solo tocarse el lagrimal los curiosos que manoseaban las balas extraidas de las paredes en torno del atentado, se aseguraría la muerte inmediata. Pudo pues herirme ligeramente, aunque mas no fuese hacer un rasguño, una bala si no estalla el arma al salir el tiro y entonces quedar, acaso por dictamen de cirujano, declarado y comprobado, que el Presidente y Teniente Coronel, se había muerto de la impresion que debió hacer en su ánimo el formidable disparo de un trabuco á boca de jarro, disparado á dos varas de distancia. Conócense las disposiciones de la opinion y quienes hacen la opinion de loco, de chocho y habría llevado á la historia un calificativo. Un alto personaje, al saber lo ocurrido, lo echó á la broma en mi desfavor, hasta que le trajeron un fragmento del tromblon y creyó como Santo Tomas. No se que en su vida hubiese corrido riesgo alguno para tanta presuncion y no negó que lo había podido hacer correr á otro.

Mas, como digresiones, que se van hilvanando sin sentir de la pluma, con estas basta y volvamos á mi historia de aquellos tiempos prehistóricos.

SITIADOS

El hábil movimiento del General Alvarado malogrado, el General Aldao aumentó su prestigio, con su acierto. Necesitaba reunir en un solo cuerpo su ejército y los que llegaban en su auxilio y lo consiguió pasando sobre nosotros, al amacer por aquel terrible desfiladero.

Poníase además con su fuerzas al Norte; asegurándose la retirada sobre San Juan á que podía Quiroga acudir en persona dado el caso que el General Paz avanzase sus operaciones por San Luis, no comprendiendo hasta hoy el porqué no lo hizo ni siquiera con una pequeña fuerza, si no es que el General Alvarado, contando con la buena fe de los Aldao no la requiriese.

Con la idea de un contraste sufrido, volvimos á Mendoza hablando bajo y encogidos como pollos mojados, *comme un renard á qui une poule aurait pris*.

Los jefes mendocinos comprometidos, la vida les iba, y andaban tristes y cariacontecidos, perdida toda confianza en el General y aun mostrándose reacios los menos cultos y los mas violentos.

Nos habíamos alojado fuera de la ciudad, á cuya defensa acudíamos. La iniciativa quedaba en el otro campo y todavía no me explico qué se iba á defender y por qué tiempo, pues nada mas se hacia que dejarlo trascurrir en la inaccion. Y había plan estratégico en sostener la plaza vigorosamente, pues un mes hubiera bastado para que fuerzas de línea de Córdoba viniesen en nuestro apoyo.

La situacion se iba haciendo angustiada; pero me parece que al volver á la ciudad no había plan determinado. La salida á las Barrancas, debió ser aprovechada para avanzar desde allí una partida que salvase Corococho y la Paz, para hacer llegar comunicaciones al General Paz instruyéndole del estado de las cosas y pidiéndole avanzar tropas. Su vanguardia con Videla Castillo se hizo sentir despues del desastre del Pilar, y la ciudad de Mendoza pudo ser defendida hasta entonces, como se han defendido Buenos Aires

y Montevideo, al menos hasta ser socorrido. El General había visto las fortalezas del Callao y sobraban elementos en Mendoza para organizar una plaza de guerra; pero la resistencia se limitaba á ser pasiva.

Hablábamnos quedo en los corrillos, el silencio se venía haciendo, como cuando se presta atención á oír ruidos y rumores que uno echa de menos, como cuando vemos nubes negras acumularse en el horizonte y ponemos el oído á oír el trueno que es su voz usual. De repente una tarde pín! pan! tiros, gritos, exclamaciones en el campo vecino, ginetes que corren hacia el Cuartel General....

¿Qué hay?—Sublevación del ejército.—Piden ir al enemigo.—El General no está seguro aquí. Venimos á llevarlo á la ciudad.

El tumulto y la confusión llegaban por oleadas hasta nosotros, y amenazaban envolvernos cual torbellino de polvo. Requerimos los caballos y yo indiqué á los oficiales sanjuaninos seguirme por una calle que conducía hacia el oeste al campo abierto. Allí hicimos alto para esperar á otros y tomar consejo. No teníamos salida sino para Chile. San Juan nos estaba cerrado al Norte; al Sur los indios de Pincheira, al Este los Aldao cubriendo la Provincia entera. Quedamos de acuerdo y esperamos.

Al bajar el sol vino alguno á decirnos que todo se había arreglado, renunciando Alvarado gobierno y mando, tomando este el General Moyano, é interno el otro un señor Videla harto entrado en años. La inacción á que el General Alvarado, condenaba el ejército, había llevado la exasperación hasta el último punto y una extraña revolución había estallado en las tropas, pues lo que pedían era solo que las condujesen al combate.

Regresamos al campamento y encontramos rostros alegres y palabras llenas de entusiasmo. No se necesitaban muchas para despertar el mío y todos nos preparamos para emprender luego las operaciones activas.

Tiempo era y sobrado. Los Aldao habían quitado el agua á la ciudad! La campaña tenía con esto objetivo determinado y fijo. A Lujan! á destapar las obstruidas tomas; y luego nos pusimos en movimiento. Dejábase indefensa la maestranza, repleta de elementos de guerra y las cuatro culebrinas de San Martín detrás de nosotros,

abandonadas por pesadas para ejército animado del frenesi del combate.

Llegamos en efecto á Lujan; y no sé si se abrieron las tomas, pues luego fuimos sitiados y el combate se inició de detrás de las tapias de nuestra parte, de entre las barrancas del río de la otra.

Con don Vicente Morales mi pariente, disparamos muchos tiros á Pepe Quiroga también pariente mio, que nos provocaba, con otro oficial Martínez sanjuanino. Sobre estos, pesa un cargo muy grave. Dios los haya perdonado... Me habían regalado el caballo en que Albin Gutierrez mandó la batalla de los Médanos contra don José Manuel Carreras y por cuidarlo, descubrí que habían echado por tierra un lienzo de pared. Tenían con esto la brecha practicable. Mi casual vigilancia frustró el ataque.

De noche hacíamos cartuchos los jefes, ayudantes y asistentes de confianza con la pólvora y balas traídas en carretillas y allí se conversaba sobre la situación. Es falsa la asercion del General Alvarado que reinase desaliento entre los oficiales: aun reducidos á esta extremidad, ninguno dudaba de la victoria. Éramos todos tan bisoños!

De día en día había venido haciéndome de mayor número de amigos en la division y en la mañana del 29 de Setiembre, un joven Gutierrez, me prestó su partida de veinte hombres para ir á escaramucear con el enemigo por otro lado. Era yo esta vez dueño de una fuerza imponente, y la calle, de paredes largas como una flauta ahorraba al general éste, la necesidad de trazarse un plan estratégico muy complicado. Avanzar para adelante y huir para atrás, he aquí las dos operaciones jefes, pivotaes de la jornada. Los soldados de ambos bandos, milicianos por lo general, lo que menos deseaban era irse á las manos y esta era la curiosidad que yo tenia y me proponia satisfacer. Ordeno un tiroteo que sirva de introduccion al capítulo; avánzome enseguida á provocar de palabras, diciéndole montonero, avestruz y otras lindezas al oficial adverso, quien sin avanzarse mucho, me hace fusilar con tres ó cuatro de los suyos, que se estaban un minuto apuntándome los tiros. Me ingenio del modo mas decente que puedo, para no seguir sirviendo de blanco, despues de haberme aguan-

tado quince tiros á veinte y cinco pasos. Mando cargar, nos entreveramos un segundo, y los míos y los ajenos retroceden á un tiempo, cada partida por su lado, dejando en el fugaz campo de batalla, al pobre general mohino de que no siguiera un rato mas la broma. Reúnome á los míos y siento en todas las evoluciones del caballo, que me acompaña un soldado, siguiéndome hacia adelante y hacia atrás en todos mis movimientos. Como yo no conocia á mis propios soldados, puesto que era un allegado, nada de particular encontraba, hasta que uno gritó: —Ese es enemigo! Era segun se vió, un infeliz que en el pequeño entrevero tenido, se había quedado, no atreviéndose á disparar de miedo de ser muerto y seguía al oficial tal vez en busca de protección.

Quize responder á esta confianza; pero como los guerrilleros en calles angostas no tienen formación, desnudaron sables algunos y trataron de herirle. Interpuse mis respetos, (escasísimos?); buscó la salvación en la fuga; y entonces entrando en funciones como el mas avanzado, acaso mejor montado, alcancé á pasarlo y cerrarle la calle, con lo que el pobre hizo trepar su caballo al borde de la acequia, y con un buen chirlo de mi sable, porque se puso muy á tiro de mi amistad, se tiró de cabeza al agua en la acequia de tres varas de ancho, de corriente rapidísima y siguió de espaldas aguas abajo, hasta tomar distancia, sin poder seguirlo, pues que la guerrilla enemiga, que presenciaba la escena, avanzaba á protegerlo.

Al día siguiente el cerco se estrechaba y arreciaba el fuego, no habiendo lugar seguro en el campo, pues las balas se cruzaban de todos costados. Quemarónse el primer día 20.000 tiros y cien cañonazos fueron disparados de parte de los cercados. El segundo día hasta las doce, igual estrepito, sin ningun éxito. Los Aldao sabían que las municiones se agotaban, y sus soldados se parapetaban detras de tapias y murallas.

Comunicaciones de Quiroga les recomendaban no tratar ni prometer nada. «Es preciso, les decía, que tengamos el mayor número posible de enemigos para sacar contribuciones.»

EL CAMPO DEL PILAR

Pero el pueblo de Mendoza que oía el fuego de dos días creía que pocos habría vivos ya; y las mujeres desoladas corrian por las calles pidiendo á gritos que fueran los sacerdotes, los ancianos, los hombres de prestigio, á meterse entre los combatientes y separarlos. Una comision de sacerdotes se acercó al lugar del combate, eligió un terreno neutral para tratar, y se convino en que todos se sometieran á un gobierno elegido por el pueblo. ¡Cómo debían reirse los Aldao del candor de sus enemigos! Estaban vencidos ya y presos, y siempre guardando los aires altivos de ciudadanos libres. Pero la Providencia no quiso permitir que la farsa se representase hasta el fin. Esta comedia debía concluir por una catástrofe que llenó de espanto á sus actores mismos.

Eran las tres y media de la tarde: ajustado el convenio, la tropa á quien se tuvo la indiscrecion de comunicarlo había hecho pabellones y los oficiales andaban en grupos felicitándose de un desenlace que para nosotros era simplemente la salvacion. Francisco Aldao entró al campo sin escolta; bienvenidas cordialmente amistosas lo saludan, entáblase una conversacion animada, las chansonetas y las pullas van y vienen entre hombres que en otro tiempo han sido amigos. Rodeámoslo como veinte oficiales. Yo lo conocía, porque lo habíamos tomado prisionero aquella noche triste en San Juan; vestía uniforme sencillo, traía lanza con banderola roja usada, montaba en silla hungara.

Un momento despues un emisario del *fraile* se presenta intimando rendicion so pena de ser pasados á cuchillo. Mil gritos de indignacion partieron de todas partes, Francisco fué el blanco de los reproches mas amargos.—«Señores, decía con dignidad y confianza, no hay nada, es Félix que ya ha comido!»—dando á estas palabras, que repitió varias veces, un énfasis particular y á un ayudante la orden de avisar á Félix que él estaba allí, que el menor amago de su parte era una violacion del tratado.

La alarma corrió por todo el campo á la voz, ¡traicion!, traicion! los oficiales llamaban en vano á la formacion,

cuando un disparo de cañon hizo pasar zumbando por nuestras cabezas una bala, cinco mas le siguieron arrojadas al grupo donde estaba Francisco.

Yo vi entretanto, masas de caballería que abandonaban los puestos del lado del campo que hacia frente al enemigo y volé á contenerlos.

Esta circunstancia me dió ocasion de ser testigo, acaso el único, de un hecho que prueba la sinceridad del General en Jefe y debo añadir por consecuencia, la de don Pancho, que no habría sido muy de fiar. En esta salida mia, vi al Mayor Recuero que volvía del lado que estábamos nosotros y se encontró á la salida hacia el río con don José que venia con un ayudante ó dos, visiblemente á entrar en el campo sin temor alguno, como habian venido antes don Francisco y Recuero.

Este me confirmó todo esto en Chile, donde nos conocimos mas tarde emigrados, diciéndome que él aconsejó á don José volverse, viendo la agitacion que reinaba en el grupo de que yo me había desprendido.

Don José (1) se alejó exclamando:—«este es Felix! ya está borracho!» En efecto, borracho estaba, como era su costumbre por las tardes; tres ó cuatro días antes, había sido preciso cargarlo en un catre para salvarlo de las guerrillas.

La confusion se introdujo en el campamento y la aproximacion de los auxiliares de don Felix y los azules de San Juan completaron la derrota. Un momento despues penetraba *el fraile* en el campo á tan poca costa tomado. Sobre un cañon estaba un cadaver envuelto en una frazada: un presentimiento vago, un recuerdo confuso del mensaje de su hermano le hace mandar que le destapen la cara:—«¿Quién es este?» pregunta. Los vapores del vino ofuscaban su vista á punto de no conocer al hermano que tan brutalmente había sacrificado.

Sus ayudantes tratan de alejarle de aquel triste espectáculo antes que reconozca el cadáver.—«¿Quién es este?» repite en tono decisivo. Entonces sabe que es Francisco. Al oir el nombre de su hermano, se endereza, la niebla de

(1) Este trozo pertenece á la *Vida de Aldao* y lo hemos intercalado aqui para completar la narracion. Va hasta donde sigue la relacion personal con esta señal * —N. del E.

sus ojos se disipa, sacude la cabeza como si despertara de un sueño y arrebata al mas cercano la lanza. ¡Ay de los vencidos! La carnicería comienza: grita con voz ronca á sus soldados:—«maten! maten!» mientras que él mata sin piedad prisioneros indefensos á los oficiales que le traen, los hace reunir en un cuadro; eran primero diez y seis, entre ellos el joven Joaquin Villanueva, notable por su valor. Manda á sus veteranos matarlo á sablazos; Villanueva recibe uno por atras que le hace caer la parte superior del craneo por la cara; se levanta y echa á correr por aquel círculo fatal limitado por la muerte; el fraile lo pasa con la lanza que entra en el cuerpo hasta la mano, y no pudiendo retirarla otra vez, la hace pasar toda y la toma por el otro lado. La carnicería se hace general y los jóvenes oficiales mutilados, llenos de heridas, sin dedos, sin manos, sin brazos, prolongan su agonía tratando de escapar á una muerte inevitable.

La noche sorprende á los vencedores matando; las partidas se vienen á la ciudad y cada tiro que interrumpe el silencio de la noche, anuncia un asesinato ó una puerta cuya cerradura hacen saltar. El día siguiente sobrevino y el saqueo no había cesado. El sol apareció para contar los cadáveres que habían quedado en un campo sin combate é iluminar los extragos del pillaje. Al día siguiente, los actores de aquel terrible drama estaban mudos de espanto. El fraile se dió cuenta entonces de todo lo que había hecho, y la muerte de su hermano, á quien él había sacrificado. *

Yo todavía no sé como escapé de aquella matanza y de la vía de horrores que atravesé en seguida.

Como he dicho, quise contener la caballería que iba á desbandar, por un portillo por donde necesitaba desfilar. El tercer soldado gritó al primero y segundo:—«¡lanceénlo!» —y era inutil insistir. Yo he visto varias veces el coraje que inspira el miedo. Nadie resistiría, si lo empleásemos en resistir al enemigo.

Salí del campo del Pilar despues de haber visto morir á mi lado al ayudante Estrella y haber ultimado uno de los nuestros á un soldado enemigo que me cerraba el paso, mientras bregábamos con la lanza y el sable con que yo había logrado herirlo. Salí por entre los enemigos, por

una serie de peripecias y de escenas singulares, entrando en espacios de calles donde nosotros éramos los vencedores, para pasar á otras en que íbamos prisioneros. Mas allá dos hermanos Rosas, de partidos contrarios se disputaban un caballo. Vi matar, pugnando yo por salvarlo, al padre de don Aristides Villanueva, llevado en ancas de un señor Corvalan y atacado de atrás por un furibundo, tocándole la espalda con la moharra y dos, yo uno de ellos, prendidos del asta para que no lo atravesase.

Un trompa sanjuanino venía tocando á degüello y reconociéndome cambió la corneta por el sable; pero apostrofándome á pretesto de que le había dado unos palos en la campaña de Jachal y como yo le prometiese otros para cuando volviera á mandarlo, (era antiguo sirviente de color), metió espuelas á alcanzar su division.—Lo tuve en efecto á mis órdenes despues, y reimos hermanablemente del caso.

Alli fué donde ví morir miserablemente al ilustre Laprida, cuyo cadáver fué expuesto acribillado de heridas en Mendoza.

Todos estos cambios de situacion se hacían al andar del caballo, porque el vértigo de vencedores y vencidos que ocupábamos en grupos media legua en una calle, apartaba la idea de salvarse por la fuga. Cuando la hora de la reflexion, de la zozobra y del miedo vino para mí, fué cuando despues de haber salvado de ese laberinto de muertes, guiado por mi buena estrella, al fin, no sé donde, ni como, ni quien, pasando un jefe que llevaba en ancas á un teniente desnudo y herido de bala en una pierna, me dijo:—«Siga usted á ese Comandante» y lo seguí y me llevó á su casa. Era el Comandante don José Santos Ramirez que venía cargado de noble botin hecho en el campo de batalla, heridos y prisioneros que traía á salvar de la carniceria bajo su techo hospitalario.

Tan á tiempo fuimos recogidos que á los dos días llegó de San Juan la orden de pasar por las armas á los oficiales sanjuaninos, y seis de estos pagaron este tributo al furor tranquilo de los políticos que ponen tales decretos al rededor de un bufete. De los cuatro edecanes de Alvarado, el joven Albarracin Sabino y don Andrés del Carril del ejército de los Andes, tuvieron su parte.

✓ Mi tío don Ignacio Sarmiento, casado con una hermana del obispo Oro, vino de San Juan con pasaporte del gobierno, para buscarme si había perecido, ó rescatarme si estuviese prisionero. Supo esto último del gobierno mismo de Mendoza, porque reclamado por él, para cumplir la orden de ejecucion, el Comandante Ramirez contestó indignado, que si no bastaba ya de horrores, al menos le ahorrasen á él el oprobio de entregar un huesped de su casa y su prisionero hecho por él en el campo de batalla, para llevarlo de su hogar al patíbulo.

En cuanto á mi padre con quien nos perdimos de vista en la confusion del campo de la muerte del Pilar. Se salvó al principio de la derrota; pero la ignorancia de mi paradero llevábalo inconsolable, fuera de si, y como avergonzado de haber salvado su propia existencia. Parábase á cada momento á esperar los últimos grupos de fugitivos, por ver si su hijo venía entre ellos, hasta ser el último de los que precedían á las partidas enemigas. Llegado á lugar de salvamento, no quiso seguir hacia Córdoba á los prófugos y permaneció días enteros rondando en torno de las avanzadas enemigas, hasta que cayó en su poder, como aquellas tigres á quienes han robado sus cachorros y vienen llevadas del instinto maternal á entregarse á los cazadores implacables. Trajéronlo á San Juan, pusieronlo en capilla y escapó de ser fusilado, mediante una contribucion de dos mil pesos, despues de demostrar su tranquilo desprecio á la muerte. (1)

Regresamos con mi tío y en el camino nos querellábamos, yo á grito herido, él sonriendo y contestándome con bondad. La disputa era sobre la excelencia de su partido, cada vieja acabando su madeja.

De estas pláticas y controversias, saqué en limpio un hecho curioso. Al fin admitió que los unitarios tenían

(1) Me ha relatado el anciano Don Régulo Martinez, lo siguiente confirmado por la tradicion en San Juan. Llegado Don José Clemente Sarmiento á San Juan, á la presencia de Facundo Quiroga, le intimó se preparase á la muerte, que sería fusilado dentro de dos horas. Espirado ese plazo se le dió cuenta al caudillo de que el preso solo había comprado empanadas y vino y que despues de comer y beber se había tendido á dormir y en ese momento dormía profundamente. Tanta serenidad y tan tranquilo desprecio por la muerte, tuvo el efecto de seducir al terrible Facundo, quien lo admitió al rescate. (N. del E.)

razon! Esto no era de él, ni las razones en que se apoyaba. Conocidamente las había oído á alguno que la echase de hombre superior; y si estuviera en San Juan por entonces Don Domingo de Oro, se las habría colgado á él. Pero estaba el Dr. Francisco Bustos, cordobes hermano del General Bustos, y solo él podía tener la frescura de pensar así.

Los unitarios, decía, tienen razon. Representan la gente decente, los ricos y generalmente las personas ilustradas. Quieren constituir el país eso no puede negárseles; pero amigo, me decía mi buen tío, las masas no están con V. V. y hemos de vencerlos siempre. Este fué como se sabe, el credo federal. El General Urquiza me hacia en el Diamante las mismas concesiones, con la misma restriccion;—pero que quiere Vd. las masas estan con nosotros.

Llegados á San Juan, tuve que guardar la sombra por algun tiempo, y con gramáticas y diccionarios que me procuró el padre de los actuales Laspiur, aprendí frances, con harto trabajo. En prueba de alianza y amistad mi tío Ignacio, me regaló un cachorrito (1) español de ponerse á la cintura que era una monada, y conservé muchos años como memoria de familia. Hubo él de huir á su turno, cuando se dió vuelta la torta, y sabiendo despues que poco había de temer de nosotros regresó á los pocos meses y por precaucion, mientras llamaban á Domingo como dejó ordenado, se acostó á dormir en una vieja bodega, cerrando los ojos para no volver á abrirlos, en un lago de gas carbónico de una cuarta de profundidad. La muerte de Plinio el mayor que quiso ver de cerca el Vesuvio en ignicion. No se sabia nada de esto entonces por las provincias.

Al General Ramirez, mi salvador en las matanzas de Mendoza, debí á los años mil otro servicio que ha pasado desapercibido, porque á nadie interesaba y al mismo tiempo un terrible disfavor que dió salida á la envidia de los que malqueriéndome, muy poco tenían que echarme en cara.

(1) Cachorro—especte de pistola. (V. del E.)

En 1849, por incidente de una celebracion del 25 de Mayo, en Chile, á que concurrieron el General Las Heras, otros patriotas ilustres y un hijo del General Lavalle que fué mi secretario de Legacion en Chile, Perú y Estados Unidos, es decir dos generaciones extremas, se dió á la prensa la siguiente carta, de dicho General á Rosas, dándome el epíteto de *loco*, que había decretado el fraile Aldao para los mendocinos liberales; pero al mismo tiempo le instruía por incidente, de haberme tomado prisionero en la batalla de Lujan.—¿Con que V. se ha hallado en batallas en 1829?—¿Y que tiene de particular?...—Que yo no había nacido aun...

Así pues, la mencion honorable del General Vega en la batalla de Niquivil, campaña de Jachal y la que pretendió desfavorable el General Ramirez de la campaña de Mendoza, son los únicos documentos auténticos que establecen la primera página de mi foja de servicios, habiendo servido entonces bajo las órdenes de tres generales, dos de ellos de la Independencia, hecho dos campañas y asistido á dos batallas, habiendo mandado en jefe dos pequeños encuentros y asistido dos meses á las guerrillas y á los trabajos de gabinete del Estado Mayor que dan tanto. Todo esto antes de cumplir diez y nueve años.

Las cartas á que se refiere el autor son las siguientes:

Santiago, Mayo 26 de 1848.

Señor General Ramirez.

Hace diez y nueve años, á que en una tarde de aciaga memoria para Mendoza, un oficial que me traía prisionero, me dijo, siga Vd. á ese Jefe. Ese Jefe era Vd. señor General, y el prisionero era yo. Llevome Vd. á su casa y allí me salvó de correr la misma suerte de Albarracin, Sabino, Carril y todos los jóvenes sanjuaninos que fueron fusilados por la orden que llegó de San Juan, para que se fusilasen á todos los oficiales sanjuaninos que habían ido á segundar el movimiento de Mendoza, que sucumbió en el Pilar. Vuelto á mi país conservé siempre la memoria de este servicio que Vd. me había hecho, sin que jamas me hubiese sido dado manifestar á Vd. mi gratitud de una manera digna. Digo digna, porque cuando yo me hallaba en mi país, y en actitud de valer, estaba Vd. prófugo; cuando yo sabía que estaba Vd. en Mendoza, yo estaba desterrado, y Vd. mandando. Conoce Vd. el orgullo de partido. Ofrecerle la expresion de mi gratitud cuando Vd. mandaba, habría sido pedir gracia á mi enemigo político; habria sido recomendarme á su indulgencia y no lo habría hecho jamas á riesgo de sentar plaza de ingrato.

Era yo por otra parte demasiado oscuro entonces, para que este paso de mi parte

tuviese valor á los ojos de Vd. Hoy Vd. y yo, somos prófugos, desterrados, y está Vd. en mi patria; y no creyera poder saberlo sin avergonzarme, sin recordar á Vd. una buena accion que Vd. habrá olvidado quizá, pero que yo-recuerdo con gratitud.

Escribo á mi familia y á mis amigos que le ofrezcan sus débiles servicios; y créame, General, deseo vivamente que me honre con su amistad y afecto y me dé ocasion, no de corresponderle su fineza, porque eso no es posible, sino de mostrarle que era digno de ella.

Remito á Vd. algunos opúsculos que he publicado y en adelante le mandaré cuanto salga de mi pobre pluma.

La Revolucion de Paris, cambia General, la situacion del mundo y con ella la de la República Argentina y la del monstruo que la ha envilecido. No se comprometa, General, en nada en lo sucesivo. Veinte años de sacrificios de su parte, han tenido por recompensa el destierro! Se ha envejecido sosteniendo una causa esteril, que no ha dado sino crímenes, persecuciones y sangre; y despues de veinte años estamos como en el primer día. Se han exterminado algunos millares de guerreros, algunos centenares de hombres de talento y sin embargo, las resistencias no han cesado; ese gobierno y ese sistema de cosas no han triunfado y está hoy mas que nunca, lejos de establecerse; prueba evidente que ese sistema era contra la naturaleza, la justicia y el derecho. Vd. lo ha visto; el gobierno mas poderoso del mundo ha caido en una hora, porque quizo negar á los ciudadanos, el derecho de expresar públicamente sus pensamientos; y con la caida de aquel gobierno, la violencia, la cohercion son imposibles hoy en la tierra. El despotismo de Rosas será imposible, no por las resistencias armadas de sus enemigos, ni por las armas coaligadas de las potencias extrangeras: caerá por el ridiculo, por el oprobio, por la humillacion, por la esterilidad de los resultados obtenidos en veinte años de desastres, de persecucion y de crímenes.

Yo me apresto, General, para entrar en campaña. No crea V. que es mi objeto, uo lo crea V., ir á esas pobres provincias á luchar personalmente con las pasiones y con el poder estúpido de la fuerza material. Sería vencido; me deshonraría. Mis miras son mas elevadas, mis medios mas nobles y pacíficos. Si los argentinos no han caido en el último grado de abyeccion, de embrutecimiento, la razon tendrá influencia sobre ellos, la verdad se hará escuchar y un día nos daremos un abrazo!

Para entonces, General, ofrezco á V. todo cuanto yo valgo y se lo ofrezco con tanto mas gusto, cuanto que tengo la intima conviccion que es fatal, inevitable el caso que ha de llegar en que pueda serle útil á V. y á todos sus amigos.

Aprovecho, General, esta ocasion para repetirme de V. afectisimo amigo y servidor.

D. F. SARMIENTO.

Exmo. Señor Don Juan Manuel de Rosas.

Mi respetable señor:

Me honro en elevar á V. E., la adjunta carta que acabo de recibir en el correo por la vía de San Juan, del loco fanático salvaje unitario D. F. Sarmiento, sin duda con su malévola intencion, creyéndome en desgracia y que por ello fuese yo capaz de manchar mi foja de servicios, siguiendo sus alucinados y criminales planes contra nuestra Independencia y nuestra santa causa federal que he jurado sostener á todo trance; y aunque realmente me hallase en desgracia, mas firme y con stante me encontrarían mis confederales, porque mi carácter es innudable.

A este judío unitario en 1826, en la revolución salvaje unitaria que estalló en el Pilar de Mendoza, le tomé prisionero, salvándole la vida á él y á otros en aquel acto sin conocerlos; y por un espíritu de generosidad, los conduje á mi casa, y lo noticé de ello al finado General D. Benito Villafañe, quien lo hizo trasladar á la suya, diciéndome tenía encargo para protegerlo, de su familia.

V. E. se fijará que despues de diez y nueve años, viene recomendándome tal servicio, prevalléndose de unas circunstancias totalmente equivocadas para él, pues ni me creo en desgracia, ni tengo porqué juzgarme tal.

V. E. impuesto de su tenor, determinará lo que tenga á bien, quedando persuadido que cualquiera otra de este, ó del que sea, las transmitiré inmediatamente á manos de V. E. para su superior conocimiento, como es de mi estricto deber, sin costearlas.

Deseo á V. E. la mas completa salud su mas pequeño S. S. Q. B. L. M. de V. E.

José S. Ramirez.

¡Viva la Confederacion Argentina!

El Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Buenos Aires, Encargado de las que corresponden á la Confederacion Argentina.

Buenos Aires, Abril 11 de 1849.

Año 49 de la libertad, 34 de la Independencia y 20 de la Confederacion argentina.

Al Exmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores de la Republica de Chile.

El infrascripto tiene la honra de dirigirse á V. E. por orden del Exmo. Señor Gobernador, para solicitar de V. E. se digne prestar su atencion á lo que pasa á exponer y elevarlo al supremo conocimiento del Exmo. Señor Presidente de esa Republica.

Las cuatro adjuntas copias autorizadas que el abajo firmado acompaña á V. E. de una carta del Teniente Coronel Don José Santos Ramirez á S. E. el Señor Gobernador, fecha 30 de Noviembre último, de otra relativa del salvaje unitario Domingo F. Sarmiento al Tentente Coronel Ramirez, escrita desde Santiago de Chile el 26 de Mayo de 1848, de la contestacion dada por el infrascripto á aquel jefe y circular dirigida á los Gobiernos de la Confederacion, instruirán al de V. E. de la criminal cuanto abominable furia con que el traidor Domingo F. Sarmiento, perteneciente á una logia sanguinaria é infame, que tantos males ha causado á la causa de la América, sigue conspirando del modo mas alevoso é inicuo, desde Chile donde se ha refugiado, contra el orden y gobierno establecido de la Confederacion Argentina.

Al ilustrado Juicio del Gobierno de V. E. no se oculta lo que para lances tan desagradables prescribe el derecho de gentes, á fin de reprimir y castigar á los refugiados políticos que así conspiran contra su patria, desde el pais de su asilo. Por otra parte, este gobierno tiene la grata persuacion de que el de V. E. tan amigo del orden legal y paz de los pueblos americanos, como deseoso é interesado en cruzar las maquinaciones de los traidores que suscitan la anarquía en provecho de miras anti-americanas, no puede dejar de abrigar una especial consideracion á la causa comun de los Gobiernos establecidos en el Continente, por el voto de los pueblos, y fieles en cumplir la mision americana que á todos compete atender en el propio interes de sus respectivos paises.

Es por lo tanto con grande confianza que el Gobierno Argentino solicita de V. E. una medida eficaz de represion y castigo que ponga al aleve conspirador Domingo F. Sarmiento, en la imposibilidad de proseguir en adelante abusando del asilo en Chile para incendiar un pais vecino, amigo y hermano de esa República, y para lanzar desde allí libelos tan infames é insolentes como el que con una mira perversa de seduccion ha dirigido al fiel y benemérito jefe argentino Don José Santos Ramirez.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Felipe Arana.

INSTRUCCION MILITAR

La derrota del Pilar y matanza de oficiales que se siguieron y de que salvé á merced á la intervencion del Comandante Ramirez y del General Villafañe á solicitud de mi familia, no nos hacia en manera alguna cambiar de propósito.

El General Paz, habia triunfado de Quiroga y los Aldao en la Tablada, y tan pronto como pudiese hacerse de recursos, extenderia sus operaciones hasta la falda de los Andes. Las dos campañas desgraciadas del General Vega y del General Alvarado, habian sido inspiradas por esa emergencia.

Varios oficiales que estábamos escondidos, nos pasamos la palabra, y de á dos, de á tres, nos dirigimos á Chile, cuando mas no fuera que para escapar á las persecuciones inevitables, cuando los enemigos nuestros amigos se acercasen.

Mi accidentada y miserable vida en Chile en esa primera emigracion, le he contado y no volveré sobre ella (1).

Tan deliberado era el pensamiento de la próxima vuelta, que entre diez ó doce tomamos una casa espaciosa y antigua (en Santiago), para prepararnos al regreso, proporcionándonos armas y municiones para oficiales y soldados que contábamos reunir en Aconcagua.

No tardó en saberse que el Corónel Castillo se aproximaba de San Luis á Mendoza, con cuya noticia nos pusimos en marcha doce oficiales, al mando del Comandante don Hipólito Pastoriza, y emprendimos reconquistar el derecho de vivir en nuestras casas.

(1) *En Recuerdos de Provincia.*

Pasó la Cordillera la expedición sin novedad particular, por los Patos, por donde San Martín invadió á Chile y descendimos hasta Leoncito. Era el plan mantenernos en esas alturas, recorrer si era necesario la línea de Calingasta y la Iglesia, acercarnos á Jachal, ó bien dirigirnos hacia Mendoza por el Paramillo, según lo aconsejaren las circunstancias. Ninguno de estos sabios planes se puso en práctica, pues la primera noticia que tuvimos de la ciudad, fué que se había sublevado Barcena con el escuadrón de su mando, depuesto al Gobierno y á consecuencia de un Cabildo abierto de notables, estaban en el poder nuestros amigos.

Al día siguiente estábamos en el seno de nuestras familias y á la tarde me presentaba al nuevo Gobernador, don Juan Aguilar, aquel herido del Principal (cuartel) en la noche de la entrada de Jachal. Este me llamó á parte y me instruyó de las razones que requerían que inmediatamente aceptase las funciones de Ayudante Mayor del Comandante Barcena, siendo toda la oficialidad del cuerpo del partido adverso y el Comandante mismo forastero. Era ese «Tuerto» Barcena, cordobés, de negra reputación, pues se le atribuían muertes y degollaciones ordenadas por él; pertenecía á una familia de viso de la ciudad de Córdoba, y debía ser uno de esos jóvenes que se extravían por falta de educación y teatro, pues era inclinado á la embriaguez.

La vida de aventuras, de entusiasmos había concluido y principiaba el trabajo rudo del cuartel, no habiendo un solo oficial que tuviese instrucción militar, ni siendo práctica en las divisiones colecticias, semi-montoneras, usar de formas, salvo pasar listas, distribuir raciones, marchar por cuatro, montar guardias y poco más. La tarea era dura, gobernando y administrando un escuadrón, sin otro auxilio que el Porta, que se las pintaba para retacear reces personalmente y no pude obtener de él que cortase su aparcería con un sargento que en realidad valía más que él. Desde entonces empezó la práctica asidua, pues no había relevo para el único ayudante del cuerpo, de lo que se llama vulgarmente la *mecánica* y sería mejor llamar la economía interna del cuerpo, llevando registros y libro

de órdenes y racionando por pedidos de compañía, según el estado de fuerzas que presenta por las tardes el sargento primero. Tan adiestrado estaba en esa administración regular, que en 1861, Jefe de Estado Mayor del Ejército de reserva de Buenos Aires, introdujo en una división de tres mil hombres, este sistema de contaduría á la prusiana, de manera de poner tres días en averiguar el paradero de las únicas cuatro raciones en que discrepaban los recibos y encontrando al fin qué cuerpo y qué compañía las había recibido demás.

Dejando á un lado las antipatías y desconfianzas de partido, á Barcena le precedía una perversa fama que de vicioso traía desde estudiante. Era ya dado á la bebida, lo que lo exponía á percances desagradables. Debían administrarse cien azotes á un soldado después de la lista de tarde. Había reglas precisas para la ejecución del acto. El cabo perfectamente cuadrado, debía descargar el golpe de la varilla de membrillo, al aire natural del descenso del brazo, apoyando sobre el hombro la varilla para partir, á fin de que el palo no sea muy recio. El Ayudante asistía á la repugnante ejecución y se tenía á espaldas del cabo, con la espada desnuda enfrente del pecho, pronto á descargar un golpe de plana en la espalda del cabo, si se excede ó atenua el golpe de lo regular. Ya le había administrado dos, y fuese torpeza ó acaso intención, el cabo no arreciaba los golpes en la justa proporción. Viéndolo, el Comandante se avanza y descarga terribles cintarazos al cabo, quien se aturde y acaso ignora cual es la medida de su deber. Entonces Barcena enfurecido, le manda una estocada, que afortunadamente no rompe el cuero; mándale una segunda, frenético ya y ciego de cólera, con el mismo éxito, hasta que el Ayudante, avanzando dos pasos, se interpuso entre el asesino y la víctima, diciéndole en voz baja:—Reportese mi Comandante, este no es su puesto, este es el mio... De vergüenza de no haberlo traspasado, arrojó la espada y se fué del cuadro. La flexibilidad de la oja de la espada, en efecto, salvó la vida al infeliz cabo: eran unas espadas espadines,—de gala,—para funcionarios coloniales, con vaina de suela y guarnición de entorchado de plata y era de esta clase la primera que ceñí y había servido á mi padre.

A poco de estar en estas funciones, llegó á San Juan el esperado Escuadron de Coraceros de la Guardia del General Paz, al mando del Teniente Coronel don Santiago Albarracin y una compañía de infantería de negros del antiguo 2 de línea, con sus cabezas ya encanecidas en el servicio. No pasaron quince días cuando el Comandante Barcena recibió órdenes de hacer tomar caballos y marchar al día siguiente á las seis, en direccion al Pocito, hacia un punto que se designaba.

Al llegar encontramos formado el Escuadron de Coraceros y se nos dió orden de tomar la derecha. Se nos mandó echar pie á tierra; el día avanzado, picaba el sol bastante y fui despertado, pues me había dormido en la zanja que hacía una acequia en seco, con el caballo de la rienda.

—De orden del Comandante Albarracin.—Fui recibido con muestras de cariño, aunque lo conocía por primera vez, pues no era un Ayudante personaje para ir á visitar jefes, aunque mucho mas encumbrados había tratado en mi carrera de *edecancito* de tres Generales. Sufrí un interrogatorio sobre el origen, instruccion y partido de los oficiales y se me ordenó retirarme.

Dos horas despues los clarines sonaron á caballo, formamos, pero con sorpresa ví que yo solo y un capitán de los nuestros éramos los únicos oficiales del cuerpo. Barcena, por lo visto, había sido eliminado y cuando regresamos á la ciudad, seguimos hacia el cuartel de San Clemente que era el de coraceros, en lugar del de San Agustin que era el nuestro. Estábamos incorporados como simples reclutas en el cuerpo de línea, y yo pasé revista como ayudante de coraceros y los deberes de servicio empezaron á ser mucho mas rigurosos, aunque compartidos con otro ayudante.

El plantel á que nos incorporábamos era de veteranos que habían hecho la guerra del Brasil y eran notables por la profunda moralidad que los distinguía, como su disciplina é instruccion. Los negros eran blancos de canas, pues eran de los regimientos de la Independencia que Bustos sublevó en Arequito.

Jamas en un año que presidí listas de tarde, se azotó á ningun soldado. Eran unos santos, impecables, ni de pecado venial. La disciplina había transformado la natura-

leza, sujetando á reglas los apetitos y las pasiones. Jamas habia que castigar alguno, ni aun en las listas de tarde, que suele ser el inconveniente de las tropas acantonadas en las ciudades.

Una mañana me toma de un brazo el Capitan Marchand, joven porteño, y casi llorando me dice:—«Ven hermanito, y pídemelo á un pobre negro que tengo que darle doce azotes en la cuadra por una bagatela, pobre!»—Tomóme un poco la delantera, y cuando llegué, lo encontré furioso,—«Pícaro, le decía al soldado puesto en el suelo boca abajo y enseñando las negras posaderas, ¡venir aquí, á deshorrar el 2º de Infantería! Ya lo verás!... y me echaba una mirada furtiva, como diciendo, ya es tiempo...—«Permitame, Capitán, que interceda por este pobre soldado. Perdónelo por esta vez. Yo respondo de su conducta.—Bien! Agradece, pícaro, que el ayudante te pide, que sino, ya lo hubieras visto; pero no faltará ocasion; levántate!»—y á la compañía:—Rompan filas! Quedándonos los dos contentísimos.

Los oficiales de coraceros, salvo el Mayor don Nicomedes Castro, eran como solian ser entonces los oficiales de caballería, habiendo varios de la campaña de Córdoba, con escasa educacion, ni aun civil. No obstante mis diez y nueve años, por lo que precede, inferirase que debía poseer bastante desenvolvimiento, y á pocos días de estar en el cuerpo, conquistado una posicion espectral. Era ya una especie de hombre de letras, pues sabia frances, habia leído bastante, y un ayudante que sabe escribir y redactar notas es impagable, pero las paga él confiándosele todo trabajo.

Entré entonces de lleno en el servicio militar; y para edificar al lector sobre ciertos cargos hechos y popularizados cincuenta años despues, me detendré en algunos detalles. No eran comunes en aquellos tiempos los oficiales con cierta instruccion y las cualidades que me llevaron á conquistar un lugar en la república de las letras, se hacían notar desde la adolescencia en provincias donde ni colegios habia. Debí, pues, ser empleado en toda funcion que requiriese capacidad de aprender cuando mas no fuese. Fui desde luego el fiscal de todas las causas militares que ocurrían; y de ahí mi conocimiento de las ordenanzas que me permitia tenérmele tieso al criminalista

doctor Tejedor, en una discusion, siendo él Ministro, diciéndole que él no conocía esta parte del derecho. A mis ejemplares del Colon les falta precisamente el segundo volumen perdido en el servicio (1); y en mis escritos posteriores, aun sobre Constitucion, ha debido notarse que como excepcion, cito mas que otros las ordenanzas militares que desde aquella época empezaron á serme familiares.

La instruccion en la disciplina y educacion del recluta era generalmente confiada á los ayudantes y puse tanto empeño en ello que puedo jactarme de haberla elevado á un arte. Habiendo el Gobierno nombrado al mayor don Nicomedes Castro, Jefe de una academia de táctica para enseñar á la oficialidad de cuatro regimientos de caballería de milicia, me pidió á mí como Secretario. Tres meses despues, el Jefe puso este caso: ¿Qué voces de mando se darían para hacer marchar un regimiento al frente en dos columnas por el centro?—y como le preguntase:—¿Puede usarse en las voces de mando del Coronel, la palabra *paralelas*?—Eso es, me contestó, es inútil que dé usted las voces de los Comandantes, pues que ya indica la del Coronel; delas usted sin embargo.—Y al concluir, dijo á los oficiales:—señores, no tengo mas nada que enseñarle al ayudante, á quien nombro desde ahora mi segundo y podrá sustituirme en adelante.

Recibía, pues, mis diplomas de doctor en táctica de caballería, que he cultivado despues, hasta las reformas que ha experimentado esta arma en la guerra franco-prusiana, que la ha alejado á grandes distancias del campo de batalla, para hacerla eficaz solo en la estrategia.

Era jefe del Detall un Sargento Mayor Smith, joven inglés de buena presencia y mejor educacion, que no sé donde haya muerto, quien se estaba en su oficina hasta las nueve y mas de la noche, esperando el parte de la lista de ocho

(1) En el lamentable incendio de la Biblioteca Franklin de San Juan; á la que Sarmiento habia legado sus libros, se perdieron muchas reliquias inestimables, obras con dedicatorias de autores, otras anotadas y entre ellas un ejemplar del Colon regalado por el General Las Heras, del que faltaba el tomo 2º perdido por Las Heras por la misma razon y reemplazado por una copia manuscrita de Sarmiento hecha en su juventud y anotada por él y Las Heras.—(N. del E.)

que generalmente traía por toda noticia del cuerpo «sin novedad.» El interes estaba en ver qué dibujo adornaba el papel, pues no teniendo de qué dar parte, aquella frase sacramental venía en entabladura de un arco de triunfo, ó en el timpano de un frontis griego, ó dentro de una corona de laureles ó una guirnalda de rosas. Una vez le puse, en lugar de «sin novedad», ALL RIGHT! que le hizo morderse de risa y echarme una raspa.

Con la Academia, había quedado licenciado ó como se dice, en comision, mientras el Escuadron hizo una punta hacia los llanos, á perseguir entre los garabatales, montoneras intangibles y acercándose la guerra al desenlace, empezaron á crearse nuevos cuerpos.

Llegó por entonces (1830), el Coronel Chenaut, con mision de levantar un regimiento de seicientas plazas, y desde el día de su llegada, por recomendaciones que decía traer de Mendoza, quiso llevarme á su cuerpo de nueva creacion; pero tocamos en la dificultad que tenía dado el empleo de Ayudante á un Espejo, de Mendoza y mi fisonomía de diez y nueve años no presentaba tela para un capitán. Ofrecíle sin embargo mis servicios como ayudante por un mes, dándome á prueba, pues el Coronel Mitre, táctico de infantería, suponía que no debía yo conocer el servicio de mecánica ni la táctica de evoluciones de caballería.

Era un hombre infatigable, lleno de entusiasmo y ardor y un poco cruel con el recluta. Trabajábamos todo el día y dando yo el parte en persona, nos quedábamos á tertuliar en sus aposentos. Al mes cumplido, puestas las espuelas y listo el asistente, fui á despedirme con mucha sorpresa suya.—¡Cuanto siento que me deje. Ayudante, nos entendíamos tan bien!—Capitán, si Vd. gusta, mi Coronel.—Oh! imposible darle ese grado.—Perdon, es que ya lo tengo del Escuadron de Dragones que tenemos orden de levantar con mi antiguo Mayor Don Nicomedes Castro, ahora Comandante.

Con Chenaut hicimos junto la campaña de Caseros y recién volvimos á vernos en 1868 en casa de Don Martin Piñero donde pasó una escena digna de recordarse. Después de los saludos de estilo.—Oh! mi Coronel Chenaut ¿se acuerda Vd. que no me quiso nombrar capitán en 1830?—Pero señor Presidente, era Vd. tan joven... no podía

preveer... Confiese que cometió una injusticia!—... Señor —Pues me la pagará!—Y lo dejé con el susto, suplicante ante la señora de la casa para que intercediera:—Este Sarmiento es tan malo!—Al día siguiente iba al Senado el Mensaje, pidiendo acuerdo para ascender á General al Coronel Don Indalecio Chenaut, aquel pobre amigo, uno de los mas antiguos coroneles, el brazo derecho del General Paz, el Edecán del General Urquiza en Caseros, y jefe de Estado Mayor en el Paraguay, que no había obtenido el título de General que tantos que ni tenientes eran en 1830 habían obtenido. Pocas veces tiene uno en la vida ocasiones como esta de saborear la venganza, ese placer de los dioses.

El campo de instruccion fué establecido al otro lado de la Quebrada de Zonda, en un terreno inculto que hoy pertenece á mi familia. Fuí encargado por el Comandante, de dividir las compañías por tablas y para proporcionarme cabos, puse á contribucion ciertas observaciones que había hecho. Paseando delante de una compañía de reclutas formada, con aires de maton, de repente señalaba á un recluta con la mano, diciéndole con voz enérgica:—De qué cuerpo?—¡Granaderos á caballo!—No 11 de los Andes!—era la repuesta inmediata.

La revolucion del negro Panta vino á interrumpir estas tareas, pues el Escuadron de Coraceros había salido á campaña. En la noche se sublevó la guardia, partiéronle en dos la cara al Comandante, mataron á un Ayudante que se hallaba arrestado por no querer dar las gracias á su jefe al terminar otro arresto. El Coronel Rojo sofocó la revolucion con siete hombres, entre ellos mi asistente que me traía mi caballo, batiéndolos en la plaza, donde lo aguardaban en número de sesenta, verdadero acto de heroismo.

San Martin introdujo en la disciplina la *tenue* erecta y rígida que conserva todavía el soldado ingles y ha perdido el frances á fin de ahorrar fatiga é incomodidad innecesaria al soldado, como se han ensanchado pantalones y mangas para no embarazarle los movimientos. Los soldados y aun los jefes de San Martin han quedado *reformados*, y hasta la vejez conservan la actitud marcial, tiesa, con el pecho avanzado, de tal manera que mas tarde en Santiago de Chile, solia decir por esta causa: aquel caballero que viene á la distancia, ha pertenecido al ejército de los Andes, sin

equivocarme jamas. Los chinos harapientos de una recluta, apenas entraban en formacion obedeciendo al hábito, por asociacion de ideas, sacaban el pecho y se delataban soldados antiguos.

Preso é incomunicado en Mendoza, (1856), tercera dei *mie prigione*, sea dicho de paso, paseábase delante de la puerta del calabozo un chino escaso de camisa, envolviendo el todo en un raído y corto chamanto chileno.—«¿En qué cuerpo ha servido, amigo?—¡Cabo de guardia! fué el grito estentóreo,—¡el preso ha habla!»—Oíase luego el tropel del cabo y dos soldados que subian de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera del Cabildo, acaso temiendo alguna tentativa de seduccion ó escape. Explicóse lo sucedido, que habiéndole entregado incomunicado el reo por la consigna este la había violado, y el cabo que no era veterano, tranquilizándose: ¿Para eso me llama? Contétele nomas.—Entonces el chino dijo en voz alta: Número once de los Andes! y golpeando la culata, emprendió los paseos del centinela, como si llevara el shakó de la Guardia Imperial.

En Mendoza se conservaron mas que en San Juan por largo tiempo, las prácticas y usos del servicio militar, habiendo tenido muy á mis expensas, aunque en mi beneficio, que experimentar la práctica en el servicio de centinelas del que hoy es Coronel Olascoaga.

Cuando muchos años despues, se escapó de prision cierto prisionero (Arredondo?), alguno que tenía estos antecedentes, pudo decir sin temor de equivocarse, que no debió ser de mendocinos la guardia que custodiaba al preso, pues todos saben por tradicion cual es la manera de recibirse de la guardia el oficial y el cabo que entra de cuarto, independientemente de la consigna.

Volviendo á nuestro campamento de Zonda, la organizacion se hizo rápidamente y la instruccion, disciplina y movimientos costaron poco, dirigidos por los dos escuadronistas que tenía San Juan entonces. El traje de nuestros dragones era de tosco paño azul celeste con cabos colorados.

No estábamos destinados á hacer «huesos duros», como dicen los franceses, ni á pervertirnos en las delicias de Capua. Facundo Quiroga con un puñado de presidiarios venía sobre Mendoza, y la traicion del Boyero que entregó

el Río IV y se asoció al invasor, avisó siniestramente su aproximacion.

Por orden del Gobierno, no sé con qué propósitos, porque el Comandante nada me comunicó, tomó la mitad de una compañía de dragones, la compañía del 2º de Infantería de negros y un escuadron de milicias, y fué á establecerse en las Lagunas, es de suponer que para cerrarle el paso á Quiroga, que infaliblemente debía ser batido en Mendoza, donde había ochocientos infantes, seis ó diez piezas de artillería y fuera de caballería mendocina, los seiscientos hombres de granaderos á caballo que habíamos disciplinado con el Coronel Chenaut.

El Comandante Castro y el Capitan Marchand, acaso los valientes veteranos negros, murieron en su puesto, no supe si sorprendidos, lo que es de temer, porque en ese paraje no hay pasto para mantener los caballos á mano, ó fueron oprimidos por fuerzas superiores, despues de perdida Mendoza. En otra parte he explicado la causa del desastre, en que doscientos, quizá trescientos hombres sin disciplina, vencen, ó mas bien toman á un ejército de mil quinientos hombres de todas armas y con excelente infantería. Encontráronse de manos á boca las bandas opuestas en marcha y las fuerzas de Mendoza, atravesando un terreno cubierto de matorrales, mientras que á pocas cuadras á retaguardia, habian pasado un campo despejado mandado hacer para una batalla campal. Si el General Castillo forma su infantería entre los matorrales, deja clavado con eso á Quiroga en el carruaje que lo conducía, pues no había un palmo de terreno para avanzar la caballería. Se hizo lo que debía evitarse á todo trance y fué buscar terreno favorable para desplegar la caballería; pero el retroceso precipitado desmoralizó tropas nuevas aunque disciplinadas. Conoci todos los detalles de esta jornada, por don Pedro Domingo Chenaut, hermano del Coronel, que atravesó, cargando por entre una guerrilla de infantes mandada por un peruano (?) Espinosa,—el mismo que hubo de matarme despues, en la carcel de San Juan y murió cuando la entrada del General Hacha, mandando un batallon—Don Manuel J. del Carril, millonario residente hoy en Paris y hermano del ilustre don Salvador María, era teniente de granaderos, y convenia en la misma explicacion. Fué

aquello una avería y no una derrota, como fué una avería la toma del General Paz.

Cuando llegó la noticia á San Juan de este desastre, traída por los mismos soldados que fueron de Chenaut, no siendo de esperar que pudiera rehacerse el regimiento, casi sin armas como sucede despues de la derrota, y no teniendo mas fuerza con aspecto militar que la parte del escuadron que estaba á mis órdenes en Zonda, los ciudadanos resolvieron emigrar hacia Coquimbo, y en la noche fueron llegando al Valle de Zonda, en número de doscientos vecinos, los mas acaudalados, huyendo de las violencias, vejámenes y contribuciones forzosas que requería la necesidad de volver á organizar ejércitos nuevos, ya que se ignoraba que el General Paz mismo, por otro de los accidentes inexplicables de la guerra, caía en manos del enemigo, y el ejército sin Jefe, emprendía su retirada hacia Tucuman.

Lo mas curioso es que yo no sabía nada de lo que pasaba en la ciudad, aunque estaba á la expectativa de sucesos de bulto, desde que parte de mi cuerpo se hallaba en campaña. Esa noche fui llamado, de orden del señor Gobernador Pastoriza, al punto de reunion de la proyectada retirada, y entonces supe la magnitud del desastre. Se me ordenó cubrir la marcha precedido de un arreo de ganado; el que en tres días de camino hasta la Iglesia, me forzó á quedar á retaguardia con un día de retardo. Síntomas de amotinamiento se notaban de vez en cuando, pero la disciplina los retenía, ó bien la disposicion última tomada de marchar los oficiales á retaguardia, en caminos estrechos, pedregosos entre colinas donde cuatro caballos cubren el frente.

El último día se dejó sentir la presencia de avanzadas del enemigo, aunque se mantenian á distancia respetuosa, acaso por no traer armas de fuego, y ver nuestra actitud que no era de dar muchas seguridades de triunfo.

Cuando hubimos llegado á territorio chileno no obstante el episodio sangriento de la muerte del General Villafañe, en el asalto dado por el mayor Navarro, (1) pudo

(1) Este Mayor Navarro, sanjuanino, cuyo nombre no hemos sabido averiguar, era tipo de carácter romancesco y trágico. Acompañó á Lavalle hasta que hizo las paces con Rosas y tuvo que ganar los Indios donde se casó. En esa retirada á

decirse que para nosotros bien podía enrollarse el mapa de la República Argentina.

Quiroga, llegado á San Juan, puso al lado de la carcel un banquillo flamantemente construido y un rollo para azotar, acto que practicó con ciudadanos respetables. Las mujeres y madres de los unitarios prófugos costearon la formacion rápida de un nuevo ejército perfectamente equipado, ya que nosotros nos habíamos tomado la molestia de disciplinar las reclutas. El ejército de Tucuman fué vencido y la ciudad saqueada, para hacerle pagar su rescate, como fueron fusilados todos los jefes prisioneros.

Los que pasamos á Chile tomamos diversos caminos, quienes al Norte, quienes al Sur. Con mi padre tomamos al Sur, en direccion á Aconcagua, buscando el arrimo de don José Domingo Sarmiento miembro de la antigua familia Sarmiento que había residido en Putaendo. No había en aquel lugar una sola escuela, y viendo en el patio una tira de papel impreso, que reconocí ser la mitad de un cuadro de lectura del sistema de Lancaster, ofrecí al Gobernador organizar una Escuela Lancasteriana, en cuya direccion me sucedió á poco, mi primo el capitán don Vicente Morales, que había sido alumno de una escuela lancasteriana.

Como á mi nacimiento se olvidó colocar entre las hadas que debían dotarme con sus dotes, entre otras á la que distribuye la fortuna, la mina *Colorada*, de propiedad de mi General Vega, de que fui digno mayordomo, vistiendo el saco azul y el birrete colorado tradicional del minero, aguardó á que yo dejara mi alto empleo,—alto, por que lo ejercía á quinientos pies debajo de tierra,—para dar un millon de duros en la primera quiebra de la veta en barra. En 1843, recién me pagó en Valparaiso, y cuando yo no los necesitaba, los pobres salarios que no podía antes del *alcançe*, tan angustiada era su posicion. En cambio, aprendí ingles en la mina, leyéndome un tomo de las novelas de

Coquimbo no se resignaba á tanta humillacion, hasta qua encontrando á Villafañe, General de Quiroga, que á su turno regresaba, sallóle al encuentro, retándolo á singular combate y atravesándole de su lanza. Regresó á San Luis, juntóse con Pringles y disputando quien del otro se salvaria en el único caballo que los dos héroes poseían, murieron á manos de Quebracho Lopez.—(N. del E.)

Walter Scott por día á la luz del candil. De algo me sirvió, como se vé, ser minero, aunque me predispusiese á fomentar las minas en San Juan como Gobernador é invertir en ello seis mil pesos fuertes de mi peculio, como consta de los contratos y pagas de compañías de minas, en que para animar á los otros me veía forzado á entrar, lo que no hizo productivas las minas, no obstante la maquinaria traída por Rikard de Inglaterra y que yace en Gualilán. Regresé á San Juan en 1837, donde encontré al Coronel Rojo y uno que otro oficial de aquellos tiempos. El Coronel hacía una particular distincion de mí, creo que por la influencia de su esposa de la familia Cano — y durante cuatro años nos consagramos los Dres. Aberastain, Cortinez, Quiroga Rosas y yo á promover todo lo que podía contribuir á desenvolver gérmenes de civilizacion y sería digno de recuerdo lo que se hizo en sociedades, colegios, periódicos, (1) teatros, máscaras, bailes, que han dejado honda impresion en los ánimos y rastro duradero en las costumbres

Esta serie de documentos y recuerdos bastarian á embellecer la foja de servicios de los mas acreditados Generales y el lector argentino sabe cuan necesario era reproducirlos y coordinarlos. ¿Quién sabe lo que ha pasado en San Juan y Mendoza en 1829 si ninguna crónica lo dice, y aun se ignora la fecha de los sucesos? Ha leído alguien, si no es algun bibliófilo ó erudito, el opúsculo de D. José Calle sobre el gobierno del General Alvarado?

Admirábase un antiguo Presidente de las Cámaras, de que el bombardeo con ametralladoras ejecutado por el Presidente, sobre las murallas del Colegio Nacional en construccion, en el Rosario en 1871, haya tenido su explicacion satisfactoria en 1886 solamente (2) habiendo aquel

(1) Por no haber otra ocasion de consignarlo, copiaremos una frase del programa del *Zonda*, cuyo primer número es de 20 de Julio de 1839.

« Un periódico es pues, todo, el gobierno, la administracion, el pueblo, el comercio, la Junta, el bloqueo, la Patria, la ciencia, la Europa, el Asia, el mundo entero, todo. Un periódico es el hombre, el ciudadano, la civilizacion, el cielo, la tierra, lo presente, lo pasado, los crímenes, las grandes acciones, la buena ó mala administracion, las necesidades del individuo, la mision del Gobierno, la historia de todos los tiempos, el siglo presente, la humanidad, en general, la medida de la civilizacion de un pueblo. » (N. del E.)

(2) En el artículo « Sangre y mas sangre », mas adelante. (N. del E.)

funcionario tolerado las burlas de los diarios de la época, y quédase hasta hoy reconocido como un acto frívolo, indigno del General en Jefe de los Ejércitos, y del primer magistrado de la nación. Es una pretension insolente de la detraccion de partido, que se descienda á mostrarle su sin razon, lo que no hace mas que darla mayor audacia, porque pudor y arrepentimiento, Dios se la dé.

Es un hecho histórico, que tras del ridiculizado y ostentoso ensayo de ametralladoras, en las murallas de un colegio, lo que doblaba el escándalo (¡buscado!), el loco que tal hacía anunciaba terminar la guerra en treinta días. Llevábanle la cuenta los diarios, —y va uno, decian, y van dos... segun que pasaban los días, hasta que llegado el *veinte y uno*, se interrumpió la cuenta, sin que ninguno de los bromistas, al abandonar el sonsonete, dijese la causa é hiciese la justicia. ¿Para qué dar explicaciones á esa opinion canalla, como era la que inspiraba las burlas y la oposicion?

Estas ocurrencias justificarán el cuidado de un anciano de poner orden á sus recuerdos y traer á la vista documentos ignorados ú olvidados, á fin de que, sin ese cuidado, su nombre no quede en lo militar, bajo las impresiones que revela la frecuente alusion á «la virgen espada» que ciñó por gala, segun parece, por favor cortesano, segun la creencia establecida.

Un grande peligro ha corrido el autor de estas páginas, salvándose de la muerte calculada inevitable por el asesino que armó el brazo de los Guerri, con tal furia que reventó el arma homicida y se salvó la victima.

El peligro real no era tan solo de perder la vida, sino la fama de hombre de pro siquiera, por el género de muerte que le preparaban. El Juez del Crimen Dr. Bunge, debiendo pedirle ciertas declaraciones, valióse de precauciones oratorias, á fin de no excitar los nervios con el relato.

De tal manera estaban empavonadas de ácido prúsico las ocho balas que encerraba el trabuco aun no descargado que el Dr. Puiggari, nuestro célebre químico, había declarado que aun los espectadores que las tuviera en sus manos si por casualidad se hubiesen enseguida tocado el lacrimal del ojo habrían caido fulminados. Un razguño hecho en

el cutis por la bala habría dado igualmente la muerte (1).

Y bien; el peligro inminente que ha corrido con los Guerri, ó con la opinion pública entonces, ha estado en que si le rosa la piel una de esas balas, el Coronel D. F. Sarmiento resultaba haberse muerto del susto producido por el estampido del trabuco, pues la ligera contusion recibida, no bastaba á explicar el hecho, y no había de concebirse posible que las balas estuviesen envenenadas por la tranquila prevision del artista inventor del crimen político; y no se habría capturado á los asesinos ni verificado que el puñal de reserva estaba empavonado de una gruesa capa de estricnina.

Este fué el gran peligro y habría sido la gran gloria del facultativo matar en el cuerpo y en el alma al que, al decir de ellos, y vive Dios que tenían razon! fué el único obstáculo para que el asesinato del General Urquiza por el chambelan de palacio, no fuese el camino para subir al mando y restablecer el reinado del terror.

La opinion pública les habría ayudado con sus conjeturas y su buen sentido. ¡Morir de un susto! La prueba era evidente; ningun órgano vital había sido tocado, y sin embargo se le encontraba muerto!

Y bien; los militares no guardan recuerdo ni del peligro que corrieron en medio del fuego, y salvo los reclutas antes de foguearse, no tienen idea de la muerte durante el combate. Aun el peligro de muerte por sorpresa ó cuando el entusiasmo ha sido excitado, pasa desapercibido ó es afrontado sin pestañar.

El asesinato de los Guerri, ni aun en el recuerdo nos dejó impresion de espanto tan justificable. Al ver oscu-

(1) El juez de la causa remitió á Sarmiento para que las conservase, á mas de un trozo del trabuco estallado, tres balas con la siguiente nota: — « No. 1; bala « sacada de uno de las dos pistolas que se tomaron cargadas, la que apesar de « estar mordida, resultó no estar envenenada, según el análisis químico á que fué « sometida.—No. 2, Cortado, envenenado con sublimado corrosivo (cloruro, mer- « cúrico) sacado del trabuco que se tomó cargado, pudiendo producir la muerte « el contacto del veneno que contiene, ya sea con una herida ó con alguna parte « delicada del cuerpo.—No. 3, Cortado de la misma procedencia que el anterior, « examinado por el Dr. Pulggari y que presenta un agujero que estaba lleno de « sublimado corrosivo.»

Conservemos todavia esas piezas. (Nota del Editor).

recerse el gas del farol por el humo que se interponia, al oír el estampido fuerte del trabuco que estallaba, al ver salir y correr las gentes, nos importaba la curiosidad del vulgo, provocada por algun tiro accidental de la policia á ladrones... ¿qué me iba á mi en ello?

Entre otros accidentes en la derrota del Pilar, me encontré de manos á boca con un escuadron sanjuanino de *azules*. El trompa al reconocerme (iba prisionero):—«Ah! picaro, exclamó blandiendo el sable sobre mi cabeza,» «te *acordais* de los palos que me distes en Jachal!»... Vaya que esta vez la muerte se presentaba sin embargo. No creo que fuese artificio, sino respiro de aristócrata mi contestacion;—Si vuelvo á ser tu jefe y cometes faltas, te he de dar otra paliza... El trompa era mulato y sido sirviente de Doña Martina Carril. Oyó al amo y no al jefe y tuvo miedo de levantar sobre él la mano... Agradezca... Y me salvé.

En San Juan se reunieron las tropas federales para ejecutar-me, estando preso en los altos de Cabildo. Se me mandó bajar y resistí. Se pidió la partida de ejecución y llegó al pie del edificio. La cárcel estaba en la misma calle que la casa de Benavides y de allí esperaba mi salvacion de la mazorca. Vi al fin salir un edecan á caballo y entonces bajé. Jugaba la vida por un error de cálculo de un minuto mas ó menos. Fui embestido lanza en ristre por el jefe borracho y me duró muchos días el moreton en el puño, de un quite hecho á la lanzada de muerte que me tiró y desvió. Lo que sigue, es pura estrategia y estratagema de comandante sitiado que necesita ganar tiempo.—¡Comandante!... levantando la mano solemnemente en el aire para exitarlo á escucharme. Yo no tenía nada que decirle, sino ganar diez segundos, el edecan Coquino debía estar cerca ya. Detúvose el furioso y largó la moharra de la lanza. Entonces de dos brincos estuve bajo cubierta de los arcos de Cabildo y al tercero al lado del Mayor Coquino que traía órdenes del General Benavides de protegerme. A un preso que me arrancó la corbata, le di tal bofetada que me la devolvió sin réplica.

Pura estrategia militar! Así salvé del trance mas apurado.

Otra cosa, aunque de la misma familia, fué el encuentro sobre la cuesta de las Coimas, en Chile, con tres salteadores

pelacaras. Nunca lo recuerdo sin crispaciones de nervios involuntarias, aun despues de cuarenta años.

Hablame, por petulancia é indiscrecion, contando con mas sol, encaramádome en aquellas agrestes soledades, cuando me ví en manos de los salteadores y sin escape posible.

Al reconocer el riesgo había visitado mis pistolas, muy aparentes por fortuna en la montura, y encontrado con que una no tenía ceba y la otra tenía *verdín* de un año.

El mas osado me acometió, cruzando ambos nuestros caballos; los otros dos me atajaban el paso á corta distancia. El guapo me blandía el machete á brazo tendido y por lo bajo, midiéndome una tajada. Yo le tenía puestos los cañones de las dos pistolas al pecho, mirándolo de hito en hito, ¡con unos ojos! que debían parecer como balas cónicas para el chino.

Así estuvimos cerca de un minuto! El salteador veía que era perdido si levantaba el machete; y lo fué bajando... hasta retirar su caballo y darme paso.

Es preciso haber sido chileno para comprender la arrogancia con que le corri las enormes rodajas de las espuelas de campaña que entonces se usaban, al caballo, que dió el salto requerido por este llamamiento. Esto probaba á los tres rotos que no les tenia ni pisca de miedo!

Bajé con precaucion la cuesta, siguiéronme á distancia respetuosa, vuelto yo hacia atrás con la pistola mas decente (la del *verdín* en la ceba), apuntando al delantero y llegué á poblado, donde le mandé un reto, pues hasta entonces no había chistado palabra.

Como Quiroga salvado de las garras de un tigre, pude decir tambien «entonces supe lo que era tener miedo». Desgraciadamente, había tanto de comedia en el sistema de salvacion, que los nervios me retozaban y una carcajada de risa hubiera sido la provocadora proclamacion del triunfo, si la majestad de la muerte sentida, no contuviese estos arranques juveniles. Despues, por años, no quedó del lance sino el lado serio y las crispaciones de nervios.

Al día siguiente, se encontró en los mismos lugares el cadaver mutilado (sin cara) de un infeliz que cometió la misma imprudencia que había cometido yo, y no tuvo un par de pistolas tan bien cargadas como las mías para ponerle á boca de jarro al bandido.

Esa vez, como se ve, he saboreado todo el amargor de la muerte, pues hubo tiempo de presentarla desde que oscureció en lugar desamparado y sentir sus angustias desde que examiné las cebras de las pistolas y me convencí de que no había escapatoria á una muerte oscura, traída por la indiscrecion de un tronera.

La que me preparó el autor asesino del asalto de los Guerri habría ocurrido sin darme de ello cuenta, pues los dobles venenos no dejaban ni la esperanza de sanar de las heridas; y las apariencias, de muerte por los *nervios*, deshonrado la memoria de la víctima de especulaciones de boticarios.

Y aun así se salva uno, cuando Dios quiere!

EN CHILE

PRIMEROS ESCRITOS

Con poquísimas excepciones, la generacion actual leera por la primera vez este escrito (sobre la batalla de Chacabuco), acaso ignorando que en su tiempo conmovió los ánimos en Chile y fué el punto de arranque del nombre de su autor.

Pocos son los escritos de circunstancias que resisten á la accion del tiempo ó á la traslacion de lugar ó de lengua. Solo la historia escrita á punta de buril de Tucídides ó de Tácito conservan su frescura merced á los lineamentos del arte; son la Iliada y la Eneida las que sobreviven á los siglos y á las civilizaciones.

La piedra de toque para aquilatar una composicion es leerla medio siglo despues; y si resiste á la usura del tiempo, si las nuevas brisas literarias no han alcanzado á corroerla ó empañarla, podeis estar seguros de que expresa la verdad de todos los tiempos. Dumas padre vive, Balzac murió con su época.

No entraremos ahora en su examen, sino que recordaremos las impresiones favorables que produjo á su aparicion. La batalla de Chacabuco, estaba como eliminada de la historia de Chile, y olvidado estudiosamente, San Martin y el ejército de los Andes, cuando en 11 de Febrero de 1841, sin antecedente que lo provocase, apareció en *El Mercurio* de Valparaiso, y fué leído con avidez en Santiago el escrito en cuestion.

Hoy parecería extraño á los chilenos mismos el interes que despertó; pero fué vivo y universal. Para la opinion

pública su peroracion era como el grito de su conciencia aletargada por el espíritu de partido ó los celos internacionales y que pedía reparacion de una injusticia histórica. Para los hombres de letras, y descollaba entonces don Andrés Bello, mas tarde académico de la lengua castellana, era una produccion literaria correcta, que no dejaba adivinar el origen argentino y que entrañaba una revolucion en las ideas políticas y literarias prevalentes. Para el partido liberal, de que eran expresion Vicuña y Las Heras, esperanza de hallar abogado digno de su causa; para el gobierno, revelaba la existencia de un político colocado mas arriba de las pequeñeces de partido y cuyo pensamiento podía trazar nuevos senderos á la política del gabinete, conservadora pero leal á los grandes principios republicanos. Para el autor, en fin, fué la salida histórica aquella y las frescas guirnaldas que decoraban esa restauracion de la batalla de Chacabuco, el pergamino que le abrió las puertas de la Universidad de Chile y con trabajos posteriores, del Instituto Histórico de Francia y otras corporaciones sabias.

La batalla de Maipo, dada en condiciones mas difíciles que la de Chacabuco, pues debía reparar los estragos de la sorpresa de Cancha Rayada, era demasiado fascinadora para no someterla, con la campaña y retirada de los restos del ejército, al estudio de un jefe ansioso de instruccion.

La posicion adquirida ponía á su alcance medios de informacion, que no siempre tienen á su alcance los historiadores militares, cual es el testimonio de los actores principales de la batalla, el campo de batalla mismo que tanta luz da sobre los sucesos de que ha sido mudo testigo.

El 5 de Abril apareció en *El Mercurio*, un estudio concienzudo sobre aquella célebre y decisiva batalla, y es un documento histórico que deberán consultar los historiadores. Teníanse para escribirlo, largas y alegres sesiones en casa del General D. Juan Gregorio de Las Heras, jefe del ala derecha que se retiró en orden é incólume de Cancha Rayada, y en ellas tomaban parte ademas el General Dehesa, de Córdoba, que había sido el Teniente de infantería de guardia, cuando los españoles, á la sombra del crepúsculo espirante, avanzaron en columna cerrada al

grito formidable de ¡Viva el Rey! — el Coronel D. Pedro Regalado de la Plaza, Comandante de la artillería que se llamaba de Buenos Aires y salvó retirándose con todas sus piezas, y lo que era impagable y característico, el Coronel Barañaño jefe de los Colorados al servicio del Rey y el terror de los patriotas, ayudaba á la redaccion del relato de la definitiva derrota de los realistas á cuyas filas pertenecía no obstante su origen americano, pues era hijo de Buenos Aires y vecino de Las Conchas, de donde tres años despues aparecian al mando de Rosas, los colorados de las Conchas en la escena politica.

Lo que se pone, pues, en boca del Coronel Barañaño en aquel documento, es lo que dijo y sostuvo en aquel consejo de guerra de grandes capitanes, ignorando el público hasta hoy que tan alto y autorizado origen tuviese el detalle y descripcion de lo ocurrido en aquellos días memorables. Siempre es digno de notarse ademas que un joven militar de las guerras civiles, tratase desde sus primeros pasos de reanudar los vínculos con los ejércitos de la Independencia. El Secretario de guerra, Alvarez, entraba á completar con sus confidencias lo que no resultaba de los testimonios inconcientes.

El sentimiento público, olvidando lo que es deber de los beneficiarios olvidar, fué formándose y robusteciéndose con esta resurreccion de los gloriosos días de la emancipacion y que los habitantes que tenian mas de veinte años (en 1841) habían pasado con mas ó menos intensidad por las emociones del terror y de la victoria, que son los que mas fuertemente sacuden el corazon humano.

Cuando el Congreso entró en sesiones, fué restablecido D. José de San Martín, Capitan General de la lista militar de Chile, buscando la gratitud nacional expresion ostensible y obrando mas tarde el sentimiento público, su estatua ecuestre en bronce se alzó en la Cañada de Santiago, en que él mismo había trazado uno de los mas bellos paseos públicos de América. El la plaza del Retiro en Buenos Aires (hoy San Martín), frente al cuartel que fué de Granaderos á Caballo y señalando por las calles de Chacabuco y Maipo el lejano horizonte, se halla la segunda edicion de la estatua de la Cañada, pues el movimiento de reparacion y de justicia que principió en 1841 fué dilatándose por

toda América y el Perú y la República Argentina le devolvieron lo que había conquistado eternamente. Así puede decirse que llegó á Buenos Aires, endurecido ya en bronce, el escrito de 1841, que tan benéfica revulsión produjo en el ánimo de los contemporáneos.

El General Mitre que ha consagrado sus vigiliás al estudio de nuestra historia de la guerra de la Independencia, ha ido, como M. Thiers lo hacía en el mismo caso, á Chile á visitar é inspeccionar los campos de Batalla de Chacabuco y de Maipo. Cuarenta años antes un oficial de Estado Mayor por vocación, habíalos estudiado por años consecutivos, con la ventaja de estar vivos aun los jefes y soldados y pueblos contemporáneos.

La historia de los *Diez y ocho días* de la campaña de Cancha Rayada y Maipo es prueba de ello. El camino de los Andes á Santiago atraviesa en efecto el campo de batalla de Chacabuco. Habíalo recorrido el autor en 1827, es decir, diez años despues, y cien veces mas tarde, siendo su residencia el valle de Aconcagua.

Los rastros estaban pues, frescos en la memoria de los contemporáneos. D. Pedro Bari le dió los trajes en cuatro cuadros de Granaderos á Caballo, del 11 y del número uno y del 7º de línea, que algun oficial de ingenieros le había regalado. Los Ramirez, D. José Antonio y D. Felipe, vivían aun que habían auxiliado á los granaderos. Vivía aun la linda joven que un Mayor intimidaba con sus halagos, y se mostraba todavía el cuarto que ocupaban los oficiales del 11 cuando Juan Apóstol Martínez entraba, torcía la llave, apagaba la vela y tomando el fusil de un asistente arrimado á la pared, decía, descerrajándolo en lo oscuro: «Caballeros, defiéndanse, porque me propongo agotar esta cartuchera mandándole balas al que le toque.» En Chacabuco los arrieros mostraban al viandante la peña en que sentaron á Marcó, el verdugo de los patriotas de Santiago, que fué pasado por las armas despues de la batalla, ó bien el lugar donde el capitán Necochea, estuvo tendido sobre un cuero despues de operado el primer vendaje en sus heridas, ó el punto preciso donde el General Soler se separó del ejército y por detrás de un espolon de la cuesta, cayó por el flanco del enemigo y tantos otros detalles recogidos en conver-

saciones diarias y que vuelven á poner de pie una situacion y una época.

Añadan á esto, que su padre es el conductor á San Juan de cuatrocientos prisioneros españoles y de las banderas (1) y que su maestro el Presbítero José de Oro ha sido capellán del núm. 11º y entonces se comprenderá que aquella campaña y sus accidentes y peripecias, han debido encarnarse en el espíritu del narrador y hacerle creer que ha sido testigo presencial y durante su infancia y adolescencia no ha debido oír otra cosa que detalles é incidentes de la batalla; pues á riesgo de parecer nimio, puede citar hasta el asistente del ex-capellán, el cual era su contertulio de la cocina, en la prima noche, cuando muchacho.

En la edad media, la época mas guerrera de la Europa, cada noble tiene su castillo y su ejército, compuesto de sus vasallos y allegados. El hijo hereda el mando del padre y nace General, debiendo á la mayor edad mandar ejércitos y dar batallas. La ciencia de la guerra se trasmite de padre á hijo, en el hogar doméstico, oyendo á los capitanes referir sus hazañas y practicando en el campo lo que prescribía la experiencia, etc.

Este sistema de educacion lo provee hoy en parte el campamento y la campaña, el vivac y el libro; pero la palabra de los jefes suele ser siempre el mas alto curso de estrategia.

Gozó de esta ventaja en todos los países y ocasiones el oficial, cuya vida militar queremos trazar en las subsiguientes páginas. Esta serie de hechos terminan por decirlo así la instruccion técnica y superior de un oficial subalterno...

Desde 1841 aparece en la escena pública de la guerra de su país como un jefe y un leader de la opinion. Sus numerosos escritos le aseguran aquella posicion donde quiera que se reunen hombres para trabajar por la organizacion de la República Argentina.

(1) Las banderas se ostentaban en la Catedral de San Juan; hoy han desaparecido. Nos informa D. Adolfo P. Carranza, fundador del Museo Histórico que la bandera que se destinó á San Juan en Marzo de 1817 fué una de las del regimiento «Talavera» que probablemente desapareció en la época de la anarquía y la que fué llevada al Museo es una de las enviadas del Perú. (Nota del Editor.)

Para satisfacer á la opinion del vulgo que no reputa militares sino á los que mandan compañías ó escuadrones, haremos notar de paso que desde 1829, hasta dispersarse todas las fuerzas del interior, hemos militado como Ayudante Mayor á las órdenes de los Comandantes; Javier Angulo, Manuel Barcena, Santiago Albarracin, de Coraceros de la Guardia del Ejército Nacional, como Capitan bajo las órdenes del Comandante D. Nicomedes Castro y por muerte de este en funcion de guerra, sucedidole provisoriamente en el mando de Dragones hasta su extincion, habiendo sido 2º Jefe de academia de táctica de caballeria y auxiliar del Coronel Chenaut, para la creacion y disciplina del Regimiento de Granaderos que fué derrotado y disuelto por Facundo Quiroga en 1831.

De estos hechos resultaria, que dados los medios de instruccion de los ejércitos en campaña contra Rosas, sería este el oficial que mejores oportunidades tuvo de educarse en la profesion de las armas, pues un poco mas de instruccion que la de la generalidad de los oficiales de caballeria de entonces, le daba preferencias para seguir causas militares, servir de secretario, instruir reclutas, redactar notas etc., etc.

Llégase en el servicio militar, despues de haber recorrido la parte baja de la escala, á las regiones superiores á cuyos habitantes llaman las ordenanzas oficiales generales, por cuanto se entra en el gobierno y el mando superior y se requieren, á mas de valor y la táctica de los movimientos de un cuerpo, ideas generales de conjunto y la aptitud de exponerlas en partes y órdenes dadas.

Las operaciones de guerra requieren muchas veces el comentario del autor, para revelar, como en el bombardeo de las ametralladoras (en el Rosario y Paraná rebellion de Jordan), una simplísima nocion del arte de la guerra, ó el principio que violaba el que perdió la batalla. Maquiavelo ha podido desde el gabinete trazar á frio las reglas de la guerra; pero los grandes capitanes no han desdeñado para instruccion de los militares, explicar lo que hicieron y porqué en tal ó cual emergencia.

La capacidad de escribir es, pues, una dote militar de que puede sacarse gran partido y que en todo caso completa la aptitud ó la educacion de un soldado. Para no remon-

tarnos hasta las fuentes clásicas, bástenos el ejemplo del General Paz dejándonos en sus Memorias mil indicaciones útiles.

El 11 de Febrero de 1841, pues, con el seudónimo de Un Teniente de Artillería, apareció un artículo reivindicando en Chile las glorias dejadas á un lado de la batalla de Chacabuco.

El escrito hizo una gran sensacion, por la novedad, decían del estilo, por la audacia de la concepcion, puesto que increpaba á la nacion su ingratitud para con los libertadores. D. Andres Bello, lo declaró irreprochable en cuanto á las formas y anuncio de una revolucion en las ideas políticas y en el gusto literario. Los hombres de estado que dirigían la política, despues del asesinato de Portales, sin abandonar sus inspiraciones conservadoras, vieron en el autor todavía desconocido, un político de alta esfera, y se apresuraron á buscar la procedencia del escrito y llamar á su autor, aun suponiéndolo extranjero, á dirigir ó expresar la política del gobierno en la prensa.

Quince días despues el emigrado argentino que había coordinado aquella página tenía dos diarios á su disposicion y la direccion política de la prensa.

Hoy que hacemos conocer á la generacion presente argentina aquel escrito, el hombre versado en las letras le encontrará todavía ciertos rasgos característicos. El estilo de entonces es el estilo de hoy del autor, y la composicion del escrito acusa una manera invariable, que sin duda adhiere á causas profundas de organismo intelectual, si es posible llamarle así. Parecería rara introduccion de escritor novel, ante un público cuyo favor solicita, principiar por convenirlo de ingratitud é injusticia, si este no fuese el sello especial de su oratoria política durante el resto de su vida.

Pero no es este el punto de vista bajo el cual queremos mirar el escrito del «Teniente de Artillería,» sino su carácter militar. El que acabaría por ser aceptado como uno de los literatos mas conocidos de la América del Sur, principia su carrera con la descripcion de una batalla de la guerra de la Independencia. Es de presumir que tiene por delante el parte oficial de la batalla; pero, aunque á grandes rasgos, está trazada toda la campaña de los Andes y estimadas todas sus dificultades y excelencia del plan, con la

seguridad de mano del que conoce el hecho, los lugares y los principales personajes. El que la ha así reasumido es soldado por las simpatías y por los giros de vivac frecuentes.

El contacto con los militares ha sido siempre una de las mejores escuelas de la guerra para los espíritus observadores y reflexivos. Y á mas del contacto íntimo por años con el General Las Heras y con el Coronel Barañaño, puede contar entre sus maestros el que esto escribe, al General D. José de San Martín con quien pasó largas horas en Grandbourg, oyéndole discurrir sobre los grandes acontecimientos de la época de la Independencia, dispensándole tan señalado favor en reconocimiento de su iniciativa en Chile para acometer su defensa y vindicación, que trajo por resultado su restablecimiento en sus grados y honores. Queda testimonio de esas pláticas en el discurso en el Instituto Histórico de Francia, aunque no pueda haberlo de los mil incidentes cuyo recuerdo sobreviene en estas confidencias íntimas de viejos capitanes cuya vida es, por decirlo así, de recuerdos.

Por un azar feliz, cúpome la honra de ser recomendado por el ilustre M. de Lesseps, el que ha roto los istmos, al Mariscal Bugeaud, duque d'Isly, y como se tratase de la guerra de montoneras árabes, llamadas *Goums*, encontrase que en la vida de Quiroga había denunciado el error del General don Juan Lavalle, tomando los usos y tácticas de la montonera, en lugar de la precision de los movimientos de la caballería de línea de que él había sido jefe prestigioso. El Mariscal había, á su llegada á Argelia, encontrado que los jefes militares habían incurrido en el mismo error, que él se propuso remediar, restableciendo las prácticas y la táctica europea al desorden fantasista del jinete árabe. Esta uniformidad de vistas y la sancion que prestaban nuestros usos americanos á lo que para los jefes franceses era innovacion, ofreció ocasion á cambio de ideas, á confidencias sobre operaciones pasadas ó futuras, y sobre todo á oír á tan gran Capitan, porque era de lo mas cuadrado que quedaba del Imperio, ocupó tres días de conversaciones cuyo variado contenido no cabría en un volumen, con muchos aprovechamientos de quien oye para instruirse y atesora para su guía y uso. Otro tanto ocurrió en Oran durante tres días alojado en la tienda del General en Jefe

de la division de Tlemcen, con el prestigio de la particular y encarecida recomendacion del Mariscal y la lectura del *compte rendu* de la *Revue des deux Mondes de Civilizacion y Barbarie* que llegó á Africa y á Oran en los días de mi residencia allí.

Tales relaciones no deben ser indiferentes en la vida de los que se consagran á un estudio especial, pues que casi siempre dejan depositados los frutos de la experiencia de los unos, ó la esplicacion de lo que se reputa el secreto de los otros.

Si se añade que visitaba los Estados Unidos al concluirse la gran guerra y que la elevacion de la gerarquía de un diplomático le pone en contacto con lo mas encumbrado de los hombres públicos, ofreciéndole su situacion oportunidades singulares para estudiar campos de batalla, si así lo desea, acompañado de jefes delegados á guisa de *ciceroni*, á efecto de explicarle el significado estratégico de un accidente, como de visitar arsenales y aun ser informado de secretas invenciones de armas nuevas, como torpedos, ametralladoras que aparecieron al fin de la guerra y podían ser aplicados al Paraguay, se comprendería que hay algo de estupidez en negar á hombres que tales ventajas tuvieron para adquirir nociones de guerra, en cuarenta años, las que se conceden á los que han recorrido todo el escalafon en diez años de corretear indios por las pampas ó dirigir montoneras indisciplinadas.

Dos facciones, empero, habrán de agregarse necesariamente á esta obra, indispensables para hacer de ella un trabajo útil al avance y mejora de nuestra disciplina militar.

La guerra se liga estrechamente con el derecho de gentes y mal pudiera desempeñarse en sus funciones el General que no conociese ó aplicase torcidamente sus reglas. «El último cadete, decía no sin ironía un telegrama, sabe lo que la ordenanza prescribe para recibir un parlamentario enemigo,» citando autor, capítulo y página. Lo que los Generales mismos suelen entre nosotros ignorar, es como se recibe en país desierto y fronterizo un parlamentario de país *amigo*, pues estando dos vecinos en plena paz, no ha de permitirse un teniente de guerrilla de vanguardia recibirle segun le plazca, ya por actos de dudosa correccion,

ya por antipatía, ó por abrirse camino con un atropello que le hace sentar plaza de engreído, ó con el ánimo de crearse un caso de conflicto que le proporcionara la ocasion de tirar unos tiritos, como decía el General Rivas.

El estado de guerra lo crea la ley, con aviso previo al enemigo y generalmente con expresion de agravios, hecha ante el comité de las naciones, para justificar las hostilidades comerciales. La mala inteligencia sobre las represalias de guerra ha costado diez millones de fuertes á la República en prolongacion inútil de la represion de las revueltas de un caudillejo del Entre Ríos y en gastos superfluos. Todo esto se ha fijado por Generales que al fin han modificado las falsas nociones políticas prevalentes.

No es vana ostentacion el traer á colacion los nombres de grandes capitanes, que debo enumerar por necesidad en el discurso de estas páginas.

Las nociones de táctica se adquieren en cuatro meses de ejercicios doctrinales; y todo lo que asegura el sistema de ascensos militares, pasando de grado en grado, es que han tenido tiempo y se han hallado en posiciones de ir atesorando esa serie de conocimientos que van dejando la experiencia presente y la tradicion de lo pasado.

Mucho se aprende por este medio ayudando las disposiciones naturales y el amor á la profesion, y el lector convendrá que algo debió sacar del contacto á veces de años, como con los Generales nombrados, de temporadas ó de viajes en que cambiaba ideas.

Un historiador de alto vuelo ⁽¹⁾ llamaba *historias de beduinos* á las que contiene el *Facundo*. Ninguna expresion mas feliz puede caracterizar esta clase de escritos. Salustio ha inmortalizado el nombre de Jugurtha, jefe de bandas númeradas, que era el mismo Goum árabe de los tiempos modernos y el prototipo del caudillo de montoneras argentinas. De la manera de hacer la guerra á los ginetes del desierto, trataron largamente el mariscal Bugeaud y el viajero argentino, en la Mauritania Tangitana donde está Argel hoy y recorrieron las legiones romanas con Salustio, y con Bugeaud las francesas contra Ab-del-Kader.

(1) Don Vicente F. Lopez.—(N. del E.)

Dos libros han quedado de aquel género de guerras y sobre caudillos como Jugurtha y Quiroga, no siendo de desdenar el lugar que la guerra yugurtina hace al autor de la guerra argentina, que describe en sus escritos. La vida del fraile apóstata y General Aldao tiene por base el compendio de una campaña militar; y el ejército grande, la campaña al interior á órdenes del General Paunero, la vida del Chacho, como la vida de San Martín, son otras tantas muestras de la predilección especial del autor por los escritos de guerra, no habiendo sino raros ejemplos de que otros argentinos hayan dejado consignados los hechos contemporáneos.

Han sobrevenido en estos últimos años, cambios en el modo de ser del país y sus medios de movilidad que han traído modificaciones esenciales en el empleo de las armas y en la estrategia de las campañas. Hubo batalla ganada por la simple posesión de pastos artificiales, proveyendo al ejército en ciertas estaciones caballos á pesebre. El telégrafo como medio de transmitir órdenes ha dado al traste con insurrecciones formidables y aun el empleo del maíz como forraje de las caballadas en campaña sirvió de base á las batallas de Talita y don Gonzalo y los encuentros siempre victoriosos de las tropas nacionales encerradas en la ciudad del Paraná, mientras que el jefe de las fuerzas del Uruguay que se desvió del plan acordado, perdió en dos días sus caballadas. La caballería ha cambiado completamente de colocación y empleo en la guerra de que fué antes el árbitro supremo, mediante los ferrocarriles que se anticipan de días á sus movimientos, ó plantaciones, colonias y villas que á cada paso embarazan su tránsito.

Escusado es decir que figuran como muy respetables ítems á la hoja de servicios de un General, la introducción en el ejército de tierra de las armas modernas de precisión y en el Río la formación de una escuadra modestamente calculada á las fuerzas de la mano que ha de manejarla, sin previsión en la cantidad y tamaño de los cascos de guerra de mar, porque no deben entrar en el presupuesto ordinario de una República los gastos de situaciones extraordinarias. Entre los Estados Unidos que no conservan ni un fusil y la Italia que, pretendiendo tenerse pronta á toda emergencia, mantiene en tiempo de paz escuadras

formidables, cada uno puede elegir, hallando sin duda sus buenas razones en pró y en contra.

Si terminase este trabajo por la exposicion evidente y documentada de un hecho que se pretenderá innegable, á saber, que el autor ha terminado felizmente cuatro guerras que burlaron en sus comienzos y duracion la sagacidad de casi todos los Generales de la República, que su pronto desenlace fué producido por planes de una estrategia sencilla y demostrable, ejecutados por simples coroneles, con fuerzas pequeñas, acumuladas en un punto y hora calculadas, fuera del campo y del dominio de los Generales y ejército que tenian abierta campaña y mandaban fuerzas nacionales, preciso será convenir que valdrá la pena de recorrer estas páginas, sin prevencion, sin esos juicios previos que hacen no ver la luz, porque estaba convencido de que la luz no debe venir de ese lado, sino de Antequera por donde sale el sol siempre.

Así fué con el estudio de las grandes batallas de Chacabuco y Maipo con lo que se presentó, con todo bagaje en el «escenario» de la América del Sud, ignorado de todos y de si mismo el día anterior, aplaudido y estimado al día siguiente, improvisado literato, hombre de gobierno y *leader* á poco de la opinion pública en el país que lo hospedaba, consejero del gobierno, y para los tiranos de su patria como si fuera el único escollo que no quitaron de su paso, por representar los grandes principios que no extirpan, como *on ne tue point les idées*.

Hemos puesto primero ante el lector el escrito firmado por *Un Teniente de artillería*, en *El Mercurio* de Valparaiso, de 11 de Febrero de 1841, para que vea por su contesto, antiguas y duraderas huellas del Jefe de Estado Mayor, ya formado treinta años antes, con toda la capacidad de juzgar, que supone la de dirigir, y quedará justificada la alta posicion que ocupó desde entonces en los negocios argentinos, y la influencia que ha podido ejercer hasta los últimos años de su vida, sin interrupcion por cuarenta años. (1)

(1) Al reproducir el artículo de «Un Teniente de artillería» que se halla en el tomo I de estas obras, el autor nota la equivocacion sufrida por él al hablar de las salvas del 11 de Febrero y dice:

«Como esto era escrito por extranjero recientemente llegado á Santiago, igno-

LAS CORDILLERAS

He dado principio á estos apuntes con los dos primeros escritos en la prensa de Chile que muestran predilecciones innatas del espíritu por las cosas de la guerra.

Un *Teniente de artillería*, es el pseudónimo que tomé para dar de la batalla de Chacabuco, una descripción mas que estratégica, pintoresca y sentimental. Conocía de ella el campo de batalla por atravesarlo el camino de los Andes y los hechos por las narraciones de jefes y oficiales que en ella se hallaron.

La de la batalla de Maipo tiene otro carácter, pues es una pieza histórica tomados sus detalles de la boca del General Las Heras que salvó del desastre de Cancha Rayada cuatro mil hombres, del Coronel don Pedro Regalado de la Plaza, que mandaba la artillería de Buenos Aires, del General Dechesa que era á la sazón teniente y mandaba la guarda avanzada del campo, cuando los españoles en columna cerrada lo avanzaron. Por fin el Coronel Barañao que mandaba al servicio del rey los *colorados de Barañao*, terrificamente célebres entre las poblaciones del Sur por las crueldades que se atribuían á sus soldados. El testimonio á veces contradictorio de este jefe enemigo daba ocasión de buscar mas minuciosos y topográficos detalles que los que forman la narración escrita.

Era pues, aquella redacción una conferencia sobre el grande acontecimiento, muy ilustrativa para el que gustase de atesorar conocimientos militares, que quedan en efecto, como el sedimento de las aguas en el vaso que pasajeramente las contuvo.

El primero de estos escritos tuvo, sin embargo, una grande

raba que por un decreto gubernativo ya antiguo, se había transferido al 5 de Abril, día de la batalla de Maipo, la conmemoración del 12 de Febrero, verdaderamente borrado de los fastos nacionales. Escrito el 7 de Febrero para aparecer el 11 en Valparaiso y llegar el 12 á Santiago, el autor presupone que las calles están embanderadas, y la fortaleza de Santa Lucía ha hecho salvas. Sucedia que el actual Presidente, siendo Teniente, había acompañado por el Sur al General Freire, y no se había hallado en Chacabuco, y que O'Higgins había muerto en la proscripción, y las Heras estaba dado de baja. x—(N. del E.)

influencia, á mas de la de abrir ancho camino al autor para la vida pública, y era acelerar la reaccion que se venía operando sin duda en los ánimos, contra la proscripción moral y política del General San Martín, que había mandado aquellas dos grandes batallas que decidieron de la suerte de América.

No hay antecedente próximo en la prensa, ni en libros y documentos públicos de Chile, (al menos que me fuese conocido), de que entonces empezase á ceder el resentimiento que, con la caída de O'Higgins debieron dejar contra San Martín los actos que en persecucion de los Carreras, ejecutaron ambos, á la opinion pública irritada por otra parte á causa de las exacciones enormes que requería el equipo de una escuadra y un ejército de desembarco en el Perú.

Hoy se sabe, por ejemplo, que los hermanos don José y don Luis Carreras fueron ejecutados en Mendoza por un atrabiliario del género de Collot d'Herbois, ó un fanático como Saint Just, por Monteagudo que se hallaba en Mendoza; y sería mucho pedir, esperar órdenes de San Martín, para que en Mendoza ejecutasen á don José Miguel, que había asolado las campañas, habiendo alcanzado ya las osamentas blancas de los rodeos de ganado degollado despues de dejar saquear á San Nicolás y el Salto por las indias salvajes á su servicio.

Hasta el nombre argentino estaba estigmatizado. La batalla de Chacabuco, segun los tratados de historia, la habian dado los «independientes», á veces al mando del General O'Higgins, á veces por auxiliares. El 11 de Febrero no era conmemorado oficialmente como lo era el 5 de Abril.

Debe tenerse presente la doctrina de Leckier, que niega la iniciativas de las revoluciones al pensamiento del escritor que las promueve, hallando que él mismo es solo el eco de la conciencia pública que se ha venido formando lentamente y está ya cambiada, cuando un escritor *representativo* proclama el hecho, ó formula la teoría. Cúpome esta vez la felicidad de ser el primero que tomase el pulso acaso á la opinion en Chile, pues solo á ese carácter puede atribuirse la grande y universal aprobacion que tuvo el *Teniente de Artillería*, á punto de ser el objeto de la conver-

sacion en los círculos y de la solicitud del gobierno, pidiendo el nombre del autor al editor del periódico, á fin de ofrecerle, como la obtuvo, la proteccion y empleo en la política, en la prensa y en la enseñanza.

El efecto de la apología de San Martin que servía de exordio á la descripcion de la batalla, fué que á la próxima sesion del Congreso, se restableció en el escalafon como Capitan General á San Martin y poco despues se levantó la estatua ecuestre de bronce que decora la *Cañada*. El *Teniente* podría creer que había restablecido un General en su buen nombre y fama, como el paisano santafesino suprimió un General, con un tiro de bolas, cambiando la faz de la historia.

Chile había pasado por una época de revoluciones y motines militares á que puso término la política enérgica de Portales, creándole al ejército un contrapeso en la organizacion de la guardia nacional con fuero militar, y la invasion del Perú, como medio de darle ocupacion exterior, é interrumpir sus malos hábitos politiqueros. En una segunda embestida, porque la primera terminó en un tratado, el ejército se sublevó en su campamento del Baron, muriendo asesinado el Ministro que había ido á presenciar y dirigir el embarque. La milicia del pueblo al mando del General Blanco Encalada, salió al encuentro del ejército que se creía en seguridad y fué derrotado y aprisionados sus soldados y oficiales. Así triunfaba la política del Ministro, no obstante su muerte.

Las instituciones militares recibieron desde entonces el sello especial que las distingue de todo el continente sudamericano. Venezuela cuenta los generales por centenas, la República Argentina por decenas y Chile por unidades, aun despues de la guerra del Perú.

Vino en 1883 encargado de los objetos que Chile enviaba á la Exposicion Continental, un joven que no lo era tanto que no tuviese la cabeza desguarnecida de cabello. En días de gala vestía uniforme chileno, con insignias de Teniente y una hilera de medallas ganadas en las diversas batallas á que había asistido en el Perú. Era alumno de la Escuela Militar, hijo de un general frances de Napoleon y sin embargo, en diez años de servicio había alcanzado á Teniente.

De aquí procede el valor, la economía, el éxito de las batallas campales y navales que ha dado Chile. Su Academia militar fué fundada en 1840, bajo la direccion del Coronel Pereira argentino, hermano del conocido propietario Simon Pereira. De manera que los generales de hoy son alumnos de aquella buena escuela.

Hube de tomar parte en la contienda periodística que exaltaba la eleccion de nuevo Presidente. El partido liberal *pipiolo* y los que yo calificué de *teatinos* tenian sus periódicos, el principal de los cuales me habian ofrecido en vano, por no simpatizar desde entonces con sus hábitos revolucionarios. Manejaba yo entonces el único diario de Chile, *El Mercurio* y uno de circunstancias, *El Nacional*, de Santiago.

Cuando la lucha terminó, ganando nosotros las elecciones, *El Valdiviano Federal* escrito por un viejo patriota á quien Portales habia concedido derecho de hablar libremente, dió la palma del triunfo al Redactor de ambos diarios, por la novedad de las doctrinas y el culto espíritu del debate, teniendo que habérselas con repúblicos que citaban en su apoyo al abate Raynal, el Contrato Social y como el mas fresco á Benjamin Constant. *El Nacional* y *El Mercurio* respondían, Story, Tocqueville, la Constitucion norte americana, con Lherminier y Pierre Leroux, entonces los jefes de la escuela francesa liberal. Para otro periódico de combate, *La Guerra á la Tirania* que estaba amasada con sal de cocina y hiel, no carecia de buenas armas, la mejor de todas, echarle agua con las bombas de apagar incendios, en burlas de hacer disparar.

Celebrado el triunfo estábamos cuando llega la noticia de haber entrado á Mendoza, el General La Madrid, con un ejército que venia de Tucuman, seguido por el General Oribe. Mi resolucion fué tomada en el acto.

Los adversarios políticos que me concité despues se complacian, como es de costumbre, en echar en cara al Redactor que pesaba sobre ellos, su calidad de extranjero, y siéndolo, habia de ser por consecüencia mercenario. Como la ausencia esta, fué por desgracia tan corta, olvidaban que el escritor á quien atribuían móviles tan mesquinos, habia abandonado, en su concepto para siempre

la situación mas espectable y brillante que pueda obtener en América un autor, conquistando las simpatías generales, la protección y amistad de hombres como Bello, el joven Lastarria y otros, ganando las elecciones de su bando, con aceptación de los vencidos, y á la víspera de tener á los suyos en el gobierno, dar la espalda á todo, renunciando casi á una carrera y un porvenir, para ceñir de nuevo la espada, pasar los Andes á cordillera cerrada, á ofrecer su débil brazo á los que combatían por la patria!

Pero de aquel momento, principia una página de historia borrada, que me interesa reanimar ahora, suprimida cuarenta años, como estuvo veinte el nombre de San Martín en Chile, acaso por la misma causa, y es que no pertenecía propiamente á la historia de Chile ó de la República Argentina.

También se puede salvar la vida á centenares de hombres, de las quemaduras del hielo, sino del hambre también, como se puede restaurar en su fama y gloria á un general ilustre, sin llamar la atención de nadie; pero sin que nadie con pruebas, pueda ponerlo en duda.

Usábanse por entonces unos chaquetones de tricota colchados por dentro que ofrecían mucho abrigo; y en todo tiempo polainas de tejido especial hechizo que cubrían las piernas hasta la rodilla, amarradas á la cintura y sostenidas con las espuelas por abajo. Este era el equipo obligado de un hombre de á caballo en Chile.

Presenteme un día al ministro de gobierno D. Manuel Montt en su casa, en ese traje y como me preguntase á donde me dirigía, le contesté, abriendo él tamaños ojos con la sorpresa:—á la República Argentina; el General La Madrid está en Mendoza y debo reunirme al ejército. Hizome presente lo que la prudencia sugiere á los extraños en estas grandes querellas civiles; me hizo valer que recién era el momento de recompensarme por los buenos servicios prestados, pues era convicción de todos, amigos y adversarios, que yo había en la prensa, con dos diarios, asegurado el triunfo al partido conservador.

Ese día estaba en camino hacia Aconcagua, y al siguiente nos dirigimos á la cordillera D. José Posse, un Comandante chileno al servicio argentino y no recuerdo si alguien mas.

Iba premunido de la siguiente carta de recomendacion:
—Setiembre 10 de 1841.—A S. E. el director de la coalicion del Norte, General en Jefe del 2º ejército libertador.—La comision argentina se permite recomendar á V. E. al señor D. F. Sarmiento. A sus antecedentes tan favorables, se agrega la circunstancia de haber sido miembro suyo y haber desempeñado honrosamente sus comisiones. Adornado de patriotismo y entusiasmo por la libertad, su capacidad es otro título para que se aproxime á S. E. y para que S. E. le proporcione ocasion de hacer á nuestra causa los servicios que puede. Tiene la confianza de sus compatriotas aquí, y merece la de S. E. La comision reitera etc.—*J. Gregorio de Las Heras.*—*Gregorio Gomez.*—*Gabriel Ocampo.*—*Martin Zapata.*—*Domingo de Oro.*

En la tarde del 25 de Setiembre de 1841 asomábamos las cabezas sobre el cordon principal de la Cordillera de los Andes. El penoso ascenso de un día á pie, porque los animales no podían marchar á cordillera cerrada, hundiéndonos en la nieve reblandecida por los débiles rayos del sol, nos traía fatigados y reclamaban nuestros miembros un momento de reposo en aquel páramo batido por la brisa glacial que ha desenvuelto el deshielo del día. La vista descubre hacia el oriente cadenas de montañas que achican y orlan el horizonte, valles blancos como cintas que fueran serpenteando entre peñascos negros que brillan al reflejarse el sol; y abajo, al pie de la eminencia, como una cabeza de alfiler, la casucha de ladrillo que sirve de amparo y abrigo al viajero. ¡Salud, República Argentina! exclamábamos cada uno, saludándola en el horizonte y tendiendo hacia ella nuestros brazos.

En aquel piélago blanco y estrecho que se extiende abajo divisó uno de nosotros bultos de caminantes y este encuentro de seres humanos que tan bien venido es siempre en aquellas soledades, nos enturbió instintivamente y nos miramos unos á otros, sin atrevernos á comunicar la idea siniestra que había atravesado nuestro espíritu. Descendimos hacia el lado argentino menos gozosos que antes, y apenas, aun antes de llegar á la casucha, la palabra *derrota* hizo de dolor zumbar largo rato nuestros oídos. Los restos del ejército de La Madrid, venian poco á poco marchando á pie á aislarse en Chile.

He descripto entonces (1) las terribles escenas que presentó un amontonamiento de unos mil prófugos al pie de los Andes, que estaban en Setiembre cubiertos de nieve, cerrando el paso de animales y haciendo difícil el de hombres extenuados y peligroso el pasaje, cayendo un temporal que duró tres días. Debo añadir ahora, que mi casual presencia en el lugar del siniestro ahorró una de las mas terribles catástrofes, pues es seguro que nadie hubiera alcanzado á pasar y el hambre habría terminado la destructora accion de las nieves.

Al bajar hacia el Paramillo, divisamos un grupo de viajeros á pie, como es la práctica en aquellos meses, aforradas las piernas en cuero de carnero, para que la nieve no penetre el calzado y se hagan lo que llaman quemaduras, que es la muerte del miembro, dedos, pies ó piernas, en que cesa la circulacion. De esos hubieron nueve, ó muertos ú operados con amputacion.

Era preciso obrar. Despaché en el acto un propio á los Andes para que subieran mulas si era posible. Y despues de hablar con los primeros prófugos, volvimos á remontar aquellas montañas que creí haber dejado atrás para siempre.

Un cuadro que existe en el Paraná, obra del pintor Rawson, recuerda la escena, haciendo que yo ponga á disposicion del General La Madrid, en presencia del valiente Coronel Alvarez, canastos de pan que conducen peones chilenos. Esto es excelente para la poesia y para recuerdo del hecho en cuanto á mi me concierne, pues no teniendo de donde tomarlo la historia, como la batalla de Niquivil recordada en la autobiografia del General Vega, ó como el haber sido prisionero en el Pilar de Mendoza, hubo de conservarlo Rosas para mi ignorada y no escrita foja de servicios de ahora sesenta años.

La verdad histórica es que, instruído por las avanzadas, de la derrota que infligieran en Rodeo del Medio á nuestras fuerzas las de Rosas, al mando del General Oribe, así como del número de hombres que venían, regresé in-

(1) Véase la animada descripción que de las escenas terribles de esta catástrofe hace el autor en el volumen VI de estas obras, página 9. (N. del E.)

mediatamente, volviendo á remontar á pie la cordillera, acompañado esta vez de D. Régulo Martínez, que encontré mas tarde en Entre Ríos, en la campaña de Caseros.

Desde el momento, conocedor de la cordillera y de sus malas mañas, comprendí el peligro, y llegando á Los Andes, con medio día de camino, tanta fué la prisa que me di, monté oficinas de escritorio con los hijos de D. Pedro Bari y con el auxilio inteligente del viejo, me proveí de cueros de carnero cuantos pudieron haberse en las inmediaciones para envolver piernas, sogas, cordeles y ademas viveres de cordillera, que consisten en charqui molido y galleta ó bizcocho, mucho ají para combatir la *puna* y otros ad-minículos; y con doce peones avezados en remontarla en invierno acompañando al correista ó algun pasajero extraordinario, los acompañé hasta los Ojos de Agua, pasando ellos á este lado y yo volviendo en lo que quedaba de esta segunda noche á los Andes, para poner en movimiento á Valparaiso, por medio de *El Mercurio*, de que era dueño el godo Rivadeneira (pues no le llamábamos de otro modo) y á Santiago por medio del ministro Montt, á quien pedía socorros, como al público subscripciones.

La actividad que allí se desplegó no es para describirse. Despachar chasque tras chasque, mover á todos y conmover su filantropía, poner en accion la comision argentina, reclamar del gobierno asistencia médica y otros auxilios, pedir funciones de teatros en beneficio de los que sufrían, escribir á los diarios, y en fin, alarmar la nacion entera y despertar su piedad.

Cuando todo estuvo hecho, las cargas en marcha, los correos despachados y agotada la bolsa hasta el último maravedi, yo resigné el puesto buscando el reposo que reclamaban el pasar y repasar á pie la cordillera, como por apuesta, descender corriendo desde los Ojos de Agua, hasta Los Andes, para sentarme á escribir largo y tendido.

Cuando empezaron á pasar los grupos, despues de haber estado sepultados centenares debajo de las nieves, un ejército de vivanderos los recibía todavía en las cumbres de las cordilleras, ó en primeras escalas del descenso, proporcionándoles viveres, licores, frutas, pan y la variedad infinita de comestibles del pueblo chileno.

Médicos pasaron la cordillera é hicieron amputaciones

mas ó menos felices de piernas heladas. Uno de ellos se asombraba de la ecuanimidad del operado que, arrancándole un hueso, no había lanzado un gemido en todo el decurso de la operacion. Soltaban la carcajada los otros ante ese relato, pues el operado había gritado como un becerro, pero el operador preocupado con su obra, no había oído nada.

En el hermoso valle de Aconcagua, aguardaban á los mas necesitados ropas de abrigo, camisas á los desnudos y á la gente un poco decente, si lo necesitaban algunos pesos en dinero, pues la suscripcion había sido abundante. Una señora Callejas y un presbítero liberal se distinguieron por sus dones, hospedando el último al General Lamadrid y á su estado mayor en su casa. Todavía pudo asegurarse trabajo á los soldados y á algunos artesanos, alojamiento en Santiago y Valparaíso á algunos jóvenes, y solo el Chacho bien socorrido y mejor hospedado que en su casa de los Llanos, pudo lamentarse de estar *«en Chile y á pie!»*

Una victoria á veces no vale mas que una retirada hábil que salva de la derrota; pero salvar un ejército de la nieve por su solo esfuerzo, ó por su brillante reputacion en la prensa y lauros obtenidos en ella, conseguir del público socorros y colocacion para tantos hombres, bien valía una campaña. Pero como el hecho no se liga á la historia de ningun gobierno, jamas ha sido mencionado y quedaría como acaecido en los tiempos prehistóricos en países que aun no tienen nombre.

Las piezas que siguen serán acaso el primer recuerdo de un grande hecho histórico, que habiendo ocurrido en el perfil de la cresta de los Andes nevados, no pertenece á Chile, ni lo aceptaba la Confederacion. Sirva siquiera para reconstruir la foja de servicios de un soldado, que no habiendo despanzurrado con sus manos, como Sandes ó Gauna, á muchos hombres, puede jactarse de haber salvado la vida de millares, en cuatro ocasiones en que hizo imposible el combate, ganando la batalla sin sangre, como se verá en su lugar correspondiente. Son tenidos en mucho los generales que saben dirigir hábilmente una retirada y ¿por qué no se daría un grado al oficial subalterno que salvase la vida de un ejército?

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento.

Santiago, Octubre 1.º de 1844.

Compatriota y amigo:

Por toda respuesta á la muy apreciable carta de usted, le acompaño esa orden para que con su resultado atienda usted á dar carne y pan á los infelices argentinos hambrientos que vienen.

Es preciso que se limite Vd. á carne y pan, porque para ese mezquino socorro hemos agotado todos los recursos y vencido dificultades de que solo tendrá idea cuando venga y se imponga.

Ahora mismo excitamos á los de Valparaiso á ver cómo nos ayudan á socorrer á nuestros infelices compatriotas. Ha sido solicitado el gobierno, y nos ha prometido para esta noche las órdenes que pudiéramos desear para socorrer la afligida humanidad.

El expreso ha sido despachado antes de la hora de llegada.

Nada diré á Vd. de lo que ha conmovido la relacion de los horrores que Vd. no ha hecho mas que indicar. Esto dejémoslo para sentido.

Abraze Vd. á mi nombre á los valientes y desgraciados. Somos argentinos y son argentinos. Algun día Dios nos dará patria y habrá gratitud para los beneméritos, ó no merecerá aquel país tener tales hijos. Adios, amigo. Siempre afectísimo de Vd.

J. GREGORIO DE LAS HERAS.

El escribiente saluda á Vd. y á todos los valientes desgraciados.

Sr. D. Domingo F. Sarmiento.

Santiago, Octubre 1.º de 1844.

Apreciable señor: Espantado de la catástrofe que Vd. me anuncia, salí al momento á casa de Orjera, donde acabaron de imponerme de las desgracias sucedidas en Mendoza.

Extremadamente sensibles á tantos males, no hemos hallado otro arbitrio para detener el progreso de lo mas urgente, que levantar una suscripcion implorando la generosidad de nuestros compatriotas en favor de las infelices víctimas de la causa de la civilizacion. Ya se están dando los primeros pasos; y debe Vd. creer que si el éxito corresponde á nuestro empeño é interes, se remediarán sin duda las mas premiosas necesidades. Jamas he deseado tanto como ahora, en este instante, el ser hombre de influjo y fortuna; pero para qué hemos de poner en cuenta los deseos!

Haremos lo posible; y solo me atrevo á ofrecer por ahora juntamente con mi amistad, como su mas apasionado servidor. Q. B. S M.

JOSÉ FRANCISCO GANA,
(General del Ejército Chileno.)

Sr. D. Domingo F. Sarmiento.

Buenos Aires, Octubre 20 de 1863.

Mi estimado General y amigo:

Tuve el gusto de leer su atenta carta de ayer; en la cual se sirve pedirme le exponga por escrito los recuerdos que aun conserve de la llegada á Chile de los dispersos de la batalla del Rodeo del Medio; cuyas reminiscencias de viva voz hacia á Vd. en días pasados, comparando al distinguido actor Calvo, con el eminente Casacuberta, á quien oí con tanta complacencia en mi niñez, á su llegada á San Felipe, despues de la derrota del ejército á que perteneció.

Hace Vd. bien, General, en recordarme el caballo mio, que fué en las colectas que se hicieron en Aconcagua, solicitadas por Vd., para sacar de entre las nieves de los Andes, los restos de aquel ejército.

Sin mi pobre contingente, yo no recordaría tal vez un solo hecho, una sola palabra de cuanto vi y oí en aquella ocasion. Siempre he creido, General, que el hombre recuerda lo que vió en la infancia, mas bien por la impresion que recibiera de los objetos, que por el juicio ó criterio que de ellos pudo formarse.

Como Vd. se sirve decirme en la que contesto: «que

desea arreglar sus apuntes, á fin de restablecer lo que por lo lejano de los tiempos se hubiere olvidado y deba recordarse», no estará demas para la inteligencia de mis recuerdos, que haga en este lugar una ligera digresion.

A la llegada á Aconcagua del Ejército Argentino á que Vd. se refiere, vivían en San Felipe los señores D. José y D. Pedro Antonio Ramirez, y por haber militado en los Granaderos á Caballo, muy conocedores de las familias argentinas; y con dificultad pasaría á Chile algun argentino decente, sin alojarse en la hacienda de don Pedro Antonio.

Como es natural, estos sujetos tomaban gran interes en las cuestiones políticas de la República Argentina, y estaban al corriente de los hechos de armas que aquí se producian.

D. José I. Ramirez, desde en vida de mi padre, acostumbraba ir todos los días á nuestra casa de San Felipe. Mi hermano mayor lo aguardaba con el deseo con que hoy día se lee la crónica de los hechos locales.

Un día nuestro cronista llevó una carta de su hermano D. Pedro Antonio, escrita desde su hacienda, en la cual le participaba la derrota del ejército unitario en el Rodeo del Medio, manifestándole á la vez el temor de que muchos de los derrotados hubiesen perecido en la Cordillera en el último temporal; agregando que la noticia la traía D. Domingo F. Sarmiento.

Nuestro cronista contó varias peripecias de la derrota, que no recuerdo y nombró á varios deudos de familias argentinas residentes en nuestro pueblo, que iban entre los emigrados.

Recuerdo perfectamente, General, estos incidentes, porque fui yo el portador de un mensaje de condolencias, enviado por mi madre, á varias familias argentinas de su relacion, y todavía me parece ver correr las lágrimas de la señora de Paz Piñeiro de Rojo, al contestar la atencion de mi madre.

Por si Vd., General, lo hubiese olvidado é interesase á sus anotaciones, recordaré á Vd. que la señora Paz Piñeiro de R. fué esposa del Dr D. Posidio Rojo, natural de San Juan; cuyo señor fué Juez de Letras de Aconcagua, segunda autoridad de la Provincia; que en Chile, como en la época de

su Gobierno en San Juan, no se exige la nacionalidad para ejercer este destino. Ni es allí un obstáculo la calidad de extranjero para ser ministro ó secretario de Intendencia; como tampoco lo es aun, para ejercer los puestos mas elevados del Poder Judicial. Los distinguidos argentinos Dr. D. Antonino Aberastain, Delgado, Gabriel Ocampo y otros, han ejercido allí aquellos importantes destinos.

Volviendo ahora al asunto que motiva esta carta, diré á Vd. General, que la visita del señor Ramirez de aquel día, tenía un objeto mas noble que la crónica ordinaria.

D. Pedro Antonio le encargaba encarecidamente en la carta de mi referencia, que viera á mi hermano Juan E. Barriga, á los señores Caldera, Echevarria y otros, y le pidiera su concurso para salvar y proteger á los emigrados por quienes Vd. General, se interesaba tanto.

Tan laudable empeño de su parte, no podía ser estéril. Con la presteza que requerian las circunstancias, se reunieron mas de doscientos caballos y mulas, se remitieron á la Cordillera con peones *ad hoc*, enviando el señor Ramirez, su tropa de mulas cargadas de víveres.

Pero lo que no pudo deberse á otro que al valioso empeño de Vd., General, fué el alojamiento de la tropa propiamente dicha de los restos de aquel ejército en San Francisco de Curimon, su racionamiento suministrado por la autoridad local, y la visita diaria á sus enfermos, del médico de ciudad Dr. D. Manuel Antonio Carmona, la cual vi yo mismo practicar en una ocasion.

En efecto, la presencia de los Castex, del joven Emilio Conesa, General mas tarde, la del conocido literato D. Juan M. Gutierrez, y del señor D. Emilio Castro, que aun vive en Buenos Aires, la presencia, digo, de estos señores en casa de mis deudos, y la de tantos otros argentinos distinguidos en lo de Bari, Ramirez, Cardoso, etc., es un hecho natural, que nada revelaría hoy el empeño de Vd., General por salvar de las nieves á todo el ejército.

Todos estos señores, mas ó menos conocidos, llegaban emigrados á nuestras cordilleras, y natural es que fuesen socorridos y recibidos con todas las consideraciones que merecen la desgracia y la buena educacion del desgraciado.

Conozco bastante á mi país, General, y puedo afirmar hoy

sin temor de equivocarme, que esos soldados no pudieron estar en un cuartel de nuestra tropa de línea, aunque el cuartel estuviera desocupado á la sazón, sin una orden del Gobierno de Santiago, y que esa orden no pudo darse sin mediar un valioso influjo y poderosa iniciativa.

Con las consideraciones de mi mas distinguido aprecio, tengo el placer de suscribirme de Vd., General.

Atento amigo y S. S.

ANTERO BARRIGA.
(Cónsul de Chile.)

EPISODIOS EN LA CORDILLERA

El ferrocarril atravesará bien pronto aquellas estupendas soledades y las comodidades de la civilizacion, como la rapidez con que se hace el trayecto, acaso perforada que sea, la montaña que todavía se asciende á muchos miles de pies de altura, todo hará olvidar las escenas pintorescas y extrañas del tránsito de un lado á otro, á cordillera cerrada, operacion que solo la extrema necesidad aconsejaba, y que, no obstante las siete casillas de ladrillos de á diez y cinco cuadras de distancia unas de otras, destinadas á guarecer los correistas, han perecido muchos de ellos en el espacio que media entre uno y otro albergue, engeguedidos por la nieve que cae, no en copos, sino á pedazos á veces.

Como ya no han de ocurrir casos semejantes, consignaré el mas emocionante de todos, excepcion sea hecha del de hundirse de repente el caminante en la nieve que encubre un arroyo que corre á veinte ó treinta varas de profundidad debajo de la nieve y la tiene minada, sin dejar ver el peligro.

Cuando regresé aquella vez á Chile, acompañado de Posse y de Martinez, yo era el guia de cordillera, y por tanto, como buen huesped, les ofrecía los escasos placeres que pueden gozarse, sin frío, pues el ascenso hace sudar á mares y la vista sufre al contemplar aquellos dilatados paisajes de montañas y picos revestidos de nieve, elevándose unos tras de otros sobre estrechos valles igualmente blancos de inmaculada, eterna y desolada blancura.

Cruzábamos estas escenas, y cuando encontrábamos un descenso á guisa de montaña rusa, yo me sentaba sobre la nieve y apoyado en el báculo daba impulso al cuerpo que se deslizaba con una deliciosa rapidez, hasta varar en la llanura ó plano inferior. Al fin llegamos á uno de esos planos inclinados que correspondía, segun mis cálculos á la Cuesta de los Caracoles, llamada así por ser tan empinada, que solo describiendo pequeños caracoles ó zig-zags, pueden las mulas subirla y sobre todo bajarla. Ya se estaba acomodando mi José Posse, en la postura requerida para intentar la aventura, cuando dile un grito para detenerlo mientras me entregaba á ciertos experimentos que me permitiesen apreciar el declive que la brillante blancura podía disfrazar. Amasé una bola de nieve y rodó cuesta abajo en un abrir y cerrar de ojos. ¡Diablos! exclamé, esto está parado á pique! Arrojé mi báculo y llegó á los planos inferiores, rodando á lo largo como si fuera una piedra. Excitada mi curiosidad, solté mi pañuelo de seda y el pañuelo llegó á los planos sin detenerse. Retírense! grité á los compañeros, que es un abismo!

Tomé otra direccion, y cayendo y levantando por lugares ásperos y con puntas de rocas visibles, llegamos á los planos, estropeados pies y manos y fatigados de muerte, por lo que nos tendimos largo á largo sobre el muelle colchon que la naturaleza ofrecía á nuestros miembros fatigados. Acertábamos á quedar frente á frente y en linea perpendicular debajo de la cumbre de donde habíamos huido de descender.

No habíamos concluido de fumar un cigarro en aquella deliciosa postura, tendidos de bruces, cuando vimos aparecer del tamaño de condores á una docena ó mas de viajeros, quienes viéndonos abajo, y suponiendo que por allí habíamos descendido, toman distancia de guerrilla para no embarazarse en el descenso. ¡Avisémosles! ya era tarde, se habían desprendido como doce avalanchas, dando saltos de veinte varas de largo los que por contener la rapidez vertiginosa del descenso, clavaron el báculo en la nieve. A un chileno panzon se le envolvió el poncho en la cara y bajaba rodando como una pipa fantástica. Otros saltaban de la cabeza á los pies, como suelen los muchachos haciendo de brazos y piernas una rueda sin llanta y otros cambiando de sis-

tema á medida que hacian los mas prodigiosos esfuerzos para contenerse.

El descenso se hizo en algunos segundos, aunque la trayectoria recorrida era de seis á ocho cuadras. La experiencia del pañuelo mostraba que era el declive un ángulo agudísimo y que bajarlo era lo mismo que caer como piedra lanzada de lo alto.

Nosotros abrimos tamaños ojos y boca de horror y cuando ilegaron todos los quince á un tiempo á donde estábamos, todos ellos tenían ojos y bocas grande abiertas por el mismo asombro de lo que les habia pasado sin darse cuenta de ello. Todos estábamos pálidos como una cera, hasta que apercibiéndome que todos tenían su cabeza y sus piernas en su lugar respectivo, sin sangre, sin magulladura alguna, ni diesen gritos de dolor, aventuré, en via de ensayo y con no poco miedo de ofenderlos, una carcajada algo forzada. Respondió otra, y unos tras otros se largaban á reir los demas, á medida que se persuadían que estaban vivos, sanos y salvos, puesto que no les dolia una uña, excepto uno que lo llevó el impetu del cuerpo de través y dió contra un peñasco desnudo.

¡Sería esta la risa homérica, tan ponderada! Nos hemos reido media hora á destornillarnos y en proporcion del susto que habíamos pasado actores y espectadores al sentir los unos y ver los otros, volar gente por los aires y esforzarse en vano en tomar tierra, pues como los titanes de la fábula, apenas la tocaban con el pie, brincaban en el aire como langosta saltona. Despues de llegar al plano, como no pudieron cobrar aliento en el camino de dos ó tres segundos, decia uno que no se atrevia á resollar, temeroso de convencerse de que habia muerto, no pudiendo darse cuenta de como podía caer de tanta altura y estar vivo.

CON CUITIÑO

Un episodio singularísimo entra aqui, antes de relatar como emprendí de nuevo y en grande escala, la campaña contra la tiranía de Rosas, en 1848, descubriendo mis formidables baterías en *La Crónica*, periódico argentino, semanal, sesudo y aunque haciendo disparos á bala rasa,

estaban tan bien guardadas en él las reglas de la guerra regular entre beligerantes reconocidos, que cuando á la altura del núm. 19, se presentó D. Baldomero García con su ilustre secretario el joven Dr. Irigoyen, á reclamar un ejemplar castigo contra el salvaje unitario consabido, afiliado á todas las logias y al servicio del *jeton* Santa Cruz, no encontró por donde meterle el diente segun las reglas de derecho; pues *La Crónica* era un periódico escrito en un lenguaje mas decente que las mismas notas que reclamaban de sus aserciones.

Se volvieron los asociados diplomáticos como habían venido, y el reo se presentó á su juez debidamente en Palermo, donde con su propia pluma escribió el parte de la batalla de Caseros.

Pero dejemos para mas tarde las preocupaciones graves, y tome aliento el lector con algo que no requiere ni la atencion siquiera.

Llegado hacia poco de Europa, mis hermanas y mi hija Faustina, desde San Juan, pues con mi madre estábamos reunidos en Chile, deseaban verme, y resolvieron montar á caballo y hacer las sesenta leguas de montañas y faldeos que median entre San Juan y Uspallata y desde allí avisaron hallarse presentes para que nos viésemos donde yo lo dispusiese.

Tales viajes sorprenderán al lector pampeano, por la sencillez de la concepcion y lo áspero y montañoso del paisaje. Es lo mismo, *mutatis mutandi*, que galoparse cincuenta leguas de pampa.

Hallábame á la sazón, en Los Andes de Aconcagua, visitando tambien viejos amigos, cuando acertó á llegar el correista Alaniz, con la correspondencia transandina, y me dió el mensaje de palabra de mis dignas hermanas que esperaban órdenes en Uspallata. Di mis instrucciones en una hoja de cigarrillo que Alaniz debía cuidar de fumarse en caso de sorpresa y regresó incontinentemente.

Como el pais estaba gobernado sabiamente por D. Juan Manuel, y Mendoza paternalmente administrada por el fraile Aldao (1) que ya habia declarado por decreto, locos á

(1) Aldao murió en Enero del 45. (N. del E.)

los unitarios y nombrándoles tutor á los confiscados, no era la cosa para andarse con muchas chanzas.

Tomé, pues, á uno de los jóvenes Bari, de Aconcagua, por secretario, armados de carabinas, como gente que anda cazando, y emprendimos mas provistos de provisiones de boca que de guerra el paso de la cordillera, lo que efectuamos sin tropiezo hasta bajar el Paramillo y descender al pie.

En ese momento salía del valle estrecho que viene del norte, una partida como de ocho hombres, con las terrificas camisetas, chiripá y gorro con manga colorados. Detuvimos el paso y creo que el aliento, compuse la montura, —trazas del viajero ó del militar mañero para ganar tiempo,— no poco desagradado de tan inopinado encuentro. Es cosa que no sucede casi nunca por aquellas soledades.

Felizmente, como nada tenían que hacer sino volverse á Uspallata ó Mendoza, pues ya habían desempeñado su comision, montamos en nuestras cabalgaduras, y los seguimos, por supuesto que guardando las mas respetuosas distancias.

Encontrónos un viajero de Mendoza, y me miró con curiosidad, sin poder apartar la vista, sino para volver la cara á mirarme de nuevo, hasta que no pudo mas y se volvió hacia atras para hablarme:—«Pero, señor, que no ve esa partida, si lo toman!—¿A mí; y porqué me han de tomar?—Usted es el señor Sarmiento.—¿Me conoce usted?—Si señor, en Mendoza lo conocí, y en Valparaiso lo he visto despues. Y se sabia que está usted de regreso de Europa.—Bueno; pero como ellos van para allá, si se vuelven, yo me vuelvo; y vea usted, no hay mas camino practicable que esta única senda y aquí es lo mismo uno que seis, y yo. conozco á estos bárbaros; son de lanza!

En fin, me acompañó largo rato á pasar el susto, como dos amigos que se encuentran, dándoles tiempo y espacio á los otros para alejarse.

El Puente del Inca era el lugar de la cita, y aguardamos en vano esa tarde, porque llegamos temprano. Al día siguiente madrugamos, ensillamos nuestras cabalgaduras para estar en regla contra todo evento y cuando ya alboreaba el día, divisamos bultos confusos hacia el Oriente.

¡Que afliccion de no poder discernir las formas, teniendo

muy presente la partida de malditos colorados que andaba rondando por ahí... ¿y si vuelven? Despuntó el sol y fué para peor, porque iluminaba á los ginetes por la espalda, y la luz hacia mas confusa la confusion, por no plagiar á Milton y sus tinieblas, luminosas lo bastante como para ser vistos los condenados. Al fin, pudimos discernir por el rápido cambio de posicion relativamente á los cerros, que galopaban! Tanto peor, si era la partida! Eran seis! para no dejarnos morir ó emprender una vergonzosa fuga, mi compañero acabó por discernir la curva trunca de la mujer montada en silla, presentando el perfil de la espalda. Respiramos y les salimos al encuentro. Pero estas escenas, ni oirlas podreis vosotros, ni expresarlas podrán mis labios.

Eran dos de mis hermanas, mi hija, don Domingo Soriano Sarmiento, Alaniz y un arriero con unas petacas, el que era primo hermano nuestro. Despues de acomodarlo todo y saber que la partida seguía su camino de regreso, entramos bajo la bóveda inmensa y casi plana del sulfato del magnífico Puente del Inca, la maravilla natural y única en aquellas desnudas y solemnes alturas. El río Mendoza, naciente aun, se precipita por debajo, muchos conos sulfurosos brotan agua de sus cúspides, una serie de fuentes de agua caliente, saltan y hacen gárgaras pantagruélicas, en la base del arco del lado de la montaña; y toda la estupenda techumbre casi plana como la bóveda del Escorial ú otras que se conservan en las termas de Caracalla, cosas que *venía* de ver, estaba cubierta de estalactitas nacies, como de *culs-de-lampe* la techumbre de San Juan de Latran, ó las bóvedas de Westminster... Para qué había visto las maravillas del arte sino había de hacerle pitos al Puente del Inca, achicándole sus galas mal construidas. Yo haría mejor que eso, si me pusiera á ello! Y vaya esta jactancia para que se rasquen los aristarcos.

A la música del río, despeñándose,—porque por allí no se usa andar sino á saltos, de roca en preduzco,—á la algazara de las fuentecillas *retrobonas*, como dicen los chilenos de los niños respondones, yo añadí una fuerte acentuacion de compás, disparando el revolver, apuntando á las estalactitas. ¡El efecto era maravilloso! Salían de los huecos hondos á millares las lechuzas y los murciélagos, que

viven al calor de los vapores termales que hacen abrigado el puente por debajo, aun cuando sea por arriba la base de una pirámide de nieve; y luego, despertándose los ecos dormidos del puente y de la montaña, era aquella algazara mejor que el coro de los *Hugonotes*.

Se comió, se charló, se contaron historias de federales de nunca acabar, y al fin fué preciso acabar, y que el sirviente, nuestro primo hermano, se levantase del ángulo de la mesa que había ocupado,—una meseta de piedra ó sulfato,—y recogiese, limpiase y acomodase la vajilla, que eran dos platos y un vaso, todo de la mas fina hoja de lata.

Volvimonos cada uno por nuestro camino, y yo muerto de gusto de haber salvado de los colorados, cuya presencia hubo de hechar á perder la fiesta.

Llegamos á Los Andes, contamos nuestra aventura, seguí camino á Santiago, pues ya estaban llenados los objetos de la pintoresca y afectuosa escursion, cuando recibo carta de mi amigo don Mariano E. de Sarratea, de Valparaiso, en que me dice:—De buena se ha escapado usted. En la noche ó día que usted salió del Puente del Inca, traslomando los Andes para volver á este lado, llegó... ¿quién se imagina?... se la doy en diez... ¡Cuitiño! el mazhorquero Cuitiño, con su escolta de ayudantes y asistentes, que viene tullido de las manos y va al Ecuador á unos baños que tienen fama de eficaces!

Era de quedarse uno pasmado y absorto. Que atravesase uno sin necesidad la Cordillera y se encuentre con una partida de enemigos mortales, no pasa de una borricada; pero que regrese uno de Europa, y Cuitiño viaje trescientas leguas para tener una noche el gusto de dormir en el Puente del Inca con un salvaje unitario, el mas salvaje de aquellos tiempos, al que mas ganas le tenian, es para creer que la bóveda del puente del Inca fué construida expresamente para servir de palio á tan edificante espectáculo. Sin embargo, nada sucedió, por estar en desacuerdo los relojes de la providencia y el destino que se disputan el gobierno del mundo.

Cuitiño llegó sin novedad á Valparaiso, á donde su fama le precedía, ó los argentinos emigrados se la lanzaron como

buscapies; lo cierto es que los niños le gritaban: mazorquero! asesino! degollador! y fué necesaria la intervencion de la policia para que no lo apedreasen.

En Chile la palabra mazorquero ha quedado afecta á un cobrador de deudas dificiles, que persigue como á su sombra á la víctima que se le señala. No es el alguacil de Europa, sino un ente á quien se le ha quedado la vergüenza y á veces embotádosele la sensibilidad por los golpes que ha recibido en el rudo aprendizaje de picaro y despues es una persona honrada, que así paga el diablo á quien le sirve.

Derrotados el General Lavalle en Famailla, el General Acha en San Juan, el General La Madrid en Mendoza, toda esperanza parecia perdida, pues que Oribe con su sangrienta guerra de esterminio, habia recorrido todas las Provincias y encaminaba sus huestes argentinas á pasar el Río, batir á Rivera y poner cerco á Montevideo donde el General Paz y ochocientos argentinos pudieron hacer pie.

Pero la fortuna de la resistencia era el secreto del porvenir, los de Chile, como Fox despues de la batalla de Marengo, habriamos arrollado el mapa de la Confederacion Argentina.

Extendilo desde entonces delante de mí, convencido de que la obra de las armas habia pasado y principiaba la mas fecunda de «las ideas que no habian muerto aun».

Tenia un diario á mi disposicion y el favor del gobierno, que principiaba con la eleccion del General Bulnes. Al regresar á Santiago recibí un cordial mensaje de bienvenida del Ministro Montt, haciéndome decir que sus ofrecimientos de despedida (diez dias antes) eran tan efectivos ahora como entonces, y que me preparase á realizar mis proyectos sobre educacion primaria. La escuela normal, quedaba con esto decretada.

Una palabra debo dedicar á la memoria de esta grande figura de la politica chilena y á cuyos actos estuve, voluntaria y apasionadamente asociado por muchos años.

El que fué el Capitan Sarmiento, muerto en el ataque de las fortalezas de Curupaytí, decia á su madre á la edad de catorce años: Yo voy á ser hombre mas importante que mi papá y lo justificaba diciendo, que su papá habia perdido la mitad de su vida en aprender y la otra mitad

en abrirse paso, mientras que él saldría de la Universidad, etcétera. La madre reprobaba tanta insolencia, el padre admiraba una inteligencia precoz.

Son pocos los hombres que no me hayan puesto ó el codo ó el pie por delante, aun sin proponérselo. ¡Para cuantos que nada saben, soy hasta hoy ignorante! Tres excepciones encontré á esta regla, el doctor Aberastain, el doctor Velez y don Manuel Montt. Recibiómé éste en su gabinete, cuando á fuerza de diligencia pudo descubrir quien era el pretendido *Teniente de Artillería* y me expuso la política liberal moderada, anti-revolucionaria que se proponía seguir y para la que me pedía mi concurso en la prensa.

Veinte años de práctica probaron que era sincero, pues dejó fuertemente constituido el país, introduciendo las libertades constitucionales (morigeradas por estados de sitio frecuentes) y restablecida la rigidez administrativa, que llevó á trabajos forzados y presidio á los infieles funcionarios. Redujo el ejército á una arma de guerra proporcionada al tamaño de la mano del poder civil y murió pacíficamente en su lecho siendo Presidente de la Corte Suprema. Promovido juicio de residencia la calumnia tuvo que enmudecer ante su justificación.

Lo que quiero poner de relieve del carácter de este hombre público, es su tolerancia de las contrariedades que con la libertad y el abuso de la imprenta pude causarle. En materias de educacion y que yo pretendía de mi competencia, cuan omnipotente se mostraba en otros ramos, en éste me confiaba la redaccion casi sin examinarla. Hay un defecto de sintaxis en el *Método Gradual de Lectura*, que al reimprimirlo se ha conservado, por su prohibicion de corregir una tilde en el texto original. Al llegar de Europa dijome ¿cuál es el resultado en dos palabras de su viaje educacional? y sobre esas dos palabras está montado todo el proyecto de educacion primaria que presentó al Congreso. (1)

No sucedía lo mismo en otras cosas. Difería el redactor de *El Mercurio* ó de *El Progreso*, de la política en algun

(1) Esas dos palabras fueron: «rentas propias y edificios propios.»—(N. del E.)

particular; trabábase en polémica con jesuitas encapotados y con el orgulloso Obispo de Santiago, ó atacaba sin descanso al tirano Rosas, hasta apurar las concesiones que la libertad de imprenta arranca. Entonces empezaban los empeños del Presidente para atraer á términos á su protegido no obteniéndolo en muchos casos; pero en todos salvando el sentimiento de la dignidad del débil y cuidando de conservar al escritor esa selvática fiereza del espíritu, que lo hace fuente fecunda de ideas á veces salvadoras.

Esta fué la gran calidad de don Manuel Montt y la que mantuvo la amistad de entre ambos hasta su muerte.

MIS CAMPAÑAS EN CHILE

Las mas gloriosas, las del pensamiento, las del corazon, que agrandan el escenario, evocan las pasadas épocas, los antiguos campos de batalla, trayendo á la parada, quizá á la línea, las grandes figuras históricas, las nobles reputaciones—Chacabuco, Maipo, San Martin, Las Heras, Magallanes y los antiguos Sarmientos.

Esto y mas me cupo en suerte realizar en Chile, y no debo dejar ni oscuros y perdidos en la sombra, los reflejos que de tanta luz cayeron sobre mi persona, ennobleciéndola, de inapercibida y opaca que era.

Perdidas para mi las provincias de Cuyo, puede decirse que llevé al otro lado de los Andes mi base de operaciones.

He pasado y repasado las Cordilleras de los Andes, doce veces por lo menos, de manera de serme familiares la forma eterna de sus picos, las grietas imborrables de sus rocas, el color ceniciento de sus faldas (*Huspa chicta*, cerro de cenizas) sus escasas cascadas, sus estribos, cuestras, faldeos y repechos.

Para mi no existieron los Pirineos. Mi familia paterna, los Sarmiento de Lima, segundones, se establecieron en ambos lados de la Cordillera y conservaron sus relaciones de familia los de Melipilla, despues en Putaendo, y los de San Juan.

Habia estado en Santiago como comerciante en 1827, volviendo como emigrado en 1830 y regresando armado con otros, que emprendíamos una invasion que tuvo éxito,

volviendo á reemigrar en 1831 despues de perdido Mendoza con Videla Castillo. Regresando de nuevo á San Juan, volví á Chile en 1841, despues de la derrota de Lavalle en Algarrobo, y entonces puede decirse, empieza mi carrera pública ó lo que á este respecto sea digno de memoria.

De lo que sobrevino en cada vez que regresé á este lado segun el lenguaje de ambas faldas de los Andes, haré á su tiempo un solo cuadro, como haré de lo ocurrido allende los Andes, una sola página aunque con fechas interrumpidas.

Chile fué largo tiempo en su política é ideas una prolongacion de la política argentina. Se decia en la prensa por Camilo Henriquez por ejemplo, tal cosa se ha hecho en Buenos Aires y esto servía de norma para el partido liberal, hasta en sus excesos.

El ejército por otra parte, era allí como en el resto de la América, despues de la Independencia, una Corte de Apelaciones de los partidos y un motín del ejército corregia inmediatamente los errores del pueblo en las elecciones. En 1832, cansado el pueblo chileno de ser liberal, con el General Pinto, juró ser retrógrado, pelucon y ultra-católico con los ricos, los clérigos y los antiguos godos. Una palabra bastaría para definir el gobierno sobre bases tales, que el poder civil obrase desembarazadamente y libre de la influencia de las armas.

Vamos todavía nosotros camino de Venezuela. Muchos generales; pocos militares.

El gobierno de Portales dió de baja á todo el que no reconociese el triunfo de la reaccion; y sus sucesores gobernaron veinte años, sin dar mas ascensos que los que reclamaba estrictamente el servicio: rarísimos Coroneles, ningun General. En cambio se fundó la escuela militar, todas las familias aristocráticas codiciaron una beca y en cuarenta años á que está lanzando cadetes instruidos en todas las ciencias militares, Chile se ha creado el ejército con que invadió al Perú, gastando poco dinero y empleando bien los misiles. Para el orden interior, una oficialidad educada en ideas de orden y legalidad, acabó con la era de las revoluciones, sin que se les sucedan despotismos militares, como lo han demostrado las fechas posteriores.

En medio de esta obra, y un año despues de la muerte

de Portales, asesinado en un motin militar, el último de su género, llegué á Santiago, salvado por el General Benavides mismo, de la violencia de su propio ejército. Llegado á Santiago, y desesperando de volver luego á este lado, me preparaba á crear en Rancagua un establecimiento de educacion, cuando fui inducido por aquel D. Juan Calle, de Mendoza, á escribir en *El Mercurio*.

Excuso detalles y baste saber que puesto en posicion espectable, de la noche á la mañana, fui solicitado, desde que se dejó conocer el afortunado autor, por el Gobierno y sus opositores, para tomar la defensa de sus partidos respectivos en las próximas elecciones.

Conocí con este motivo al General D. Juan Gregorio de Las Heras que formaba parte de una Comision, y por su intermedio y la reputacion alcanzada, al Almirante Blanco Escalada, que condescendia á veces ser argentino, al menos de nacimiento y era un excelente caballero, preciado de serlo en alto grado. Traté por entonces al Coronel Baraño argentino al servicio de los españoles; á los dos Generales Necochea, y de los de Bolivar, al General Pando, Mosquera y mas tarde á Paez, con quienes me fué posible en mas ó menos años de contacto, hablar sobre detalles de la guerra de la Independencia, y completando con relacion de los unos, los datos suministrados por los otros, en casa del General Las Heras, para dar una muestra de aquellos estudios, escribí un artículo sobre la derrota de Cancha RAYADA y victoria final de nuestras armas en Maipo, estando reunidos para ilustrarme el General Dehesa, el Coronel de la Plaza y el Coronel Baraño, que como he dicho antes, rectificaba, contradiciendo, la exageracion de algunas bravatas patrióticas de los vencedores.

Un detalle curioso cerrará esta página. El Coronel Baraño es un porteño de las Conchas. Entró al servicio del Rey antes de la Revolucion, puesto que ya era Coronel en Maipo y gozaba en Chile de una terrible reputacion. ¡Cosa singular! Su regimiento llevaba uniformes colorados por lo que se llamaban sus soldados «los colorados de Baraño», mientras se sabe que Rosas entró á Buenos Aires en 1820 con los «Colorados de las Conchas». Baraño había conocido á Rosas en casa de la madre de Doña Encarnacion Escurra, de que era tertulio; y á cierta hora llegaba

la madre de aquél muchacho grandote, entrando ella á la sala y pasando el niño á la habitacion de una esclava de color de cuyo trato gustaba. Esto es lo único que sabía de él Barañao.

Había sido tan mal herido en una pierna, que necesitaba de un sirviente para que lo tomase del pie, á fin de marchar con muleta llevándolo hacia adelante, en forma de garabato. Esto no estorbaba que defendiese pleitos, acaso por hacer la guerra, por instintos y propensiones pugnativas.

Tenía la frente fugitiva del indio norteamericano, señal infalible de crueldad, y apenas se irritaba, sus labios tomaban crispaciones que solo he visto despues en el Coronel Sandez. Por lo demas, era un caballero, afable y cariñoso con sus amigos, gozando yo de su amistad hasta salir de Chile.

Su biografía tenía un rasgo curiosísimo y romanesco. Concluída la guerra en América, fué á España, á cuyo ejército pertenecía, y acaso para recompensar sus servicios y darle un retiro honroso como inválido, fué nombrado Gobernador de Filipinas, en donde debió hacer sentir su autoridad largos años y hacerse temer, aunque no con el terror que inspiraba en Chile el anuncio de acercarse los colorados de Barañao á los patriotas de las campañas del Sur.

Una noche solicita con instancia audiencia una velada dama, y cuando estuvo en su augusta presencia, exigió que cerrasen las puertas por necesitar hacer á su Exc. el Capitan General, revelaciones de la mas alta trascendencia. Cuando todo estuvo seguro, la dama misteriosa levantó el velo de súbito, y el terrible Coronel sintió una vez el espanto que tanto había causado á los otros. Era su mujer chilena en cuerpo y alma!

Lo peor del caso es que estaba legitimamente casado con una dama muy principal de Filipinas y tenía una hija que idolatraba. ¡El austero Capitan General, convicto y confeso de bigamia!

No había remedio, sin embargo. La audaz raptora lo había preparado todo; obtenido del Gobierno de Chile su pase, y dispuesto las cosas de modo que el mismo buque que la traía, los llevaría á ambos. Una dificultad se presentaba, la niña.—«Yo la adopto por hija», respondió la

noble matrona, y desde ese momento no se pensó sino en los preparativos de la fuga del Capitan General, y del regreso á Chile, á donde llegaron sin tropiezo, y donde los traté largos años.

La niña casó con un joven Oyuela de Buenos Aires, hermano del General Oyuela, casado en San Juan, y la trajo á Buenos Aires. Solía el marido alguna vez, ir por la calle, con un par de zapatitos tan exiguos, que solo el pie breve de un niño podía calzarlos. Eran para la filipina que los usaba parecidos á los de las damas chinas, sin los tolondrones atrofiados....

AFRICA

Mas debían desenvolver mis ideas el trasladarme en 1846 á la plaza sitiada de Montevideo, camino de Europa, pues desde luego sentí la necesidad, poco sentida entonces sin embargo, de completar ó rectificar las nociones sobre gobierno y constituciones que se nos alcanzan en América, con las que prevalecen en el mundo civilizado. Tuve desde mi partida de Chile por objetivo los Estados Unidos como Escuela, pues en Francia reinaba Luis Felipe y no habia otra república que la federal de América; y el triunfo de las armas de Rosas á nombre de una *titulada* Confederacion, me hacía, sospechar que esa sería, contra la opinion de los unitarios, la forma de gobierno que adoptaríamos. Como no era *esencialmente* unitario por educacion, en manera alguna me repugnaba una federacion *honnête* é ilustrada, pues me había creado entre federales, nobles, instruidos, decentes, honrados y patriotas, como mis tíos los Oro, Don José Tomás Albarracin y mi tío Ignacio hermano de mi padre.

Permanecí de paso en Montevideo mes y medio, familiarizándome con las cuestiones que allí se debatían á cañonazos, recibido con entusiasmo á mi llegada, mientras se publicaba por segunda vez el *Facundo*, objeto de mucho comento entre unitarios, de mucho aplauso entre Comodoros y agentes diplomáticos. Habia sido ya expulsado el General Paz y quedaban en germen los futuros Generales, César Diaz, Mitre, Vedia, Gelly y Obes, Rivas, pues de

Arredondo, se dice que como Barañao, militaba en las filas opuestas.

Mis relaciones se estrecharon con el simpático Cané, con Echeverría el autor de *La Cautiva*, el lindo Capitan... y el Dr. Velez, con quien trabé amistad que duró inalterable, como la de Montt, hasta la hora de la muerte.

Los viejos unitarios poco me solicitaron y solo D. Florencio Varela me recomendó á M. Thiers, ya que el almirante francés me introdujo á M. Saint Georges Ministro en Rio, quien escribió á M. Guizot que haría bien en oír á un argentino que iba de América y podía explicar los orígenes de la guerra civil que desolaba aquel país. Don Manuel Guerrico fué solicitado para ponerse en contacto con el recién venido, porque no habiendo asuntos militares, ni aun en Montevideo en que yo tomase parte por entonces, paso rápidamente y me supongo llegado á Francia y presentado al General San Martín.

En mi discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia, en mis *Viajes* se encuentran recordadas varias conversaciones sobre asuntos históricos de la época de la Independencia y sobre todo la famosa entrevista de Bolívar y San Martín, de que no había una narración auténtica hasta entonces y ha ampliado el General Espejo, después.

En Argel fui á ponerme en contacto con el ejército francés, por uno de esos accidentes felices que ocurren á los viajeros, aunque Napoleón pretendía que la casualidad era hija de algo.

De Prosper Mérimée que se hallaba en Burdeos cuando fui á visitar á mi compañero de viaje Tandonnet, traductor de la vida de Aldao al francés (1) obtuve carta de introducción para el modesto Cónsul de Mallorca, la principal de las Islas Baleares, por donde debía pasar para continuar viaje á Argel, por ver la colonización francesa. Era nada menos que M. Ferdinand de Lesseps, el que más tarde acometería la empresa colosal que fatigó á los Faraones de Egipto, rompiendo el istmo de Suez y haciendo que el

(1) «Fray Felix Aldao—*Esquisses historiques sur l'Amérique du Sud*, par M. D. Sarmiento, traduit de l'espagnol, avec une introduction, par M. Eugène Tandonnet—Bordeaux imprimerie Emile Crugy—1847—un folleto de 43 pags. in 8º.

Mediterráneo y el Mar Rojo abran una nueva página al comercio de la India, creador antes de Tiro, Sidon, Alejandria y Cartago como emporios. Lesseps debia mas tarde intervenir en América á corregir la fatal geografia, que la separa en dos mundos antagónicos, condenado el uno á perpetuar los antiguos errores humanos, como el gobierno arbitrario, el militarismo y el jesuitismo, mientras el otro se pone á la cabeza de la humanidad, en la grande marcha que ilumina la electricidad, como la antorcha que sobre el arca dirigía la marcha de los hebreos á través del desierto.

Despues de pasar tres días con M. Lesseps, dióme carta de introduccion para el Mariscal Bugeaud, Gobernador Militar de la Argelia á la sazón, quien me recibió con distincion sabiendo que viajaba en comision del Gobierno de Chile y habia sido presentado á M. Thiers y á M. Guizot.

Tomo de aquellos viajes lo que corresponde á estos apuntes.

«El Mariscal Bugeaud, Duque D'Isly, por la gran batalla de este nombre, me hizo el honor de explicarme detalladamente su sistema de guerra y administracion. Desde 1830 hasta 1840, la guerra habia sido no solo onerosa sino estéril. El ejército frances con su artillería, bagajes y trenes se avanzaba lentamente hacia el interior, tiroteado de día y de noche por los goums, montoneras árabes que lo circundaban. El ejército regresaba á Argel al aproximarse el invierno y los árabes á ocupar los mismos puntos que antes. El Mariscal Bugeaud, para remediar á la nulidad de este sistema, desembarazó en primer lugar al ejército de artillería, furgones y bagajes, dividiéndolo en columnas separadas que debían prestarse mútuo apoyo, de manera que una comprometida en el interior tuviese dos á su retaguardia como en escalones, y estas cuatro, hasta formar con el ejército un inmenso triángulo á guisa de falanje macedónico, cuya ancha base estaba en dos puntos de la costa. Este sistema de avanzar se llama hacer *una punta*, término que se aplica en Africa á todas las expediciones. Dado el impulso, los Generales subalternos mejoraron el sistema, dividiendo las columnas expedicionarias en dos; una aligerada de todo peso y acompañada de la caballeria, y otra que marchaba en su apoyo, con los viveres, enfermos y bagajes. Así se han hecho *razzias*, nuestros malones, aun

en el Sahara, con grande espanto de los beduinos que se creían fuera del alcance de la infantería francesa. Cuando una montonera árabe se propone hacer frente, la infantería marcha en línea sobre ellos, hasta que en país tan quebrado como este, un accidente del terreno, la proximidad de un desfiladero ó la interposicion de un torrente, fuerza á los árabes á agruparse en un solo punto. Entonces la caballería francesa que viene á retaguardia, se echa sobre ellos, introduce la confusion y la derrota. El Mariscal las llama á estas *batallas ambulantes*; y desenvolviendo sus ideas sobre la nulidad de la caballería árabe, me indicó el pensamiento en que estaba, de montar infantería á mula, para perseguirla hasta el desierto; mostrándose muy maravillado y complacido cuando le aseguré que teníamos en América infantería montada en los países que, como en las Pampas, las montoneras vagaban á su salvo, sin que los ejércitos regulares pudiesen darles alcance. Lo mas notable es que en la Argelia, lo mismo que en la República Argentina, no han faltado Generales que, seducidos por la aparente ventaja que en su movilidad ofrecen las masas de caballería, propusiesen, sin saberlo adoptar, el sistema árabe, resolviendo en caballería todo el ejército. Pero el Mariscal comprendió desde luego que los franceses *parodiarían* mal á los gauchos árabes, que para vencer á un pueblo bárbaro, es preciso conservarse civilizado, adoptando á las localidades los medios de guerra que la ciencia de los pueblos cultos ha desenvuelto.»

Y pasando de Argel á Oran:—«Manda la subdivision de Mascara el General Arnault, joven de treinta y ocho años que habla el español y como el General Lamoricière, verdadero General africano, pues ambos han pisado las playas argelinas con el grado de sub-teniente. Haciendo *razzias* sorprendentes en el Sahara, aturdiendo á los árabes por la fabulosa rapidez de sus marchas, y venciendo dificultades al parecer superiores al esfuerzo humano, estos dos bravos jóvenes han alcanzado las paletas de generales y las cruces que los decoran. El General Arnault me prodigó todas aquellas atenciones que parecen geniales á los franceses. Por invitacion suya una comitiva de oficiales me acompañó á recorrer á caballo la llanura de Eghrees... El General Arnault es el General frances que ha penetrado

mas tierra adentro en el Sahara, contándome las dificultades de su empresa y los medios raros de que se valía para burlar la vigilancia de los árabes y darles caza. Entre otras cosas los baqueanos árabes me llamaron la atención por la singular identidad con los nuestros de la Pampa. Como estos, huelen la tierra para orientarse, gustan las raíces de las yerbas, reconocen los senderos y están atentos á los menores accidentes del suelo, las rocas ó la vegetación. Pero los árabes dejan muy atras á nuestros gauchos en la asombrosa agudeza de sus sentidos. Un árabe, por ejemplo, conversa con otro en el Sahara, mediando entre los interlocutores una distancia de dos leguas; los espías husmean la proximidad del ganado á tres leguas de distancia y como sabuesos siguen por el olfato la dirección de los duales enemigos. Yo ponderé á mi turno la vista de nuestros rastreadores y los conocimientos omni-topográficos de nuestros baqueanos, etc., etc.»

«Debo á la generosa oficiosidad de M. de Lesseps no solo haber sido presentado en Barcelona á Cobden, el famoso agitador del libre cambio, sino al Mariscal Bougeaud, el primer guerrero en actividad que tiene hoy la Europa. Este llevó su oficiosidad hasta darme cartas para el General Lamoricière, Gobernador de Oran y para que se me facilitaran los medios de llevar adelante mi designio, como tambien circulares á las autoridades árabes á fin de que fuese escoltado en el interior y recibido en las tribus, como un recomendado del alto, temido y poderoso Gobernador de la Argelia.» (1)

He transcrito lo que cabe en tres páginas de un libro, de

(1) Hemos hecho traducir del árabe la circular en cuestion que aun obra en nuestro poder y dice:

«La alabanza á Dios solamente!—A todos los oficiales y Generales del ejército, salud!

«El objeto de nuestra misión es decirles que un PERSONAJE ILUSTRE nos ha remitido una carta de recomendación del Excmo. señor Mariscal Bougeaud, que nos pide lo recomendemos y auxiliemos en todo lo que necesite de nosotros, atendándole como es de práctica entre vosotros cuando se trata de personas ilustres que vienen munidas con una carta de recomendación. Es cuanto queremos comunicar. Salud!

«Escrito el 10 de Moharren, correspondiente al 29 de Diciembre de 1846.—El Coronel del ejército árabe de Oran.»—(N. del E.)

conversaciones que duraron tres ó cuatro días con los Generales, que encerrados en el interior del Africa en el círculo que les traza la gerarquía militar, son expansivos con un extranjero, y mucho mas si es militar y les suministra puntos de comparacion. El Mariscal Bugeaud encontraba al fin, decía, uno que lo comprendiese por la similitud de países y condiciones de la guerra; y si doy tanta importancia á estas relaciones que me ha cabido en suerte cultivar con los mas grandes capitanes de América y Europa, San Martin, Bugeaud, Las Heras, Paez, el segundo y á veces el superior de Bolivar, es porque estas conversaciones frecuentes sobre el arte militar, sobre pasadas ó frecuentes campañas, ejercen mayor influencia para la formacion del juicio que la lectura del Jomini, que es la cartilla de la estrategia militar, con reglas teóricas, sin la carnadura de los hechos reales.

Las reminiscencias de estos hechos dejan en el ánimo como un sedimento, que llegada la ocasion se presenta como una idea propia, sino conserva su carácter de enseñanza.

Un solo hecho bastará para explicar mi idea. Oí en Mascara á los oficiales lamentarse de la inactividad á que estaban condenados, no habiendo ni remota esperanza de hacer una punta, ó una razzia sobre los beduinos. El General Arnault me solicitaba á permanecer algunos días mas, con el aspecto de desearlo muy sinceramente y que yo debia atribuir á su excesiva amabilidad. Habiendo regresado á Oran y Argel por el vapor inmediato y de allí á Francia en otro, al desembarcar en Marsella, me leo en el primer diario á mano: «El General Arnault emprendió con la division de Mascara el día de... una entrada al Sahara á castigar la insolencia de una tribu que ha intentado dictarle condiciones.» Era la fecha del día siguiente de mi partida. Aquellas instancias para que permaneciese, pues que le había dicho antes que deseaba ardientemente ocasion de penetrar en el Sahara, eran reales y positivas; pero el temor de comprometer el secreto de la operacion, le impedían, aun con un extranjero, cualquiera que fuese su honorabilidad, ser mas explicito. Cuando jefes y oficiales se lamentaban de su inaccion ignoraban que al día siguiente serían satisfechos sus mas ardientes deseos.

Y bien. La derrota de Lopez Jordan en Corrientes (Ñaenbe) fué efectuada guardando el mas riguroso secreto sobre el envio de fuerzas desde el Paraná y Buenos Aires.

COMBATE DEL 20 DE ABRIL EN SANTIAGO

Nada por entonces, (1847), sobrevino en mi regreso por los Estados Unidos al istmo de Panamá á Chile, que añaadiese en este sentido á las nociones del arte militar que podía atesorar en mis viajes.

Llegado á Chile, volvía á la vida política de aquel país y dar nuevo impulso y organizacion á la guerra contra la tiranía, que en siete años no había podido vencer la resistencia de Montevideo.

Fundóse *La Crónica* y mas tarde *Sud América*, revistas semanales, puramente argentinas y consagradas á dilucidar las grandes cuestiones que se debatian por las armas en el Río de la Plata. Aquellas publicaciones constituyen el programa político, económico y social mas completo que haya podido justificar é impulsar la guerra.—Libre navegacion de los ríos—Constitucion—viabilidad—educacion—inmigracion—dilatacion de fronteras—leyes de tierras—libre cambio—abolicion de aduanas interiores—todo está tratado allí con magisterio; y cuanto han realizado los gobiernos sucesivos, Congresos y Legislaturas despues de la caída de Rosas, es simplemente la ejecucion de aquel vasto programa. Para los que duden bastará recordarles que recién el año pasado se han suprimido en México las aduanas interiores, que la emigracion no penetra ni es solicitada en varias secciones americanas y que la instruccion primaria es todavía un accidente preparatorio de otros estudios.

En 1851 debían hacerse en Chile elecciones de Presidente y el partido liberal que estaba fuera del gobierno se disponía á usar de todos los medios á fin de tomar posesion de la direccion política. La revolucion apareció de nuevo despues de veinte años de estar adormecida.

Una noche, la que precedió al 20 de Abril, recibí á deshora en Yungay aviso de la sublevacion del *Valdivia* batallon que guarnecía á Santiago, á mas del *Buin* que ese dia había cubierto las guardias.

Sin vacilar un momento, me ocupé de preparar su fuerte dotacion de tiros para mi magnifico y certero rifle-revólver de seis tiros, con alcance de trescientas yardas, pues que no era propio ni legal ceñir espada, sin comision ni título del Gobierno. Presenteme armado y á caballo en la Moneda, residencia del Ejecutivo.

No habían los amotinados todavía emprendido operacion alguna. Llegó á poco don Antonio Varas, Ministro del Interior, hombre conocido por su energia y objeto de mucha animadversion de parte de sus adversarios políticos. Llegó enseguida don Manuel Montt quien me dió la mano como de costumbre, pero despues de retirarse volvió y me la tendió de nuevo, y estrechándomela, como para decirme: —comprendo.

Entramos á un salon del Ministerio con D. Antonio Varas y me indicó el pensamiento de lanzar una proclama, ofreciéndole ponerla en circulacion en veinte minutos, pues la imprenta de Belin estaba á un paso. Tan buena voluntad le hizo confiarme la redaccion del papel, y sin hacerme de de rogar, borrhagié algo parecido á esto:

—Conciudadanos! Algunos oficiales del *Valdivia* han faltado á su deber, desconociendo la autoridad del Gobierno; pero están tomadas las medidas, etc. Permaneced tranquilos y tened confianza en la accion del gobierno... Ay! de aquellos que olvidando sus deberes... etc. (1)

(1) Hemos buscado y hallado la proclama de que habla el autor y su texto abona la fidelidad de su memoria. Damos las tres proclamas de ese dia, suponiendo, sin saberlo, que las dos últimas, fuesen como la primera, redactadas por Sarmiento.

(A las ocho de la mañana)

CIUDADANOS! Un motin militar ha estallado esta mañana, apoyado por uno de los batallones á quien estaba confiada la guarda de las leyes i de la seguridad pública. Pero descansad tranquilos, que el Gobierno vela y sabrá cumplir con su deber i confia en que los ciudadanos cumplirán tambien con el suyo.

¡Ay! de aquellos que en estos momentos olviden lo que deben á su patria!

BULNES.

(A las doce del día)

CIUDADANOS! Ha triunfado la causa del orden y las instituciones. El motin que esta mañana ha alarmado á la Capital, se ha sofocado. La tropa de línea, fiel á su deber, i la guardia cívica, que ha llenado completamente el objeto de su institucion salvando el orden público atacado, han escarmentado á los sublevados. Tanto las primeras como la segunda se han hecho acreedoras á la gratitud nacional i han

Cuando el Ministro vió este factum, movió la cabeza,—
—diciendo:— todo está bueno; pero este ¡Ay! me parece
muy duro.

Sentía, en efecto, la responsabilidad; pero al fin solo se
les amenazaba con el rigor de las leyes. Mientras tanto,
yo no rebajaba ni un centavo de la primera parada. Ahí
está todo el valor de la proclama, que no ha de atraerle
al gobierno un amigo; pero que hará mirarse á dos lados
á los jóvenes entusiastas, antes de lanzarse á la calle, y
reunirse á los amotinados. Si la juventud liberal, rica,
aristocrática de Santiago tomaba cartas, no habría habido
oficial que mandase hacer fuego sobre un centenar de ellos.

Habian organizado una Sociedad de la igualdad, disci-
plinada para hacer barra en el Congreso. Dirigia la *claque*
un Diputado Urizar Garfias, hombre de pelo en pecho.
Estaba al frente de la revolucion y del *Valdivia*, otro Dipu-
tado, el Coronel Arteaga; y era casi seguro que los simpa-
tizadores se lanzarian á la accion.

Luis Felipe habia caído teniendo 50.000 hombres en París
y pidiéndole en vano órdenes el Mariscal Bugeaud, por
temor del qué dirán si hacia fuego sobre el pueblo. Cuando
el General Cavaignac fué nombrado Presidente, los revo-

merecido bien de la Patria. ¡Viva la República! Vivan las instituciones esta-
blecidas!

CIUDADANOS! El motin está concluido: el orden público está asegurado. El Go-
bierno i el pueblo velan por la tranquilidad del Estado. ¡Viva la República!

MANUEL BULNES.

(A las tres de la tarde)

CHILENOS!

¡Hé ahí el fruto de las sociedades que propalaban la reforma! Las calles de
Santiago inundadas en la sangre del pueblo son el mejor testimonio de los senti-
mientos depravados de cuatro ambiciosos sin talento ni patriotismo. Habels visto
esa sociedad de la Igualdad sublevada con el coro de los corruptores de toda moral
i un inmenso pueblo que á la par con la guardia civil ha corrido á sofocar el
movimiento sedicioso. Ni un principio proclamado, ni un pretexto, por especioso
que fuese, han tenido los revolucionarios. La ambicion torpe i el deseo de medrar
en el caos i la confusion universal han sido sus únicos móviles. Sangre, riquezas
i poder adquiridos con la punta de las bayonetas, he ahí toda su ambicion, todos
sus propósitos.

CHILENOS! ¡Un puñado de valientes ha restablecido hoy el orden i la subordina-
cion! La patria ha contraído una deuda para todos los que acudieron á los llama-
dos del deber; ella los pagará!

Santiago, Abril 20 de 1851.

lucionarios ultra republicanos lo hallaron tirano, y hubo la insurreccion de Junio de 1848 que costó tres días de combates sofocar, con terrible energia, pues que al fin el gobierno comprendió que no podía estar París á merced de quien quiera que emprendiese barricadas. Un Comandante de artillería guardaba la altura escarpada de Mémilmontant, con cuatro piezas en línea. Aparece al extremo opuesto de la calle la cabeza de una formidable columna de pueblo dirigido por un estado mayor de exaltados fanatizados, al grito de *Allons enfants de la patrie!* El Jefe desciende hasta ponerse al habla y les encarece y ruega que se detengan, que sus deberes de militar son crueles y habría de hacer fuego. Contestanle con otro verso de la *Marsellesa* y la columna de dos cuadras interminable avanza impasible sobre la artillería. A sesenta pasos, el Comandante se pone de rodillas y pide por el amor de Dios que se detengan, que marchan á la muerte... La columna avanza cantando en coro, hasta que el pobre Comandante, volviendo atrás la cara de horror... hace un signo con la espada, y cuatro disparos á metralla hacen suspender el canto, para dar salida al llanto...!

No sé si alcancé á jugar esta última carta. El Ministro firmó con mano segura. Imprimiose en un santiamen. Los repartidores estaban ejercitados en la pronta maniobra de derramar á un tiempo una hoja suelta por toda la ciudad; y como todos estaban en pie desde aclarar, llenos de ansiedad, pedían y se disputaban el boletín que calmaba á las cabezas calientes, ó ponía por obstáculo á la salidas las madres, las esposas ó las hermanas de los exaltados.

Cuando el combate se trabó en la *Cañada*, entre el *Valdivia* y la artillería cuyo cuartel asaltaron, los impavidos repartidores con el valor que hace la gloria del Reporter, andaban entre los combatientes y los curiosos con su ¡Ay! de los que etc.

Resultado: pelearon los soldados como buenos; sin que ningun *futre encolao*, sobrenombre que daban á los mozos los rotos, recibiese una lesion de arma de combate. Al principio le pusieron una bala en la frente al Coronel Arteaga, con lo que la revolucion quedó decapitada, reduciéndose á un oscuro motín de soldados.

El fuego arreciaba, sin embargo, con la circunstancia, de haber silenciado la artillería, pues los revolucionarios no tenían cañones. Súpose luego que se habían levantado en peso los soldados del *Valdivia* las dos piezas sacadas afuera por el Coronel Urrutia, despues de herido su hijo que las mandaba. Afortunadamente los armones habían sido dejados en el cuartel y el Comandante anduvo listo en cerrar la puerta. De aquí el silencio de la artillería.

La Guardia Nacional se había dispersado; y con tan poco auspiciosos síntomas, el Presidente General Bulnes, montó á caballo, mandando cerrar la enorme puerta de la Moneda y coronando el formidable edificio de una cuadra de largo con ochocientos gendarmes, parapetados tras ventanas con barras de dos pulgadas cuadradas, como para guardar la Moneda de todo ataque.

El regimiento de Granaderos á Caballo formaba en la Cañada á cinco cuadras del lugar del combate; y el General, con su Estado Mayor, y dos de sus Ministros y el infrascripto, que ya mostraba su talento para *boletín*, formando parte del grupo.

Viose venir hacia la Moneda, á paso de vencedores, una fuerte columna de infantería, lo que dió motivo para que el Presidente diese la orden de emprender la retirada, dijeron allí que á reunirse con el *Yungay*, que estaba á corta distancia. En esto llegó al galope del frente, el joven D. Juan Pablo Urzúa, que despues ha sido el fundador y feliz administrador del *Ferro Carril*. Con sable en mano, dijo al General Bulnes que venía por orden de su jefe (?) á dar parte de estar todo concluido y sometido el *Valdivia*. El General le contestó con un desmentido, acentuado con una andanada de juramentos.—(Me gustó aquella arma, que alguna vez, manejé con éxito. En San Juan es tradicional el cuento: el día de la llegada del Chacho en que el pavor era tangible!) (1) Insistió Urzúa, se exasperó el

(1) El editor de estas obras, cuan niño era, recuerda como de ayer los incidentes del anuncio de acercarse el Chacho á Cauce, traída por un soldado presa del pavor. La primera medida del Gobernador fué hacerse de algunos soldados seguros que hiciesen centinela en las cuatro esquinas de la plaza de armas con orden de dejar entrar á todos y no permitir la salida á ningun adulto. A la alarma del arrebató de las campanas acudió toda la poblacion y á la fuerza se

General, diciendo que por el contrario, acababa de tener aviso de que el *Valdivia* había tomado el cuartel de artillería.

Cosa rara! Los dos tenían razón! El *Valdivia* había penetrado en el cuartel por una callejuela de atraveso. Vale la pena contarlo, por la rareza del caso.

Como se ha dicho antes, el *Buin* había dado la guarnición del Principal, hospitales, etc., quedando reducido á ochenta hombres. El *Valdivia* sorprendió las guardias y las retuvo prisioneras, sin asociarlas á su crimen, no obstante haber perdido dos mitades, mandadas á tomar posición de los cuarteles de milicias de infantería en que estaba el armamento. Al golpear los oficiales con el pomo de la espada la puerta para hacerse abrir, en dos casos el sargento que estaba detrás les descerrajó un tiro, dejándolos en el sitio y presentándose en la Moneda á ponerse á las órdenes del Gobierno.

El Mayor García, que mandaba el *Buin*, sabiendo lo de la revolución, voló á su cuerpo, y por el Cerro de Santa Lucía, se descolgó en los adentros del cuartel de artillería, teniendo sus ochenta hombres formados y apercebidos al combate; y como es bueno saber lo que pasa afuera, el Mayor se asomó al callejón por una portezuela de servicio, y lo primero que se hecha á la cara son sus soldados del *Buin*, hechos prisioneros en la Guardia del Principal, que los del *Valdivia* tenían arrestados y habían abandonado mientras peleaban, pero teniéndolos á la vista.

El Mayor empezó á llamarlos. Uno se deslizó pegado á la muralla y avanzando de soslayo, siguióle otro, comuni-

organizaron bien que mal batallones. Sarmiento de á caballo, dirigió á la improvisada milicia en cuyos semblantes y actitud era visible el pavor, una alocución fulgurante, cuyas andanadas de palabras militares no son para reproducirse aquí, en que se descollaba el apóstrofe á esos hombres amilanados de no tener atributos masculinos sino los femeninos.... En medio de su discurso y recorriendo las temblorosas filas, oyó la queja de un fidalgo de esos, (reservaremos su nombre en obsequio á sus hijos) que estaba indignado de formar al lado de un negro. Se encara con él, le increpa el haber formado solo por haber caído en la ratonera preparada, mientras el negro era acaso mas digno que él de defender los hogares y lo degrada por cobarde y lo manda preso.

Muchos años despues nos repetía Sarmiento: «Ha sido mi mejor discurso aquel que mas efecto produjo»....

(Véase Vida del Chacho Tomo VII.)—(Nota del Editor).

cose el movimiento á todos, y se colaron así al cuartel de artillería.

Varios soldados del *Valdivia* que vieron entrar soldados por aquella puerta, se dijeron:—han encontrado la buena entrada, en lugar de empeñarse en abrir la puerta cerrada que tendrá una ó dos piezas prontas á darnos los buenos días,—y se reían en sus corbatines de la broma tan graciosa.

Diéronse aviso unos á otros, y tras los primeros, se siguieron los segundos, y á estos medio batallon, hasta llenarse el patiecito y no poder rebullir los soldados.

Entonces el Mayor García, único oficial visible, á pretexto de confusion y un lleno completo, ordenó cerrar la puerta de calle y á los soldados sentarse en cuclillas, para evitar un disparo de casualidad que matase á alguno. Cuando todos estuvieron sentados, y chupando su cigarrillo, les dirigió la palabra, en vía de conversacion á los mas cercanos, diciéndoles:

—Mas vale que las cosas terminen así, sin derramamiento de sangre entre hermanos y cuerpos del mismo ejército.—Han hecho ustedes muy bien en volver á ponerse á las órdenes de sus jefes y dejar á esos calaveras que intentaron la revolucion...

—Pues, si nosotros hemos tomado el cuartel por atras, mientras los otros lo atacan por delante...

—No, hombre, les contestaba el Mayor, si ustedes se han entregado, no queriendo continuar la guerra. ¿No ven al *Buin* que está formado ahí? Está pronto á hacer fuego, como la artillería en el otro patio.

Habían, pues, caído en una trampa que no les tendió. Pero luego tomaron su partido, y con el *Buin*, marcharon á presentarse al Presidente.

La fiesta terminó sin mayor efusion de sangre, y mi rifle de seis tiros que el vulgo tomaba por escopeta y era el precursor del Remington, dió que decir á los vencidos, aunque Lastarria, viéndome días despues, me felicitó, diciéndome en el lenguaje enfático que usábamos:—«Habeis conquistado el 20 de Abril la estimacion de vuestros enemigos. Os creían escritor mercenario. Ese día han visto que donde hacíais correr vuestra tinta, estabais dispuesto á

hacer correr vuestra sangre. Os habeis portado como un bueno. (1)

La verdad es que concluída la jornada abrí asilo en mi casa á los perseguidos, explicándose así porqué el año pasado el General Mitre á su paso por San Juan, la única familia que visitó fué la de una de mis hermanas que lo tuvo escondido en su casa en Santiago, pues el Gobierno se obstinaba en creerlo venido de Valparaiso á tomar parte como militar en la revolucion; lo que no estorbó que lo prendiesen por haber salido de aquel asilo donde estaba con toda seguridad. Hubieron de mandarlo á Chiloe durante el estado de sitio, ó en cambio al Perú, si él lo prefería, con tal que firmase un documento declarando que no volvería á Chile. El negociador de estos tratados negó su asentimiento á esta cláusula, fundándose en que el estado de sitio, si da derechos sobre las personas, no autoriza á juzgar, y por tanto á prejuzgar delitos, y era confesarse delincuente aceptar la pena del destierro. Estas desconfianzas no cesaron; y cuando iba á embarcarse para regresar á Montevideo, el Intendente de Valparaiso, Almirante Blanco Encalada me llamó á su despacho para mos-

(1) Dos testimonios de lo anterior apreciaba Sarmiento haber obtenido, cuando escribía en 1884 sus recuerdos. Eran las siguientes cartas :

... «Supongo que vuestros apuntes militares traerán algun recuerdo del 20 de Abril 1851 en Santiago. El Presidente Bulnes, como que era un valiente general, salió de la Moneda á combatir el motin y vos ibas á su lado, bien montado y con vuestro rifle enhiesto, que el vulgo creía escopeta.

Pasados los tiempos, nos encontramos en la sociedad y entonces os felicité por el 20 de Abril, diciéndo una verdad, cual era que en aquel hecho de armas habiais ganado la estimacion de los liberales, que os habian visto poner vuestra vida en defensa del partido al cual serviais como escritor, os ¿ acordais ?

Os dije tambien que os saludaba como bueno, y no me arrepiento, pues la consecuencia en circunstancias extremas no es común en los hombres, mucho menos en los de la prensa, ni es cómoda la lealtad para las almas de cántaro.

A Dios, mandadme vuestros futuros libros y ved en que otra cosa puedo ayudaros. Vuestro amigo VICTORINO LASTARRÍA.

Santiago, Diciembre 5 de 1883.

Señor Don Domingo F. Sarmiento.

Estimado señor y amigo. Un antiguo amigo de Vd. y mío me ha impuesto del trabajo histórico que Vd. proyecta y de su deseo de obtener un testimonio de un testigo de vista, de la actitud que Vd. asumió en la sublevacion de Valdivia el 20 de Abril de 1851.

Recuerdo perfectamente que fué Vd. uno de los primeros que llegó á la Moneda

trarme la orden de prenderlo que recibía, preguntándome si yo respondía de que realmente se embarcaba.—«Déjeme verlo y le contestaré.» — Vuelto á casa dije á Mitre:— Hombre, porqué no vamos á tomar nuestros pasages, para no pensar mas en ello... — Vamos, contestó; y con los recibos volví á ver á mi excelente amigo, y le dije:— Puede Vd. responder de que se embarca, pues no le sobra el dinero para pagar el pasaje en falso, mostrándole el recibo. El Coronel Paunero se apercibió de estas idas y venidas de ordenanzas de gobierno y solo á bordo supo el Comandante Mitre de la buena que se había escapado.

y que permaneció al lado del General Bulnes en la Cañada en los momentos más críticos. El Presidente con su estado mayor y sus Ministros; el General Gama, á quien proporcionó Vd. caballo, y Vd. ocupaban el frente del regimiento de Granaderos á caballo un puesto en la Cañada, dejando detrás la Moneda, donde estaba colocado en las ventanas todo el cuerpo de policía al mando del Coronel Ramírez.

El combate estaba trabado en el cuartel de artillería en la misma Cañada. No solo yo sino los pocos que aún viven de los que asistieron á esa jornada, recordamos haber visto á Vd. con su rifle-revolver de seis tiros dispuesto á combatir, habiendo manifestado Vd. á los amigos que lo rodearon, que no podía llevar espada, porque era argentino y no chileno.

Recuerdo también, que su encuentro en esta jornada valió á Vd. algunas censuras; pero en cambio se conquistó Vd. con su conducta más respeto y más estimación aun en el partido contrario.

Hay todavía una circunstancia más que me complace en recordar á Vd. y es la abnegación y nobleza con que asiló Vd. á varios perseguidos en su casa de Yungay y en la de sus hermanas en Santiago. Esto sirvió después de tema más que de conversaciones, de admiración por la conducta que Vd. había observado con sus amigos vencidos. Me agradaría insistir más sobre este recuerdo que en aquel tiempo, como todos, aplaudí y admiré, pero prefero concluir renovando á Vd. las consideraciones con que soy de Vd. atento servidor y amigo JOSÉ MARÍA NECOCHEA.

LA ORGANIZACION NACIONAL

CON RAWSON

En estas circunstancias, 1851, la grande cuestion ofrecia ya á la vista señales de resolverse.

Apareció por entonces un panfleto que tuvo el derecho de creerse un mensajero de paz, ofreciendo campo neutral á los combatientes: Argiropolis. Su accion se asemejó á la de aquellas pipas de aceite que arrojadas al mar desde á bordo, no calman las violencias de los vientos, pero aquietan las olas que se estrellaban enfurecidas contra los flancos del buque. Los espíritus se calmaron, los antiguos antagonismos dejaron que los instintos sociales acercasen á los partidos.

M. Bompland, el gran naturalista, llevó un cajon de ejemplares al General Urquiza y lejos de enviarlo á Rosas como lo habia hecho Benavides con el Facundo (1), lo distribuyó á sus jefes.

Y Montevideo no cedía y el Brasil hacia propuestas aceptables de alianza con respecto de las glorias adquiridas.

En este estado de cosas, y cuando el levantamiento del

(1) Conservo en mi poder un ejemplar del Facundo, de la primera edicion, impreso en 1845, en Santiago de Chile con la misma composicion que sirvió á la publicacion del folletin de *El Progreso*, en cuya forma y dia á dia, fué producido aquel admirable panfleto. Dicho ejemplar lleva en la carátula y en acentuada escritura esta inscripcion:

Señor General D. Nazario Benavides, de su compatriota el autor.

Y mas abajo, el Dr. D. José Benjamín Gorostiaga, certifica que ese ejemplar ha sido «tomado de la Biblioteca de D. Juan Manuel Rosas y devuelto al autor.»—(Nota del Editor).

Entre Ríos con Urquiza estaba ya en la atmósfera y se discernía la guerra, como en las nubes y en los rayos crepusculares de la tarde, se presiente la próxima borrasca, ocurrió un hecho de pequeñas dimensiones, que fué como aquellos insignificantes obstáculos que desvian la corriente de los ríos.

Regresaba á San Juan el joven Dr. D. Guillermo Rawson, precedido de la fama de notable en su profesion y de un certificado «de genio» que le habían dado sus maestros, por su asiduidad y talento, y creemos que por dar buenas lecciones que es la prueba del genio para los maestros, pues lo que es á los verdaderos genios, rara vez les pueden embutir una regla de r torica en la cabeza.

El doctor pas  a Chile, ya por conocer aquel país, ya porque all  existía la oficina, la hornalla de un gran movimiento de ideas y la fuente de donde manaba un gran torrente de escritos, revistas, panfletos, periódicos, cartas, etc., etc., y pasó a saludar al que había, en su primera edad, sido compañero de estudio del italiano y reconcentraba ahora la accion y el pensamiento de la lucha contra Rosas del otro lado de los Andes.

Acaso iba buscando orientarse al entrar en la vida pública, si se abría, como todos lo esperaban y presentian, la era de reparacion tan prometida.

La entrevista fué cordial y satisfactoria; pero a la pregunta tan natural—« qu  piensa Vd., hacer por su parte, si el General Urquiza se levanta y declara la guerra a Rosas?»—La respuesta era tan natural como la pregunta.—«Hacer la guerra de este lado. Entrar a la Confederacion en armas.— La guerra! la sangre! Eso no!»

Y el debate duró dos días sobre esta extraña teoría de derrocar tiranías armadas, arraigadas, por otros medios que la violencia; en fin, no hacer la guerra, cuando se ha declarado la guerra.

De esta discusion con el joven médico, resultó acaso mi salvacion personal, pero decididamente una nueva direccion impresa a mi vida, forz ndome a venir a reunirme con Urquiza, cuando la guerra estuvo declarada.

No era la oportunidad de hacer tales objeciones, pues no había aun llegado el caso, ni de presentir riesgos de mal éxito, que el doctorcito no era capaz de calcularlos. Era la

guerra en teoría la que combatía, como si de violar una Constitución se tratara.

Y de que podíamos hacerla eficaz, pasando á este lado sesenta hombres determinados, no había sombra de duda entre gente del arte. Teníamos soldados, cabos y sargentos cumplidos de Granaderos y Cazadores á caballo en el número que deseábamos, á mas de emigrados argentinos ardientes. Comandantes como Aquino, Coroneles como Crisóstomo Alvarez, los dos sacrificados por haber fallado el plan primitivo. No hablo de Paunero ni de Mitre, que aun no estaban afiliados. Armas, en todos los almacenes y dinero, el indispensable.

¿Donde estaba el obstáculo? ¿Benavides? Así es la guerra. Se va derecho al obstáculo.

Desde que el confidente que podía ayudar de este lado, oponía una resistencia de conciencia al parecer, el plan estaba frustrado, pues no se aventuran vidas, poniéndolas á merced de un indiscreto.

Presentóseme por la primera vez y acaso en toda su vivacidad, un fenómeno á que despues me habitué por su frecuencia. En 1851, con quince años mas que este joven, yo había en mis viajes tratádome con los altos personajes que he nombrado, á mas de los ministros de varias naciones, ante quienes iba acreditado como hombre de saber y como tal recibido, había tratado siempre de graves asuntos y habituádome á cierta deferencia que en Chile y en esa época, despues de haber escrito tanto, viajado tanto, se había cambiado en respeto para hombres como el General Las Heras, Dr. Gabriel Ocampo, Aberastain, Domingo de Oro, los Peñas etc., y en general para todos los argentinos, pues al prestigio de cierta capacidad y buenos servicios á la causa, se agregaba lo que no daña, la facultad de ser útil y ayudar á mis compatriotas.

Fué pues, el joven doctor, recién vaciado de las aulas donde habia estudiado medicina, quien me presentó el obstáculo que había de desvirtuar gran parte de mi iniciativa como los resultados de la mayor experiencia de su parte y quien sabe si el mayor saber.

¿De donde podía venirle este sentimiento de suficiencia y el tono de autoridad que daba á sus conceptos? Tratábase de cosas de guerra y hablaba con hombre de mayor

edad, experiencia y antecedentes, colocado sobre él por diez años de vida activa, escritos, viajes y contacto con los hombres mas culminantes.

¿Instruccion? Era médico, educado al principio por los jesuitas, lo que indica falta de libros. En Buenos Aires, durante los veinte años de Rosas, los libros desaparecen de la circulacion; y aun en la Universidad, la enseñanza es limitadísima, como que estaba abandonado á sí mismo cada uno. Alberdi conoció entonces un poco de literatura moderna, con recortes y libros que por el Dr. Quiroga-Rosas fueron á mi poder. No podia alegar competencia propia con sus estudios profesionales, ni nociones de derecho siquiera, porque todo eso era letra muerta, para un joven sin mundo. El primer Story que vió, yo se lo puse en las manos.

¿Experiencia? El Dr. Rawson había salido de Buenos Aires hacía pocos meses y allí el trato social, la experiencia de la vida era reducido á los ¡muera!

¿Ideas? Pertenecía al círculo de Irigoyen, Victorica y muchos jóvenes de entonces, en cuyo contacto no se adquirirían muchas nociones de derechos políticos, ni vendrían impulsos de resistencia. Se sabe cual es la idea de los hombres y de las cosas que nos formamos, segun el lado político en que nos hallamos sentados. La resistencia á Rosas parecia desesperada, imposible y absurda á los que frecuentaban por distraccion Palermo. Urquiza admiraba la grandeza del hombre, aun en armas contra él; y cuando se dijo el 4 de Febrero que la plaza resistiría, se le oyó exclamar alarmado, dirigiéndose á un Jefe unitario:—«Vds. tienen la culpa! Vds. que decían que no tenía partido Rosas!»

Con todo esto, no es posible imaginarse la seguridad de las afirmaciones de aquel doctor, la rapidez de sus réplicas y el tono de superioridad con que las lanzaba, como quien dispara un tiro inerrable, como quien educa é instruye á un principiante. Era sobre guerra la leccion.

Quedé vencido y tristel no estaba habituado á esta contradiccion docente. Para terminar este pueril debate de dos días, me levanté de mi asiento y encarándolo, le dije:—«Doctor, tiene Vd. la inteligencia de un sabio aleman; el corazon sano; pero rotos los brazos» y estrechándoselos por las sangraderas... «Vd. no hará nada en su vida!»...

Esta profecía lo exasperó; pero le repetí:—«Ahora, es Vd. el que dirige la acción de este lado. Yo me pongo á sus órdenes.» Y lo cumplí religiosamente, como se verá luego.

Serenóse con esto. Fué á Valparaiso y Copiapó, desmontando los ánimos, burlándose del descabellado proyecto, aventurando el secreto, segun me lo escribían y jactándose de haberme hecho oír razón.

Volvió á San Juan y puso mano á la obra. Tomó la dirección política de la campaña, que consistía en persuadir, adoctrinar, imbuir, aconsejar á Benavides, cuyo oído decía poseer, y por sistema flojístico, los emolientes, las cataplasmas, ablandar aquella dureza, sin comprometer las partes vitales.

El autor de *Argirópolis*, debía suministrar para *Sud América* que escribía entonces, homilias, peticiones, y todo lo que la Constitución que había de darse mas tarde, aconsejaba.

Si alguno dudare hoy de la verdad histórica de esta jocosa comedia, á que se prestaba el mas trágico actor del gran drama, las pruebas fehacientes las encontrará consignadas, en letras de molde, en aquellos mismos tiempos, gracias á la rara prevision del autor que pensó que un día había de necesitarlas (1).

San Juan, Abril 30 de 1851.

Ayer he recibido su encomienda, sin carta ni señal alguna. (2) Haré de ella el mejor uso compatible con las circunstancias.

La grande obra se trabaja con empeño, y á juicio mio, que estoy mejor instruido que otro alguno, en lo que concierne al elemento que mas de cerca nos rodea (Benavides), el éxito es seguro, infalible. La paciencia perseverante era la virtud de Washington y la única de que él se preciaba. Imitémosle con inteligencia...

Hay amigos entusiastas de V. y de sus principios.

G. RAWSON.

Benavides era propuesto el sujeto de este tratamiento anodino que se adoptaba en vez del quirúrgico del Dr. Sangredo que era el llamado.

(1) Están publicadas en Campaña del Ejército Grande.

(2) Se trata de: *Copia de una representación dirigida á los Gobernadores de las Provincias*, escrita el 3 de Abril y enviada de Chile á las Provincias el 7 de Abril, por conducto del joven Helguera de Tucuman. La circular del General Urquiza es del 1.º de Mayo. (V. del E.)

San Juan Junio 4 de 1851.

No es prudencia fiar al papel sin garantía muchos detalles preciosísimos que quisiera transmitirle respecto de la situación. V. comprenderá, sin embargo cuando yo le aseguré que las cosas marchaban aquí á medida de nuestro deseo. Que luego podré comunicarle resultados positivos los mas favorables. Por ahora importa muchísimo continuar. *rinforzando* la predicacion, inspirando confianza en el éxito, por medio del cultivo prolijo y verídico de los elementos de accion y no cesar en la demostración del derecho.

¿Cómo hiciéramos para obtener aquí el «Sud-América»—(á cordillera cerrada)—en lo sucesivo? V. que es el hombre de los recursos ingeniosos discurra un medio, seguro de que en ello hará un inmenso servicio á su patria.

Su conducta personal, tan importante en la actualidad, debe medirla mucho. Tengo entendido que tanto mas y mejor conozco el estado de cosas aquí, tanto mas me felicito de que la *sublime locura*, no tuviese lugar. Paciencia amigo, y actividad. Un día mas de espera, puede asegurarnos el bien y economizar desgracias.

Adios, pues, muchos son sus amigos aquí.

G. RAWSON.

La *sublime locura* que su sabiduría y clemencia estorbó, era la expedición proyectada, y solo realizable, cuando las circunstancias indicasen la oportunidad.

El insinuante Dr. Rawson tenía con frecuencia conferencias con Benavides, que oia con gusto todo lo que le decía, riéndose debajo del poncho del candor del que contaba con su asentimiento.

Quejábase un vecino del pantano que cortaba el paso á la calle del Posito, y tan lamentable fué la pintura, que Benavides empezó á lamentarse de su desgracia de no tener quien lo sirviese; prometiendo mandar al día siguiente, ¿qué digo mandar? ir él en persona á remediar el mal,—«porque amigo, le decía, mándalo, hácelo y serás bien servido.»—Dicho y hecho. A los quince dias volvía el vecino á casa de gobierno y apenas lo divisaba Benavides exclamaba:—«Ya sé á lo que viene... ah! Jefe de Policía! Este Jefe de Policía!»... Todavía hallé yo el pantano en San Juan.

El Dr. Rawson ha de tener carta mía en que le indicaba desconfiase de tan fáciles asentimientos, no teniendo en poco la astucia de estos hombres, de que se valen á falta de saber, pues así han dominado pueblos enteros manteniéndose en el poder, como Benavides veinte años sin derramar sangre.

Un día le dijo:—«Cierto pues, Doctor! Pero qué hace, pues, este Don Juan Manuel que no nos da una Constitución!»—Y el joven incauto y presumido creyó que ya había tomado el cielo con las manos, é iban á constituir la República aquellas dos palomas santas. Ni á la batalla de Caseros asistió Benavides, tan zorro y solapado y bonachon era.

En Setiembre llegó á San Juan la noticia del pronunciamiento de Urquiza, á quien en el acto bautizó Rosas, «el loco, traidor, salvaje, unitario, Justo José de Urquiza,» ensayando como globillo de prueba en Urquiza el epíteto creado en general por el Fraile Adao, y que debía ser de mi propiedad exclusiva por treinta años mas, gracias á la inteligencia y honradez política de los sabios...

Acertaba á estar reunida la Legislatura y probablemente discutiendo el proyecto de conceder la *suma del poder público* á Rosas. Supongamos que el Dr. Rawson tiene la palabra y seguro de la bonachonería de Benavides, con quien ha estado en pláticas doctrinales esa mismo tarde y exponía acaso las virtudes patrióticas del autor del proyecto... cuando un inusitado tropel de caballos hace irrupcion en el sagrado recinto y rematándolos los ebrios ginetes á la puerta del Capitolio, como los jóvenes pelicaros en Atenas. Iban al mando del Coronel Diaz, y gritan á una: ¡Muera el loco, traidor, salvaje unitario, Justo José Urquiza! Mue- ran los salvajes de la Legislatura!—Y la banda de cornetas confirmó el aserto, taradeándoles un ¡Á DEGÜELLO! que el Doctor sublime no conocía, pero que yo había oido muchas veces, para hacer locuras, cuando de locuras como la libertad se trata.

Habría que confiar á otra pluma que la nuestra describir la escena que siguió en el interior de la sala. El Presidente que se mete debajo de la mesa, el orador que se traga el resto del discurso para que no lo comprometa como prueba de conviccion y salta por una ventana!

Entonces y muy mohino, el doctor de la guerra pacífica, el de la caída de tiranos, rogándoles que caigan por amor de Dios, que ya se oscurece... nos escribía la siguiente carta, *honteux comme un renard q'une poule aurait pris...*

San Juan, Septiembre 21 de 1854.

No tengo plena fe en el conductor de esta. Escuse por tanto mis reticencias* Vd. sabrá lo que ha pasado entre nosotros y como las mas fundadas esperanzas quedaron eludidas. Ahora no nos queda otra cosa que la luz del Oriente *Ab oriente lux!* (Urquiza)—Vd. debe saber tambien la historia de su enviado de Julio. Las cartas fueron entregadas cobardemente á Benavides, excepto una de 8 de Julio que yo he visto. Los periódicos, porque supongo que el cajon los contendría, están en poder de Benavides, todavía sin abrirlo, por temor de que, como de la caja de Pandora salgan todos los diablos malos á visitar nuestra Provincia. Por lo demas el compromiso, como suele llamarse, no me hace temblar, n será este un inconveniente para que yo preste á la patria cualquier género de servicio, aun con positivo riesgo de la vida.

Salud, esperanza y valor.

G. RAWSON.

Mientras tanto, y estando tan dispuesto á correr riesgo *positivo* de la vida, mi doctor firmaba el siguiente edificante documento que se halla *in extenso* en el Archivo Americano núm. 28, pág. 144.

considerando etc., etc.

Art. 1º. La Provincia de San Juan considerando que los actos y procedimientos del salvaje unitario, loco, traidor Urquiza contra la Confederacion y su Jefe supremo, lo mismo que su infame alianza con el Gobierno brasilero, son actos de traicion á la patria.

TADEO ROJO. — GUILLERMO RAWSON. — MARCOS ROJO (tío). — FRANKLIN RAWSON (hermano). Son cuatro de la casa y siguen ocho mas.

No fué sino de diputado y despues de la cosecha al dicho Oriente, dejándose estar muy fresco al lado de la blanda tirania de Benavides que no perseguía á nadie, que no se necesitaba mucho coraje para ser zonzo en San Juan.

Vime forzado yo, no él, ir á la Meca á buscar la luz.

Pero lo repito, el Coronel Aquino que me acompañó, y el bravo Sargento de Granaderos á caballo que pereció asesinado con él, hubieran acaso muerto gloriosamente peleando en la campaña que debimos emprender, y aquel por entonces mediquillo pretencioso impidió, hay de ello 33 años, con su falta de respeto á los años, la posicion y la experiencia, con achaque de que no habíamos estudiado obstetricia.

Se ha presentado aquí por la familia, la carta que recibió el Coronel Alvarez llamándolo, y su contestacion afir-

mativa de ponerse á mis órdenes. He aquí la carta de Alvarez:—

Lima, Agosto 10 de 1851.

He recibido su carta del 9 de Julio! y le diré que ha dado un gran gusto al anunciarme que se trata de hacerle la guerra, por esa vía, al tirano de nuestra patria. Mis deseos son y serán siempre estar en accion contra el tirano que nos oprime, así es que siempre debió Vd. contar con *mi vida* y mi brazo para ese fin...

CRISÓSTOMO ALVAREZ.

Junio 27 de 1851.

Esta parte del plan se ejecutó, muriendo en la demanda el Sandes argentino, por exceso, por demencia de valor, empeñado en rendir él solo, un batallon de infanteria.

En «Campaña del Ejército Grande» hallará el lector la honrosa carta del General Paz de que extracto este párrafo.

Junio 25 de 1851.

Es de creer que un general tan experimentado, como el general Urquiza, haya provisto á la seguridad del Entre-Rios, durante esta corta ausencia. Luego que se desocupe de la Banda Oriental, piensa contraer su atencion á la otra parte del Paraná, entonces creo que será el tiempo de que se pronuncien las Provincias del Interior... Quiera Vd. guardar mucha reserva con respecto de este dato que acabo de suministrarle.

JOSÉ MARÍA PAZ.

Tal era de impracticable la *sublime locura* cuya realizacion estorbó el consentimiento médico y que tenía tan altas aprobaciones. Sesenta soldados de línea chilenos á escoger en Santiago, doscientos argentinos que mandaba don Pablo Videla, jefes como aquel y Aquino y Alvarez, las dos mas brillantes espadas de la caballeria argentina y la influencia y prestigio del *leader* de la reaccion de aquel lado contra Rosas, fueron malogrados por intervencion de espíritus que, educados bajo la atmósfera y en el *entourage* de Rosas, habían perdido toda espontaneidad.

¿Habría ocurrido otra serie de hechos, si la expedicion argentina hubiese pasado en Enero de 1852?—¿Habría sido derrotada?—¿Por Benavides?

El Coronel Sarmiento estuvo un año despues en San Juan, lo gobernó algunos años mas tarde, con el presupuesto y la administracion de Benavides y Diaz; y pudo

juzgar venciéndolos, de sus pobres elementos, no obstante que es el que mas justicia hizo siempre de ciertas cualidades militares del caudillo.

Tenia ademas muchos amigos y contaba con un prestigio que hoy sería difícil imaginar. (1)

Por lo que á mi respecta, aquella indiscrecion ha debido serme benéfica, estorbando que siguiese el estrecho círculo de afecciones locales del provinciano que nunca había venido á Buenos Aires, forzándome á venir al Río de la Plata, á juntarme con personas tan desconocidas para mi como el General Urquiza del Entre Ríos y con quien ningun vínculo de simpatía podía unirnos, puesto que él había sido el brazo derecho de Rosas durante largo tiempo.

Era, pues, una aventura, que resultó feliz, la traslacion del teatro de accion. La otra era lo natural, aunque de menos consecuencia. ¿No debía la emigracion chilena, otra cosa que palabras á las Provincias de que eran oriundos la mayor parte de los emigrados? Urquiza mismo me lo echó en cara en el Rosario, diciendo que había la prensa estado «chillando» diez años en Chile, sin destruir el poder de Rosas.

Como se ha visto, mía no fué la culpa, sin que haya podido culparse de indiferencia al resto de la emigracion, porque me consta, estaban los militares listos á ceñir de nuevo la espada y los ciudadanos prontos á suministrar recursos.

El soplo helado que resfrió los ánimos, vino de afuera, y de esa generacion criada al lado del tirano, habituada á la inaccion, con la conciencia del derecho embotada con el

(1) Las cartas de Alvarez, Rawson, Sarratea, Paz, Urquiza, en que se fundan estos juicios, fueron publicados por el Teniente Coronel Sarmiento en Río de Janeiro, meses despues de Caseros y corren impresas en folleto separado, que despues se colocó en Chile al frente de *Campaña del Ejército Grande*, precedido todo de la carta al general Ramirez que abria la campaña. Tenia el autor, como se ve mucho interés en salvar del olvido aquellos documentos, que un día llamaría á dar testimonio de sus actos y planes militares.

Treinta años despues, el lector puede juzgar de los hechos y de los hombres. El doctor que siendo Ministro del Interior, osaba aconsejar al Gobernador de San Juan no derramase sangre, puede ver ahora por estos hechos históricos, como la hizo derramar él á torrentes, por la pueril vanidad del colegial. (Nota del Autor).

espectáculo diario de su violacion. No queda indignacion en tales almas!

Pero debo agregar mas. Aquella situacion hibrida creada á San Juan por la anormal filantropía ó pedantería de un presuntuoso, anticipándole un triunfo sin combate al caudillejo, debió influir en la serie de sucesos posteriores.

Muerto el Coronel Alvarez, en esfuerzos aislados y abandonado á si mismo, todavía hubo tiempo para el Coronel don Pablo Videla de ir á morir en San Juan en la Rinconada, de fatal recordacion, con ciento veinte jóvenes sanjuaninos, sacrificados ante la necesidad de reparar los estragos causados por la violacion de las leyes de las fuerzas en choque, que dejó á Benavides en su puesto, contra la evolucion obrada en Caseros, é hizo víctimas á mas de aquellos jefes, á Benavides mismo, á los Virasoro, á Aberastain, á Godoy, á tantos otros. Porque tales sistemas anodinos en política, traen los abcesos que se llaman las Rinconadas, los Corrales, etc., tragedias en que acaban siempre estas comedias de paz, cuando la guerra es el juez del litis, porque no puede evitarse.

Queda por saber ahora, cual habría sido la influencia moral de la participacion de las provincias del interior, en procurarse por su propio esfuerzo la libertad, si los argentinos de Chile hubieran podido, pasando la Cordillera con un núcleo de fuerza y un arrogante cuadro de jefes y oficiales de línea, servido de apoyo á los patriotas que abundaban y á los pueblos en masa, cansados de treinta años de barbarie y de tiranía.

Los extravíos de Urquiza provinieron de esa falta de contrapeso á su poder. Todas las provincias permanecieron inermes, de manera que él tuvo que buscar el apoyo del mismo Benavides, para extender su accion al interior, y los pueblos entregarse á discrecion á la política del vencedor, excepto San Juan, donde Rawson inició demasiado tarde, y con el agua al cuello, la política de resistencia que puso á San Juan fuera de la ley, acabando por hacer perecer á Benavides y matar á tantos en represalia. Si yo hubiese hecho con Aquino, Alvarez y cien veteranos la

proyectada campaña, de seguro que no habrían muerto tantos de uno y otro bando.

Dios guardó al doctor Rawson para mejores cosas. Pero el diagnóstico del Yungay se cumplió. No hizo nada en toda su carrera política, sino es estorbar buenas iniciativas.

Desde entonces tuve al doctor Rawson, poniéndoseme por delante siempre, sin que jamás haya sabido porqué.

Para la campaña de Caseros, Rawson permaneció en San Juan, donde, como ya hemos visto, no había riesgo de perder la vida, pues Benavides no hacía caso de sonseras. Cayó Rosas, y fué convocado el pueblo á elecciones de Diputados al Congreso constituyente. Sarmiento se hallaba de regreso en Chile y guardaba silencio, ni aun Alberdi había roto las hostilidades. Sarmiento era para sus compatriotas, hasta entonces, un mito. Había trabajado diez años en demoler la tiranía de Rosas; había resucitado la palabra Congreso, había preparado hasta la materia de sus discusiones.—«Hace usted inmenso bien, le escribía el «General Paz, tratando cuestiones de que han huido «nuestros escritores, á pretexto de no suscitar animosidades provinciales, que si existen es porque ellos no han «sabido ilustrar á los pueblos. Le ruego, pues, y lo conjuro, á que continúe escribiendo. Su Argirópolis es un «pensamiento grande, patriótico... No es menos patriótica «la idea de extender el frente (fluvial) de la República...» etc.

El pueblo está convocado; van á elegir Diputados y los votos llueven por Sarmiento. Un joven está cerca de las mesas y dice á cada uno que se acerca:—«¡Es una imprudencia! Sarmiento está mal con el General Urquiza y éste ha de tener á mal que lo nombren.»—D. Ruperto Godoy, anciano, presente, le replica:—«¡Tiene Vd. coraje de oponerse al nombramiento de Sarmiento!...»

Sarmiento es nombrado casi por unanimidad; pero Benavides no proclama el nombramiento. Se hacen nuevas elecciones mas tarde y el Dr. Rawson sale nombrado en su lugar y Sarmiento, que se sentía Diputado hacia dos

años, tiene que esperar *veinte* años para obtener un asiento en el Congreso!

Después de Cepeda, tras de las ruinas y la serie de violencias de que había sido víctima la Provincia de San Juan durante diez años sin intermision, como si la Constitucion hubiese sido una túnica de Dejanira, mandada por una venganza atroz, á causa de la parte que habían tomado algunos de sus hijos en la caída de la tirania, llegó á San Juan y fué recibido con aclamaciones de júbilo el que salió joven Sarmiento y volvía un viejo cuyo espíritu, por la prensa, la tribuna ó la guerra, nunca estuvo, sin embargo, fuera del estrecho, oscuro y pobre recinto de su provincia.

Es escusado decir que fué aclamado Gobernador, destino que, dadas las necesidades especiales de hombres que han vivido largos años consagrados á la gestion de la cosa pública, á la discusion de las grandes cuestiones sociales, en grandes centros de poblacion, con el bullicio y los goces de las capitales, no habría tentado á muchos, creyendo descender de posiciones conquistadas. Había sin embargo, perspectivas que entraban á completar una grande obra comenzada, para quien no tuviese á menos solicitar un departamento de escuelas, á fin de poder hacer dar un paso en la organizacion de la futura República. ¿Habría gobiernos en aquella Confederacion en que el Presidente se había ocupado exclusivamente en estorbarles toda accion propia, si no estaban subordinados á algunos de sus agentes personales? Después de haber borrado de la Constitucion, mucho de lo que á esta coaccion concurría, ¿no valdria la pena de ofrecer en la práctica la sencilla armonía de poderes nacionales y provinciales, cada uno obrando en su legítima esfera? Y luego, ¿no hay una deuda, contraída y que una vez ha de pagarse, para con aquellos que sin tener estímulos ni recompensas que ofrecer, reclamando como propias, experiencia, ideas, nociones adquiridas por los suyos, que los grandes centros les arrebataran? Tres años inmolados honrosamente pasan luego y dejan una satisfaccion, sin tal puede obtenerse, la de intentar el bien.

Bien pronto habían de ponerse en-cuestion todas aquellas esperanzas.

El año 1863 se abrió bajo los mas siniestros auspicios. San Juan se encontraba encerrado entre la Rioja, el oeste

y norte de San Luis sublevados por el Chacho, Mendoza amenazada al sur por Clavero, el levantamiento de las Lagunas y Mogna; no mas seguro de los departamentos rurales contiguos á la ciudad y suburbios, y encerrando en la ciudad misma el personal de jefes y oficiales de Benavides cuyos compañeros en Chile ó en las filas del Chacho estimulaban la rebelion que ellos podrian secundar prestando á la montonera el auxilio de alguna práctica militar ó encabezar un movimiendo en San Juan mismo, así que un batalloncito de línea saliese á campaña, reclamado de todas partes para contener el incendio, cuyas llamas asomaban por todos los puntos del horizonte. Habia que resistir á todo trance.

Todas las Provincias del interior se pusieron en armas espontáneamente. Los gobiernos de cuatro provincias declararon el estado de sitio á fin de apoderarse de los cabecillas conocidos que podrian dar apoyo á la insurreccion ó acaudillar insurrecciones.

En este estado de fermentacion en el interior, Rawson Ministro del Interior, escribia al Gobernador de San Juan: —Marzo 12— «*Vamos navegando por un mar de rosas. Viviremos tranquilos. Progresaremos. Vd. se contentaria con que viviesemos tranquilos; pero eso es contentarse con poco*».

El mismo Ministro daba publicidad en los diarios de Buenos Aires á una circular en que declaraba abusivo el proceder de los Gobernadores que hacian uso del estado de sitio en caso de invasion ó insurreccion, por ser facultad, segun pretendia, reservada exclusivamente al Gobierno federal.

La publicidad dada al acto mostraba que el Poder Ejecutivo deseaba que no solo los gobiernos á quienes se dirigia conociesen sus sentimientos, sino que ademas ejerciesen su influencia sobre los partidos ó individuos á quienes pudiese afectar el estado de sitio. Navegando él en «*mar de rosas*», parecia creer que estábamos nosotros á la noche y no habiendo corrido peligro en su vida, podia imaginarse que una invasion victoriosa de aquellos bárbaros, se resolviera en figuras de contradanza.

La facultad de declarar en estado de sitio, ó en asamblea, ó de suspender el *habeas corpus* en los momentos de peligro, es inherente al gobierno, cualquiera que sea su forma. Ne-

garles á los gobiernos de Provincia tal facultad era simplemente poner en duda que fuesen tales gobiernos y un conato de declararlos simples *tenencias* emanadas de una autoridad superior. Al constituirse, empero, el gobierno nacional, compuesto de facultades delegadas, las provincias le delegaron el poder de proveer á su propia seguridad y al ejercicio de la Constitucion; pero como los gobiernos provinciales no son autoridades creadas por la Constitucion nacional, quedó en ellas retenida la facultad de todo gobierno para precaverse contra la insurreccion ó la invasion. (1)

Pero aun cuando fuese un exagerado celo en favor de las facultades nacionales, el que hubiese llevado al Ministro á reclamarlas, nunca quedaría justificado á los ojos de una política prudente, el momento inoportuno en que se hacía, pues que la guerra ardía en cinco provincias y la insurreccion reaparecía apenas sofocada.

El efecto de política tan inconsiderada, no se hizo esperar. A las dificultades de la situacion de aquellas lejanas ciudades, se añadía el peligro de destruir, enervar, desmoralizar el poder moral de los gobiernos amenazados en su existencia por enemigos semi-bárbaros, con una condenacion que les quitaba toda autoridad. Apenas conocida en Córdoba la circular, estalló un motín de cuartel (el 11 de Junio), que abrió las puertas al Chacho; muchos años de espantoso desquicio costó á Córdoba la declaracion ultra-liberalota. En cuanto á San Juan, he contado en la vida del Chacho, las peripecias porque pasamos, hallándonos un día casi atados de pies y manos en presencia de la montonera, sin recursos; porque las circulares habían destruido en el gobierno toda autoridad, en el gobernador toda influencia y respeto, y no le era posible allegar fondos siquiera en presencia de declaraciones del gobierno nacional que lo responsabilizaban por toda erogacion ó perjuicio causado por el estado de sitio. Nos salvamos á uña de buen caballo.

No se contuvo en eso el gobierno nacional. Hizo enseguida esta extraña declaracion:

(1) Debe notarse aquí que siempre sostuvo el autor esta doctrina y que siendo Presidente; no hizo observacion alguna á que el Gobernador de Santa Fé declarase por sí el estado de sitio durante la rebellion de Jordan. — Véase el tomo XXXI.

(Nota del Editor.)

«—El pensamiento es hacer penetrar hondamente en la conciencia del pueblo que el gobierno nacional se abstendrá de hacer uso de este medio de gobierno (el estado de sitio) y que solo lo empleará en circunstancias muy extraordinarias y extremas porque considera que ni es indispensable para gobernar, ni superior á los medios ordinarios del gobierno que la constitucion ha puesto en sus manos para garantir eficazmente el orden y las libertades públicas, sin necesidad de atacar ó suspender esas mismas libertades ».

Como se ve, no solo era el medio vituperable para las Legislaturas provinciales, sino que la cosa lo era en esencia y en la Constitucion federal, de cuya facultad no haría uso sino en el mayor extremo. Lo que no impidió un poco mas tarde, al mismo gobierno, mejor aleccionado sin duda, declarar el estado de sitio en todo el territorio de la República.

Los Estados Unidos, como todos los gobiernos de la tierra, al darse una Constitucion, insertaron en ella el privilegio, sin imaginarse, es verdad, que había luego de presentarse en la tierra un pueblo que tiene en su lengua la palabra *chiripá*, *caudillo*, *mazorca*, *montonera*, que pretendería hacer dar un paso mas á la humanidad en cuanto á garantías de la libertad personal, reclamándola aun en caso de insurreccion, para Chacho, Potrillo, Clavero, el Flaco de los Berros, Chumbita, Guayama, el Rubio de las Toscas y los Lores del desierto sus secuaces y paniaguados que sostuvieron treinta años y pretendian ahora revindicar con Rosas, que la mejor constitucion es el cuchillo aplicado á las gargantas por el bárbaro rudo de las campañas, ó las clases bajas ignorantes organizadas en bandas armadas.

Todo ese fárrago de declaraciones oficiales que nos hacia decir, que sería preciso ir un día á buscar en la basura de las calles, los pedazos del poder ejecutivo que los gobernantes arrojaban, han tenido por efecto destruir las provincias en su carácter propio y autoridad.

Perdidas las Provincias, la nacion constituída es una quimera. Otros luego nos lo han hecho ver bien claro.

Pasemos esa época y esas pequeñas rivalidades que persiguen á un hombre honrado, aun hasta el oscuro rincon á donde se aleja para no ser obstáculo á nuevos intereses

y capacidades. ¿Creerá el lector que ese Gobierno nacional tuvo la insolencia de ajarme hasta en manejo de fondos haciéndome responsable de caballadas que se suponía habían quedado en San Juan, y fué preciso justificarse largamente, en sustitucion de los jefes nacionales que debían dar cuentas?

Pero pasemos, demos una vuelta al caleidoscopio y presenciaremos algunas otras de las majaderías del doctor Rawson.

Durante la presidencia, lo tenía en el Congreso, para oír su voz meliflua, su acento lloriqueante, interpelando en cualquier ocasion sus acusaciones contra el Presidente Sarmiento, como el vendedor de lana tramposo que echa piedras en el fardo, para que pesen, en lugar de la lana que escamotea. El amigo Rawson tomaba todo asunto como bueno para introducir de nuevo su acusacion sempiterna y no bastaba que la cosa fuese agena al debate, para que se le oyese sus lamentaciones y jeremiadas sobre el número de veces que Sarmiento había violado la Constitucion.

Es requisito esencial de toda acusacion oír al reo en su defensa; pero nuestro orador liberal metía sus quejumbrosas acusaciones entre plantas y flores, en vía de disgresion, cerrada la puerta á su victima para toda defensa, pues no tenía ocasion, ni ante quien decir que todo lo que decía y todo lo que dirá en adelante es obra del despecho y de la rabia impotente.

Recordarán ustedes el interrogatorio de una anciana aristócrata durante el Terror en París.—Diga su nombre y cualidades.—Soy sorda.—Actuario, ponga que confiesa que conspira sordamente!... Pues así se produjo la acusacion, contra todas las formas, y no faltando qué mas pero ponerle, lo ataca por estar sordo como una tapia, declarando que había conspirado *sordamente* contra la higiene y la salud públicas, haciendo un paseo para el pueblo en el lugar en que él se había paseado largos años con sus amigos y camaradas de colegio, Irigoyen, Victorica y compañía. Ni los árboles habían de crecer en Palermo, á juicio del higienista Rawson, si se le dejara á tan grande malvado Sarmiento la gloria de dotar á una ciudad de su corona de flores, antes que tuviese que costarle sendos millones.

Las actas parlamentarias están ahí para dar testimonio de tanta bajeza.

Al fin en el año 1875, miembro del Senado, Rawson lo había desertado y solo lo reconoció al efecto de *caerme encima*, como yo lo hice caer al Chacho en Caucete, anunciando al ingeniero Moneta, que Sarmiento iba á oír esta vez lo que en su vida había oído. Durmióseme tres días para hilar una diatriba en la forma mas escandalosa y jamás oída en un Parlamento, tomando la palabra despues de rechazado el proyecto en discusion y no siendo permitido el debate, para descargarse en argumentos «*ad hominem*», contra el literato que dijo *irregular* de un acto feo pero legitimo de guerra, contra el encargado de la guerra, contra el Gobernador de San Juan, contra el Ministro en Washington, produciendo una nota impresa (á traicion), contra el Presidente de la República que no puede ser juzgado sino por acusacion en forma de la otra Cámara. (1)

El reo de tantos delitos probó con las instrucciones recibidas del ministerio, de que Rawson formaba parte, que el Gobierno nacional mandó ejecutar al Chacho con fuerzas á sus órdenes y no del jefe sin nombre de la defensa y pudiera, sino respetase tanto el derecho parlamentario, haberle dicho que Sarmiento se separó del General Urquiza, abandonando de nuevo su patria reconquistada, por no aceptar cosas de menos valor, mientras que Rawson se fué á participar á su sombra de su poder, y fué Vice Presidente de su Congreso. Y como no entiende todavía lo que es la represalia en la guerra á muerte, es decir *irregular*, todavía ha de estar creyendo que aquella diatriba de tres días, no basta para deshorrar al Senador que al día siguiente se fué para Europa, sin permiso del Senado y

(1) Véase los debates del asunto amnistía, tomo XIX, pág. 208.—El autor se refiere á una nota enviada desde Estados Unidos como Ministro diplomático sobre las ideas prevalentes en aquel país con respecto á impuestos nacionales—(ideas de donde han emanado los actuales impuestos internos)—nota que fué publicada en hoja suelta por el gobierno de que Rawson era Ministro y presentada en aquel debate como prueba de las violaciones de la Constitución por Sarmiento. Dicha nota, que no pasa de una informacion á su gobierno, la hemos publicado en el tomo XXXIII, pág. 31. (N. del E.)

refregándose por los hocicos, como ha de ignorar siempre que su discurso fué simplemente un atentado parlamentario sin ejemplo sino en la Convencion francesa, cuando se mandaban unos á otros á la guillotina.

Se fué, pues, á Europa, sin venia ni permiso del Senado, enviándole solo una nota insolente. Sarmiento nada pidió contra ese desacato y queriéndosele incorporar á la Comision que debía informar, se excusó alegando los ataques de que había sido víctima. Un amigo suyo y partidario, halló solucion, entre la dignidad del Senado vejada y el insolente tráfuga. Se pidió sobre tablas que se archivase sin resolucion la nota y así se hizo y ahí está ad perpetuam rei memoriam.

Su último acto público ha sido repetir textualmente las palabras de la reina María de Escocia á su servidumbre. —«Nunca hubo mujer mas amada que yo.»—El doctor dijo á sus discípulos lo mismo, sin mas diferencia que aquella los decia al regalar sus joyas para subir al cadalso, y este para recibir una pension como médico, terreno en que no he entrado ni aun para curarme de mi falta de dolencias, pero si fuese tan acertado con sus enfermos como lo fué conmigo, administrándome aquel brebaje con estriquina de su única arenga famosa y su canto del cisne, todo enfermo está seguro en sus manos, sino hace algun desarreglo como yo cuatro é seis años despues, y cuando los años aconsejan la prudencia, como aquel imberbe aconsejaba para desarraigar tiranos.

Apliquemos las grandes faces históricas á las pequeñas cosas nuestras.

Uno se siente ser algo por comparacion y solo así se puede vivir en este mundo estrecho, en este país secundario, en este cuerpo caduco.

Cuando murió Alejandro, sus generales se repartieron el imperio del mundo asiático, que tan vasto era, que podía satisfacer una ambicion honrada como la de Parmenion, quien como dijera: «si yo fuera Alejandro, haría tal cosa.» —«eso haría yo, le contestaba el héroe macedonio, si fuera Parmenion.»

Despues de caido el Dario argentino, Rosas, y sin haber muerto el Alejandro, (perdone el lector la excesiva modestia), de la lucha contra la tiranía, se repartieron, Alberdi

y mas tarde otros, las provincias del imperio, cual Tolomeo se apoderó del rico Egipto y cual Seleuco de otras provincias. Pero ha llegado el momento de ajustar cuentas, y nos vienen trayendo uno en pos de otro estos reos de lesa-historia, que se revisten como el grajo de lo ageno, y ni siquiera saben aprovechar el despojo, pues que, con plumas ó sin ellas, andan ya viejos, dándose tumbos en busca como Paturot de una posicion social.

Don Tadeo Rojo (1) saca á luz al doctor Rawson que se desahogó tres mortales días en el Senado, para acabar de demoler los últimos restos de lo que quedaba de buen nombre á un su compatriota, lo que fué contestado sin revancha y hasta donde alcanza el derecho de propia defensa y las reglas parlamentarias.

Ahora, no se contentan con deprimir á otros, sino que van hasta sustituirlos y borrarlos de la pizarra. ¡Alto ahí!

El articulista nos muestra que si el doctor Rawson tiene ojos, es para contemplar la República Argentina y si los cuida de que no se encogezcan, es por puro amor á la patria. El exordio hecho á una carta, es una pieza digna del maestro de Alejandro el Grande, conquistador del Oriente.

«El Dr. D. Guillermo Rawson es una de nuestras glorias, como inteligencia superior, como hombre de ciencia y como político de la escuela de la libertad, realizada por una conciencia austera y un carácter elevado que antepone el interes público al interes privado.

«El ha retardado lo mas posible esta operacion, á fin de gastar en el estudio de la ciencia, las últimas vibraciones de la luz que iluminan su retina para guardar sus resplandores en el fondo de su alma, en prevision de que pudiere perder la vista para siempre.»

Todo esto se traduce al castellano, diciendo que espere que maduren las cataratas, para hacerlas abatir, segun lo exigen los médicos.

¡Qué gana de bordar idilios en la tela mas prosáica, como aquellos paisanos de quienes se dice que, tal es su amor al juego, que echaran una primera sobre la rodaja de una espuela nazarena!

(1) *La Nacion* publicó la laudatoria á que alude el autor, firmada por Don Tadeo Rojo, el mismo que firma el documento transcrito de la Legislatura de San Juan, declarando traidor á Urquiza. (N. del E.)

Tendrá todas las dotes que deseen darle sus amigos al doctor Rawson, excepto la de respetar las de otros, como en aquel volumen que espectó durante tres días en el Senado y que constituye el crimen mas grande y el abuso mas escandaloso que en un Congreso se haya hecho de la palabra, sustituyendo un hombre, un concolega, argumento y discusion *ad-hominem* como tuvo la impavidez de decirlo, en lugar del artículo en debate.

Escriben y envían á *La Nacion* una novela sobre la conducta del doctor Rawson en la Legislatura de San Juan, cuando se pedía la suma del poder público para Rosas. De que fuera muy excelente y valerosa, el lector habrá podido juzgarlo en lo que hemos escrito de la historia de aquellos tiempos con los documentos.

Ahora se trata de consagrar el doctor Rawson como el Gran Sacerdote de la libertad... Oh! Sacerdos magnus! (1)

REPRESION MILITAR Y REPRESALIAS DE GUERRA (2)

Acababa de salir el país, por la caída y expulsion de un tirano, de un periodo de veinte y cinco años de estado de guerra, caracterizado por su síntesis: *¡muieran los salvajes unitarios!*

Los que tal nombre llevaban, eran pues, el enemigo público, lo que no daba, y por el contrario quitaba el motivo de la guerra á muerte, tratando á los prisioneros como si fueran simples amotinados regidos por las ordenanzas militares y no por el derecho de gente; pues el propósito como la duracion y persistencia de la resistencia, pone la guerra civil bajo las mismas leyes que la guerra al extran-

(1) No era del todo injustificada la prevision del autor, al comparar humoristicamente al desmembramiento de las conquistas de Alejandro, el trabajo en que suelen empeñarse los fabricantes de grandes hombres, desvistiendo á un santo para engalanar á otro. A la muerte del Dr. Rawson, un panegirista en la prensa le hacía á Rawson todo el honor de la creacion del Parque de Palermo y un Dr. Larrain hablaba en su tumba, atribuyéndole la célebre divisa durante la confederación, de «porteño en las provincias, y provinciano en Buenos Aires». (N. del E.)

(2) Aunque no parezca pertenecer este capítulo al orden cronológico en que se halla, lo hemos adoptado por tratarse principalmente del Dr. Rawson y referirse á lo anterior. (N. del E.)

jero, siempre que aquella sea sostenida por gobiernos regulares de quien emanen las comisiones dadas á sus generales y tropas para usar las armas. Este carácter tuvo la guerra de la Independencia.

Rosas tuvo que habérselas siempre con gobiernos revolucionarios, pero regulares, tales como los que procedían de Corrientes y Entre Ríos, de la Liga del Norte, de la plaza de Montevideo, etc., ni mas ni menos que la Confederación de los Estados del Sur en Norte América, contra el Gobierno federal y Constitución de los Estados Unidos.

No podía Rosas sin crimen hacer la guerra á muerte á sus adversarios de veinte años, en que él se prolongó en el poder, para justificar con eso solo que sus adversarios tenían razon, pues es contrario á los principios republicanos y sin ejemplo en la historia, salvo en Venecia y en el Papado, la prolongacion ilimitada en el ejercicio del poder.

La opinion vulgar, reaccionando contra aquel abuso, y aun volviendo á las ideas revolucionarias que provocaron la tirania misma, tendía al ejercicio de un sistema leniente, desaprobaba todo acto de severidad, aun á costa de la seguridad pública, y á riesgo de las vidas de los jefes, no obstante que por cuerda reservada, como se diría legalmente, pero en realidad por ejecuciones clandestinas á pretexto de resistencia, los jefes militares hacían desaparecer los cabecillas de montoneras ó salteadores que caían en sus manos.

Al terminar la guerra de secesion, el Presidente Lincoln consultó al Dr. Liebig, sobre cual era la posicion de las *guerrillas* armadas y campeando por sus respetos en las guerras, al arrimo ó contra los ejércitos regulares; y aquel asesor dictaminó que estaban fuera de la ley de la guerra, en las condiciones de los piratas, por no tener una comision para usar armas de guerra. Lincoln mandó á los Comandantes de avanzadas pasar por las armas, quince días despues del decreto, á los que se encontrasen en armas contra el Gobierno de los Estados Unidos, despues de tomada Richmond, capital de la Confederacion, prófugo el titulado Presidente, y rendidos los ejércitos regulares.

Pero cuando todos los hombres públicos se habían educado en la resistencia y en la guerra civil, unieron la idea

de tiranía y guerra de exterminio hecha á su nombre, como ideas congénitas, no teniendo ni el derecho el gobierno á reprimir militarmente con el objeto de que el enemigo se mantenga, por su apremio y terror, en los límites que el cruel uso de la guerra, aun la civil, impone el derecho de gentes.

Lincoln decretó por represalia la ejecucion de dos jefes, oficiales ó soldados, por cada uno que fuese ejecutado por los insurrectos del Sur, aunque felizmente no tuvo aplicacion; y la Alemania, en 1870-71, con la aprobacion de la Europa y reconocimiento del Gobierno de la Defensa, prohibió por ejecuciones *repetidas*, la introduccion de *guerrillas* españolas ó nuestras, con el nombre de franco-tiradores.

De las vidas se pasaba á la propiedad. Ocurriendo la formal insurreccion de un General de Milicias en Entre Ríos, despues de asesinar traidora y alevemente al Gobierno de la Provincia, el Gobierno Nacional envió tropas para evitar que se apoderase del país el homicida, ya que se habia hecho nombrar Gobernador sobre el insepulto cadáver de su víctima. Una dificultad técnica embarazó las operaciones militares desde el principio, prolongó indefinidamente la guerra, y costó millones de fuertes al Tesoro. Los Jefes del ejército, apenas desembarcados, de regreso del Paraguay, entendían que no podían proveerse de caballos entrerrianos sin previa expropiacion y pago de su valor. Recibiendo el General Conesa, orden del Ministerio de la Guerra de proveersélos por recogidas, como era la costumbre del Entre Ríos mismo, contestó que no haría tal, *por nadie ni por nada*, frase con que creía manifestar que defendía los derechos del pueblo. De ahí resultó, y eso duró tres años, que el insurrecto Jordán disponía de cien mil caballos, que poseía aquella Provincia, sin que á nadie le ocurriese resistirlo; y el ejército nacional tenía que importarlos á precio de oro, transportarlos en escuadras, y pagarlos á diez y ocho fuertes cada uno. Tanto cuestan los errores populares y sobre todo la falta de instruccion y conocimiento de las leyes de la guerra, de parte de los Jefes que mandan ejércitos.

El General Sherman, al tomar posesion de Atlanta, declaró por una proclama, que los carros, barracas, caballos, mulas, y cuanto le era necesario para hacer la guerra al

Gobierno de la Confederacion del Sur, estaban por derecho de represalias, confiscados en servicio del gobierno, pues no podia dejar al enemigo ventaja alguna que lo pusiese, por poseerla exclusivamente, en mejores condiciones que el ejército nacional.

Merced á aquellas doctrinas que todos profesaban, fué preciso acudir al Brasil, á Buenos Aires y Santa Fe á proveerse por empresarios de caballadas, resultando que al concluir la guerra, el país sometido se quedaba con las caballadas importadas, sin hacerse pagar de Jordan las que él empleaba sin restriccion.

Fué el Presidente interpelado en el Congreso por una combinacion de conspiradores (motin Segovia), sobre la manera de proveerse de caballos, para probarle que los tomaba sin pagarlos. Al fin las prácticas correctas prevalecieron y la batalla de «Don Gonzalo» se dió con diez mil caballos *mal habidos*, por el Ministro de la Guerra General Gainza, establecido en el Paraná al efecto.

En cuanto á represalias sobre la vida, el proceso judicial seguido á Jordan, ha dejado comprobados mas de ciento cincuenta ejecuciones á cuchillo, á lanza, á fusil, ordenadas por aquel Restaurador, á veces al lado de su tienda de campaña. *More majorum*, queria establecer simplemente el derecho de guerra federal, como lo practicaba Rosas, habiendo intimado al Gobierno Nacional que pasaria por las armas á los soldados extranjeros.

Aquellas ideas ó preocupaciones encontraron un órgano digno de su causa en un médico, que en materias de derecho de guerra y de ordenanzas, era de presumir no fuese muy versado; pero lo era, en dar forma á todas esas nociones que el vulgo acepta y forma como un credo ó confesion, que no es la aceptada por la Iglesia.

Concluido en la Verde y en Santa Rosa el motin militar de 1874, se introdujo en la Cámara un proyecto de amnistia sancionado sin correcciones; en el Senado la Comision propuso enmiendas que fueron desechadas por la mayoría, entrando en discusion el de la Cámara. Toda alusion á las enmiendas estaba vedada por las reglas parlamentarias, pues el primer artículo del proyecto en discusion en particular, no daba lugar á ello.

Toma la palabra el doctor don Guillermo Rawson, médico

de profesion, porque esto importa mucho en el debate sobre leyes de la guerra, y ex-Ministro del General vencido en la Verde, y simpatizador del movimiento subversivo de sus amigos. Toma la palabra para atacar *ad hominem*, estas fueron sus palabras, enderezando contra el miembro de la Comision que había propuesto las enmiendas ya desechadas.

Era el caso, que no hallándose bien en el Senado, por no imperar sus partidarios, no había, desde la apertura del Congreso hasta entonces, asistido á sus sesiones; pero tratándose de las enmiendas propuestas, dijo al Ingeniero Moneta que iba á concurrir esta vez á la Cámara, «para hacer oír á Sarmiento lo que no había oído en su vida»; y en efecto, no obstante haber oido muchas cosas en su vida, oyó esta vez durante tres dias consecutivos, lo que no ha oído Congreso ni Asamblea alguna en la tierra, si no es en los días en que la Convencion mandaba á la guillotina á la minoría. Hasta las precauciones reglamentarias para el uso de la palabra, concurren á estorbar que el orador se encare y dirija contra un Diputado adversario, *ad hominem*, porque adversarios son los diversos partidos y sus *leaders*. Aun en los Congresos de las sachems se hace circular la pipa (sacra) de boca en boca, para establecer la hermandad que debe reinar en el debate que van á abrir los oradores de la tribu. Los reglamentos prohiben nombrar las personas por sus nombres, á fin de atenuar la personalidad del cargo; dirigir la palabra al Presidente; no interrumpir al orador, ni salir de la cuestion que era entonces el art. 1º del proyecto de la Cámara; no reproducir por reproche la opinion *anterior* de un Diputado, etc.

Esta vez todo era inaplicable *ad hominem*, porque solo se trataba del proyecto original. La victima de tan insólita como injustificada violacion de toda regla del debate, lo hizo así presente; pero la Cámara y el Presidente, por pasion los unos, por curiosidad los otros y por malas prácticas parlamentarias muchos, sostuvieron al orador, quien continuó desenvolviendo su tesis, que era simplemente una *viviseccion* practicada en el anfiteatro, en forma de acusacion: 1º, contra la politica y actos criminales de un Presidente durante seis años de gobierno, acusacion que solo puede hacer la Cámara con dos tercios de votos;

2º, acusacion contra el Comandante General de armas en la manera de hacer la guerra; 3º, acusacion contra un ministro plenipotenciario, por un consejo, «*inconstitucional*» que deba á su gobierno fuera de sus funciones oficiales; 4º, acusacion contra el Gobernador de la Provincia de San Juan, por sus actos de gobierno; 5º, por fin, acusacion contra el literato historiador de la campaña del Ejército Grande, por haber caracterizado un acto de simple *irregularidad*, siendo un homicidio ó un asesinato.

Todo esto y mas contenía aquella famosa oracion pronunciada con afluencia durante tres días consecutivos, en medio del silencio universal, y con la aprobacion ruidosa de una numerosa barra. Si alguna vez se publica en tomo separado este discurso, formará el único libro que haya dejado á la posteridad el doctor Rawson, como prueba de que fué Ministro, Senador, y hombre de Estado, á mas de médico.

Al cuarto día fué necesario desvanecer aquel cúmulo de imputaciones que probaban demasiado, puesto que abrazaban por lo menos cien actos criminales de persona que justificaba el mayor de todos los cargos ante hábitos y preocupaciones, que es el saber por lo menos lo que hace y dice.

Probólo, tomando aquel ovillo por la cabeza del hilo, que es de lo único que me ocuparé por corresponder al asunto de este capítulo.

Para probar que, pidiendo la Comision del Senado en las enmiendas desechadas y que no estaban por tanto en discusion, *amnistiar* tambien á los empleados del Gobierno Nacional que hubiesen cometido actos irregulares, citó el médico la misma frase en «*Campaña del Ejército Grande*», aplicada á la ejecucion del Coronel Santa Coloma, después de la batalla de Caseros, ordenada por el General Urquiza vencedor. De donde deducía la consecuencia lógica, de que, si solo llamaba acto irregular á una muerte ó asesinato en una historia, debía entenderse que por *actos irregulares* de los funcionarios del gobierno, debía sobreentenderse tambien *asesinatos*, ¿en el proyecto de la Comision del Senado? No; de Sarmiento, por ser considerado presunto redactor del proyecto, suprimiendo como elementos pasivos á los otros miembros, para mejor hacer *ad hominem* el argu-

mento; porque todo esto entra en la dialéctica de estos orgullosos razonadores poco familiarizados con el lenguaje técnico.

La moral de aquella homilia inquisitorial, era indicar que acaso el motín del General Rivas tuvo por objeto protestar contra aquellos atentados del Presidente Sarmiento. Pero se leyó en pleno Senado la carta autógrafa de Rivas, deplorando haber sido arrastrado á hacer su pronunciamiento, durante aquella presidencia, pues nada tenía que objetar contra ella, con lo que quedaba inútil aquella torre de Babel inventada para salvar á sus amigos de la reprobacion. (1)

Como todos los demas cargos eran *ejusdem farinae*, excepto la muerte del Chacho, que la réplica probó con instrucciones y documentos en la mano, que había sido autorizada por el Presidente, de que era Ministro Rawson, y ejecutada por jefes del ejército que no estaban á órdenes del Gobernador de San Juan, me limitaré al cargo de *irregularidad* en que el acusado sostuvo la propiedad de la frase usada en ambos casos.

(1) He aquí el texto de la carta citada:

Octubre 3 de 1874.

Señor Gobernador de Buenos Aires.

Contesto á su apreciada del 28 del pasado. Con el hecho que me dice ha consumado Arredondo con Iyanowski, ningun género de participacion me afecta, lejos de eso lo lamento porque fué un compañero mío. El movimiento revolucionario que se ha operado nunca tuvo la detestable tendencia, de derrocar el Gobierno de Sarmiento, por cuanto es este un Gobierno legal, al cual he acatado en todo su período; pero fatalmente ese movimiento há tenido que anticiparse, por incidente que Vd. conoce; pero su objeto y su fin será contra el gobierno *de hecho* de Avellaneda impuesto por la violencia y el fraude. Este movimiento es, estimado Doctor, el fruto de la aceptacion de los Diputados al Congreso; esa aceptacion que no podrá menos que condenarla por el modo inicuo con que fué hecha. En el paso que doy estoy tranquilo....

Solo un punto me queda que lamentar, él es, que el movimiento se haya producido antes de bajar el Presidente Sarmiento, por quien tengo particular aprecio. ¿Pero que hacer? Los sucesos nos han llevado á esa extremidad y estoy dispuesto a caer con mis compañeros, Mitre, Borges, Arredondo y tantos otros. Crea Vd. que lamento esto, pero marcharemos adelante.

I. RIVAS.

En el caso de Santa Coloma, el General Urquiza había hecho uso de un derecho de la guerra, y era la represalia. La que Rosas había hecho á sus opositores durante veinte años, había sido á muerte, sin abatir su rigor en ningun tiempo, ni aun con emisarios ó parlamentarios.

En el sitio de Montevideo había continuado el mismo sistema, con lo que por represalia, los que lo combatian podían y debían usar del mismo sistema, so pena de dejar de un lado todos los terrores de la violencia y del otro todos los pavores de caer bajo la cuchilla del degollador, ya que hubiese salvado de las balas ó el sable en el combate. Cité al efecto el caso en que el General Paz en Montevideo hizo ejecutar por represalias á un soldado de Rosas, tomando para ello un herido, que se le creía de muerte, á fin de atenuar el rigor de la ley. Cité el caso del General Washington que resistió á todas las súplicas porque atenuase la ley militar que condena á morir ahorcado al espía, aplicándola al Mayor Andre, hombre distinguidísimo, á quien ejecutó en esa forma, por ser tales terrores medio de preservacion de los ejércitos.

Lo mas notable era, que el presunto simpatizador con el asesinato, el que lo había llamado simplemente *irregular*, se separó del perpetrador, volviéndose al destierro antes que participar de su política. Y el Senador puritano que hoy execraba tal crimen, despues de vivir en santa paz con Benavides, despues de haber votado las extraordinarias para Rosas, había venido al Congreso del Paraná y sido electo Vice Presidente, tan del agrado era de la mayoría que apoyaba la política de Urquiza. Bueno habría sido recordárselo en el debate; pero era exclusivo derecho del antagonista Rawson el hacer discursos *ad hominem*, que en lengua de retórica pueden llamarse diatribas y en el Parlamento están prohibidas, pues á mas de irregulares, son un peligro de la paz. Ya han ocurrido homicidios en las Cámaras de los Estados Unidos por haber tales desmanes.

No sería de asegurar que la mayoría del Senado aceptó estas sutilezas que distinguen el homicidio del asesinato, de la represalia, siendo esto un derecho y la pena del talion en la guerra.

Pocos días despues, uno que se decía hijo político del

General Paz, dirigió una carta al General Sarmiento, considerándose agraviado, por la vía política, de que hubiese en el Senado asegurado calumniosamente que el General Paz hubiese ordenado tal ejecucion, á lo que se contestó que su carta se remitía original al Presidente del Senado, siendo este cuerpo el único tribunal, persona ó autoridad ante quien respondería de aserciones hechas en el Senado.

Este hecho y los que sucedieron, mostraron el estado de la opinion entonces, la ignorancia general sobre los usos de la guerra, y de como el Senador Rawson, era la fiel expresion de todas aquellas ignorancias.

El susodicho hijo político, no obteniendo la retractacion que solicitaba de un Senador, como lo solicitó el hijo de Saá despues á otro Senador, levantó una informacion sumaria, por medio de cartas, para que oficiales que habían estado en el sitio de Montevideo, declarasen al tenor de las preguntas, si habían oído decir que el General Paz hubiese mandado ejecutar á un prisionero de guerra, del ejército sitiador, por causa de represalia. Y como medida de la moralidad política de los partidos, ó de la preocupacion que les hacía tomar por cargo contra el General Paz, el haber usado de la represalia en guerra á muerte del enemigo, habiendo un día la descubierto encontrándose con treinta cabezas de franceses alineadas en la calle, para obstruirles el paso;—todos, alféreces, capitanes, mayores, políticos, etc., todos á una fueron declarando, siendo varios ya generales, que jamás llegó á sus oídos tal historia de fusilado.

Depuso un Coronel ético, depuso un General, y otro, y otro, y cien testigos fidedignos; y nadie había oído de tal ejecucion, por represalia, ú oído poco, así rumores, etc., etc.

Estaba, pues probada la calumnia; pero como tiene este calumniador—oiganlo Oroño y Quintana—la vida de los gatos, era preciso darle el golpe de gracia con el *misericorde* del historiador. Habla éste; refiere el hecho:—«el sol brillaba, dijo, en todo su esplendor; las avecillas cantaban—(no había aves en Montevideo en diez leguas á la redonda, con el cañoneo y el hambre del sitio)—Hubo, es verdad, un *indignation meeting* provocado por las atrocidades de Rosas y el «pueblo» en asamblea decretó en teoría

la represalia. Pero el caso citado en el Senado ocurrió en la vanguardia y el General Paz no tuvo parte en su ejecucion!» Magister dixit y San se acabó!

Vinole al calumniador el recuerdo de un godo, Calero, que calentaba un horno con fagina verde, que no hacia llama, sino humo. Cansado de luchar y sacado de goznes, se quitó el sombrero, y poniéndolo ante sí, boca arriba, dijo:—«Entre aquí la virgen Purisima, entre San Pedro y San Pablo, entre toda la Corte Celestial, entre Jesu-Cristo en persona...ya están todos, dijo removiéndolos... pues al horno todos ellos, con sombrero y todo!

No dice la historia si conaquel refuerzo se incendiase la fagina. Pero el Senador calumniador de Paz, amigo suyo, y no de ninguno de sus acusadores, que no eran cosa entonces; cuando ya hubieron caído en el sombrero todos los deponentes en contrario, publicó la orden de ejecucion del reo, dada por el General Paz, y ejecutada por el oficial del piquete, que estaba en Buenos Aires, y era el honorable General don José M. Bustillo.

El silencio se hizo de ambos lados, sin que se sepa si el hijo politico se ha persuadido hasta ahora que su padre era como Washington, como Lincoln, como Bolivar, capaz de aplicar las leyes de la guerra á los casos prescriptos ó admitidos por el derecho de gentes.

Necesito ahora remontar á tiempos mas remotos todavía que las declaraciones de Liebig, Calvo, Lincoln y la Alemania en 1870, por no ocurridos todavía sobre *represalia*, para conjeturar que el General Paz obraba con conciencia de lo que hacia en el caso aludido.

De paso para Europa en 1847 en Montevideo, al despedirme despues de larga conversacion con don Valentin Alsina, entonces redactor del *Comercio del Plata*, de parado y ya en la puerta de calle, me comunicó que el doctor... .. había presentado al venir de Bolivia, al General Paz, una memoria sobre el derecho de *represalia*, conjurando al General á ponerla en ejercicio, para contener la atrocidad de la guerra que Rosas hacia y la matanza de patriotas y de militares de la Independencia, pues tales rataliaciones tenian por objeto defender las vidas de sus propios soldados y evitar que el temor de una muerte cierta los amilanase.

A medida que el doctor Alsina se extendía y deleitaba en seguir la argumentación de la Memoria, sentía el que le escuchaba venirle también el recuerdo de haber tenido esas mismas ideas, expresándolas en una Memoria dirigida al General Paz y enviada desde Chile, por conducto del mismo doctor....

Muy maravillado quedó el narrador cuando supo aquella circunstancia, asombrado de aquella sustitución de nombres, pero tan de acuerdo con las observaciones hechas, que declaró la Memoria un trabajo perfecto.

— El General Gainza que fué ayudante del General Paz en Entre Ríos, ha asegurado muchos años después, haberle dicho el General Garzon á quien hizo prisionero en la batalla de..... que el General Paz había pasado una nota á Rosas, conminándolo á regularizar la guerra, so pena de declarar la represalia, grado por grado, según las leyes lo permitían. Es probable que Rosas se guardase muy bien de darle publicidad, por lo concluyente de los cargos y lo claro del derecho, y que el General Paz no lo hiciese sin recibir contestación, pues que publicar de su parte la declaración, era poner en práctica la represalia.

Que alguna malicia debió haber de parte del doctor aquel en la sustitución de nombre, lo deduzco de que habiéndonos encontrado después en Buenos Aires y residido durante su vida, pues ya murió en esta ciudad, empleados del mismo gobierno, nunca me saludó ni en la calle, afectando no haberme conocido. Tenía en medio de su seriedad sus puntos de taimado y de gracejo. Suya es la frase caracterizando al Departamento Topográfico, en un escrito en que obraba como Asesor de gobierno: «este Departamento que tiene tanto de *Topo* y tan poco de *gráfico*...»

Lo ocurrido conmigo es tan curioso, que merece la pena referirlo.

Un día se me anunció que un señor doctor deseaba tener una conferencia conmigo, aguardándome en el Hotel Inglés, donde estaba hospedado. Yo era por entonces el encargado de entretener las relaciones con los emigrados de toda América, y á mi se dirigía el embajador, porque por tal se daba.

Preguntando quien era, al mismo emisario portador de la credencial, dijo que era un personaje misterioso, que se

tenía á puerta entornada, apenas dejando entrar una ráfaga de luz. Apresuréme á descifrar el enigma y me encontré con un hombre entrado en edad, muy ceremonioso, hablando en voz baja y prodigando saludos. Padecía de no se qué filtracion eterna en una oreja que le hacía estarla refrescando con agua fria. Echando una mirada furtiva sobre la mesa, ví un gran libro abierto manuscrito de excelente letra, que debí creer una obra que estaba escribiendo.

Informome del asunto de su comision. Venía en nombre de los emigrados en Bolivia y los había proeminentes, á pedir órdenes á los emigrados en Chile, pues debiendo ir por Santa Cruz de la Sierra, via Gran Chaco, á Corrientes, llevando notas del General Rojo, convenía aprovechar la ocasion de ponerse los que estaban en Chile en contacto y comunicacion con el General Paz, y siendo yo el mas conspicuo de estos, sería de desear que yo indicase al General lo que juzgase oportuno para la prosecucion de la guerra.

Requirió la mayor reserva y continuó hablando en voz baja, como si estuviésemos conspirando contra el gobierno de Chile. Era preciso regresar á la brevedad posible, proveímoslo de fondos, Frias, yo y algunos otros, y yo puse mano á una Memoria sobre Represalia, que debía conducir el portador, á fin de que no quedase estéril su ocurrencia de venir á Chile.

Esta es la Memoria de que me habló con tanto encomio D. Valentín Alsina que la había leído, supongo que comunicada por el General Paz, y atribuida al portador.

Con este antecedente, comprenderase con cuanta propiedad había usado en «Campana del Ejército Grande», el epíteto de *irregular* aplicado á la ejecucion del Coronel Santa Coloma, irregular solo por las prácticas conocidas del degüello, en lugar de la muerte del soldado á bala. Había ademas la circunstancia de ser la eleccion de la víctima espiatoria, hecha por recomendacion al General en presencia de muchos Jefes, yo presente, del Dr. Seguí, en desagravio de una sedicion.

Tan convencidos estaban los oficiales y jefes de Rosas de que serian degollados á su vez, como ellos lo practicaban, que en el campo de batalla, sesenta ó mas oficiales pri-

sioneros, viendo á un Jefe de uniforme á la europea, me dirigían súplicas con lágrimas en los ojos, pidiéndome los salvase de la muerte á que se creían destinados.

EN EL LITIS PENDENCIA

(*La Tribuna*, 30 de Julio de 1875.)

Sobre hechos históricos, seguido por el mozo Rebollo, en representación de los herederos de la testamentaria del General D. José María Paz, contra el Senador D. F. Sarmiento en el desempeño de sus funciones.

Vistos y considerando:

1º que el mozo Rebollo actor en esta causa, ha alegado no haber tenido conocimiento del hecho de haber sido ejecutado en represalia, un teniente tomado prisionero y hallándose herido en el sitio de Montevideo, por los años mil ochocientos cuarenta y uno ó cuarenta y dos, y no contando en autos la edad del querellante; pero siendo público y notorio que el General Paz se casó en su prision de Lujan no antes de 1832, resulta que la esposa de dicho querellante Rebollo, no debía tener diez años cuando tales hechos históricos sucedieron, y no ser esa via la mejor para adquirir nociones históricas, aunque en frances se llama vulgarmente *des histoires*,

2º que si bien el testigo capitán Francisco Pico citado por el querellante, citado á fojas... dice que jamas ha visto ni oído decir el caso del fusilamiento que ha citado el señor Senador Sarmiento, añadiendo que no hallándose el dicho Sarmiento en el sitio de Montevideo, ha sido engañado miserablemente, este aserto es contradicho por dos testigos hábiles que no solo conocen el hecho, sino que dan el nombre del fusilado Teniente García, á saber el testigo Vedia, alferez durante el sitio de Montevideo que asegura: *«que habiendo caído prisionero en el Cerro un teniente que se cree de apellido García el que fué ejecutado,»* y á fojas vuelta, *«que su rol»* (el del General Paz,) *«se limitó al de un General que da cumplimiento á una ley del Gobierno, á cuyas órdenes sirve,»* y el testigo Escola, soldado de la Legion Argentina que declara que *«cayó prisionero en el centro de nuestra línea, un teniente García, el que fué conducido de ese lugar, en una camilla al*

hospital de sangre etc.» Testimonios contestes ambos, que muestran que hubo un prisionero herido, una camilla y una ejecucion, que son el cuerpo del delito imputado á dicho Senador, con lo que queda demostrado que el testigo capitán Pico ha perdido miserablemente la memoria, corroborando por el contrario el aserto de dicho Senador, la declaracion del testigo alférez Vedia, que dice á fojas... *«que esto fué la única aplicacion de dicha ley por el gobierno oriental en todo el memorable y largo sitio,»* circunstancia que no contradice en lo principal el hecho;—

3° que los testigos Vedia y Escola atribuyen la ejecucion del Teniente Garcia *«á una ley declarando traidores, no está seguro el último si á los orientales ó á los oficiales de línea de aquella nacion»*, ley que no se cita como era del caso, pues corre impresa, y el primero asegura que *«jamás el General ejecutó prisioneros por causas políticas»*; y constando de la historia que el General Oribe había sido depuesto de la presidencia por una revolucion, y reclamaba indebida como ineficazmente con las armas de un aliado, la sumision de los que reputaba rebeldes, de donde resulta que tanto él, como los que defendian la plaza, se tildaban de traidores y era aquella contienda, una contienda por causas políticas entre orientales, teniendo de ambos lados por aliados argentinos en guerra por cuestiones políticas, no es pertinente la excepcion; pues el acusado Senador no atribuyó el acto para incriminarlo, ni por ser ejecutado en cuestiones políticas, sino en uso legitimo de la represalia de guerra, que es permitida y autorizada por la ley de las naciones que es la ley de la guerra; y que es humano y consultando los fines de la civilizacion, contener el desafuero de un enemigo bárbaro, á fin de que no perezcan millares de beligerantes que hacen leal y regular guerra, y aplicar por represalia al trasgresor su mismo sistema á fin de contenerlo.

4° que de la misma declaracion del testigo Escola, á estar á su aserto que es singular, resultaria que él, mas bien que el General Paz, ignoraba las leyes de la guerra, pues le hace decir: *«que aun cuando continuen con el sistema bárbaro de minas que han adoptado, (los enemigos) los hemos de vencer, etc., puesto que por las leyes de la guerra civilizada es lícito poner minas para hacer volar muros ó*

fortalezas sitiadas, á fin de abrir brecha ó tomarlas; pero que es prohibido por dichas leyes poner minas en casas particulares ú otros sitios con el ánimo doloso de destruir tropas enemigas que pasen sin estar prevenidas de tal celada, pudiendo y debiendo pasar á filo de espada al enemigo desleal que tal trasgresion de las leyes lícitas de la guerra cometiere.

5° que siendo extraño y peregrino el caso de la aplicacion de una ley á un solo traidor, el Teniente Garcia, sin derogarla, lo que no se explica; mientras que siendo efecto de la ley de las naciones sobre represalia de guerra; la singularidad del caso se explicaría, pues á la prudencia del General queda medir el uso y aplicacion de su derecho á las circunstancias del caso, ó á la conveniencia pública que debe ser su norte.

6° que estaba el General Paz al mando de fuerza beligerante en ciudad capital, residencia del Gobierno, y no así cuando el General se hallase en campaña, en su territorio ó en el ageno, pues entonces obra por sí, en defensa y conservacion de la vida de sus soldados y respecto á las prácticas y usos de la guerra lícita.

7° Que en la declaracion del Capitan Pico se habla de unos principios de guerra regular que profesaba el General Paz, y segun el otro testigo Vedia, «*cuánto repugnaba á sus principios, verse obligado á aplicar la pena de muerte, en los casos de la ordenanza militar*», cuando un derecho no puede aceptarse, que hayan unos principios de la propiedad de nadie, pues los principios pertenecen á la humanidad y son el fundamento de las leyes, y ellas mandan y obligan so pena de destitucion á los generales cumplir estrictamente las leyes militares, salvaguardia de la seguridad pública y garantía de la subordinacion, disciplina y honor de los ejércitos; y si bien la historia hará honor al carácter humano del General Paz, el derecho no será tan complaciente si, de sustituir las bellas prendas de su alma, á las duras prescripciones de la ley, resultase que murieron degollados millares de nuestros prisioneros á manos de un enemigo cruel y bárbaro, por no usar de su derecho legitimo de probar á contener su sevicia con el lícito uso de la represalia de la guerra. Así el General Washington resistió á toda influencia, á todos los ruegos, aun los de

mismo Mayor Andre, en hacerlo sufrir la pena de la horca, como espia, por no quebrantar la ley de la guerra, fusilándolo simplemente, que era lo que de rodillas se le pedía. Así el General Moltke en la guerra contra la Francia, hizo decir á su rey, horrorizado de ver demoler, descuartizar, pulverizar, diez mil franceses con ocho ametralladoras que arrojaban sobre ellos ocho chorros de balas y mandaba suspender aquel fuego: id á decir á mi Rey y señor, que si tiene caridad no declare ni haga la guerra; pero una vez en guerra, mi deber es hacer que triunfen las armas de Su Majestad y necesite destruir aquel obstáculo humano para vencer;—y no cumplió la orden.

7º Que los dos testigos Vedia y Escola, sin negar el hecho primordial de haber sido ejecutado el Teniente Garcia, insinuan, el uno « *que fueron llenadas las formalidades de estilo,* y el otro que, *hallandose muy mejorado de las heridas Garcia concluyó la causa, y fué por las armas, por resolucion del tribunal que lo juzgó* », aseveraciones ambas impertinentes y fuera del caso en el litigio, pues el acusado Senador, no ha establecido nada en contrario, por no ser este el objeto de su asercion, sino simplemente que se obró así, ejecutándolo, por la ley de represalia, y si el enemigo cortaba cabezas de los soldados de la defensa, si practicaba consuetudinaria y confesadamente la guerra á muerte con circunstancias de crueldad aterrantes como el degüello que no está autorizado por la ley de las naciones, el soldado enemigo tomado en accion de guerra, puede ser ejecutado *sur place*, no por delito que él cometió y pueda probarsele, sino en espacion de la infraccion de las leyes de la guerra perpetrada notoria y diariamente por su general. Así ha sucedido muchas veces, que se sacan de los depósitos de prisioneros, las victimas espia-torias de un delito cometido por el enemigo, con posterioridad á la época en que cayeron prisioneros; y aun puede el General para revindicar las leyes de la guerra violadas, amenazar á su adversario con ejecutar dos por cada uno de los suyos que haya muerto inútilmente.

8º Que no es cierto que siempre y en todo caso, al frente del enemigo ó en el acto de estallar un motín, sea requisito esencial de la regularidad de una ejecucion, el consejo de guerra ú otra formalidad. El General Las Heras, reti-

rándose de Cancha Rayada, con cuatro mil soldados, prohibió bajo pena de muerte hacer movimiento ninguno al soldado que no fuese permitido en parada; y no obstante no darles de comer suficientemente por no tener víveres, mandó fusilar sin detener la marcha, á un soldado que al pasar un arroyuelo cristalino, se agachó á alzar algunas gotas de agua para humedecer los labios y á otro por haber extendido la mano á coger un racimo de uvas que tentó su hambre y otros dos por causas tan frívolas; pero con cuyo rigor trajo intacta la columna y salvó á Chile y acaso la América de la reconquista española. El Comandante Gainza mató con sus propias manos un sargento y tres soldados de su regimiento que se le sublevó en marcha del Baradero á Buenos Aires y restableció el orden y la disciplina. El General Mitre mandó pasar por las armas sin ninguna formalidad á dos soldados y un vecino, en su marcha de Pavon al Rosario, por haber infringido una orden del día del campamento, no obstante que el vecino era un patriota voluntario, tener casa, mujer, seis hijos y mil vacas y mostraba los botones de onzas de oro de su tirador, como prueba de ser persona hacendada y notable en su pago. Con esta orden fueron ejecutando sus Coroneles y Generales al interior en los casos que ocurrían. El General Paunero ejecutó al Coronel Burgoa, del ejército de Caseros, y á dos Comandantes de milicia de Córdoba, prisioneros en la batalla de las Playas en que no hubo resistencia; y sus jefes hicieron mas ejecuciones en las poblaciones de campaña, como uno de los que servían á sus órdenes ejecutó al Chacho con formas mas ó menos usadas; pero sin formalidad; alguna, sin recaer vituperio ni censura por esto sobre el General que fué despues Ministro de la Guerra y Enviado Diplomático, por creer el Gobierno que había obrado sin faltar á las leyes de la guerra contra bandidos, como fué declarada aquella.

9º Que el demandante Rebollo ha pedido públicamente cuenta á un Senador de sus dichos en el Senado, no debiendo un Diputado ó Senador responder ante nadie, sino ante su propia Cámara, de sus opiniones, errores ó asertos punto ya fallado en el caso de un tal Calvete que fué condenado por la justicia á pagar diez mil pesos, por igual reclamo contra un Senador en causa propia que se le acu-

saba de dilapidacion, no pudiendo alegar ni esa excusa el demandante Rebollo, por cuanto con el posterior casamiento con la heredera de una testamentaria, no adquiere el derecho de rehacer la historia segun sus simpatías y cuando el dicho ó el hecho que acusa, no fué ejecutado, ni expresado para vulnerar la memoria de un General que era amigo íntimo del acusado Sarmiento y no presentía cuando murió, que el demandante Rebollo hubiese de pretender representar á personaje tan justificado y recto para hacer servir á fines de partido lo que con el finado tuviese relacion.

10° Y puesto que el Poder Legislativo por una ley sin antecedente en los fastos parlamentarios de todos los gobiernos representativos, tuvo á bien por la ley de *justicia federal desnudarse* en favor del Poder Judicial de los privilegios inherentes á su cuerpo, entre ellos el de defender y castigar sin juicio previo y por solo la constancia del hecho al que viole los privilegios acordados por la Constitucion á la palabra del legislador, por serle propio y en comun el privilegio; y en virtud del art. 3° del tit. VII, ítem. 2°, donde se estatuye que cometen desacato contra las autoridades, «los que calumnian, insultan ó amenazan á un « Senador ó Diputado por las opiniones manifestadas en « la Cámara,»

—por todas las razones espresadas en los anteriores considerandos, hemos venido en ordenar y fallar, como ordenamos y fallamos:

—1° Queda el acusado Senador, absuelto de la demanda por haber crimen en intentarla y por haber probado nada en contrario los testigos.

—2° Absuélvese igualmente de todo cargo, al testigo capitán Pico, porque si bien parece prestar testimonio en accion ilícita, se ha excusado prudentemente con la falta de memoria para no comprometer su justificacion.

—3° Absuélvese igualmente al testigo Vedia, alférez en el sitio de Montevideo por la aparente complicidad en el delito de Rebollo, por su declaracion estar conforme en lo principal y pertinente con la opinion histórica del Senador.

—4° Y en cuanto al testigo Escola por haberse prestado al propósito del demandante, no obstante lo embrollado de su declaracion, se le condena al minimum de la pena de

dos meses de prision, ó cuarenta pesos fuertes á su eleccion.

5º Y en cuanto á Rebollo, autor principal del delito de desacato, no pudiendo alegar ignorancia, aunque, sea esa su excusa natural, puesto que consta de autos que el insultado Senador, le apercibió por escrito, de su desafuero; se le condena en costa por litigante temerario, injusto y tenaz con mas la pena mayor de la ley citada, tit. VII inciso 32, que este Tribunal en atencion á la penuria alegada en autos de la testamentaria que representa, la conmuta en condenarlo á leer, durante los dos años de la pena de prision, el tratado de *Derecho de Gentes* del señor Calvo, en que están compilados los principios, prácticas y usos de la guerra entre pueblos civilizados, la historia de la guerra de la Península en que el General Wellington estableció con el General Suchet frances, los principios que debían regir contra las guerrillas ó los que hacen guerra irregular y el tratamiento que debe aplicárseles por sus trasgresiones. Ademas, los dos volúmenes de Cushing sobre teoría y práctica de las Asambleas, Wilson, digesto; y Wheaton, Paschal, y otros comentadores y expositores de las leyes de la guerra y jurisdiccion de los Generales; y en caso de no cumplirlo, se le cobrará la suma de cuatrocientos pesos fuertes en favor del agraviado Senador (art. 32), quien los destinará á la fundacion de una escuela gratuita para diaristas y representantes de testamentarias, donde se les enseñe lo que aquellos libros contienen.

Y finalmente al Redactor de *La Prensa*, fautor, instigador, publicador y cómplice de tan feo delito, con ánimo dañado y procaz lenguaje, se le condena á no saber nunca nada de las materias que escribe, á conservar mientras escriba la misma saña y desvergüenza; y que si alguna vez quiere aprender algo, siendo muy peligroso para la República el saber de los malos, que los ojos se le anublen, y no vea palabra, que lea al revés de lo que el autor dice, y no comprenda, y se obstine en el error y lo ratifique y lo proclame.

Por tanto ordeno al actuario notifique esta mi sentencia á los interesados y para que el Poder Ejecutivo proceda á lo que haya lugar.

Dado en este Tribunal á 28 días del mes de Julio del año del Señor 1875. (f.)—El Juez *Posible Futuro!*

¡¡ERAN REPRESALIAS!!

(La Tribuna, Agosto 2 de 1875.)

Es dura é improba la tarea, pero no desesperada.

Veinte años duró la prédica contra las tiranías populares semi-bárbaras, contra la institucion argentina del *caudillaje*, y al fin la palabra de Florencio Varela, de Valentin Alsina y de Sarmiento, entre otros, (exceptuándose á D. Bartolomé Mitre que no alcanzó aquellos tiempos como publicista), acabaron por conquistar la opinion, aun de las masas populares, y acabar con los Gobiernos bárbaros, violentos y sanguinarios.

¿Costará tanto tiempo desautorizar el sistema de violar todos los principios de derecho, todas las prescripciones constitucionales, todas las reglas del Reglamento, para satisfacer pasiones, ó á los objetos de ambiciones caudilleras, so color de amor á la libertad ó defensa de los principios?

Pues si tanto ha de costar, no han de faltar espíritus animosos que inicien las luchas contando con que cuando hayan acabado su vida en trabajo tan glorioso, no ha de faltar un nuevo campeón que, como Valentin Alsina, ponga al frente de sus escritos: «Muerto asesinado D. Florencio Varela, ocupa su lugar en la redaccion de este diario D. Valentin Alsina.»

Ese Valentin Alsina que viene, se llamó estos días un *juez posible futuro*. Ese juez posible lo hemos de encontrar luego en la juventud estudiosa que está atesorando ciencia para corregir el error de sus padres, y hacer entrar completamente la sociedad á que pertenecen, por sus leyes, sus prácticas, en el gremio de los pueblos civilizados.

A las épocas de ignorancia, á la edad media que podemos llamar entre nosotros la de Rosas en gobierno, sucede un periodo de *empirismo*, en que cada uno funda teorías, inventa principios, hasta que la ciencia fundada en las leyes de la naturaleza, ó las de todas las otras sociedades regulares penetran y corrigen el error local ó de circunstancias.

Vamos atravezando la época del empirismo, y no es extraño que haya una escuela empírica en política, que da sus fallos ex-cátedra y se irrita y se abandona á toda clase

de excesos, si se le ponen por delante las leyes de todas las naciones, ó los principios fundamentales en que reposa todo orden social.

Esta escuela ha producido ya los mayores extragos, falseado cuanto toca, á fin de hacerlo concurrir á sus designios.

Crearé la palabra *gobierno de hecho*, para hacer creer á los ignorantes, que por serlo, es lícito violar las leyes y abjurar el honor militar, volviendo las armas que manda en simple comision de ese gobierno, contra su jefe. Sostendrá que con una *infraccion de hecho* de una ley cualquiera, ó una ley injusta dado por el Congreso, es un *casus belli*, por quedar con ello suprimido el sufragio.

Llamaré *jurisprudencia de sangre* á la que seguiría la letra y el espíritu de las ordenanzas militares, aun cuando se trate de un motin de bandidos, con derramamiento de la sangre de los que lo sofocaron.

Acusará *irregularmente* al Presidente por haber mandado poner en libertad á una Legislatura, Asamblea ó Congreso, presa por un Ejecutivo, y hallará que es pecado venial un *petit péché mignon*, decretar la expulsion de una fuerza nacional, del territorio de una provincia, porque ejecuta una orden del Presidente.

Si esta escuela aparece en el Congreso, sostendrá que tratándose de amnistía se puede hablar tres días de un individuo particular con el ánimo confesado de matarlo moral y políticamente, sustituyendo un ataque *ad hominem* á la materia del debate. Con tan autorizado sistema, de que no había ejemplo en la tierra, ni aun en nuestras legislaturas de provincia, se llegará á acusar y á juzgar á un Presidente, sin las formalidades prescriptas, ó á un Gobernador que no puede ser juzgado por el Congreso; y si el Congreso hubiese por desgracia, tratado ya esas cuestiones y resuélto las en sentido contrario al del empirismo, será condenado y declarado corrupto en la manera como se formó la mayoría. Si se trata de *asentir* á un nombramiento hecho durante el receso, se dirá que ese asunto está *sub judice*, como si hubiera crimen y criminal.

Llamaré clandestinos, escritos que supone anónimos, *a an, ana*, negacion griega, *nomen* latin, sin nombre. Citaré una frase del Evangelio, *no solo de pan vive el hombre*, para anular la base del sistema representativo, cuya expresion

arriba á una operacion de sumar y restar, la mitad mas uno de votos.

Sería nunca acabar, porque todo el sistema está montado en el torcido uso de las palabras: *pueblo*, por cualquier fraccion ó grupo que vota las leyes, *barra*, por la reunion de curiosos que entre los dos millones de habitantes que forman la nacion, pueden reunirse y caber en unos cuantos bancos de un salon como espectadores.

Pero no desesperen de la patria los hombres serios y sinceros. Una numerosa juventud se está educando en la buena escuela, que es la que todas las naciones siguen, y tiene en las repúblicas ordenadas, modelos como Lincoln, Thiers, publicistas como Laboulaye, modelos intérpretes de la Constitucion, á mas del derecho de gentes, que es el complemento y el precedente de toda Constitucion, á mas de las gloriosas conquistas hechas por el espíritu de orden, contra los tumultuarios demagogos que han deshonrado la libertad, bajo cuya éjida quisieran poner sus pasiones, sus rencores y aun sus decepciones.

Pero dejen en libertad el uso de la palabra en la tribuna, ó en la prensa á los que trajeron siempre al orden á cuantos se salieron de él, y el pueblo, la posteridad recompensarán el esfuerzo y la sanidad del propósito.

Sugiérenos estas observaciones un hecho que ocupa una parte de la prensa y hace recordar el tiempo en que el bajo imperio, ó bajo el imperio de la escolástica, las sociedades se ensangrentaban, ya sea por el color verde adoptado por los corredores de carreras en el Hipódromo de Constantinopla, ya sea por saber que es primero, si la forma ó la materia.

La prensa argentina está seriamente perturbada por saber si era exacto en todos sus mas mínimos accidentes la asercion de un Senador, de que el General Paz había aplicado las leyes de la represalia á los enemigos. Cuestion incidental parecería esta, porque el Senador no escribía la historia, sino que conjeturaba que al haber clasificado de *irregular* una ejecucion que presencié, pudo tener presente que ambos beligerantes se hacían la guerra á muerte, que el ejecutado formaba parte de un ejército que la habia practicado bárbaramente veinte años, y que en derecho su ejecucion era lícita.

Inde iræ! Se ha levantado una informacion sumaria á punta de pregon, (ilícita, esto no importa) para probar que fué juzgado un reo, que no fué por represalia, que corria viento y el Senador no lo dijo, que se confesó que era traidor, etc., etc.

No ha parado ahí, sino que como es la práctica diaria de la escuela *empírica*, del hecho inexactamente narrado, de la aplicacion ó no, de la represalia se ha pasado á condenar la *represalia* misma; y no es ya el historiógrafo inexacto el que está en tela de juicio, sino la *represalia como acto de barbarie*, y por lo tanto todas las naciones de la tierra son condenadas, el derecho de gentes envilecido, y las leyes militares anuladas.

Si la historia fuese á escribirse por los declarantes, testigos presenciales, segun ellos, de la ejecucion de García en Montevideo, no sabría la posteridad á que atenerse. Uno declara que jamas oyó tal hecho; otro que fué á virtud de traicion; cual que fué despues de haber sanado de las heridas; y quien al fin que hubo en efecto represalias, hallando sin embargo la ley de la represalia bárbara y que el General Paz, que era mas civilizado que el mundo civilizado, no podía cometer crimen de lesa civilizacion tan nefando. *Souvent un peu de vérité se mêle au plus grossier mensonge* dice Voltaire: Aquí están invertidos los términos y podemos decir, mucho de mentira se mezcla á un poco de verdad. ¿Cual de todas las declaraciones es la cierta, puesto que todas son contradictorias y niegan y afirman en parte lo que quisieran desmentir?

Un hecho sin embargo, ha quedado de manifiesto, y es que la cuestion *histórica* es simple arma de partido. Todos los declarantes son ó revolucionarios ó simpatizadores. Al Senado, no le interesaba que fuese el General ó el Gobernador quien declaraba la represalia, que hubiese consejo de guerra ó no, por no ser del caso.

La inexactitud del hecho aludido, no favorece á los amnistiados, sino en cuanto la escuela *empírica* puede con sus denegaciones hacer reflejar sobre el Senador instintos sanguinarios. ¿No es ese el objeto? Éralo por lo menos en aquellos artículos que tenían por encabezamiento *jurisprudencia de sangre*; éralo en lo de Segura, el de los

azulados ojos y rubias guedejas. Esto en la endecha cantada por un Senador en tres días, y no en tres horas, como aquella que Rossini ha inmortalizado:

*Estabat mater dolorosa
Juxta crucem lacrimosa*

Pero cuando acabemos con la serie A, volveremos á la serie B, que mostrará desde cuando y de donde vienen las relaciones poco *regulares* del Senador con el Chacho y la sangre. Por supuesto que la de los seiscientos argentinos inocentes, que no eran declarados *ladrones*, que la escuela empirica mató ó hizo matar para probar que los *gobiernos de hecho*, segun sus sofismas, deben ser derrocados, eso si que es un *tout petit péché mignon*, de que no se ruborizaria la conciencia de un angelito. Oh! humanos matadores, si lo supiera el Chacho, vuestro santo martir!

¿En qué quedamos, pues, mis señores testigos del sitio de Montevideo? Eran entonces tan poco autorizados, ya por su edad ó su oscuridad muchos de ellos, que no era fácil distinguirlos. El mas notable entonces era el capitán Pico, que está fuera de cuestion, por no recordar nada. Oigamos el testimonio de los *gros bonnets*, no de entonces, sino de ahora, los patriarcas de la escuela empirica. (1)

Aserciones tan formales no dejan lugar á duda. Si bien en esta octava declaracion, tenemos que hubo en efecto, derecho de represalia, no solo contra traidores que el humano General Paz no ha tenido que ver en ello, pues la cosa sucedió en *la linea*, estando el General en la plaza; Garcia, pues un Garcia hubo, fué ejecutado antes de llegar Oribe á la plaza, por ser desertor.

Queda pues, el malhadado Senador, convencido no hasta de error, sino de crueldad y de cambios deplorables de fechas.

(1) El General Mitre:

« El decreto (9 de Noviembre de represalia) no tuvo el carácter de una medida política ó militar y nunca fué práctica, habiendo tomado despues muchos prisioneros, ninguno de los cuales fué ejecutado.

« En virtud de este decreto (de traicion 13 de Febrero de 1843) tres días antes de llegar Oribe al Cerrito, fueron ejecutados dos en la linea, hallándose el General Paz en la plaza. De los dos ejecutados en la linea, uno se llamaba Garcia, desertor de extramuros tomado ligeramente herido.»

Pero hay un juez mejor que el *Posible Futuro*, que es *D. Pretérito Pluscuamperfecto Pasado*, es decir, el decreto mismo, que fué *orden general* del ejército, y no decreto dado efectivamente el 9 y la *orden particular* del General Paz, del 11, mandando ejecutar á Garcia.

La distancia entre el 9 y el 11 no prueba que se pasase ese tiempo en un sumario y reunir pruebas para probar que había una ley de represalia, y que Garcia tomado herido, peleando, no era un fraile francisco, ni un corredor de número.

El hecho estaba probado por sí mismo, lo que se llama *lo evidente*. Es que el 11 recién cayó prisionero Garcia y el juicio militar en tales casos, se reduce á pararse en círculo cinco ó trece oficiales, señalar el cuerpo del delito y declarar que cae bajo la cuchilla de la ley.

Las heridas, si ligeras ó profundas, pudo no medirlas el que las llama ligeras hoy, pues siendo en 1843 un oscuro oficial de artillería de don Frutos, derrotado en el Sauce Grande, donde era Teniente, pudo no haber venido entre los veinte y cinco de cada cuerpo, que la orden del General Paz mandó concurrir á formar el cuadro. Uno de los oficiales que asistieron, declara que eran profundas las heridas y el reo estaba moribundo, sacado en un catre de cuero, camilla, por no poderse tener de pie, que era lo mismo que diez veces ha repetido, contándolo con aplauso el General Paz, y ante oyentes diferentes, el doctor Velez que era amigo entonces del General Paz, (y no lo era porque por su edad y grado no podía serlo, el mas copetudo de los declarantes en falso), cambiando las fechas, achicando las heridas y sustituyendo el derecho de gentes, el General Paz no por amor al General, sino por persecucion y odio al Senador; persecucion y odio que ha tolerado diez años en silencio y no quiere tolerar mas tiempo, si lo provocan á usar en legítima defensa, de la verdad que siempre es necesario decir.

Ahora vamos á los principios. No es por un movimiento de indignacion *de cuatro mil circunstancias* que un gobierno declara ó no la represalia. Las represalias de guerra, las legitima el violar el enemigo con crueldad los usos de la guerra. Decir que aquella declaracion, una vez confesado que la hubo, *no tuvo carácter civil ni militar*, es simplemente

una falta de criterio. Decir que el derecho *no se aplicó nunca*, es hacer farza de cosas tan graves, como los actos de aquella guerra terrible. ¿Por qué no lo cumplirá? Por miedo de Oribe? No degollaba el enemigo los prisioneros? Otra cosa es que la represalia se aplique con parsimonia.

Declarantes falsos, con dolo, con segunda intencion, con miras torcidas, he aqui toda la cuestion.

Lincoln era mas humano que Paz, puesto que no tenía por profesion las armas que matan, y Lincoln declaró la represalia. El rey Guillermo, ó su General en Jefe en la reciente guerra, declaró á la Francia que pasaría por las armas *irremisiblemente* á todo el que hiciese guerra sin llevar el uniforme de un cuerpo, con los botones del ejército á que pertenecía, é irremisiblemente lo cumplió. La Europa entera que es tan humana, como los que no han querido en el Congreso declarar que el degüello está incluido entre los delitos de lesa humanidad, aprobó la declaracion prusiana y el Gobierno frances la aceptó como genuina observancia de los principios y usos de la guerra civilizada. El resultado fué que no pudiendo Paris sitiado proveer de botones franceses á los *franc tireurs*, la aduana de Inglaterra anunció la exportacion de *dos millones* botones de fábrica inglesa, de tropa del ejército frances, para uso de los *franc tireurs* cuya vida dependía de tenerlos ó no.

No sé qué opinion forman los *empíricos* que inventan una *humanidad* contra las leyes, sin mas propósito que hacer aparecer *inhumano* al que invoca las leyes que nos rigen y las de la guerra. Debido á ese empirismo ó no saber lo que dicen, se dan instrucciones de tratar una Provincia como *cueva de ladrones*, de *hacer guerra de policia*, de declarar *ladrones* á los enemigos, sin *haceles el honor* de guerra civil, y llevarse despues diez años calumniando al que *no cumplió* tales órdenes por necias y procedió conforme á derecho.

¿Cómo no ha de tener razon el doctor Rawson de hacer desconfiar de las traducciones del ingles, cuando él sabiéndolo tan bien, entendió al revez el art. 7º de la ley de *habeas corpus* y á otro Senador le observaron igual irregularidad, cuando media sociedad, soldados, alféreces, tenientes, capitanes, pitos y tambores, están dando el espectáculo de contradecirse unos á otros y alterar las fechas, de hacer y rehacer la historia y condenar las leyes y los usos civi-

lizados como bárbaros, solo para que parezca bárbaro y cruel y arbitrario, uno que es mas civilizado que todos ellos, puesto que ha vivido en mayor número de sociedades civilizadas, entre los hombres que dan el tono á la civilizacion?

Bástele para no condenar la represalia, leer en Calvo ya que en todos los reinicosos sería molesto, *«que á pesar de « la tendencia cada día mas pronunciada en favor de la persona « del enemigo, el conjunto de las leyes de la guerra, es preciso « convenir que los gobiernos, como los Jefes militares, están estrictamente en derecho de adaptar su conducta á las reglas de « reciprocidad que admiten las REPRESALIAS y la retorcion de « hechos, para imponer respeto á los principios del derecho natural del beligerante que lo atropella».* (IV de los enemigos medios licitos é ilícitos de ataque y defensa, Vol. I, p. 110.)
 ¿Qué valen los asertos del empírico Mitre y de sus satélites, parciales é instrumentos, en presencia de la ley de las naciones, el ejemplo de todos los pueblos modernos, y los hechos recientes?

¿Qué valen todas las falsificaciones de fechas y de la historia, producidas para denigrar á un Senador, en presencia del terrible documento que sigue y que tenían por delante los que han faltado á la verdad intencionalmente, y de la firma del General Paz, al pie de la sentencia de García, en la orden del día que sigue?

ORDEN GENERAL

(Línea de Fortificacion, Octubre 9 de 1843.)

DECRETO :

El gobierno con fecha 7 del corriente ha expedido el decreto que sigue : El gobierno de la República ha agotado su moderacion para con los verdugos del *degollador* de Buenos Aires. Les ha dado proteccion generosa, aun cuando sus manos humeaban en sangre derramada con alevosa ferocidad. Dos días despues de la victoria de Cagancha, vivian entre nosotros y en el seno de su familia en plena libertad todos los prisioneros de aquella memorable jornada. La conducta de los Jefes aliados de la República que han combatido en las Provincias argentinas no ha sido menos generosa. Ellos han mirado la vida del prisionero como un derecho sagrado, á pesar de que tuviesen que vengar el asesinato atroz de compañeros y deudos sacrificados á sangre fria, despues de haber depuesto las armas, de existir muchísimos meses sumidos en terribles mazmorras, ó de haberse entregado prisioneros solo en consecuencia de solemnes capitulaciones y garantia en sus vidas. El derecho de gentes, pues, autoriza al Gobierno para reprimir

con el castigo á los que en *Pago Largo* pasaron á cuchillo á mil y quinientos hombres rendidos; á los que en el *Quebracho Herrado* asesinaron á un parlamentario y á casi todos los prisioneros de esa jornada; á los que en *Sancalá* pasaron por las armas á todos los prisioneros de la clase de oficiales; á los que asesinaron en Tucumán á los que rindieron las armas; á los que en *Catamarca* levantaron una pirámide de seiscientas cabezas humanas; á los que en el *Rodeo del Medio* mataron á cuantos sobrevivieron en el combate y por muchos días buscaban á los dispersos moribundos bajo los hielos de los Andes y los desenterraban de sus sepulcros no para volverlos á la salud y la vida, sino para tener el placer de asesinarlos; á los que finalmente estuvieron degollando durante tres días á nuestros compatriotas y compañeros de armas tomados prisioneros en la infausta jornada del *Arroyo Grande*; formados de diez en diez, asesinaban allí los verdugos de Rosas con mofa atroz á los valientes veteranos de nuestra Independencia á los que tantas veces vimos arrostrar la muerte, vencer y perdonar.

Estos mismos verdugos están hoy á nuestra vista y cada día se hacen culpables de un nuevo crimen contra la civilización ó la humanidad. Su marcha desde el Paraná hasta el Cerrito puede decirse sin exageracion que no ha sido sino una huella de sangre.

El Gobierno no vacila entre tanto, en restablecer contra ellos las represalias y aunque pudiera extender su rigor á todos cuantos siguen la bandera de Rosas, la limita á los individuos de la clase de jefe y oficial; y para él será día de suma satisfaccion aquel en que deje su enemigo de hacer la guerra á muerte y le permita entregarse sin peligro á los sentimientos de humanidad de que ha dado tantas pruebas. Entre tanto ningun remordimiento debe quedar á nuestros soldados al inmolar con implacable firmeza á los degolladores de prisioneros, que hacen sufrir á sus victimas, horrendas torturas, que han sembrado las playas y caminos del Rio de la Plata, con cabezas de ilustres americanos, que han violado los sepulcros, que han hecho salazon de miembros humanos, tegido correaje de la piel arrancada á sus cuerpos muertos y que persiguieron muchas leguas al cadaver del ilustre é infortunado General Lavalle, PARA CORTARLE LA CABEZA.

En documentos oficiales constan todos estos crímenes contra la naturaleza y la civilizacion. La Europa y la América los contemplan con horror y nos harán justicia cuando nos vemos forzados á usar del derecho de represalias, desvalnamos irrevocablemente la espada para caer muertos con gloria ó tornarla á la vaina tinta en la sangre de los tigres feroces.

El Gobierno de la República, teniendo en vista estas consideraciones, y con calidad de someter oportunamente al Cuerpo Legislativo esta resolucion, cuya responsabilidad asume; dispone que en los ejércitos de la República se lieven desde este día á inmediata ejecucion los siguientes artículos :

Art. 1.º. Hasta el día que el enemigo cese en su práctica de matar á los soldados y oficiales de la República ó de nuestros aliados, y haga la guerra conforme á la civilizacion, SERÁN IRREMISIBILMENTE PASADOS POR LAS ARMAS TODOS LOS INDIVIDUOS DEL EJÉRCITO DE ROSAS QUE SEAN APREHENDIDOS, Y PERTENEZCAN Á LA CLASE DE JEFE Ó OFICIAL.

Art. 2.º. Los de la clase de sargentos, cabos y soldados que no se hayan hecho culpables de asesinatos premeditados, y no sean nacidos ó aveclnados en la República, serán respetados como prisioneros de guerra, y tratados con toda generosidad.

Art. 3.º. Se exceptúa de la disposicion anterior á los individuos de la clase de sol

dado que tienen el oficio de DEGOLLADORES en los cuerpos enemigos y á los que sean convencidos de haber usado alguna vez de manea ú otra clase de correaje fabricado de piel humana, é insultado de algun modo los cadáveres de los muertos en batalla ó en los cadalzos de la tiranía.

Art. 4º. Comuníquese á los ejércitos de la República, dándose en la orden General por ocho días consecutivos, publíquese por bando, é insértese en el Registro Nacional y en los diarios por ocho días.

SUARZ.—MELCHOR PACHECO Y OBES.

ADICION Á LA ORDEN GENERAL

Noviembre 11 de 1843.

En vista de la sentencia pronunciada por el Tribunal Militar contra el reo Bonifacio Garcia, ha recaído el decreto siguiente: — «Cúmplase, póngase en capilla el reo, quien será ejecutado á las 5 y media de la tarde de este día.

Paz.

En consecuencia el comandante D. César Diaz, mandará el cuadro, debiendo asistir veinte y cinco hombres de cada cuerpo del ejército, á la plazoleta inmediata al HOSPITAL DE SANGRE, á las cinco de ella.

BAEZ.

CASEROS

Escusado es dar cuenta aquí de lo que pasó en Chile desde 1841 hasta 1851, en cuanto á la cuestion politica argentina. Habiéndose hecho extranjera la guerra bajo las murallas de Montevideo, toda la Confederacion yace postrada á los pies de sus caudillos.

Chile en tanto, se convierte en una cátedra de derecho constitucional, de historia, de economia política, para ilustrar todas las cuestiones que suscita la lucha contra un tirano semi-bárbaro. Es este el mas bello espectáculo que haya presentado la América latina. Navegacion libre de los rios, libre cambio, viabilidad, emigracion, todo se ventila en la prensa, en folletos y en libros que afectan la forma de la historia; pero que arrastran tras si las simpatías aun de los opresores, y se abren paso hasta Europa mismo, y cambian la opinion del mundo civilizado.

Los tiempos se acercan al fin, y los termidorianos aparecen formidables, revindicando su parte de accion perdida, pues han acabado por sentirse absorbidos por el poder dictatorial que ellos mismos han creado.

Es triste el denuncia que el autor hace de los pequeños pero invencibles obstáculos que se opusieron á que la poderosa emigracion de Chile, con las mejores espadas de los ejércitos de línea, con la inteligencia de sus *leaders*, apareciese en la escena, cuando de destruir la tiranía de Rosas se trataba en 1851, ya que el General Urquiza se aprestaba á la lucha, en alianza con Montevideo, Corrientes y el Brasil. Diez provincias, siendo en cuatro de ellas por lo menos mas fuerte y decidido el partido liberal,

con Chile al respaldo como maestranza y campamento, permanecen tranquilas, cual si nada les fuese en la parada, hasta que el vencedor de Caseros tiene que entenderse con los gobernadores de Rosas, reconocidos guardianes de pueblos que en efecto parecieron rebaños. Esta aparente anomalía es causa de importantes revelaciones.

Los jefes militares que pudieron, dieron la vuelta del Cabo y fueron á ofrecer sus servicios al General Urquiza, ya General en Jefe de un poderoso ejército aliado. Tomaron servicio en dicho ejército con el título de Tenientes Coronales don Bartolomé Mitre y don D. F. Sarmiento, el Coronel Aquino y el Coronel Paunero.

De un documento publicado entonces, se ve que el General Urquiza, invitaba al Teniente Coronel Sarmiento á incorporarse al ejército para acompañarlo en la próxima campaña, *en que sus servicios é inteligencia—decía—serán de mucha utilidad, sin que por eso deje Vd. de estar en campaña, cuando mucho tiempo hace que lo está combatiendo con sus escritos al tirano de nuestra patria (1).*

Este reconocimiento de los pasados servicios prestados, declarándolos continuos y útiles el general en jefe, no conviene á todos los militares argentinos de entonces, por cuanto no estuvieron combatiendo con sus escritos al tirano de su patria. Alberdi encabezaba una escuela que pretendía, que siendo extranjeras las prensas de que eran redactores los argentinos, no les era lícito abogar por los intereses de su patria de nacimiento. Sarmiento sostenía, aun ante el gobierno de Chile, que el espíritu humano no se divide en dos secciones, y que donde quiera que las ideas liberales lo reclaman, ahí ha de estar con toda su inteligencia y voluntad el que hace profesion de sostenerlas.

Cumpliólo sin tregua en los diarios chilenos que redactaba, pero para responder á toda objecion, escribió libros como el *Facundo*, periódicos como *La Crónica* y *Sud-América*, que contienen todo el programa de la revolucion y ocultan los enormes caudales necesarios para imprimirlos y hacerlos circular en catorce provincias clandestinamente durante diez años con otros panfletos por toda la Confederacion

(1) Tomo XIV. pag 53.

hasta introducirlos bajo la almohada del tirano, segun el testimonio de La Fuente, secretario del gobierno, del General Mansilla, hermano político de Rosas, de Roque Perez, oficinista, de Pedro Angelis, escritor de Rosas, que servian de agentes, mas ó menos directamente.

Yendo camino de incorporarse al ejército, los tres oficiales generales que venian de Chile, trasbordándose en Montevideo al vapor *Don Alfonso* que llevaba la insignia del Almirante Greenfel, tuvieron parte en el combate naval del Paso de las Piedras, sufriendo la lluvia de novecientas balas rojas, segun confesion del General Mansilla que las arrojó; y nunca está demas en la foja de servicios de un Jefe de Estado Mayor de tierra, un combate naval en que quedando sobre cubierta, toma la misma parte que el Almirante ó el último grumete (1).

La campaña, ejército y batalla de Caseros, es el mas considerable hecho de armas de que pueda honrarse un General, no tanto por la batalla que era una consecuencia, como por el plan de campaña que anticipó diez años la revolucion que debía experimentar la composicion de los ejércitos, sufriendo en la batalla general la caballería, impotente contra el remington y el krupp, y reservándola para obrar en grandes masas, sobre el enemigo, ya para embarazar, ya para desconcertar sus operaciones.

El General Urquiza, antes que pudieran los pasados regimientos de Buenos Aires, con la muerte de Aquino entonar el decaído espíritu moral de sus tropas, formó una vanguardia de ocho mil hombres de caballería, y á marchas forzadas, yendo á su cabeza, cayó el 31 de Enero sobre el General Pacheco, que se mantenía de vanguardia con toda la caballería de Rosas en los campos de Cabral, y lo aplastó con el número, y lo espantó con la rapidez. La batalla campal para Rosas era un vano simulacro. Habiendo descubierto el astuto General Urquiza el verdadero uso de la caballería en las campañas modernas, repitió la misma maniobra en Cepeda, donde había triple vanguardia, sobre la cual cayeron siete mil hombres en cuatro divisiones. Es verdad que el General Trochu, no había escrito todavia que

(1) El parte del Almirante Greenfell se halla en el T. XIV pág. 139 (N. del E.).

« la invencion de armas cortas había cambiado enteramen-
« te, la parte que la caballería debía desempeñar en la
« guerra, y que su verdadera mision le venía de su rapidez
« y por consecuencia de su aptitud para caer en medio de
« un ejército en retirada, rompiendo los trenes, interrumpiendo las comunicaciones, cayendo donde menos se le
« espera. La asombrosa fuerza moral sobre la eficacia
« simplemente material de esta arma, no parece haber
« sido comprendida por el ejército frances durante la última guerra, permitiendo que su caballería operase en
« masa compacta con la infantería, etc., etc.» Qué extraño pues, que no fuese comprendida tampoco entre nuestros Generales, aunque aquel genio militar que el General Paz reconocía en Urquiza, le hubiese hecho anticiparse á la Europa en el cambio de estrategia, avanzando setenta leguas con toda su buena caballería para tomar y aplastar al enemigo en su propio campamento?

Desgraciadamente el jefe de Estado Mayor, que en la Campaña del Ejército Grande aplaudió calurosamente estas audaces operaciones, no tenía los mismos elogios para los actos políticos que se sucedian en Buenos Aires despues del triunfo, tratándose aun antes del Acuerdo de San Nicolás de revivir y organizar la Confederacion de Rosas, razon porque el 10 de Febrero pidió y obtuvo su retiro del servicio público; pero al momento de embarcarse para regresar á Chile, renunciando á toda esperanza de ver organizada la República bajo instituciones libres, entregó al General Hornos la siguiente carta, para ponerla en manos del General Urquiza, que tuvo un mal rato al leerla.

Buenos Aires, Febrero 23 de 1852.

Señor General en Jefe del Ejército Aliado:

Habiendo obtenido de V. E. el permiso de regresar á Chile, despues de haber terminado la comision que se dignó confiarme en el Ejército Grande, he resuelto aprovechar la próxima partida de un buque para Río Janeiro. Aceleran esta resolucion el lenguaje y los propósitos de la proclama que ha circulado ayer, siendo mi intencion decidida no suscribir á la insinuacion amenazante de llevar

un *cintillo colorado*, por repugnar á mis convicciones y desdecir de mis honorables antecedentes.

¡Que Dios ilumine á V. E. en la escabrosa senda en que se ha lanzado, pues es mi conviccion profunda que se extravía en ella, dejando disipar en un período mas ó menos largo, pero no menos fatal por eso, la gloria que por un momento se había reunido en torno de su nombre. Aprovecho esta ocasion de ofrecer á V. E. los respetos y la consideracion con que me suscribo de V. E. seguro servidor.

D. F. SARMIENTO.

CARTA DEL COMANDANTE BARTOLOMÉ MITRE Á DON MARIANO DE SARRATEA

Febrero 13 de 1852.

«Todos los Jefes argentinos quedan en Buenos Aires para organizar el ejército permanente. Yo mandaré la artillería y con Sarmiento escribiremos un periodico, empieza para nosotros una nueva campaña más laboriosa que las anteriores. Nuestro Sarmiento se ha portado como un héroe. En el combate del Tonejero estuvo á mi lado, y durante sesenta y cinco minutos de fuego permaneció con la mayor serenidad conversando conmigo. (1) En la batalla del 3, cayó con la columna oriental con espada en mano sobre las posiciones fortificadas del enemigo, bajo el amparo de los fuegos de mi batería que disparó en aquel día 400 balas rasas, sosteniendo el ataque de nuestras columnas de infantería. Incluyo á V. el parte de la batalla. Le dije á Vd. que buscara mi nombre en el boletín que de ella se diese y he cumplido mi palabra. He tenido la fortuna de ser el jefe de artillería que más se ha distinguido, batiéndose con dos baterías del

(1) «Porque no seria Mitre el que estuvo al lado de Sarmiento? se ve el espíritu de hacerse el sujeto de la oracion. Sarmiento estuvo con su rico antejo siguiendo la direccion que traian las balas rojas, novecientas, y diciéndole, alli viene una, alla vá etc. Despues con Paunero se consagró á calentarles los lomos á los artilleros que se escondian tras la borda y no cargaban el único cañon. Mitre mas flemático, se tenia impasible (Nota del autor).

centro enemigo, como lo verá V. Cuarenta y siete balas del enemigo cayeron en mi batería, matándome once hombres, siete caballos y desmontándome tres piezas. Tres balas de cañón me cubrieron de tierra y las astillas de una palanca rota por el proyectil enemigo me rosaron levemente la cara haciéndome una herida de alfiler. Cuando la derrota se pronunció, hostilicé al enemigo en su retirada con cuatro piezas de artillería (la batería era de cinco) que fueron las primeras que llegaron á Palermo, donde con parte del ejército acampé en la misma noche de la batalla. Al otro día, al ir á ver al general Urquiza, me dijo delante de una gran concurrencia: «La batalla se debe á los esfuerzos de todos los amigos, y entre ellos á los del Comandante Mitre». Estoy de nuevo en camino y espero llegar lejos, si no me muerdo en el viaje. Hemos dejado en la mitad del camino á nuestro pobre Aquino que no tuvo la felicidad de ver libre á su patria. Pero hemos hecho en honor de su memoria cuanto hemos podido hacer. Tenemos con Sarmiento la lista de los asesinos y hemos jurado que ni uno solo ha de quedar vivo.... Hágame la gracia de pasar esa cantidad (\$ 300) en Chile á la cuenta de Sarmiento que él me ha entregado aquí igual valor.—B. Mitre.

Un incidente dió á la prensa y servidores de Rosas ocasion para una fábula que el Coronel Mitre, don Bartolo, tuvo el coraje de desmentir con el siguiente comunicado al Redactor del «Comercio del Plata»:

«Sirvase publicar estas cortas líneas en contestacion al torpe pasquín, que con el titulo de *asesinato frustrado y fuga del asesino* se ha insertado en el *Diario de la Tarde* de hoy (viernes 26 de Febrero de 1852) con la firma de don Juan Mur.

«El señor Sarmiento, á quien se ataca en esa ridícula pasquinada, no necesita de mi defensa; pero siendo amigo suyo, y estando incidentalmente mi nombre mezclado en el asunto que ha dado origen á aquella publicacion, me considero en el deber de no dejar pasar las injurias que se le dirijen por la espalda.

«Todos conocen bien al señor Sarmiento. Sus escritos políticos, literarios y administrativos le han granjeado una reputacion americana, y solo al señor Mur, podía ocurrirle la ridiculez de llamar asesino al publicista ilustrado, al mili-

tar valiente, cuyo nombre es respetado en toda la República Argentina.

«En cuanto al dictado de cobarde que le aplica el autor del pasquin, solo una cosa diremos en contestacion. El señor Sarmiento se batia con honor en Monte Caseros, y cargaba espada en mano en la Division Oriental, que tomó por asalto las posiciones enemigas...

«El señor Redactor del *Diario de la Tarde*, haciéndose el abogado de la causa de Mur, tambien le dirige al señor Sarmiento su tiro por la espalda, y puesto que se ha hecho solidario de tan noble causa, reciba igualmente para sí todo lo que queda dicho para el autor del pasquin que él ha prohijado.»

B. Mitre.

(Diario «Agente Comercial del Plata» Núm. 213, año I.)

Treinta años despues, esta carta tiene un gran valor.

Escusado es confirmar el hecho de que el Teniente Coronel Sarmiento, estúvose espada en mano en lo mas recio del combate de Caseros, pues que con el señor Dillon ocupaba el costado de la guerrilla de infantería oriental avanzada sobre la batería de la puerta del Palomar, que arrojaba una lluvia de metralla. Lo que ahora importa, y el Coronel Mitre que aun no figuraba en la escena política, hace notar entonces, es el caudal de reputacion formada, que traía desde Chile, Europa y Estados Unidos, el señor Sarmiento, objeto de aquellas injurias, pues todos sus grandes escritos, como sus viajes, son anteriores á la batalla de Caseros. Podemos, pues, retener las palabras del Coronel Mitre, que va á aparecer en la escena, para ver si pudo en adelante conservar íntegro este buen nombre, y no lo disminuyeron y degradaron el epíteto de loco, de boletínero, y el trabajo y las intrigas de los partidos representados por diarios conocidos, que sucesivamente intentaban hacerle descender en la pública opinion, á punto de creerse él mismo, hoy que ha necesitado llegar á la edad de setenta años para recuperar en la estimacion pública el puesto honorable que le tenían deparado desde 1845 los hombres notables del mundo, que trató.

Vuelto de su destierro voluntario, despues de la revolucion del 11 de Setiembre, de cuyos síntomas precursores

huyó, volvió á tomar servicio, y el decreto que sigue, aunque sin aplicacion sino durante dos días, pues que el General en Jefe llegó y se recibió del mando de la plaza, contuvo las dos últimas comisiones que recibió con mando de tropas, siendo de notar que se conserva Teniente Coronel con funciones de General durante diez años, y que, salvo el grado de Coronel dado mientras dirige la campaña contra Peñalosa, se conserva treinta años Teniente Coronel; y aun transcurridos aquellos, es materia de graves dudas y vacilaciones para la Comision militar del Senado, cuya mayoría la formaban el hermano del General Navarro, Gobernador caudillo de Catamarca (4) como era General el Chacho, y el hijo del General Echagüe, aquel Restaurador del Sosiego Público de Santa Fe, cuyos títulos de doctor en teología le sirvieron para que Rosas lo condecorase con aquel título.

Con esto termina la crónica militar de los tiempos heroicos, y el servicio de subalterno que lo lleva á la campaña del interior despues de la batalla de Pavon, con el carácter de auditor de guerra, acabando por terminarla personalmente, como se verá en seguida, mediante lo que él llamó *la diplomacia de la guerra*.

El decreto que sigue cierra el periodo de la historia pre-constitucional argentina, y de los servicios militares del Teniente Coronel don Domingo F. Sarmiento á las órdenes de otros gefes de mayor graduacion.

« Art. 1º Al exterior de la ciudad se formará una línea de fortificaciones... etc.

« Nómbrase Comandante General al Coronel don Wenceslao Paunero, y para segundo Jefe al Teniente Coronel don Domingo F. Sarmiento, antes Jefe del Estado Mayor del Ejército de Reserva... Las tropas que guardan la línea de fortificaciones, dependerán del General en Jefe del Ejército de la Capital.—Buenos Aires, Octubre 29 de 1857.—PASTOR OBLIGADO.»

(4) Este señor ha permanecido Diputado ó Senador por Catamarca durante treinta años sin interrupcion en los Congresos de la Confederacion y de la República. No ha usado nunca, ó poquísimo, de la palabra, y se cree que la resistencia á despachar el Informe de la Comision Militar del Senado, durante tres años, es hasta hoy su único acto parlamentario.—(Nota del autor).

DESPUES DE CASEROS

«Con pretexto del decreto de Urquiza sobre el cintillo punzó, abandonó á Buenos Aires, abandonó á sus compañeros de causa y los dejó frente á frente al caudillo, en aquella hora suprema en que se aprontaban todos á la nueva lucha que ya se veía venir, que vino, y en la que ganaron una batalla mas importante que la de Caseros.»

«¿Cuál era el deber de Sarmiento en aquellos momentos?

La consecuencia á sus principios, el patriotismo se lo imponían; permanecer al lado de sus compañeros, seguir su suerte, quedarse con ellos, ayudarlos formar en sus filas, tanto que él se consideraba una potencia, creyéndose, como por otra parte se ha creído siempre, uno de esos *predestinados* de la Providencia y del destino, para cambiar la suerte de los pueblos, luchando hasta contra la omnipotencia de Dios!»

¡Pobre Jacinto (1) cuanta razon teniais de acordaros de Marnix de Saite Aldegonde!

La historia se escribe con los resultados ya realizados, de los que los autores de los hechos imaginaron justo, bueno y necesario, y cuyo juicio solo el tiempo rectifica.

¡Cuantos sacrificios heroicos hizo la revolucion francesa para acabar con sus reyes y establecer el reino de la razon y de la libertad! ¿Qué consiguió? A traves de arroyos de sangre, levantar en los escudos de los soldados al Emperador Napoleon y hacer morir dos millones de franceses.

Segunda República! otro Napoleon y la desmembracion. —No está la monta en quererlo.

Faltábanos ahora los niños de hoy calumniando á los autores de ahora treinta años, para hacerlos entrar en el cartabon de la epoca actual. «Ganaron una batalla (nuestros padres dicen,) mas importante que la de Caseros en ausencia de Sarmiento.» Así será; pero Sarmiento volvió Presidente á Buenos Aires, cuando ya se habian

(1) D. Jacinto Rodriguez Peña, hijo del prócer Rodriguez Peña quien envió al autor el libro de Louis Blanc sobre Marnix de Sante Aldegonde, comparando al protagonista con Sarmiento (*Nota del Editor*).

reconocido, no que pagado, costos y costas del sitio, Cepeda, Pavon y reincorporado Buenos Aires á la nacion, no habiendo mas de nuevo que un Brigadier General.

«Sarmiento en 1850 abandonó á Buenos Aires, á sus compañeros de causa» etc. Vaya que cargo! ¿Encuétralo esto el historiador en algun documento de la época? Lea *Los Debates* y en ellos verá que Sarmiento estaba presente. Registre las actas de la Legislatura, y encontrará que ausente, fué nombrado Representante, en reconocimiento de los grandes servicios que prestó á Buenos Aires sitiado, desde Chile, con sus escritos, su influencia y su accion. Lo único raro que encontrará, lo único anti-porteño de lo porteño de entonces, es que no quiso aceptar por ciertos escrupulillos de conciencia. Habían hecho fueguito á parte, levantando «la banderita de pulpería», como solía decirles el Coronel Mitre entonces.

¿Pero cuales eran sus compañeros de causa? Vaya con la pregunta! Su compañero era el General Urquiza, á quien se había asociado para destronar á Rosas. Anduvo maleando y se le hizo á un lado.

Un punto dividió por entonces á los viejos unitarios. ¿Debía aceptarse á Urquiza con tierra y todo? Debía ser con su mas ó su menos? Unos porteños pensaron que sí y lo siguieron al Paraná; otros que no, disimulando su pensamiento.

Sarmiento diría á su vez:—no es conmigo y se alejó. Creía, sin duda, que ni en Buenos Aires, ni en Urquiza se encerraba la Bienaventuranza; que habian unitarios por todas partes y la nacion se extendía hasta los Andes y Jujuy; creería ademas que la gran batalla estaba aun lejos y debían economizarse las municiones.

En cuanto á unitarios y federales de entonces, excluyendo los sostenedores de Rosas (alias mozorqueros), se ha de quedar lelo, el que treinta años despues le echa en cara haber abandonado á sus compañeros. Oiga, y asústese de lo que en un Memorial escribía al Gobernador Benavides en Marzo 11 de 1845, conjurándolo á encabezar el movimiento contra Rosas:

«Rosas sucumbirá sitiando á Montevideo, ese es su destino.

«Esta cuestion no la decidirán ya los antiguos unitarios (1845!) pero alguien la ha de decidir, y ese alguien es mejor que sea V. E. en cuyas manos está hoy el hacerlo. Necesitamos además hacer á los unitarios viejos respetar los cambios que se han venido operando en la República, y esto no podemos hacerlo, sino sosteniendo y apoyando los intereses nuevos que se han creado.» (1).

Con tales ideas sibilinas, ya puede el crítico vulgar preguntarle quienes eran sus compañeros.

Sarmiento presente en Buenos Aires entonces, no habria estorbado la separacion, que era salida de clérigo mulato, porque si dice de gallos de mala ralea, (gallo bruto) le arman camorra los gramáticos pardos!

¿Qué sucedía cuando el decreto de Urquiza ordenando llevar el cintillo? Era contra los unitarios, pues los federales habian llevado la cinta toda la vida. El efecto fué que los unitarios excepto Sarmiento, lo toleraron por prudencia y que la indignacion de Buenos Aires no tuvo límites. Era un levantamiento en masa. El Dr. D. Diógenes Urquiza que me puso la queja, dirá que á la puerta del General le expresé con sinceridad la gravedad del caso, y se lo dijo á su padre, quien no me llamó para oirme, pues á ser requerido le hubiera indicado el peligro y el remedio.

Ví, pues, venir una *insurreccion*. Aun no habia cometido faltas graves el General, y debe decirse á su justificacion que no las cometió dignas de un alzamiento; pero así es la historia.

¿Cuáles serían sus consecuencias? Expuse al Dr. Alberdi á mi llegada á Chile mis temores.—«Va á haber lucha de Buenos Aires con el vencedor de Caseros y debemos esperar el resultado.»

Mi temor era que de reaccion en reaccion, volviesen, ó á los hombres de Rosas, ó á Rosas mismo. Los unitarios con prestigio civil ó militar no pasaban de una docena, todos desconocidos, aunque estimados de reputacion por aquella generacion. Los hechos respondieron luego á la teoría: hubo revolucion. Véase quienes formaron la Legislatura. Se nombró Gobernador unitario, Alsina, y vino

(1) Publicadas en *La Crónica* el 7 de Enero de 1853—Tomo XVI pág. 261.—
(Nota del Editor).

la reaccion federal; hubo sitio. Fueron naturalmente al poder Anchorena, D. Lorenzo Torres, el General Pacheco al ejército. Era, pues, patente la reaccion. Si Flores triunfa, teníamos á los de Rosas. El sitio iba acentuando, no las divergencias, sino las similitudes. El Gobierno declaró que tan federales eran los de dentro como los de fuera y que lo que los dividia era una simple querella de familia.

Motivó esta declaracion un hecho secundario. Un Sargento, Primitivo Ceballos, gaucho guapo, y por tradicion unitario, tenía una guerrilla de caballería, de *franc-tireurs* ó de voluntarios. Un día les puso banderolas azul celeste por su cuenta á las lanzas, y hacía con éxito salidas, quitaba caballos y hacía maravillas. Llamó la atencion y el Gobierno se alarmó de los colores celeste y blanco que podían *escandalizar* al enemigo.

El Dr. Velez, escandalizado á su vez de esta declaracion oficial federal, puso lo que llamaron despues *una viruta* en *El Nacional*, diciéndoles en una palabra, tan pícaros son los de adentro como los de afuera. ¡Gran sensacion! Que se cierre la imprenta, si no entregan al autor! lo que hizo el bravo Piñero, entregándoles el manuscrito con la firma en todas letras de Dalmacio Velez Sarsfield. Lo llamaron al Ministerio y le dijo á D. Lorenzo de una hasta ciento, y se tranquilizaron, porque nada hay que tranquilice mas á los que no tienen razon, que decirles lo que ellos llaman una desvergüenza, es decir, cantarles la cartilla.

—¿Doctor, no pudiera V. proponerle al General Paz, que se encargase del Parque que anda dado á Barrabas?— Consintió en ello; anuncióle la embajada con mil rodeos, temiendo un rechazo como era de esperarse; pero el viejo táctico y organizador le contestó poniéndose la levita y acompañándole al Gobierno. Quince días despues, salía del Parque un torrente de balas, y D. Nicolas Anchorena exclamó:—¡quien hubiera creído que hubiesen militares tan honrados!—exclamacion que provenía de la sublevacion de la opinion contra los militares de la Independencia, general á todos los propietarios en todas partes; Rosas mató cuantos pudo y Facundo hacía instintivamente lo mismo, á la sombra de la preocupacion honrada, para no tener obstáculo á su ambicion perversa.

Con Paz en el ejército, la reaccion se detuvo; pero el triunfo del sitio, dió brios al sentimiento local y al alejamiento del resto del país.

Don Demetrio Peña, mi amigo, y uno de los porteños mas preparados para la administracion, pues había sido diez años Oficial Mayor de Guerra y Marina en Chile y que había ocupado un puesto eminente aquí, vino á su país, por mi consejo, y regresó á Chile luego, diciendo:—«me vuelvo espantado. El odio á los emigrados es implacable, y entre jóvenes, (que me nombró), de las primeras familias, en mis propias barbas, no se recatan de mostrar su odio y su menosprecio.»

Cuando Sarmiento vino y empezó á escribir, su viejo amigo Tejedor le dijo por vía de consejo:—«V. se pierde; emigrado y mazorquero corren parejas en la opinion.»—Dicen que Sarmiento le contestó:—«como hace veinte años que ando perdido, ¿qué extraño seria que ande algunos años mas?»—porque solía perderse con frecuencia, pero siempre caía á la huella, como las mulas de su tierra.

Cuando la lucha entre la lista *amarilla* con la *blanca*, otro Sargento, Juan Carlos Gomez, ni porteño, ni provinciano, aunque yo lo siguiese como cabo, levantó la bandera celeste y blanca en la prensa, y al fin el gobierno empezó á ser como unitario. Entonces volvió al Gobierno Alsina, con mucha ayuda de Sarmiento, y la cosa fué tomando color. hasta Cepeda, la Convencion en que estábamos igualmente representados y apareados; yo por ejemplo, con Irigoyen que con todo su saber no se atrevía á tomar la palabra y se mordía de rabia, cuando les ganábamos las cuestiones.

Esta es historia, mis perversos chicuelos, y no hay que andarme señalando donde estaba mi puesto, ni donde mis amigos. Véase, por lo dicho, si tenía ó tengo razon de creerme uno de esos pronosticadores «de la Providencia ó del destino»... Suprimo una blasfemia de estos troneras sin conciencia y sin respeto.

Mi ausencia les trajo á Vds. un gran bien; y es dejar el campo libre á un joven militar y literato que necesitaba hacer sus primeras armas en su país. Escribió un sentido artículo en defensa del Comandante Sarmiento, insultado por un Mur, en el *Diario de la Tarde*, declarando haber estado aquel en lo mas grueso de la pelea en Caseros, espada en

mano como un bueno á una cuadra ó mas de nueve piezas de artillería que no vomitaban por cierto confites, sino vizcainos. Este acto de justicia y de amistad le valió al Coronel Mitre que se le llenase la casa del pueblo de Buenos Aires á visitarlo y desde entonces fué conocido y estimado (1). Su camino estaba hecho, al menos así lo manifestó él y en esos términos á su ahijado, pues contaba con talento, patriotismo, instruccion y podía manejar la pluma y la espada. Escribió *Los Debates*, y entró de lleno en la carrera pública, ocupando luego el primer puesto y acabando por ser el hombre necesario, felicidad que les deseo á todos, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espiritu Santo, Amen.

LIFE IN THE ARGENTINE REPUBLIC

(*El Censor*, 30-y 31 de Diciembre y 1.º de Enero 1886)

Mrs. Horace Mann al traducir al ingles *Civilizacion y Barbarie*, dióle á su trabajo aquel nombre, porque decia, la lucha entre la civilizacion y la barbarie es comun á todos

(1) En presencia del señor General Roca, del Dr. Pellegrini y otros Senadores hemos oido al señor General Mitre declarar con sencilla hidalguía que esa defensa que hizo de Sarmiento le valió en Buenos Aires, donde era desconocido, su primera popularidad.

El asunto Mur tiene estos antecedentes. Antes de sublevarse Urquiza contra Rosas, se presentó el Coronel Juan Mur en Chile en la casa de Sarmiento, á proponerle el Ministerio de Gobierno de parte de D. Juan Manuel Rosas, con todos los circunloquos y promesas que son de imaginarse, Sarmiento contestó ofreciéndole al negociador chicotearle en la cara, cuando se hallase en Buenos Aires, cayó el tirano. En efecto, algunos dias despues de Caseros, en la calle de Cangallo frente al pasaje del teatro Argentino, lo encontró y le cruzó la cara con un rebenque. El Coronel Mur en el *Diario de la Tarde* el 26 de Febrero, despues de salir Sarmiento de Buenos Aires, publicó un artículo titulado:—«*Asesinato frustrado y fuga del asesino*». (La contestacion de Mitre es la consignada pág. 205.)

Es esta la ocasion de consignar una anecdota de esa época, que relató el General Mitre en antesalas del Senado, en la misma ocasion que acabamos de apuntar. Al despedirse Sarmiento de sus amigos, en el muelle, para salir de nuevo al destierro, con grande asombro de Mitre, le dijo:—«Mitre, será Vd. el primer Presidente de la República; pero acuérdesese que me reservo la segunda Presidencia»—Era pocos dias despues de Caseros, y Urquiza debía parecer el único Presidente posible.

Esta relacion hecha por el General Mitre, concuerda palabra por palabra con la que ha hecho varias veces en nuestra presencia el General Sarmiento.—(*Nota del Editor*)

los países y de todos los tiempos, mientras que lo que este libro describe es la vida, como lo es en la República Argentina con sus caudillejos y sus luchas civiles que son cosas *sui generis*.

Contaremos un episodio de esta vida argentina para mostrar lo que cuesta vivir aun en los tiempos mas tranquilos, reproduciéndose las escenas *mutatis mutandi*, como si nada hubiera sucedido.

Recuérdase que en 1852, el entonces Coronel Sarmiento de la misma hornada que el Coronel Mitre, se retiró de la vida pública á causa de irregularidades del gobierno que sucedía á Rosas, regresando á su casa en Chile de donde no volvió, sino despues al país, mediante los tratados de Junio, y estar nombrado por la Provincia de Tucuman Diputado al Congreso del Paraná.

Debía regresar á las costas del Atlántico por la Cordillera, y no pudiendo resistir á la tentacion de ver á su madre, familia, amigos, y aun las calles y los cortijos de San Juan su patria, hizo una punta desde Uspallata á el Acequion, y llegó inopinadamente al Pocito en una bella tarde de otoño. Guardaba á San Juan, Benavides, para quien la batalla de Caseros era historia antigua, habiendo sido confirmado en su cacicazgo de 27 años por el vencedor, por cuya razon no podía volver á San Juan el proscrito de veinte años.

Acometió pues la aventura y de un galope recio y tendido se introdujo á la ciudad, no entre gallos y media noche, sino á horas permitidas, entre dos luces.

—Que ha llegado Sarmiento!—que lo han visto venir galopando, por la calle ancha—que entró á su casa—que es él y no puede ser otro por el vestido y la silla (no se usaba montar en silla).

Una hora despues, la ciudad semi-aldea estaba en áscuas; las comadres pasándose la palabra; los policiales, asistentes y ayudantes cruzándose en todas direcciones para impartir órdenes. Benavides tenía unos *guardas de corps* singulares, compuestos de setenta oficiales de coroneles abajo, que servían en las campañas, pero que en tiempo de paz estaban en sus casas, sin uniforme, sin revistar, teniendo cada uno un asistente para cobrar para ambos las raciones de carne y vicios, con lo que había siempre ciento cincuenta

hombres á mano, para un caso inopinado. Ya le había sucedido que la guarnicion de plaza se le había sublevado y escapado por milagro al decirle *dése á preso*. Esa noche durmió el escuadron sagrado, por pronta providencia, detras de la casa del titulado Coronel, en una pampa donde este fundó despues la Quinta Normal.

Al día siguiente reunidos todos los caporales del partido de la resistencia á la prolongacion del gobierno de caudillos, no obstante Caseros, y el sitio de 1853 levantado, un edecan de S. Exa. que no era Benavides sino un Juarez cualquiera para tapar el agujero, entregó al señor Sarmiento una nota en la que se le intimaba salir de la provincia en el término perentorio de veinte y cuatro horas, dándose cuenta con aquella fecha al Director General, de las razones que motivaban aquella medida.

Acertaba á ser el edecan un pariente suyo y como hermano, pues se habían criado juntos. «Siéntate Eusebio (†) le dijo, que este es negocio largo.

«Yo contestaré por escrito la nota; pero ya puedes anticiparle el contenido mas ó menos. Dile al señor Gobernador que siento que al regresará mi patria, á mi casa paterna despues de veinte años de ausencia, me reciba con esta bienvenida; pero que no se aflija, que yo no acostumbro hacerme cómplice de las maldades de otros, suscribiendo á ellas. Que no saldré, pues, de mi casa, y que tenga paciencia, que no corre tanta prisa. Que recuerde que está su gobierno bajo el imperio de un Constitucion que le prohíbe ponerle la mano á un ciudadano, ni desterrarlo, lo que es pena capital; pero que no siendo ellos diestros en el manejo de este chisme incómodo, la Constitucion, yo le indicaré el medio de eludir sus preceptos. Que declare la provincia en estado de sitio, á causa de conmocion, lo que es cierto, y de tentativa de revolucion, para lo que tienen ya aquí reunidos los confabulados, y entonces pido mis pasaportes como extranjero, pues los extranjeros tienen el derecho de salir del país, ó bien, vean á cualquiera que me acuse de haberme robado las torres de la catedral, y no les han de faltar cuarenta picaros que declaren

(†) D. Eusebio Flores hermano de D. José Ignacio (N. del E.)

haberme visto en el acto de echármelas á los bolsillos; me acusan, me condenan y me destierran. Este procedimiento es mas largo, porque hay la defensa del reo y otras majaderías.»

Pasósele la nota-contestacion al Gobernador con esta direccion:—El Teniente Coronel del Ejército de Buenos Aires (Coronel antes por el General Urquiza) á S. E. el señor Gobernador.—Estando usted bajo el imperio de la Constitucion y yo protegido por los tratados de Junio que establecen paz y amistad entre la Confederacion y el Estado de Buenos Aires, pido á S. E. se sirva revocar la orden que no debo cumplir *dando cuenta con esta fecha á mi gobierno*, de la violacion en mi persona del tratado de paz.»

Con esta salida no contaban; pero no cesaban las alarmas, las carreras, los aprestos bélicos, la citacion de escuadrones para relevarse montando guardia. El Teniente Coronel mientras tanto, era apoyado por el pueblo entero, porque Benavides llamaba á sus oponentes «los ciudadanos»! Pues no vé, decía, lo que piden los ciudadanos! Los ciudadanos quieren que yo me deshaga del poder! El creía, como empieza á creerse hoy, que él con los setenta Comandantes y oficiales eran otra cosa que el pueblo, pues que ni con la guardia cívica contaba. El Teniente Coronel, firme en su posicion á dos anclas, mandó decir al Gobernador que le concediese una audiencia á fin de obviar dificultades, y estorbar violencias inútiles, á lo que accedió el Gobernador Diaz (el Juarez de entonces). La entrevista tuvo lugar, y un incidente previo dá la medida de la situacion. Púsose de frac negro y calzó guantes blancos para asistir á la conferencia, por la misma razon que Facundo Quiroga que vestía de ordinario como un paisano, se puso de chiripá cuando don Braulio Costa fué á La Rioja en comision de minas.

No habiendo alumbrado en las calles (había habido en tiempo de Carril) como un Comisario amigo que acompañaba á la comitiva, siendo el doctor Rawson de la partida, se adelantase á saber si estaba el Gobernador, quedaron en el dintel de la puerta, visibles los bultos pero muy notable la silueta del de frac. En el centro del patio había un grupo como de ocho que se movían alrededor de algo, cuyos miembros no se fijaban en el pequeño grupo

de la puerta. Acércasele el Comisario y pregunta por el Gobernador y como notasen al mirarlo que quedaban dos ó tres mas distantes. ¿Quiénes son aquellos, preguntó el Coronel Ríos?—Es Sarmiento que viene á ver al Gobernador.—Sarmiento! y todos abandonaron lo que tenian entre manos, y se enderezaron llenos de sorpresa. No era miedo, sino novedad! Hacía veinte años que no lo veían los hombres de edad, muchos Comandantes no lo conocían, y despues de tanto escribir, de tanto batallar, tenerlo ahí casi encima!

¿Qué estaban haciendo á oscuras estos ochos hombres en medio de un patio? Estaban abriendo cajones de municiones, y entregándole á cada comandante su parte, que recibía y acomodaba en un poncho. Si hubieran estado en visperas de elecciones para nombrarle sucesor al gobernador, se comprende que se distribuyesen cartuchos, como ahora se mandan remingtons á las provincias. Era para la próxima batalla con los *ciudadanos* que encabezaria Sarmiento. Se abandonó por redundante la tarea, y cuando había este entrado en la sala de gobierno, los comandantes se colaron furtivamente en una vecina, para oír y ver cosa tan extraña. La conferencia principió con Diaz y su ministro, por guerrillas insignificantes, pues ministro y gobernador eran meras pantallas, hasta que apareció la figura elevada, sin gracia pero bondadosa y sonriente de Benavides, dirigiéndose á darle la mano al Teniente Coronel, que tuvo el cuidado de juntarlas en la espalda, como lo hacia el Emperador del Brasil cuando deseaba evitarle á un huesped republicano la ceremonia de besarle la mano. Supremo preliminares.—He venido señor General, á dar y pedir explicaciones que pueden ahorrarme á mi desagrados y violencias, y á Vd. un crimen, porque no he de obedecer esa orden.

—El Gobierno está justamente alarmado con su venida en estas circunstancias y ha querido evitar un conflicto con los ciudadanos.

—De mí nada tiene que temer. En todas ocasiones estando bajo su gobierno antes, y despues desde Chile me dirigí siempre á Vd. pidiéndole (por derecho de peticion) que dejase de ser instrumento de la política de los tiranos que oprimen el país, y S. E. lo que ha hecho con mis peticiones

ha sido mandárselas á ellos, ó á los jueces de Mendoza para perderme. Yo lo he buscado siempre.

—Si pero mientras me dirigia peticiones me sacaba el cuero en sus escritos.

—Que queria Vd. que guardase mis armas hasta que Vd. contestase? Ya habria quedado lucido! Mientras tanto á Dios rogando y con el mazo dando, que ha sido la regla de toda mi vida (aplicada tres veces á Urquiza despues).

—A mi no me gustan revoluciones!

—Sí; pero le gusta quedarse con el mando veinticinco años, ó dejarlo provisoriamente en sus tenientes.

Cuando los pueblos están en armas, Vd. se deja estar en casa, oprimiendo á las mujeres y á los ciudadanos inermes. Salí de Buenos Aires con el General Mansilla y Terreros, que fué yerno de Rosas y este me dijo en conversaciones á bordo:

—¿Quién es ese Benavides? A él se debe la pérdida de la batalla. Había prometido venir con diez mil hombres y Rosas lo aguardó hasta el día de la batalla, que habria evitado sin eso. Se le han mandado cuarente mil fuertes (no le llegaron)... Creo que no es fundado el cargo; pero Vd. general hubiera estado bien al lado de Rosas, y mejor al lado de Urquiza; en cualquier parte habria estado bien, pero no aquí.

—Yo no habria de dejar el gobierno, porque así lo quieren los ciudadanos; y que mientras asistia al acuerdo de San Nicolas me declararon depuesto.

—Observe, general, que todas las otras provincias hicieron lo mismo, no obstante seguir el acuerdo; y que Vd. es el único seide de Rosas que queda en el poder, y sobre su cabeza han de descargar sus iras cuando los hechos triunfantes llevan otro camino. Créame general, esto va á acabar mal, sin que yo haga revolucion, pues yo necesito estar en Buenos Aires, hoy separada de la Confederacion, quizá á causa de usted.

—Tambien de eso, tengo la culpa?

—No precisamente eso; pero si hubiese Vd. estado al lado del General Urquiza que con la gloria de tan grande triunfo ha perdido los estribos, habria el pueblo de Buenos Aires buscado otro Presidente y Vd. era el candidato posible.

Todos saben que Vd. no ha derramado sangre de ciudadanos, que [no ha robado ni confiscado bienes de los salvajes unitarios, y como los partidos estaban conciliados, Vd. era el hombre de las circunstancias. ¡Y qué gobierno podría haber hecho! Habría Vd. hecho el papel de Washington con sus virjinianos, con los sanjuaninos que se habrían reunido en torno suyo. Oiga Vd. el nombre de unos pocos. El doctor Carril, el doctor Aberastain, el doctor Rawson, el General Rojo, el infrascripto que vale tanto como cualquiera otro, don Domingo de Oro... etc., etc.

Este rasgo de oratoria le gustó mucho, segun se supo despues...

—Pero Vd. ha preferido no ser nada y seguir vejetando entre las paredes sanjuaninas.

—Qué don Domingo! Siempre el mismo!

—El mismo General, que Vd. conoció joven, siempre diciéndole la verdad... La verdad es que el hielo estaba roto y se separaron en los términos mas cordiales.

Esa noche me deserrajaron un tiro en la ventana, que atravesó un postigo. Al día siguiente pasé un oficio á la policia que mandaba el Comandante Burgoa con quien habia sido compañero de gancho y rancho en la campaña que terminó en Caseros. Quería alejar todo cargo de connivencia y se tomaron desde entonces las precauciones mas esquisitas para resguardar la persona del enemigo, no obstante los acantonamientos de tropas para estorbarle hacer la pretendida revolucion.

Diéronse cita para una conferencia á pocos días, recayendo el designado en el Viérnes de Dolores, que debe recordarse, porque los sucesos ulteriores se ligan estrechamente con la semana santa que explica los *qui proquos* á que dió lugar. Como los asuntos de que se trata merecen particular consideracion suspenderemos aquí el relato saliendo ya de los propósitos de este capitulo.

Habiase serenado la atmósfera, que agitó tan profundamente la inopinada llegada del Comandante Sarmiento. Despues de la conferencia oficial tenida entre este individuo y el doctor Rawson de un lado y el Gobernador Diaz, (Coronel de milicias) y el General Benavides por otro, se mantenía en servicio un escuadron de milicia de caballería, siendo el último que vino á la ciudad el del Albardon.

Por lo demas la tranquilidad de los espíritus se] había restablecido desde que ya no se veían como los días anteriores asomadas por ventanas y puertas, cabezas con ojos inquietos é inquisitivos espiando los movimientos de los paseantes, atraídos por los galopes de los caballos.

Diéronse cita para el viernes y acudieron los nombrados á casa del Gobernador.

La recepcion fué cordial y amena. El Gobierno se había convencido de que el señor Sarmiento había venido á San Juan simplemente de paso, sin conocimiento de nadie, aunque esta sola circunstancia justificase al gobierno por sus alarmas. Repúsole que estando seguro de que se le habría impedido llegar, deteniéndole en el camino, era de buena estrategia ser él mismo el conductor de la noticia, diciéndoles: aquí estoy en mi casa, y el General que es buen militar me hallará justicia. El Coronel Gobernador recordó con gusto haberle salvado de la muerte en la mazorqueada de veinte años antes; el recuerdo no era muy correcto; pero como no venía á rehacer la historia sino á hacerla, agradeció el cumplido, en honor á la intencion.

Entrando en materia dijo el Comandante: Me felicito de que el Gobierno haya adquirido la conviccion de que ningun propósito, sino es el de ver á mi familia, y reveer el suelo natal y el teatro de las escenas de la juventud me trajeron á San Juan; pero ya que estoy aquí y viendo la situacion tirante en que se halla el gobierno para con los vecinos, he pedido esta conferencia para proponer medios de transaccion y de arreglo de un orden de cosas insoporable; porque veo que la exasperacion ha llegado á su término.

«Yo quisiera que el General se fiase á mi conocimiento de la marcha que llevan siempre los acontecimientos. Caído Rosas, cayeron todos los gobiernos que lo apoyaron, no obstante los esfuerzos del General Urquiza por detener esta inevitable reaccion. Queda es verdad el General Benavides, aunque representado por un jefe suyo. Caerá infaliblemente este lunar, precisamente por los esfuerzos mismos que hará para mantenerse. Es preciso pues que el triunfo de Caseros sea para San Juan lo que ha sido para todas las provincias, el comienzo de un nuevo orden de cosas.

«Es preciso no olvidar lo que ya he tenido el gusto de decir al General con otro motivo, y es que no obstante las irritaciones del momento, el pueblo de San Juan no tiene que quejarse de esas violencias que ponen una barrera entre pueblos y gobernantes. El General Benavides no se ha manchado con sangre de sus conciudadanos; no ha despojado á nadie de sus bienes. Esto basta. Puede pues descender del poder, sin temer nada de los otros; pero esta presuncion se cambiará en certidumbre, cuando descienda bajo un gobierno regular y constituido, á que él mismo habría contribuido.»

El discurso produjo el efecto deseado, y se procedió á buscar términos de arreglo. «Sería largo, acaso ridículo, dijo el que iniciaba esta idea, apelar á las elecciones, para renovar el gobierno; pero tenemos la antigua institucion del Cabildo abierto, que legaliza un acto que no es revolucionario. Convengamos en algunas bases, y sobre ellas podemos convocarlo.

«En todo caso, saltó el Gobernador Díaz, nosotros nos quedamos en el gobierno.

—No veo inconveniente en ello y ya tenemos una base segura. Vamos á la Legislatura.

Probemos á hacer una lista de las personas mas instruidas ó notables de la ciudad, porque aquí estan los vecinos mas acaudalados. ¿Que les parece?

—¿Nombraríamos mitad y mitad de cada partido?

—No. Eso no hace mas que crear una dificultad mas, sin remediar nada. Pondremos dos tercios de ciudadanos de los que están divorciados con la política seguida, á fin de que hagan adoptar las leyes necesarias para arreglar la situacion.

Esta proposicion tan descarnada iba tan al fondo de las cosas y tan poco estaban dispuestos á conceder nada que dió lugar á mucho debate; pero se aceptó al fin. Pero los *ciudadanos* decia, se opondrán á todo, y no dejarán gobernar.—Probablemente, y en eso se pasará el tiempo hasta nuevas elecciones regulares, etc., etc.

—Vamos á la milicia: Que los cuerpos elijan sus Comandantes y el Gobierno el Comandante general.

—¿Entonces usted quiere que las armas esten en manos de los enemigos del gobierno?

—No General. Deseo que los cívicos de San Juan que son los artesanos y la gente honrada, y que á usted le consta que hace años son sus opositores, y á cuyos sargentos y cabos se ven en la necesidad de prender cada dos meses, queden contentos, lo que no sucederá si el Gobierno les pone algun militar de los que tiene á su servicio y detestan. Estamos formando un gobierno para que todos queden como en su casa, y para que no sea una burla para los que hoy se consideran oprimidos.»

Tambien esto ofreció dificultades porque veían que iba á su objeto. Benavides y Virasoro murieron á manos de los cívicos, con quienes prefirieron ponerse de punta.

Hablóse de los medios de llevar á cabo la idea y se sugirió citar á la Catedral á los vecinos notables, y con el Sacramento descubierto proceder al acto, ante escribano y demas formalidades.

El Gobernador—¿Cuándo se haría esto?

—Dentro de ocho días á mas tardar, porque yo necesito seguir viaje á Buenos Aires.

El General—¿Porque no pone por escrito don Domingo el proyecto, para poderlo examinar?..

Dr. Rawson (alarmado)—Por escrito no. Estas son proposiciones que se hacen sin carácter ninguno, porque esto mismo hay que proponérselo á los ciudadanos para su aceptacion....

Comandante Sarmiento.—No veo inconveniente de presentar un borrador al señor general. Se lo mandaré luego...

Con esto terminó la conferencia; al parecer al gusto de de todos, y dos horas despues no se hablaba de otra cosa en los corrillos que del Cabildo abierto, dudando muchos de su eficacia, y meneando la cabeza los que recordaban, que un tiempo en que el Dr. Rawson contaba traer á la razon al Gobernador Benavides con el encanto de su risueña palabra, y parecia tener conquistada aquella agua dormida. Al llegar la noticia del pronunciamiento de Urquiza, y como la sala de que era Presidente Rawson, ese mismo Gobernador Diaz se presentó á la puerta de la sala con una partida á caballo, y una banda de cornetas y clarines á gritarles: Mueran los salvajes unitarios! Muera el salvaje inmundo, unitario, loco, traidor Justo José de Urquiza!

El Dr. Rawson no había olvidado la lección dada á su excesiva confianza en la retórica de su adorable y estereotipada sonrisa y conjuraba á su concolega á no poner por escrito nada, temeroso de una celada.

Insistió sin embargo el otro, hizo un borrador de lo conuenido, y leyó al que debía firmarlo si obtenia su aprobacion.

Leyó el art. 1º así concebido:

«Se conviene, que para evitar motivo de irritacion entre los vecinos y las autoridades, se adopte en el Departamento del Pocito, el Reglamento para la distribucion de las aguas (corrientes) del Albardon, por ser el mas perfecto, á fin de acallar la queja de que los que tienen poder, se apropian indebidamente el agua del canal....

—Pero ese artículo no ha sido estipulado.

—Pero se entiende, pues que remueve una de las causas de alborotos y de queja. No temía Vd. que manden al General Urquiza la propuesta de arreglo y sirva de cabeza de proceso? Que le manden el art. 1º y Urquiza tan poco conocedor en estas cuestiones de canales de irrigacion y compuertas, llamará á su ministro Carril que la estableció, que le explique el enigma.

Anticipando un poco los sucesos, luego se supo que los *militares*, no estaban contentos de la transaccion, y dichóselo á Benavides quien les contestó con sorna: Vds. no entienden estas cosas. El va á presentar por escrito sus propuestas, y allá se verá pues.

Es de advertir que San Juan estaba dividido entonces en ciudadanos, y *militares*. Los militares eran generalmente unos chinos ó campesinos; gente *orillera* que hacía años servían sin sueldo cuando no hacían campaña teniendo racion y asistente. Benavides llamaba á los vecinos, ó al partido unitario ó á lo que quieran los *ciudadanos*; y era adorable la gracia y aplomo con que decía: Pero no ve pues amigo, lo que quieren los *ciudadanos*?

¡Qué felicidad es la de poder escaparse un día, una semana, acaso mas tiempo, de la atmósfera ardiente de la vida pública, sin que las propias y las ajenas emanaciones del espíritu sobreexcitado, ó las muestras de pasiones rencorosas

mal contenidas, levanten como una polvareda que enturbia la clara y tranquila vision de los objetos! Yo he gozado de esa felicidad alguna vez, en formas tan nuevas, tan frescas, que al recordarlas, se presentan como en un diorama plantas, rios y flores de esmalte, brillando verde y oro las plantas, azul y plata los rios, en una atmósfera de fuego sin calor, como los crepúsculos de la tarde en el vasto océano, que dan vida á la inmensidad y casi voces al silencio.

¿Por qué no he de detenerme volviendo á ver en mi imaginacion estos cuadros, que como se sabe, en la vejez adquieren en intensidad de colores y de sombras, una profundidad de talladura que parecen grabados en acero. En 1858 discutíamos en el Senado de Buenos Aires las cuestiones mas abstrusas de la economía política, de derecho, del comercio libre, de la distribucion de tierras, leyes de instruccion pública, de elecciones etc. Era la época fecunda del pensamiento argentino. Tenfan la palabra Velez, Mármol, Mitre, ambos Alsinas, Avellaneda, Barros Pazos, Lopez, Frias, Riestra y tantos otros oradores de aquella época. La discusion era luminosa y donde hay luz hay calor; y la palabra á veces centellea y hasta relámpagos solían salir de estos focos calcinados. Saliendo de las Cámaras, y atravesando en carruaje ó diligencia el espacio que media hasta San Fernando y tomando allí la chalana, la canoa guaraní movida á pala, iba por entre canales hermosos á abordar una isla, húmeda de la humedad de la crisálida que se escapa de la cápsula, á tomar asiento á la orilla del fuego, bajo techo escaso de ramas aun, si ya se había abandonado la tienda. ¿Dónde ha podido nunca el espíritu del hombre pasar por contrastes tan marcados del santuario de la ley, á los misterios de la creacion de mundos futuros, por el lento depósito de sedimentos, que provienen de rocas disueltas de mundos que ya fueron!

En San Juan tuve tambien ocasion de pasar de una á otra de estas escenas, sin intermediarios, ni atenuaciones. Una semana sobre el quien vive, bajo la amenaza de ser aplastado por la fuerza, intimacion de salir, un tiro por la ventana, partidas que se mueven, rumores que circulan hasta arribar á un convenio con todos los síntomas de una celada.

Esto hasta el domingo de Ramos que me llevaba á la Catedral que fué antes la Matriz, y la escuela en que aprendí el silabario, y la iglesia de que era familiar, pues mi tío José Manuel Eufrasio y mi primer maestro había sido allí zota cura, cura vicario, Dean y Obispo y acompañándolo en todas estas trasformaciones hasta la Catedral de Santiago de Chile donde se consagró.

El Martes Santo fuimos en gran comitiva de damas y caballeros á visitar el Departamento de Caucete, entre el rio que se arrastra lentamente y el Pie de Palo destacado de las otras montañas. Estaban allí los cultivos de los Sarmientos, de Laspiur y otros grandes hacendados; habíase creado y crecido en los veinte años de ausencia y había que ver en aquel país llano de seis leguas de largo, dividido á cordel en manzanas de diez cuadras de costado, flanqueadas por los álamos mas robustos del mundo, en alamedas de seis leguas, cuyo extremo oculta á la vista un tronquillo ó un adobon de tierra que la azada haya desparramado, porque los últimos álamos en la perspectiva no se ven sino de una cuarta de alto; salvo las calles anchurosas todo es verde de alfalfa, empedrados de ganados en gorde y salpicados de casas de campo que no se distinguen por su arquitectura, pero que cubren, como para evitar su desalino, sendos y espesos bosques de árboles frutales. Había que ver en aquel damero, pues la agricultura de país alguno se alinea ni se aliña con estupendas alamedas, salvo los antiguos cafetales de la Habana, de palmas reales en lugar de álamos, con naranjales en flor y frutificando, con plátanos y con tierra arenosa roja, y sol y lluvia para regar á cada hora el Jardin de Dios, del sol, de la naturaleza de gala...

El Miércoles estábamos de regreso á la ciudad, al remo como dicen las matronas sanjuaninas, por el rudo lidear de la vida de trabajo que llevan, sin saber que *remo* es una pala de madera para impulsar la embarcacion en los puertos, y que la tradicion de la lengua alude al remo de los *galeotes*, presidiarios bajo el azote del sobrestante, condenados por años al remo de las galeras.

Apenas llegados, ya se supo que el Gobierno había vuelto sobre lo del arreglo entre los *ciudadanos* y los *militares*, y

á dudar no poco de la sinceridad del parlamentario. Sucede en estos casos, que la chismografía azuza y envenena las cuestiones, y que el natural *vuelve al galope*. No había que hablar mas de Cabildo abierto y si de tomar el camino de Buenos Aires antes que el tiempo se metiese en agua. Empezóse pues á hacerse diligencia de transporte y se encontró un coche capaz de seis personas que debíamos viajar en compañía.

Sobrevino el Jueves Santo, y otra de las resurrecciones de Provincia y de infancia vino á embellecer la prosa en que caía visiblemente el idilio. Lo he dicho en mis viajes. Siempre creí de niño que la luz del sol era mas amarilla y opaca el Viernes Santo que en otros días; pero cuando asistí en Roma á las ceremonias de Jueves Santo, con el Papa y todo el Colegio de Cardenales, cada uno con cuatro familiares, y el todo con ciento cuarenta obispos oficiantes dentro de San Pedro; cuando yo ví estas estupendas magnificencias del culto romano y oí el Miserere de Palestrina, é interrogué mi corazón, mi alma, mi sentimiento de cristiano, y me vinieron los recuerdos de nuestra Matriz de San Juan, y las ceremonias de semana santa en que yo tenía mi papel y mi parte, me dí por *robado (je suis Volé)*; pero como se iba á comparar aquella parada de figurines y de figurones, que despliegan en batalla, que cierran en columna, que se dispersan en tiradores, al lado de la misa de pasión, cuando mi tío el oficiante decía como las mayores verdades del mundo, respondiendo al policeman que preguntaba en el Huerto por un tal *Jesus Nazareno*; y mi tío con voz llena, grave, vibrante, contestaba *Ego sum*, y nos inclinamos todos, confundidos de dolor de que lo iban á prender!... y cuando D. Miguel Sanchez entonaba una sinfonia ó una lamentacion con su voz metálica, no de plata sino de bronce, como cuando hablamos por dentro de un tubo de cobre, voz que no he vuelto á oír, en ningun bajo profundo de las grandes óperas de París, Milan, ó el teatro Fénix.

Cuando leí despues del toro de bronce en que sacrificaban víctimas á Moloc los cartagineses, y el grito del quemado salía de la boca del toro, me acordaba del canto de D. Miguel Sanchez.

Aquello si que era Semana Santa, cristiana, sentida, llo-

rada la muerte de Jesus, como de un antiguo conocido, y con la simplicidad de las escenas de pueblos pequeños, con sus casitas, con sus iglesias modestas, y sus gentes creyentes y piadosas.

Pero en Roma ¡imaginarse que toda la concurrencia se compone de ingleses, americanos y rusos que van á ver tanta cosa rara, y divertida...!

No pude esta vez tomar parte ni aun ver las ceremonias de Semana Santa. Había muerto mi tío y el presbitero Sanchez; y yo ya estaba granduloncito para enternecerme y rezar. Sin embargo en la noche, que es cuando se hacen las estaciones en los países católicos, estaban conmigo en casa de varios amigos, entre ellos el presbitero Cano, el Dr. Rawson, D. Isidro Quiroga y algunos otros y alguien le ocurrió proponer que fuéramos á hacer las estaciones como buenos cristianos; y dicho y hecho, se convino en que el clérigo á guiza de capellan, hiciese cabeza y nosotros coro en los rezos usuales; y para darle mas fisonomía á la comitiva, púseme de uniforme con medalla de la Orden de la Rosa, lo que da carácter, y espada que por ser de parada y fina, usaba sin tiro como baston.

Principiamos por la Catedral, y desde que descendimos la iglesia, el padre Cano decía: «Dios te salve María, llena eres de gracias etc.» y nosotros contestamos, Santa Maria... etc., que yo acompañaba de un rrrrum de la espada corriendo sobre los ladrillos. Grande conmocion en la Iglesia: cuchicheos de las comadres, una voz por ahí dice....es Sarmiento! ahí va Sarmiento! Atravesamos diagonalmente la plaza hacia la Merced, y encontramos los grupos que por centenares y por millares de gente hacen las estaciones; porque en las ciudades del interior, como San Juan que es un país continuo de poblacion agricola de leguas á la redonda, acuden á la ciudad hombres, mujeres, á hacer las estaciones, pues allí hay las cinco iglesias necesarias para darle forma y solemnidad.

Cuando volvimos de Santo Domingo, alguno nos hizo observar que casi toda la poblacion se había agregado á nuestra comitiva, siguiendo y respondiendo al verso del presbítero Cano, y ocupando la negra columna muchas cuadras.

Concluimos nuestro ejercicio, volvimos á casa á tomar té, contentísimo yo de haber entre visto, aunque entre los velos de la noche, á toda la poblacion de mi tierra, pero mas contento todavía, ¿porqué no decirlo? de que me hubiesen visto á mi, mis amigos y amigas que lo eran todos los vecinos, como lo son ahora los de otras provincias y he podido verlo y sentirlo en Mendoza, en Tucuman, en el Paraná, etc. ¡Cuántas madres pobres deseaban verme despues de oir hablar de mi veinte años, y hablar bien, porque era bueno, bello y grande lo que hacía en Chile contra Rosas, y cuantas niñas y jóvenes querían conocer al Sarmiento que conocían todos los paisanos de la campaña de Buenos Aires de nombre, cual D. Juan Pujol de Corrientes interrogaba uno á uno de los que encontraba en el Ejército Grande, sin hallar uno solo que no se sonriese maliciosamente á la pregunta, diciendo: ¿quién no lo conoce?

Nos visitamos, pues, en aquel salon de nueve ó diez cuerdas de calles que recorrían las estaciones. De repente entra desolado don Pedro Pastoriza, comisario de policia y muy amigo y aun pariente mío, y echando una mirada desfavorida sobre el cenáculo este, hasta que sus ojos se encontraron con los míos, me interpeló diciendo: ¿pero que es lo que usted ha hecho?—Hecho! qué? nada.—¿Pero que no ha visto de la que se ha escapado?—Vamos, de qué? Diga qué hay!

—Qué ha de haber; que si usted pasa por la plaza segunda vez, hay una matanza de gente, porque le hacen fuego de debajo de los arcos y de arriba del Cabildo, donde están desde la tarde esperándolo las tropas y todos los oficiales;—tomando un poco de resuello, para ir poco á poco dando descanso á sus nervios rendidos, y crispados, agregó:—se esperaba la revolucion esta noche; y se habia dado cita á todos los oficiales. ¡Que no ha visto los parapetos del Cabildo!

—No, ¿qué parapetos?

—Pero si han corrido una trinchera de adobes detrás de la baranda para guardar de las balas á los soldados.

—¿Pero que hay revolucion en efecto?

—Pero la que viene á hacer usted. Cuando usted atravesó la plaza en direccion á la Merced, seguido de aquella enorme columna de gente que venia detras, fué uno al café de Aubone, y gritó: ahí vienen ya! y todos corrieron á ocupar sus puestos de combate. ¿Como es que pasa adelante? dijeron, ha de ser por la otra calle, á la vuelta... y creo que hasta ahora poco han estado en posiciones de combate, creyendo positivamente que iban á batirse, y lo que los confirmaba mas era verlo en traje militar, y con la espada en la mano.

Pura coquetería de mi parte! pero casi les cuesta la vida al presbítero Cano y al doctor Rawson. A mi no, porque antes del Remington el único que estaba seguro era aquel á quien le apuntaban para matarlo.

¿De donde había salido este espantoso error? De las astucias y desconfianzas del gaucho y del ignorante. ¡A mi no me la pegan, eh! Este era todo el secreto. Recuérdese que por casualidad era el viernes de Dolores, la entrevista con Benavides y Diaz, seguro de mi parte siempre y en aquella circunstancia tambien, que yo no me curo de saber en el día en que vivo, porque los míos fueron siempre del mismo color; pero por la misma casualidad el término de los ocho días que es el usual para un asunto aplazado, caía en el viernes santo. Ahora, no se escapaba á la sagacidad de aquellos lobos y zorros, que no había de ser zonzo que prefiriese el viernes al jueves santo, si de una revolcion se trataba; pues el jueves viene todo el pueblo de las orillas á la plaza, y entre las mujeres, vienen los hombres, y pueden venir quinientos. Luego el pretendido Cabildo abierto es para el jueves; ¡a mi no me la pegan los unitarios!.. y casi me matan estos animales desconfiados.

Emprendila para Buenos Aires con Zavalla, Laspiur y otros luego, por que todo estaba preparado; y en la Carpintería camino de Mendoza, alcé á un músico que iba desertado, porque lo perseguían por la política, quien me dijo que desde el sábado anterior al domingo de Ramos habían tenido á los músicos acuartelados haciendo cartuchos para la revolcion de don Domingo.

EL 8 DE NOVIEMBRE

APUNTES PARA LA HISTORIA

(*El Zonda*, Marzo 6 de 1864.)

Esta fecha se ha convertido en Buenos Aires en un baldon que se lanzan los unos y los otros y no obstante las vindicaciones repetidas, el 8 de Noviembre queda como un oprobio, de que nadie quiere hoy participar.

El 8 de Noviembre en que en presencia y por exigencia del General Urquiza que sitiaba á Buenos Aires fué depuesto el Gobierno del Dr. Alsina por la Legislatura, venía de antemano preparado por el partido ultra liberal, que con el *Nacional* á la cabeza, se proponía deponer al gobierno, por juzgarlo inepto para triunfar de Urquiza.

El 8 de Noviembre, el público amedrentado por lo alarmante de la situación, se prestaba fácilmente á todo cambio que le ofreciese esperanza de mejorarla, y un cambio de gobierno, era ya un medio de propiciarse al enemigo, para unos, de cortar la guerra, para otros.

El cambio lo maquinaban con el Presidente del Senado los intereses materiales que trataban de asegurarse contra los posibles desastres de un sitio, ó de una ocupación de la ciudad á viva fuerza. Políticos no faltan nunca que hallen razones plausibles para estas precauciones, é instrumentos hallaron activos y decididos en un clérigo ambicioso, sin patriotismo y sin luces, y en un Senador el único que había felicitado por una carta al General Urquiza por su triunfo de Cepeda. Así el movimiento anárquico iniciado por los liberales, vino á ser ejecutado por dos federales encubiertos. Lo que al principio era energía de resistencia, se convirtió en entrega de la plaza.

Hoy es una vergüenza el 8 de Noviembre; y sin embargo el día ocho de Noviembre por la mañana era la cosa acordada, convenida y adoptada casi unánimemente por treinta representantes y veinte Senadores: los redactores de la *Tribuna* tomaron una parte activísima y la opinión pública, expresada según lo aseguró el Sr. Azcuénaga, por toda la Guardia Nacional que cubría las trincheras.

La reaccion moral se empezó á obrar el mismo día, y al día siguiente no sabian donde poner la cara de ver-güenza los autores y sostenedores de aquel paso tan falso.

Los antecedentes del 8 de Noviembre se encuentran en las sesiones del Senado, hasta el 29 de Septiembre, en que el Senador Sarmiento desbarató la tentativa hecha, con un frivolo pretesto, de embarazar la accion del ejecutivo, y forzarlo á renunciar. Estos discursos son no solo importantes como antecedentes que explican los hechos posteriores, sino como una defensa de los principios que mas tarde desenvolvió en la cuestion *Estado de sitio*, promovida tan inoportunamente por el gobierno nacional. En esos notables discursos están expuestas las ideas de gobierno que profesaba el Sr. Sarmiento cuando era Senador, y que ha puesto en práctica cuando él mismo estuvo encargado del gobierno de una provincia; y el que ha dado tantas pruebas de liberalismo, el que el 8 de Noviembre salvó á Buenos Aires de un baldon, merece ser creído, cuando con los hechos ha probado la sensatez de sus doctrinas

(El autor reproduce aqui su discurso en la sesion del 29 de Septiembre 1859— que el lector hallará en el tomo XVIII, pág. 354 y siguientes.)

Para que se comprenda la importancia moral de aquella fecha, necesitamos tratar en breves rasgos la situacion de Buenos Aires aquel día.

Sucede casi siempre en la guerra que ambos contendientes están devorados de inquietudes y de temores, cada uno juzgando su fuerza, por el lado débil y exajerándose la contraria. Esta era la situacion del General Urquiza y la de la poblacion de Buenos Aires. El general vencedor en Cepeda había quedado aterrado con la resistencia heroica que la infanteria le opuso despues de desbandada la caballería. Esa infanteria se había abierto paso á Buenos Aires, derrotando su escuadra, y se había reforzado con ocho batallones de Guardia Nacional y ciento veinte piezas de artillería. El general no había olvidado el desenlace final del sitio de 1853, y temia con razon una resistencia igual.

La ciudad de Buenos Aires por su parte había visto desembarcarse sus legiones diezmadadas, y esos mismos soldados despues de pasada la exitacion del combate se mostraban por reaccion abatidos, aunque momentáneamente. La Guardia Nacional llamada á la defensa de las trincheras acudía de mala gana y en corto número, murmurando contra el gobierno que no había triunfado y previendo las molestias de un sitio.

Negociaciones de paz se abrieron bajo estos auspicios, y el General Urquiza puso tres condiciones que llamó indeclinables, el cambio del gobierno era una, y el reconocimiento de los militares federales dados de baja, la mazorca, entre ellos entraba el negro Chapaco, que debía ser reintegrado en su título y sueldo de coronel. El gobierno del Dr. Alsina tuvo el coraje de romper las negociaciones, en un rechazo de aquellas humillantes condiciones.

Este acto en lugar de retemplar la opinion no hizo mas que exasperarla, dispuesta á pasar por todo, como sucede en tales casos, á trueque de conjurar el peligro. El Sr. Sarmiento tuvo razon en decir en una de esas discusiones, que la opinion en los conflictos de la guerra era muchas veces el miedo y el egoísmo.

Los ciudadanos de Buenos Aires iban á visitar las trincheras y llevaban á ellas de la ciudad la alarma y pavores que el cuchicheo cria siempre. La verdadera situacion se les ocultaba, bajo estas malas impresiones. La Guardia Nacional se habia remontado, á punto de que el mismo 8 de Noviembre los Comandantes pedian por centenares raciones de aumento sobre los pedidos del dia anterior; y en las grandes ciudades el espíritu de la Guardia Nacional se mide por el número de plazas que forman los batallones.

La tropa de línea en tres divisiones acampaba en tres plazas distintas, pronta á acudir al punto que el enemigo amenazase. La defensa era completa y eficaz. En la línea todo estaba tranquilo, mientras que la ciudad vivia en la alarma.

El propósito de deponer al gobierno estaba en tabla hacia días. El 8, la Asamblea se convocó á si misma á sesiones extraordinarias. Primer violacion de los principios

del gobierno, y atentado que en otras circunstancias habría autorizado al Ejecutivo á hacerla desalojar á cañonazos.

Nombrose una comision para ir á intimar al Ejecutivo que abdicase, encargándose de esa incumbencia el clérigo Fuentes, antiguo federal compañero de Mariño, que halló la ocasion propicia para vejar é insultar al Gobernador Alsina, quien ofreció mandar sus ministros á aquel cuerpo de amotinados, prometiendo renunciar si no satisfacía á los cargos.

El Poder Ejecutivo había recibido esa mañana el abandono de parte de Urquiza, de lo indeclinable de las condiciones habiendo pasado una noche terrible por falta de trenes, que anticipasen este desistimiento, y razon tenia, pues el ejército de Buenos Aires se preparaba á hacer una salida. No obstante producir estas piezas el Ministro, la Asamblea elogiando la energia del Gobierno que deponía, llevó adelante su propósito, aceptando lo que Urquiza no le exigia ya, es decir, la afrenta.

Esa es la verdad histórica del 8 de Noviembre. Era tal el encono de algunos, que convenida ya la deposicion del Gobierno añadian; y los Ministros tambien—temiendo sin duda que los Ministros quedasen gobernando! Una frase se compuso feliz. «Gobierno que no sabe hacer la guerra ni la paz».

Aquí entra el papel honrosísimo que cupo ese día al Sr. Sarmiento, quien hallándose en las trincheras al lado del general Mitre, ignoraba las tramas que se urdian en la capital, y viniendo por distraccion al Senado que sabia iba á reunirse, se encontró inopinadamente en aquella deplorable escena.

El Senador Mármol se encargó de informarle de lo que se trataba, y simpatizando con el movimiento, le pidió su opinion. Resistir, fué la contestacion que obtuvo.—Es cosa ya hecha y acordada (la deposicion).—Debemos resistir, aun que no sea mas que por nuestro honor.—Estaba designado para Ministro de la guerra.—Gracias, tendrian que deponerme al cuarto de hora, como se proponen deponer al Gobierno actual. Cualquiera que sea la ineptitud del Gobierno, es una vergüenza; deponerlo á pedido del enemigo. Esta concesion hecha, hace imposible todo tratado, sino es rendirse á discrecion.—

La campanilla sonó luego y pronto estuvieron llenos los bancos de Diputados y Senadores. El ministro Velez ocupó su puesto, decidido á sostener la dignidad del país y del gobierno.

Reinaba una sorda agitacion en todos los bancos. Todos ó muchos de los RR. hablaban á un tiempo en conversacion ó en diálogos familiares. La presencia del Señor Sarmiento no esperada por alguno, les hacía presagiar un debate tempestuoso. Pido la palabra dijo, dirigiéndose al Presidente, que dió vuelta la cara á otro lado, fingiendo no haber oído. Esta maniobra se repitió varias veces, favorecido por el rumor confuso de voces que decian; está ya acordado—no hay discusion—para qué va hablar?

Entónces el Sr. Sarmiento levantando la voz con solemnidad, y señalando hácia el Presidente con la mano levantada, dijo:—Sr. Presidente; pido la palabra por sexta vez.

Este incidente atrajo el silencio é impidió al Presidente eludir la discusion.

Entónces dijo; Sr. Presidente; no pido la palabra para oponerme á lo que considero una iniquidad. Ya es demasiado tarde. Es preciso que no nos mostremos divididos en presencia del enemigo. La Asamblea no tiene derecho para hacer lo que ha hecho; pero está hecho. Lo que ahora importa es que los que han destruído un gobierno no se muevan de aquí sin haberle sustituido otro, porque lograrían entregarnos al enemigo sin gobierno. Que se resuelva que nadie se mueva de aqui sin que este deplorable acto quede terminado. Al obrar así, quiero protestar que no apruebo, ni tomo parte en lo que ha resuelto la mayoría, que reputo una deshonra para el país». Poco mas dijo.

Esta proposicion fué acogida con entusiasmo por todos. Esperando encontrarse una resistencia tenaz, un peso se les quitaba de encima, encontrando que no había obstáculo para llevar adelante el triste intento.

Este temperamento era, al punto á que habían llegado las cosas, el único prudente. El enemigo tenía inteligencias en la ciudad, y dos horas despues sabría la vergonzosa escena. El triunfo por algunos votos, si se obtenía, no restablecía la situacion moral perdida. Los tratados no estaban firmados, y el enemigo podía retirar su asen-

timiento á todas sus cláusulas, y en tres días mas, pedir la rendicion lisa y llana.

Pasado á cuarto intermedio D. Mariano Varela, amenazó al Sr. Sarmiento con publicar el debate y hacer saber al público que no había aprobado aquel indigno enjuague. Mañana se avergonzará Vd. le contestó, de haber tomado parte tan activa en hecho que será el oprobio de sus autores; y en cuanto á publicidad yo le ahorraré la molestia.

Vueltos á los asientos, el Sr. Sarmiento volvió á pedir la palabra diciendo:—Sr. Presidente. Me debo á mismo, lo debo á mis antecedentes, al uniforme militar que llevo; haced constar en la acta que yo desapruuebo altamente lo que se ha hecho. Muchas voces, parándose ocho Diputados ó senadores apoyaron la indicacion, suscitándose debate, sobre si era permitido por el reglamento. (que no lo era) este procedimiento, consintiendo al fin la Cámara, tan segura estaba de su proceder, se levantaron doce, pidiendo que sus nombres fuesen consignados tambien, y constan en efecto en el acta; entrando entre ellos el Sr. Ocampo que desde el principio se había mostrado enérgicamente opuesto, el Sr. Mármol difirió á las observaciones del Sr. Sarmiento en la antesala y los Sres. Agrelo, Obligado y otros. Alguno se paseaba en triunfo en uniforme militar, gloriándose sin duda de aquella hazaña que no deslustraba sus botas granaderas, abriéndole las puertas al enemigo, y aceptando condiciones vergonzosas.

Se procedió á nombrar Gobierno y Ministros. En la tarde el Dr. Montes de Oca dijo en su casa que habían hecho un barro. La reaccion moral obraba por la enérgica protesta del Sr. Sarmiento y de los que lo siguieron, se dejaba sentir en ese mismo día. A la noche estaban todos tristes y avergonzados.

Al dia siguiente se citó á sesion secreta; y entonces la reaccion moral hubo de producir otro desacierto que hubiera perdido de nuevo al país. El Dr. Montes de Oca hizo mocion, para que se exigiese del General Urquiza que retirase las dos otras condiciones *indeclinables*, ya que le habían concedido la esencial.

Entonces tomó la palabra el Sr. Sarmiento y en un discurso de una hora, que sus amigos han reputado siem-

pre el mas solemne é impresivo que hubiese pronunciado, reprobó aquella necia exigencia del amor propio, recordando que aun no estaban firmados los tratados y el peligro en situacion que ellos mismos habian hecho tan vidriosa de exitar la cólera del general Urquiza, cuyo desprecio habian merecido. «El Sr. Senador, dijo, tiene sin duda asco de tenderle la mano al Coronel Chapaco segun el tratado; y el que tuvo la debilidad de echar por tierra su propio gobierno, por propiciarse al enemigo, tenga ahora el coraje de soportar las consecuencias. Démosle la mano á Chapaco, ya que hemos consentido en envilecernos hasta ese grado. La fuerza bruta nos impone porque la parte ilustrada es débil. Eduquemos al pueblo, pues, para librarnos de estas humillaciones; pero no provoquemos á quien no sabemos resistir, con pretensiones ridiculas, despues de habernos mostrado débiles. Que se firmen los tratados tales como ayer los consintieron, y salgamos de una situacion que no debe prolongarse un minuto.»

Esta mocion, no obstante la dureza con que fué hecha, y los amargos reproches que el orador tenia derecho de hacer á la asamblea fué aceptada por unanimidad, y puso término al debate; salvando á Buenos Aires esta prudencia de quien sacrificando sus convicciones desde el primer día, acaso la ocasion de arrastrar á una mayoría á volver sobre sus pasos, á trueque de no prolongar la situacion, y dar alas al enemigo, con la profunda desmoralizacion en que había caído el Gobierno y la Legislatura.

La situacion de los ánimos, y los antecedentes que dejamos espuestos disculpan el desacierto que mas tarde vino á convertirse en mancha.

Los liberales reprocharon el acto olvidándose que la deposicion del Gobierno Alsina había sido su *Delenda es Cartago*, y que ellos habían formado la opinion á este respecto, declarando retrógrado, hombre ya perdido al Sr. Sarmiento, comparable con Alberdi, porque en el senado se opuso un mes antes á la consumacion del mismo acto con la ridicula interpelacion Rivas, saliendo á la defensa de los principios del Gobierno, vaticinando lo que sucedió un mes despues, y consignando las terribles palabras que había dicho á ese mismo Gobernador de-

puesto:» dentro de un año hemos de ir á recoger de la basura los pedazos del poder ejecutivo, que estan arrojando los gobernadores á la calle por no querer gobernar». No alcanzó á trascurrir el año, y cúpole al Sr. Sarmiento el honor de recoger esos pedazos envilecidos, y levantarlos con honor en aquel día de triste recordacion.

Tal fué el 8 de Noviembre.

LAS PROVINCIAS Y LOS PROVINCIANOS (1)

¿Que han hecho las provincias en favor de la libertad?

Que se queden las provincias como se están. El buey solo bien se lame. *Chacun pour soi.*

Tal es lo que se viene á los labios de cada uno y á nosotros tambien, á fuerza de oirlo.

¿Ha visto usted los cordobeses prisioneros? Esas son las provincias é involuntariamente nos rascamos las costillas, creyendo que sentimos comezon.

La cuestion nacional se va volviendo cuestion de aseo y de repulsion. A un partidario acérrimo de la nacionalidad lo haríamos dormir con un prisionero, y seguro que al día siguiente estaba por la independenciam, aun á costa de quedarse en cueros vivos. Estos malditos cordobeses han venido á comprometer á sus amigos.

¿Y que dice usted de Bouquet que pretende que Juan B. Peña se parece á todos los demás?

Si no fuera por los cordobeses, nos atreveríamos á hacer la defensa de las provincias.

¿Que han hecho los provincianos? Pero mucho han hecho con ir á nacer á Córdoba, Salta y aquellos desiertos que fueron á poblar sus padres durante la colonia, para sufrir las desventajas de su posicion. ¡Que gracia hace el parisiense en nacer en París, en medio de los goces de la civilizacion y del lujo, al lado de la Opera y de la Academia de Ciencias, contemplando gratis Notre Dame y el Louvre, con la educacion en las calles y la música en el aire!

En lugar de dar una medalla á los vencedores de Pavon,

(1) Esta página es de la época en que se debatían las cuestiones que obstaban á la union de Buenos Aires con la confederacion. Ha quedado inédita entre los papeles que el autor dejó en San Juan despues de ser Gobernador. (N. del E.)

yo se la diera á todos los que tienen trescientos cañones en el Parque, diez mil fusiles, un puerto, banco de acuñar moneda y cuatro batallones de línea bajo del poncho, para decirle *mentís* al diablo y tenérselas tiesas á Derqui. El señor Peña de Córdoba decía, meneando la cabeza en el Parque, al ver la primera vez pilas de bombas y cañones y carronadas sobrantes todavía:—hasta yo, que soy un zonzo, le habría contestado cuatro frescas á Derqui y á Roma por todo! Qué pueblo tan grande es este y que balas aquellas!

¿Qué han hecho las provincias para que las protejamos?

Claro está que si hubieran hecho lo que debían ó podían hacer, no necesitaban de la proteccion de nadie. Serian de nueva invencion las bienaventuranzas de los optimistas. Socorrer al que no lo necesita; dar de comer al harto; vestir al que está abrigado; enseñar al que sabe. Y así por el estilo; y la verdad es que hay muchos separatistas, pródigos de lecciones de lo que ignoran, á los que podrían mandarlos á la escuela.

Son tan despavilados los jóvenes de las capitales y les cuesta tanto á los provincianos perder el pelo de la dehesa, que muchas veces hemos contemplado en el Senado las fisonomías de Barra, Calvo y Alvear, radiantes de desvergüenza, al ensartar desatinos, ante un Senado de provincianos doctores, pero con caras de arrieros sanjuaninos, oyendo y dudando si ellos eran los que de rudos no entendían. Barra, (esto es histórico), pretendía una vez hacerse entender de un ingles, hablándole jerigonza con acento ingles de que no sabe palabra; y el pobre capitán al oír hablar con tanto aplomo, creía no oír bien, hasta que le dijo *Y speak not german, sir* creyendo buenamente que era alto alemán lo que le estaban hablando. Barra, dirigiéndose á su compañero: «Yo he de hacer que me entienda el gringo.»

¡Que han hecho las Provincias! Todo está en el modo de mirar las cosas y en el punto de vista donde las miramos. Las provincias han hecho mucho y poco. Buenos Aires ha hecho demasiado, y demasiado poco tambien.

¿Cuándo hizo Buenos Aires algo por las provincias? En el tiempo de la independencia. Entonces todos éramos

sastres y no se cobraban, como ahora, las costuras. No hablemos de eso. Hablemos de lo que cada uno de los vivos tenga derecho de reclamar como suyo. Tire el primero la piedra al que mas asco le haga á las provincias, por su apatia, abyeccion ó miseria.—Vamos, señor Canario de la Gironda, (1) qué hace que no tira su piedrecita! ¿Qué ha hecho usted por las provincias? Si hubiera seguido á Lavalle, podría decir: yo derramé una gota de sudor bajo el cielo abrasado de Tucuman, ó una de sangre en Angaco.

Pero esas cuentas pasadas fueron saldadas á su tiempo; y como los pueblos son eternos, contaréle lo que han hecho las provincias, no por Buenos Aires, sino por la causa de la libertad que ahora solo Buenos Aires defiende.

En 1835, cuando Rosas se alzaba en Buenos Aires con la suma del poder público, y Yanzon y Ortega de San Juan, Huidobro al mando de los lanceros de San Luis (regimiento de línea) y Rodriguez de Córdoba, hicieron una liga secreta para resistir al caudillaje, descubiertos por Rosas, Rodriguez fué fusilado, Yanzon y Ortega se expatriaron y Huidobro pudo ocultar su complicidad. Benavides nació de esa tentativa abortada. Fué desde Buenos Aires á recibir el gobierno de San Juan.

En 1837, despues de la revolucion sofocada en Chascomús, Lavalle encontró en Corrientes soldados para volver sobre Buenos Aires, y si no triunfó, no fué culpa de Corrientes ni de los correntinos. Volviose de Merlo, porque nadie salió á su encuentro.

Tucuman, La Rioja, Salta y Jujuy hicieron en seguida la liga del Norte que tuvo á Lamadrid y Hacha por brazos; y todavía Lavalle encontró apoyo, soldados y recursos en Tucuman exhausto y Paz, desde Corrientes, daba la batalla de Caaguazú que hicieron malograr desavenencias intestinas.

¿Era partidario del caudillaje Buenos Aires entonces, y desde 1839 hasta 1851, en que no hizo con éxito esfuerzo alguno para quebrantar sus cadenas? Entonces las provincias, pobres, escasas de hombres y de armas, podian decir lo que ahora dicen algunos: ¿pero qué hace Buenos Aires,

(1) Rawson. Véase introduccion del T. XIV (N. del E.)

con sus millones, su puerto, sus heroicos antecedentes, mientras nosotros, sin dinero, sin hombres, mantenemos la lucha, cayendo y levantando?

Ved ahora lo que hizo, no ya Buenos Aires, el pueblo ilustrado, la ciudad cuna de la libertad, sino el tirano que la oprimía. Mandó sus poderosos ejércitos á Córdoba con Oribe, á Mendoza con Pacheco, é hizo decapitar á los principales ciudadanos. ¡La sangre corrió á torrentes en las casas, en las calles de Tucuman!

Esto era poco para lo futuro. De Córdoba se trajeron á Santos Lugares los ciudadanos mas ilustrados y ninguno volvió; y ya Córdoba había experimentado otra decapitación en 1831, trayéndose á Buenos Aires 150 vecinos. Otro tanto sucedió en las demas provincias, y á mas fueron todas desarmadas por el tirano. En el Parque están las seis culebrinas de Mendoza, como en Pavon han quedado los pobres cañones y fusiles de Córdoba y San Juan.

Rosas, al despojar las provincias de sus armas y matarles sus hombres notables, se proponia asegurar el porvenir; y cuando en Caseros su obra fué destruida, sus provisiones le sirvieron á Urquiza para someter provincias que no habían olvidado sus torturas, empobrecidas, desarmadas y privadas de hombres.

¿Qué hacen las provincias?, dicen. Nada!

Ya hicieron, cuando nosotros no podíamos hacer. Ahora que nosotros podemos ¿qué hacemos por ellas? ¿Hacerles asco como á leprosos? Pretender que les gusta ser insultadas por Allende y Sáa, estropeadas por Nazar, es lo mismo que decir y sostener que Buenos Aires gustó de la mazorca veinte años.

Y sin embargo, las provincias han hecho mucho en medio de su desvalimiento. Tucuman, Salta, Jujuy, Santiago no ayudaron á la invasion de 1858 á Buenos Aires; y aisladas en el fondo de la República, aun han tenido valor para no ayudar á Derqui en su tentativa actual.

¿Por qué no se han pronunciado abiertamente? decls. Acaso por una razon muy sencilla. No habiendo, ni despues de la ocupacion de Córdoba, hecho Buenos Aires una declaracion explicita de la guerra, y corriéndose muy válido el rumor de que Buenos Aires estaba dispuesto á tratar, han tenido miedo de quedar colgados y expuestos

á los furoros mazorqueros, despues que se separase Buenos Aires. Estas disculpas pueden dar. Fresco estaba el desastre de San Juan, contra el cual protestaron. San Juan esperó sin duda que sus amigos de causa lo apoyasen, que las reformas no fuesen solo para estar en el papel.

¡Qué han hecho las provincias! Y qué ha hecho Buenos Aires en estos diez últimos años, para pedirle á nadie cuenta de lo que pudo y no hizo!

¡Qué han hecho las provincias! Lo que hacen siempre las provincias, sufrir y gozar las consecuencias de los actos de las capitales y de las grandes ciudades. Cuando una nacion se forma en un punto del globo, sus habitantes se diseminan en aldeas, ciudades y campañas. En una gran capital se aglomeran las luces, los goces, las fortunas, los capitales, todas las fuerzas vivas de la nacion. La nacion cuenta con estos medios reunidos en una parte para la proteccion de los otros. Sino nadie iría á poblar un terreno lejano de las costas, ni aventurar el porvenir de sus hijos. A la aldea no se le pregunta qué hace en favor de la capital y á la capital, á la cabeza, hay derecho de preguntarle qué hace en proteccion de la aldea miserable, al rico del pobre, al fuerte del débil, al sabio del ignorante, al que está armado, del indefenso. Esta es la sociedad y para eso se ha instituido el gobierno.

¡Qué han hecho las provincias! Pero abandonemos este terreno inicuo. Darle teatro y medios á Calvo, Barra, Guido, Lamela, Alvear, Laprida y cientos mas de la capital, para que muestren los hombres lo que son, sin relacion al suelo en que nacen. ¿Qué intriga en el gobierno nacional contra Buenos Aires, qué ley en el Congreso, qué consejo al lado de Urquiza, no ha tenido por agente, orador, apoyo ó expositor á hombres acatados de Buenos Aires? ¿Quiénes son los autores, instigadores y factores de la presente guerra? Calvo y Barra en la prensa, Guido y Alvear en el Senado, Victorica en San José, Lamela, Nadal en el Rosario.

Y esto que asume la forma de un descargo, no es sino la prueba de la comunidad de intereses, de pasiones, de crímenes y de virtudes de todos los pueblos.

Si quisiéramos echar en la balanza hombres, crímenes

y virtudes de provincianos, nunca podríamos hacer el deslinde. Cada invasion ha sido atisada, aconsejada desde aquí, ¿quién lo ignora? Los capitales han ido de Buenos Aires y los mas orgullosos separatistas sacan el sombrero hasta el suelo al señor don Fulano de Tal que dió fondos para equipar la primera escuadra y al señor don Mengano que proveyó fusiles y municiones.

Este es el privilegio de los grandes centros de poblacion; el caudal es poder; la inteligencia es poder; las armas, los puertos, el crédito son poderes y para el mal y para el bien son los que pueden los que son siempre y en todos los paises los responsables.

Con plata, armas é ideas se revuelve el mundo. En las provincias puede mostrarse un instinto; en las capitales tomará la forma de teoría y aplicacion. Facundo será corregido, aumentado y perfeccionado por Rosas.

Esta es la historia.

PAVON

Al terminar la administracion Obligado, uno de sus Ministros, el Coronel Mitre y muchos otros proponian la candidatura Riestra, otros á cualquiera en su lugar, pues no habian ideas fijas.

Nombrados los doblantes, que eran dispuestos por mayoría en favor de aquella, sus amigos propusieron á Sarmiento el caso, pidiendo su parecer.—«Malo, les dijo, (el parecer de Sarmiento valía algo entonces), Riestra, cualquiera que sean sus cualidades, no es un hombre significativo en la lucha que sostenemos. Es preciso que en Salta se sepa por el nombre del Gobernador, de qué se trata. Alsina.—Pero Alsina no es amigo de Vd.—Pero Alsina fué el jefe político con quien se avisó Urquiza en Montevideo.—Alsina fué el Gobernador que derrocaron los federales.—Hay 22 votos por Riestra y solo nueve por Alsina.—Hagan lo que gusten. Alsina.

No hicieron lo que gustaban, porque entonces se sacrificaba mucho al interes público. Fué Alsina con 22 votos, Riestra con 10, y 8 dispersos (Vide Elizalde).

Alsina consultó mas tarde en asamblea de partido si nombraría Ministro á Mitre. Llegado su turno, Sarmiento dijo:— «Dentro de un año tendremos que recoger de la basura los pedazos del Poder Ejecutivo que los gobernantes arrojan á la calle.» (Vide Gelly que apoyó).

No pasaron ocho meses antes que Sarmiento recogiese en efecto de la basura el Poder Ejecutivo depuesto despues de Cepeda por una reaccion federal (Véase sesion del 8 de Noviembre).

Azcúenaga (conocido al día siguiente por carta que había escrito al sitiador) el padre Fuentes, Llavallol por miedo de las vacas que quedaban inconsolables en la campaña.

Era preciso conjurar el mal. Tejedor tuvo la habilidad, (que él llamó poder de intriga), de alejar á Urquiza contento y había de nombrarse Gobernador. Candidatos Obligado y Mitre, ya General aunque vencido. Era ardua la empresa; pero no imposible. *El Nacional*, que entonces pesaba en la balanza, pues lo habían redactado sucesivamente Velez, Mitre, J. C. Gomez, estuvo por Mitre y cuando don Amancio Alcorta fué visto por don Manuel Ocampo y vió á don... se sobreentiende que la pluma y la palabra de Sarmiento andaba de ese lado.

Fué electo Mitre, y es esta la errata mas grande que tendrá que hacer Sarmiento en sus Memorias póstumas.

No se crea que pretende recalentar la historia al calor de las pasiones. No. Mitre con sus deficiencias, tiene esas facultades de atraccion y de apatia de Aratus, el General de la Liga Aquea, para quien las derrotas eran su corona. Esta gran cualidad lo ha hecho sobrevivirse á sí mismo. Es la de los caudillos, y revela, aun en Benavides, capacidades políticas, imperceptibles al ojo desnudo, pero que se hacen sentir por años. Tiene cualidades de mando militar, puesto que los jefes que ha mandado han permanecido unidos bajo su direccion.

Sus faltas pertenecen á la historia; pero fué mía la falta de no haber visto entonces, no obstante pruebas, que carecia de aquellas convicciones profundas, necesarias á un jefe ostensible de una gran revolucion social, larga, lenta, difícil; y que por tanto requiere que el que la dirige, pueda

ceder al viento, pero no cambiar de rumbo, recoger velas, tenerse á palo seco, con viento contrario; pero soltar todo el trapo cuando corre favorable.

¿Era unitario? ¿era federal? ¿localista? ¿separatista? De todo fué y casi siempre en mal momento.

Necesitábase un argentino, un nacionalista como San Martín, Rivadavia, de todas las horas, de todos los tiempos, y Mitre no era eso entonces.

Lo fué ¡quién lo creyera! Don Pastor Obligado en el momento supremo. Llamado por el Gobernador Mitre al ministerio, por renuncia de Sarmiento, á quién la muerte dada á Aberastain obligaba á alejarse de la escena para dejar paso franco á los sucesos, Obligado dijo al Gobernador:—«Entendámonos claro. ¿Cuál será vuestra política con la Confederación?—De eso hablaremos en los consejos de Gobierno. (Ya le había contestado lo mismo á Rawson procurado por Sarmiento y que se negó redondamente á aceptar).—No amigo, le contestó Obligado; necesitamos entrar por la fuerza en la nación: la guerra, si es necesario. Vd. ha gobernado conmigo mientras estuvimos separados y no era vida esa. No podemos estar separados, con la amenaza permanente, el comercio perturbado etc.»

Entró Obligado á esas condiciones y se intentó la guerra para unirnos y se logró. Si el jefe del ejército flaqueaba en el propósito, aquí estaban Obligado, Ocampo, Velez y Sarmiento, que lo hicieron ir derecho á Pavón, á la victoria, á la unión, á la Presidencia.

Obligado hubiera sido, pues, mi hombre; pero se reveló tarde, por atrición, por temor del infierno y no por amor á su Dios, la Patria común que ofendía en sus mocedades.

No hago la historia de Mitre. Me defiendo del cargo de haber abandonado á mis compañeros, en la hora suprema.

Mi compañera era la Nación Argentina, no esta villana de papel, sino aquella, cuyo amor, cuyo engrandecimiento inspiraron algunas bellas páginas de mis primeros escritos y me tuvieron en guardia contra las tentaciones á que tantos cedieron.

CARTAS CON MITRE

NOTA—Sarmiento afirma en lo que precede, y lo ha hecho en otras circunstancias, que la batalla de Pavon, de la que procede toda nuestra organizacion nacional, fué dada, venciendo las honorables irresoluciones del General Mitre, mediante las instancias de Velez, D. Pastor Obligado, D. Manuel Ocampo (el Gobernador delegado) y las suyas que quedaban confirmadas por los escritos de la época y sus discursos en el Senado.

No hemos conseguido del Señor General Mitre la comunicacion de las cartas de Sarmiento que conserva de aquella época climática de nuestra historia; pero poseemos casualmente el borrador de una carta que arroja viva luz sobre aquellos sucesos, conservado acaso por su importancia, acaso por ser la única vez que el autor hiciese un borrador. Dicha carta está empezada tres veces, tan delicada era la materia. No sería extraño que la que publicamos discrepara en algun detalle del original que posee el señor Mitre, pues era una característica del autor que nunca pudo copiar nada textualmente y menos de lo suyo donde la superabundancia de ideas lo hacia ampliar lo escrito.

Para que no haya duda sobre nuestra imparcialidad de criterio al apreciar lo pasado, hacemos una excepcion á la regla que nos hemos impuesto de no transcribir documentos ajenos en esta recopilacion de que hemos debido excluir tanto de Sarmiento, dando á continuacion la carta que poseemos manuscrita del Señor Mitre, sobre cuya impresion debemos advertir que á pesar del prolijo trabajo de interpretacion de la endemoniada letra á que nos hemos entregado con prácticos en la materia, puede quedar alguna duda sobre una ó dos palabras que su mismo autor no reconoceria (*El Editor*).

San Nicolas, Agosto 2 de 1861.

Sr. Don Domingo F. Sarmiento.

Mi estimado amigo:

He recibido su carta del 22 que he estimado y apreciado como la manifestacion de los sentimientos de un verdadero amigo y como la expresion de los que deben animar al buen ciudadano en las difíciles circunstancias que atravesamos.

Vd. debia pensar que yo no podia estar en desacuerdo con Vd. en las aspiraciones patrióticas, en las vistas generales, aun cuando podamos diferir en cuanto á los medios, en cuanto á la apreciación de estos y la oportunidad de hacerlos valer.

Me ha oído Vd. decir varias veces que tal vez hemos hecho un verdadero mal á las Provincias simpáticas á la causa de Buenos Aires, para remediar en ellas males externos, haciéndoles concebir una idea exagerada del poder de Buenos Aires, que solo por fuerzas y accion propias pueden remediarse; y que, esta ilusion, de que han participado los poderes enemigos de esos pueblos, ha hecho que conspirara con mas empeño contra su orden interno y contra sus principios, como ha sucedido en Cordoba. Hablo solo de nuestro poder expansivo por medio de la accion directa.

Como complemento de esas ideas, y solo como idea digna de profundizarse me ha oído decir Vd. tambien, que tal vez hemos comprometido la estabilidad de

esas provincias, su crecimiento moral y material, por pretender prematuramente identificarlas no solo con nuestra suerte, sino hacerlas andar á nuestro paso, gravitando sobre ellas poderes y cosas que podian hacerles mas daño inmediato que el bien que nosotros podriamos prometerles para lo futuro; con mas la certidumbre de que por ahora, esas provincias eran por si solas nulas para la accion, en el caso de que los elementos contrarios se dirigieran sobre Buenos Aires, único y verdadero baluarte de los principios, perdido el cual se pierde todo.—No pensaria lo mismo si la union se hubiese consolidado, y los hechos dicen bien claro, que uno ó dos años mas de paz con Buenos Aires, con reunion del Congreso, (?) aquellos elementos habrian obrado poderosamente en nuestro sentido. Hoy si su accion no es hostil (que lo es en el hecho de darla(?)) es nula, y nuestros planes militares que deben ir á un mes de plazo cuando mas no pueden solucionarse á lo que pudieran hacer algunas Provincias, imitando el noble ejemplo de Baigorria. Eran las Provincias aliadas de la paz.

En fin, estas reflexiones para discutir las mas tranquilamente al lado del fuego de la estufa.

Por ahora le diré cual es mi base de criterio y de procedimientos, á que esas mismas reflexiones sirven en cierto modo de base.

En primer lugar prefiero la paz á la guerra, como medio de consolidar los principios y las instituciones, salvando la moral; dar vigor saludable á los pueblos y vincular sus intereses morales y materiales. En esta atmósfera se desarrolla la libertad, y el caudillaje no solo se marchita, sino que á su pie no retoñan arbustos, como sucede en la guerra.

Obligado á aceptar entre la paz ó la guerra, con medios para llevar esta adelante y con esperanza de éxito, estaré siempre por la paz, si ella salva aquello mismo porque se va á combatir, aunque no aumente el capital político, y aunque no se puede garantizar su larga duracion. Pero cada año de paz es entre nosotros un triunfo para los pueblos libres y los dos años de paz de Cepeda en Buenos Aires se lo prueban á Vd. Cuando nadie creia en las fuerzas que el pais habia recobrado y gozado en estos dos años, me costaba trabajo persuadir que la guerra era al menos posible, á los mismos que hoy, no quieren ni hablar de paz.

Otra de mis bases, es que, sino puedo salvar á toda la República con Buenos Aires, debo salvar á Buenos Aires que como he dicho á Vd. es lo único sólido que que hay en la República, la seguridad de la libertad al presente y su áncora de salvacion en lo futuro. ¿Se imagina ver lo que será Buenos Aires, con cuatro años de paz, desenvolviendo su riqueza, su poder, su libertad, su espíritu público, aun cuando el caudillaje agotándose en esfuerzos brutales trabaje por disolver lo único que le sirve de egide hoy, es decir, las instituciones federativas? Esto no es imposible, aunque es difícil, y aunque seria mejor ganar una batalla y organizar de nuevo la República sobre la base de victorias, ¿porqué un hombre racional debe renunciar á la esperanza de obtener este resultado sin necesidad de medios que comprometan el mismo fin que se tiene en vista?

Agregue Vd. que si nos unimos hoy con los pueblos, atando á Urquiza, disolviendo al Congreso, deponiendo á Berqui, y cambiado militar y revolucionariamente el modo de ser de las Provincias que nos son hostiles ó se hallan dominadas por fuerzas extrañas, no podremos unirnos legalmente, es decir, no podemos incorporarnos definitivamente sin comprometer el porvenir de Buenos Aires cualesquiera que sean las concesiones constitucionales que obtengamos. Salvar,

pues, á Buenos Aires, no por egotismo provincial, sino por amor á los principios, por amor á la libertad Argentina, que solo aquí vive y solo de aquí puede extenderse, y salvarle á pesar de la guerra, y de las asechanzas que en la guerra pueden anonadarle, tal es el doble problema que tengo que resolver en el terreno de las negociaciones.

Ello no impide que revele á Buenos Aires un poder que ella misma no conocia y que he impuesto al enemigo, y que siga obrando en el sentido de la guerra, con la energía y actividad que corresponde, y entre nosotros, que la faz negociaciones me ha servido para ello mas que mi actividad y mi energía, cosa que le explicaré tal vez algun día, y entonces comprenderá lo difícil de mi posicion militar, hasta ahora pocos días lo que veo ninguno ha comprendido.

Por lo demas, creo muy difícil la paz, dado el estado de los hombres y de las cosas, aunque no lo creo imposible, y aunque sería muy facil con un poco de buena voluntad.

Así, me preparo á la guerra, y es á lo que me preparo seriamente cualesquiera que sean mis ideas políticas y filosóficas, y llegado el caso, la haré como corresponde, jugando la suerte de la libertad á la suerte de las armas, pero como debe jugarse el porvenir de un gran pueblo y de una gran causa, es decir, con el poder que tiene á su servicio, sin fiar mucho en aventuras mas ó menos remotas.

Seguiría, si no se acabase aquí el pliego, pues mi tiempo no me permite extenderme fuera de las fronteras de un pliego de papel por carta; Suyo siempre

BARTOLOMÉ MITRE..

SARMIENTO A MITRE

He escrito mucho papel, mi estimado amigo, para contestar su estimable del 2, cosa que nunca me sucede, tan difícil es decir su pensamiento, ó hacerle llegar el ageno al que tiene en sus manos la suerte del país. Al escribirle, me sucede lo que pasa en mi espíritu al pensar que va á venir al Senado un tratado de paz, tal como es posible hacerlo con Juan Saá que lo firma. ¿No asistir al Senado? no habría Senado por falta de número. ¿No tomar la palabra? ¿Hablar y ser el primero en tirar la piedra?

Qué le diré, pues, á su carta que no lo crea efecto de mis convicciones que me llevarían hasta lastimarlo.

Diréle, pues, lo que todo el mundo piensa de Vd. y lo que yo deduzco de ello. La única y la primera victima de la paz, es Vd. que se hará la reputacion del primer diplomático, matando al General, impotente con el mas grande y mas altamente moralizado de los ejércitos. No tenía Vd. gloria militar adquirida, y la paz como blanco, que ha sido sin disimulo del poderoso armamento, le dará á Vd. quince

mil detractores en ese ejército, martirizados cuatro meses para volver á esconder sus espadas inocentes de esa paz.

Muerto Vd. como General, y su estadía en San Nicolás es una agonía, nuestro partido desaparece por impotencia, pues en otro conflicto, todo sucederá menos que Vd. mande un ejército, porque para el objeto de su reunion, el público se convencerá que Vd. no es para ello, que si le sobra valor personal, le falta la voluntad del General. Esto está en todas las conciencias. Al principiar, solo la necesidad compelia á los hombres á arrostrar la situacion; no habia fe en su capacidad militar. Cuando la opinion se vió respaldada por un fuerte y poderoso ejército, la decision no conoció limites y el país se lanzó á la guerra.

Cuando Vd. anuncie la paz, la aceptarán, por la conviccion que se arraiga, y Vd. robustece, de su mala voluntad para hacer la guerra; y mas se resignan á ser derrotados en el gabinete de Vd. que en el campo de batalla.

Vd. cree que consulta el interés del país, imponiéndole la paz, en busca de un problema moral; porque problema es que la libertad y las instituciones se salven con la paz. Esta manera de razonar tiene el defecto de dar por sentado lo que es discutible.

No será atacado Buenos Aires de afuera, lo que no quita que se disuelva interiormente, por la accion de las mismas causas que la retrajeron de arrostrar las dificultades exteriores. ¿Qué instituciones salvamos? La Legislatura como poder moral de opinion, de luces, no existe. El Senado se compone de catorce viejos, sin luces y sin salud. El pueblo no quiere elegir los que faltan, porque *desprecia* instituciones sin valor real. La Cámara no está mejor parada. El Ejecutivo, ó mas bien el Gobernador, ha hecho en dos años lo que ha querido él solo, sin que haya poder que modifique su opinion. La prensa, fuerte para agitar la opinion en el sentido de la guerra, no lo ha sido para contrariar esta disposicion. Las Cámaras no han dictado ley alguna. La vida pública comienza á hacerse insipida; todos los hombres de nuestro partido están divididos ó anulados.

La organizacion militar será en adelante, por la Guardia Nacional, el director de la política. El Club Libertad será una máquina que Vd. no manejará. El tesoro está abrumado, el papel agotado como recurso.

Estas son las instituciones que Vd. va á salvar, con la exhibicion de un grande ejército. Una sola cosa falta y es un Gobierno con prestigio y el de Vd. dudo mucho que conserve el necesario para acabar honorablemente. ¿Cuáles son su amigos en la opinion, en la prensa, en las Cámaras, en los Clubs? Hoy tiene á todo el país, porque lo ha armado en nombre de deberes, de sentimientos, de agravios comunes á todos; pero le ordena desarmarse en nombre de una abstraccion que se parece al miedo y á la debilidad.

Despues del (no triunfo) los quince mil valientes en yerba, con cinco mil criticos aqui, darán sus batallas en la política tirando al blanco sobre el Gobernador, sobre el General de la paz; y como las elecciones futuras no tienen nada que ver con la persona de Vd. los Comandantes de los cuerpos que influyen en las elecciones se ocuparán de sus negocios.

Vea la composicion de la Cámara y de los Clubs. Estas son las instituciones que Vd. se propone salvar; pero á mi juicio, será otro el que las salve, no Vd. que habrá abdicado con el sentimiento de la virilidad, á dar direccion á las cosas, ni dominar las resistencias.

La discusion de un tratado de paz va á ser la señal de la disolucion. Cada uno quiere salvar su responsabilidad; y sin la indiscrecion que salva á veces á los pueblos, *será aprobado por un voto mudo*, cualquiera que sea, persuadidos de que no queriendo pelear el General (el público cree que por carácter, sin tacharlo de cobarde), es preciso capitular como sucedería despues de hacerlo pelear contra su voluntad y hacerse derrotar.

La gloria de la paz,—desengañese Vd.—le quedará á Thornton que tiene los medios de adjudicársele en Europa y á Urquiza que la otorga, pues la escuadra estacionada en San Nicolás le quita á Vd. el derecho de decir que ha optado por la paz, pues nunca quizo hacer la guerra, dejando documentos incuestionables de esa intencion.

A la altura á que han llegado las instituciones y los hombres, era en el corazon de la República que debíamos ocultar la propia debilidad y adquirir nuevas fuerzas—

Vd. tiene la Presidencia por un lado, ó la posicion de los demas Generales por otro. Es preciso seguir su carrera

ó anularse. Vd. conspira contra sí mismo creyendo que es una alta razon que lo guía. El pueblo cree que es Vd. una inteligencia superior engastada en un cuerpo sin alma, sin voluntad, sin pasiones ni públicas ni privadas, dominado por una molicie de carácter que su razon se empeña en vano en vencer ú ocultar, y empeñando á fuerza de habilidad inactiva, los frutos que no se obtienen sino á fuerza de actos perseverantes.

Si yo pudiera pasar á su alma mis convicciones, le aconsejaría salvarse dando una batalla y haciéndose derrotar en un lago de sangre. Estos pueblos no se pierden por las derrotas. Treinta años se lo han mostrado. Se pierden por el voto de 1835 en Buenos Aires, por las contemporizaciones de Gutierrez, Carril etc., en 1852, por las paces de 53, 55, 59 61 que prolongan el mal sin curarlo.

CARTAS A DON MANUEL OCAMPO

(*El Censor*, 15 de Enero de 1886.)

Publicamos con gusto las cartas que remite uno de los Sres. Ocampo en corroboracion del aserto del General Sarmiento, que establece que D. Manuel Ocampo, como su Ministro D. Pastor Obligado tuvieron parte muy prominente en la pacificacion final de la República en 1861. En las cartas del mismo autor, está tantas veces insinuada la idea que se ve que era preocupacion del momento, y que el éxito daba satisfaccion á los que habían persistido en buscar desenlace final á la cuestion.

Ocampo como Presidente del Senado era Gobernador Delegado, mientras el efectivo estaba en campaña, pero en aquellos buenos tiempos un Gobierno Delegado, era tal Gobernador, como el Senado ó la Cámara eran el Congreso y no oficinas de hablar del Poder Ejecutivo. El Gobierno Delegado tuvo pues su politica con respecto al tratado Yancey, que rechazó; pero tambien era razgo de aquellos tiempos que el Gobernador propietario hiciese al delegar el Gobierno, real dimision de su poder y se sometiese á llenar las órdenes de los que la ley constituia superiores. Hoy han tomado otro aspecto las cosas, y de ahí viene que no se diera toda la importancia

à la accion de los Sres. Ocampo y Obligado en la terminacion de la guerra civil, como la que resulta de las revelaciones del general Sarmiento.

Sr. General D. Domingo F. Sarmiento.

Mi querido General:

Puede Vd. imaginarse con qué placer hemos leído el honroso recuerdo que Vd. hace de mi padre, atribuyéndole grande influencia en la reunion de las Provincias y Buenos Aires, en 1861, por la firme voluntad de incorporarse en la Nacion.

Esta asercion de Vd. nos hizo traer à la memoria varias cartas suyas à mi padre, de aquella época, y de tal modo confirman lo que Vd. dice ahora, que me tomo la libertad de remitírselas, con cargo de devolucion, para que se divierta releyéndolas despues de veinte años.

Agradeciéndole à nombre de mi padre y de toda la familia tan honroso recuerdo tengo el placer de suscribirme.

Su affmo. amigo.

José L. Ocampo.

Exmo. señor Gobernador don Manuel Ocampo.

Rosario, Noviembre 16 de 1861 (1).

Mi estimado amigo:

Había postergado hasta ahora escribirle, esperando tener algo que decirle de positivo; y ahora que lo hago, no estoy mas adelantado que el primer dia.

Aquí se respira la atmósfera de calma que imprime el general en jefe, que encuentra en sus propias ideas y en los hechos que se desenvuelven motivos de no salir de ciertos limites de accion. Todo se encadena en efecto.

(1) La noticia de haberse libertado Córdoba, debió llegar el 20 al Rosario. El 21 se puso en marcha la Division Paunero, llevando la vanguardia el batallon de Rivas para apoyar al general Flores que despejó el camino hacia el interior en Cañada de Gomez.

La escuadra inmóvil conserva el obstáculo que obstruye al Entre-Ríos y Corrientes; el Carcarañá crecido cubre á Santa-Fé; y la falta de caballos, y la nulidad de la caballería paralizaban hasta ahora los movimientos. Ayer se ha mandado reconocer el Carcarañá para vadearlo ó echar un puente y hoy se sabrá el resultado.

De Urquiza no se sabe nada, y si algo se sabe es que vuelve á sentimientos y propósitos hostiles. Quizá esto sea un bien. No estamos mas adelantados del interior.

La expedición á Córdoba es fuerte y bien organizada. Está completa de caballos, y ya están cargadas las carretas de parque etc. ¿Cuándo saldrá? nadie lo sabe, ni se apura, contentándose con ver prepararse todo al efecto. Yo marchó en ella como auditor de Guerra, ó como quiera, con que la voluntad puede hacer algo, armada de bayonetas ó de palabras.

Aquí ha producido cierta sensación la orden del día que subdividía el ejército y mostraba intenciones de obrar. Cada uno sintió donde le dolía: algunos comandantes de G. N. en que no los elogiaba, otros en que los ponía en movimiento.

La Aduana se está organizando aquí, de manera de ofrecer recursos para el sosten del ejército del interior, cosa que no preocupa mucho porque de ahí depende el éxito final.

Desde Córdoba, desde el camino ó de donde quiera, le transmitiré las noticias que puedan interesarle.

Deseando etc.

D. F. SARMIENTO.

Campamento en marcha, Los Desmochados.

Noviembre 25 de 1861.

Mi querido Gobernador:

Recibo á esta altura su estimable del 21, contestándome á la mía sobre Córdoba. Me gozo en imaginarme el placer que ha debido causarle lo de la Cañada de Gomez, en que nuestro viejo General Flores ha mostrado

de lo que era capaz, y nuestra caballería levantándose á la altura de los mejores cuerpos de línea.

Ya estamos tomando el olor á Córdoba: nos llegan chasques, avisos y espías diariamente. Sabemos que ayer estaban en las Tortugas (como doce leguas de aquí) Virasoro y otros reuniendo dispersos y ganado. Es probable que Sandes le caiga encima con trescientos hombres: No anticipemos nada porque no está en uso de hacerlo.

Debe V. creer que recupero de día en día con tan buenos sucesos, el ánimo que de ocho meses me había faltado. Creo de nuevo en una organizacion efectiva, seguida de una paz fructuosa.

Quépale á V. la satisfaccion de haber trabajado tanto por conducir los sucesos por buen camino; y de ver que los resultados inevitables han producido lo mismo que se confian á la voluntad.

He leído su carta al General Paunero, que está en las mas felices disposiciones, y á los cordobeses que gustan de saber que la actitud de Córdoba resuelve mas de un problema. Mi General le manda decir, como los paisanos, «que tratará de hacerlo regular».

Ningún accidente desagradable ni desgraciado ha tenido lugar hasta hoy. Es este el ejército mas ordenado y bueno que haya tenido la República; y del de Buenos Aires es lo escogido.

Acaba de llegar Baigorria á quien he tenido el honor de ser presentado. Ya ve Vd. si nos escasean los brazos auxiliares.

Deseando que una serie de triunfos allá y acá, y por todas partes termine la lucha, como los castillos al fin de los fuegos artificiales, á fin de que tenga Vd. siempre razon, quedo de Vd. etc.

D. F. SARMIENTO.

Villanueva, Diembre 11 de 1861.

Mi querido Gobernador:

Le mando un abrazo con la noticia de la ocupacion de San Luis y la fuga de Saá á Mendoza. A cada paso

que damos, á cada triunfo fácil que obtenemos, me acuerdo de mi buen Gobernador, *comiéndose los dedos, con el presentimiento claro de los sucesos, tales cuales se realizan.* Un paisano, un Ordoñez, una especie de potro con un cuero á la cola, es todo lo que hemos puesto en ejercicio contra Saá, desde 90 leguas de distancia á que nos hallamos todavía. Lo felicito, pues, por la satisfaccion de ver *cumplidos sus pronósticos y llevado á cabo su pensamiento. Estos resultados deben hacerle olvidar tantas contrariedades.* Ahora á Urquiza!

Rivas con 800 hombres, 3º y 8º de línea, Sandes y dos piezas, van en marcha á San Luis; el resto del ejército va mañana ó pasado á Córdoba, yo con mis sanjuaninos, marcharé dentro de tres á San Luis, para ver como se enderezan las cosas de San Juan y Mendoza.

A Dominguito le mando un manuscrito de la campaña de 20 días, tan feliz, que cuando acababa de ponerlo en limpio, llegaba el aviso de estar evacuado San Luis, y de Córdoba, la Diligencia de Sauze, que llevará hoy mismo el manuscrito á Buenos Aires para imprimirlo.

El Comandante General que me está viendo escribirle me encarga que lo felicite de su parte, y le diga que segun verá, *lo ha hecho regular*, como se lo prometió al abrir la campaña.

Deseando etc.

D. F. SARMIENTO.

Río 4º. Diciembre 17 de 1861.

Mi querido Gobernador:

Cumplo el segundo aniversario de Pavon en esta villa, y lo consagro á darle las últimas noticias. La villa da un aspecto á lo lejos hermosísimo, porque hay muchas alamedas y árboles, es ruin de barro y tapias, con agua corriente, derrames en las calles, pantanos y polvo á discrecion. Es una miniatura de San Juan.

¡San Juan mismo cuando era niño, de este tamaño,

sucio y pobre! Todos los sanjuaninos nos hemos sentido como en casa. Estábamos encantados.

El Comandante Ordoñez está en la ciudad de San Luis con 200 hombres perfectamente montados. Del Morro adelante va Baigorria con 400 igualmente montados. En San Luis, despues de haber retardado sus marchas por falta de caballos, Sandes con 200 hombres de caballería y el 3º y 8º de línea con dos piezas estan acampados en esta, todo al mando del Coronel Rivas.

Mañana marcha la caballería á San Luis, y el Coronel Rivas se adelanta conmigo á determinar las operaciones. Yo llevo el carácter de Comisario regio, para negociar lo que convenga, tomar posesion de las aduanas, etc.

No sabemos nada cierto de Mendoza y San Juan. Saá y Videla se han retirado de San Luis, con sesenta hombres escasos, tomando al Sud, se cree que al fuerte San Rafael.

Como marchó mañana para San Luis, allí sabremos lo que convenga hacer, y si el camino está franco para San Juan, ó es necesario abrirlo. Le informaré de ello.

Deseoso estoy de saber como se resuelve la cuestion entreriana, ya que la cuestion Córdoba, ha tenido desenlace fácil. Pienso como pensaba Vd. hace un mes, que si hiciéramos una demostracion igual por aquel lado, esas montañas de dificultades que la ciencia militar inventa teóricamente, se disiparían al solo contacto de nuestros soldados.

Supongo que hinchado con tan buenos sucesos de su política, no ha abandonado la costumbre de ir de la oracion adelante, subiendo aquella larga y empinada escalera, á ablandar las dificultades á fuerza de charla, con el Dr. y los demas amigos y amigas. Recuérdeme á la memoria de todos ellos, pues que yo los tengo á todos presentes, etc.

D. F. SARMIENTO.

San Juan, Enero 10 de 1863.

*El Gobernador Interino de San Juan.**Al Gobernador Delegado, de Buenos Aires,*

Salud!

Sin que me halagasen las guirnaldas cordobesas, y siguiendo la huella que Vd. me indicaba, seguí hasta San Luis, Mendoza y San Juan, deteniéndonos con el ejército en cada una de estas ciudades, como Vd. lo presentía, lo bastante para buscar caballos y marchar adelante.

Mi entrada tuvo lugar el 7 de Enero en la ciudad, precedido y seguido por cuatro leguas de polvo, suscitado por el tropel de los que salían á recibirme y ver las primeras avanzadas del Ejército de Buenos Aires.

Vd. no se forma una idea de las manifestaciones de este pueblo, y de la simplicidad y sencillez de sus medios de expresarlas. ¡Qué poeta griego habría imaginado hacer que saliesen á mi encuentro los escapados al desastre del Pocito, para recibirme sobre el sitio en que mataron á Aberastain!

La historia despues de tres días de alborozos y alegría, concluyó en que se casó Numa con Pompilio, y héteme gobernador de San Juan, de cuyo acontecimiento doy parte á Vd. para que me tenga por tal, en el círculo de nuestras relaciones.

Queda, pues, la guerra terminada por este lado, y realizadas en menos tiempo y menos costo de lo que era permitido esperar, todo lo que Vd. no se cansó nunca de esperar que tendría lugar al menor amago de parte de Buenos Aires.

Detenida la diligencia que por extraordinario despacho, solo por anunciar este desenlace, no tengo tiempo sino para darle mil parabienes por su *honrosa parte* en empujar los sucesos en la direccion que llevan, repítome etc.

D. F. SARMIENTO.

ALCANCE A LA FOJA DE SERVICIOS (1)

Con la campaña al Interior despues de Caseros al mando del General Paunero, y de que forma parte el Teniente Coronel Sarmiento como Auditor de Guerra, y un poco como Consejero ó Secretario oficioso, termina la larga preparacion que lo llevó en los trascurridos treinta años desde Alferez de Milicia Urbana de San Juan, siendo su Capitan el que murió General en el Paraguay, D. Cesáreo Dominguez, hasta la efectividad de Teniente Coronel de Estado Mayor. Ha servido sucesivamente bajo las órdenes de Generales sanjuaninos como Vega; mendocinos como Moyano; Cordobeses como Paz; Entre-Rianos como Urquiza; bonaerenses como Mitre, Paunero y Rivas, segun que se desprendían divisiones, hasta terminar en persona y con mando propio la pacificacion del Interior en San Juan el 7 de Enero de 1860, en que hizo su entrada con treinta hombres destacados de los Guias de Sandes, y puestos á sus órdenes por instrucciones escritas del General Paunero. La nacion aparecía unida en un solo cuerpo, con esta punta, dirigida hábilmente hasta Cuyo (*bon gré mal gré*), poniendo en arcas nacionales ciento veinte mil fuertes de los derechos que cobrarían las Aduanas de San Juan y de Mendoza, que habian quedado en poder del enemigo. Estas razones las hizo prevalecer el Auditor de Guerra para modificar el plan de campaña originario.

El General Rivas y el Coronel Sandes emprendieron, sin sujecion al Gobernador de San Juan, que lo era el señor Auditor de Guerra, pacificar la Rioja, empresa en que emplearon un año, con muchos gastos, y sin resultado alguno, hasta que de *guerre lasse*, celebraron un tratado (capitulacion) con el Chacho, que debía durar lo que tales flaquezas duran. Los actos de vandalaje comenzaron invadiendo á San Javier en Córdoba, y espulsados de allí, amenazaron á San Juan.

(1) Lo que sigue, hasta el final del capítulo pertenece al folleto que hemos mencionado en la nota de la página 4 y en la advertencia. (N. del E.)

Fué nombrado entonces el Gobernador de San Juan, encargado de dirigir la guerra contra Peñalosa en la Rioja, Ontivero en San Luis, y Clavero y Puebla en Mendoza, poniendo á sus órdenes el 6 de línea de infantería, el primero de caballería y la Guardia Nacional de tres provincias, habiendo en San Juan un excelente batallón de rifles.

Estas y mas fuerzas eran necesarias para cubrir el campo del levantamiento, pudiendo extrañarse solo el título dado al Jefe, de Director de la Guerra, que la milicia no reconoce, ni la ordenanza inviste, con el derecho de juzgar é imponer la pena de muerte que tiene el Comandante General de un ejército, cualquiera que sea la graduacion del que tiene el comando. Un solo hecho bastaría para medir el vacío. Caido Clavero en manos del pretendido Director de la Guerra, hubo de juzgarlo militarmente con anuencia escrita del Ministro de la Guerra, llamando consejo ordinario el que lo juzgase, no obstante rezar su nombre en el escalafón de la Confederacion. ¿Puede condenar á muerte un director de guerra por delitos militares? (la rebelion lo es). El Teniente Coronel dudó de sus facultades, y condenado Clavero en consejo de guerra de oficiales generales, mandó procesos y sentencia por cuerda reservada al Comandante General de Armas para que aprobase la sentencia y mandase ejecutarla.

Reunió el Presidente un consejo compuesto de los jurisconsultos Velez, Pico y Tejedor, quienes hallaron en regla el procedimiento, decidiendo sin embargo el Presidente que era juicio civil el del sublevado Clavero, y por tanto irregular el consejo de guerra. El criminalista Tejedor, exigiendo cuando ministro que se juzgase militarmente al Comandante Gomez de San Juan, que se había puesto en condiciones iguales á Clavero, el Presidente le opuso aquel precedente administrativo que él mismo había autorizado. Entonces el doctor Tejedor, protestando contra la asercion, dijo delante de los demas ministros, que al salir de la conferencia, el Procurador de la República hizo notar la singularidad de llamar en consulta á tres jurisconsultos para hacer lo contrario de lo que ellos habían decidido, ateniéndose al juicio del General Gelly y al del Ministro Elizalde,

no obstante que el ministro Rawson había adherido á la opinion de los criminalistas.

Sea de ello lo que fuere, la campaña contra los sublevados de Mendoza, San Luis y La Rioja presenta caracteres de extrema singularidad, como convenia á la primera que se hacia bajo el imperio de la Constitucion, y era dirigida por uno de los hombres públicos mas conspicuos á este respecto. Su desenlace con la derrota y aniquilamiento del Chacho, presenta los rasgos principales de las guerras que mas tarde habrá de dirigir ex-oficio el Presidente, y ofrecerán, cuando se hayan revelado sus resortes, materia de estudio á los jóvenes generales, y de comento á los antiguos que tomaron parte en ellas, ó fueron de su éxito final testigos presenciales. Entonces se verá cuan poca parte tuvo la casualidad en la victoria, y cuanto se debió á la observancia de ciertas reglas y principios estratégicos, buenos en todo tiempo y lugar.

San Juan había quedado desguarnecido, despues de poner sus fuerzas y las nacionales al mando de los comandantes Arredondo y Sandes, en campaña, habiendo este acudido á la batalla de las Playas de Córdoba con setecientos hombres de su comando de fuerzas de San Juan.

Por circunstancias inevitables, el General Peñalosa se había acampado mas cerca de San Juan, que lo estaba Arredondo detras de él con las fuerzas de San Juan casi á pie. Estos hechos no se discuten por su misma brutalidad. Ahí estan las fuerzas. El director de la guerra pedia á Mendoza el 1º de línea desocupado, al Comandante Segovia, muerto ya Sandes, al Gobernador, al General Paunero director de la guerra situado en Córdoba, y de todas partes recibía la misma respuesta, «á mi no me cabe en la cabeza que el Chacho invada, dejando á su espalda á Arredondo.» Fué preciso mandar en persona al jefe de policia, señor Rojo, primo hermano del Ministro Rawson á implorar de nuevo socorros. Qué instrucciones me da? preguntaba el funcionario. Hincarse de rodillas ante el General Paunero, y como testigo presencial explicarle la verdad de las cosas. No hago *Rinconadas!* sin caballería segura. Al fin llegaron á San Juan dos dias antes del Chacho setenta y cinco soldados del 1º de línea de caballería, y setenta y cinco de

guardia nacional de Mendoza, á mas de una compañía del 6 de línea al mando del Capitan Mendez, que se hizo volver de Jachal. El Chacho fué derrotado seis horas despues de haber invadido, por una pequeña pero sólida fuerza improvisada, llenándose asi, casi sin cálculo, una de las prescripciones de la estrategia,—ocultar al enemigo la propia fuerza, ó hacerle fallar los datos que le sirvieron de base para sus cálculos.

El Chacho contaba habérselas con un escuadron de milicia del Comandante Juan Egidio Alvarez, y medio de guias mandado por el Comandante Quiroga. Encontróse con el heroico Irrazabal con trescientos hombres, la mitad como de línea, y una buena y sólida base de infantería.

Jordan creyó haber dado un golpe maestro trasladando el teatro de la guerra á Corrientes, ya que el ejército nacional no podía seguirlo á tanta distancia al Norte. Ni aguardarlo se propuso el Gobernador Baibiene con su milicia, á punto de insurreccionarse con Reguera, que no obedecía. Muy sorprendido se quedó Jordan al ver que le caía encima, como una teja del cielo, el Coronel Roca con dos batallones de infantería, lanzado al trote gimnástico sobre su propio campamento. La noche anterior había entrado en línea de formacion el batallon brigada de artillería, llegado de Bahía Blanca en línea recta. Casualidad? No. Es que la distancia entre la Esquina y Corrientes, á caballo es menor que la que recorren los vapores en el río, y sabido cuando se pondría en marcha, se le podría aguardar con una corona de bayonetas y de cañones, no previstos en su pobre plan de operaciones. Don Gonzalo resulta ser una combinacion de los planes de Caucete y Ñaembé, á saber, traer al campo de batalla otra fuerza que la que se conoce y embrollarle al enemigo sus propios datos.

Creía habérselas con el General Vedia, situado al Oeste, y hubo de medirse con el señor Ministro Gainza que le tocó la espalda por detras del lado del Oeste.

Las primeras escaramuzas para la represion del formidable motin del 1º de línea en Mendoza, se trabaron en el Senado, mediante las *diez y seis* interpelaciones que debían confundir al gobierno, y probar sus malos manejos eu

aquella provincia. Cuando á fuerza de articulaciones (abogados disipan la maniobra), logró ganar tiempo para responder á tanta artimaña maliciosa, el Senador Araoz, que no estaba en el secreto, pero que gustaba de todo lo que era insolente, injurioso é irregular, preguntaba á sus colegas, ¿pero porque el empeño de ventilar lo de Mendoza? (*Véanse las sesiones de esta conjuracion mandada publicar con sus Mensajes por el Presidente*). Todo el imbroglio estaba en lo de Mendoza. Un voto de censura al Presidente, era la señal del motin de Segovia, quien no viendo venir el voto, recibió del Presidente del Club Alsina esta consigna: «A Roma por todo,» con cuyo motivo el Capitan O'Connell, que estaba en Mendoza con 79 hombres á las órdenes del Presidente, las recibió de Segovia (que estaba licenciado por enfermo), para marchar al Sur, á incorporarse al 1º de línea, que se hallaba en San Rafael. El motin había estallado. Preguntado el Gobernador de Mendoza, «puede usted resistir ocho días en la plaza?» Si. Preguntado el Coronel Ivanowsky en Mercedes, «¿podría ponerse en marcha en dos horas?» Si.

He aquí la campaña de Mendoza. Ivanowsky llegó de San Luis con excelentes caballos á Mendoza, un día antes que Segovia de San Rafael, igualmente bien montado. La casualidad hizo, dicen, que un jefe del 1º de caballería (seiscientas plazas) perdiese el caballo ensillado una noche y se atrazase otro tanto la division en su marcha; pero la casualidad hizo tambien que el Gobierno de Mendoza y el Coronel Ivanowsky le propusiesen ofrecer una amnistia al ejército sublevado, si reconocian y acataban la autoridad nacional, lo que dió ocasion al Presidente á declarar que no habría jamas perdon ni amnistia para el Comandante Segovia, O'Connell y demas criminales. Al primer disparo del *cañoncito* de Ivanowsky, el General en Jefe insurrecto con su Estado Mayor puso pies en polvorosa, no de miedo del impotente cañon, pues sus fuerzas eran superiores, sino de la horca, que le presentaban en perspectiva las reservas del Presidente. Este acto moral que viene clasificado bajo el rubro *Diplomacia de la guerra*, no solo decidió de la batalla, sino que ahorró el derramamiento de sangre, inevitable en un combate en que forman de ambos lados batallones y escuadrones de línea.

Muy instructiva es esta parte segunda de las memorias de que damos cuenta. Concluida la guerra de secesion en los Estados Unidos, el General Sherman, el General Sickles y todos los que obtuvieron comandos separados, fueron sometidos á un Consejo de Guerra para dar cuenta de su encargo. Asi se consigue dejar consignadas en un proceso, las razones que tuvo el General para adoptar tal ó cual sistema de operaciones, responder á los cargos y dejar constancia para instruccion del ejército, de los motivos determinantes.

En el servicio militar se ve dá orden á veces de palabra; pero la intencion ó aun las razones que la aconsejan, quedan en el secreto del General. Mas se ha agravado el inconveniente ahora con el uso del telégrafo, cuyas comunicaciones no quedan siempre consignadas en el libro de órdenes. Un Senador de los que mas contrariaban la política del Presidente, que mas desprecio abrigaba de sus dotes militares, se asombraba al leer que el fusilamiento del Colegio con las ametralladoras, fué un acto de guerra meditado, necesario é indispensable, preguntando ¡por qué ha aguardado diez años para explicar cosa que salta á la vista! Darwin se estuvo diez años sin dar su teoría simia, de miedo que le sacasen los ojos los Senadores cristianos. La razon es un modo del intelecto; y haber intentado explicar entonces el hecho, hubiera sido suministrar nuevas armas al ridiculo de los que condenaron como atentatoria, en la intencion, á las *libertades argentinas*, la publicacion en castellano de la *décima* edicion de los poderes del Presidente de la República en guerra; y no obstante decir el autor de la mocion para impedirlo, que no había leído el libro, la Cámara por unanimidad casi, negó los fondos para la publicacion. Debía ser abominable, puesto que le gustaba al Presidente, como debía ser un santo el Senador cuyo desafuero pedía el Juez federal, puesto que hacía la oposicion y conspiraba descaradamente. Esta era la lógica de entonces.

Y á propósito de doctrinas y opiniones que tanta influencia tuvieron en las tentativas revolucionarias, por ignorar ó no practicar los principios que rigen los actos del gobierno, el autor pretende que costaron quince millones aquellas deplorables guerras, simplemente por no conocer las leyes

de la represalia en la guerra, que no permiten que el enemigo, violando las leyes reconocidas por el derecho de gentes, tenga ventaja sobre su contendor. Baste saber que mientras el Gobierno Nacional compraba caballos, hasta en el Brasil, para proveer á las necesidades de la guerra de Entre Ríos, Jordan contaba con doscientos mil, que son los existentes en la Provincia, y cuyo uso nadie pretendía negarle. Los generales del ejército, los miembros del Congreso, los publicistas y hasta los ministros, sostenían la respectabilidad de los caballos y su no participacion en la insurreccion contra la verdad y la justicia. Una de las mas interesantes discusiones, está consagrada á este asunto en que entran los discursos del Senado sobre actos irregulares del Presidente que se apoya, en cuanto á represalia, en la conducta del General Paz, lo que sucitó una tormenta de protestas de generales y contemporáneos negando el hecho, hasta que se publicó la orden firmada de puño y letra para la ejecucion, lo que los dejó como en misa á todos. Ahora resulta, sin embargo, que lejos de ser un hecho aislado, el General Paz procedía en virtud de un estudio legal que le había sido remitido de Chile, increpándole no emplear la represalia, para contener por el terror la guerra que Rosas hacía á muerte, con sacrificio de víctimas ilustres. Tenían, segun se ve ahora, conocimiento de ello el doctor don Valentin Alsina, que aprobaba grandemente la idea, y el General Garzon, que aseguró al Mayor Gainza, al servicio de Paz, que este había pasado nota á Rosas desde Corrientes, denunciando la represalia si no cesaban los degüellos habituales de prisioneros de guerra por las fuerzas federales.

Todavía el debate es llevado al gabinete de M. Thiers, á que el autor es llamado en Francia al saberse la ejecucion del Emperador Maximiliano, cambiando de plan de ataque en el discurso que tenía preparado para la asamblea contra la política de Luis Napoleon en Méjico, desde que se persuadió que en virtud de la ley de la represalia de guerra, Maximiliano había sido legal y debidamente condenado á muerte.

Conseguiríase con estos apuntes militares mostrar cómo la guerra científica mató la guerra instintiva, y cómo se aprovecharon todos los progresos que el país venía haciendo

en vapores, ferrocarriles, telégrafos, forrajes cultivados, nacionalidad, etc., etc., para asegurar la tranquilidad pública. Si llegase á demostrarse tambien que murieron las ideas anárquicas que sostenian grandes oradores, médicos ó abogados, y aun militares, que no tienen forma aceptada en nacion alguna del mundo, puede esperarse que la publicacion de la obra, integra, si llega á realizarse, sea un beneficio para el país.

Los últimos actos militares del gobierno de que fué jefe el General Sarmiento, fueron la creacion de la Escuela Militar y de la Escuela Naval, creando de todas piezas y bajo un plan adecuado al país, una marina, despues de haber renovado el armamento de precision, y la artilleria de plaza que hizo traer y fué depositada en el arsenal de Zárate.

En cuanto á fortificaciones, y no contando en el país con ciencia adecuada á la fuerza de los misiles ó al enorme calibre de la artilleria moderna, el periodo de su gobierno terminó antes que se concluyesen las negociaciones principiadas para procurarse ingenieros de tal capacidad, que hubiesen de asumir la responsabilidad de adoptar un plan de defensa de nuestras costas, en presencia de los poderosos cañones de que pudieran venir armadas marinas hostiles.

Podría decirse de todo este conjunto de creaciones, que fueron la inspiracion de un viejo y experimentado jefe de Estado Mayor, que son la última y mas bella página de su foja de servicios.

CANDIDATO PARA PRESIDENTE

NOTA—Salvo las que llevan la indicacion de la fecha de su publicacion, (dos cartas privadas), las piezas que siguen, que autógrafas poseemos, no fueron publicadas en su tiempo, sin duda que reservadas por los amigos del autor por razones de prudencia y para no comprometer la ventaja politica de hallarse el candidato rodeado de todo el prestigio de la ausencia.

Las publicamos entre sus Memorias, porque revelan el pensamiento íntimo del autor y hacen á la historia en cuanto demuestran cuales eran las ideas y los términos que se juzgaba imprudente dar á luz.

Señor D. José Posse.

Nueva York, Setiembre 20 de 1867.

Mi estimado Pepe. Cuando menos lo esperaba, recibo tu bienvenida de 15 de Junio. Tardaba en efecto. Dándome el detal de las probabilidades, alguien me decia en materia de elecciones: de Salta todos los votos, de Tucuman ninguno. Posse podría, pero está comprometido en tal y tal majaderia. Tu carta viene, pues, á responder ¡presente! sin ceremonia, sin preámbulo ¿donde avista el enemigo? allá vamos! voilà tout.

Bien. No se á quien te dirijas en San Juan y Mendoza, No se quien, mis amigos. Todos, entiendo. Se suicidó Soriano, mi hijo—yo lo cré—por las brutalidades de la *curia* política. Ha muerto mi sobrino Marcos Gomez. Cirilo Sarmiento es mi amigo y corresponsal á veces. En Mendoza no estoy mejor. Se que todos los hombres influyentes están conmigo. El hombre que ha tomado á pecho la cosa es el General Arredondo. Dirijete á él y pásale el estado de fuerzas á tu disposicion. En Córdoba el redactor de *El Eco*, Dr. Velez. En Buenos Aires al primero que pase por la calle, pero íntimamente á Velez, ó á su hija, mas á

esta que al viejo: tiene mas carácter, y créemelo, juicio mas sólido que todos nuestros amigos. Si pudiera inducir la á escribir en la prensa como me escribe á mí, tendría un campeon, no por el amor hacia mí, sino por la completa inteligencia del asunto.

Tengo una carta topográfica de las posiciones; pero es escrita por los amigos. La idea dominante en Buenos Aires es que no puede haber lucha posible. Mi temor es el tuyo, la anarquía, que se desencadene antes de que hayamos podido tomar posiciones. Creo que la preocupacion que mas me favorece es que la pondré freno; y tu sabes que toda vez que cree que hay quien la enfrene, se queda como en misa.

Me escribe Aurelia Velez, que los culones de Buenos Aires se han reunido y proponen por candidato al viejo Velez, lamentando ella que así aparezca la desunion, dando esa ventaja á Elizalde, que me dicen da muchos convites y gasta mucho té y vino.

Creo que tus medios de accion son la prensa para las otras Provincias y tus amigos para la tuya. Si un diario de Tucuman adoctrina la cuestion, si *El Eco*, *El Zonda*, *El Constitucional* de Mendoza trabajan en el mismo sentido, se formará una corriente irresistible de opinion, pues *El Nacional*, *La Tribuna*, *El Pueblo*, y me anuncian un diario especial nuevo, obrarán en el mismo sentido.

La eleccion de un ausente por tantos años, sin el apoyo oficial—partiendo de Buenos Aires no obstante ser provinciano—apoyada por los crudos, los exaltados, no obstante la dureza de sus doctrinas de gobierno, sería un espectáculo consolador, pues mostraría que hay virtudes públicas que pudieran dar mas valor á la influencia del individuo.

Si hubiera de indicar los costados favorables por donde quisiera ser tratado, tu serías mi confidente, ya que no lo he querido ser de *El Nacional* á tu pedido. Pero es tarea de nunca acabar y la idea solo me fastidia. Tú harás lo que el corazon te dicte y eso será siempre bueno.

Te encargo no maltratar á los que gobiernan. Esto es todo.

Tenemos muchos elementos para jugar. Un inmenso poder moral pondría á mi disposicion una eleccion hecha como se presenta hasta aquí, por un movimiento espontá-

neo de la opinion. Es preciso conservarle ese carácter y como yo no quiero gobernar, sino *para gobernar* y hacer efectivos los pensamientos que en treinta años he emitido, necesito ser llevado al poder por una fuerte opinion, para poner la mano en donde duele. Ya los culones de Buenos Aires sienten donde les aprieta el zapato. Los mazorqueros, los bárbaros, los ladrones, me comprenden.

Por mi parte, y esto para tí solo, te diré que si me dejan, le haré á la historia americana un hijo. Treinta años de estudio, viajes, experiencias y el espectáculo de otras naciones que aquella de aldeas, me han enseñado mucho. Si fuera un estúpido, razon tendría todavía de creer que mas se me alcanza que á los niños con canas que tienen embrollada la fiesta.

Dios te dé acierto y manos á la obra. Tuyo. *Sarmiento.*

Nueva York, Setiembre 20 de 1867.

Señor Teniente Coronel D. Lucio V. Mansilla. (1)

Mi estimado amigo:

He recibido su carta del Fraile Muerto del 7 de Julio. Paso por alto los gratos cuan crueles recuerdos que le sirven de exordio y de vinculos á ñosotros. Ya no tengo lugar en mi corazon para nuevos dolores.

Por cartas de mis amigos, se que Vd. había recibido el querido retrato,—que Vd. propalaba ideas que me manifiesta en su carta,—que se proponía trabajar—que encontraba ecos simpáticos. Está, pues, todo aceptado; porque yo he aceptado la idea sin gasmoñería, como puedo asegurarle sin ilusiones y sin entusiasmo. No he huido del poder; no lo he solicitado. Municipal, Senador, Ministro etc. etc., he aceptado un trabajo y he tratado de ejecutarlo.

El que impondría el voto de una mayoría, sería, á mi ver, el de tronchar un roble, tan pesado me parece que es el fardo; y sin embargo, no vacilaría en ponerle el hombro, á riesgo de ser aplastado. La misma idea de Vd. veo surgir desde las capas inferiores del suelo, dar reposo á la sociedad

1) Publicada en *La Tribuna* de ese año y *El Nacional*. (N. del E.)

fatigada y echarlo en nuevas vías. Pídenme á mi que lo haga. Hay, creo que una vaga reminiscencia de que de veinte años atrás vengo diciendo: *vamos mal*; he aquí el camino. ¿Hélo yo encontrado en treinta años de peregrinaciones por América y Europa, en cuanto cabe que un hombre lo vea y lo discierma? El estudio teórico no ha ser estéril á la luz de esa terrible práctica de nuestra vida pública, que ha sido treinta años para mi, como el anfiteatro para el practicante de cirugía.

Alguna vez me ha cabido la fortuna de apuntar el escollo que para mi estaba visible delante de la política seguida. Quizá mi residencia en los Estados Unidos, en época tan instructiva, los años, y una vida que pueda llamarse honorable, den á mis consejos ó á mis actos la autoridad de que carecieron antes por no considerarlos el fruto maduro de la experiencia. Pero si una fuerte mayoría me apoyase el Gobierno sería, acaso por la primera vez, la representación y como el agente de la voluntad pública; y entonces la resistencia de *las minorías interesadas* en la continuación de los males subsistentes cederían ante la presión atmosférica.

¿Que le diría á usted ni á otros de programa?

Mi programa está en la atmósfera, en veinte años de vida, hechos y escritos: eso se desea, eso será.

Tiene usted razon en creer que tenemos como arcilla para modelar la estatua, un pueblo adelantado. Este horrible trabajo de las revoluciones, ese barro amasado y humedecido con sangre, va sin embargo transformándose, refinándose de sus primeras impurezas. En Buenos Aires hay mas *principios latentes* que en parte alguna de América. No olvide que estoy al habla de Méjico, Venezuela y Nueva Granada.

Fijarse en mi, ausente, sin partido, sin agradecidos, sin esperanzas personales; en mi que nunca favorecí las tendencias de la opinion, me parecen pruebas de adelanto; no porque acierten en la eleccion, sino por cuanto engañándose acaso, buscan un *ideal*, que no es el que persigue el resto de la América. Piden gobierno y trabajo; no la palabra, sino la cosa; no el fruto maduro que nadie sembró, sino la planta regada con sudor que dará el fruto.

Pediríanme, me imagino, que realice lo que tantas veces he comenzado, en la escuela, en el ejército, en Chivilcoy, en San Juan, en la prensa, hasta que la piedra de Sisifo ha rodado hasta la base de la montaña.

Pónganse á mi lado, detras, espalda con espalda los otros, sostengan mi debilidad, y por mi madre y por Dominguito, prometo que levantaré la piedra y la subiré sobre la montaña. Probemos pues. Desde luego acepto su apoyo; busque el de otras simpatías y obedecerá al llamado su affmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

LA COZ

Espero que transcurridos ya los términos electorales estas líneas llegarán cuando el dado esté irrevocablemente tirado. Sin esta seguridad habría guardado el silencio que sobre la política militante de nuestro país me he impuesto. Pero leo en la *Patria* de Chile una carta del General Mitre, entregada á la publicidad con la debida autorizacion, por *La Nacion Argentina*, en que se registran conceptos que es mi deber y mi derecho atenuar, por lo que á mi respecta.

Agradezco á mi digno amigo el General la enérgica condenacion del lenguaje ridículo y excesivo vituperio que sobre mi nombre hace recaer el antiguo y conocido sostenedor de la política del Gobierno nacional. Villergas, Calvo, y por un momento Makena, me han prestado el buen servicio de mostrar cuan poco afectan imputaciones que no tienen por base ni la verdad ni la justicia; pero no me habría pasado por la imaginacion que hubiese algun día de deberle esta clase de favores al joven Gutierrez. Verdad es que hace tiempo diriji á Dios esta humilde oracion:—Librame, Señor, de mis amigos políticos, que de mis enemigos, su propia injusticia me guardará.

Ni aun en el caso del español Villergas, el caso ha fallado. Sus críticas versaron, como se sabe, sobre el estilo castizo, francesismo y verdad de ciertos hechos. Un amigo mío ganaba cien pesos por corregir *Los Viajes*, en cuanto á la dccion, por ser tenido como hablista. Si no supo ó no

quiso llenar su deber, debió por lo menos salir á la defensa de su obra y aceptar una responsabilidad que era suya. De Makena diré solo una palabra. Al llegar á Santiago en 1864, recibí, por el intermediario de un amigo comun, mensaje suyo, diciéndome que habiéndome ofendido *sin razon*, desearía tener el honor de decirmelo personalmente. Cuando regresando á Chile él, de los Estados Unidos, fué á despedirse de mí al lago Oscawana y yo le acompañé abordo. Lo que medió entre ambos en el lapso de tiempo intermediario lo adivina todo el que tenga el corazon bien puesto.

Solo á un cargo de Gutierrez responderé. Con motivo de una alusion que creí personal en uno de sus anteriores escritos, le escribí rectificando el hecho. Contestóme que no había ni remotamente aludido á mi, *el hombre que mas respetaba* (1) Como nada he hecho despues para merecer su desprecio, me atengo al fallo de Filipo sobrio, contra Filipo ebrio. Pero niego que yo haya *solicitado*, ser enviado á los Estados Unidos. Si en esto ha creído consultar fuentes que le estaban vedadas, como lo insinúa el General Mitre, ó la fuente ha sido enturbiada, ó solo vió la corriente. Mis relaciones con el Gobierno nacional han sido necesariamente por escrito; y escrita estará la primera indicacion, y aun ha de estar en alguna parte escrito que no siempre tuvo mi aquiescencia la idea. (2)

Paso, sin otro preámbulo, á mitigar, si puedo, las duras apreciaciones del General Mitre sobre mi *carta-programa*. Si me hubieran presentado en pruebas el artículo de Gutierrez y la carta del General, á escoger entre dos males, habria preferido el de Gutierrez, como menos eficaz.

Principio por negar que yo haya escrito un programa

(1) Poseemos la carta de D. José María Gutierrez dirigida al Gobernador de San Juan. (N. del E.)

(2) Hemos oído referir á Sarmiento que al llegarle el nombramiento de Ministro Plenipotenciario, siendo Gobernador de San Juan, su primer movimiento fué de rechazarlo, atribuyendo la intencion de alejarlo de la futura Presidencia pero que luego, dibujando un gesto enérgico con la mano sobre el codo, exclamó: te embromaste, seré Presidente, mejor de lejos! (N. del E.)

en la carta privada y tan á la ligera escrita al Comandante Mansilla. (1)

He hecho para favorecer á muchos amigos, directos ó indirectos, programas políticos. En las últimas páginas del «Belgrano» (2) hay uno, cuyo alcance puede medirse ahora. No es natural creer que fuese tan deficiente el mio, si tal intencion hubiese tenido.

Mis anteriores relaciones con el Comandante Lucio V. Mansilla tampoco inducian á creerlo así, por ser menos estrechas que las que me ligan con los que me vituperan.

En Febrero de 1852 emigrábamos de Buenos Aires en un mismo vapor, Terreros, el General Mansilla y yo, mostrando este singular trio las vicisitudes humanas. El General, repitiendo á quien queria oirlo, que yo era quien habia destronado á Rosas, trató de acercarse á mí, sin que yo creyese en manera alguna impropio aceptar una distincion. (3) S. M. el Emperador del Brasil me decia despues riendo, que al verme en la Opera con el General Mansilla, me tomó su corte por uno de los insignes mazorqueros que huian de Buenos Aires, y me contemplaba con pavor. Yo habia observado que de cuando en cuando dirigía su *lorgnon* hacia mí. El joven Mansilla apenas adolescente acompañaba á su padre; y en ocasion oportuna me expresó quejas y aun agravios que creía tener de mí, en términos tan dignos que los reputé superiores á sus años. Satisficelo, porque así era de justicia. Olvido si en Buenos Aires le pagué la visita que me hizo; pero hallándose preso y encausado por una cuestion de honor, me hice presente dándole una consejo de prudencia que no creyó oportuno seguir. Alguna vez

(1) Sin embargo el General Mitre tenia hasta cierto punto derecho á tomarla como un programa por la circunstancia, que Sarmiento ignoraba, de que sus partidarios habian hecho la publicacion con estos titulos: Cartas de Sarmiento—Su programa (*N. del E.*)

(2) Como el General Mitre saliese á campaña sin terminar la Historia de Belgrano que estaba publicando, Sarmiento escribió en *El Nacional* de 8 de Julio de 1859 un capitulo que encerraba efectivamente un programa político. Ese escrito aparece en la primera edicion de la *Historia de Belgrano* y ha sido eliminado en las siguientes. El lector lo hallará en el T. XLV pág 376 de estas obras (*N. del E.*)

(3) Véase T. XIV. pág. 293 el relato de primera mano (*N. del E.*)

aplaudí su persistencia en afiliarse al partido liberal á que sus ideas le llevaban, no obstante el rechazo que las preocupaciones de familia le opinian. En Lima ví su nombre asociado al de mi hijo en la traducción de *París en América*; y en Washington una carta á la Señora Mitre y Vedia en que lloraba la muerte de su compañero y protegido. Débole á él el cabello que conservo.

Los que esto lean y sean padres, comprenderán el móvil de una carta mía al Comandante Mansilla, ofreciéndole lo que un padre puede ofrecer al amigo, compañero y jefe del hijo malogrado. A esto me contestó desde Fraile Muerto, hablándome de elecciones, como tantos otros antes que él. Contestéle lo que ha dado lugar á tan poco benévolas apreciaciones. Que el Comandante Mansilla no vió en la publicación cosa que me desfavoreciese, resulta de su intento, aunque poco feliz, de favorecerme.

Pero hay un testimonio imparcial de que ninguna impresión desfavorable causó la lectura de la carta. *El Standard* ajeno á las preocupaciones de partido, lejos de considerarla un programa, dice en su reseña del contenido: « esta carta es una cortez aquiescencia á las miras políticas que con respecto á él tengan sus amigos, mas bien que una especificada declaración de principios de un confesado candidato á la Presidencia. El Coronel Mansilla ha suplido la omision, etc.» y mas adelante repite, « como ya lo hemos insinuado, las opiniones del señor Sarmiento están menos claramente pronunciadas en su propia carta *privada*. »

No era menos explicita la inteligencia que *El Standard* daba al espíritu de la carta misma. «El prevee, dice el diario ingles, que los males que vienen del espíritu de partido y las maquinaciones de politicastos serán sofocados por la presión de una atmósfera política en Buenos Aires en la cual se imagina descubrir *ciertos principios latentes favorables* que no existen en otra parte de la América. Habla con particular referencia de Méjico, Venezuela y Nueva Granada.»

El importante documento del General Mitre aludiendo á esto mismo, dice: «Tampoco apruebo la *carta programa* de Sarmiento, que siendo una coz dado á nuestro partido y un desconocimiento *injusto* de los sacrificios, trabajos y

« conquistas de las generaciones presentes, se prestaba á
« reflexiones mas importantes.»

No dudo que mi honorable amigo no hubiese preferido otra palabra que *coz*, en un documento en que aparece como una gota de tinta, caída por incidente.

Hay en castellano un verbo casi latino, extra-viarse, de donde viene extra-vio, ir fuera del camino. El General, en la misma carta que la historia recojerá, dice de sí mismo: « Responsable hasta cierto punto de los *extravíos* de un partido que *confieso* y por lo mismo que siempre le he dado « consejos en el sentido que lo hago ahora?... imitaria el « ejemplo de Washington aquel padre de la democracia « americana... etc.»

Con menos acierto, yo había intentado decir lo mismo que el General:—« Hay creo, decia yo en la carta aludida, « una vaga reminiscencia de que de veinte años atrás, ven- « go diciendo, *vamos mal, hé aquí el camino.*»—Perifrasis de la palabra extravio de que usa y hecho que confiesa el General.

Cuestion de estilo ó de gramática. ¿Porqué en su pluma el acto asciende á la elevacion de Washington, y en la mía descende hasta una violencia puramente animal, como dar una *coz*?

En carta como la mía, escrita al correr de la pluma, sería difícil recordar, si oscuridad hubiese, el pensamiento íntimo que el tal *ir afuera de camino* quiso expresar. No tendría la misma atenuacion la carta que *con debida autorizacion* se da á la prensa, cuando usa palabras que no eran por lo menos inevitables.

«De veinte años atrás vengo diciendo,» si se refiere á la generacion presente, parece por lo preciso de la fecha, que aludo á *La Crónica* que escribí veinte años ha, y fué mi primer trabajo indicando á la AMÉRICA un nuevo camino.

Apelaré siempre al testimonio imparcial de los ingleses que están mejor dispuestos á comprenderme. De *La Crónica*, dice M. Sinng, «que contiene la coleccion de documentos sobre emigracion, única en América, y para que « se comprenda mejor la importancia de los cuestiones « suscitadas por *La Crónica*, baste saber que sobre cada uno « de sus tópicos se propuso ó se dictó una ley.»

Eso hacia veinte años atrás, eso vine haciendo, eso ofrecería en mi carta ensayar, «lo que tantas veces he comenzado en la Escuela, en Chivilcoy, en San Juan, hasta que la piedra de Sísifo ha rodado al pie de la montaña.» Derecho tendría Chile de quejarse de este lenguaje, pues que hablo de la América. Contrasto á Buenos Aires con Venezuela, Nueva Granada y Méjico y le reconozco progreso; pero nunca me hubiera temido que desaprobándolo, me enrostrarán que las doy una coz.

¿Háse tomado como alusion á los tiempos presentes, el decir que «alguna vez me ha cabido la fortuna de apuntar el escollo que para mi *«estaba visible ante la política seguida?»* Si tal sucediese, convendrá el lector en que la *injusticia* no era hecha á las generaciones presentes, sino á algun gobierno ó administracion especial.

No pudiendo deducir de mis recuerdos ó de mi propio pensamiento, si realmente aludí en ese escollo que señalé, á la política actual, tengo que atenerme á las aseveraciones de la carta documento, para inferir que es lo que su autor ha creído columbrar, sin duda en la mas nebulosa de las alusiones. «Esta política, dice la carta del General, triunfa siempre (abrevio) en vez de capitular cobardemente con el vicio, queriendo ó creyendo hacer política práctica, que yo llamo política grosera, sin alcance y sin altura.»

Mal puede ser este un cargo contra mi, cuando el artículo de la «Nacion Argentina» dice de mi:—«Lo que precisamos « es un hombre que conozca el país y sus necesidades, que « tenga calma para gobernar, que amalgame los partidos « y no los resuscite y que encamine la República por medio « de la paz, haciéndola progresar.»

Como el señor Gutierrez aboga por un miembro de la Administracion que ha dirigido la política, debo suponer que este conoce el país y sus necesidades, que no conoci yo en tantos años de estudiarlo, describirlo y recorrerlo; que ha tenido calma para gobernar, que ha amalgamado los partidos en los seis años largos, que ha calmado las pasiones y encaminado la República por medio de la paz, haciéndola progresar.

Si tal ha hecho en política, de temer es que otra política, llegada así la República al pináculo de la prosperidad y la paz, venga á desmejorar obra tan laboriosamente aca-

bada. *El Herald*, sin embargo, al dar las últimas noticias del Río de la Plata, dice que jamás desde su origen, estuvo la República mas al borde del abismo, la guerra exterior, la anarquía interior, la exaltacion de las pasiones, el cólera, la seca, la depresion comercial. Un norte-americano que transcribía sus noticias, añadía: «Espero que el próximo telegrama traerá alguna bonanza, por la sencilla razon de que el mal no puede aumentar.»

La misma política serían seis años *mas de lo mismo*, al paso de una nueva política sería como muchos remedios, que si no curan no dañan.

No es, pues, esta política la que se me puede imputar, ni por lo que pacta con el vicio, ni por lo que quiero amalgamar y no amalgamo.

Mas al caso es la declaracion propia del General sobre la política que ha seguido. «Mi constante empeño, dice, ha sido preparar el país á una libre eleccion de Presidente en las mejores condiciones posibles para el gran partido nacional de los principios.» Quien conozca al General Mitre le hará la justicia de creer que este deseo parte de lo mas intimo de su corazon; pero la política es aquel sistema de actos por los cuales se hace práctico, hecho, el principio que desea establecerse. Los resultados son la piedra de toque, no de la pureza de la intencion, sino de la política seguida.

¿Ha logrado el objeto de su constante anhelo? La carta misma parece indicar que el éxito ha sido desgraciado. Hay, segun ella, una candidatura reaccionaria con Urquiza una de contrabando en Buenos Aires, amigos solapados como Luque en Córdoba, amigos nuestros como los Taboada y «todas ellas representan la liga inmoral de poderes electorales usurpados por los gobiernos locales.» Si estos hechos tan valientemente denunciados, son ciertos, el constante anhelo para preparar el país a una eleccion libre, ha producido en seis años el efecto contrario, preparándolo á elecciones influidas. Sobre Santa Fé y Corrientes se extiende la influencia que se señala como personal y asaz reaccionario de Urquiza; sobre Catamarca y Tucuman la de Taboada; en Buenos Aires el Gobernador aprovechando sus medios de influencia haría prevalecer una política de contrabando.

¿Dónde, pues, los resultados correspondieron á la inten-

cion? ¿Será en San Juan, Mendoza, San Luis, Córdoba, Salta y Jujuy? Pero sin contar que estas Provincias han sido assoladas por los «montoneros francamente sediciosos», en ellas precisamente por no estar sometidas á las influencias denunciadas, la candidatura del que es *injusto* con las generaciones presentes ó la política actual, es la única cordialmente propuesta y aceptada.

El manifiesto de San Juan abunda en ese sentido, y si la política seguida por su ex-Gobernador, se propuso lo mismo que el General Mitre, que era preparar aquella provincia á una eleccion libre, el unánime consentimiento de aquel pueblo y el asentimiento de las Provincias vecinas deja creer que él solo consiguió su objeto, aunque su política no fuese exactamente la misma del Gobierno Nacional, que nada consiguió, ni aun en Buenos Aires, á estar á los hechos y á la confesion del General.

Para mayor confirmacion de esto, añadiré que los que firman el manifiesto de San Juan, excepto uno, no estuvieron de acuerdo siempre con el Gobernador, y dos de ellos fueron sus enemigos ó se creyeron agraviados por su influencia. Lo que prueba que la mejor política es aquella que va á su objeto, sin curarse de las dificultades del momento, contando con la justicia únicamente del pueblo que conoce al fin á sus servidores y les aplaude la abnegacion con que arrostraron el disfavor.

Acaso sobre puntos de política no estuvo siempre de acuerdo el Gobernador de San Juan con el gabinete del General Mitre; acaso si hubiese sido de parte de él, no hubiese habido lugar á disidencia; pero habiendo pasado las cosas como pasaron, y no habiendo opuesto obstáculo alguno á la que se siguió, no puedo, ni debo aceptar una condenacion como la del General, expresada en palabras que disuenan de su conocida templanza, aceptando con mi silencio un reproche inmotivado y por tanto injusto.

Si antes y en tiempo no quise hacer un programa, menos he de querer ahora, ni aun por represalia á objeciones y cargos infundados ó maliciosos.

«Sarmiento se ocupará de escuelas, ha dicho el señor Gutierrez, y nos haría una nueva emision de libros, como aquella geografia de célebre memoria.»

¿He publicado yo una geografia? Lo he debido olvidar,

como me ha sucedido con algunos escritos que el señor Zinny ha anotado en su monobibliografía. Pero el antiguo órgano de la política que deseara perpetuar por el mismo personal, muestra en este reparo, no solo cuan bien me conoce, sino «cuan bien conoce el país y sus necesidades», que me tacha de no conocer.

Para conocer bien la República Argentina, es condicion precisa no haber salido de las calles de Buenos Aires, por lo visto; y para sentir sus necesidades, no haber traspasado sus límites, á fin de estudiar por comparacion lo que le falta. En país donde veinticinco mil niños que asisten á las escuelas es todo lo que las presentes generaciones de políticos están preparando para las venideras, es oportuno denunciar y señalar al desprecio público al gobierno que intentara fundar escuelas.

Si al pueblo se llamase á votar sobre este punto, sábese que ricos y pobres, ignorantes y sabios, liberales y raccionarios, todos estarian de acuerdo. Pero á riesgo de comprometer las poquísimas probabilidades que me quedan, puedo asegurarlo, habrá una política de escuelas, tan ridícula como parezca á los que ni para dormir dejan el título de doctor, que los autoriza á derramar el ridículo sobre lo que hoy ocupa la atencion de todos los hombres de estado del mundo.

Seguirá, pues, la política sin escuelas, que viene produciendo aquella paz de que la República goza y de que solo mi accion puede despojarla.

Y sin embargo, vuelvo á repetirlo, lo que sin mal espíritu dije privadamente á Mansilla. «Piden gobierno y trabajo, no la palabra, sino la cosa; no el fruto maduro que nadie sembró, sino la planta regada con el sudor que dará el fruto.» Yo sembré ó Chivilcoy y las Islas en Buenos Aires. He sembrado escuelas en todas partes y en San Juan sembré gobierno. Los resultados están á la vista. No sé si hice política grosera y sin altura, pactando con el vicio. Muchos actos públicos de aquellâ época han debido olvidarse; pero mi carta á Peñalosa me absuelve de pactar así no mas con el vicio. Recuerdo, si, que dí seguridad á la vida y á la propiedad, que reprimí, castigué y vencí á los francamente sediciosos, respetando y protegiendo á los desafectos honrados.

Si San Juan gustó ó no, de aquel gobierno de trabajo, libertad, orden y seguridad para todos, de que gozó, fué cuestion que nunca me preocupó. Cuatro años despues, á dos mil leguas de distancia, me llega el eco de aquella provincia en que amigos y enemigos me ofrecen sus votos, para generalizar á las otras y devolverle á ella, lo que fué mi ánimo darle.

Estoy, pues, compensado por el desprecio y el ridículo que han hecho llover sobre mi nombre, los que, libreme Dios de dudarlo, pueden y saben ofrecer y dar en realidad mucho mas. Cuando mas no fuese que enmendar sus errores (de éxito por lo menos), de seis años, ya en eso me llevan una inmensa ventaja. De algo ha de servirles la experiencia.

La mía, tan larga, no ha pasado por tan amarga prueba; y acaso para mi buen nombre, convenga mejor que no sea sometido á ella.

Esta les llegará cuando la generacion presente, con las influencias y las ligas inmorales denunciadas, habrá decidido ó aceptado su suerte por muchos años.

Feliz ó adversa, deseara participar de ella D. F. SARMIENTO.

(Nueva York, Marzo 22 de 1868.)

(La Tribuna, Marzo 6 de 1868.)

Parece que un fuerte movimiento de la opinion me señala capaz de dirigir el comun esfuerzo de la República en el próximo término de la presidencia.

Dos de los que me escriben me piden que diga una palabra como confirmacion de las esperanzas que tantos abrigan; otros quisieran que me presentara allí, no para que me mueva, sino como signo visible...

Mientras, para adoptar el segundo partido, espero que la marcha de los sucesos salve el respeto al decoro propio que todo hombre de honor se debe á si mismo, no quiero privarme del placer de decir á usted, para que lo comunique á quienes interese, que acepto humilde y valiente la distincion con que me honran, con las seguridades y temores que puedan inspirar treinta años de existencia consagrada á la República, con los errores de la inexperiencia, con la experiencia de los años y de los viajes, el

carácter, las ideas, las pasiones en bien y en mal, tal como Dios las ha dispensado y el juicio propio no alcanzó á corregirlas. Tengo la conciencia clara de que quiero el bien, y tantos años de práctica, tantas fases de la vida pública contempladas, tanto estudio de las necesidades nuestras, y á la manera de proveer á las públicas de las otras naciones en las cuales he vivido, *sin dejar de estar siempre viviendo de nuestra vida propia*, me da el derecho á creer por lo menos que no me escasearían los medios de que el hombre se sirve para formar correctos juicios.

Con esta intuición, sino ciencia experimental, añadiré solo que siento aun rebullirse en mi pecho aquella fuerza de voluntad que me sostuvo en días largos que hubieran para otro sido de desaliento.

Un programa político de tal hombre sería fuera de propósito. El programa está en el sentimiento que allá reúne tantas voluntades. En uno de los ensayos de República que las ex-colonias están haciendo, con una guerra exterior que consume como una hornalla cuanto se le acerca; con el desquicio obrando en el interior por bandas, que de la política han descendido al *brigandaje* de los Abruzzos; con partidos irreconciliables—una voz se levanta de todas partes, de viejos y de jóvenes, de la capital y de las provincias, de la Universidad y del ejército, señalando como prenda de tranquilidad para unos, de progreso para otros, la presencia de un individuo siete años ausente, sin influencia sobre la actualidad, sin partido ni círculo.

¿Yerra la opinion? El hecho es que valiera la pena que no se equivocase, por cuanto es ese el hecho mas moral que presenta la América del Sud.

Probaría que hay al fin una República; que hay una opinion que señala un camino y un remedio, y si la aspiracion se convirtiese en hecho, que ese pueblo elije, lo cual no está siempre ni en todas partes, fuera de duda. Basta solo intentarlo, para quedar justificados.

Este hecho sería, pues, el primer artículo del programa. Un gobierno creado por la opinion, á sabiendas del sentido y significado de su obra: con esta base puede decretarse la extincion de la guerra civil, que alientan las dudas de si hay detrás de un gobierno, un pueblo.

El otro artículo que sigue es un hecho que está allá

latente, y yo desde aquí estimo, por comparacion. En la América del Sud, segun he podido sentirlo en las costas del Pacífico y Golfo de Méjico, las ideas, la política no se emancipan de la tradicion en unas partes, de las doctrinas francesas, de las europeas en otras. De New York, el espíritu americano salta á las orillas del Plata, y solo allí se traduce en instituciones, emigracion, prensa y aspiracion á la libertad norte-americana. Solo entre nosotros se usa y se imprime á Kent, Story, Curtis y los jurisconsultos norteamericanos, solo nosotros creemos que las creencias religiosas no establecen privilegios ni esenciones, acaso porque Dios en la distribucion de los bienes y de la tierra misma nos indica con su ejemplo este temperamento.

Tenemos, pues, un ideal americano, para país por poblarse y cuyo decálogo no es un misterio para nadie, sino para el que no quiera tomarse el trabajo de aprenderlo. Nuestro programa, pues, es seguir esa luminosa huella, ó ser americanos como está á la vista de todos que se puede ser, por el trabajo, por la igualdad de punto de partida y el camino franco segun las fuerzas.

La barbarie de nuestros campos es el escollo en que hemos fracasado desde Artigas hasta Felipe Varela.

Esa misma barbarie existe en toda América, desde Méjico hasta Chile, en las masas populares. Pero, aparte de que las llanuras argentinas se muestran mas á sus anchas, tiene otro rasgo que es una promesa. Es que el pueblo empieza á sentirse pueblo entre nosotros y llegará á serlo. En otros puntos de América no ha despertado todavía del letargo colonial.

Saá aspirando, como el pobre lo entiende, á dar un gobierno á la República, no se entendería en otras partes. Dentro de pocos años ese río entrará en su cauce.

De ello tenemos ya un indicio. La República Argentina consume treinta millones de pesos en oro de mercaderías europeas. Ninguna República sud-americana tiene con mas poblacion tantos consumidores. La escuela completará luego la evolucion. Tras la escuela el trabajo, y seremos todo pueblo productor y consumidor.

Sobre tales bases puede fundarse una política. Sabemos donde vamos por lo menos. Ni es accidente territorial,

histórico ó geográfico lo que nos favorece. Es fruto de semilla sembrada.

Cada paso adelante que hemos dado venía preparado por deas y hechos anteriores, y esto hace la noble solidaridad del partido civilizado y civilizador.

¿Cual sería la política de un nuevo gobierno? No respondería yo simple individuo, á pregunta que habrá de responder un gobierno. Preséntase el mismo problema por la primera vez en los Estados Unidos al aproximarse las elecciones de Presidente. Como en nuestro país, aquí los dos grandes partidos antiguos se han hecho entre sí la guerra; los dos se han excedido á veces de los límites; los dos se han hecho concesiones y traspasos de hombres y de ideas. El candidato que los hechos traen no responde á las interrogaciones. Acaso porque presente que en ambos encontraría sinceros sostenedores; acaso porque las nuevas condiciones en que el país entra piden menos sujecion á la disciplina ya relajada de los antiguos partidos. Grant es la estatua del silencio!

Quien ha hablado, escrito y aconsejado veinte años, puede cuando la ocasion de obrar se presenta, dejar la palabra á otros.

¿Puede ser un programa político el hábito del trabajo?
ESTE ES EL MÍO.

SARMIENTO.

EL UNO Ó EL OTRO (1)

Los candidatos, si son tales, véseles venir desde luego. Por las repulsiones ó afinidades, cada uno los siente dentro de sí mismo.

(1) No habría de sospechar Sarmiento que el hombre de que hacia tan terrible retrato, habría de rescatar muchos errores y levantarse en el concepto histórico precisamente por el acatamiento que prestó al fallo de la soberania popular que colocaba en la Presidencia á un enemigo personal y que había de dar prueba tan grande de hidalguía moral teniendo plena confianza en la lealtad del antiguo adversario. Sin duda el Dr. Velez en cuyo poder se hallaba esta pieza, obró prudentemente en reservarla y nosotros la conservamos en este lugar, solo por la belleza de invectiva y de forma y el noble concepto de sí mismo, haciendo salvedades sobre lo que el autor hubiera salvado de lo injusto que hoy nos parece aunque contenga tanta verdad histórica (*N. del E.*)

Dos candidatos reales tiene por delante el pueblo argentino, para la próxima Presidencia; y antes que nadie los indicase, presentábanse ya al ánimo de cada uno, como dos sombras que se divisan en medio de la oscuridad de los sucesos; porque son, en efecto, los representantes genuinos de las aspiraciones y tendencias de los partidos políticos.

La historia de la lucha de medio siglo, que será el fondo aunque los accidentes varien por un siglo entero, parece reconcentrarse en ellos.

Rosas, reformado en el uno, por afinidades; Rivadavia rejuvenecido en el otro por rasgos de familia.

Mas ó menos barbarie y violencia el uno; todo lo que nuestro país admite de civilización el otro, ambos pueden apelar al juicio de la historia, del de sus contemporáneos.

Los partidos no conocen medios tintes. Las figuras intermediarias que se muestran como bárbaros civilizados, ó los civilizados que se prometen parecer bárbaros para acomodarse á las circunstancias, son pinturas al pastel que basta un soplo para disiparlas.

Vamos á trazar el retrato de los personajes reales.

El uno es el hijo de la violencia. Riquezas fabulosas se han acumulado en torno suyo; y si la fortuna fuera en la vida pública el premio de los servicios, diríase que Dios premiaba en la tierra las grandes virtudes. Otros dudarían de la justicia de la Providencia. Instrumento *afilado* de la tiranía de Rosas, abandonólo para seguir los impulsos de su propia ambición, y después de haber representado todos los papeles, instrumento siempre de alguien ó de algo, encuéntrasele repleto de botín, caduco, siempre una amenaza ó un problema delante de la República. Por recompensa de *tres* meses de vida honrada, ha pedido *tres* veces la Presidencia, ya que es poco ser caudillo de por vida en su Provincia.

El otro representa el polo opuesto. Fiel á una idea fija, organizar sobre bases estables el gobierno de la república, ni la fortuna le ha sonreído al paso, ni sabría donde reclinar su cabeza después de una larga vida de fatigas; renunciando *tres* veces toda participación en el poder público á que lo llamasen *treinta* años de no interrumpidos servicios. En la larga lucha contra Rosas, en la prensa ó

en el campo de batalla, todos supieron de qué lado habían de encontrarle; y cuando otros, y no él, dividieron en dos fracciones la República, solo él tuvo una patria comun, apellidándose «porteño en las provincias, provinciano en Buenos Aires.» La union por siempre, fué su divisa (sin caudillos, se entiende), llueve ó truene! como entonces decia y lo hizo bueno en las Convenciones de Buenos Aires y Santa Fe.

Si la impopularidad fuese siempre el castigo del error, diríase que en las Provincias unas veces, en Buenos Aires otras, recibió lo que merecia. Alberti, Calvo y tantos otros, se lo probaron al menos; pero no siempre el camino ancho conduce al cielo. Otros dirian que cuidando poco de la opinion de hoy, contando seguro con la de mañana, escogió el sendero mas escabroso y desolado, solo cuando nadie quiso seguirlo.

Cada vez que el UNO agita el *poncho* del viejo montonero, las malas pasiones se agitan en toda la República, la guerra civil enciende su antorcha, la cinta colorada resucita y algunos degüellos solemnizan su advenimiento, para que no olvidemos que los ferrocarriles, vapores é instituciones no han acabado de borrar los rastros de los caballos y las malas prácticas de Ramirez y de Quiroga.

Cuando el OTRO deja correr su *pluma*, véanse levantar Escuelas en las Pampas, poblarse terrenos incultos, trabajar las minas, crearse bibliotecas, y en los ánimos renacer la esperanza de salir un día, por el trabajo y la civilizacion, de esta eterna lucha de barbarie y cultura, de caudillos ignorantes y de instituciones libres, que como una noche tempestuosa, con iluminaciones súbitas de rayos, vamos atravesando mas ya de medio siglo.

Tras del UNO, un reguero de sangre que señala su camino. Tras del OTRO donde quiera que haya pasado, en Chile, Buenos Aires, San Juan ó Estados Unidos, algun esfuerzo en favor de la América, algun bien intentado, propuesto á realizado.

Es el UNO, el hombre que conoce mejor los caminos que conducen á la parte innoble del corazon humano; y si quisiera gastar sus millones en comprar los votos que la ignorancia ó la codicia, sin honor ni patriotismo tienen á venta, podria hacerse proclamar Restaurador del Desasociado

Público, que él ha mantenido veinte años, pretendiendo imponer á los otros la inaccion, mientras él solo quisiera agitarse y vivir.

El OTRO, nunca ha hablado sino á las nobles pasiones de los demas, tan obligados como él á llenar los gratos deberes de buenos ciudadanos. Si algo puede ofrecer á sus partidarios, sería solo su parte de abnegacion y de trabajo.

El UNO, suscitará secuaces, donde quiera que haya un bárbaro, donde una ambicion sin altura ni conciencia. El OTRO, no es el centro de ningun círculo á donde converjan aspiraciones, porque nada puede ofrecer, si no es el premio que á cada uno da la estimacion pública y propia conciencia.

El UNO, ha sido con Rosas, General, Presidente en una Confederacion imposible y Libertador hasta destronar á su antiguo Jefe; pero General, Libertador ó Presidente, fué y se quedó siempre caudillo. El OTRO, publicista, administrador, legislador ó diplomatico, en todas estas varias funciones en que se aprende á gobernar, mostró que era siempre maestro de escuela, como él se ha llamado siempre para honrarse con ello.

El UNO necesita protestar cada día que no será en adelante lo que fué toda su vida, á fin de calmar los recelos que inspira. El OTRO, necesita solo señalar sus antecedentes, para que cada uno diga lo que se sigue necesariamente.

Estos son los *dos* candidatos para la próxima Presidencia. Quizá haya quien busque un *tercero* en discordia, que tomando las apariencias del uno se proponga realizar las ideas del otro. No pueden añadir seis años mas de alarmas, de perplejidades, á tantos que llevamos de no encontrar reposo. Pero estos mirajes se disipan á medida que queremos acercarnos á ellos, acabando por no saber donde nos hallamos. La verdad verdadera es la mas segura guía, pues de ficcion en ficcion, la realidad al fin despierta á los pueblos, con su terrible aparicion, cuando cerraron voluntariamente los ojos para no verla.

Entre UNO y OTRO tiene que elegir la República, ya que es la primera vez que es llamada á decidir de sus destinos. Rivadavia fué propuesto por el Congreso á catorce caudillos que dominaban las Provincias. Rosas fué impuesto á Buenos Aires por el ejército del Desierto, de que él fué el

héroe. Urquiza y Mitre fueron sucesivamente los candidatos laureados de la victoria. Derqui renunció á la candidatura en los Cerrillos de San Luis.

Dos candidatos le quedan á la República, si no quiere sorprender al mundo con algun nombre anónimo, para que despues de electo, los electores mismos se pregunten unos á otros ¿quién *dicen* que es el que *dicen* que hemos elegido?

Hay el candidato del *miedo* á lo pasado, y el candidato de la *esperanza* en lo futuro. El del hecho craso y el de la idea clara; de lo que era y de lo que debe de ser, de un mundo que acaba y de otro que comienza. El uno, ahí á la mano, con sus amenazas, sus hombres y su plata; el otro á dos mil leguas, con su consejo, su pensamiento y su desnudez.

El UNO, para terminar su vida material; porque la pública concluyó hace años en la impotencia, asilándose en el poder, como seguro de vida y de fortuna, acosado de desconfianza y alarmas, juguete de sus palaciegos y poniéndose colorete como Tiberio, para que no se aperciban de su palidez y caducidad. El OTRO, fuerte con mas años de trabajo y de experiencia, robustecido en sus propósitos y principios, por el estudio que está haciendo de la ciencia del gobierno, en la República que hoy es la grande escuela del mundo y apoyado por la estimacion de los hombres mas eminentes.

Lo que pediría aceptando la candidatura, sería ocasion y lugar favorable para realizar lo que hace años es el blanco de sus conatos, acabar con la barbarie y fundar el gobierno que ha de responder de la libertad, aumentar la riqueza y asegurar la civilizacion. Por poco que consiga, intentarlo solo es andar hacia adelante.

Su adversario dejará hacer cuanto no dañe á sus propósitos, hasta que un día pueda realizar su idea favorita, su pensamiento persistente

restablecer por la QUINTA vez

EL CINTILLO COLORADO CON ALGUN LETRERO AL CASO!!!!

Ya lo ha intentado cuatro!

UN VIAJE DE NUEVA YORK Á BUENOS AIRES

DE 23 DE JULIO AL 29 DE AGOSTO DE 1868

NOTA—Un héroe de Shakespeare compara su vida con las cambiantes nubes que asumen formas fantásticas y reales, engañan nuestra vista, como burlas aéreas, y son los esplendores de la tarde que obscurece...

Si hubiere un escrito donde se reflejasen en cambiantes formas fantásticas, en vividos y risueños colores y con lontananzas profundas, todos los aspectos de una grande existencia humana, ese compendio sería considerado, como el mas valioso documento de una literatura. Se le estudiaría con ahínco para descubrir los resortes que mueven á los grandes actores en la escena del mundo. Se conservaría, para ver la distancia que media entre algunos raros talentos y algun genio; único de su estirpe.

Aquí en las páginas que siguen, bajo el sencilllo plan de un diario de viaje que Sarmiento dedicaba á una amiga, y para ella sola, debléndose á la inevitable indiscrecion de la posteridad su publicacion, aparece un alma derramada, un corazon latiendo, un espíritu Ingénuo y sincero jugueteando con cuanto embeleco le cae á la mano, para remontarse sin esfuerzo y como dice por ahí, «aparece Júpiter y toma el mando del cielo estrellado»...

Es un cuadernlito de 200 páginas, escritas al lápiz, sin puntos ni comas, como pinceladas preparatorias que el artista arroja sobre la tela para combinar las armonias del colorido. Al publicarlas no nos hemos separado del texto y solo hemos agregado la puntuacion que exige el sentido. Estos apuntes, empero, borrajeados sin otro orden que la sucesion de los días y, al acaso de las impresiones, producen, por la rapidez de los cuadros, la intensa verdad de las siluetas todo el efecto de una obra acabada.

Sarmiento resuscita todo entero. Habla, educa, sermonea, fulmina á los malvados, se entretiene con pajarillos, dibuja los contornos de una planta, goza de la vida y de la exhuberancia tropical, come con el exceso que exige su gasto de fuerzas, lanza al aire su carcajada honrada, varonil y contagiosa, diseña los delicados ópalos de la aurora y la fiesta deslumbradora que el sol celebra al acostarse, arroja miradas proféticas sobre el porvenir y pone al descubierto sensibilidades y ternuras que el gigante guardaba ocultas para el vulgo.

No habrá producido Sarmiento una página que contenga tanto como esta de su propia esencia, y ninguna mas íntima y mas reveladora de su alma; pero lo que le da mayor interes todavía, es la circunstancia de ser escrita en el vigor de la vida y en el momento mas alto de la ambicion, cuando es llamado á desempeñar

el puesto donde anhela hacer buena sus teorías y ha de dar el supremo impulso á su patria, que cree preparada para el progreso y «terminado el grande noviciado».

Viene de los Estados Unidos á presentarse en la escena política, dudando del éxito de su candidatura y solo por los honores que le prodigan en el camino llega á creer que será, en efecto, presidente de la República Argentina. Su alma heroica no vacila un momento, ni pierde de vista que tantos esfuerzos no son sino para conquistar una gloria á largo plazo, sin recompensa inmediata; pero sabe, ve y palpa el porvenir y entonces... «haré que no muera, sin que otra «falange de amigos, de entusiastas, me acompañe al sepulcro. Oh! Magdalena! «te levantarás la primera á preparar el cadáver querido para el reposo eterno. «Si hay detras la inmortalidad de la gloria, las lágrimas estan demas»... (*El Editor*)

Ma vie est un combat

Beaumarchais.

Mi vida es un largo viaje. ¿Llegaré?

Sarmiento.

Pidióme Vd. las impresiones de viaje en mi excursion á Francia. Dedicole las que iré sintiendo á medida que me acerco á mi patria y con la esperanza se aviva el deseo de verla.

¿Quejóse Vd. de no haber satisfecho su deseo? Olvidaba que aun estaban sangrando profundas heridas de mi corazón, y mi ánimo no estaba despejado aun de amargos recuerdos. La exhibicion de París, por otra parte, no podía considerarse en una carta, sin perder la variedad de formas y objetos que constituían su magnificencia. Mil plumas teníanla por delante, y la mía habria sido la menos adecuada para describirla. Para hacerlo con acierto, ella sola debía llenar el cuadro, sin que el artista apareciese en la escena.

En este viaje que me propongo describir, el viajero solo es el protagonista; y dedicado á Vd. sola su lectura, dale la seguridad que para llevar á cabo la idea, á toda hora del día ha de estar presente Vd. en mi memoria. Viviré, pues, anticipadamente en su presencia, y cada escena que describa, tendrá á Vd. como espectador, complacido acaso de recibir este diario tributo.

HOMEWARDS (Á TU TIERRA GRULLO)

Mi regreso á la patria estaba ya de largo tiempo resuelto. Cuestion de oportunidad solamente, que una carta resolvió. Desde que la hube recibido, empezaron los prepa-

rativos de viaje, dando disposiciones para terminar trabajos comenzados y cortar ciertos hilos que nos ligan á un país, despues de un tiempo de residencia.

Tan ancho es el círculo en que nuestra vida se mueve en este país, que el solo despedirse de los amigos, es ya cuestion seria. Téngolos en Chicago, Cambridge, Washington, Lancaster, á tres rumbos opuestos y á centenares de leguas.

Pero tengo ademas una tierna y constante amiga á quien queria ver en todo su atractivo, por si no vuelvo á verla mas. La naturaleza, tan bella, tan risueña de los Estados Unidos. Fui á despedirme del Hudson, para decir adios con la mano á cada una de sus pintorescas vistas. Quise sentir el terror de la Cascada del Niágara, aunque solo por un minuto fuese; y como mi última visita al oeste había sido en invierno, envuelto en las frías sábanas de nieve, quedaba estereotipada esa imagen, si no iba á refrescarla, engalanada con la verde vestidura de la primavera.

CHICAGO

Así llegué á Chicago. Vi la ciudad hercúlea en momento escogido. Preséntaseme ahora en mis recuerdos, coronada y ceñida de luces, cual la ví en uno de sus días de gala.

Cada día Chicago toma mas y mas el rango de centro y capital de los Estados Unidos. La gran convencion republicana para nombrar presidente reunióse allí. Hánse reunido varios que llamaremos concilios religiosos y están citados en agosto quinientos hombres de ciencia, de la asociacion que tiene por objeto promoverla y de que soy miembro honorario.

Llegaban á la sazón, de Wurtemberg, Viena, Francfort, Berlin y de cada ciudad de los Estados Unidos, por centenares y por millares, los alemanes, para celebrar una *Sangerfest*. Mil quinientas voces ejecutaron una de esas composiciones musicales que han constituido la nacionalidad alemana.

Ni la lengua servía de vínculo á los pueblos separados por reyes, emperadores, obispos, abades, electores que

los dividieron como rebaños. Hay alto y bajo aleman, aleman del sur y del norte.

¿Dónde está la nacionalidad alemana? Ni en Prusia, ni en Austria, aunque la preparó la Grande Opera de Sadowa con acompañamiento de mil cañones. La música, pues, fué el órgano nacional de los alemanes; y en América, la música y la cerveza son signo de reconocimiento. Este concierto monstruo de Chicago, con los delegados de Europa, presentaba el mas solemne espectáculo. Los antiguos tuvieron sus solemnidades parecidas, en los templos únicos de un culto. Una calle *State Street*, estaba decorada de verdura para darles la bienvenida.

Chicago es célebre por su cerveza, y el partido republicano en Nueva York perdió 50.000 votos alemanes, por haber prohibido beber el día domingo. ¡Cuánta cerveza bebieron 40.000 alemanes en tres días! Yo iba con mi secretario á las once de la noche á un *Lager beer house* á tomar mi modesta parte en la alegría general. La última noche hubo procesion de antorchas, cuarenta mil luces en columna, iluminando banderas, inscripciones, emblemas. Había visto los torrentes de lava del Vesuvio. Este es un torrente de cosa humana, con puntos de fuego, que cuando se mira por delante ó por detras de la columna, se unen y presentan una superficie de fuego. La via láctea es pálida y está lejos.

Con esta ardiente imagen de Chicago, se despierta en mi memoria otra fantástica, única, que está gravada en ella cincuenta y cuatro años ha. Ni el tiempo, ni la reflexion la alteran. Hombre maduro, solía decir en mi familia:—Yo he visto cuando niño, un pozo de donde millares de luciérnagas acudían y descendían á la prima noche. Era en el campo, en un gran paseo á caballo y alguien me llevaba por delante.—Sacando la cuenta mi madre, de la época en que mi padre tuvo una chacra de trigo y hubo en efecto un gran paseo, llegando la comitiva á esa hora, se averiguó que el niño había por la primera vez, á la edad de dos años y medio, visto las luciérnagas, aunque el pozo fuese una ilusion ó un error del recuerdo.

Chicago queda ahora al lado de aquella imagen.

ANN ARBOR

Habíamos prometido hallarnos en el *commencement* de la Universidad de Michigan. El 34, terminados los previos ejercicios, la comitiva de profesores, estudiantes y convidados se dirigió á un templo preparado al efecto; en la plataforma, el presidente tenía á la izquierda al general Pope y la derecha me estaba designada á mí. Entre los nombres de los que recibían el grado de doctor en leyes, fué pronunciado el mio por el presidente, con un breve discurso en que hacía valer mis buenos servicios á la causa de la educacion en la América.—Recuerdo que en Chile durante quince años, y en mi país en ocho, mi nombre no aparece en los documentos públicos.

Yo soy un antiguo conocido de la universidad de Michigan y su biblioteca contiene media docena de mis escritos. Soy, pues, doctor, como Longfellow, John Stuart Mill, y otros que lo eran cada uno en su ramo. Si de leyes sobre educacion se trata y de tierras...

CAMBRIDGE

En otro *trip* hice una excursion á Boston... Era la semana santa de la Nueva Inglaterra, en que se reúnen todas las sociedades filantrópicas y religiosas, á darse cuenta de los trabajos del año, á cobrar nuevos bríos para la obra del año que principia.

No sé de pueblo que tenga esta práctica. El corazon está esos días henchido, los ojos de todos parece que brillan con el fuego sagrado que excitan los informes leídos, los discursos, exhortaciones y sermones que se pronuncian en cada iglesia, salon, teatro ó lugar adecuado. Los diarios traen largas listas de los *meetings* que tienen lugar ese día y las devotas corren de un lugar á otro para saciarse de bellos discursos, de la relacion de bellas cosechas de obras de caridad.

Un día se reúne la asociacion infantil para mejora de los niños. ¡Qué ingenioso! Los niños de casas pudientes, como habían de jugar á las muñecas ó á la pandorga, juegan á los *meetings* y á las sociedades filantrópicas. El objeto es coleccionar suscripciones y ropas para los niños

pobres y darles educacion. Nómbrase presidente y secretario, se reglamentan, tienen comisiones, contaduría, informe anual y fiesta y baile. Han aprendido las prácticas de sus mayores, pronunciado *speechs*, seguido un propósito útil, divirtiéndose, y los niños pobres ganan en ello. ¿Quién hay mas rico que un niño hijo de madre acomodada? Si tiene abuela será un Creso.

Estoy invitado á la comision de los « Unitarios », cuyo órgano es el *Liberal Christian*. Su objeto es reunir todas las disidencias en una, que las contiene á todas, la caridad cristiana. Yo le habia prometido hace veinte años á esta secta el porvenir; y lo saben ellos.

Pero al día siguiente, uno de los editores de *El Radical* va á mi hotel, para hacerme tomar parte en los ejercicios del ala izquierda de los liberales. Estos van mucho mas allá de todo cuanto habia esperado. Seis predicadores se suceden ante una numerosa audiencia, la mayor parte de señoras. Nosotros no somos cristianos, dice devotamente uno de ellos. Somos solo hombres en comunicacion con Dios nuestro padre comun, sin intermediarios. Jesus llenó su grande mision, en proporcion de su época y al desarrollo de la humana inteligencia. La doctrina no está hoy en armonía con los datos de la ciencia y su obra no ha podido en diez y ocho siglos afectar ni modificar sino á una pequeña parte de la humanidad. Somos mas felices que nuestros hermanos de otras sectas. No aborrecemos á nadie por causa de Jesus. Cuatrocientos millones de chinos, todos los pueblos del mundo, están en Dios, en comunicacion con nosotros. Sus religiones son vestidos de otro color que el nuestro, pero que cubren mas ó menos perfectamente la desnudez de las carnes...

Seis sermones á la tarde y otros seis á la noche, completaron los ejercicios. Yo asistí á todos, admirando este profundo sentimiento religioso que mantiene en actividad la mente y el corazon de este pueblo. Nosotros ni cristianos somos. Convenido como está que hemos nacido católicos y que fuera del jiron de la Iglesia no hay salvacion, descansamos en la dulce y consoladora esperanza de que todos los demas se condenarán. Ay! son mil millones de seres humanos los que no entran en la geografia católica: cuestion de geografia la salvacion.

En Cambridge, fui visitado por el Rev. Hill, presidente de Harvard College, el profesor Gould, Waldo Emerson, el otro Emerson el filósofo, doctor Allen, del *Christian Examiner* y varias damas y caballeros invitados á un té de despedida por Mrs. Mann.

Boston y Cambridge quedan, pues, como Chicago, coronados de luces en esta última prueba del estereotipo.

WASHINGTON

Tenía que despedirme del Presidente por escrito, ya que no tengo carta de retiro. A Mr. Seward dije lo que necesitaba para satisfacerlo por no haber residido en Washington. Si la misión de un diplomático es cultivar las buenas relaciones, yo he llenado la mía con superabundancia. No se estima lo que no se conoce; y yo he consagrado el dinero que otro habría invertido en comidas y carruaje, en recorrer los Estados Unidos, estudiar sus instituciones, visitar sus establecimientos públicos, mezclarme con su pueblo, mientras el cuerpo diplomático juega al *tresillo* en Washington.

No solo los ministros europeos ignoran lo que son los Estados Unidos, después de diez años de residencia, sino que los de Sud-América no vuelven más adelantados.

Yo haré conocer este país en el mío y sus relaciones serán siempre simpáticas.

Como era de esperarlo, visité á Henry Barnard en el Departamento de Educacion. Mis cartas al Senador Sumner, la primera pedida por él, la segunda sugerida por la inspeccion de los preciosos documentos que va á publicar el Departamento, si tienen el éxito que Barnard y Sumner le auguran, habrán salvado esta institucion en Norte América y héchola productiva de bien en la del Sur. Llegarále á cada nacion de las nuestras un cajon de libros que yo les mando y harán de ellos lo que han hecho de *Ambas Américas*; predicar en desierto.

Encontré al ministro Matías Romero de Méjico, que me contó cómo el Ministro de Instruccion Pública de su país, habia prometido subscribirse á *¡cuatro* ejemplares! de aquella publicacion para todo Méjico; pero que ya estaba arreglado con Juarez que serian 200. La cebada al rabo! —Digale que soy mas rico que Méjico, pues he podido

gastar tres mil duros. Que lea el artículo que le consagro y donde le hago la justicia de reconocer qué clase de borrico había de ser el tal ministro de instruccion.

LAS SANTAS MUJERES

En Paris compré una copia de la Venus de Milo en cuya base puse esta inscripcion:

Á LA GRATA MEMORIA DE TODAS LAS MUJERES QUE ME AMARON
Y AYUDARON EN LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

La Venus de Médicis es todo amor; la de Milo es la mujer pronta á ser madre ó amante, pues solo enseña su seno, y su fisonomia es grave, como si sintiera la idea del deber.

Hay las *Mujeres de la Biblia*, hay las de Shakespeare, ó de Goethe. ¿Por qué no he de tener para mí las *Mujeres de Sarmiento*? no porque yo las haya creado al grado de mi fantasía, sino porque todas ellas me cobijaron bajo el ala de madres, ó me ayudaron á vivir en los largos años de prueba.

Mi destino, hánlo desde la cuna, entretegido mujeres, casi solo mujeres, y puedo nombrarlas una á una, en la serie que, como una cadena de amor, van pasándose el objeto de su predileccion.

Mi madre! Su sombra está hoy aquí presente. Mrs. Mann la ha evocado para que me propicie el sentimiento religioso de los Estados Unidos.

Fué mi madrina de bautismo doña Paula de Oro y mi protectora. Niño pequeño, acompañándola en las calles, me contaba las grescas que tenía con una perra tía mia que me malquería. Ella fué el intermediario, llevándome á vivir á su casa, para que el clérigo Oro, su hermano, me educase, desenvolviendo la facultad de pensar que á sus lecciones debo.

Cuando salí de sus manos, recibíome doña Angela Salcedo que ni mi pariente era; pero que, viuda de don Soriano Sarmiento, me entregó una casa de comercio que el finado tenía preparada para ayudarme y darme ocupacion en la vida. Su hijo, Domingo Soriano, á los 40 años de edad,

esposo feliz, padre de una hija única ya casada, vecino rico, *se suicidó* á la sola idea de que *su tocayo*, que su maestro, pudiese creerlo mal ciudadano.

La Manso, á quien apenas conocí, fué el único hombre en tres ó cuatro millones de habitantes en Chile y la Argentina que comprendiese mi obra de educacion y que inspirándose en mi pensamiento, pusiese el hombro al edificio que veía desplomarse. ¿Era una mujer?

Hay otra que ha dirigido mis actos en política; montado guardia contra la calumnia y el olvido; abierto blandamente puertas para que pase en mi carrera, Jefe de Estado Mayor, Ministro acaso; y en el momento supremo de la ambicion, hecho la seña convenida, para que me presente en la escena en el debido tiempo. (1)

Otra hay, y esta llena dolorosamente el fondo de la existencia; volcan de pasion insaciable, inextinguible, el amor en ella era un veneno corrosivo que devoraba el vaso que lo contiene y los objetos sobre los cuales se derrama. ¡Dios le habrá perdonado el mal que hizo, por el que se hizo á si misma, por el exceso de su amor, sus celos, su odio!

¡Extraño fenómeno! Desfavorecido por la naturaleza y la fortuna, absorto desde joven en un ideal que me ha hecho vivir dentro de mi mismo, descuidando no solo los goces, sino hasta las formas convencionales de la vida civilizada, desde mis primeros pasos en la vida sentí casi siempre á mi lado una mujer, atraida por no sé que misterio, que me decía, acariciándome: adelante, llegarás.

Debe haber en mis miradas algo de profundamente dolorido que excita la maternal solicitud femenil. Bajo la ruda corteza de formas desapacibles, la exquisita naturaleza de la mujer descubre acaso los lineamientos generales de la belleza moral, ahí donde la física no se muestra.

No me jacto de amores, ni de buenas fortunas.

Una mujer jugando á las visitas con las muñecas, es ya madre ó amante y antes de ser en realidad la última, era lo otro en espíritu y afeccion. ¿Porqué una joven virtuosa

(1) La misma á quien dirigía estas páginas y de quien habla en la pág. 265 de este volumen. (N. del E.)

ama á un calavera? Es la madre la que ama, esperando curar la dolencia, con sus cuidados. ¿Por qué una beldad ama á un hombre feo? Por que lo ve oprimido, y sale valientemente á su defensa. Una mujer es madre ó amante, nunca amigo, aunque ella lo crea; si puede amar, se abandona como un don ó un holocausto. Si no puede, física ó moralmente, protege, vigila, cria, alienta y guía.

MRS. MARY MANN

Esta es la encarnacion del amor materno. Ha dejado á su esposo Horacio Mann, cristalizado en la estatua de bronce que decora el frente del State Hall de Boston. Puede vivir tranquila, no será olvidado jamas, y su excelsa gloria no necesita de su patrocinio.

Conocila en 1847, época en que me sirvió de intérprete para entenderme con su marido. Renové mi relacion con motivo de la inauguracion de la estatua. Teniamos, pues, un objeto comun de adoracion. Era preciso ayudarme á sacar la tarea que á mi me cupo en suerte y ella puso mano á la obra. Su vida, desde entonces, se liga á la mía, aunque no nos veamos mas que dos ó tres días una vez cada año. Su correspondencia es numerosa y las ramificaciones de su afecto abrazan á la República Argentina, porque yo la amo, á la Manso, porque me ama á mi, á mi hija porque murió Dominguito, cuyo retrato está sobre su mesa y es adornado de guirnaldas de flores cuando voy á verla.

Donde quiera que vaya, encontraré amigos que su solitud me ha deparado; y si algo publico, las revistas, los diarios hablarán del libro, y yo sorprenderé en un artículo de diario una frase que es tomada de una carta mía á ella. Es, pues, suyo ese escrito.

«*Your glorious introduction*, me escribió de la de Lincoln ¿pero quien es usted que así comprende nuestras cosas?

Tradujo esa introduccion, no sé si para publicarla, pero seguramente para tener el gusto de traducirla. Traduciría mis *Viajes*, si estuviera yo seguro de que fuesen leídos.

Al fin, emprende la tarea mas desesperada, cual era

escribir mi biografía. ¡Cuántas molestias le hubiera costado! sí, como me lo dice en una carta, no encontrase en ello su propia complacencia. Su plan primero era la historia de mis trabajos sobre educación, para lo que le suministré copiosos datos, contenidos en libros y publicaciones del género.

Quiso mas tarde abrazar la vida política y tuvo que rehacer los apuntes. Mandéle al fin «Recuerdos de Provincia», y entonces me escribió: «Por fin lo tengo todo entero y lo comprendo.» Invitéme una vez á revisar sus apuntes, y cual fué mi pena al ver en ellos materia para un grueso volumen. ¿Como decirle que había extractado, traducido, redactado demasiado? Tomé conmigo los papeles, pretextando ser con urgencia llamado de Nueva York, y allí, rehaciendo, podando, cercenando, mutilando sin piedad, dejé lo necesario para un bosquejo, única forma en que podía introducirse tan indiferente asunto á un público desapasionado.

Debió llorar sobre los despojos de su obra, tan sentidas son sus posteriores cartas, reclamando restablecer trozos que reputa característicos é interesantes. Pedíame gracia por la Toribia y Ña Cleme que eran episodios interesantísimos. Benavides debía entrar en escena, aunque fuese solo para mostrar los comienzos de la vida pública. Hechas las concedidas reparaciones, el librero editor del *Facundo* que cuida ante todo del tamaño del libro en relacion al precio de venta, concedía solo ochenta páginas de biografía. La lucha fué larga, hasta que al fin obtuvo doce mas, seducidos los libreros, de ordinario insensibles, por el entusiasmo de la autora, acaso por el interes dramático ó novelesco que ha dado al personaje.

Si la vida de Quiroga tiene éxito, y se lo prometen los editores de varias revistas que recibieron pruebas, deberáse al esfuerzo y talento de la introducción, que ha sabido interesar al público é iniciarlo en las cuestiones de la América del Sur. «Procuró, me dice en una carta, separar á la República Argentina, y lo lograré, de la *masa* de South América sobre la cual recae el desprecio ó la indiferencia de mis compatriotas.» Las cartas á Sumner, ella las ha agregado al fin de la obra, como justificación.

La víspera de mi partida, recibí la carta de despedida

que acompaño en ingles, por no perturbar la sublime fascinacion que revela.

Su amor de madre la eleva á la altura de Cornelia «No es usted para mi un hombre, sino una nacion»—«si los pueblos no fueran perfectibles, la creacion sería un absurdo y Dios un mito»—son pensamientos inspirados por una fuerte conviccion ó una grande esperanza y fe en los destinos humanos.

He aquí la carta. (1)

Mrs. IDA WICKERSHAM

Mi intimidad con esta linda dama ha sido casi impuesta por una especie de fatalidad feliz. Es mi maestra de inglés, enseñado en interminables coloquios, provocados expreso para enseñarme á hablar. Las mujeres se deleitan en enseñar á los niños á balbucear la lengua materna; y un extranjero apenas puede expresarse, es una especie de niño, cualquiera que su rango y edad sea. Cuando me jactaba de llegar á hablar correctamente el ingles, me decía: sería una lástima, es tan agradable el acento extranjero!

Es Mrs. Ida esbelta, pálida y casi morena, tipo rarísimo entre americanas del norte y acusa la sangre francesa (De Lacey) que corre por sus venas.

«Su amabilidad, me escribía Miss Lucy Smith ó mas bien su *quently beauty* me habían ganado el afecto desde que la ví». Belleza de reina expresa bien la idea, pues es el tipo de belleza de la edad media, antes que Rafael hubiéese introducido en las madonas las mas bellas formas griegas. Su frente es irreprochable y el tocado que usa muestra que sabe hacerlas valer. Dice en confianza, que cuando jovencita la llamaban *the Prairie queen*, la reina de la pradera; y basta asistir á la Opera de Chicago para cerciorarse, por la falta de distincion que caracteriza á una poblacion nueva, que el epíteto no era mal empleado.

(1) Desgraciadamente el autor, que ha dejado en blanco el espacio para transcribirla, se ha olvidado de hacerlo y la carta no se ha conservado; pero las de Mrs. Mann insertas en el Tomo XIX pág. 280 y 286 daran una idea. (N. del E.)

Creeríanla siempre una dama española ó habanera, y en cualquiera situacion denunciarían la dama sus formas y porte aristocrático. Por lo demas, es la mujer mas mujer que he conocido, y jurara que me amaba en el fondo de su corazon, si no estuviese seguro de que mis años y posicion le permitían abandonarse, sin las reservas de su sexo, á la confianza que inspira un confidente. *How do yo like it?* era la femenil pregunta á cada cosa, sombrero picaresco, una cinta, un collar que me mostraba por la primera vez. Ofrecila tomar un retrato, y en dos cartas y de palabra mas tarde quiso saber si lo había hecho, pues su interes era vivísimo por saberse preservada en imágen.

Lee admirablemente y no obstante admirar ese talento que le hacia ejercitar, dos horas despues de haberme leído no sé que ocurrencia de diario, reflexioné que me habla leído y no contado el caso, tal era la impresion que conservaba.

Su marido, el Dr. Wickersham, es tan lindo y joven como ella, y médico de cierta clientela en Chicago, donde se ha establecido definitivamente. Entre 700 maestros reunidos en Hew Haven, llamóme uno la atencion por la nobleza y dulzura de sus facciones, y por su porte, fué él el primero en acercármeme. Encontrámosnos en Washington; volvimos á vernos en Indianópolis. Era el prof. Wickersham, hoy superintendente en Pensylvania. De allí hicimos viaje juntos á Chicago é introdujome á su hermano y señora. Diez diaz comimos, cenamos y almorzamos los cuatro juntos, lo que da treinta lecciones de inglés, pues esta era la vez primera que me aventuraba á hablarlo.

Seis meses despues remitia á Lancaster al profesor el primer número de *Ambas Américas*, contestándome con una invitacion á visitarlo en verano, ya que encontraria allí á Mr. Wickersham. Prometiles aceptar la invitacion, de regreso de Francia, para donde tenia tomado pasaje y de vuelta estuve ocho dias en *Heart Grove*. Ocho dias importaron cuatro volúmenes de conversacion, pues lloviendo constantemente, la sociedad se tenia bajo techo.

Formaban parte de ella Mrs. Wabtson, dama de corte que habia viajado y conservaba parientes en Francia é

Inglaterra y otras señoras, esposa de un general una, de un sabio otra. Entre todos formábamos lo que se llamó el *Pickwick Club*, motivo de inocente alegría y animación para todos.

Sugirióme la idea de un viaje en invierno á Chicago para gozar de espectáculo para mi nuevo, y sus continuas instancias y las de su marido, me hicieron emprenderlo. Fué aquella una temporada de movimiento y felicidad la mas completa y activa que haya tenido en los Estados Unidos, aunque no hubiese cabido en suerte á mi amiga proporcionarme los mejores ratos, pues luego sin ser sustituida, partieron con ella sus cuidados.

MRS. KATE N. DOGGET

No bien hube llegado á Chicago, una dama me hizo pedir una entrevista. Había recibido carta de dos amigas de Cambridge (aquellas para quienes pedía alojamiento en la quinta del Dr. Velez, de paso para San Juan), recomendándome especialmente á su cuidado.

Mrs. Dogget es la mas cumplida dama de Chicago; protectora de las artes, su casa es el *rendez vous* de los extranjeros de distincion. Una invitación á comer fué solo prólogo de una soirée á que habian sido invitados cuantos hombres notables cuenta la ciudad naciente, para serme presentados. Una soirée musical, tres noches despues, me mostró el Chicago *dilettante*; si una temporada de ópera, no me hubiese ya iniciado en esta facción singular de la singularísima ciudad.

Museos, Universidad, Escuelas, todo entraba en el vasto programa de Mrs. Dogget, para hacerme los honores de la ciudad y llenar el encargo de sus amigas. ¿No está sintiendo en todo esto la mano de Mrs. Mann? Púselas pues, en contacto, como á la Wickersham con la Dogget y ahora estas dos últimas entre sí; cultivan excelentes relaciones. Ambas han estado en la Habana, y conocen si no hablan el español, conservando la última tan agradable recuerdo de la hospitalidad española, que no cree pagarla ofreciendo su casa á cuantos hablan la lengua.

Ultimamente, por sus cartas recientes despues de mi

regreso de Francia, y su empeño de verme antes de partir, acaso pare siempre para mi país, tuve ocasión de volver por una semana á Chicago y Michigan donde conocí á

MISS LUCY L. SMITH

Esta niña entra como un relámpago en mi existencia: y sin embargo, á su conocimiento accidental se liga el título de doctor acordado por el consejo universitario de Michigan. Mitre había prometido encontrarla en Ann Arbor y á esta trivial ocurrencia se debió mi presencia accidental en el acto del *Commencement*. Al pie de un retrato que me pidió escribí de lápiz:—*D. F. Sarmiento, L. L. doctor de par la gráce de Miss Lucy L. Smith.*

Decía de la Wickersham, que era mujer á todas horas Miss Smith es la mujer yankee en todo su brillo, un tipo nuevo en el mundo. Contábame un ingles que, invitado por una señorita de Nueva York, á cuya familia había sido recomendado para llevarlo al teatro, pasando de regreso por Delmonico, le propuso entrar á refrescar. Ella, echando mano al bolsillo, le respondió:—¡cuánto lo siento, pero he dejado mi llave de la calle y no puedo entrar tarde sin molestar!

Una vez, en la calle, un amigo mío codeó intencionalmente á una guapa muchacha que venía comiendo avellanas. Dió ésta vuelta en el acto, y le plantó una en las narices, riéndosele en los hocicos y preguntándole: *How do you like this?* Estaban á mano.

Miss Smith es libre como las mariposas del aire. Estaba en Washington con su padre, senador. Allí conoció á Mitre y se aficionó á él. Escribíale despues desde su residencia en Siracusa, mandándole su retrato, ¿por qué no contesta á mis cartas?—Mitre decía: porque tengo miedo de que dé mas valor que el que merece una galantería.

Miss Lucy había mostrado cariño á una casa en que se crió, y su madre se la compró por 200.000 \$\$. Hija única, su padre se congratulaba haber vendido medio millon de mercaderías este año. Vaya esto por la riqueza. Su educacion es completa, su espíritu muy cul-

tivado. Pero Mitre estaba comprometido y no tenía el valor de decírselo. En una soirée en Ann Arbor vi á la pobre niña, ofreciendo todas las facilidades que el decoro permite, al amigo que una palabra puede transformar en novio feliz. Despues de pasar tres días en paseos, juégo de *croquet* y fiestas, ella siguió viaje á Chicago con cartas de introduccion para mis amigos allí y nosotros para Nueva York; y *via* Rio Janeiro al *White House*, segun me lo decia ella en una carta: Mitre *via* Panamá, á Lima... á casarse! Oh! destino humano! Solo la niña feliz, libre, rica, ha visto disiparse la ilusion de un momento.....

APRESTOS

Solo en dos situaciones de la vida pongo en ejercicio todas mis facultades de cuerpo y de espíritu. En campaña y en viaje. Mostrarme superior á la fatiga en un caso; preveerlo todo en el otro, hé aquí mi vanidad y mi éxito. Despues me abandono á la pereza y dejo correr la vida por donde le dé gana ¡qué me importa!

A víspera de un viaje, soy un general, un ministro, un empresario. Nada ha de quedar por hacerse ó arreglarse, aun lo fantástico.

Esta vez, no tardan las órdenes dadas en realizarse. Gracias á la perfeccion y rapidez de el *Adams Express*, empresa millonaria para transportar paquetes y encomiendas, llegan de Providence una caja de vajilla, de Cambridge *Civilizacion*, etc, chorreando agua de la encuadernacion.

El vapor de Rio Janeiro trae al mismo tiempo correspondencia que parece adrede para resolver dudas. El 4º y último número de *Ambas Américas* se tira y encuaderna veinte horas apenas antes de salir. La policía, la Oficina de Tierras, el Consejo de Higiene mandan en tiempo los pedidos informes y por horas y minutos llegan paquetes de libros, ropa y objetos de viaje.

A las doce se cierran los baules; á las dos á bordo; á las tres se leva el ancla.. Todos mis amigos me acompañan. Mitre, al oír la señal de despejar, se me arroja al cuello y entre sollozos, con el llanto de un niño, dice,—vea á mi madre

háblele bien de mí.—Esta ternura filial, este deseo de consolarla, le valdrían el perdón de toda falta. Aquí no hay que perdonar.

LA BAHÍA DE NUEVA YORK

Nueva York vista de la bahía, se deja comprender la reina futura de los mares, como recorriendo las lagunas de Venecia, se siente que allí está enterrado el cadáver de la reina del Adriático.

Cuando, dentro de un año, se termine el ferrocarril del Pacífico, Yeddo, Yokohama, Pekin, Melbourne, firmarán pagarés á Londres, Liverpool, Paris, en Nueva York.

Pero para el viajero, Nueva York ha de verse entrando del mar y no saliendo. Cuando el ánimo viene medio salado con la contemplación del Océano, es que siente la nueva vida que inspira aquella sorprendente bahía, á donde se entra por una abertura que cierran y guardan enormes fortalezas. Desde ahí, dos leguas de palacios, bosques, *cottages*, jardines, mansiones, fábricas, todo verde, todo pintado, todo brillante, atraen las miradas del lado de Cony Island, al de Staten Island.

Dickens decía, al desembarcar en Boston, que estaba sorprendido de ver á un *niño de pecho*, pues tan fresca está la pintura de las casas, que parece que no ha habido tiempo para que nazcan niños allí.

Estos alrededores de Nueva York, vistos con el anteojo parecen aquellos paisajes de abanico, siempre risueños, con jarrones griegos, con palacios de Armida, con pastorcillos rosados siempre bailando.

Staten Island es una grande isla de palacios, de jardines de casas de *plaisance*. Había pasado ahí dos días antes de embarcarme, por refrescar las impresiones y despedirme de M. Davidson y de aquella engalanada naturaleza.

Adios á los Estados Unidos! Llévolos aquí como recuerdo, como modelo. Son el Hudson, Staten Island, Niágara, Chicago, como naturaleza. Son Mrs. Mann, Davidson, Emerson, Longfellow y tantos nobles caracteres como hombres. La República, como institución. El porvenir del mundo, como promesa. Adios. Adios. Adios!

EL MAR

24 de Julio. Oh! el mar; cómo se dilatan los pulmones respirando sus saludables brisas! Me siento vivir. Cómo se agranda el horizonte. En el buque, sobre mar sin límites, deja uno de ser greí, pueblo, especie humana. En mi casa, en tierra, estoy sobre un planeta. Aquí; Dios, el mar, el pensamiento.

El capitan ni los pasajeros tienen que ver conmigo; haremos conocimiento sin embargo.—El General Worthington, ministro cerca del gobierno de la República Argentina, es decir, cerca de mí... un escritor sobre cosas del Brasil, unos novios, pocos pasajeros, por tanto, espacio y tranquilo viaje. Ya empiezo á tomar posesion de mi insula, el camarote. Recorro mis dominios, para sentirme en casa.

Una banda de tuninas, los potros de esta pampa, brincando. Oh! los antiguos compañeros de viaje, los delfines, amigos del hombre! Imposible no saltar de gusto al verlos retozar, y pensar que ninguno de ellos está destinado á ser Senador ó Presidente de la República Argentina! En la estela verde aun, juguetean *poquerels*, pamperos, segun los españoles, el alcyon, segun los griegos.

El día pasa en darse por satisfecho, presagiar buen viaje, echar cuentas y satisfacer la curiosidad.

La noche la reconozco, es la misma noche de los mares, misteriosa, callada, salvo el susurro de las olas. Luna nueva! promesa de quince noches divinas! Todo va bien; el capitan es bueno; el sueño viene al camarote... la luz entra de nuevo por la ventanilla y...

Día 25—El diablo tiró de la manta. Viento recio de proa; mar brava; olas de travez y el vapor bailando y dándose tumbos. Es el único resabioque conserva del buque de vela.

Los pasajeros han desaparecido; las mujeres han sido abolidas. Dos ó tres somos los Robinsones de esta isla desierta. De vez en cuando, de aquí y de allí, se escapan los gemidos de estas almas en pena. El purgatorio.

26 id id id.

27 Mar azul, de lechel Llanura inmensa, serena. El viento gira lo bastante para hinchar las velas.

La alegría vuelve á animar los semblantes. Una mujer

se alcanza á ver. Estoy en un planeta. Hasta la exactitud de los movimientos del vapor es planetaria. Este cuerpo tiene su órbita trazada entre Río Janeiro y Nueva York que recorre en... días y... horas. La Luna en 26 etc.; pero es mas chico que la Luna, es planetoides, como los ciento y uno entre Júpiter y Marte.

Echo de menos, sin embargo, las emociones del buque de vela, vehículo puramente humano, sujeto á las vicisitudes de viento ó marea, con la incertidumbre de la duración del viaje y del paradero, pues es la incertidumbre lo que constituye la vida. ¿Que viento? gritábamos ahora veinte años desde la cama.—Malol respondía el capitán; y maldito el viento, y nos volvíamos de despecho al otro lado. Qué caras, que humor de perros, que ganas de tirarle con un plato al capitán, despues de ocho días de viento malo, y de saber que íbamos al oeste en lugar de acercarnos al Cabo de Hornos.

Añádase á estos encantos de antaño, mar gruesa y balances de arrojar las entrañas, ¿todo para qué? Para ir á Asia. En cambio, que alegría, cuando el viento soplabá bien. Era de volverse locos. Ni cuando un negro se saca la lotería. Qué gloria ver echar trapos y alas y arrastraderas y ver la aguja y saberse á rumbo! Que buen capitán; que buque tan velero! Esto era vivir, sentirse parte del buque, interesarse en sus menores detalles. ¿Porqué toman risos? qué maniobra es aquella?

El vapor ha suprimido la vida en el mar. Se está en un hotel que marcha; se sabe de antemano que es lo que sobrevendrá, y la imaginación no puede poner nada de su cosecha. Conocí las dichas y las penas del viaje á vela, de sesenta y cuatro días del Río al Havre y de cincuenta de Valparaiso á Montevideo. Al fin, acaba uno por hallarse en casa, y como no ha pensado en llegar, hoy ni mañana, cuando le dicen que ha llegado, ni voluntad de alegrarse tiene, tan poderoso es el hábito.

Soy yo un ente raro.—Otros lo son mucho mas sin apercibirse de ello.—Soy el intermediario entre dos mundos distintos. Empecé á ser hombre entre la colonia española que había concluído, y la República que aun no se organiza; entre la navegacion á vela y el vapor que comenzaba. Mis ideas participan de estos dos medios ambientes. Yo

soy el único que quedo todavía gritando: mueran los godos! Pertenezco á los viejos revolucionarios de la independencia, y voy, con la teoría de entonces y la práctica norteamericana, contra lo que queda de la vieja colonia.

28—Mar id, viento id. Las mismas velas infladas, la misma brisa vivificante y risueña. Las mujeres reaparecen, felsimas por supuesto, y chupadas. Solo la novia hace por la riña. Ningun buque á la vista en tres días. La órbita de los vapores va derecho, en recta línea; los de vela tienen sus caminitos, segun los vientos. Estamos en frente de Cuba, mañana en San Tomás.

Me he acordado hoy de mi tierra y me ha vuelto el pensamiento de las cosas políticas y de mi porvenir. Lo siento... Estaba tan contento de ver olas, nubes, puestas del sol: la de anteayer fué bella, el sol se deslizó por un agujero á guisa de hogar de chimenea que le había preparado una nube. Ayer, fué gloriosa: fondo de fuego, nubes cirrosas, amontonadas en dos entradas con crestas doradas. Una roca, de nubes, estaba sola delante del sol y le cubría la mitad al ponerse, de manera que parecía luna menguante. Las puestas del sol son mis amores. Pagaría doble entrada que para oír á la Ristori, despues de haberla visto muchas veces, se entiende. En todo este retazo de mundo, las dan magníficas, espléndidas á veces. Irélas anotando.

La política de allí me vuelve, como cosa indigesta. Llego... grandes víctores! gobierno admirablemente un mes, dos... presento ciertos proyectos de ley y principia la fiesta. Un diario sugiere una objecion, la comision una enmienda. Otro proyecto.... Este Sarmiento, tan poco prudente, no hacerse cargo! Mitre me escribió á San Juan: —«Usted debió contentarse con hacer un gobierno *modesto*...» Otra reforma y soy declarado loco! por los que han necesitado quince años para dar aguas corrientes y no acaban de establecer carros de sangre en la ciudad—por los que no han dejado en diez años organizar la educacion y despueblan las escuelas cada año—por los que hacen que Urquiza figure treinta años en nuestra historia—y despues de despoblar la tierra con sus atrocidades, la despuebla con sus rapiñas—por los que tuvieron demorado tres

años el Código de Comercio, sin objecion, sin entenderlo, y sin otro motivo que la envidia.

Todas son cuestiones pendientes que pesarán sobre el que viene atrás. ¿Donde la capital? ¿Volverá Urquiza á mandarnos? Volverán los federales? Sí, volverán. Los Monagas, aquellos horribles bárbaros que despotizaron á Venezuela ahora veinte años, vuelven hoy viejos al Gobierno, por el camino que les prepararon los liberales. Nuestros Monagas volverán por el mismo camino. Urquiza solicitado como auxiliar por Elizalde, *unitario*, por Alsina *ultra-porteño* que no era argentino, sino porteño, por Mitre, que llamó *reaccionaria* por pulcritud su política, aunque la mía mereció ser bautizado *coz*, Urquiza ó sus descendientes impondrán la ley con el auxilio, á su vez, de Mitre, Elizalde, Taboada y todos los chasqueados.

Esta es la ley. Dáseme de ello un camino. Para alentarme, tengo el espectáculo de toda la América del Sur—Méjico en la orgía del bandalaje y la guerra civil—Venezuela pasando por nuestro horrible año 40—Bolivia...!!—Perú, mal de raza, de antecedentes, de impotencia.

Probaré á curarlo. El enfermo resistirá. Curarélo. Aun espero en la opinion, en la cooperacion del pueblo. Si así no fuese, apelo á la opinion de veinte años mas, cuando broten los gérmenes...

Estaba pensando esto y peor, reclinado sobre la borda, con los ojos clavados en el agua salada que pasa á diez millas por hora. Espectáculo eterno, siempre el mismo, siempre variado, como la llama de la chimenea que puebla de visiones alegres la soledad de la noche. ¿Las olas son verdes, negras, azules? problema á resolverse en horas de contemplacion, en años de viajar. Pero aquí en alta mar al lado de la rueda del vapor, se descubre bajo la espuma que levanta, una veta, un abismo de azul de *mar*, de azul cobalto, el azul ideal, el azul que no se ve en otra parte jamas. Es un abismo de azul que cubre la espuma nevada que se desprende de la rueda.

29—A bordo, los días se parecen como dos gotas de agua. He registrado mi memoria, comparado las horas, y son entre si gemelos, estos dos días. Atravesamos, dizque, el Golfo de las Damas, y llegamos mañana á San Thomás. Ayer se decía, *pasado*.

SAN THOMAS

Véanse gaviotas en el mar. Varios peces voladores saltan en el aire. Dos lindos delfines, acompañan jugueteando al lado del vapor, lo mismo que los perros que por festejo corren al lado del caballo. Van entre dos aguas y se muestran por momentos; muchos mas les siguen.

Las montañas de Puerto Rico, la Culebra, St. John y, San Thomas están á la vista; pasamos rocas, callos, islotes, y á la vuelta de la esquina está St. Thomas, á la falda del cerro, en tres tendidos piramidales. Bonitos edificios: la poblacion, *negros y negras*, que hablan español, ingles y frances, menos dinamarques, que no se conoce. Por lo rubios, creo que los soldados son dinamarqueses.

Este es el levante de las Indias Occidentales, con su lengua franca, su puerto franco y su estacion de vapores.

La isla nada produce, y en cuanto á vejetacion, seria mejor echarla al agua. Pero la Dinamarca se contentó con esta piltrafa en la *arrebatiña* general que las naciones hicieron de islas en las Antillas, Bahamas, Bermudas. Hubo para todos.

St. Thomas abre una nueva época en la política internacional. Era de toda moralidad, honradez y decencia antes quitarle á un prójimo Estado todo el territorio posible, sin pararse en medios; pero habria sido reputado desdoroso, infame, ceder, vender territorio. Los Estados Unidos necesitan un puerto en las Antillas, y con un talego bajo el brazo, andan buscando uno conveniente.

Los mulatos de Santo Domingo tienen ociosa la bahía de Samaná que los yankees se proponen arrendar. ¡Menga del nombre de los vencedores de España, sería arrendar! Decreto:—traidor á la patria, el que hable de vender.—Oh! heroicos mulatos! Son doscientos mil, con un blanco por ciento. No se ha introducido el arado aun. Están amenazados de la conquista de los negros de Haití, que acaban de proclamar emperador á Salnave.

Bien. La Dinamarca ofrece en venta su islote. Se régatea; lo hallan chico, descarnado, etc. Se conviene en siete millones. Trato cerrado—toma y daca. Consúltase al pueblo

y el pueblo quiere ser yankee, aunque sabe que tendrá que emigrar si no sigue puerto franco.

En esto estábamos, cuando ¡patatrás! el ciclón mas espantoso de las Antillas destroza en una noche doscientas naves, 80 capitanes perecen y seiscientos cadáveres se pasean en la bahía. Esto sucedía en el agua; en tierra un temblor *mendocino* hacía soparse la isla en el mar, con una repetición y gracia admirable. Resultado (pasemos por alto los estragos), los yankees se abren del trato—dolo fraudulento—la Dinamarca había ocultado las mañas de la isla, como las de las mulas que dan patadas ó se empañan. La Rusia ofreció Alaska, una linda tierra cerca del Polo, blanca y fresca como nieve, poblada de focas, osos blancos y bipedos sin alas. Al fin ha sido ordenado el pago.

Bajamos á tierra. En el bote me siento atacado de cólicos. Juro que no he hecho nada para merecerlos. Paso el día en una fotografía, donde una francesa que ha estado en Méjico años, me da hospitalidad, limonadas, infusión de arroz, rom, vino, naranjas, todo lo que puede ser bueno ó malo, pero que da salida y forma al deseo de ser útil de cuidar, de mostrarse compasiva, que es el fondo de la mujer, *the deepest deep!* Al fin le doy mi tarjeta para compensarla con la satisfacción de haber aliviado las penas de tan esclarecido personaje.

Mi visitan cónsules chileno, peruano, guatemalqueño, brasilero, todos en una sola persona. Es un extracto reconcentrado de esencia de Sud América. Es un dinamárques, contratista de revoluciones en Venezuela, donde le deben 250.000 pesos. Ha caído Falcon; se ha levantado Monaga, el antes horrible Monaga. Murieron dos mil generales y algunos soldados en Caracas en cuatro días de combate. Hay 4.000 generales reconocidos y presupuestados.

Corrióse que la isla de Tórtolas, aquí, vecina, se había zabullido bonitamente, cuando el temblor, por supuesto sin decirles á los habitantes *agua viene*. ¿Por qué no hace lo mismo Dios con toda esta América, nada mas que dos horas, con dos varas de agua, ó ya no hace diluvios de 40 días con 40 varas? Esto no vale la pena de tanto gasto. Me arrepiento de haber criado, diría, á los godos y sus hijos...

Gran novedad. Hoy pasa el sol perpendicular sobre

el meridiano de St. Thomas. Parado al sol, no tengo sombra.

31—Calma chicha en mi estómago. Los ojos se me van tras los zapotes y zapotillos, ahuacates y naranjas verdes de Jamaica. ¡Qué ingredientes para la indigestion que preveo!

A las seis de la mañana, isla al costado. Un peñon que sale exabrupto del fondo del mar. Divisase un grupo de casitas blancas hacia la cumbre. Es la isla de Saba. Diré lo que el frances que pasaba á treinta millas de una isla: los habitantes parecen hospitalarios. Si algun viajero desembarca en este peñon, de seguro que lo llevan en palmas de manos. ¿A quién pertenece? Lo único que saco en limpio es que no me pertenece á mí. ¿Qué fuerza es que ha de ser de alguien?

Isla á proa. San Eustaquio. Casitas elegantes, un buquecillo enfrente, plantaciones, cocos, una ruina de algo y al extremo sur, un volcan apagado con su cráter visible, con su boca como olla rota. Es de la Holanda el volcan con su islita.

Otra isla, de San Cristóbal ó de Gatos, una monada. Me alejo á popa, coloco mi silla enfrente y requiero el antejo. Hay teatro, panorama y decoracion para dos horas. El hombre queda sobreentendido á esta distancia. Las plantaciones de caña verdean como trigales en Chile: grupos de cocoteros interrumpen la monotonía del paisaje. Las casitas inglesas, con su *grove* alrededor, embellecen y animan la escena. Las chimeneas de los ingebios lanzan al aire sus espirales de humo. Un pueblecillo á la sombra de palmeras y ahuacates, hace venir la idea que allí se atan perros con longanizas. ¿Por qué han de haber infelices en medio de campiñas tan risueñas, á la sombra de plátanos, naranjales en eterna primavera? Tales deben ser aquí, lejos del bullicio del mundo *corrompido* Pablos y Virginias.

Otra isla en el centro de la isla—Ossa sobre Pelion—ha subministrado á la pérfida Albion base de granito ó basalto para un fuerte, cuyos cañones, si los hubiera, barrerian la costa. Mientras no hay guerra, el interior del fuerte está plantado de papas, á lo que parece. Y sigue otro costado de la isla y pueblitos é ingenios en actividad y un puerto

con seis buques anclados. Me viene la idea de venirme á esta isla si me *impeachan*, lo que sería salir bien en nuestra South América. La única objecion que encuentro á mi proyecto es mi supina incapacidad para ganar la vida en países industriales. Nosotros hemos sido educados *fidalgos*, yo para gobernador, senador, ú oficios así. Esta isla es inglesa.

Otra isla, llamada Nieve, inglesa por propincuidad, igualmente cultivada con esmero; (*Da Capo*).

Seis horas de ver pasar islas, casas, cañaverales, fuertes, cocoteros, es la vista mas risueña y refrescante, tanto mas que no hemos visto un solo animal ¿habrán negros?

Un pasajero nuevo me es presentado. Tengo vergüenza de anotar aquí que, excepto la francesa que me curaba, todos me anuncian conocerme de nombre y haber deseado, etc. Este pasajero es un joven suizo, establecido de dos años Amazonas adentro. Háblame de Héctor Varela, cuyo discurso oyó en Ginebra, cuando el Congreso de la Paz, de que me da curiosos detalles. De Juan Lavalle me hablaron con interes en St. Thomas. Así vengo encontrando recuerdos de la patria por entre estas islas, al parecer tan fuera de nuestros caminos.

El joven suizo me encanta con la descripción de las nuevas colonias peruanas en los afluentes del Amazonas. Fué el primer europeo establecido allí. Exportábase hace quince años 30.000 sombreros de paja. Exportamos ahora 250.000 á 3 pesos— pescado salado antes unos centenares de arrobas y ahora miles. La vida es feliz, la tierra feraz, la naturaleza hermosa, el clima tolerable. Bajo el régimen peruano, sin contribuciones, ni autoridad, ni policía, ni leyes, se vive allí perfectamente y el país progresa en proporcion, mientras agua abajo, donde principia el imperio, empieza el orden y el juez, el comandante, el colector, la aduana y el fisco y el fastidio. Para llegar á aquel «dorado» se necesitan 35 días de navegacion á vapor, los mismos que pondremos de Nueva York á Buenos Aires.

Es un tesoro el que he descubierto. Cultivaré esta relacion. Hace años que le tengo codicias al Amazonas. Arredrábame, mas que yakares, alacranes, y cientopies,

el que dirán, si republicano tan intratable, acababa como Alcibiades por pedir auxilio al rey de Betunia y Anibal al del Ponto. Era Alcibiades; para el caso es lo mismo. Pero ciudadano peruano en el Incalí, donde no haya peruanos, en tierra virgen, á la cabecera de aquel estupendo valle, de ríos que cubren mas área que el Missisipi. Toda la presente humanidad cabe holgada á orillas de estos canales y aquí se jugará el último drama del mundo.

Yo me ofrezco desde ahora, colono voluntario, cronista y director del pueblo escogido (negros, mulatos, indios y extrangis) para tomar posesion de esta tierra de promision. ¿Quiere Vd. acompañarme? Lea á Agassiz.

A la una. Hemos andado 160 millas, pobre jornada. A la vista un peñon pelado—se llama la isla Redonda. Desdeñáronla la Inglaterra, la España, la Holanda, etc., etc. No hay tierra para una palma. Poséela una compañía de Baltimore que no ha querido diez millones por ella. Habítanla los pájaros que producen huano.

LA ISLA DE MONSERRAT

A las dos. Isla al costado. Inglesa, mas bien irlandesa, puesto que un regimiento irlandes de guarnicion, en un año contribuyó, con su ejemplo y estímulo, á que las negras tuviesen hijos rubios, cosa que no sucedia antes.

De todas las islas que hemos visto, la mas bella, acaso una de las mas bellas del mundo. A cada instante cambia la escena. La isla es volcánica, erizada de promontorios y vallecitos que se descubren tras de aquella vegetacion espléndida—grupos de casas como mansiones de lores—villetas que tocan al mar en un puertecito con dos goletas. Grupos de una palmera con puntas amarillas, de manera á matizar el bosque como enormes flores. Todo risueño, hasta las nubes blancas que coronan las puntas. Los viajeros están encantados y mientras muestran esto y aquello, y la iglesita, y la casita pintoresca en un sitio delicioso, yo escribo desesperando de dar idea de estas bellezas naturales á quien no ha visto sino llanuras.

A fuerza de apurar el antejo, he descubierto algo que

no es tan alegre como la isla. Tengo un ojo tan débil, que vé menos que el otro. Ya era tiempo! He visto tanto con ellos!

ISLA DE GUADALUPE

Francesa; dicen que tan bella y feraz como la Martinica. Costeámo-la á la luz de la luna. Vése, aunque coronado de nubes, el volcan La Souffrière. De cuando en cuando, la luz de una casa brilla en tierra. Muchas luces indican el lugar donde está la ciudad de Terrebase. La capital, Pointe-á-pitre, queda del otro lado.

Es solemne y melancólica la impresion que deja esta tierra sombría que sabemos habitada, mientras la luna riela.

A las 9 nos hallamos entre la Dominica y Marigalante, último eslabon de la cadena de islas que hemos venido atravesando. Estamos, pues, fuera del mar Caribe que ciñen las Bermudas como cinturas de islas, y despues el mar sin nombre, el mar de Dios, hasta Pará en ocho días.

Agosto 1º — Un médico norteamericano me suministra los siguientes datos. (*Siguen datos estadísticos y geográficos sobre las islas St. Thomas, Santa Cruz, Saba, S. Eustaquio, S. Christopher, Neris Redondo, Monserrat, Guadalupe, les Saintes.*)

Día 2—Un anciano que he visto á bordo, se me acerca, y á poco me dice:—Vengo notando que Vd. es entre los pasajeros el *more industrious*,—frase inglesa que denota otra cosa que en castellano. El cumplimiento me sonrie; gusto de mostrarme fuerte, activo. Compadezco á esta generacion de jóvenes entecados, que se marean, se emborrachan, se indigestan y tienen dolores de cabeza, sueño, hambre etc., etc.

¿Quién es el que tal cumplido me dirige? Un viejo de 65 años, que fué rico y lo arruinó la guerra y emigra al Brasil, por no someterse á los yankees. Come con su familia en segunda mesa. La esposa muy respetable; varios niños chicos; una señorita de 18 á 20 años se la ve leyendo. El viejo padre dice:—no tengo cuidado por la educacion de mis hijos menores. Mi hija sabe cuanto se enseña en los mejores colegios y les dará lecciones. Es

escritora, hace excelentes versos y solo el mareo la estorba tomar el diseño de estas bellas islas. He ahí *an industrius man*. Comenzar de nuevo la vida á los 65 años. Bravo!

La moral, la virtud, la gloria, el carácter, tienen su base en el buen estómago. Una fistula en el de Napoleon costó la vida á tres millones de hombres y la libertad á la Francia y el gemir la Europa bajo el peso de su armadura de hierro. No hay héroes, ni verdaderos patriotas, ni hombres grandes, con mal estómago. César no habría dicho «no temas, que llevas á César y su fortuna,» si hubiese estado mareado.

3—El agua del mar, verde como se presenta en las costas. El capitán asegura que es efecto de la mezcla con el agua del Amazonas que está á 9 grados de distancia! Qué masa enorme de agua dulce!

4—Los pasajeros del «Merrimac» el 4 de Agosto de 1868, día de Santo Domingo de Guzman celebran el natalicio de D. F. Sarmiento que vino al mundo el 15 de Febrero de cierto año y promete, dada la salud de que goza y el deseo de sus amigos, dejarse estar en este mundo muchos años mas todavía y dar que hacer á muchos pícaros.

¿Es ya presidente de cierta insula? En Pará lo sabrá. Si lo fuer! Si no lo es, tanto peor para ellos...

Con esta profunda filosofía, observo que no obstante la calma chicha sobre el mar en que navegamos, el equilibrio está menos guardado por los pasajeros y alguno está mareado.

La puesta de sol de ayer fué la primera gloriosa que hayamos presenciado. Noche serena: la luna derrama un Amazonas de luz sobre las olas apenas rizadas para reflejarla.

Las señoras por la primera vez, subieron sobre cubierta. Oh! Calvin! cuanto daño ha hecho tu fanatismo! La mujer puritana es como las hembras de las aves pintadas de los trópicos. Es parda, sin moños, sin galas.

El *steward* nos sorprende con un espléndido banquete, digno de Delmonico. En galantinas, pastas, *vol-au vents* léese el nombre del objeto de la fiesta. El champagne circula con profusion. La señorita del sur envía los siguientes versos de felicitacion.

(Siguen diversos autógrafos de los pasajeros en inglés, portugués, francés, español, entre ellos el de José Pedro Varela.)

En el seno del Océano, frescos aun los gratos recuerdos de los Estados Unidos, á bordo del «Merrimac,» bajo la dirección de nuestro excelente capitán, nutridos por el «steward», que ha improvisado este banquete, rodeado de americanos de la República *que es* y de las Repúblicas *que serán* este es el lugar de mostrarse simpáticas ambas américas.

La puesta de sol es soberbia. La brisa deliciosa y favorable y por la primera vez aparece en toda su gloria la cruz del sur que saludamos como el anuncio de acercarnos á la patria.

La estrella polar vese aun á la misma altura en el norte.

La luna aparece y poco despues Júpiter toma el mando del cielo estrellado.

Por fin de fiesta el «Merrimac» aparece iluminado con fuegos de Bengala y algunos cohetes voladores anuncian á tritones, nereidas y sirenas que un día auspicioso ha concluido.

PARÁ

Día 7—Tierra! Tierra de Sud-América! La boca del Amazonas, ancha, abierta como el pórtico que dará entrada al viejo mundo hacia el futuro, que se extiende por 1600 ríos navegables hasta los Andes, el Paraguay, el Orinoco. Las islas que se le quedan al majestuoso río, como miajas en la boca de un gloton, son grandes como Estados. Las aguas que conduce son verdes en el mar, verde pálido en la boca, hasta que cambian en topacio pajizo como en el Plata. Este es el color regio que usan los ríos soberanos.

En tierra; y cerrando los ojos á lo que en Pará es humano y africano, héme aquí, á la oracion, en carruaje sobre la estrada de las Palmas. Alguna vez he de haber descripto este portento de bellas artes, con su tronco liso, cipollino, barnizado, á guisa de vaso japones, con su risada cabellera como mulata de la Nueva Orleans. El gas ilumina las palmeras con la movilidad vigorosa de los *cuyucos* fosfores-

centes de la Habana. Me pongo de pie en el coche para contemplar la perspectiva fantástica.

El comandante del puerto me lleva á casa del señor Piedrabuena, hijo del estadista brasileiro de este nombre, quien me instala en el cuarto mismo en que residió Agassiz. Me guardo para mi el cumplido. El brasileiro *vive*: casa señorial, esclavos mudos y complacientes, mucho aire, mucho espacio, todos los confortos de la vida civilizada exteriormente, adentro la hospitalidad en el corazon; fuera de la casa plantas, frutas, flores, bellas, absurdas, imposibles y reales en forma, color, fragancia. Oh! qué vida, que naturaleza divina!

No pego los ojos, no obstante que hace casi frio y el aire, procurado sabiamente por claraboyas en lo alto del dormitorio, me alaga las mejillas y me abanica para que me duerma. Pero me hace falta el ruido monótono del mar, revuelto por el hélice del buque, el balanceo del camarote... y luego la cuestion del día, la gran cuestion de elecciones! Se sabe, segun los diarios que hubieron 89 votos ¡pero!..... pero esta penumbra que viene desde un año, amenazando crecer y ocultar el sol de tantas esperanzas, y proyectos y temores!

8 de Agosto—A las seis de la mañana ruedo en coche por los alrededores, aspirando los frescos perfumes de aquella vegetacion que se siente rebullirse á la vista del sol, como cantan de dicha las aves á los primeros rayos del alba.

La estrada da Braganza corta la selva primitiva cinco leguas á lo largo; y metiéndose por esta grieta, puede sorprenderse infraganti la naturaleza tropical á la obra, como se vé la colmena á través de un vidrio. Y aquí pára el cuento. Vea una fotografia é imagínese mundos superpuestos, una pelotera, un enjambre de moscas, de hormigas, de abejas, todas empeñadas en devorar la tierra, estrecha para muchedumbre tanta; yerbas y plantas, arbustos y árboles, unos encima de otros; gigantes que de vez en cuando elevan su copa al cielo y miran con desden la *lucha por vivir* que se agita á sus plantas; enredaderas, astutas é intrigantes, que se dan maña, y de rama en rama, y por troncos, ó balanceándose en el aire, ascienden hasta lo alto, y exponen humildemente sus agravios y piden su parte de sol tambien, lo toman mientras se les

concede; y luego las parásitas, muzgos, orquídeas, que como los de su especie viven en el palacio de los grandes, adulándolos, robándolos de su subsistencia y engriéndose de su prestada elevación.

(Pido perdon y gracia para una orquídea de flor morada, como lirios, que floreció hoy—para mí—la primera de su género traída del Alto Amazonas y me fué debidamente presentada y obsequié á la señora del ministro americano.)

Y todo este tumulto, en que se oye el crugir de los troncos, el reír á la brisa de las flores y renuevos, y el gemir de los oprimidos por parásitas y enredaderas, es no solo para vivir sino para gozar, para tomar su parte en la universal orgia, de que dan testimonio los impúdicos perfumes que se escapan del pollen de las flores, deshonestas y ébrias como bacantes antiguas.

En el jardin de Piedrabuena estaba la gigantesca *Samaia* que ha descrito y dibujado Agassiz. Hay en dicho jardin, lo que en todo jardin brasileiro, ibiscus lacres y amarillos, naranjos, palmas, exóticos de todos colores y formas.

Pasé un día como pocos en la vida, gozando sin testigo, á la manera de aquellos perros que se apartan con su hueso á roerlo y sacarle la *substantifique moëlle*. Yo no gruñía, sin embargo.

Había para todos, y del almuerzo participamos Varela (José Pedro), Halbach, Roa y sobreviviendo el General Worthington y su señora, y el Rev. Fletcher, volvieron á almorzar, provocados á tanto desarreglo por el magnífico comedor, los ahucates, un pollito (que me comí yo, por estar dolente) y demás comforts, amen de un vino de Madeira, etc., etc. . . Oh! efimeras horas de la vida, como pasan, dejando por todo recuerdo una indigestion!

LOS JAPIÚS

Con las bellezas tropicales se asocian en el ánimo, boas constrictores, tigres, cocodrilos, monos, insectos venenosos, escorpiones y cientopies. Yo dejaré para los naturalistas y para los tontos estas sombras de la pintura. Tengo otra mas plácida que hacerle.

El jardín brasilero reúne todo lo que la naturaleza ha producido de extravagante en formas y colores. La *Urania excelsa* traída de Madagascar es un inmenso abanico de hojas de bananero montado en un cabo de palma entero. El viajero se detiene á mirarlo, diciéndose para su capote, —á mi no me la pegan, es hecho á mano!—Luego ve que es un necio: la naturaleza tropical es dueña de hacer lo que le dá la gana.

Vecino á la casa de Piedrabuena, mi huésped, hay un jardín que reúne las bellezas de las montañas, con sus sinuosidades obscuras y perspectivas umbrosas, el lujo ébrio del bosque y la culta extravagancia del jardín. Esto lo dejo en su conjunto para imaginado. Es el fondo del cuadro.

En primer plano está el cortijo pintado en que vive un negro viejo, con su vieja negra y media docena de negritos que me miran con sus ojos de gacela tímida y el dedito en la boca, como los angelitos de Rafael en la madona de San Sixto. Angelitos negros, desnudos, mamoncitos, ¿por qué no?

Sobre la cabaña se eleva un árbol muy alto, tan alto que no da sombra á la casa; en las ramas de este árbol anidan cuatrocientos ó quinientos *japiús*, pajarito amarillo de alas azules, del tamaño del zorzal. Los nidos en racimos de á diez y de á veinte, son unos cilindros de pajas, de media vara, á lo que se divisan. Conté mas de doscientos.

Los japiús es un pueblo muy sociable que construye estas aldeas, no solo para poner sus huevos, lo que nada tendría de nuevo, sino para vivir, gozar de los placeres domésticos, conversar y reirse todo el día. No cantan precisamente, sino que gritan para expresar sus emociones, meten bulla como los niños, y están en acecho de cuanto ruido les llega para imitarlo. Si canta un pajarillo, los *japiús* tratan de imitarlo, si grazna un avechucho lo remedan, y si los negritos rien, rien ellos á su turno. Es, pues, el caserío, una zambra permanente. De repente, sale uno tras de otro, para darle un buen peliizco, *por cargoso*, con aplauso general de la turba multa, si lo alcanza, y le da bien, bien á su gusto.

Si verdadera querella hay, que no lo creo, habiendo ali-

mento para todos en donde quiera, y no usándose los Urquiza que se cogen la mejor parte; si hay, pues, querella, ha de ser por lo que trajo la guerra de Troya, único motivo racional para cortarle á otros el pescuezo.

Pero el pueblo japiúiano no gozara de su felicidad, si no tuviera aliados y amigos que lo contemplen. ¿Qué habría hecho Dios, toda la vida, en las profundidades de la eternidad, si no hubiera creado al hombre para alabar su poder y adorarlo? Los japiús construyen su Sion cerca de una habitacion humana. Gustan del hombre, cuando no sea mas que para verle afanarse en vano para ser feliz. En el presente caso, el aliado es el negro viejo, el pueblo fronterizo es la familia de negritillos. La paz se ha mantenido ocho ó diez años sin interrupcion. Si pudieran los negritos (que no pueden por ser el árbol tan alto) si pudieran tirarles una pedrada, los japiús se irian con sus lares y penates á otra parte, á buscar un lejano Lacio. Sucedióle así á mi huesped. Un cazador tiró sobre los que él tenía, y al día siguiente cargaron baules y petacas y no se les vió mas en la casa.

Yo contemplo una hora el plácido espectáculo, sentado á la sombra de una palmera. El negro levantando la cabeza para mostrármelos, dejábame ver el perfil de su rostro iluminado por la sonrisa del padre que ve á sus hijos revolcándose de dicha sobre el césped. ¡Cuántas amarguras habrán dulcificado aquellos compañeros en la larga y penosa vida del pobre negro esclavo!

Después de veinte y cuatro horas, llenas á desbordar de la copa, volvimos á la ciudad para embarcarnos.

Día 9—En plena mar. Con recuerdos dolorosos del día de ayer; pero me tengo á dieta. Dentro de cuatro días á Pernambuco, y es preciso estar preparado para todas las contingencias. Las piñas (ananás) dicen que son deliciosas. Mi provision de abacates se me ha perdido!

Día 10—Nada ocurre. All right. Estoy rumiando melancólicamente sobre la situacion (el estómago serenado). Cada uno me da el parabien sobre las noticias traídas por el vapor, dando por seguro mi nombramiento.

Seré, pues, Presidente. Hubiera deseado que mi pobre madre viviese para que se gozase en la exaltacion de su Domingo. Pero me sucede lo que á los viajeros que han

ido dejando como luces extinguidas sus afecciones en el largo camino.

Como los generales, despues de gloriosos combates en que perecieron sus bravos compañeros; como el marino que salva del comun naufragio, yo tengo un mundo fúnebre que quisiera evocar de la temprana tumba. El doctor Aberastain que desde los primeros pasos de mi vida, creyó en mi como en un ser privilegiado. Belin, el impresor marido de mi hija, habría encontrado la recompensa de su laboriosa vida, á mi lado. Juan Godoy, Hilarion Moreno, Jacinto y Demétrio Peña eran mis cándidos admiradores. Perdí á Dominguito, cuando necesitaba de su aprobacion, de su pluma, de su entusiasmo. El pobre Marcos Gomez, que tanto prometia; el pundonoroso Soriano, que se mata por temor de que yo le juzque mal. Todos mios, sin egoismos, mios por el corazon. De esta estirpe de amigos se ha hecho en torno mio un desierto.

Quédame la otra rama del árbol de las afecciones, y á Dios gracias, en plena y abundante florescencia. Al frente de la falauje *Aquella* que me decía:—«Si no sigue mi consejo, no siga el de nadie.»—Nunca el corazon habló mas alto. Y *aquella* que me escribe:—«Usted no es un hombre, es usted una nacion que lleva en su corazon. Yo creo en las individualidades.»—Y *aquella* que á propósito de *Ambas Américas*, exclamaba:—«El gigante está de pie otra vez.»—Y *aquella* que, nombrado senador, me decía:—«Lo celebro por lo que le honra, que todo honor es poco para lo que merece.»—Y *aquella* otra *Marta*, que despues de la entrada del enemigo en San Juan, me escribía:—«Si hubiera estado usted aquí, mi hermano no hubiera muerto.»

Y los poetas menores del corazon, mis hermanas, mi hija, han tenido tambien su palabra de aliento ó de fe ó de inspiracion. La mujer es la sensitiva humana. Ella es la primera en sufrir las crispaciones que causa el contacto de las naturalezas eléctricas. Las mias vienen anunciando, presintiendo el sentimiento público. Sus cabellos se agitan y ondulan con los suspiros de la brisa. El pueblo necesita que la brisa se convierta en viento.

Aquella fe robusta de Aberastain, aquella infatuacion

de Mrs. Mann se han encarnado en el pueblo y héchose fe, creencia, opinion, esperanza. Mi Aberastain, es la prensa de ahora. La que me dió su corazon, años antes de que nadie creyese que merecía un corazon y solo necesita decirme: venga á recibir su ínsula; el grande noviciado está terminado.

¡Y vive Dios! Si siento á mi espalda el apoyo del pueblo, si esta brisa favorable no cambia de rumbo, he de justificar á mi país, á mis amigos y á los que me aman. Haré que tengan razon, y que no muera, sin que otra falanje de amigos, de entusiastas, me acompañe al sepulcro...

Oh! Magdalena! te levantarás la primera á preparar el cadáver querido para el reposo eterno. Si hay detrás la inmortalidad de la gloria, las lágrimas están demas.

Mar azul turquesa. Hace fresco. Olvido que dejamos al sol en St. Thomas. Estamos, pues, en invierno de este lado de la línea.

Día 11—Puesta del sol ayer, dispuesta con cierto arte y seguida de radiaciones opalinas sobre fondos azules de buen efecto. La noche sobreviene casi sin gradacion. En este mundo de que el buque es el centro, todo toma interes, la forma de una nube, la sucesiva aparicion de una estrella. Así contemplando el cielo estrellado, mas brillante en el sur que en el norte, llámanos la atencion la columna de luz que aun ya avanzada la noche y visibles todas las estrellas, marca el oriente; es la luz zodiacal que veo por la primera vez. Alcanza hasta cerca de la via láctea en ángulo recto. La base en el horizonte es ancha, y toda ella figura un oblicuo. Brillante espectáculo ¿qué será? Créese que es un anillo de materia luminosa que rodea á la tierra en el Ecuador, como los de Saturno. Faraday supone que son las corrientes magnéticas. Esta noche volveremos á verla.

Divisanse las montañas de Parahyba, donde se produce el mejor té del Brasil. Mar verdosa.

Hay un pasajero muy ignorante (habla español) á quien le dicen que cuando el sol se pone, vuelve á pasar por el cielo para volver á salir el otro día; pero como es de noche, no lo vemos. Mi hombre se queda pensando

un rato, hace que le repitan la proposicion, la pesa, la medita, duda y al fin halla que es imposible la cosa.

Día 12—Véanse las montañas de Ceará y pasamos á una milla de la ciudad. En aquellas montañas, Agassiz encontró rocas *moutonnées* y el *drift*, evidencia de la existencia de *glaciers*. El mundo ha estado alado en alguna época. Traigo á bordo la obra de la señora Agassiz sobre el Amazonas y mucho dijera sobre sus descubrimientos en peces y la teoría de la creacion, sino temiese que el papel me falte. Agassiz, contra Darwin, no cree en el sucesivo cambio de las formas de los animales por variacion, y sus descubrimientos lo prueban, sin embargo. La teoría de Darwin es argentina y me propongo nacionalizarla por Burmeister, etc., etc.

Día 13—Rumbo al sur. A las doce pasamos el cabo San Roque. El mar desierto hasta aquí, se anima con buques de vela y diez *changadas ó tartamaran*, lá mas ruda de las embarcaciones, á saber una vela sobre un triángulo de palos; los pescadores van en el agua. Si unos indios inventaron la balsa, estos inventaron la vela, sin balsa.

Seguimos á lo largo de la costa. Vése humo. Hay vida; y á bordo, caras alegres con la perspectiva de llegar mañana á Pernambuco.

Puesta del sol ayer, suave, sin nubes, de una beldad lánguida, horizonte ópalo (caldo) dos cuernos como el Moises de S. Pietro in vinculi, rosados, con un espacio intermedio azul. La luz zodiacal ocupa en la noche el campo azul.

PERNAMBUCO

Día 14—¡Humaitá tomado! Hurra! Hurra. Hurra!

La primera *escalera* (bote) que se aproxima, pregunta por el señor Sarmiento, y un pasajero me grita. ¡Humaitá tomado! El cónsul argentino me espera en tierra. Buques empavesados, las banderas de la triple alianza en los edificios del gobierno. Saludo la nuestra y por cortesía las otras.

Visito la ciudad; qué linda es! la Venecia del trópico. Un río, el Ibiribí, ó cosa parecida, se subdivide en varias ramas, á que los brasileros han puesto marco de piedra, maleco-

nes sobre los que descuellan palmeras, mangos, zapotes y toda la tribu engalanada de papagayos vegetales. Las chacras son deliciosas, las casas magníficas.

El pueblo por doquiera está endomingado, las calles embanderadas, los magníficos puentes de hierro cerrados de arcos de verdura.

Al fin de uno de los canales, se ve Olinda, la vieja ciudad, sentada sobre un collado, abanicándose con sus palmeras.

La euforbia viene á aumentar aqui las galas de la naturaleza. Recorro los alrededores hasta el puente colgado de Changada. Vueltos á casa del cónsul argentino, óyense los voladores de una procesion de ciudadanos que recorren las calles. Dos músicas se acercan. Una comision me ofrece *las libertades* de la ciudad de Pernambuco. Soy proclamado presidente de la república aliada. Ofrezco en cambio (*in imo pectore*) rebanarle el bandullo á Lopez, etc. Visito al «presidente» de la ciudad que ha estado á saludarme en casa. El comandante del puerto me aguarda en el arsenal con la *escalera* de marina. Voy cargado de ananas, naranjas y gratitud por la excesiva oficiosidad de estas gentes. Los redactores de los diarios me visitan.

Me embarco y danzamos en este mar proceloso hasta llegar al buque, donde me reciben con el título de Presidente. El capitán de un buque de guerra norteamericano ha venido á bordo á anunciarlo, como la última noticia que trae de Río Janeiro. Siento subirme desde las piernas á los brazos una oleada de... Había leído en tierra que Urquiza estaba armado hasta los dientes.. Oh! serénate corazón.

Para conseguirlo, le contaré un cuento que le va á gustar. Allá en tiempo de entonces, en 1624, la compañía holandesa de las Indias Occidentales se apoderó de las costas del Brasil, desde Bahía al río San Francisco. En 1636 el stathouder Féderik envió para gobernarlas al conde Juan Mauricio de Nassau, sobrino del gran Guillermo el Taciturno. Con el espíritu de la libertad conquistada, presintió desde tan temprana época, el medio de asegurarla. Era también sobrino del gran conde Mauricio (véase Motley). Había alcanzado en sus primeros años á batirse con las últimas huestes españoles que invadieron la Holanda. A su llegada á Pernambuco se propuso, y lo consiguió, reconciliar á holandeses y portugueses, proclamó la libertad de

conciencia para católicos, protestantes y judíos. Acompañábale Piso, uno de los primeros naturalistas de aquella época. Pidió á Holanda sacerdotes y maestros de escuela, y no solo los europeos sino los indios, vieron levantarse iglesias y escuelas en las colonias y en las selvas. Dos siglos ha, principiábase, pues, en esta parte de América, la obra que solo se ha de realizar en la última mitad del siglo XIX para el norte.

Reedificó la ciudad, y hasta sus bellos canales están revelando su origen holandés. Formó un jardín de aclimatación é introdujo de Asia y Africa muchas plantas tropicales raras ó productivas. La Compañía de Indias, empero, quería *dividendos* y no un país feliz. Fué llamado; y aunque despues se revocó la orden, salió de Pernambuco á Parnahiba á embarcarse, siendo el objeto de una continua ovación de las aldeas y pueblos de indios por donde atravesó. Embarcóse saludado por el himno nacional holandés *Wilhem Von Nassau*.

El Portugal reconquistó despues este territorio, y el mar de la ignorancia é intolerancia absorbió en su seno esta isla florida. Pernambuco, conserva, sin embargo, mucho que lo recomienda. Es el punto de partida ó encuentro de todas las líneas de vapores, y sin puerto tan peligroso, sería una gran ciudad mercantil; aunque es ya la segunda, despues de Río Janeiro.

Mis impresiones son vivísimas y me parece que aun veo sus árboles, sus casas, sus flores, luminosas como incrustaciones de conchas en papier mâché. Suena el caldero, bufa el vapor y rumbo al sur.

Día 15—No hay naranjas mas dulces que las de Pernambuco. Si fuera ciudad argentina yo trabajaría por hacerla capital. Solo en lo malo del puerto aventaja á la nuestra. Navegamos S. O. S. viendo siempre la costa. Pasamos la ciudad de Meseas. Dos ballenas (chacalotes) andan jugueteando al lado. Cada colazo en el agua es recibida con aplausos de á bordo. Centenares de delfines vienen escapando por bandadas, huyendo de las ballenas. El vapor que va á Liverpool nos cruza. Nada mas de nuevo.

Día 16—Una puesta del sol sublime. Ha debido darse á beneficio de los aliados, en celebracion de la toma de Humaitá. La paleta del pintor no tiene colores para represen-

taría. Nuestros blancos son pálidos. La luz no tiene otros representantes que la plata y el oro que no son transparentes. Cuando el sol es el protagonista del drama, el espectador aparta los ojos, como Moises de la vista de Jehova.

El Rev. Fletcher hace los officios divinos. El tema de su discurso es la primera palabra del vers. 29 cap. X de los Números.

We are journeyng. Como ilustracion de que el hombre debe tener una carta que lo guíe en la jornada, la verdad, cita el ejemplo de uno de los pasajeros que han luchado toda su vida para establecer el imperio de la verdad en el gobierno de su país y se dirige ahora, hacia él, en este buque, á ponerla en práctica, etc., etc. Concluído el sermon, nuestro al Rev. Fletcher, este diario de viaje y las palabras que le sirve de lema:—Ma vie est un combat, de Beaumarchais, y, la mía es un largo viaje. ¿Llegaré? Circunstancia que le sorprende por su novedad.

BAHIA

La mas vieja coqueta ciudad del Brasil. Como las de su gremio, no hay joya, colorin, ni flores de que no se haya revestido. Sobre una falda de palmeras y verduras de una legua, se muestra coronada de torres, sobre cada rizo de su cabeza; el mar tranquilo de la inmensa bahía láme sus pies. La ciudad se muestra entera en anfiteatro.

Todo para visto de lejos. De cerca, huele mal; el colorin está chorreado, los conventos son de pésima arquitectura portuguesa, y los frailes sucios y brutos (supongo caritativamente); y como es un faldeo y está lloviendo y hace frío y viento, no quiero bajar, no obstante la *escalera* de la marina que viene á ponerse á mis órdenes. Tengo aprension de que sea lagañosal

Día 17—La *escalera* del arsenal está á mis órdenes desde temprano. Descendí á tierra con algun séquito y la fortaleza al pasar me saluda con veintiun cañonazos.

Recíbeme el Comandante del puerto, que me encierra en un coche, que me trepa sobre la batería, que me depone á la puerta del palacio del presidente, quien rodeado de oficiales me recibe con la nacional cortesía y afabilidad.

Cinco horas visito los alrededores, el Señor Milagroso de Bomfin, en cuya capilla encuentro un museo de piernas, brazos, pechos (en cera) en memoria de curas hechas por intercesion. Antes eran de plata. Hoy basta un recuerdo de cera! Veo un fraile en *cadeira* (*chaise á porteurs*).

Visito á la hermana de la señora de Elizalde brasilera de origen, pero porteña de idioma, gracia y despejo. Pasé una hora deliciosa.

El jardin público es bellissimo. Bahía es la mas antigua ciudad del Brasil y conserva mucho del antiguo tipó portu-gues. Américo Vespuccio encontró aqui la madera de tinte que se llamaba palo de brasil y la region tomó el nombre del palo, como la América se llamó así de las primeras noticias publicadas en Europa.

En esta hermosa Bahía se dió la batalla naval en que D. Fadrique de Toledo desalojó y expulsó á los holandeses. En la biblioteca de los jesuitas expulsos por el mar-quez de Pombal, un ingles prisionero encontró, comidos de las ratas los mas preciosos manuscritos de viajes desde el Brasil á Bolivia, Perú, Venezuela, etc. Muchos se han publicado.

Los alrededores de Bahía son espléndidos, favorecido el brillo de la vegetacion por lo sinuoso del terreno, que forma valles profundos encerrados en limitadísimo espacio. La ciudad sobre la barranca, es menos angustiada que en el puerto, donde el tránsito á pie ó en carruaje es apenas posible. De aquí la necesidad de sillas cubiertas y sostenidas á hombros por dos negros, para subir las laderas. El grueso de la poblacion es de negros de la raza *miná* que es bien formada y corpulenta. Atribuye el censo á Bahía 15.000 habitantes, á la provincia millon y medio. La poblacion no está en el interior, si no en la costa y la isla que cierra la bahía, lo que obvia, por la navegacion, las dificultades del tránsito. Un ferrocarril penetra 77 millas hacia el interior.

Pero lo que hará la eterna gloria de Bahía, mas que sus antigüedades, sus calles impracticables, sus conventos y su teatro, es lo hiperbólico, superlativo, incomparable y dulce de sus naranjas. La naranja principia en Buenos Aires, ágría á los 35° de latitud; asciende en tamaño y toma todas las variedades de *china*, *angelina*, *teton de negresse*,

limas, etc., en Río Janeiro, hasta que en Bahía, toca al zenit, al apogeo, la naranja *umbilical*, sin semilla, grande como melon *cantaloup*.

Llevo prisioneras en un cajon, un centenar á Buenos Aires, seguro de congraciarme las voluntades, desarmar las presunciones, derrotar toda oposicion, con solo hacer á cada malqueriente presente de una naranja de Bahía, naranja excelsior, óptima, la última palabra de la naranja—su nec plus ultra.

Nuevo y mas cordial saludo del cañon. Un batallon de guardias nacionales me presenta las armas; la música bate marchas. S. E. el presidente de la provincia me acompaña, todo lo cual se me hace habitual, á fuerza de repetido,

A bordo me aguarda el almirante de la escuadra norteamericana, que me cumplimenta por mi nombramiento, y cuando pasa el «Merrimac» delante del «Guerrior» fragata de guerra, la gente está en las vergas, la música entona *Hail Columbia*, el oid mortales yankee y veinte y un cañonazos me desean feliz viaje. Es, pues, en estas latitudes, hecho consumado, incuestionable, reconocido por todas las naciones que soy presidente de la República Argentina.

Día 17—Buen viento—caras alegres. Comentarios sobre las emociones de ayer. El saludo del «Guerrior» ha dejado complacidos á todos, á los americanos del norte por ser de su nacion, á los del sur, por haber visto flamear al tope la bandera argentina. Supe por los que han venido de tierra que es cosa recibida en Bahía que yo soy enemigo de la guerra y por tanto del Brasil. Esto se sabe de buena tinta del Río de la Plata (traslado á Leal y C^a.)

Muestránme un artículo del *Siglo*, de Montevideo, que analiza las candidaturas. Yo soy, á lo que veo, el *mand* que sabía á lo que cada uno gustaba dar preferencia. Despues de enumerar mis virtudes y prendas en términos que le merecen mi cordial aprobacion, prueba como tres y dos que haré la paz con Lopez y me prepararé á hacer cruda guerra al Brasil ó al imperio. Así acaban todas las novenas despues de las oraciones y milagros del santo. Aquí, dice el padre, cada uno pedirá al santo lo que mas deseara conseguir. La paz! la paz!

Día 18—Se mide una naranja, 17 pulgadas inglesas de circunferencia, y se comen muchas otras. Reclinado so-

bre la borda, mirando sin ver el mar azul que pasa á dos millas por hora y meditando sobre las vicisitudes humanas, sin advertirlo, yo me había comido cuatro!

El doctor Carranza me obsequia un volumen de la importante obra sobre el *Army medical museum* en que están consignados los hechos observados por los médicos durante la guerra, heridas, amputaciones, etc. El museo osteológico es el mas célebre, sino el único en su género en el mundo.

Día 19—Miss Parker, me envía, como memoria, unos versos. El que consagra á la ambicion es bellissimo.

Antes que se me oscurezcan los recuerdos, diseño aquí la *urania excelsa*, la mas matemática de las plantas. No puede trazársela sin compás, tan equidistantes están sus ramas, tan exacta la forma de abanico. Respondo de la exactitud del dibujo.

Vése por la primera vez, aunque ya alta, la mas alta de las nubes de Magallanes (manchas del sur.)

Un banquete de despedida en que descuella una galantina me trae la consiguiente indigestion. Estaba tan buena! Los pasajeros se reunen en meeting, nóbrase Chairman á Mr. Sarmiento y se redacta un voto de gracias al capitán del «Merrimac», por el feliz viaje y atenciones, á que han suscrito todos y debe serle presentado en Río.

RÍO DE JANEIRO

Desde el Cabo Frio la escena marítima se anima. Montaña tras montaña, pico tras pico, trazan las líneas quebradas, rotas, atormentadas de la formacion granítica. El mar se cubre de velas, trazándose penosamente en la calma su camino, ó buscando la entrada. Una lejana, va rumbo al Río de la Plata.

La bahía se diseña, al fin, por los morros, las islas, las enormes murallas que revelan un mundo derruido. Aquí se siente que el actor ha sido Dios. El caos se le mostraba rebelde. Que aterrante ha debido ser la lucha!

Pasada la isla que guarda la entrada, el telon se levanta, y aparece la bahía estupenda, el Corcobado, como bastidor enorme de aquel sublime escenario, la montaña Das

Orgas, en perspectiva, al fondo del paisaje. Los que recién lo ven se felicitan de haberlo visto; yo creo que he olvidado mis pasadas impresiones, tan fuerte es la que experimento.

Pasamos los formidables fuertes que cruzan sus fuegos y que, sin embargo, pueden ser desde afuera bloqueados por un «Thunderberg»; y un cañonazo anuncia que estamos fondeados. De las primeras llega una galera del arsenal, seguida de un *vaporciño*. La galera es para que desembarque su Exa. y el vaporcito para su equipaje. Un coche lo aguarda en tierra, un oficial lo acompañará.

El comandante del arsenal me aguarda en las gradas. «Su excelencia, me dice, no me conoce»—Su fisonomía no me es desconocida.—O capitán del «Alphonso» en el combate naval del Tonelerol!—Los dos estábamos viejos. Diez y seis años median. Nos dimos un buen apretón de manos.

El consul argentino me aloja en el Club Fluminense. El ministro Torrent me pone al corriente de lo que pasa; se teme ó se espera de mi entrada en escena. El Emperador quiere verme cuanto antes.

Día 21—A las tres y media de la mañana me despertó un negro. Yo quería ir á visitar el jardín botánico. Al doctor Velez, aquella planta de Córdoba, arraigada en Buenos Aires, decíale una vez, cuando se lamentaba de no haber viajado y decía envidiarme de haber estado en Roma:—tome, doctor, el vapor de Río Janeiro, desembarque, hágase conducir al jardín botánico y vuélvase á su casa seguro de que ha visto la mas bella página de la creación.—El Brasil está todo en ese pedazo de país con las decoraciones del escenario circunvecino.

Esta mañana, recorriendo el jardín, las vecindades engalanadas por aquella vegetación iluminada, pintarrajeada, sombreada por picos, morros y crestas gigantescas, volvía á repetirme lo mismo, no obstante que visité el Central Park de Nueva York, el mas bello del mundo, expreso para compararlo. Aquel es un grabado en acero, bien interpretado; este un cuadro del Ticiano.

Vi una salida del sol, por sobre picos y recortes del granito. El sol era un enorme *granate* candente. Nunca lo he visto de este color. Teñía de rojo subido las nubecillas.

De regreso, me encuentro con el ministro norteamericano que me previene lo que ha podido observar y puede interesarme.—Personajes muy altamente colocados están ansiosos con su llegada, de acuerdo todos en atribuirle las mas altas cualidades, temen que segun los boatos de la prensa de Buenos Aires, el señor Sarmiento está contra la guerra y contra la alianza.—El Rev. Fletcher me encuentra igualmente y me cuenta los detalles de una visita al Emperador.—¿Porqué no ha venido el señor Sarmiento inmediatamente? Se lo tenia pedido al ministro argentino. «Con o señor Sarmiento no ha etiqueta, somos viejos amigos; lo trato como á Agassiz y le doy la mano.» Su impaciencia crece á medida que el tiempo avanza.—Quiero hablar con él. Tengo la mas completa confianza en su carácter,»—y cuando Fletcher le asegura que no traigo tales ideas—Lo sé, lo sé, le repite con vivacidad,—en conozco a o señor Sarmiento; pero la presion que ejercerá la opinion pública sobre él en su país, puede ser superior á su voluntad.»

Veo á Paranhos, á la una y media, que tenía recibida carta del Emperador, de la noche anterior, sobre mi demora de verle, y la que creía omision de Torrent, indicándole hora para recibirme.

Me recibe, en efecto, con las mas cordiales muestras de amistad personal. Me da la mano; se sienta y me hace sentar, contra las formas de la etiqueta y hace alarde de esta vieja amistad, diciéndome que sus hijas y yernos me conocen y leen mis libros y escritos. Háblase de todo; tócase el punto delicado; y siento que la presencia de Torrent, dando por su carácter, algo de oficial á la conferencia, le impide á él y me impide á mi, extendernos mas, yo para corroborar sus temores y requerir de su parte se obvien dificultades que pueden justificarlos, él para expresarse sobre la situacion asumida por Urquiza y poder medir la gravedad del conflicto y los medios de pararlo.

La visita dura una hora larga que él prolonga con satisfaccion, hasta que anuncian ser llegada la hora de presidir el Instituto Histórico Geográfico y me dice: ¿Porqué no vamos?—Vamos, esto es de estudiantes, aludiendo á lo que una vez dije y el corroboraba á Fletcher, Torrent y otros que habíamos pasado quince días en Petrópolis, tratándo-

nos como dos *colegiales*. Torrent aprovecha la ocasion y establece algunas verdades oscurecidas por el lenguaje de la prensa y por el sentimiento aparente de hostilidad hacia el Imperio.

Asisto al Instituto y se me asigna un lugar al lado del Presidente efectivo. Léese el acta y se procede á tramitar los asuntos ordinarios. Levantada la sesion, deseándome feliz viaje y siempre deplorando que no *fique* algunos dias mas, para ver á la familia imperial.

Día 22—Santa Teresa es un espolon que sirve de base al Corcovado y tiene su extremo dentro de la ciudad; y ascendiendo por una estrada, á diversos planos, se llega, entre casitas dispersas y bosques primitivos, á las obras de agua que surten á la ciudad. Nada mas pintorezco que este ascenso, desde donde se divisan la ciudad y la bahía inmensa. Del pie mismo de la roca del Corcovado, brota un abundante raudal de agua, que por un antiguo acueducto, es dirigido á la ciudad. Las obras modernas son de mucho gusto y mantenidas con esmero.

De regreso, visitame el general Webb (U. S. Minister) y tenemos una larga conferencia sobre la guerra del Paraguay. Como yo no vendo la piel del oso vivo, queda abierta la conferencia para segunda entrevista.

Día 23—Un mes cumplido desde Nueva York, hacemos hoy rumbo al sur, desde Río Janeiro en el «Aunis». Al pasar delante de un buque de guerra norteamericano, soy saludado con veinte y un cañonazos. A bordo nos hemos reunido varios de los pasajeros del «Merrimac», otros que encontré en Europa, unas hermanas de caridad y franceses que vienen ó vuelven al Rio de la Plata.

Un joven brasileño observa que las dos veces que ha navegado, le ha tocado hacerlo en compañía mia, la primera veinte años ha á Francia. Esto da ocasion á observar con cuanta cordialidad se establecen relaciones entre los pasajeros, y el joven Torrent recita con ese motivo los bellos versos de Méry que le hago consignar en este libro para su ornato.

Día 25—El mundo de á bordo presenta todos los tintes de la sociedad de tierra, sin fundirse, sin embargo. Tres ministros plenipotenciarios—artistas—hermanas de la caridad—monjas—un sacerdote—viajeros de todos paises. Una

niña elegante de París sigue á un joven; quisieron impedirselo en nombre de la moral, pero teniendo dinero, hizo valer su derecho de moverse y embarcándose, puso fin al litigio.

Entre las de su sexo, vuelve la señorita de A^{...}, loca, incurable. Su mirada es tranquila. Sonríe á veces, como si estuviera recordando ocurrencias plácidas de su vida. Otras parece que piensa. Pobre! El pensamiento de un loco, es un caballo sin freno; corre sin ginete. Vésele en la loca, que anda suelto. Una brisa agita el extremo de las fibras pensantes del cerebro y produce imágenes, recuerdos, ideas que ahí se hallan, como el viento agitando las cuerdas del harpa, emite sonidos que nos parecen música lejana, melodías, acordes vagos. La loca es un harpa destemplada, nunca dará sonidos armoniosos.

¿Qué serán las Hermanas? Cada una un drama secreto, alguna, un naufragio, acaso un vaso de porcelana que salió ya trizado del horno. El bello ideal que se llama religion, convertido en amor á la humanidad. La hermana de la caridad es la primera transformacion de la idea abstracta en hecho práctico. El mundo tiende hoy á ser hermano de la caridad para consigo mismo. Un filósofo ha dicho que los pueblos cristianos de hoy, por los fines de su gobierno, por los intereses sociales, no son cristianos ya. Han descendido del cielo á la tierra. Se olvidan de la otra vida y piensan en hacer otra vida de la presente.

Día 27 - Tierra del Uruguay. Cabo de Santa María. Ayer aguardaba el día de hoy con ansia, esperando excitarme con la proximidad del término de esta carrera. Esperanza vana! Siento embotado el sentimiento. La imaginacion de la cordial acogida, de las caras amigas, de los entusiastas que saldrán á recibirme, anda remisa. Diviso grupos, la rivera negra de gente, y sin embargo, no puedo agitar esta masa inerte. Hanme hecho *racional y sobrio* las dudas, la incertidumbre del éxito final que desde el principio ha venido dejando algo por resolver. Dura ya un año este aspecto de las cosas. El vapor siguiente debía siempre traer luz y aseveraciones concluyentes. Salí de los Estados Unidos con esta sombra por delante. En Pará se cruzan los vapores de ida y vuelta y nada se sabía. En fin será

en Río Janeiro; y allí no estuvimos mas adelantados. Era para Montevideo.

Y sin embargo, todo convida á alegrarse. Los auspicios son favorables. De Nueva York, como de Río, el mar, de grueso se tornó en un lago apenas rizado. La luna nueva, signo de prosperidad creciente, alumbró mi camino al principio y al fin del viaje. Por todas partes acogido con interes por mis antiguos trabajos en unos puntos, por las futuras esperanzas en otros. Nadie quiere dudar que estoy electo Presidente. Esto es poco; nadie quiere persuadirse que lo soy en realidad. Allá en tierra, detrás del pueblo que me acoje y congratula, está una sombra triste, irritada, pesarosa, arrepentida, deplorando lo que le alegrara en otro tiempo, porque cada aplauso se le torna un reproche. Para expiacion, creíasele demasiado. En el Entre Ríos está otro, interrogando los sonidos que del lejano rumor le llegan. Escucha por si le nombran. Quisiera comprender lo que tales manifestaciones encierran de amenazas próximas ó futuras. Una y otro son antagonistas irreconciliables. La una amenaza mi corazon, el otro apunta á mi cabeza. Estos son mis fantasmas; dos ángeles guardianes tengo, el uno es legion, el pueblo, su conciencia final de lo justo, el otro el corazon de los que me aman.

Llegamos de noche á Montevideo, nos mantenemos á distancia y solo divisamos las luces que trazan el contorno de la planta de la ciudad, coronada por la iglesia catedral.

Día 28—Amanece, y en la cama, me saludan Presidente electo, escrutado, aprobado y debidamente proclamado. En prueba de ello, me muestran el discurso de clausura de la sesion, pronunciado por el venerable doctor Alsina. Léolo y reléolo, y saco en limpio por su tenor, que se ha elegido Vice-Presidente á su hijo Adolfo, nombrado dos veces, objeto del discurso de clausura. Sospecho que lo he sido yo tambien por anadidura, por la alusion á *los magistrados* de que se habla al fin. Si no lo hubiera sido hablaría en singular, el magistrado, mi hijo Adolfo, con lo que me tranquiliza.

Mas tarde llegan pasajeros ó curiosos, cartas y periódicos. Buchental trae la carta que no llegó á Río, adonde se le habia dado cita. Bienvenida sea! La necesitaba. Aconseja seguir viaje incontinenti, contra el sentir de los hábiles

que creen que debe procederse con arte! La carta contiene un apólogo ó parabola sobre el efecto de los objetos segun el punto de vista de que se miran.

La moral no sé si es oportuna. Si yo fuese patan, Juan vecino, senador, ó Perico de los palotes, todo marcharía bien en el mejor de los mundos; pero si hubiese de clavar mi tienda en la cúspide de la montaña, de manera de ser visto de todas partes, cumple á otros, no á mi, decir si están dispuestos á todas las eventualidades. ¿Será lo mismo allí, que en medio de la llanura? A la bonne heure! Nada mas tengo que desear, que yo seré siempre el mismo.

¡Cómo se toma la vida! La vida real, práctica, llena de azares, de malicia, emboscadas, envidia, odios!

Me echan en cara no ser poeta. Hablaba prosa cuando distinguía el senador del presidente. Contra éste van dirigidos todos los tiros; y en la guerra, es sabido, ay! de los ayudantes que rodean al general; apuntándole á éste matan casi siempre á los que le rodean.

Urquiza saluda con caluroso entusiasmo mi advenimiento!! El mapa de la guerra civil queda enrollado, como cuando la paz de Campo Formio. Tres meses despues estaba otra vez sobre el tapiz.

A la patria y al porvenir, salud!

NOTA—El cuaderno que contiene las anteriores páginas está lleno de dibujos del autor, plantas, frutas, paisajes, escenas y aun caricaturas, que merecerían reproducirse.—(El Editor.)

COMO SE DERRAMA LA SANGRE

EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

ODIOS IMPLACABLES DE SARMIENTO

(*El Nacional*, Julio 5, 6, 8, 10.)

Porque es larga y lamentable, esta historia de los odios de Sarmiento. No es el señor Bilbao el inventor, ni el observador primero, de aquella predisposición de ánimo de un hombre público, que tantas pasiones ha concitado en su larga carrera.

El señor Bilbao, sin embargo, no confesará que es el amor á Sarmiento el que lo ha impulsado en sus escritos, desde que á la sombra de su hermano manejó una pluma, ni que haya sido siempre correspondido por éste. Esta vez el odio implacable es á Arredondo y no á Bilbao.

Diremos una palabra sobre este caballero, por quien hemos mostrado, no diremos deferencia, sino apartamiento.

Es chileno, y escribe en nuestro país. Abusa de lo que otros llamarían hospitalidad, y que no es mas que ún derecho. Pero debemos en él respeto á Chile, donde nosotros escribimos largos años, usando y acaso abusando de aquel mismo derecho.

Muchas veces los diarios de aquel país nos llamaron extranjeros; y los partidos que combatíamos (el liberal revolucionario, análogo al que seguimos combatiendo aqui), nos fueron hostiles. Pero es justicia que debemos á Chile, á la opinion pública, sobre todo á los hombres de Gobierno, que en ninguna parte, y menos en aquellos tiempos,

los argentinos hayan gozado de mas libertad para escribir. Nosotros mas que nadie, nosotros que tenemos grandes pulmones, y necesitamos mucho, mucho aire para respirar, acaso no hemos escrito en nuestro propio país con mas holgura que en Chile, que estaba entonces mas imbuido de ciertas ideas, tradiciones y predilecciones, que lo está ahora. Antojábasenos reirnos de los chilenos, ó del *chileno*, como tipo del hablista ó del clásico, y los que no gustaban de tales licencias devoraban su rabia; pero sin hacerla sentir de una manera violenta. El señor Bilbao será pues siempre, para nosotros, algo que no habremos de tocar; de que huimos, no obstante el implacable encono que nos muestra, de años atrás, cuando ni aun lo mencionábamos.

Sin embargo, en Chile sostuvimos siempre, franca y lealmente al gobierno, cuyos principios profesábamos, y que continuamos profesando hasta hoy. Eso lo proclaman ahora no solo los que fueron nuestros adversarios entonces en Chile, sino hasta señoras chilenas, que de paso por Buenos Aires, pudieron verlo en el gobierno. Este es, decían, el mismo Sarmiento de Chile, y nada hace y sostiene aquí, que no lo haya sostenido allá.

El 20 de Abril, sublevado el *Valdivia*, fuimos con nuestro magnifico rifle Colton á formar, al Estado Mayor, en línea de combate; y ese día nos dijeron los liberales chilenos: conquistasteis la carta de ciudadanía, combatiendo contra nosotros como un bueno. (Lastarria).

En cambio, defendíamos nuestra causa argentina á capa y espada, y la República debe mucho á esa prensa argentina en Chile, libre es verdad, hasta el abuso.

El 24 de Setiembre que Bilbao había provocado con sus escritos anárquicos, se metió en la casa del ministro chileno, porque solo para eso se acuerda en *público* que es chileno. Se dice de los malvados que no son consumados, sino cuando parecen hombres honrados. Bilbao se parece tanto á un argentino que se le podría tomar por Oroño, Arredondo, un deudor del Banco ó un anarquista cualquiera de la peor especie.

Tiene por empresa comprometer á Sarmiento, perder á Sarmiento, hacer juzgar á Sarmiento por algun tribunal septembrizador, ó hacerlo matar, todo esto en desagravio.

de agravios chilenos, de donde se dice liberal, no obstante que escritos tan canallamente anárquicos no se leen en Chile, donde además no es conocido sino por llevar el apellido de su hermano.

Bilbao es depositario de todos los secretos de conjuraciones y complots en que él toma la parte mas activa (ganando el olivo cuando abortan); y apenas pasa el susto, vamos, dice, á juzgar á los *grandes criminales*, (el ex-Presidente), y principia la publicacion de las cartas sustraídas al cadaver de Ivanowsky.

No fué condenado entonces el reo del chileno Bilbao, por delitos chilenos. Ahora le arma gresca con Arredondo, á ver si se atreve á decir lo que piensa.

Pídale permiso, Bilbao, á Arredondo, para continuar esta polémica, y no hemos de quedarnos cortos. Bilbao era el cómplice de Arredondo. Se ríe de él en sus adentros y le desprecia tanto como detesta á Sarmiento, que está cien leguas arriba de ese truhan.

ALBERDI

¿Es cierto que tenemos esta facultad de odiar, que se nos atribuye? La verdad es que por esta causa, ó invocando este odio acaso suscitado por hombres notables, se han producido hechos de tal magnitud, que afectaron ó afectan la marcha de los acontecimientos. Vamos á narrar lo que se nos ha revelado á este respecto.

En 1851, nos separamos del General Urquiza, regresando á Chile y, abocándonos al llegar con Alberdi, único corresponsal que teníamos, hablamos largo y convinimos en abstenernos de toda accion, hasta que se resolvieran las dificultades que surgían entre Buenos Aires y Urquiza.

Llenábamos religiosamente este compromiso, cuando supimos que Alberdi se ponía en accion, á favor de Urquiza, despues de disuelta la Legislatura de Buenos Aires, á consecuencia de las sesiones de Junio. Reclamamos, nos quejamos, y al fin fué preciso parar los golpes asestados contra Buenos Aires por los que se declaraban Urquizistas.

Alberdi logró desautorizar nuestra palabra como testigos, *leaders* que habíamos sido durante diez años, asegurando

que el *odio implacable* que profesábamos al General Urquiza, nos hacía ver bajo un punto de vista falso los sucesos. Era en vano que, fieles á la verdad, protestásemos que no sentíamos tal odio, lo que era la verdad, que no nos habíamos *querellado*, como sostenía Alberdi, pues nos habíamos separado en buenos términos. No había remedio, aborrecíamos á Urquiza, le teníamos envidia por haber estudiado él en la Universidad y nosotros no. Así logró sublevar contra nosotros las provincias, cuyos jóvenes se educaron en el odio, inspirado por Alberdi, mientras que Alberdi, que había huido y rehuido de tomar parte alguna en la lucha hasta que Urquiza triunfó, no solo en Caseros, sino en Junio, fué desde entonces el oráculo, el mentor y el director de la opinion pública en el interior. Acabamos por sublevarnos y atacar, sin sentir sin embargo el pretendido odio; pero ese odio hizo la fortuna (pecuniaria) de Alberdi, su fama literaria, y su carrera política.

El tiempo, que todo lo aclara, dejó tambien en claro que no hubo tal odio implacable, sino la viveza natural del combate. Tan convencido de ello estaba Urquiza, que lo expresó así en términos inequívocos, en sus últimos días, declarando la confianza que tenía en la sinceridad de Sarmiento, y la poca fe que le merecían otras amistades.

El tiempo mostró tambien que si había un odio implacable entre Alberdi y Sarmiento, este debió olvidarlo, no sabiendo donde estaba su adversario, tan abajo había caído.

LOS TRIUNVIROS

Ha hecho tanto ruido este odio, son tales sus resultados, que vale la pena de seguirlo en todos sus desenvolvimientos. Afanoso de salvar á Oroño de las persecuciones suscitadas por odio tan poderoso, el Senado argentino ofrecía al mundo el espectáculo de una votacion, unánime en condenarlo, dando así á los pueblos ejemplo de valor cívico, al desafiar las iras del Poder.

Verdad es que la prensa de todos los colores, nacional y extranjera, dió tambien, á poco andar, el espectáculo de ponerse de acuerdo para lanzar un grito unánime de indig-

nacion contra el Senado, revelando la negrura del acto, y las pasiones que lo habian inspirado. Siendo nuestra prensa tan poco parsimoniosa en la injuria y en la oposicion al Poder Ejecutivo, es digno de memoria este acto de justicia hecha por todos los diarios, á un Presidente tan indignamente calumniado y con tanta sin razon insultado por un acto del Senado. Pero el público ignora la trama que preparó y produjo aquel momento de vértigo, y lo que es mil veces peor, las consecuencias deplorables que trajo.

Baste decir que, á consecuencia del odio del Presidente Sarmiento contra el Senador Oroño, van ya ciento cincuenta y dos hombres muertos, de los cuales, apenas seis ú ocho sabían quien y á que culto los sacrificaban.

Para narrar historia tan tenebrosa, nos apoyaremos en documentos irrecusables, haciendo hablar á los actores del drama sangriento, y no añadiendo de nuestra parte sino explicaciones indispensables para mantener el hilo de los sucesos.

En 1873, se acercaba, como se ve, la época de las elecciones para Presidente, (ardía la guerra civil en Entre Ríos, con Jordan)—y los candidatos ya pronunciados, ó en vía de serlo, eran Alsina, Mitre, Quintana y Avellaneda.

En Santa Fe, había sido derrotada la invasion de Brochero, Iturraspe, etc., efectuada al grito de «viva Jordan, viva Oroño», y en Mendoza se cruzaban las influencias, apoyándose unas en Segovia, otras en Arredondo, jefes ambos del ejército de línea. Quienes estaban por uno, quienes por otro, la narracion lo dirá.

El 29 de Setiembre estalló, en efecto, el movimiento revolucionario de Segovia, lo que muestra que á abrirle camino pudieron tender varias mociones surgidas en el Senado, donde tenian asiento ciertos corifeos de candidatos. Los hechos y los actores hablaban por sí.

En uno de los mensajes del Presidente al Senado, se le escapó una frase: *triunvirato* posible, pues basta, decia, que dos votos apoyen una mocion, para que sean tres los autores de una interpelacion.

Ocurrió el hecho singular que habiéndose quedado en antesalas para leer el mensaje impreso, los Senadores

Oroño, Torrent y Quintana, al llegar á la frase triunvirato dieron un salto de sorpresa, se miraron entre sí, como si los hubieran sorprendido en un acto culpable, y abandonaron la lectura, fuéronse á ocupar sus asientos.

Tomaremos, pues, la palabra accidental y sin estudio del Presidente,—Triunvirato,—y se la aplicaremos á estos tres individuos, en las confrontaciones que siguen.

Debemos advertir para claridad de la narracion, que el Gobierno de Mendoza, hostil al parecer á todas las candidaturas senatoriales, tenia desde la administracion Mitre, un batallon movilizado que, por haber hecho la guerra en el Paraguay, reunia la fuerza de uno de línea. No era pues, empresa fácil, ni con el 1º de caballeria, como lo probó despues el hecho, derrocar el Gobierno de Villanueva.

Montadas ya las baterias, el Poder Ejecutivo recibió una minuta de comunicacion, en la que se destacaban las siguientes consideraciones:

«La Nacion necesita ver terminar en paz el período gubernativo del señor Sarmiento. La rectitud de nuestras intenciones no puede ser puesta en duda por el Poder Ejecutivo... El Congreso quiere auxiliarse con sus esfuerzos, con su palabra, con su prestigio, y para saber, etc., se le dirijen las 16 *interpelaciones*, etc.»

Haciendo prácticos esos propósitos, el Senador Torrent pidió se conminara al Ministerio, para responder, y especialmente sobre dos puntos:

Señor Torrent—1ª Si es cierto que el Gobierno de Mendoza ha movilizado la Guardia Nacional en gran número.

«2ª Si es cierto que en la Capital reside el batallon *Mendoza*.»

El Poder Ejecutivo ante la apremiante nota en que se emplazaba á los Ministros para que dentro de cuarenta y ocho horas concurrieran á dar explicaciones, contestó por escrito y ganó ocho días.

SESION DEL 22 DE AGOSTO

«*Señor Quintana*—Entre estos (los 16 puntos) hay algunos cuya urgencia es mayor... Me refiero á todas las preguntas relativas á Mendoza. La eleccion de electores de Gober-

nador, debe verificarse el 7 del próximo mes de Setiembre... Este batallón está á las órdenes del actual Gobernador de la Provincia (sigue la enumeracion de las fuerzas).

«Entonces, lo que cuadra á la dignidad del Congreso, es que las preguntas referentes á Mendoza sean satisfechas el próximo Mártes.

SESION DEL 26 DE AGOSTO

Señor Quintana—A qué llama servicio militar, el señor Ministro? Acaso á tener guarniciones en las capitales de Provincia?

Señor Ministro—Todo eso entra. El Gobierno de Mendoza ha hecho presente la situacion crítica porque atraviesa, así como el peligro inminente de ser perturbado el orden público en su territorio.

A consecuencia de estas explicaciones, los triunviros presentan el siguiente proyecto:

Art. 1º El Poder Ejecutivo mandará licenciar toda la Guardia Nacional movilizada en Mendoza, San Juan y la Rioja.—*Torrent—Oroño—Quintana.*

OTRO

«Cesa la intervencion que el Poder Ejecutivo ejerce actualmente en Mendoza, sin la autorizacion del Congreso.» (No había tal intervencion)—*Torrent—Oroño.*

«*Señor Quintana*—Esta interpelacion, no ha sido hecha en mi nombre, personalmente sino á nombre del doctor *Torrent*, del señor *Oroño* y mio.

Los proyectos no fueron aceptados por la Cámara despues de dos sesiones prolongadísimas.

El señor Arias, partidario, negando su voto dijo,—Mi opinion es que, en las circunstancias actuales, tan difíciles, no es conveniente producir acto alguno que importe aprobacion ó improbacion, de las operaciones del Gobierno, respecto á Mendoza.» Esta era la buena doctrina.

El levantamiento de Segovia, solo tuvo lugar el 29 de Setiembre, y los batallones aquellos, auxiliados oportunamente por *Iwanowski*, lo sofocaron.

II

EL ALLANAMIENTO DEL FUERO DEL SENADOR OROÑO

Efectos del odio de un Presidente á un Senador

Habiase traído á Buenos Aires á un tal Brochero, tomado en la Paz por las fuerzas nacionales, y encontrádosele una carta firmada N. Oroño, que denunciaba á éste como director, fautor ó cómplice de invasiones á Santa Fe y Entre Ríos.

Los diarios habían publicado telegramas así concebidos: « Julio 30 de 1872.—A las ocho y media de la mañana del lunes 29, el Gobernador recibía un telegrama en que se le comunicaba que por San Javier venían como doscientos y tantos revoltosos, al mando del indio Bailon, Rivarola y Brochero. Fueron completamente derrotados. La bandera de ellos es: viva Oroño!

(*La Tribuna.*)

El Gobierno, en posesion de los papeles tomados al reo Brochero, convocó un gran Consejo de Ministros, á que asistieron los jurisconsultos Velez y Tejedor, los Ministros Varela, Dominguez, Frias y Avellaneda. Sometido el caso á deliberacion, la cuestion se redujo á materia de trámite, en que el Presidente no podía tener voto por no ser abogado; y se resolvió que el doctor Tejedor hiciese el borrador, para provocar la accion del Fiscal. Este fué sometido al Procurador de la Nacion, quien confirmó lo obrado, y el 29 de Setiembre, día en que se sabía del alzamiento de Segovia, se pasó al Fiscal la resolucion así concebida:

« Pásese original dicha carta, de que se dejará copia legalizada, al procurador fiscal de la seccion Buenos Aires, para que entable la gestion que por ley compete, y pida inmediatamente al Juez respectivo se dirija al Honorable Senado, solicitando el allanamiento del fuero del expresado Senador (Oroño), por suministrar aquel documento mérito suficiente para ello, (semiplena prueba), recomendándose

al Procurador Fiscal la actividad necesaria en la prosecucion de este asunto. *Sarmiento—Frias.*»

El Fiscal dice al Juez:

« Esta providencia (el allanamiento) se halla justificada por el mérito que suministra la carta firmada por dicho Senador, dirigida á uno de los jefes de la invasion de Santa Fe, que al mismo tiempo es uno de los rebeldes tomados con las armas en la mano, en la Paz, al ejecutar el proyecto mismo que la carta contiene.

Zaballa—Fiscal.»

El Juez provee « Por presentado: solicítese previamente el *desafuero* á la Cámara respectiva, librándose el correspondiente oficio, con los documentos originales que forman el proceso. *Ugarriza.*»

SESION EXTRAORDINARIA, DEL 29 DE SETIEMBRE, EN EL SENADO

... *Señor Presidente*—Esta nota me fué entregada el Sábado, á las 7, por el Secretario.

Señor Quintana—Qué es lo que adjunta?

Señor Presidente—Es la acusacion del Fiscal, y una carta firmada por el señor Senador. (Oroño?) Se leyó enseguida otra nota de esa fecha, expresando que se acompañaba otros documentos relativos al asunto,—Me llama la atencion que diciéndose en ella que se acompañan varios documentos, haya solo una carta, sin otro dato ni fecha, y firmada por un sargento.....

Señor Oroño—Pido al señor Presidente, se sirva recomendar á la comision, quiera despachar si es posible, mañana...

Señor Presidente—Se levanta la sesion. en el concepto de que se continuará mañana.

Obsérvase que el Secretario lleva á su casa particular el despacho, que el Presidente nota que no hay sino pocos papeles, y que se precipita el despacho de la Comision, en una sesion especial.

La Comision de Negocios Constitucionales informa: « *no ha lugar y devuélvase* », á la solicitud del Juez.

Fúndase la Comision en que « del contenido de la carta no puede deducirse legalmente la complicidad que se le imputa al acusado en la rebelion de Entre Ríos, y la cual

es necesario tener *comprobada*, antes de pedir el desafuero de un Senador.»

No se comprueba en juicio la complicidad de un acusado, sino despues de oidos los testigos y la defensa del reo; y no pudiendo un juez llamar á un Senador á tomarle declaraciones, se solicita el allanamiento para principiar. Lo que el Senado tenía que resolver es, si una carta es semi-plena prueba de un delito; pues si delito existía, á mas de la presuncion que arroja la carta, eso resultaría del proceso. Cuando ya está comprobado el delito, se da la sentencia y el reo sufre la pena.

Las piezas presentadas son tres, con doce proveidos.

La discusion comienza. Es práctica en todos los Congresos y corporaciones que, cuando ha de tomarse resolucion sobre uno de sus miembros, éste deje el local, á fin de que pueda obrarse con toda libertad.

Leido, empero, el informe de la Comision, que tan favorable le es, el reo toma la palabra y llena la sesion, (quince páginas) con la defensa que habría pronunciado él ó su defensor, ante el Juez, cuando la causa hubiese sido puesta en ese estado. Aquí es el reo el que preside la sesion, á pesar de que nadie ha tomado la palabra en contra, y de que por tanto á nadie contesta.

Contra quien se defiende? Contra el Juez? Contra el Fiscal? No; contra el Presidente de la República; y con una habilidad que fuera notable en paisano tan poco versado en los actos del foro, si no sucediese que todos los otros se muestran tan hábiles como él, el reo tiene el ingenio de abandonar el banco del acusado, y sienta en su lugar al Presidente de la República, tomando entonces el rol del Fiscal, que está á la puerta esperando le entreguen á Oroño, y no al Presidente.

Habiendo, segun el Senador Granel, que es su compañero de senaduría y de oposicion al Presidente, é invariable co-peticionario de la capital en Santa Fe, declarado Oroño ante la Comision —que la carta era suya, entra en materia diciendo que, cuando niño, fué perseguido por Rosas, y ahora lo es por el Presidente de la República, que se propone matar la independendencia de su carácter.»

Habla Oroño: «El Presidente de la República ha querido envolverlo en una atmósfera perjudicial.

« A mediados del 72 me dirijí á Ricardo Lopez Jordan . . .

«¿Acaso es un misterio para nadie, señor Presidente, el deseo que he manifestado de que se cambiara la situacion de la Provincia de Santa Fe?» (*Ruidosos aplausos y algunos silbidos.*)

« La iniciativa del Presidente tiene su origen en el deseo de ejercer una venganza contra mí, con motivo de haber reproducido las Cartas Quillotanas del señor Alberdi, que hoy se venden con profusion en las librerías. (*Pagaría al contado?*) (*Aplausos.*)

«La prueba mas completa de la falsedad de esa aseveracion está en el mismo papel.»

«*En cuanto llegó aquí el señor Iturraspe, etc.*

«Ademas, no parecen llenadas otras condiciones, no hay «deposicion de testigos, ni la ratificacion del que suscribe, «ni se sabe cómo se ha obtenido esa carta. Esto, por lo «que hace á la única carta firmada (la suya), y se ve «que, sin haberse dado el trabajo de tomar datos, ni declaraciones y menos esclarecimientos, el Juez manda esos «papeles, con el nombre ridiculo de sumario!»

Enseguida toma la palabra el señor Torrent, y debe creerse que su propósito es refutar algun concepto, pues esa es la regla y objeto del debate.

Nótase, sin embargo, que no hay debate.

La Comision opina como el reo: el reo como la Comision inspirada por Granel, presunto reo tambien, y el señor Torrent, parte del triunvirato en las interpelaciones y cuestiones de Mendoza, va á tomar la palabra para apoyar al reo y á la Comision.

Pero esta vez lo hará de una manera tan nueva, y arribando á tan concluyentes definiciones de derecho, que ellos ahorran al jurisconsulto que sigue, Quintana, la molestia de citar ó examinar autores, ó prácticas de procedimientos.

Por supuesto, que ya están apartados, como extraños al debate, la carta, el Senador Oroño, el Juez y el Fiscal. El Reo reconocido y aceptado es el Presidente, pero como hará para llegar al Presidente, el señor Senador por Corrientes? El ingenioso medio adoptado es un trozo del género *dubitativo*, de que el señor Cosson puede aprovechar, para presentar á los alumnos un mo-

delo clásico, que no existe en literatura alguna. Véase, sino, lo que sigue:

Sr. *Torrent*.—«Como en el Mensaje del Ejecutivo (?) que—*puede decirse*—ha dado origen á este incidente (es el pedido del Juez) se hace alusion al Senador por Santa Fe—y *al parecer*—tambien á otro miembro de esta Cámara, á quien se designaba—*casi*—directamente; como *creyeran*, que esas referencias se dirgian—*acaso*—á mí, como yo—*no hice caudal*—de esto y me creía suficientemente autorizado para cubrir con mi desden (al Presidente!) esa insinuacion, *si es que ella me había sido dirigida*—como en los debates posteriores—*nunca hice mérito*,—de haberme apercebido de que el señor Presidente de la República quería referirse en esto á mi individuo; sin embargo, puesto que en la opinion *de algunos* me encontraba asociado, en esas alusiones al Senador Oroño, creo conveniente usar de la palabra:

«Para felicitar al senador por Santa Fe, y al Senado tambien, por la completa vindicacion que él ha obtenido, de las acusaciones DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. (No está todavía conocida por el voto la opinion del Senado). Señor Presidente, yo creo que la peticion del P. E. está debidamente sintetizada, en el auto y en la nota del Juez de Seccion Dr. Ugarriza. El Gobierno Nacional y el Fiscal de Seccion solicitaban del Juez de Seccion el allanamiento del señor D. Nicasio Oroño. El señor Juez de Seccion, Dr. Ugarriza, de cuya ilustracion tengo formada una buena idea, se dirige á esta Cámara pidiendo con clara intencion, nó un DESAFORO sino un DESAFUERO. Y efectivamente, señor Presidente, sería un gran desafuero deferir á semejante peticion. (*Aplausos*)... (Esa es la buena idea que tiene del Juez).

Hemos copiado tambien integro este trozo, por su pueril exactitud en describir la marcha del expediente que todos saben, ó mas bien que á fuerza de ser esquisitamente pedestre y vulgar uno cree no saberlo, como cuando anda uno en la calle, que casi no se apercibe que hay luz, aire, puertas, casas, bocas calles y gente que va y viene etc. etc.

Pero aparece aquí, sin embargo, una joya que, como el diamante Regente, va á alumbrar todo el procedi-

miento, y pasando del caletre, del Senador Torrent, al cerebro del jurisconsulto Quintana, decidir un punto difícil de tramitación, en cuanto á si una carta firmada y cuya firma reconoce el reo así que la ve, es suficiente semiplena prueba del delito, de que hay indicios en ella pues lo demás se evidenciará ó no del juicio.

Torrent halla que la solución del caso está en este equívoco:

NO ES DESAFORO, SINO DESAFUERO.

lo que parece decir, por el comentario que sigue, que el tal desaforo es desafuero, ó que el Juez comete desafuero de lo que resulta que el criminal es el Juez y no Oroño.

Cuando Castor aparece en el horizonte, ya se sabe que Polux está cerca.

El Sr. Quintana—(Jurisconsulto célebre):

Expone el caso, y culpa al señor Presidente, de morosidad en entablar demanda, cosa que hasta entonces no se había alegado en juicio contra el derecho de nadie. Mas adelante, el orador explica benévolamente la causa de la demora.

«Retado, dijo Quintana, por el señor Senador Oroño, en una de las sesiones del Senado, para presentar esas pruebas (la carta) y encerrado dentro del *dilema de fierro*, de que faltaba á sus deberes ó CALUMNIABA á un Senador, recién entonces, señor, el Presidente, en un auto igualmente modificable (?), en que desnaturalizando la verdadera significación de uno de esos documentos (vide ut supra, auto del doctor Tejedor), lo ponía en manos de la justicia, no para que ella cumpliera con su deber, sino para ejecución de las órdenes que abusivamente le dictaban (Velez, Tejedor, Pico, Domínguez, Avellaneda, Varela, Frías, Zabala y Ugarriza!)

Parecería, acaso, de esta acusación, que puede decirse, que el susodicho Presidente, por razones de prudencia atribuidas quizá, por *algunos*, á criminal miedo, no presentó antes el auto, que *algunos* le aconsejaron, á riesgo de quedar calumniador, así declarado en pleno Senado; y que no habiendo presentado sino una miserable carta del Senador, Juez de Jueces esta vez, y azote de Presidentes, quedó éste declarado, confirmado, convicto, pero no convencido, de ser el calumniador mas infame, como

el Senador Quintana sabe y profesa en su *práctica*, que es la obligacion de cada cual decirselo!

Pero volvamos al asunto.

Es conocida la reputacion del Dr. Quintana, como abogado; y es de suponer la ansiedad con que el Senado esperaba su dictamen de asesor en materia de tramitacion, á saber: si una carta es semiplena prueba del delito de que ella misma habla.

Pero, tratándose por incidencia, del Senador Oroño, pues que el fondo de la cuestion y el acusado es el Presidente, como en la interpelacion á Mendoza, en que Oroño, Quintana y Torrent, firman, en compañía de explotacion de ciertos negocios, siempre contra el Presidente, apela á las luces de su contrario, adopta sus conclusiones jurídicas, y levanta en alto, revestido ahora del prestigio de la ciencia del doctor, jurisconsulto y orador Quintana, el célebre axioma que Papirau, Cujas, Troplong, Dupin y Velez le habrían disputado, declarando: « que ese documento (la carta) no autoriza la peticion de *desaforo*, la cual, como lo ha dicho muy bien el señor Senador Torrent, importa en este caso un verdadero *desafuero*. »

Pero el doctor y Senador Quintana, no se contenta con una simple declaracion de principios, sino que, como Juez Supremo que seria algun día, cuida de castigar á todos los verdaderos culpables, no obstante que los Congresos modernos han renunciado á la facultad de *attainder*, del alto Parlamento ingles.

Vistos, y considerando, etc., en cuanto al reo principal:

« La actitud enérgica del señor Senador Oroño, para condenar los *abusos* del señor Presidente de la República, hiriendo su *grande amor propio* y su *excesiva intolerancia*, el voto de esta Cámara ha de decir al señor *Presidente de la República* (reo principal): el Senado no funciona para prestarse—

« A VENGANZAS POLÍTICAS Ó PERSONALES », sino para defender los intereses del pueblo!

a . . p . . l . a . u . s . o . s ! ! »

(Ve á decir á tu amo, que aquí estamos reunidos (en la cancha de pelotas) por la voluntad del pueblo, y que no nos separaremos sino por la fuerza de las bayonetas »,

alcance de Quintana estilo Mirabeau), y, en cuanto al cómplice y reo secundario:

«La Justicia Nacional!! (no, por Dios! corregiremos una mala redaccion, un error de los taquígrafos, un *lapsus linguae*, á cualquier bipedo parlante le ocurre), el Juez Ugarriza, y no la Justicia Nacional, que es un poder, independiente de Senadores deslenguados: el Juez Ugarriza,—«*No ha sabido defender su Independencia*,—y contestar al Presidente de la República, (argucia del reo admisible cuando mas en su defensa una vez sometido á juicio) que ese documento no autoriza la peticion de desaforo: que la Justicia Nacional (ut supra) no ha estado á la altura de su mision de defender la Libertad (de no ser juzgado)...

...DE UN CIUDADANO INJUSTAMENTE ACUSADO....

(Entre paréntesis, sentencia de la causa, antes de abrirse y formarse el proceso, y denegacion de justicia al que-rellante).

Un observador curioso, había consignado por escrito esta asercion aventurada: «Jamás ha abierto los lábios el doctor Quintana, en el Congreso, sino para violar algun principio de derecho de gentes, alguna ley, algun artículo de la Constitucion, ó la verdad de los hechos! Cómo se equivocaba el crítico! Quintana estuvo á punto de ser Presidente!

Sigue la sesion.

Se leyó el informe de la Comision.

«*No ha lugar y devuélvase!*»—porque hasta en los mas mínimos debates hay enseñanza é instruccion.

Señor Presidente—Se votará.

Señor Quintana—Falta un señor Senador; sería bueno llamarlo; quizá no sepa que se va á votar! (Qué solicitud!)

Señor Presidente—Se le ha mandado llamar; voy á esperarlo.

Señor Araoz—(Médico sin clientela) Debe esperársele—á él, como á cualquiera otro.

Señor Presidente—Avisan que el señor Ibarguren se ha retirado: se va á votar.

Votado el dictamen de la Comision, *resultó aprobado por unanimidad*, con excepcion del Senador Ibarguren, que

como Lot, *sin duda*, y temiendo *acaso*, el fuego del cielo, abandonó la ciudad, sin mirar para atras.

Señor Quintana—(Procurador Fiscal) Deseo, señor Presidente, que se proclame la votacion.

Señor Presidente—Creo que es por unanimidad.

Señor Quintana—(Procurador de la Nacion) Yo creo lo mismo.

Señor Presidente—Se rectificará. (¿Se ratificara?) «Rectificada la votacion, da el mismo resultado» (y ademas el de ratificarla.)

Señor Quintana—Esta unanimidad, hace mas ELOCUENTE la resolucion de la Cámara.

Señor Araoz—Solicito, señor Presidente, que en la nota que se pase,

A QUIEN QUIERA QUE FUESE!

.....

(Risas en la barra!).....

 á quien corresponda, se consigne la condicion de que el Senado, unánimemente, aceptó el dictamen;

«NO HA LUGAR Y DEVUÉLVASE»

Bravos y aplausos

Advertencia. Durante toda la sesion, hay consignadas *catorce* interrupciones por aplausos, con especificacion de: numerosos aplausos, bravos prolongados y aplausos. Cuando Oroño confiesa que conspira en Santa Fe, entre los aplausos se escapan algunos silbidos.

Un solo ciudadano argentino, tuvo la idea de tomar nota de este grande acto de justicia, ciencia y deliberacion de nuestros Padres Conscriptos, y guardarla como una muda, triste y desesperada apelacion á otro Senado, y en su defecto á la posteridad, poniendo por carátula del legajo:

LITTERA MANET

.....
Señor Quintana—Podemos pasar á cuarto intermedio. Así se hizo.

Hasta aquí las actas!

III

El acto fué consumado. Justicia, leyes, constitucion, respetos humanos, todo desapareció en aquella orgia de la embriaguez, del orgullo, y del cinismo.

Y sin embargo. En este pueblo donde se hace gala del desacato á la autoridad del gobierno; donde la prensa no conoce otro limite que la voluntad, el interes ó la pasion del que escribe,—al día siguiente de consumado, de lo profundo de la conciencia humana salió, no ya un grito, sino un jemido en que la vergüenza, el dolor y la indignacion iban mezclados.

Todos los diarios, nacionales y extranjeros, excepto *La Libertad*, que era propiedad y cómplice de Oroño, expresaron su sentimiento, inclusa *La Nacion*, que era el órgano de la oposicion Mitre.

Habló el reo Presidente, á quien el Senado habia puesto en lugar del reclamado por el Juez Federal para poder interrogarlo; el Presidente, á quien va á designar Araoz como al reo á quien ha de leerse la sentencia, con aquella estigma de por *unanimidad*,—equivoco que excita la hilaridad del pueblo, ante aquel rey de farsa,—coronado de espinas, envuelto en un andrajo á guisa de púrpura y con una caña por baston presidencial.

Pero al fin pudo hablar este reo que llevan al potro, y puede decirle, al paso, al pueblo,—« fueron los jurisconsultos Velez, Tejedor, Pico, los jueces Ugarriza y Zaballa, los abogados Avellaneda y Frias, los ministros Dominguez y Varela, los que han errado en una simple cuestion de tramitacion. Yo no soy abogado! No profeso odio á Oroño. No tengo tiempo de odiarlo, y no sabria porqué, ni para qué.»

Y el Presidente fué oído. He aquí lo mas expresivo

de lo que cada órgano de la prensa dijo á este respecto; y si nos particularizamos con el *Daily News*, transcribiéndolo íntegro, es porque aquel artículo es la manifestación del juicio inglés, que todavía siente vivo en su alma el espíritu de raza del pueblo que contuvo á sus reyes sin destruir la monarquía, que tiene el sentimiento de la libertad, sin perder el hereditario respeto y amor al gobierno, que es suyo, y no la imposición ajena. Se necesitan muchos años de residencia entre nosotros para que un inglés se persuada de que su sola misión en la tierra es vender quincalla y comprar cueros.

Después de leer el manifiesto del señor Sarmiento, resalta más todavía la fealdad del procedimiento del Senado.

Tan monstruoso es ese proceder, que después de pasado el primer momento, no ha habido un solo diario que levante su voz para justificar al Senado.

La reacción ha sido rapidísima.

(*La Tribuna.*)

La opinión pública fallará y principia ya á pronunciarse.

Entre tanto, podemos afirmar que será un día oscuro y triste en la historia de nuestros Congresos, aquel día en que un Senador dijo—«*Trabajo* contra la situación de una Provincia»,—situación legal y constitucional, reconocida por los poderes públicos de la Nación y que tiene más de seis años de existencia.

(*La Union Argentina.*)

Lamentamos, sí, que el primer magistrado del país se vea obligado á venir á justificarse ante la opinión, de los reproches injustos que se le han dirigido, nada más que por haber cumplido un deber ordinario y casi de simple tramitación, que ha venido á revestir el carácter de un alto deber cívico.

Hay una carta interceptada á un rebelde, tomado con las armas en la mano, mientras atacaba á las autoridades nacionales. El autor de esa carta no solo no la niega, sino que la reconoce; confirma su contenido y se proclama audazmente como un agente activo, que busca por todos los medios, cambiar la situacion de una Provincia.

«El Procedimiento Judicial estaba debidamente autorizado y el Senado no ha podido cubrir con el manto de las inmunidades constitucionales, al que desde la silla curul se declaraba á sí mismo un conspirador cóncstante contra la actualidad política de una Provincia.

.....
 Ahora bien, si el Juez Nacional, con razón ó sin ella, solicita que se despoje á un Senador de los privilegios personales que la Constitucion le acuerda, ¿cuál es el rol del Gobierno? ¿Podría oponerse á la accion de los Tribunales?

.....
 La teoría del Senado es monstruosa. Ella viene á autorizar la perpetracion de un delito contra la Nacion, tanto mas grave cuanto mas altamente colocado se encuentra el que, no solo la conciencia pública, sino sus propias confesiones, designan como culpable del delito de sedicion.

.....
 La carta reconocida, revelaba la existencia de un delito severamente castigado por las leyes y era lícito al Senado detener la accion de la justicia?

(*La Nacion.*)

El estilo del documento que dirige el Presidente, es sencillo á la vez que digno: las formas de la polémica han sido olvidadas para dar lugar á la explicacion lógica de su conducta, precavida y prudente en esta ocasion, si efectivamente ha llamado en su apoyo hombres de consejo, que hicieran valer su opinion como una garantía de acierto en el asunto.

.....
 Nosotros, que no respondemos á las exigencias de una política sistemada, hacemos cumplida justicia al Presidente

en esta ocasion, sin que sea un impedimento para ello la censura que otras veces hemos hecho á sus actos.

(*El Constitucional.*)

Ayer dimos á conocer á nuestros lectores el acta de acusacion, que el pueblo entero, sin distincion de bandos políticos, á no ser una que otra rara excepcion, ha formulado ya contra el Senador Oroño.

Hoy nos toca presentar la prueba de los cargos hechos.

.....

A dónde vamos? se preguntan todos los buenos ciudadanos? *Tal vez al desquicio, al desorden, al crimen, á la guerra civil*, llevados al impulso de la política maquiavélica de unos cuantos malos hijos de la patria.

.....

Acusamos ayer al Senador Oroño, como perjuro, por haber faltado al sagrado juramento prestado sobre los Santos Evangelios al ingresar al Congreso; como rebelde, por encontrarse á la cabeza de los movimientos revolucionarios de Santa Fe, en comunicacion con los traidores á la patria, como reo de abuso de confianza desde el momento que no ha podido desempeñar fielmente su cargo de Senador, y desde que él mismo ha declarado que no se desprenderá de sus intentos revolucionarios; y por último, como enemigo de la patria, desde el momento que ha venido burlándose de las prescripciones constitucionales, que él mas que ningun otro estaba obligado á obedecer y acatar.

Veamos la prueba.

.....

Con placer dejamos de escribir sobre esta materia, porque da vergüenza que en países que tienen el derecho de titularse liberales y progresistas, se cometan semejantes escándalos, en nombre de una Constitucion que ha sido pisoteada.

¡Adelante padres de la patria de Belgrano y de Moreno. Amparad con los fueros al criminal rebelde; premiadlo

con vuestras alabanzas; pero no olvidéis que legáis á las generaciones venideras, no solo un precedente funesto, sino el oprobio de vuestra conducta.

(*La Prensa*).

TRADUCIDO DEL INGLES

«Nada impresiona mas á un ingles, al visitar las Repúblicas americanas, que la completa indiferencia con que las revoluciones y las tentativas de revolucion son miradas por mucha parte del pueblo. Alzarse en armas contra la ley, y tratar de establecer gobiernos independientes en partes del mismo dominio, ó derribar la autoridad establecida y sustituirles otras en su lugar, por una infraccion violenta é insólita de las leyes que rigen las sociedades y las naciones, parece un estado normal de cosas.

Para que sirven las constituciones, si han de ponerse á merced de cualquier corporacion de individuos, que se creen á si mismos mas capaces de tener las riendas del poder que los que han sido legalmente nombrados para administrarlas? Este no es el gobierno republicano, segun lo vemos expuesto en los libros de los publicistas, y puesto en práctica en Suiza y en Norte América.

Este, en efecto, no es gobierno de ninguna clase, sino una desintegracion de la sociedad, en sus antiguos elementos bárbaros, que usurpan el puesto del derecho.

La Inglaterra es una vieja monarquía, y por eso es deshechada como ejemplo para medir los paises que se jactan de poseer la libertad democrática. Sin embargo, como asunto de curiosidad, nos será permitido comparar cual habria sido la conducta del Parlamento ingles, sobre un caso semejante al del señor Oroño, que ocupó la atencion del Senado argentino, el mártes.

Habiendo el Ejecutivo Nacional descubierto que este Senador estaba en correspondencia con el caudillo rebelde de Entre Ríos, envió los documentos que lo acusaban, al Senado de que es miembro, pidiéndole que le suspendiera sus privilegios de libertad contra arresto, sin duda con la

intencion de que fuéase juzgado por el delito de alta traicion.

El acusado se presenta ante sus colegas Senadores, y cual es su defensa?

Ni mas ni menos que una desvergonzada confesion de su pasada correspondencia con Jordan, á quien le habia recomendado «no invadir á Entre Rios», como de su correspondencia actual continuada con el mismo bandolero. Se enorgullece de su conexion íntima con la rebelion, y tiene el descaro de llamarse un verdadero «patriota».

Pues bien, como obran sus colegas Senadores? Lo absuelven *unánimemente*, y se niegan á acceder á la súplica del Ejecutivo.

Supongamos que hubiera una rebelion en Irlanda, y que un miembro de una de las Cámaras fuese acusado por la Corona de complicidad con la rebelion. Apuremos la imaginacion, y supongamos que este hombre, sea Comun ó Par, se atreviera á mantener su puesto en el Parlamento, y reconocer y gloriarse de estar en correspondencia con el caudillo rebelde. ¿Qué haria el Presidente de la Cámara de los Comunes ó de los Lores?

No se levantaria de su asiento, y sin que mediase una palabra, ordenaria al sargento de armas prender al traidor confesado por sí mismo, ya fuese comun ó duque, para enjuiciarlo segun las leyes del país!

Volvamos á nuestros hermanos de la República del Norte, y preguntémosles como habria obrado su Senado con uno de sus miembros, que durante la guerra confederada hubiera osado confesar y envanecerse de haber estado en correspondencia constante con Jefferson Davis.

Pero aun no es todo. Ese mismo señor Oroño se atrevió en pleno Senado á estigmatizar al Jefe de la República con el sucio nombre de «calumniador», consistiendo la calumnia en un cargo, que el acusado confiesa que es cierto.

Sintió el Senado este ultraje á la decencia, esta sucia aspersion al Jefe del Estado? Nó; la miró con complacencia, y su Presidente no pronunció una palabra de repension.

Nosotros preguntaríamos:—¿Quién es el señor Sarmiento? En primer lugar, es un caballero particular, que en una

de justicia, no pesaría sobre la cabeza del abogado Quintana la sangre de las ciento cincuenta vidas sacrificadas.

Si la justicia nacional no se hubiera metido á defender la libertad y la dignidad de nadie, sino despues de probada la inocencia del acusado, contra la inaudita pretension del doctor Quintana, de que ha de ser antes de iniciarse la causa, el Senado habría funcionado, para hacer que las leyes se cumpliesen, y á su vez hubiese funcionado la justicia nacional; como está probado, mas allá de la evidencia que ninguna venganza personal ni política inspiró á los jurisconsultos, letrados y jueces Velez, Pico, Tejedor, Ugarriza, etc., etc., el pedido de allanamiento, resulta que el doctor Quintana perturbó con falsos asertos la conciencia de la Cámara, ajó la magestad de la justicia nacional, faltó á los respetos debidos al Presidente de la República, y abandonándose á las «inspiraciones de su *grande amor propio*, su excesiva intolerancia», su venganza personal y política, han hecho sacrificar ciento cincuenta víctimas, inocentes del odio impotente á este caballero, contra quien no tiene ni el desden de Torrent, tantas veces mostrado y usado que ya parece trapo descolorido.

Al poner de relieve estas torpezas, no tomamos siquiera una revancha, legítima, contra tal cúmulo de injurias, imputaciones odiosas, y calumnias de los que hemos llamado triunviros, porque siempre obraron de consuno, como consta de las actas y de los debates, sino que obramos así, al ver que sigue y sigue el derramamiento de sangre en Santa Fe, fomentado por la especie de patente con que el Senado, bajo la instigacion de aquellos tres conjurados en su daño, revistió á los empresarios que están deseando, *hace diez años*, obrar un cambio en esa provincia.

Los Congresos no son responsables, ante ninguna otra autoridad, de sus errores; pero un Congreso posterior puede corregirlos, derogando la ley impropia; y si fuere un atentado ó un crimen el que obtuvo su sancion, se le castiga moralmente, mandando tarjar las páginas, en que consta la sesion en el libro de actas, á fin de que no pese sobre la dignidad de la asamblea la fealdad del atentado.

Ahora, nuestras Cámaras han podido cometer muchas

faltas, sancionando muchas leyes injustas; pero ninguna reviste los caracteres de un atentado, como aquella denegacion de justicia y amparo ofrecido á un indiciado de crimen de que era acusado, aunque atenuándolo ó circunscribiéndolo, en condiciones favorables á su defensa.

El atentado consistió en juzgar al Presidente de la República en lugar del reo. En admitir la defensa del cargo en lugar y ante quien no correspondía; en inventar juego de palabras como desafuero ó desaforo, como razon jurídica de lo obrado. En reprobar y condenar la accion de la justicia nacional, cosa que el Congreso no tiene derecho ni facultad de hacer, en tanto que la justicia nacional puede declarar inconstitucionales leyes dadas por el Congreso, y aplicar lo contrario de lo que ellas ordenan. El haber hecho mofa de la autoridad del Presidente, en equívocos y reticencias, como los usados por Araoz, y en la constatacion de la *unanimidad*, requerida por Quintana, como un nuevo ultraje al Presidente, inocente sin duda de tanta ignorancia, de tanta zaña, y de una vanidad tan pueril como la demostrada por todos los que dirigieron aquel indigno complot, que al fin vino á redundar en oprobio del Senado, impugnado por unanimidad de la opinion, así que reconoció la verdad y en vergüenza eterna de sus autores, que, segun consta de las sesiones, fueron Granel, Torrent, Quintana y Araoz, pues no es justo inculpar á Oroño, desde que al reo le es permitido defenderse como pueda.

Los siguientes extractos los hemos transcrito de apuntes detallados tomados en Santa Fe, donde se están colectando, por orden del gobierno, todos los datos sobre muertos y heridos, familias dejadas en la horfandad, daños á particulares producidos, y costo de las fuerzas que mantiene en pie la provincia, pues no hay hora segura contra invasiones, asaltos, conspiraciones de los presos de las cárceles, ataques nocturnos, todo ello siempre por el mismo grupo de individuos, bajo la misma inspiracion.

No es un cargo que hacemos, pero si el recuerdo de un hecho familiar, y son las continuas invasiones desde Buenos Aires, ya de gentes que salen de la capital misma, ó de verdaderas divisiones que se reunen en San Nicolás, Arrecifes y Pergamino, y que, una vez derrotadas, vuel-

ven á asilarse, sin guardarse de nadie, y sin que nadie les incomode.

Es posible que este estado de cosas cese, en fuerza del cansancio, sino del escarmiento; pero transcurridos ya diez años de continua zozobra, es de temer que transcurran otros tantos en la misma lidia de acechanzas, haciendo perder á aquella provincia muchos dineros y mucho tiempo malgastado, prolongando de paso medidas de seguridad, justificadas por el peligro constante, y que necesariamente son causa de nuevas quejas y cargos. Como se verá en los extractos siguientes, indicamos con una palabra los perdones del gobierno, las amnistias de las Legislaturas correspondidas por un nuevo conato. Observarás que estos, no obstante ser efectuados en lugares y horas inopinadas, nunca tienen éxito, porque nadie se les adhiere, y que por el contrario, cada día el escarmiento es mas cruel, á causa de la creciente irritacion de los espíritus. Por ventura, están obligados; la Guardia Nacional, la Policía ó los vecinos de Santa Fe á salir á mano de los Brocheros, de los Iturraspes y de los Leivas?

INVASION Á SANTA FE—DIEZ MUERTOS

Julio 1872—Brochero é Iturraspe atacan el Cuartel de Infantería—10 muertos.

CONJURACION

Octubre 1873—Agentes de Oroño atacan las oficinas del Jefe Político en Santa Fe, viniendo del campo, é ignorando que estaba ya todo descubierto—dispersos y varios muertos.

INVASION DEL NORTE

Octubre 1874.—Iturraspe, Gaitan, Gallo, invaden del Norte.—Hay un encuentro en que muere el cabecilla Gallo con 4 mas, fuera de heridos.

DE BUENOS AIRES, POR MAR Y TIERRA—CUATRO MUERTOS

1877—Marzo 17—Los Cullen, (cuñados de Oroño), Bailan, Villalba, los Iturraspe, auxiliados de Buenos Aires, por

tropas recolectadas por Oroño.—Combate del 20 de Marzo. Herido Iturraspe, muertos 4.

MUERE CULLEN Y VEINTE Y DOS MAS

1877—*Marzo 21*—Otro encuentro; muerto Cullen, un mayor Lopez y como veinte individuos mas—*Indulto*.

INDULTO

10 de *Abril*—Veinte dias despues del indulto, sofócase una conjuracion en Santa Fe, una hora antes de estallar. En la casa inmediata á la del Gobernador Bayo se sorprende á varios hombres y armamentos reunidos. El proceso seguido dió por complicado á don Camilo Aldao (cuñado de Oroño.)

MOTIN—VEINTE Y TRES MUERTOS

1877—9 de *Mayo*—Motin en el cuartel de infanteria del Rosario, en combinacion con los presos, que lograron armar. La Guardia Nacional corrió á las armas, fueron rodeados y vencidos, despues de dos dias de combate, 14 muertos, y nueve de la policia, en la noche anterior, en las azoteas.

INVASION DE BUENOS AIRES—TRES MUERTOS

1877—*Julio 14*—Invasion de Buenos Aires, por Oroño y Onrubia—Toma del vapor Proveedor—Desembarco en las Piedras—Combate en el Arroyo del Medio, 3 muertos, entre ellos un joven Rodríguez de Buenos Aires—La Legislatura concede amnistia.

1878—*Abril 7*—Recepcion de Iriondo.

ASALTO—CINCUENTA Y DOS MUERTOS

Abril 15—Asalto nocturno sobre los cuarteles y casa del Gobernador—Leiva, Iturraspe — Brochero—2 muertos en combate, y otros tantos heridos en los hospitales.

Fuga—Iturraspe huyendo, hace matar capataces de estancias y peones, SEIS MUERTOS.

Combates de las *Higueritas*, frontera: entre muertos y heridos, 40—Murieron un Candiotti y un Leiva, herido un Iturraspe—Cerca del Rosario, batidos 60 ó 70, idos de Buenos Aires. Tomaron á San Lorenzo, vencidos despues con muertos y heridos y prisioneros de procedencia de San Nicolás.

SUMA TOTAL AVERIGUADA: CIENTO CINCUENTA MUERTOS
POR EL ODIIO DE SARMIENTO

Pacificada toda la Provincia, se descubre en una quinta á las inmediaciones del Rosario, un punto de reunion y un gran depósito de armas, para nuevas tentativas. Oroño en San Nicolás—Reuniones de gente en Arrecifes y Pergamino.

LITTERA MANET (1)

El Gobierno Representativo es necesariamente un gobierno por escrito, mediante la taquigrafía que fija la palabra, la prensa que la divulga, el telégrafo y el vapor que la llevan rápidamente á los extremos de un país, por dilatada que sea su área geográfica.

Los ciudadanos de una República, grande como el Celeste Imperio, Representados en Congreso, no importa que sean millones, no importa la ciudad, villa ó campaña en que vivan, asisten de hecho á los Debates de sus Representantes, oyen sus observaciones, juzgan de su capacidad, honradez y principios, porque esas tres cualidades constituyen el Representante de un pueblo civilizado.

El pueblo, en su acepcion moral, es la suma inteligencia, la suma justicia, la suma ciencia política de una parte de la humanidad, en un siglo dado.

El sistema representativo sin publicidad pronta, general, en todo el país, puede degenerar en una conspiracion de habladores paniaguados con cómplices por auditorio.

(1) Esta página sirve de introduccion al folleto que con el mismo título fué publicado por el Presidente. El Manifiesto del Presidente sobre este asunto lo hemos reservado para el volumen que contendrá los PAPELES DEL PRESIDENTE.

(Nota del Editor.)

Un incidente había perpetuado en nuestro sistema representativo hasta 1869, las sesiones del Congreso, como un hecho local.

La República sabía por el *cúmplase* del Presidente, que una ley se había dado, sin duda por que habrían mediado para ello muy buenas razones, sobre las cuales el pueblo soberano era remitido á la publicacion que de ellas se hiciese cuatro años despues, en el *Diario de Sesiones*. Provenía este desorden, no de mala intencion de los Representantes, sino de una de las deficiencias de la vida de pueblos nacientes.

Hemos visto un interrogatorio principiando en una ciudad poco despues de fundada, en los tiempos de la conquista, en que el escribano pone al pie este proveido: y «habiéndose acabado el papel que hay en la poblacion, se dió por terminada la investigacion, y pase á Mendoza el solicitante á continuarla con los declarantes que allí hubiere.»

Podían nuestras Cámaras decir de sus sesiones algo parecido: «y no habiendo sino el taquígrafo Camaña para dos Cámaras, aguarde el pueblo tres años para saber lo que motivó las leyes del presente.»

Añadiase á este andar de la carreta delante de los bueyes la facultad que tenían los oradores de corregir sus discursos, para completar la confusa redaccion taquigráfica con lo que mas tarde hallaban dicho de mas, ó mal dicho y peor pensado, usando de esa prerogativa el Senador Marmol una vez hasta reducir ciento tres páginas de traduccion del taquígrafo, ó cinco del orador refutado, y convencido ya de sus errores.

Así sucedía que el que asistió á una sesion oral, tenia el gusto de leer despues otro discurso del que había oído, ó bien al leer la refutacion hecha al preopinante, echar de menos en el discurso de éste, las ideas refutadas, pues el astuto había tenido buen cuidado de suprimirlas por inconducentes cuando le llevaron á corregir su discurso.

Todas estas incongruencias que harán reir á la generacion próxima por ridículas, fueron desde luego destruidas por la presente administracion, creando un cuerpo de taquígrafos bastante numeroso para proveer á las necesidades de las sesiones; y desde este año la prensa da el *Diario de la sesion* de dos días antes. Cuando alcance á darlas al

día siguiente, la barra desaparecerá sin necesidad de hacerla despejar, pues es preciso ser haragan de oficio para ir á engrosarla, y molestarse cuatro horas, en lugar de leer cómodamente las sesiones en su casa, bien redactadas y puestas en orden. Tenemos barra porque no teníamos taquígrafos, que son los que pregonan ante la Nación entera las razones de la ley ó los debates que la precedieron.

Tan reciente es la introduccion de este elemento complementario del sistema representativo, que los oradores mismos no se han apercebido de ello; y continúan hablando, como si no tuvieran otro auditorio que el centenar de *habitués* que concurren á la barra, sin cuidarse de la frase, con tal que sea contundente, como la requieren los espectadores de un teatro para aplaudir ó silbar sucesiva ó conjuntamente.

Debe atribuirse á esta restringida atmósfera de antaño el tono de invectiva que ha tomado nuestra oratoria parlamentaria, el cinismo de las aserciones, y la falta de moral y de principios que ostentan no pocas veces oradores que son menos ignorantes de lo que parecen serlo, ó menos audaces de lo que allí se muestran.

No se explica de otro modo, cómo podría haber un Senado, por ejemplo, que se empeñara en que, en materias que pretende graves, es preferible el dicho *in voce* y *á la minute*, de un Ministro, al Informe escrito del Jefe del Gobierno, acompañado de documentos, lo que le impone la responsabilidad de sus ideas ante el país, y, si pasa plaza de entendido, ante el mundo. Pero la barra se aburre de oír leer papeles en tono grave, mientras que los habitantes del Estado que van á leer en sus casas y á sus horas el *Diario de la Sesión* anterior, se dan por mal servidos, cuando en lugar de razonamiento encuentran dictérios; y como á estos daba al preferirlos expresion y acento el gesto y el ademan iracundo del orador, halla insípida esta vocingleria, y duda de si en efecto aquellos (*aplausos*) que siguen á lo mas vituperable del discurso, no han sido puestos por el Editor del Diario, á fin de mantener viva la atencion del lector desapasionado y codicioso de instruccion.

Creemos que el hacer notar la diferencia de teatro y de espectadores, hará que sean en adelante mas indecisos los

que tomen la palabra, y que aventuren menos conceptos desautorizados, aunque de buen efecto para un momento de sorpresa.

Las sesiones consagradas á las 16 preguntas del conocido interrogatorio, dan de esta negligencia y de aquella adaptacion del discurso á la audiencia de la barra, un triste ejemplo. Mucho ruido y pocas nueces, hubiera de ser el título con que debieran publicarse. Qué precipitacion para formularlas! Qué desorden de ideas! Qué aserciones tan enfáticas! Qué arrogancia y desatencion para traer al culpable al banco de los acusados! Qué tiempo y paciencia para leerlas! Y sin embargo, cuando aparecen los Mensajes escritos, llevando mas allá todavía de lo que se imputaba á crimen en el Ejecutivo, la defensa y sosten de sus prerrogativas, silencio profundo de los agresores de ayer, á punto de hacer creer al lector lejano que el triunvirato se lo ha tragado la tierra, si no fuera que el hábito adquirido del denuesto, hace oír todavía un *decrecendo* de voces como los coros de la ópera que se alejan cantando de la eñcena, hasta fingir que se pierden las voces á la distancia.

Publicamos á continuacion la famosa sesion en que por unanimidad el Senado absolvió á uno de sus miembros, del crimen que nadie le imputaba, y él confesó, de estar en correspondencia con el rebelde asesino Jordan. El hecho es uno de los mas memorables ejemplos del pernicioso efecto que produce sobre los ánimos, el complot de los oradores, la estrechez del local, y la presencia de una barra.

Una jóven embriagada por las fascinaciones de un momento, seducida y deshonorada, no vuelve mas pronto de lo que ha vuelto la opinion pública sobre la catástrofe de aquella sesion. El cuerpo mas espectable del Estado, fué sorprendido, fascinado y precipitado á un error deplorable, declarando lícita la rebelion, adorable el cinismo, muerta la moral, impotentes las leyes y suprimida la traicion del catálogo de los crímenes.

Precede á la sesion, lo que sin formar parte de ella, destruye todo su brillo falaz, como el de los ojos del febriciente en delirio, esto es la sencilla relacion del tan vilipendiado Presidente, que solo toma parte en el debate

para mostrar que él ha sido el que menos prisa se ha dado en entregar un culpable á la justicia.

Siguele el indignado dolor del hijo de la vieja Inglaterra, al ver que el sistema representativo con que ella dotó al mundo moderno, se ha prostituido en una asociacion que se pretende República, hasta hacer de él un instrumento de indignas especulaciones, para trastornar el Gobierno y fomentar las rebeliones, en que se desangran inútilmente las repúblicas sud-americanas.

Siguele en fin la expresion del sentimiento público, en los escritos de diarios que nunca fueron indulgentes, pero que sienten que el sistema está herido de muerte y el honor del país mancillado.

EL PRESIDENTE REO

Acusado por un Senador, Fiscal oficioso ante su Juez constitucional, el mismo Senador.

(INÉDITO)

El lector ha recorrido ya la acusacion contra el gobierno del Presidente Sarmiento, que el Senador Dr. D. Manuel Quintana ha interpolado en una discusion sobre la conveniencia de crear en el terreno llamado Palermo de San Benito, un Parque ó jardines públicos. En derecho parlamentario, intercalar asunto tan extraño al debate, es lo mismo que hace el vendedor tramposo de lana que echa piedras en la lana, para que pesen en lugar de la lana que escamotea.

No es de la defensa del Presidente de lo que vamos á ocuparnos; pues cuando la injuria es gratuita y la violencia no motivada, la ley no exige al agraviado explicacion ni disculpa. ¿Qué prueba, por ejemplo, exigirle al agredido de que no es ladron, cuando un malvado le llama tal, sin que á él le haya hurtado nada, ni siquiera tenido un sí, ni un nó con él?

El Senador Quintana se ha sustituido á la Cámara de Diputados, despues de obtenido mayoría de dos tercios de votos, para convertirse en el Fiscal acusador de oficio

del primer magistrado de la República, toda vez que un proyecto se presenta en su nombre. Urde lo que él llama interpelaciones y el hecho muestra que son complots de paniaguados con propósitos electorales, y prepara interrogatorios cabeza de procesos, como si fuera el Juez sumariante, con la particularidad de exigir la confesion del reo, para que sirva de semi plena prueba de delitos de que nadie lo había acusado antes.

En un debate parlamentario sobre un Parque, introduce su acusacion sempiterna, y cuando el lector desapercibido va á buscar en el diario de sesiones el pro y el contra de una cuestion de higiene, de agricultura y ornato, se encuentra con que hay, entre informes de médicos, agrónomos é ingenieros, un informe en derecho del Senador Quintana, que establece el número exacto de las veces que el Presidente en seis años ha violado la Constitucion.

Es requisito esencial de toda acusacion, oír al reo en su defensa; pero el Senador Quintana, abogado distinguido, olvida las garantías que rodean á cualquier miserable y mete su acusación entre plantas y flores, en via de disgresion, y cierra la puerta á su víctima para toda defensa, pues no tiene ni ocasion, ni ante quien decir lo que hemos de decir ahora para que conste, como consta de documentos públicos el inconsiderado y permanente ataque.

¿De qué acusa al Presidente? ¿De violar la Constitucion?

Vamos á demostrar que al hacerlo, el Senador Quintana viola la Constitucion, atropella los respetos humanos y destruye las bases de todo gobierno y de toda legislacion.

La ausacion sistemática contra el Presidente es la prueba misma de lo que sostenemos. Un Senador no puede formular acusaciones de funcionarios públicos. Es punto decidido que el Senado no representa, como la Cámara de Diputados, al pueblo ni á la opinion pública. El Senado es un mecanismo legislativo cuyo objeto es considerar con mas experiencia y calma la materia de la legislacion. Administra junto con el Ejecutivo en ciertos casos. Juzga con un juez supremo á su cabeza, los delitos acusados por la otra Cámara de ciertos funcionarios.

El Jefe del Estado puede ser acusado. Si es dinástico, se le declara *inviolable*, es decir *no acusable*, á fin de no comprometer la estabilidad secular que se pretende dar al Ejecutivo. Si es electivo, por tiempo señalado, no se concede al pueblo, ni á un Diputado el derecho de acusarlo, ni á una simple mayoría. Dos tercios de votos han de concurrir, para establecer siquiera que hay lugar á acusacion. Deducida ésta ante el Senado, presidido por un juez de derecho, es oída la defensa y fallado el caso en cuanto á cesar en su oficio y cuando mas á ser declarado inhabilitado políticamente.

Estas precauciones esquisitas y estas salvaguardias tan poderosas, se han inventado para estorbar que los partidos y los ambiciosos pretendan, con cualquier motivo, anticipar el término de la renovacion de los poderes, en provecho propio, ó debilitar con imputaciones diarias, tergiversaciones y calumnias la autoridad del Presidente, degradarlo ante la opinion y preparar el camino á las revueltas y al desobedecimiento á las autoridades, á título de abusivas, inconstitucionales.

Un Senador que se constituye en fiscal, acusador y denunciador de los actos del Presidente, viola las convenciones puramente humanas, que hace del Senador la clase de funcionario público que es. Si sus atribuciones fuesen las mismas que las de los miembros de la otra Cámara, sería ociosa la biparticion del cuerpo legislativo.

Si pretende usar del derecho del ciudadano; á mas de que el ciudadano no tiene derecho de acusar, ese ciudadano para serlo, debe renunciar el puesto de Senador que su conciencia ó su patriotismo, ó su ambicion, no le permite desempeñar, en el sentido y para los fines con que la Constitucion ha creado este cuerpo de hombres moderados, por su mayor edad, su mayor caudal, su experiencia en los negocios y su doble duracion en el cargo, á fin de que, en cuanto es posible anticiparlo en combinaciones humanas, no se deje afectar fácilmente de los intereses, pasiones ó errores dominantes.

Esta es la mente al menos, de la institucion del Senado. El Senador Quintana, como se ve, está mal sentado ahí. Debe pasar á la extrema izquierda de la Cámara de Diputados. Le falta la indulgencia, la tolerancia, la circuns-

peccion de juez designado, como es, por virtud de su oficio. Atacando, denunciando diariamente abusos, arbitrariedades, es Fiscal y no Juez probó; y si puede ser lo uno y lo otro sin remordimiento de conciencia, será verdugo también en nombre de la libertad ó de la Constitución, y hasta ahí suele llegar el fanatismo de una idea.

Acusando además al Presidente en ocasión, lugar y con motivo que no abre camino á este funcionario para su defensa, comete un delito de lesa justicia humana, estableciendo cargos que no pueden ser contestados.

¿Cómo se defiende el Presidente, en un proyecto de crear un Parque de árboles, plantas y flores, contra un ataque en que se le condena como transgresor de toda ley y Constitución, no ya en el Parque ni en el proyecto, sino durante toda su administración?

Es que deprimiendo, ennegreciendo al Presidente, se olvida que ese Presidente es un hombre con los mismos derechos que los demás; que la reputación de hombre honrado que posee, no es propiedad de un Senador, ni una *res nullius* de que puede apoderarse cualquiera para destruirla y hacerla servir á sus propósitos, quizá á su ambición, que no puede ó no sabe abrirse camino, si no es destruyendo á los que están en posesión legítima de los puestos que ese cualquiera codicia.

Si el Senador no siente estas delicadezas que moderan en los demás los apetitos demasiado vivos, no respeta, y por lo contrario, viola esa Constitución que invoca, toda vez que ella le pone obstáculo á sus pasiones; de manera de dejar sospechar que para él, Senador y Senado son sinónimos y por tanto, Quintana y Senado, sinónimos, Quintana y Congresos sinónimos, Quintana y Constitución sinónimos!

En la sesión del 23 de Agosto de 1873, con motivo de un proceso que bautizó con el dudoso é inconstitucional nombre de *interpelación*, avanzó esta extraña teoría:—«Se equivoca el señor Ministro, cuando cree que el Congreso « tiene sus brazos atados y carece de todo otro derecho « que el de la acusación, *verdaderamente imposible*, por mas « autorizado y constitucional que sea, dadas las condiciones actuales de nuestro país.»

Hé aquí, pues, que la parte de la Constitución que res-

guarda al Presidente contra acusaciones informales, no está vigente en nuestro país, atendida la situación del país. Es *verdaderamente imposible* la Constitución á este respecto, y por tanto queda librada la estabilidad del gobierno y la honra y persona del Presidente á la zapa y al martillo del Señor Quintana.

Pero si es *verdaderamente imposible* la acusación, con acusador, juez y defensa, el Senador Quintana debió retirarse del Senado; porque este cuerpo es *verdaderamente* inútil, si no tiene su prerrogativa y función especial, que es la de juzgar á los altos funcionarios, cuando la otra Cámara los acusa con las formalidades prescriptas.

¿Porqué es *verdaderamente imposible* la Constitución? ¿Qué situación era la actual? En todos los países y en todos los tiempos y situaciones es *verdaderamente imposible* acusar al Jefe Supremo del Estado, sin concurrir dos tercios de votos en la acusación y dos tercios de votos en el fallo, oído el acusado.

Las situaciones de las naciones son las mismas siempre para observar estas prescripciones. Es la necesidad de conservar el gobierno, contra las ambiciones prematuras, immoderadas, ó anárquicas, de un lado; conveniencia de corregir los abusos que amenazan trastornar las instituciones de parte de los mandatarios; obligación forzosa de oír al acusado dar las razones que motivaron y justificar sus actos.

No busquemos ejemplo en Europa, pues solo la acusación contra el ministerio Polignac nos suministra la Francia, que ha derrocado antes y después, diez gobiernos y no ha organizado ninguno constitucional todavía.

En los Estados Unidos el Juez Chase, acusado ante el Senado, cuyo local se colgó de terciopelo colorado, para indicar la solemnidad del acto, fué oído y absuelto.

Recientemente, acusado el Presidente Johnson por una mayoría de nueve décimos de la Cámara, ante una mayoría de cuatro quintos del Senado que le era adversa, fué absuelto, oída la defensa, por no concurrir dos tercios de votos á la condenación.

El General Butler, presidente de la comisión de acusación decía: «el Senado es su propia ley», como diría el Senador Quintana. Ticknor Curtis, el conocido constitucionalista

le replicaba:—«El Senado juzgando, es juez de derecho, y falla conforme á derecho.—«Señor Presidente», invocaba Buttler al de la Corte Suprema que lo es del Senado para este caso.—«Señor Juez Supremo, Chief Justice», le llamaba siempre la defensa, y ante estas sùtiles distinciones sucumbió la acusacion, porque el Senado cumplió su deber de juez, ahogando su odio de partido.

Diez eran las articulaciones que creyó formidables aquella formidable mayoría de Diputados. Tadeo Stevens, anciano que contaba medio siglo de vida parlamentaria, dijo: «Estos diez cargos los levantan un tinterillo de aldea (abogado ramplon). Yo presento este undécimo:—«Por haber llamado *traidores* en diversos áctos públicos á Senadores, nombrándolos por sus nombres—Veremos quienes aceptan el epíteto, absolviéndolo.» Ese único artículo fué votado y absuelto el acusado, porque no era en acto oficial que les llamó tales, y porque usaba ó abusaba de la libertad que se tomaban los Senadores de llamarle arbitrario, despota, conculcador de las instituciones!

Una vez el Diputado Quintana supo ó creyó saber, que el Presidente de la República había escrito un artículo burlesco en que lo mencionaba á él, y en la sesion siguiente denunció el atentado ante la Cámara é invocó las furias infernales para execrar al Presidente por delito tan horrendo. Si el Senador lee hoy con calma el escrito y el diario de sesiones, verá cuan intolerante era su vanidad entonces. En cuanto al Presidente, dicho se está que es permitido contra él en la prensa, en las Cámaras, todo género de denuestos é increpaciones.

Ya hemos visto como el Senador Quintana suspende la Constitucion en todo aquello que protege al Ejecutivo; siempre que él trabaje por desacreditarlo. ¿Porqué? Porque siendo Senador el señor doctor Quintana, no ha de haber valladar que limite sus pretensiones.

En otra sesion avanzó esta doctrina, explicativa de todos sus actos: «el Senado es el cuerpo mas alto de todos los poderes de la República.»

Mas alto de todos, es lo que en buen castellano y en latin se llama *supremo*, como postremo lo mas posterior é infimo, lo mas bajo de todo. La Constitucion dice, sin embargo: «El Presidente es el Jefe supremo de la nacion.»

No incurriría en estos errores el Senador Quintana, sino creyese que donde se sienta él, está el poder supremo, diga lo que diga la Constitución, y no olvidaría que el Senado no es un poder, sino una rama de uno de los tres poderes del Estado. El Senado no puede nada de por sí, sino es juzgar, y alguna otra atribución administrativa que ejerce en concurso con otros poderes; pero desde que declara verdaderamente imposible llenar el Senado su función primordial, es una rueda inútil y el Senador está demás.

Es raro, casi imposible la unanimidad en los cuerpos colegiados y menos en ambas ramas de la Legislatura, si la materia en discusión pasa por las formalidades requeridas. Uno de los triunfos parlamentarios del Senador Quintana, ha sido realizar este imposible. ¿Para algún fin útil sin duda, ajeno á los intereses de partido, como la creación de un Parque en una gran ciudad que carece de este indispensable complemento?—No! Para hacer al Senado que embarazase la acción de la justicia ordinaria, sustrayéndole un reo de conspiración, á quien delataba una carta suya, reconociéndose cómplice y director de rebeliones, después de confesado con alarde que ese era en efecto su constante propósito y afán.

Es hazaña esta, que lo llevará á la posteridad, pues el delito, la jurisdicción del juez, la clase de prueba, el reconocimiento de la firma y la confirmación y confesión pública del acto incriminado, no son creación de nuestras leyes é instituciones propias, de cuya aplicación puede decir, que es *verdaderamente imposible*, por constitucional y legal que sea, dada la situación actual del país. No; delito, reo, prueba, confesión de parte, pertenecen á todas las naciones, en todos los tiempos y bajo todas las formas de gobierno; y el extravío del Senado, abrigando al reo en su recinto, como en los lugares de asilo de la edad media, estará presente y vivo ante la justicia humana, y el Senado futuro, como el rey David, leerá á la entrada de su recinto, *et peccatum meum contra me et semper!* La unanimidad para una denegación de justicia al juez mismo, la unanimidad para proclamar inocente al que se obstina en proclamarse reo!

La doctrina la proclamó en las interpelaciones en que

el Senador Quintana y el acusado de conspiracion, obraban de *comun et insolidum* en otra conspiracion senatorial. —«El poder legislativo, habia dicho el Senador Quintana, es el único poder que colectiva é individualmente no está sujeto á responsabilidad legal.»

Un hombre versado en la materia entendería que, componiéndose el poder legislativo de dos ramas, es como Congreso colectivamente irresponsable é individualmente cada Cámara. Su idea es otra empero. Los *individuos* que forman una de las Cámaras son irresponsables de las ideas que viertan en el ejercicio de sus funciones y la inmunidad de arresto provee á ese objeto; pero son responsables de todos los crímenes que cometan ó de que sean acusados ante la justicia, haciendo esta conocer á su Cámara la semi-plena prueba del delito.

El Senador Quintana, defendiendo á su socio de interpe-lacion, mostró cómo el Presidente obraba por *rencor* hacia el inocente compañero, sustituyendo así al Juez que era quien pedía el allanamiento del privilegio, por un nuevo reo de la invencion y el comodin del Senador. Este nuevo acusado, no sabiendo donde hacer su defensa, se dirigió al público, revelando que con él habían *diez* jurisconsultos copartícipes de aquel rencor. La alcaldada estaba consumada y hasta hoy el Presidente es el reo castigado.

Y mientras tanto hay castigos legales, solemnes, duraderos para los Congresos, Parlamentos y Legislaturas que violan los principios fundamentales en que la sociedad reposa. Cuando un Congreso comete un crimen, otro Congreso futuro, diez ó veinte años despues á fin de salvar el honor de la institucion, revisa el acto y lo declara nulo, ordenando que en el libro de las actas parlamentarias se tarje á pluma el acta que recuerda el hecho culpable; y el curioso que registra las actas del Parlamento ingles, mira con recogimiento las rayas negras pasadas por resolucion del Parlamento.

Un día cuando el sentimiento de la justicia se despierte en nuestro país, el acta que recuerda que el Senado sustrajo á la accion de la justicia á uno de sus miembros, con declaracion y confesion de parte de haber cometido el delito de que se le acusaba, con el cuerpo del delito constante de una carta suya, la que excusa otra prueba

testimonial, substituyendo el Senado, por el reo verdadero al Presidente de la República que no era el Juez que pedía arresto del reo, ese día se ha de tarjar el acta del Senado en que consta que tal crimen se cometió.

Hay todavía otra responsabilidad, aunque no sea legal, pero que es igualmente eficaz. El Senador Quintana no ha sido ni candidato para Presidente y él sabe medir la importancia de este *veto* público, solemne, universal, inquestionable, puesto á su legitima aunque violenta ambicion. Si lo atribuye al *rencor* del Presidente; tendrá que convenir que una señal, un gesto del Presidente bastaría para que toda la República se *una* para escluirlo de la presidencia lo que no es admisible, ni menos lo será cuando otros individuos desempeñan ese cargo. Existe un tribunal de la opinion pública, que ya no es la complaciente barra, sino la opinion de la República entera que se expresa por signos inequívocos, por desestimacion política que castiga en silencio.

Pero hay otro tribunal ante el cual ha de responder de tales actos, y es el saber argentino, representado ante los liberales del mundo, ante su país mismo, ante el juicio de la historia, por esa misma víctima de sus ataques en presencia de la transitoria barra, el que puede escribir una carta á Taboada y matar en su agujero á una alimaña que había estado veinte años labrándose un Paraguay Mini.

Veamos ahora como profesa las ideas de libertad del pensamiento, cuando no expresa el suyo. El Presidente, al venir de Estados Unidos, deseando hacer conocer en su país los comentadores de la Constitucion mas modernos, propuso la traduccion, de Pomeroy, Lieber, Paschal y los Poderes de Guerra del Presidente por Whiting, libro este último que obtuvo diez ediciones y había sido requerido en país que vivió setenta años en completa paz, para mostrar cuales eran los medios que el derecho de gentes y la Constitucion ponen en manos de las naciones, para defender su integridad y su gobierno, atacado por la mas formidable rebellion de los tiempos modernos.

La Cámara votó los fondos casi por unanimidad; pero el Presidente Quintana baja de su asiento para pedir recon-

sideracion, diciendo:—«Aunque no he leído ese libro, como conozco de antemano la opinion del Presidente, no debe autorizar la Cámara su impresion»... Y votado de nuevo, fué pasado al *Indice expurgatorio*. Un lego portero de la Inquisicion no hubiera ido tan adelante. Suelen condenar las beatonas los libros por las tapitas doradas; otros *in odium auctoris*; pero condenar por concomitancias presumibles, cerrar los ojos y taparse los oídos, para no leer ni oír, he ahí el amor á la libertad del Senador. «El es su propia regla.» Es papa infalible en cuestiones de dogma político. Los norteamericanos con sus libros huelen á heregía. El libro corre impreso sin embargo y aunque el Senador Quintana nunca se ha dado el trabajo de escribir cosa alguna, tendría el deber de refutar las doctrinas que están en Whiting, Pomeroy, Paschal, Calvo y *tutti quanti*, fundándose en la práctica de todas las naciones y en el derecho de gentes, que es el que establece los derechos de la guerra, pues esta se hace entre dos naciones y por derivacion entre grandes fracciones de una nacion dividida por la guerra civil.

En su empeño de amenguar al Poder Ejecutivo, mientras él sea miembro del Supremo Poder Senatorial, intentó hacer de aquel, en las intervenciones, un simple agente del Senado ó de ambas Cámaras, que para él es lo mismo; y no sabiendo cómo, ideó este expediente. «Mientras no se dicta la ley reglamentaria de las intervenciones, se dictará una ley especial para cada caso que ocurra.»

La justicia humana no se ejerce sino en virtud de una condenacion previa de ciertas acciones en todos los casos en que se cometan en adelante. La soberanía popular no alcanza hasta autorizar á sus legisladores á dictar leyes *ex post facto*. Es crimen de lesa humanidad. Para el Senador Quintana es una guinda, cortarle al cuerpo una ley á cada marchante. Cometa Vd. su accion y yo decidiré despues si es criminal ó no. El Congreso ademas asumía aquí funciones judiciales ¿no era mejor someter al Poder Judicial la averiguacion de los hechos por sumaria informacion para saber de qué lado está la razon?

Las Constituciones de todo el mundo, establecen que los actos del Poder Legislativo sean sometidos al Poder Ejecutivo para su aprobacion, si no los devolviese aprobados por ser requisito esencial esa aprobacion; pero como el Senado

es Supremo, el Senador propuso y lo rechazó el Presidente someter antes del término fatal de diez días al Congreso, para su aprobación, los actos del Ejecutivo en materia de ejecución de una ley de carácter ejecutivo, cual es el empleo de la fuerza. ¡Friolera, cambiar los frenos!

Veamos como entiende el texto de la Constitución, cuando no la suspende en «consideración» á la situación actual, ó no subvierte las atribuciones, ó no levanta poderes supremos donde él está.

La Constitución da la iniciativa en el *bill* ó proyecto, ó al Ejecutivo. Una Constitución es como un discurso seguido, una composición literaria, que se va desenvolviendo sin perder de vista el sujeto y los antecedentes. Como la ley es la expresión del mayor saber, el que legisla necesita datos para confeccionarla, y el Poder Ejecutivo administrador tiene el conocimiento de los hechos, cuyo conocimiento se requiere para mayor acierto de la ley. Si es, pues, la Cámara lo que por uno de sus miembros presenta un proyecto, puede pedir informes al administrador; si es el Ejecutivo el autor del proyecto, entonces puede recibir explicaciones de su proyecto, si no estuviese manifiesta la razón de cada artículo.

Un hecho reciente servirá de explicación. El Ejecutivo presenta un proyecto á la Cámara sobre la creación de un Parque en Buenos Aires. La Comisión encargada de estudiarlo, aceptando y apoyando con calor la idea, suprime sin embargo un artículo y añade otro. Pudo llamar á su sala al Ministro para recibir *explicaciones* del significado de ese artículo, cuya importancia no salta á primera vista. El Ministro le hubiese dicho que creando por el texto de ley una Comisión que debe invertir fuertes sumas, gran parte de las cuales no entran en la administración del presupuesto, que estando el terreno, no solo bajo la jurisdicción provincial, sino siendo propiedad pública, sin propietario; y debiendo invertirse en la mejora del Parque fondos cuantiosos de otra procedencia y jurisdicción, porque ha de durar años y años, y requiere dirección y administración seguida y exenta de los vaivenes y cambios políticos, convenía para evitar tropiezos en lo futuro renovaciones etc,— crear en una comisión, una persona jurídica y una autoridad capaz de recibir fondos é invertirlos, dando cuenta en

general, á las autoridades provinciales, pues en su jurisdiccion y no en la nacional ejerceria su accion. La ley ha salido trunca, desvirtuada y será necesario completarla mas tarde, á propuesta de la Comision nombrada de oficio ya que no la había legal. Si la comision legislativa, usando de su derecho de llamar al Ministro á su sala, para recibir explicaciones de su proyecto, hubiese conocido la importancia del artículo que suprimió creyéndolo redundante, esa obra no habría sufrido los tropiezos y embarazos que indudablemente sufrirá.

Pues bien; el Senador Quintana creía como muchos que la palabra *explicaciones* usada en la Constitucion, es la que en la diplomacia se usa cuando un gobierno, por medio de su Ministro acreditado, reclama la causa de algun acto que pueda dañarle. Estoy satisfecho, es la contestacion del Ministro, si en efecto la explicacion dada es satisfactoria. Hay en este caso derecho de *pedir*. La Constitucion dice que la Cámara puede llamar á su sala á los Ministros para *recibir* informes, si el proyecto viene de la Cámara, ó explicaciones, si viene del Ejecutivo. He aquí que llaman á esta facultad, *interpelacion* y derecho de pedir y poner plazos, no tramitándose nada conocido, si no es de iniciar un proceso al Ejecutivo en preguntas discordantes y capciosas. Creemos que todavía está esperando las explicaciones que Su Majestad el Poder Supremo Senatorial pide á S. E. el Poder Supremo Ejecutivo, dos naciones, como se sabe, fronterizas y dispuestas á hacerse la guerra, sobre el objeto con que ha colocado una fuerza de observacion cerca de su frontera, en Mendoza ¡Parece bromal

Serán sinónimos informes ó explicaciones, porque no hay informe que no explique algo, ni explicacion que no informe sobre algo; pero no lo son en la Constitucion, que no admite sinónimos, porque trae perturbaciones.

Mostraremos otros inconvenientes del sistema de *interpelaciones*. Su mas claro resultado, contra la intencion y el propósito de los interpelantes y acusadores oficiosos, y en violacion de la Constitucion, es que ellas contribuyen á afianzar el poder de los gobiernos que se proponen debilitar. La interpelacion Victorica en 1860, contra el Gobernador Mitre, si bien trajo por consecuencia la guerra, dió por resultado con ella, la Presidencia del General Mitre.

La interpelacion San Juan nada cambió en los actos que condenaba, y el Gobierno del Presidente Sarmiento que principiaba desautorizando, conquistó el respeto de todos, mostrando que sabia lo que hacia y que sus ministros eran dignos de la confianza del país y del elogio de los publicistas. Acaso el Ministro Avellaneda conquistando entonces la fama de orador, echó en el ánimo de los hombres políticos la base de su candidatura.

La interpelacion Quintana, si bien produjo la conspiracion militar que *entrañaba*, devolvió al Presidente la autoridad moral que le venian arrebatando los complots en el Senado y eliminó al trio de lista de los candidatos.

La acusacion interpolada á guisa de disgresion, en el debate sobre un Parque, ha dejado al Presidente en su buena fama, y el Parque se hará.

Fatiga seguir tan en detalle esta figura parlamentaria; pero debe enderezarse alguna vez tanto entuerto y dejar constancia de lo que pudo aducir la otra parte tan mal-trecha de ataques que constan de documentos públicos.

Dejémoslo en el campo de sus teorías, invenciones ó vejeces, francesas, paisanas y anárquicas, en materias constitucionales, porque de todo eso hay, y descendamos á los propósitos.

Nunca ha presentado el Senador Quintana un proyecto de ley. Su funcion senatorial es atacar, destruir, torcer, enmendar, lo que otros hayan hecho. Tan elocuente como Mármol, no dejará, á su país como Mármol en su carácter de representante, un rastro de su vida pública en ninguna creacion ó iniciativa útil.

La *interpelacion*, aquel poder terrible de que quiso armarse en la triangular liga de las diez y seis articulaciones, despues de tanto hablar de todo, vino á estrellarse en una solemne declaracion, rodeada de circunloquios,

«por la felicidad de mi país...

«por honor á su gobierno...

«buscando las inspiraciones de mi conciencia...

«declaro con toda solemnidad, abrigo la conviccion
«que en Mendoza, EXISTE UNA CONSPIRACION ELECTORAL

«URDIDA EN LAS REGIONES GUBERNATIVAS Y DESEN-

«VUELTA CON MEDIOS OFICIALES!»

Si no es poesía este lenguaje *entortillé* en un abogado que sabe que *conjuración*, palabra legal, no puede aplicarse al Ejecutivo, salvo en el caso de Marino Faliero, y que no admite el derecho *conspiraciones* electorales, aunque admita fraudes, violencias, cohechos, etc., debemos reducir al lenguaje llano estas burbujas. Vamos; claro:

«El Presidente emplea el ejército en elecciones en Mendoza.»—¿Es eso?

Ya había establecido antes la urgencia de tratar lo de Mendoza y sobre tablas, por temor de que la interpelación «no fuese eficaz» Luego se produjeron los sucesivos proyectos de ley para quitar al Gobernador de Mendoza la fuerza que evitaba un trastorno. Un mes después se produjo la rebelión de Segovia, que fracasó por no haber podido los triangulares coaligados de la interpelación dejar desarmado al Gobierno, ante Segovia que se sublevaba solo para derrocar á aquel funcionario.

Ahora, á la luz de los hechos históricos, usemos del mismo derecho del Senador Quintana para declarar con toda solemnidad que es nuestra íntima convicción, que con solo cambiar dos palabras, traeremos al terreno de la verdad y del lenguaje legal aquella torturada frase:

—«*Existía en Mendoza una conjuración MILITAR, urdida en las regiones senatoriales.*»

Y para dejarnos de tapujos y de regiones oficiales ó senatoriales, tomaremos el *extractum carnis*:

—«El Senador Quintana empleaba jefes del ejército en elecciones en Mendoza»... ¡Holá! Con que es un atentado en lugar de Presidente, poner Senador, de regiones gubernativas, hacer regiones senatoriales, y de conjuración electoral que no tiene sentido legal, conjuración militar, que es hecho punible y existe! Así es la justicia de nuestro Senador. La ley del embudo tan conocida.

Le llevamos una gran ventaja, sin embargo. Su acusación de conspiración dirigida al Presidente, es una aserción positiva, hecha en pleno Congreso, con toda solemnidad, mientras que la nuestra es una hipótesis, como las que los sabios suponen para encontrar por inducción la verdad.

Conjuración hubo en Mendoza y los conjurados notorios no fueron inducidos al crimen por el Presidente. Interpe-

lacion hubo, y resultó *ineficaz* para sacar las fuerzas de Mendoza ante las cuales se estrelló la conjuracion.

De que era electoral la conjuracion no hay la menor duda. Veamos como se ligaría en la *apariencia*, no solo con la interpelacion [Quintana (eso es fuera de duda) sino con el Senador Quintana mismo, candidato aceptado entonces para futuro Presidente de la República, con programa y demas requisitos de estilo.

Un señor Beiró solicitó audiencia del Presidente para interesar su influencia con el General Arredondo, cuyas predilecciones electorales seguía, á fin de que abandonase una primera candidatura que Beiró aseguraba no encontraba éco en el Entre Ríos, distrito asignado á su accion. Un Senador vió poco despues al Presidente para que en atencion á que la rebelion de Jordan iba á estallar de un dia para otro, llamase al General Arredondo á Buenos Aires, para que estuviese pronto á tomar el mando del ejército. El Presidente se negó á dar disposicion alguna y pidiendo que *no tomase su nombre para nada*, asintió á que el General viniese si él solicitaba permiso. Dos días despues aquel Beiró aseguró al Secretario Ojeda que iba en comision, mandado por el Senador en cuestion y otros, á Mercedes, á llamar al General para proclamar la candidatura Quintana, diciéndole que el Presidente no se oponia.

Alarmado este con el aditamento de una candidatura nueva á que ya se había opuesto en favor de un amigo suyo, escribió al General, desautorizando todo lo que se le dijere en relacion á su nombre y precaviéndolo contra esta clase de sorpresas. El General contestó que no tuviese cuidado, que quedaba prevenido. Algun tiempo despues, el Gobernador de San Luis dió cuenta por telégrafo, de haber el General Arredondo, de paso enfermo para Mendoza, proclamado él en persona en la ciudad de San Luis, la candidatura Quintana, que prohibió en Mendoza.

Andando los sucesos, el General Arredondo fué separado del mando de la frontera, por razones de buen servicio ú otras causas. En la interpelacion *ineficaz*, el Senador Quintana hizo la apologia del General Arredondo, vituperando al Presidente, en actos de su sola competencia; y el Senador Araoz que no peca de parcialidad hacia el Presidente, dijo estas significativas palabras: — «Digamos tambien que el

« Jefe de esas fronteras (el General Arredondo), que repre-
« senta al Poder Ejecutivo, que tiene de ese Presidente de
« la República el mando, que tiene fuerzas considerables
« á su disposicion y está influyendo eficaz y poderosamente
« hace mucho tiempo en la opinion, entrometiéndose en
« cuestiones electorales y llegando hasta nombrar Gober-
« nador en San Luis y la Rioja! (*aplausos*) Estos son los
« hechos notorios; es preciso expresar la verdad de lo que
« pasa por una y otra parte, para que nuestra palabra sea
« autorizada!!! »

Es el Senador Araoz y no el Presidente quien habló así.

En San Luis, Mendoza y la Rioja estaba proclamada la candidatura del Senador Quintana, del *interpelante* Quintana que no se interesaba por cierto en la candidatura Alsina ó Mitre, para entablar aquella interpelacion tan urgente sobre sacar de la ciudad de Mendoza, las pocas fuerzas que no obedecían ya á Arredondo, pero ni á Segovia que fué el que se conjuró. A nadie hará el Senador comulgar con ruedas de carreta.

¡Qué terrible cosa sería que un Senador candidato, abusando de su puesto de Senador, entablase una acusacion por interpelacion, ya que en *aquella situacion* la constitucional era *verdaderamente imposible*, para desarmar al Gobernador de Mendoza y dejar el campo libre á la conjuracion militar que estalló en efecto despues de frustrada la interpelacion ?

Sin aceptar version tan verosimil, que parece evidente, aunque no probada en juicio, aprovechamos la ocasion para mostrar las causas que han aconsejado á todas las naciones á no permitir que pueda acusarse *informalmente* al Presidente, no sea que, á pretexto de que él entra en conjuraciones electorales, algunos ambiciosos Senadores ó Diputados fomenten reales y verdaderas conjuraciones, sublevando jefes, con hacerles creer que el magistrado conspira, y conculca la Constitucion, y que ellos salvarán la libertad, haciendo una revolucion á mano armada y proclamando Presidente al interpelador malicioso y detractor interesado de un magistrado á quien debe respeto y consideracion. Así se hacen las revoluciones en todos los países anarquizados.

Pero si desgraciadamente para nuestra hipótesis y por

fortuna del país hubo conjuración y tentativa de echar á rodar en Mendoza al Gobernador y se frustró la conjuración como se frustró la interpelación, no sucede lo mismo con la candidatura del señor Quintana, pues, á atenerse á los hechos reales, no hubo tal candidatura, invención sin duda de Beiró que fué á engañar al General Arredondo, haciéndole creer que en Buenos Aires tenía mas proselitos que Alsina ó Mitre; que si tal candidato hubiera habido en realidad, no se habría podido guardar el secreto tanto en Buenos Aires como en las provincias, puesto que ni un solo voto partido por la mitad ha reunido en ninguna parte.

Acaso la interpelación hizo ese irreparable daño al Senador Quintana y el pueblo se conjuró unánimemente en todo el país á no votar por su candidatura, viéndolo tan encarnizado enemigo del Presidente á cuya administración debe muchos bienes, el de la paz sobre todo, en país donde desde el Senado se trabaja por perturbarla, (¿quién? el portero); sabiendo que pide que no se intervenga, única seguridad que tiene en perspectiva contra las violencias de que es víctima, entregándolo por el contrario á levantamientos de tropas del ejército destinado á protegerlo. Si esas han sido las causas que eliminaron su pretendida candidatura, militar ó electoral, ¡qué escarmiento para todos los interpeladores!

La interpelación Quintana, con dos oficiantes de dalmática para que fuese mas solemne la misa que llamaremos electoral en Mendoza, resultó ineficaz para el trío y acólitos; perdió á Segovia y á muchos oficiales del ejército, comprometió al General Arredondo, eliminó la candidatura de Quintana y ha hecho bajar el copete á muchos de los interpeladores de oficio.

En cambio afirmó la autoridad del gobierno que pretendían hacer vacilar; dió al Presidente ante todos los ciudadanos, lo que habían querido oscurecer, y es que sabe mejor que el Senador Quintana lo que prescribe y autoriza la Constitución. Desbaratando con un simple telegrama la conjuración tramada en Mendoza á trescientas leguas, mostró energía, inteligencia é inspiración militar. Impuso respeto á los anarquistas, mostrando que los que querían enredarlo en telas de araña, como la interpelación de diez

y seis *hilitos* de una madeja sin cuenta, no eran capaces de sostener sus pretensiones, cuando el Presidente fija por escrito las doctrinas y las interrupciones, (aplausos y silvos de la barra no son resortes parlamentarios.) A la interpe-lacion Quintana se debió, pues, desbaratando las tramas que entrañaba, el haber salvado al país de la anarquía y tenídose en orden las elecciones. Para eso sirven las inter-pelaciones.

Ya que tenemos las manos en la masa, no le hemos de dejar pasar otra de sus tergiversaciones del espíritu de la Constitución, á fin de sobreponerse el Senador al Ejecutivo, so pretexto de ser miembro del Senado.

Sostuvo un día, y llegó á producir una perturbacion en la opinion del Senado ó de la Cámara, que nuestra Consti-tucion era tallada bajo el modelo de la Suiza, todo por usurpar como Senador los poderes del Ejecutivo.

Al presentar al Congreso constituyente el proyecto de Constitución, el doctor Salvador María del Carril declaró que la Comision de que era miembro informante había rechazado la forma de gobierno de la Suiza, sin Poder Ejecutivo definido. Al presentar las enmiendas la Comi-sion de la Convencion Reformadora de Buenos Aires, declaró que la había ajustado mas y mas á la Constitución norte-americana.

El Senador Quintana sostiene lo contrario, contra la verdad oficial y contra la historia. El error le viene de que está en el Senado. El Senado entonces es el poder supremo. Eso cae de su peso.

La Suiza no necesita, propiamente hablando, de Poder Ejecutivo. No puede hacer la guerra y las naciones euro-peas le han garantido su integridad y su existencia. Los Cantones suizos divididos entre sí por montañas casi inaccesibles, vive cada uno de su vida propia municipal, desde tiempo inmemorial, porque se conservan en algunos de ellos instituciones, la propiedad de la tierra en comun por ejemplo, que pertenecen á los tiempos prehistóricos de antes de establecerse el derecho de uno á llamar suyo un pedazo de tierra. El pueblo habla tres lenguas distin-tas, las de las naciones á cuyo lado comunican las faldas de los Alpes. Tiene tres religiones, el catolicismo, el lute-ranismo y el calvinismo. La Constitución fué un *pacto de*

guerra hecho por los antiguos jefes de tribu para resistir á enemigos exteriores, y sobre ese pacto de alianza han venido formándose hábitos y vínculos de gobierno general, que se aplican á la educacion popular, al comercio, etc.

Hoy tiende un gran partido á dar mas poder á la nacion, ampliar las atribuciones del Ejecutivo y acercarse á la Constitucion americana. Pero nadie ha creido imitable como forma de gobierno lo que no puede imitarse, sino bajo las condiciones especiales de aquel país, protegido de afuera y separado moral y fisicamente por dentro. Hasta ahora poco se hacian guerra unos cantones á otros, sin romper el vinculo federal.

Le hablaría muy largo sobre nuestra Constitucion y sus deficiencias, si lo considerase por ahora apto para oír estas cosas. El tiene un seguro criterio para resolver toda duda y oscuridad. ¿Dónde estais, Quintana? se pregunta á sí mismo ¿qué te conviene? ¿qué deseas? Ahí está la Constitucion y sino, «pido la palabra», y ya está probado. La verdad es que no ha probado nada en quince años de usarla, á expensas de los otros, creyendo que lo único que se necesita para ser hombre de Estado es atacar á otros y echar á rodar al que ocupa el puesto que ambiciona.

Si se tomara el trabajo de leer y estudiar los antecedentes y la historia de las Constituciones é instituciones humanas, no repetiría cuestiones viejas ya resueltas ni usaría expedientes ni argumentos ya desbaratados.

El pretender que nuestra Constitucion procede de la Suiza, es para debilitar el Poder Ejecutivo, como en Suiza donde es nominal y hacer de nuestra union federal una confederacion de Cantones con un gran Consejo Federal.

Calhoun, el *nulificador* norte-americano cuyas doctrinas trajeron la rebelion del Sur, escribió un libro *On Governement* para probar tambien que la Constitucion americana estaba fundada en un pacto, como la Suiza, y que Hamilton, Jay, Madison, que la formularon, eran unitarios, como Carril, Sarmiento y Velez y la hablan desnaturalizado. Su propósito era *nulificar* ese pacto, reconociendo á los Estados el derecho de separarse. La guerra fué el juez su-

premo del debate y á los *nulificadores* les valió lo que á los interpelantes, que el Gobierno nacional y la Constitucion salieron mas fuertes que antes, y que es hoy ridiculo hablar de *State Rights* y de Constitucion Suiza de que nadie hace caso.

Es, pues, presuntuoso desmentir al miembro informante de la Constituyente argentina y al miembro informante de la Convencion de Buenos Aires, que no fué el General Mitre solo, para venir á decirnos, contra la aseveracion positiva de aquellos, como Calhoun, que nuestra Constitucion es suiza.

Que el Senador Rawson, que halla archi-inconstitucional lo que un artículo expreso de la Constitucion encarga al Ejecutivo, lo diga, pase. Hasta se le puede aplaudir el que, reconociendo la decadencia del espíritu público producido por las subvenciones á las provincias de que Buenos Aires no abusa, citase é impróbese el hecho vergonzoso de que la Legislatura de Buenos Aires, descendiese hasta felicitar al Presidente, y acaso al país, de que escapase á las balas envenenadas de los Guerri, obrando aquella Legislatura en imitacion de los soberanos y Presidentes de Repúblicas que, como es práctica entre las naciones cristianas y cultas, enviaron oficialmente sus felicitaciones al Presidente argentino, en casos como este en que el sentimiento de humanidad está de por medio, en lo que aflige ó regocije á un gobierno ó un pueblo.

La vida pública tiene, como la privada, su etiqueta, sus relaciones de familia, diremos así. A los cuerpos políticos, no los degrada mostrar que se componen de hombres y no de osos; y es de regla felicitar á un alto funcionario si escapa á un asesinato, como se dá el pésame á su sucesor, como lo hicieron todos los soberanos del mundo cuando asesinaron á Lincoln, y los ministros de todas las naciones aquí representadas acudieron confundidos en un solo sentimiento, á la casa del Presidente Sarmiento á darle sus cordiales felicitaciones.

El Congreso argentino empero, se abstuvo de toda manifestacion. La explicacion del silencio de ambas Cámaras de que es co-legislador el Presidente, está en que se hallaban bajo la influencia de varios guarangos políticos, hin-

chados de vanidad y orgullo, que creen que degradando al primer magistrado de su patria, muestran su celo por la libertad.

Todavía ayer ha ocurrido una de esas manifestaciones de la audacia impudente de un bolichero, que ni enriquecido es, para atreverse á tanto. Al presentarse el Presidente, rodeado de sus Ministros en el Congreso reunido, que *preside* ese día para la solemne inauguración del Congreso y lectura de su mensaje, el Senador Oroño, puesto de pie el cuerpo legislativo, el cuerpo diplomático y el pueblo, para recibirlo, el escapado de la justicia Oroño, permaneció sentado *el solo*, ceremonia que repitió al despedirse el cortejo, para mostrar así al Jefe supremo de la nación, el profundo desprecio de un Oroño!

El Senado de los Estados Unidos, tan república como la que mas, donde para pedir al Presidente ciertos papeles, se hace siempre con esta frase cortes, — « si lo considera compatible con el interes público » — (¡qué Senado tan envilecido!) — Ese Senado resolvió lo siguiente:

— « Por cuanto durante el receso ha ocurrido la melancólica y trájica muerte de Abraham Lincoln, anterior Presidente de los Estados Unidos, concurriendo las dos Cámaras y ambas participando en el dolor general y deseando mostrar lo sensible que les ha sido esta desgracia, resuelve... (un acto solemne para oír la biografía de Lincoln)... y además resuelve que se ruegue al Presidente de los Estados Unidos trasmita una copia de esta resolución á Mrs. Lincoln y darle la seguridad de la profunda simpatía de las dos Cámaras por su aplicación personal y su sincero duelo por el dolor público.»

Un libro en folio de 930 páginas se ha publicado, conteniendo las manifestaciones de dolor de todas las naciones, gobiernos, corporaciones y sociedades del mundo. El Gobierno argentino se hizo notar por el lenguaje simpático de su pesame, firmado por Mitre, William Rawson, Rufino Elizalde, Lucas Gonzalez, Eduardo Costa, John Gelly and Obes... El Congreso argentino fué mas expresivo en su dolor, decretando luto por el Presidente extranjero asesinado y dirigiendo una nota de pésame al Gobierno.

Y bien. Habiendo escapado milagrosamente de ser asesinado, por razon de su oficio, el propio Presidente y

hallándose el Congreso en sesiones, aquellos mismos Ministros que dieron, como debían, el pésame á un gobierno extraño, en el caso que enviaron sus felicitaciones todos los gobiernos y la Legislatura de Buenos Aires, en ese caso ambas Cámaras nacionales «concurrieron» en no darse por entendidas de aquel peligro salvado; y todavía un año despues, el antes Ministro y hoy Senador Rawson vitupera á la Legislatura de Buenos Aires haber felicitado al Presidente de la República por la intervencion del Destino, segun los antiguos, de la Providencia, segun el cristianismo, en la preservacion de su vida. ¡Qué lágrimas mas copiosas habría derramado el sensible Senador Rawson, si en verdad lo hubiesen muerto!

Explicamos el fenómeno diciendo que el Congreso sufre, hace tiempo, la influencia de ciertas maneras que desdican de la civilidad del país, y sienten por su terquedad á algo improvisado que la lengua castiza no alcanza á expresar.

Como se ha visto, en el libro de actas del Congreso de los Estados Unidos hay una que recuerda la fecha en que fué asesinado un Presidente. En las actas del Congreso argentino nada indica que un crimen mas horrible amenazó la vida del Presidente. Pero siguiendo por las fechas aproximativas, tras del dolor público expresado por la Legislatura, Gobernador y vecindario de Buenos Aires, y los ministros plenipotenciarios, soberanos y presidentes de naciones, la primer acta que del Senado Nacional se sigue, es una en que el Senador Quintana y los turiferarios levantan un sumario inicuo al Presidente, poniendo no su cabeza á talla, como el que movió el brazo de los Guerri, sino su autoridad, su reputacion, su dignidad personal, atribuyéndole una conspiracion en Mendoza, precisamente para conspirar á mansalva ellos, segun lo mostraron los hechos posteriores. Cada cual se sirve de los instrumentos que maneja: Jordan, el puñal de los Guerri para eliminar al Presidente, destruyendo la persona, y éstos la interpelacion para destruir la autoridad del Presidente. Iban ambos al mismo fin; ambos fracasaron, ante la mano de la Providencia el uno, el otro, ante la experiencia, el conocimiento de las instituciones del Presidente y el interes de la conservacion de la paz.

Mas el asesinato de los Guerri, contemporáneo con el mutismo del Congreso, con las *interpelaciones*, con la absolucion de Oroño y el motin militar de Segovia, son hechos que en el espíritu y el propósito se ligan entre si y analizará la historia, como no olvidará el baldon arrojado por el Senador Rawson sobre la Legislatura de Buenos Aires, porque se reconoció parte de la humanidad culta.

¿Como puede concebirse sino que se aunasen contra la idea de hacer un paseo público, para solaz del pueblo y ornato de una gran ciudad, los mismos que dirigieron, asusaron y sostuvieron la interpelacion San Juan, y la nterpelacion Guerri?

Y todavía mas, el doctor Quintana el hombre elegante por excelencia, poseedor de las mas hermosas yuntas de caballos, que nadie habrá de lucir mejor en el mismo Parque destinado al mas refinado *dandysmo*, el Senador Quintana no halla que sea inconstitucional el acto; pero no habla con el Gobernador de Buenos Aires, y sabido de él que no se ha reclamado previamente lo que el proyecto ofrece posteriormente que es recabar el asentimiento formal de las autoridades provinciales. El Senador nacional desciende á ser Procurador municipal de Buenos Aires, para declararlo ajado de que no se le haya *previamente* pedido que diere por acto legislativo su asentimiento á aceptar seiscientos mil duros que el Congreso, si oyese á Rawson y á Quintana, rechazando el proyecto le *negará* en lugar de darle. El Gobernador declara, sin embargo, que consultado por el Presidente, en conferencia especial en que sometió á su consideracion el proyecto de ley y el plano, contestó que aceptaba *con entusiasmo* la idea y la apoyaría ante la Legislatura, de la cual esperaba, como era natural, el mismo caluroso asentimiento.

Con la publicidad oportuna de las sesiones, chorreando dictiones y despropósitos, la influencia del Senador Quintana ha de disiparse, ó se disiparán en el mismo doctor Quintana las influencias que oscurecen su criterio, ante la mayor madurez que adquiere diariamente la razon pública y la mejor inteligencia de las instituciones republicanas.

Es sensible que el Presidente que ha de dejar bien pronto su puesto con honor, haya perdido el uso del oído con la excitacion y tension cerebral en que tienen en nuestro

país sin descanso á los que gobiernan, las intrigas y codicias de los unos, las interpelaciones de los otros, la sublevacion al Este, los motines al Oeste, que ponen en problema á cada hora el éxito final de educacion, telégrafos, ferrocarriles, colonizacion, que el soplo revolucionario puede destruir en una hora. Sin eso, si las inhabilidades físicas no se lo impidieran, podria esperarse que un día, electo Senador por Buenos Aires ó por San Juan pudiera discutir tranquilamente con el Senador Quintana, si estuviese ya en nuestras costumbres parlamentarias limitar el debate al asunto, si el estado de nuestra literatura ampulosa, supliendo con similes y frases de retórica el raciocinio y la oratoria dirigida á obrar sobre los nervios de la barra con los pleonasmos y la vocingleria *patriotera* de la segunda ó tercera hornada de patriotas, *los libertadores del día siguiente*, si... si el decoro enseñase á no tratar al Gobierno, como el señor Oroño no trata á sus criados, si una generacion madurase tan pronto como para traer al debate menos presuncion y mayor estudio.

El inválido ex-Presidente al leer estos debates mas tarde se consolará de la fortuna de no poder oírlos, por no tener que preguntar á cada rato, lo que solía alguna vez á Mármol — ¿ha visto escrita alguna vez esa doctrina?

¡Qué decir, para no dejar nada en el tintero, de un orador que exclama á propósito de llevar á cabo una trama en provecho electoral propio: — «De cuan distinta «manera se entendían las libertades públicas en los Estados Unidos, aun antes de la *inmortal* Constitucion (¿la «Suiza?) que las aseguró para siempre? Releyendo la «*inmortal* acta de la Independencia, he visto que los dos «mas fuertes agravios que las colonias inglesas invocaron «para declararse independientes, fueron precisamente el «de colocar el poder militar sobre el civil de ocupar «militarmente las colonias en pleno estado de paz...»

Con estas citas se obró en el ánimo del Coronel Segovia, *poder civil*, para intentar derrocar al Gobernador de Mendoza, *poder militar*!

Lo rico, lo impagable del simil está en esto. El poder militar, la Inglaterra, es el Presidente, segun la *inmortal* Constitucion. El *poder civil* de la colonia Mendoza es el gobierno de aquella Provincia. El *poder civil*, el Gober-

nador Villanueva, no solo no se queja del de la Inglaterra, sino que pide proteccion á éste, contra el General Arredondo primero, y contra el Coronel Segovia, despues que intentan, como poder militar, ponerse encima del poder civil. El Presidente provee lo conveniente, separando al uno, derrotando al otro y el elocuente Senador exclama: — «Releyendo el acta inmortal de la Independencia, veo que los dos mas fuertes agravios, etc., el de colocar el poder militar sobre el civil»: es decir, á Arredondo y Segovia sobre Villanueva y al Senador candidato militar sobre el Presidente civil.

De este singular argumento resulta que si la Inglaterra hubiese procedido como la nacion argentina, ó Jorge III como Sarmiento, ó Faustino I, no hay tal acta inmortal de la Independencia, ni tales Estados Unidos, ni tal Constitucion inmortal, pues en lugar de quejarse los colonos le habrian dado las gracias, por sostener el poder civil, contra el poder militar y deponer, castigar, derrotar y escarmentar á los jefes ingleses que intentasen lo contrario. Con tan bellaca manera de cambiar los frenos no hay discusion posible.

El pensamiento del Presidente de la República, al empeñarse desde su advenimiento en dotar á las Cámaras de un completo y eficaz servicio de taquigrafos, era para sacar de la atmósfera sofocante de un estrecho recinto la oratoria parlamentaria y exponerla fresca aun, al aire libre y al examen de toda la República, cuyos nervios, leyendo, no se estremecen con los silvos y aplausos de la barra.

Acusando con motivo de un Parque, el Senador Quintana al Presidente de «descansar de las fatigas de la administracion en las islas del Paraná, ó haciendo viajes «innecesarios al Paraná, en el «Talita»... lo aplauden y silvan á un mismo tiempo. El discreto orador exclama: — « Señor Presidente, agradezco los aplausos » (que ajan al Presidente); « los silvos no me han de impedir que diga « la verdad. » ¡ Qué mocito tan desaprovechado !

Cuando el señor Sarmiento fué Senador en Buenos Aires, suprimió antes de todo los aplausos de la barra, que los silvos se suprimieron á si mismos. El diario de sesiones de la Convencion no registra un solo aplauso en

doce sesiones, si no es en la última, al concluir, en que el Presidente, la Convencion, la barra se pusieron instintivamente de pie, al proclamarse reintegradas las Provincias Unidas del Río de la Plata. El Ministro Costa, silvado mas tarde, dijo á la barra:— es porque no está Sarmiento que se cometen estos atentados. El Senador Quintana premia á quien lo aplaude y fulmina á quien lo vitupera.

Ahora el Presidente Sarmiento ha tocado otro resorte, y es publicar en folleto separado la interpelacion Quintana y el juicio Oroño, con todo lo que cada uno dijo y los mensajes del Ejecutivo y la apelacion al público contra las calumnias que se le habían hecho en los móviles de su conducta en el asunto Oroño, y todo reunido, entregarlo á la barra de la nacion, de la historia, del sentido moral del país y aun del juicio de los políticos de otras naciones, á fin de que no queden ocultos, como antes sucedia, los discursos de los oradores, y cada uno responda de sus actos. El Senador Quintana podrá leer mas tarde sus oraciones al lado de los mensajes y como será capaz de avergonzarse, despejado su criterio, así será su sentir el mal éxito ante la posteridad de sus declamaciones, tergiversaciones y armitañas, que lo que hace á sus acólitos Torrent y Oroño, ha de ser el primero en reir á pierna tendida de sus tragi-cómicas solemnes necesades.

El resultado de estas violaciones de la Constitucion de parte del Presidente y de publicar las sesiones y los mensajes juntos, lo ha palpado ya el disertado Senador, no siendo ni candidato á Presidente, á cuyo fin hacia la interpelacion al día siguiente de la interpelacion de los Guerri; y mientras tanto el Presidente *descansa de las fatigas* que le traen dos millones de habitantes, como Grant de los cuarenta' Thiers y Mac Mahon de treinta y cinco millones, los que viajan, se solazan y vuelven á abrir sus salones, sin que á nadie le ocurra como al seráfico doctor, quejarse de que descansen un rato.

SANGRE Y MAS SANGRE

SIN UNA GOTA DE SANGRE

(*El Censor*, 23 de Diciembre de 1885.)

Sangre pintada, sin efusion de sangre. Don Julio da la segunda edicion de las cartas que sacaron de los bolsillos del General Ivanowsky los que lo asesinaron. Es el General Sarmiento el que *derramó esa sangre!*

Y no era la primera.

Tomó prisionero á Clavero; lo sometió á Consejo de Guerra con aviso del Ministerio de la Guerra, condenándolo á muerte el Consejo, pero como el encargado de la ejecucion, no tenía investidura de General en campaña, pues se le había dado un título que la ordenanza no reconoce, el de *Director de la Guerra*, no se creyó con autoridad legal para ejecutar una sentencia militar, y envió por la via reservada, al Comandante de las fuerzas de mar y tierra, la causa con la sentencia, apoyándola. Hace seis años que el doctor Tejedor declaró ante testigos, que habiendo citado el Presidente á los doctores Pico, procurador, al doctor Velez y á él como criminalistas, les consultó en presencia de sus ministros sobre el procedimiento y Consejo de Guerra á que había sido sometido Clavero, y que leidas sus piezas, el procurador de la Corte doctor Pico, dijo que todo estaba en regla, y no tenía nada que observar, que el doctor Velez opinó lo mismo y el doctor Tejedor id; que el doctor Rawson apoyó el dictamen de los jurisconsultos; pero que despues de algunas observaciones, el Presidente declaró que era causa civil la de Clavero y así se resolvió. Que al salir el doc-

tor Pico les dijo: Es gracia que llamen abogados que den opinion, para resolver lo contrario. El hecho es que el director esta vez no *derramó* sangre.

Siendo Presidente se extremó con un acto de crueldad muy cacareado entonces.

El General Urquiza no había mandado hasta entonces contingentes para la frontera, y mandó al Presidente *setenta*, diciéndole en carta privada: «Le recomiendo que haga tener cuidado con esa gente. Hay muchos hombres malos.» La verdad es que eran *destinados del Monte Montiel*. El Presidente no recomendó á los montenegrinos estos; pero no se hicieron esperar.

Se sublevaron una noche; se batieron una hora con la guardia de prevención en Loncague, y fueron tomados. El Comandante del punto dió cuenta del hecho, diciendo que sometía á proceso á los cabecillas.

El inspector general, Coronel Victorica, le contestó que debía someterlos á todos á juicio, pues todos tenían el mismo delito, citando Victorica el *texto* literal de la ordenanza que dice: «serán todos ahorcados en cualquier número que sean». Al citar una ley no pueden cambiarse, sustituirse ni atenuarse las palabras, al gusto de los que no se han horrorizado de los degüellos. En los Estados Unidos se ahorca todavía, en España se da garrote. Sea de ello lo que fuere, apareció entonces una serie de artículos: JURISPRUDENCIA DE SANGRE, en que se achacaba al Presidente, su furor de derramar sangre (de salteadores). Pero esta vez se quedó con las ganas y NO DERRAMÓ SANGRE. Es preciso hacerle esa justicia.

Una banda de asesinos acometió la morada del General Urquiza en San José, y casi en los brazos de sus hijas y de su esposa lo mataron. El autor de la hazaña declarándose el héroe de la jornada, se posesionó del gobierno y dirigió los honores fúnebres de la víctima. El Presidente declaró que no reconocía acto revolucionario político, aquel infame asesinato; y cuando las Cámaras estuvieron reunidas sosteniendo esta doctrina, aconsejó imitar al Congreso de los Estados Unidos que ofreció 200.000 pesos por la captura de John Booth, el asesino de Lincoln en el teatro, y esa suma había sido pagada. Proponía lo que es práctica diaria en los tribunales ingleses,

y lo que el Congreso de los Estados Unidos había mandado y cumplido dos veces, en una de ellas encargándose el mismo Congreso, de hacer la repartición de la suma entre todos los interesados; pues se había creado una empresa para perseguir á los delincuentes. Como en el caso de Clavero, consultaba, aconsejaba, pero se quedó con las ganas y no *derramó sangre!* En cambio Jordan mató mas de trescientos en su campamento, sin contar los que hizo morir, y hay muchos que piden se le indulte. Ha padecido tanto!

El General en Jefe había enviado al Director General de la Guerra, instrucciones escritas sobre La Rioja, que se leyeron en el Senado, y están á disposicion de quien quiera leerlas. En ellas se le dice:

«Haga usted guerra de policía. La Rioja se ha vuelto «cueva de ladrones. No les haga los honores de una «guerra civil.» Estas instrucciones son conformes al derecho de gentes, que solo reconoce guerra civil aquella en que hay una porcion considerable de una nacion en armas con gobierno civil regular, y propósito declarado; sin embargo, ninguna ejecucion tuvo lugar no obstante que el hermano del Ministro Albarracin fué degollado en su casa. Los Jefes Sandes, Arredondo, llevaban instrucciones formales. Una vez salió á la defensa de Sandes y Rivas que se habian tomado algunas licencias poéticas; pero Rivas declaró por la prensa que él mismo había dado la orden. Aun despues de esa declaracion el Director se quedó con las ganas de *derramar sangre* esta vez.

Viene en seguida el salteador Guayama, compañero del salteador Segura, ejecutado en Mendoza, quien pasando á Chile saqueó la aduana de Uspallata, hasta que, haciendo en La Rioja nuevas fechorías, se lo recomienda eficazmente al General Ivanowsky; pero es tan mala suerte la de aquel Neron, que Guayama, no cayó en manos de Ivanowsky y solo diez años despues se establece en San Juan con su partidita de siete salteadores, viviendo honradamente en Caucete, robando ganados en los potreros de alfalfa, sin que hubiese Juez de Paz que se atreviese á denunciarlo, cuanto menos á capturarlo. Al fin una mañana bajó á la ciudad á comprar sus vicios, se lo comuni-

caron al Gobernador Gomez quien mandó prenderlo, y á la noche fué muerto en el cuartel en el acto de sublevar la guardia.

«¡Quien á cuchillo mata á cuchillo muere!» y á Gomez le pasó otro tanto. Pero el Calígula no tuvo ocasion de derramar tan preciosa sangre. Nótese que siempre son asesinos, salteadores de caminos, los que excitan sus apetitos sanguinarios. Nunca hombres políticos.

Viene ahora la gran causa de Segovia y demas santos mártires de Mendoza. Ahí están las cartas chorreando sangre. Sangre y mas sangre respiran! Vamos á verlo.

El Coronel Segovia, ébrio de profesion, no tenía mas motivo de queja contra el Presidente que haberle reparado una cuenta de caballadas á 20 reales al mes por cabeza, mientras él las hizo contratar á cuatro reales. Un día, (para ahorrar detalles) subleva Segovia ó lo sublevaron desde Buenos Aires. El Presidente en ocho días, hace que le caiga encima Ivanowsky horas antes de llegar de San Rafael á Mendoza con el renombrado 1º de línea fuerte de 600 plazas, un batallon y dos mil milicianos.

No tenía con que empezar con la pequeña fuerza de setecientos hombres de Ivanowsky. A este no se le pegaba la camisa al cuerpo de miedo *de su propio ejército*. Desde San Luis telegrafió: «Si Arredondo está en la revolucion yo no respondo de la fuerza. Pídale una declaración.» Arredondo estaba preso; y se pasó la noche en idas y venidas del Edecan al cuartel, á casa del Ministro Tejedor, al telégrafo, etc. Como los tres actores están ahí, no hay que entrar en detalles.

Ahora vamos á lo mas gordo. El Gobernador Villanueva y el Coronel Ivanowsky, antes de la batalla proponen dar amnistía general y consultan. El solo proponerlo era señal de inferioridad. Herodes contesta que no, que jamas, que se comerá frito á todos los granaderos, con sus caballos; pero que en todo caso no había perdon para Segovia, O'Connor y algunos mas.

Dicenselo á Segovia en la vanguardia, la víspera del combate; y al oír la primera y última detonacion del cañoncito de Ivanowsky, siente Segovia, que el cuerpo se le dispara para el Sur, sin poderlo remediar, y con siete mas, O'Connor y aquellos, otros toman el portante y fueran á

tirar la rienda al Estrecho de Magallanes, sino estuvieran de por medio el Río Colorado y el Río Negro.

Ganóse pues la batalla con palabras, con amenazas y á punta de telegramas.

Todo estaba en la celeridad de la marcha, pero al ponerse en línea resultó que de cuatro solo un cañoncito estaba listo. El Presidente no conocía esos seiscientos hombres de Mercedes; pero conocía el 1º de caballería en cuyas venas circulaba sangre de Sandez, y no había que chancearse con sus cuatro escuadrones y sus seiscientos hombres. Irrazabal con solo 70 derrotó en Cauçete al Chacho con 700; y no asustándolos con la lata, sino peleando un cuarto de hora con Ontiveros y todos los guapos del Chacho cayendo siete del 1º y veinte y uno del enemigo, á lanza seca de uno y otro lado.

Pero lo peor del cuento quedaba todavía. Despues de la batalla sin batallar, los dos ejércitos beligerantes se reunieron y los dos estaban minados, el uno por los amigos de Segovia, el otro por los de Arredondo, y entonces no se le pegaba al cuerpo la camisa al Presidente de miedo de una chispa incendiaria. Ivanowsky y Villanueva confirmaron estos temores. No se olvide que está el telégrafo corriente; y el Presidente sabe que Segovia, O'Connor fugaron al Sur desde el campo de batalla y que van disparando.

Entonces en lugar de un telegrama escribe á Ivanowsky una larga carta que ha de tardar ocho días en llegar. No había ferrocarril y en ella vuelve á su maniobra que tan bien le ha salido de no perdonar á bicho viviente; de hacer pasar por las armas á los tambores, á las cajas y á los trompetas, pero en todo caso no se perdona á Segovia que á la hora de esa estaría en Bahía Blanca...

Muy bien. Llega la carta, se habla de ello, circula el rumor, se enternecen las señoras mendocinas y piden gracia por los setenta soldados de la compañía del Capitan O'Connor que no tienen mas delito que haber ensillado sus caballos cuando la corneta toca á caballo, montado, marchado cuando su jefe mandó, por cuatro de frente, etc.

El cruel Presidente se hace tirar la oreja, y al fin condesciendo con el pedido de un pueblo entero, y manda sobreser en causa que sin est oestaba sobreseida rop falta de delin-

cuentas. Pero tal es su mala estrella que ni esta vez pudo derramar como lo deseaba *una gota de sangre*. Lo cierto es que no se persiguió á nadie, no obstante que muchos mendocinos tomaron parte en aquella maldad.

¿Y donde me deja Vd. unos salteadores de la diligencia que llevaba la correspondencia del ejército á la cueva de ladrones? Pero Arredondo que es la humanidad personificada, no colgó á los salteadores, (porque no los tuvo á mano) pero se guardó la carta para colgar al autor que no *derramó esa sangre*, sino la del tintero.

Queda en el fondo del tintero la muerte dada al Chacho, al ilustre General Peñaloza, el héroe de catorce derrotas, y de muchos barriles de aguardiente consumidos. ¡Qué caiga la sangre de este inocente exclamó el sensible y lacrimoso Dr. Rawson, sobre las cabezas de los que derramaron tan alcohólica sangre!

Que caiga! contestó el taimado, que me importa un pito, no teniendo nada que ver en ello, pues no tenía comision, ni mando, ni envié tropas, ni pude dar instrucciones á fuerzas que no me pertenecian, ni mandaba, con lo que se quedó con hambre de *derramar esa sangre*, y empaparse las manos. ¿Fueron tan felices sus detractores? Diganlo, y serán creídos sobre su palabra un sargento Molina, un chasque mandado por Aguirre.

Un día ha de hacerse un mito popular, una leyenda, de esta sed de sangre en el papel, y de aquella incapacidad de satisfacerla, por impedirselo su angel guardian, como á los terneros á quienes le tiran del lazito cuando ya iban á empuñar una teta ó bien como aquel niño que se quedó con la camisita levantada... Qué lástima no poder *derramar sangre!*

¿Por qué no ha dado esta explicacion en diez años, de la famosa carta á Ivanowsky?

Por la misma razon que puso doce años en explicar para qué fin útil había hecho ametrallar el Colegio Nacional del Rosario. No hay que entregar secretos de la gramática parda de la extrategia, al pueblo.

LA POLITICA ELECTORAL DE UN PRESIDENTE

(*El Nacional*, Diciembre 17 de 1870.)

Las columnas de *El Nacional* registrarán desde mañana, las observaciones á que provoca el artículo de *La Nacion* del domingo, con el epígrafe de esta introduccion.

Han provocado este examen los varios artículos sobre Gobernadores *electores*, que la prensa ha producido, y en el de *La Nacion* á que nos referimos, tratándose de fijar los términos del debate, rastreando el origen de la política electoral, y llegando hasta la presidencia del señor Sarmiento, á quien se le atribuye haberse proclamado abiertamente elector, datando de ahí la direccion que los sucesos tomaron despues.

Para probar esta proposicion, se presentan hechos y deducciones de principios establecidos, en tono mesurado, como muestra de sinceridad, y debemos decirlo, sin la acostumbrada acrimonia de las polémicas apasionadas y detractoras, que oscurecen de ordinario la verdad, porque oscurecerla es su fin.

Necesitamos, pues, que el artículo de *La Nacion* á que las subsiguientes observaciones se referirán, figure en las columnas de *El Nacional*, á fin de que sus lectores, que no lo son siempre de *La Nacion* ó que aun siéndolo dejan pasar con el día lo que al día se recibe, tengan á mano los antecedentes, por cuyo motivo, reproducimos el importante escrito de *La Nacion*.

Nuestra historia contemporánea presenta un ejemplo raro en los fastos políticos de un país. La tentativa, porque en tentativa quedó, de revolucion de Setiembre del 74, fué vencida y amnistiada, y con la conciliacion, se ha

convertido en casi gobierno. Pudiera decirse de ella que ha triunfado de la victoria misma; pero al mismo tiempo, puede observarse que la opinion ha muerto el derecho y la práctica de las revoluciones, no obstante su reciente triunfo en Corrientes. Désele la importancia que se quiera al desenlace de aquella ruidosa cuestion Corrientes, jamas persuadirán á la opinion pública argentina de que un conflicto de provincia en que figuran como protagonistas Reguera, Pampin, Cabral, Derqui, Azcona y demas personajes, es un antecedente histórico, revestido de autoridad y que haga escuela.

Al día siguiente del triunfo de tal ó cual sistema de hechos, la palabra Corrientes desapareció de la prensa, y cuando mas, se trae á colocacion lo que por allí pasa, á causa de algunos centenares de emigrados que piden ser repatriados, con garantías reales de volver sin ser molestados y poder ejercer sus derechos.

La revolucion de Setiembre tiene otro carácter. Promoviéndola ó sofocándola, se comprometieron las fuerzas morales é intelectuales del país. Era nacional por su carácter, por sus personajes y por las doctrinas.

Sus autores, vencidos en el campo de batalla, no lo fueron ante la justicia, que no fué llamada á dar su fallo sobre la criminalidad del acto, quedando librada á la opinion su condenacion moral.

Esta se ha hecho lentamente, llegando hasta sus autores, que deploran hoy el hecho inútil, buscando razones plausibles que atenúen su gravedad.

Nadie sostiene hoy la legitimidad de las revoluciones en conciencia, y al decir *nadie*, no olvidamos que hay quienes la sostienen. Eso mismo prueba que nadie sostiene tal cosa. Se alegan solo las causas atenuantes, y es cuanto puede hacerse.

El escrito que reproducimos hoy de *La Nacion*, tiene ese carácter. Busca la causa que produjo aquella tentativa de revolucion, en la política electoral de un Presidente, y cree haberlo demostrado, citando declaraciones y hechos.

Hay á este respecto la mayor libertad de apreciacion. El gobierno aquel ha pasado, sin dejar sucesion ni representante; pero puede decirse lo mismo de la revolucion de Setiembre, como teoría y como hecho: ha muerto.

Puede hablarse de ella, desde que sus autores, están rehabilitados legalmente por la amplia amnistia, como de ausentes, ó de los prohombres de nuestra historia pasada sin ofenderlos, lo que no quita que las revoluciones hoy sean un crimen, condenado no solo por las leyes, como en todos tiempos, sino por un cambio en la opinion del mundo politico, que las reprueba.

Son ademas un error económico, del género del juego, que no es permitido á los hombres que manejan los intereses públicos.

Nuestra opinion pública avanza todos los días, sin darse cuenta de sus progresos. Sin saber porqué, los mismos que antes creian en revoluciones como en un derecho y un remedio, empiezan á hastiarse de oír hablar de ello.

Ahora les toca á los gobernadores *electores* su turno de suscitar la animadversion pública; y esto es tambien una forma atenuada de revolucion. Parece, ó se presenta como un hecho nuevo, lo que es tan antiguo como la existencia del gobierno.

Al principio de nuestra Revolucion, se proclamó la libertad de imprenta; y para realizarla el gobierno creó *La Gaceta Mercantil* de un lado para publicar los documentos oficiales, y de otro un *Censor*, funcionario rentado, cuya mision era criticarlos y hacer el papel de una opinion pública independiente.

Los Gobernadores *electores*, pertenecen á esa infancia del arte del gobierno libre. Son la *Gaceta* de los actos oficiales, de la opinion pública, y las revoluciones eran el *Censor* para criticarla.

No han hecho todavia una pregunta á los *censores* revolucionarios.

Para gastar cien mil pesos de papel en plantar árboles en la Casa Rosada, se necesitaba, segun ellos, ley expresa que autorizase el gasto. ¿Quién autorizó á Fulano ó Mengano, *censor* de actos oficiales, y de Gobernadores *electores*, á gastar los millones que cuesta una revolucion aun triunfante? No son unos ladrones? Nuestra deuda inmensa excepto los treinta millones de obras públicas, se compone toda, toda, de libramientos y deudas contraidas por los revolucionarios, desde los cinco millones del antiguo Banco Nacional, en 1825.

Los Gobernadores *electores*, son, pues, la presente forma, en que se exhibe el espíritu revolucionario, forma latente de una enfermedad aguda en su origen.

Conviene, pues, averiguar, si hubo realmente una política *electora*, de un Presidente, pues que es del interés de todos, que no subsista tan feo vicio orgánico, y al examen de estos hechos, con el importante artículo de *La Nación*, que sigue á la vista, pedimos á nuestros lectores benévolo, oigan rectificaciones y descargos.

La revolucion, como enfermedad americana, está vendida en los ánimos, no obstante la recrudescencia de Setiembre. Si lográramos romperle su último atrinchamiento, como circunstancia atenuante, la política *electora* de un Presidente, y probar que los mismos que la condenan, son un *poco electores*, en mal sentido, habríamos destruido el gérmen de futuras revueltas, haciéndoles mas indulgentes con sus propias faltas, ó con las incapacidades inevitables del país.

Nos despedimos de nuestros lectores, hasta mañana.

(*El Nacional*, Diciembre 18 de 1878.)

Hace días que la prensa discute, rechaza y vuelve, cual pelota, el epíteto de Gobierno *elector*, que parece estar de moda. Creen unos que se dirige por *tabla* al Gobernador de Buenos Aires; quieren algunos que recaiga sobre el Presidente actual, como pecado original de que lo ha lavado el bautismo de la conciliación y no falta quien cuelgue el epíteto al pasado, al presente y al *futuro* Presidente.

Al fin ha tomado forma definida, con nombre de persona, bajo el título que encabeza estas páginas, y con el acopio de razones ó de afirmaciones, al menos, que tienen lugar de pruebas.

Como de principio de gobierno se trata, y como se denuncia un vicio fundamental en la elección del actual Presidente, habría un interés de orden público, en hacer subir la legitimidad á la elección del Presidente Avellaneda, á fin de evitar las revoluciones, las batallas perdidas, las amnistías, las conciliaciones, con que se subsanan vicios originales.

Tenemos una base segura de donde partir, en el cargo

de gobierno *elector*, hecho al anterior Presidente, para sostenerse, á lo que parece, durante su gobiernos y para hacer elegir por gobiernos *electores* al que debía sucederle, y esta base es la declaracion «de que el gobierno del señor Sarmiento y el Congreso que proclamó su presidente, fué reconocido como la *expresion mas legitima* de la eleccion «popular.»

Encareciendo mas su pensamiento el autor añade: «Estos poderes públicos eran *de los mas legitimos que habíamos tenido, habiéndose hecho por la primera vez* la trasmision del poder en la forma mas perfecta.» Nada mas franco y completo.

Para caracterizar mas esta superabundancia de *legitimidad*, recordemos que una parte del partido nacionalista «no concurrió á su eleccion y tuvo otro candidato.»

Esta circunstancia, en efecto, realza mas la legitimidad de aquel gobierno.

Los nacionalistas que lo combatian tenian en sus manos la administracion pública. El candidato que oponian al señor Sarmiento era Ministro y se presentaba en los comicios como representante del personal administrativo que venia gobernando así diez ó mas años.

Contra ese personal, contra la continuacion de esa política, contra los gobernadores que la sostenian, se formó en toda la República una inmensa mayoría, sin influencias extrañas, ni dineros empleados, y triunfó de toda resistencia, hasta establecer una *legitimidad* que no pudiese jamas oscurecerse, y de que no habia ejemplo antes, segun sus opositores mismos.

El candidato estaba ausente hacia años, aunque su nombre era de todos conocido. Era nacionalista, liberal, y puede decirse versado en materias de gobierno. Sus viajes y su estudio de las instituciones republicanas en los Estados Unidos, debieron dejar expresar que traia mayor acopio de luces, que las que tenian los que solo contaban con lecturas ó la práctica poco segura que dan nuestros propios hechos.

Sin entrar en mas detalles, deseáramos preguntar: esa mayoría incuestionable que en 1867, elevó al Gobierno al señor Sarmiento, lo abandonó al día siguiente de recibido y desapareció de la vida pública?

Por el contrario, ¿aquella minoria vencida que encabe-

zaba el personal de la administracion Mitre y votó en contra, se tornó en mayoría al día siguiente, y fué desde entonces la expresion de la opinion del país?

No es esa la regla, de los partidos políticos, al menos. Cuando se constituyen en mayoría, tratan de conservarla por años, hasta que son dejados en minoría con el discurso del tiempo.

Así el partido republicano en los Estados Unidos ha dado cuatro Presidentes consecutivos, en diez y ocho años que lleva de mayoría. Hace tres que empezó á perder el terreno, que acaba de recuperar hace solo tres meses, en la renovacion del Congreso.

El partido ó la mayoría *indisputable* que elevó al señor Sarmiento, ha debido, pues, continuar por largo tiempo nombrando Gobernadores y Legislaturas, y mandando mayoría de Diputados y Senadores al Congreso; y sino había claudicado todavía en 1874, ha debido elegir segundo Presidente de su partido, á despecho de la minoría nacionalista que se presentase en las elecciones con su antiguo candidato.

Diremos mas. En casi toda la República había hasta ahora poco, no un gran partido, sino una mayoría que no tenia mas bandera que su oposicion al personal de la antigua administracion Mitre. Componíase de unitarios, de federales, de nacionalistas, de autonomistas, de provincialistas, de porteñistas, que no estaban de acuerdo sino en su oposicion á la minoría nacionalista de 1867, representante del personal de la pasada administracion.

En 1874, se presentó de nuevo en los comicios aquel personal, y aunque en Buenos Aires dividió la opinion, en las provincias no encontró sostenedores sino en San Juan y Santiago del Estero, por razones que se verán despues.

Hey mismo, la oposicion á esa candidatura es tan manifiesta, que ni se inventa siquiera un candidato, aunque tenga diarios y prosélitos; aunque cuente con Corrientes conquistado; por que se sabe que será rechazada, sino adopta algun candidato de circunstancias, como Laspiur, Tejedor, etc.

Suponer, pues, que el señor Sarmiento se hizo presidente elector durante su gobierno, para tener gobernadores y

diputados, es suponer que la mayoría que con tanto calor lo sostuvo, se desvaneció como el humo, de la noche á la mañana, y se adhirió á la minoría nacionalista administrativa de los Elizalde, Mitre, Costa, y otros de la misma harina. Es suponer que un partido en mayoría se anonada, se disuelve, de puro gusto, y se convierte en minoría, cuando tiene el poder en las manos.

Mucho de eso puede suceder; pero no sucede en un año, ni en cuatro, y suele durar veinte y treinta años su poder, como sucede en Inglaterra, en Chile y en Estados Unidos.

El gobierno del señor Sarmiento no ha concluido desprestigiado. Era observacion de sus propios adversarios, que cada día ganaba mas poder y aceptacion. El escándalo de Setiembre no era contra él.

Sea de ello lo que fuere, no ha debido necesitar de la intriga, de la seducción, ó de la violencia, para que la mayoría que lo eligió continuase en mayoría, nombrando gobernadores de esa mayoría, y diputados y senadores de esa mayoría.

La minoría que se constituyó en oposicion, ha debido sin duda ir ganando terreno en algunas provincias, acaso en Buenos Aires mismo; pero sin el cambio brusco que supone la necesidad de convertirse el Presidente en *elector*, por haber sido dejado en la estacada por los que lo eligieron, y haberse pasado con armas y bagajes á la minoría que *no lo eligió*. El Presidente que le sucedió, debió ser elegido por esa mayoría.

Esta es la verdad práctica de las cosas, y á esas proporciones queda reducida la pueril cuestion de los gobiernos *electores*, que supone necesariamente que toda la República se hizo mitrista ó elizaldista, al día siguiente de vencidos los patronimicos en las elecciones de 1868, y que los gobernadores, trece en número, se quedaron solos con el Presidente, ingeniándose para inventar Diputados, sin duda con las policias, pues al *pueblo* que hizo las elecciones de 1868, se lo ha tragado la tierra al día siguiente.

Eso de proclamarse *abiertamente elector* el señor Sarmiento, sin decir el año en que tan desesperado partido tomó, no expresa un hecho histórico, ni puede sostenerse seriamente; como no resistirá al examen la pretension de la minoría nacionalista que sostuvo otro candidato, de haberse con-

vertido en mayoría, sin decir en qué año le sobrevino tanta felicidad, y qué gobernadores empezaron á ser nombrados en las provincias y en Buenos Aires bajo su influencia, sin necesidad de ser gobernadores electores.

Eso de que autoridades legítimas se convierten en ilegítimas por actos subsiguientes, habiendo una Constitución y modos de proceder, es bueno para dicho, si como en Corrientes, hubieran triunfado en la Verde, es decir: si hubiesen echado por tierra las instituciones.

Con estas aclaraciones preliminares, vamos á seguir al autor en sus cargos.

« El Gobierno del señor Sarmiento, se proclamó abiertamente *elector*, y se nos dice « *excluyendo* al partido *nacionalista que sostuvo otro candidato*, aceptando el concurso de verdaderos opositores y enemigos declarados.»

Enemigos de quién?

Si tal hubiere hecho, habría procedido como todos los gobiernos libres del mundo, cuyo primer magistrado es nombrado por el partido que triunfa en las elecciones, *excluyendo* al del candidato opuesto.

Así se gobiernan la Inglaterra, la Francia y los Estados Unidos. Es el candidato y la minoría la que se *excluye* á sí misma.

Cuando los tories suben al poder, *excluyen* á los whigs. Cuando dominan los *republicanos* en los Estados Unidos, los *demócratas* no son llamados al gobierno. En Francia, los imperialistas doblan bagaje, cuando los republicanos triunfan.

Las conciliaciones (palabra de nuestra invención) no son moneda política; aunque puedan haber coaliciones de opiniones, fusiones, etc., etc., etc.

Pero aun así, el cargo es falso. El Presidente Sarmiento llamó á su lado á compartir las responsabilidades de su gobierno, á hombres conspicuos y respetables, nacionalistas: al doctor Velez, uno de los mas autorizados liberales nacionalistas.

Doctor don Mariano Variano Varela—nacionalista.

Teniente Coronel Gainza—nacionalista.

Doctor Avellaneda—nacionalista.

Doctor Gorostiaga—nacionalista.

Doctor Tejedor—nacionalista.

Doctor Dominguez—nacionalista.

Doctor Albarracin—nacionalista.

Doctor Frias—nacionalista.

conservando al doctor Pico como procurador y al señor Posadas como administrador de correos, nacionalista hasta el fin.

¿Cuáles de estos eran los enemigos del partido nacionalista? Los enemigos del gobierno puede encontrarlos el curioso en los debates de las Cámaras de entonces, en el lenguaje de ciertos diarios, aun antes de mostrar el Presidente una política, aun antes de nombrar ministros. Testigos, *orgia* de Palermo, y las *zapatillas verdes*. Esos son los enemigos.

Esto ocurría en 1868! Respetaremos la prudencia que aconseja no entrar en «*causas que es inutil discutir*, sea quien fuere el que las «originó»; aunque sea siempre el mejor modo de esclarecer los hechos subir á las fuentes, y saber quien originó *los sucesos que se deploran despues*.

«Esta política *electoral*, agregan no era oculta en el señor Sarmiento, sino que se proclamaba abiertamente, y lo que no se había oído en tiempo de Urquiza, lo oímos entonces.»

Queda, pues, demostrado hasta la evidencia, que don Emilio Castro no fué Gobernador impuesto á Buenos Aires por un Presidente elector; y que don Mariano Acosta, fué nombrado Gobernador, cuando el doctor Alsina no estaba en relacion política ni aun personal con el Presidente, ni aun con el doctor Avellaneda, pues Alsina era candidato á la presidencia. Aun la eleccion del señor Casares, procedió de orígenes puramente porteños, sin que los sucesivos Presidentes tuvieran que ver en ello.

Resulta, pues, que en Buenos Aires por lo menos, durante *nuere* años, no ha habido política electoral de un Presidente. Fueron Gobernadores electores aquellos tres? Negocios suyos son, en que no debemos inquirir.

No pudiendo, pues, establecer en Buenos Aires la *política electoral*, el Presidente, que no tenía afinidades con los Gobernadores Castro y Acosta, ni las simpatías de Alsina ó Mitre, que presentaban ambos programas de política hostil al Presidente, ó en oposicion á su política, necesi-

taba ir á buscar en las Provincias las muestras de la política *electoral*; y ya mostraremos que allí fué tan desgraciado como en Buenos Aires.

«LA NACION» SE CHANCEA

(Diciembre 19 de 1878.)

Era el Dios saliente, Mitre, quien nombraba al Dios entrante Elizalde. «Un Gobernador ó Presidente saliente, « que nombraba á su ministro *Elizalde* Presidente entrante en 1867, sostenido por *La Nacion*.

Hemos de tratar estas cuestiones, despacio.

Por ahora nos contentaremos con alejar las calificaciones arbitrarias.

Pueden haber Gobernadores *electores*. Eso se ha visto en Buenos Aires y en muchas provincias. Las hubo en que no había Gobernador saliente, en Santiago del Estero cuyo gobierno no fué acusado de criminal por *La Nacion* que lo sostenía por ser favorables á la libertad los señores Taboada.

No es muestra de libertad electoral el que el Gobernador entrante ha de ser precisamente enemigo del Gobernador saliente, ni de otro partido. Como el Gobernador fué electo por un partido en mayoría contra otro en minoría, es posible que vuelva á triunfar ese partido en las siguientes elecciones, lo que no constituye Gobernador elector al saliente, por ser de su partido. De esta manera un partido gobierna un país elector diez, veinte años, sin que la minoría en oposicion prevalezca, hasta que se convierta en mayoría. Eso sucede actualmente en los Estados Unidos, con los republicanos.

No se ha definido crimen por legislacion alguna, ni menos por la nuestra ser gobierno *elector*. En Francia, el mariscal Mac-Mahon, queriendo hacer prevalecer en la renovacion de la Cámara disuelta, al partido monarquista, ó imperialista, permitió que sus ministros, reaccionarios, *pasasen circulares* á los Prefectos, recomendando *oficialmente* hiciesen elegir á los Diputados que él les recomendaba.

Habiendo triunfado en las elecciones, no obstante los

Prefectos electores, como aquí en 1868, una mayoría republicana, la Asamblea, en juicio de elecciones, condenó en principio á los gobiernos electores; pero para constituir el delito, estableció como prueba, el que *los Prefectos hubiesen puesto en carteles en papel blanco*, que es el papel oficial, las listas recomendadas, pues este signo material constituía la *orden de votar*. Los Diputados que fueron recomendados en carteles azules ó verdes, no fueron declarados impuestos por la autoridad, y muchos quedaron aprobados.

Ya vé, pues, *La Nacion* que está creando crímenes que no están definidos por legislación alguna.

Por eso es arbitrario decir, que todo crimen *justificado* que sea de un gobierno, anula y deja sin efecto su nombramiento, por *mas legitimo* que sea. Pero si le es dado á *La Nacion* inventar crímenes, no le es dado *justificarlos*, porque no es el Juez. El caso del Presidente Derqui, es una invencion gratuita, que lejos de probar la doctrina, la condena.

Pudo hacerse el Presidente Derqui gobierno elector en la Confederacion de que Buenos Aires no formaba parte, y por tanto no tenía que saber si Derqui era elector ó no, *allá* en su jurisdiccion. No trató de elegir ó imponer Gobernador á Buenos Aires.

Los pueblos de la Confederacion no se levantaron en armas contra él, por ser gobierno elector. Sospechamos que no lo fué, pues acababa de ser electo Presidente y no necesitaba renovar Gobernadores, y tenía mayoría en el Congreso.

La Presidencia, Congreso, Tribunales, y demas autoridades legitimamente constituidas de una llamada Confederacion Argentina, claudicaron por haber sido disuelta aquella nacion sin Buenos Aires, en una batalla campal entre ejércitos regulares, y con otro gobierno, el del Estado de Buenos Aires, reorganizándose en seguida una nacion compuesta de ambos Estados. Llamarle Gobierno electoral á Derqui, por haber sido vencido su ejército, es inventar crímenes, y tribunales de justicia ó insultos imaginarios, como aquel que le decía á alguno: Tiene Vd. la *pituita!*

La verdad es que todos tenemos pituita, incluso *La Nacion*.

«Los juicios de Dios, es *La Nacion* que habla,—Caseros, Pavon, deciden la cuestion.»

No queremos aceptar que tal piensa la Nacion. El juicio de Dios, si esa es su doctrina, debiera haberlo acatado en la Verde. y en Santa Rosa, que han sido negadas, declarando en un Manifiesto sus próceres, al conciliarse, que mantenian en alto la bandera arriada por la fuerza en Junin.

Somos mas equitativos. Ese partido compuesto de ex-funcionarios de un gobierno pasado que no cree que lo están venciendo hace diez años en las elecciones, gobierna á los suyos con figuras de retórica, el juicio de Dios restaurado de la edad media, los gobiernos de *hecho*, los gobiernos electores, los Presidentes de otras Repúblicas, como la pasada Confederacion Argentina ó el gobierno del Paraguay deslegitimados por la guerra con otro Estado vecino: de donde se deduce que un gobierno elector de Buenos Aires, hizo unas elecciones, y que el Congreso Argentino en mala hora las aprobó.

Los libertadores de Buenos Aires, tenían derecho de tomarle á la Nacion su ejército, que no era de Buenos Aires, y decir que la Nacion habia hecho una revolucion, contra *La Nacion* (periódico), no obstante que la Nacion, gobierno, trajo á buen recaudo á los sublevados y á los rebeldes, en la Verde.

(Diciembre 20 de 1878.)

Al formarse el Gabinete Nacional que debía funcionar desde el 12 de Octubre de 1868, fue solicitado por el Presidente *D. Emilio Castro*, para el Ministerio de la Guerra. En tres conferencias sucesivas, se escusó dando las gracias, negándose redondamente en la última, diciendo que mejor serviria al Gobierno Nacional como Gobernador de la Provincia, si era electo, siendo provisorio ya, que como Ministro de la Guerra.

Electo Gobernador Castro, no Gobernador elector, la Legislatura nombró Senador al ex-Presidente, y el pueblo á los señores Gelly, Elizalde, Ocantos, etc., Representantes.

¿Era el *no excluido* Castro, sostenedor de la mayoría que habia triunfado en la eleccion de Presidente?

Sería ocioso preguntarlo, pues lo que á la cuestion de Presidente elector atañe, sería saber si el Presidente intentó

alguna vez saber, por ejemplo, que jueces de Paz se nombraban ó alguna de tantas cuestiones locales que agitan los partidos y dan direccion torcida á los sucesos.

Los Ministros Gainza, Varela, Velez, Avellaneda, despues Tejedor, dirán si ellos estuvieron en contacto con el señor Castro; y este, si en las elecciones le denunciaron trabajos, intrigas, agentes del Gobierno Nacional, tratando de favorecer una política cualquiera.

Debe prevenirse que el malogrado Alsina, no estaba en relacion sino oficiales, como Vice-Presidente, con el Gobierno Nacional, dejándose mas bien traslucir una tendencia á oposicion.

La administracion Castro dejó tambien traslucir una cierta inclinacion á mitrista y aposicion, que no le estaba mal.

Tratándose de renovar el personal del gobierno, vencido el término del señor Castro, se presentó como candidato el Dr. Costa, cuyos negocios fueron arreglados satisfactoriamente, para el caso.

Procédiose á la eleccion, y resultó electo, no obstante el influjo que pudo ejercer el señor Castro, el señor Acosta, lo que probaría que no hay gobiernos electores en Buenos Aires y que se conservaba la mayoría que había negado su voto al Dr. Elizalde y consocios nacionalistas, que hacían oposicion al Gobierno Nacional y á quienes conservaba aficion el gobierno Castro.

La candidatura Castro no prueba que tratase de poner Gobernador *elector* en Buenos Aires, para la próxima Presidencia, *fi donce!* Probaría á lo sumo, que no está demas un pan con otro pedazo. Lo que necesitamos probar es que Castro no fué *excluido* del Gobierno Nacional, y que Acosta no debió el gobierno á la política *electoral* del Presidente, que no influyó en las elecciones, aunque sea posible que el Dr. Alsina, tuviese influencia en Buenos Aires.

Pero lo repetimos. Alsina no era amigo ni sostenedor del Gobierno, y por tanto ni Castro ni Acosta debieron su puesto á la política electora de un Presidente.

Si vicios hay y hubo en las elecciones y en el sistema electoral, cuando se eligió á Castro, y antes á Alsina, y andando hacia atrás, á Mitre, que en 1852 puso cátedra del arte de elegir gobernadores en Buenos Aires. Pero es una

iniquidad atribuirle al señor Sarmiento que él inventase nada de nuevo, cuando no tuvo una política electora, ni se puso de acuerdo con el Dr. Alsina, á quien negó toda ingerencia en el ejército, ocho días antes de dejar el gobierno.

Decididamente, no la deplegó en Buenos Aires; donde eligieron bajo su gobierno á Castro, mitrista opositor, á Acosta, alsinista, opositor entonces.

Desgraciada ó felizmente hay un documento irrefragable de la política electora de un Presidente en las Provincias, (pues que en Buenos Aires no lo fué), y confesion de parte releva de prueba.

Veamos el documento:

La intervencion decian sus ministros, en el seno del Congreso, es una arma política que tiene el Presidente (Sarmiento) para sostener las Legislaturas, y Gobiernos amigos, y dejar derrocar á lo que lo son.»

Citadas estas frases en letra bastardilla, se hacen notar como irrecusable testimonio.

Sin embargo, algo puede decirse para atenuar su fuerza.

Hemos buscado en las sesiones del Congreso, esta declaracion, y no consta de la redaccion taquigráfica de las sesiones.

No teniendo fecha, pudiera ser que se nos escape.

Permitido es pues, dudar de su existencia y de la redaccion de la frase, pues que cinco ministros no han de haber usado la misma. Pidiéramos nombre de autor del ministro que tal dijo, fecha, y lugar, sin lo cual creeremos que es apócrifa la cita; y una política electora de un Presidente, no se prueba con palabras de un ministro, á no ser que acuse al Presidente, ni los hechos constantes no la comprueban.

Háblase en seguida de tal declaracion de Corrientes, y es de suponer que á Corrientes se refieren aquellas frases.

En 1868, al recibirse el nuevo Presidente se encontró con que le legaban una intervencion pedida tres meses antes, entre dos ejércitos en armas.

El Presidente mandó al Ministro Velez á poner término al largo conflicto; este los desarmó á todos, y quedó el partido *mitrista*, nacionalistas ó lo que quieran, gobernando con Pampin, Guastavino, Baibiene, en el gobierno, Torrent,

Justo en el Congreso, Azcona, Reguerra en las comandancias. No hubo política electora del Presidente y si la hubo, fué en favor de sus adversarios.

Sería á los tres ó cuatro años despues?

Pero la oposicion de los Mitre, Elizalde, Costa y demas, ingresados durante los anteriores años, no fué estorbada por una politica electora, y no hay politica sino cuando hay sistema. No hubo sistema en Buenos Aires, no lo hubo en Corrientes, antes de aquella supuesta declaracion que los ministros Tejedor, Dominguez, Frias, Gainza ó probablemente Avellaneda, debieron hacer en el Congreso, de la cual no hay constancia, sin embargo, pues no tomaron la palabra.

Ocurrió mas tarde un hecho singular en su género en Corrientes. El Gobernador Baibiene, dirigió una circular á todos los comandantes de campaña, á todos los militares, aun adversarios de su gobierno, invitándolos á *ayudarlo á elegir* un gobierno que le sucediere, para que todos los *correntinos* reunidos, *resistieran al Congreso*, cuando tratase de las Misiones, que eran, según él, de Corrientes.

Una circular le fué traída original al Presidente (de diez ó doce iguales), con la firma de Baibiene, y el Presidente la hizo publicar, para conocimiento de todos. Era un gobierno *elector* el autor de ella, no por conjeturas, sino por un acto público en que declaraba que iba á darse un sucesor, en abierta sedicion contra la Nacion invitando por circulares no al pueblo, sino á los militares, á entrar en el plan.

Segun la teoría que hace el mayor de los crímenes el ser gobierno elector, y siéndolo Baibiene, no por conjeturas sino por circulares con su firma, el Presidente debió evitar la consumacion de tan feo crimen.

El Presidente no procedió, sin embargo. No se puso en relacion con los coroneles Sosa, Azcona, Insaurralde, Reguera, que denunciaban el atentado, ni con *alma nacida* de Corrientes.

El Presidente, sin embargo, manifestó al Consejo de Ministros sus dudas, no de que fuese Gobernador elector Baibiene, que lo era descaradamente, sino de la obligacion de proceder, contra conato de sedicion, creando por medio de comandantes de campaña y militares un gobierno que

sublevase la provincia de Corrientes, cuando el Congreso tratase de las Misiones, en caso de resolver otra cosa que lo que quería Baibiene.

Los ministros aconsejaron esperar á que se produjesen hechos. En eso quedó lo de la circular sediciosa y electora. No hubo, ni aun así, política electora de un Presidente.

El asunto no paró ahí, sin embargo. Hubo alborotos en Corrientes, sublevándose Azcona, Reguera, Pampin, Sosa, Insaurralde, contra el doctor Justo, que era el Gobernador de Baibiene, y el Presidente no creyó necesario intervenir para asegurar un gobierno contra el Congreso, con la misma discrecion con que la Cámara de Diputados no creyó prudente intervenir en Santiago, para restablecer al Gobernador Montes.

Pero no paró ahí el negocio de Corrientes. Presentóse peticion de intervencion á la Cámara de Diputados; y la comision de Negocios Constitucionales, compuesta de los señores Rawson, Gelly, Ocantos y Elizalde, que había aconsejado no intervenir en Santiago del Estero, aconsejó intervenir en Corrientes, allá porque nó, y aquí porque sí.

Pero la Cámara pensó de otro modo, y despues de un acalorado debate, en que los ministros no dijeron que el Presidente no intervenia en favor de los que conspiraban contra el Congreso, en Corrientes, como no había intervenido en Santiago, contra los que conspiraban contra el mismo, como don Manuel Taboada.

Fué, pues, la Cámara, en inmensa mayoría, la que no intervino en Corrientes.

ENTRE RÍOS

El Presidente *legítimo*, fué solicitado por los señores Velez, Varela, Arredondo y Mansilla, para admitir á conferencia al doctor que se decía traia encargo de dar seguridades al nuevo Presidente, de sus buenas disposiciones, etcétera, á lo que se negó-redondamente, dando por toda contestacion, el dicho de Nelson que, «cada uno cumpla su deber.» Mataron á Urquiza, y para establecer un gobierno regular, fué preciso someter al homicida que se había declarado Gobernador del Entre Ríos. Se nos dice

que el Presidente, buscó el apoyo *de los antiguos amigos nacionalistas* que había excluido.

Hay en esta asercion el mismo error que trajo la revolucion, puesto que con tal nombre llaman al motin de Setiembre, y es, creer que hay un ejército y jefes militares que no son nacionales sino *nacionalistas*. El Presidente dispuso de SU ejército, como Comandante general de armas, dándosele un bledo entonces saber, si el General Mitre era hermano del ex-Presidente; si el General Gelly había sido el brazo derecho del Brigadier General en el Paraguay, ni lo que pensaban los Generales Conesa, Rivas, etc., etc. Dispuso de las divisiones que llegaban del Paraguay, en la forma que lo juzgó conveniente; separó del mando jefes y generales, por razones de servicio, y en virtud de sus facultades, sin mirar á colores políticos, ni de partidos, aun el nacionalista, nombró comisionado nacional al doctor Pico, nacionalista y mitrista.

Concluida la guerra, fué nombrado en el Entre Ríos, por la junta de electores, Gobernador don Emilio Duportal, nacionalista mitrista, sin que el Presidente metiese la mano en ello; y habiendo este señor renunciado, por no encontrar un empréstito que solicitó en Buenos Aires, le sucedió el doctor Echagüe, tan conocido del Presidente, entonces como el señor Duportal.

Este caballero dirá si el Presidente le indujo á renunciar, habiéndole á su vuelta á Buenos Aires, ocultado en conferencia particular, que ya lo había hecho, lo que aleja hasta la idea de que indicase al doctor Echagüe.

No hubo, pues, política electoral en Entre Ríos, ni con Duportal ni con Echagüe.

SANTIAGO DEL ESTERO

« Santiago, dice el escrito de acusacion que contestamos, « Santiago se mantenía *independiente* de la influencia electora (del Presidente) en su *ex cep cio nal ré gi men au to nó mi co.* » ¿Tiranía?

Heroica mil veces Santiago! Solo allí estrelló la intriga, la cábula, la astucia de la política electoral del Presidente. Los Senadores y Diputados de Santiago, se dormian en sus bancos, sabiendo que debían votar *no*, cuando aquel

Presidente proponia un proyecto de ley; y *si* cuando *no*.
 ¿Para qué saber de qué se trataba?

El Presidente, sospechan algunos, cuidaba de conservar aquella joya de gobierno, *excepcionalmente* autonómico, segun lo declaró el Diputado Rawson, aconsejando no intervenir, ya que el Presidente no había querido hacerlo con Montes, por no hallarse, decia, en condiciones regulares; como el carpintero á quien le llevan una silla descompuesta, y dice no debe componerse, porque está descompuesta. ¿Y si estuviera compuesta? Claro es que debía componerse.

Los nacionalistas triunfaban, á la sombra de tanta libertad.

(Diciembre 21 de 1878.)

Hemos revistado cuatro provincias: Buenos Aires, Corrientes, Entre Rios y Santiago, y la disparidad de la marcha de los sucesos en cada una, muestra que no había un sistema de política electora, extraña á sus propios partidos. En Santiago no entra política de afuera, porque está tiranizado, y en Buenos Aires porque es libre. En Corrientes, una vez son nacionalistas los preferidos del Presidente, y otras los deja librados á su suerte. No hay, pues, una política.

¿Habíala en Córdoba? El que denuncia su existencia, asegura que en Córdoba, en 1874, triunfó el candidato de la eleccion del pueblo. Luego no hubo política-electora de un Presidente. Esto sucedía gobernando el doctor Rodriguez, que era nacionalista, y no Gobernador elector. Luego no había en Córdoba, ni Gobernador elector, ni política electora, excluyendo á los nacionalistas, representados en su Gobernador.

En San Juan, al fin, triunfó el pueblo, de la política electora del Presidente.

¿Cuándo? ¿Cuándo el interventor Frías, mandado por el Presidente, se entendió con los partidos y nombraron Gobernador á don Manuel J. Gomez, nacionalista contumaz?

Luego la política electora dejaba á los tiranuelos independientes, como los Taboada, influía en Córdoba con Rodriguez, nacionalista, para que le ganasen las elecciones, y en San Juan hacía por el contrario que obtuviese Gomez, nacionalista, el triunfo?

San Luis resiste á la política electora del Presidente, cede á la de jefes militares y con el Senador Quiroga triunfa el pueblo, que como el de San Juan asistió á Santa Rosa, todo lo cual probará todo lo que se quiera, menos que hubiese una política general, pues, á haberla habido, los resultados serían iguales en todas partes, y se nos dice que en Mendoza, en Tucuman, Jujuy y allá en *Salta*, el pueblo en mayoría hizo elecciones legítimas, adversas á los nacionalistas. Fatiga el empeño de demostrar la simple verdad que arrojan los hechos, y es que habrán vicios electorales por todas partes, á veces, en favor ó en contra de los nacionalistas; pero que en ninguna se descubre *una política*, un sistema constante en un cierto sentido.

Quiere citarse la de Santa Fe donde hasta hoy vive excluido el partido nacionalista del Gobierno? ¿Pero no fué el Presidente Mitre el que hizo excluir á Oroño? Los Cullen y Aldao á los Iturraspe, etc., interviniendo y aceptando la revolucion hecha contra el Gobernador Oroño, y que trajo por consecuencia el triunfo del partido opuesto, que no ha dejado en diez años que alcen cabeza por medio de revueltas intentadas los Oroño, Cullen, Aldao, y los Iturraspe, dando al contrario una serie de Gobernadores, tales como Cabal, Pascual Rosas, Iriondo y Bayo?

Cuánta impavidez no se necesitaba para atribuir al subsiguiente Presidente y á su política electoral el establecimiento de aquellos gobiernos y la deposicion y derrotas posteriores de Oroño! No hubo, pues, necesidad de política electora de un Presidente, desde 1868 hasta 1874, porque ya el ministro Costa le había ganado de mano, quitado Gobernadores nacionalistas, y ahogado al partido que formaban los Cullen, Iturraspe, Aldao, Oroño y demas personas notables de Santa Fe, que son enemigas de la situacion creada por Costa en 1867.

Creemos haber probado hasta la saciedad, con las mismas pruebas presentadas en contra, que si hay gobernadores electores en las Provincias, ni el Presidente Sarmiento introdujo el artículo, ni él tuvo una política electora.

Hasta aquí hemos refutado las aserciones caprichosas, de haber tenido el Presidente Sarmiento una política elec-

tora, para obtener, ó diputados por gobernadores electores, ó senadores por legisladores apócrifos, ó para darse un sucesor por la accion combinada de todos estos medios. Los cargos hechos prueban que se sucedían gobiernos, segun lo que creemos nosotros, por conservarse unida hasta 1874 la mayoría que nombró un Presidente legitimo por excelencia. Si influencias perturbadoras hubieron, debe atribuirse al progreso que en algunas provincias hacia la oposicion en minoría, de 1867.

Algunos jefes del ejército nacional quisieron hacer fuerza en Mendoza y La Rioja, unos en favor de Alsina, otros en favor de Quintana, ninguno de ellos, en favor, por entonces, de la minoría vencida en 1867. Los desórdenes electorales reprimidos en Buenos Aires por el gobierno nacional, ocurrían entre alsinistas y mitristas, ambos candidatos proclamados á la presidencia, ambos hasta cierto grado hostiles al Presidente.

Para desvanecer el error, hemos citado nombres propios de personas que darán testimonio de la verdad, y que nos complacemos en reunir aquí, para que declaren en contrario, que no fueron instrumentos, cómplices ó favorecidos de una política electoral del Presidente Sarmiento; á saber: diez ministros suyos: los militares Rivas, Arredondo, Vedia, Obligado, Roca, al mando de fuerzas; los gobernadores Emilio Castro, Acosta, Duportal, Rodriguez, Estrada, Quiroga, Manuel José Gomez, Montes, Taboada, los interventores Velez, Frías, y todos los diputados y senadores al Congreso.

Recordaremos que el General Mitre escribió á don Ambrosio Montt á Chile, antes del fallo de la Cámara, que jamas se habian hecho elecciones mas perfectas.

No olvidemos que las elecciones en su conjunto, no fueron el pretexto del motin de Setiembre, sino la aprobacion de las de Buenos Aires, en las que el Presidente ni remotamente, ni por simpatía personal siquiera, tenía ni ejercía influencia. Creemos mas, y es que no habría podido ejercerla, si hubiese querido.

¿Quién no conoce los resortes electorales de entonces, y las influencias?

Diríamos mas todavía; y es que á esa prescindencia de-

bió el poder gobernar un país entregado á las influencias personales, ó á las de los militares.

Y al hacer estas observaciones tan positivas viene una triste reflexion. ¿Será cierto, en efecto, que de una eleccion popular, la mas legitima que haya conocido el país, segun lo confiesan los que en ella fueron vencidos, hubiese en realidad sido, y el público lo ignore, el gobierno que mas libertad haya asegurado en las elecciones, dejando á los pueblos errar, acetar, enmendar sus errores, ó agravarlos? Gobierno bajo el cual vivieron los Taboada, sus enemigos, y á quienes un soplo del Presidente, habría hecho desaparecer, en cuatro ocasiones que le dieron para anonadarlos? Que solo fuese inexorable con los jefes de fuerzas, á quienes excarmentó de su antigua corrupcion de constituirse en jueces de eleccion, y protectores de libertades, que no es su oficio entender; y que el Presidente que no solicitó votos para sí, y dejó á todos en libertad de hacer uso de sus medios, buenos ó malos, casi siempre malos, habiendo descendido honorablemente de su puesto, y alejándose del torbellino de los sucesos, haya de descender á la historia, manchado con haber tenido una política electoral, que trajo una revuelta de jefes sus amigos, no obstante declaraciones solemnes en contrario: nada mas que por necesidad de justificarlas?

Ojalá fuese decoroso declarasen los que lo hicieron, cuántas propuestas confidenciales recibió para proponerle invadir el Entre Ríos, desde Corrientes, deponer á los Taboada desde Tucuman, entre otros cambios, ó suprimir obstáculos á su política; y la respuesta constante que á todos dió; como no es licito tampoco revelar las pequeñas insurrecciones, desobediencias y provocaciones de funcionarios públicos, de militares y aun de Gobernadores de Provincia, que desimuló ó corrigió, sin traer perturbacion ninguna, y cuya justicia han reconocido algunos mas tarde, no todos, pues hay quienes le guardan incurable encono!

A esos mismos y á todos, aseguramos en nombre de la verdad histórica, que no hubo UNA POLÍTICA ELECTORAL, regida por UN PRESIDENTE, ni para sostenerse en su Gobierno, por serle útil, ni para darse un sucesor, pues quiso ahorrarse, cuando mas no fuese, una tarea molesta y ociosa:

OTRO DIAPASON

(Diciembre 23 de 1878.)

«Quitad, se dice, la fuerza de línea en 1874, y el pueblo no habría sido burlado, con la falsificación que se hizo... El Gobierno Nacional entonces ha concurrido á que la administración de la Provincia, (D. Mariano Acosta), suprimiese el libre sufragio.»

Habiendo demostrado que no hubo política electoral, con los gobernadores como instrumentos del Presidente, ahora parece que este alto funcionario ayudase á la política electoral de aquellos.

Gánase algo en esto, y es que no fué el Presidente el que se hacía elector, sino que siéndolo los Gobernadores de Provincia, el Presidente les prestaba apoyo para suprimir el sufragio.

Importa, sin embargo, restablecer la verdad; y seguiremos en esto el plan que hemos seguido antes.

A las aserciones dogmáticas, oponer los hechos y restablecer las leyes suprimidas, invocar los testimonios contemporáneos.

Hay una frase oscura en aquella observacion. Restableceremos la que conviene.

Sin la presencia de las tropas de línea en 1874, *la parte del pueblo* que sostenía la candidatura del General Mitre no habría sido burlada por la escandalosa falsificación que hizo la administración que había creado, *la parte del pueblo* que sostenía al Dr. Alsina.

Siendo esta la verdad, quita el carácter de parcialidad y violencia que se atribuía al Gobierno Nacional y á la política electoral de un Presidente.

Hasta entonces, el Dr. Alsina no había disistido de su candidatura, por lo que el Presidente no es sospechable en esos actos, ni de afición á la del Dr. Avellaneda, que no era el objeto de las elecciones en Buenos Aires; ni podía preverse que mas tarde se asociase Alsina á esta otra candidatura.

El Dr. Rawson, partidario *de la parte del pueblo*, que se dice defraudada, dirigió una carta á un diario, que una frase

hizo célebre, manifestando su complacencia, hasta hacerle *derramar lágrimas* de felicidad al contemplar los progresos que había hecho el pueblo de Buenos Aires en la práctica de las elecciones, pues no solo había reinado la mayor libertad en las mesas de Catedral al Sud y Norte cuyos actos presencié, sino el mayor decoro y orden de parte del pueblo.

Esta es una declaración importante, contemporánea, de testigo presencial, y caracterizado, perteneciendo *á la parte del pueblo* que hoy juzga de otro modo.

Las mesas de Buenos Aires eran catorce, y solo en una, casi de extramuros, ocurrió intervención de la fuerza.

En Balvanera, en el local de las elecciones, no había tropas de línea. Una fuerza estaba acantonada en la plaza de Lorea, distante muchas cuadras de la mesa. Cuando su jefe oyó tiros y descargas en Balvanera, *requerido al efecto*, se dirigió á la iglesia, lugar de las elecciones, y cualquiera puede calcular el tiempo necesario para llegar á paso de trote.

Cuando hubieron llegado á las inmediaciones, no se dirigieron á la mesa electoral, sino que guiados por el humo de la fusilería, acometieron una casa de enfrente, que tomaron sin hacer fuego, prendiendo cincuenta y seis individuos y tomando setenta fusiles Enfield, y municiones, treinta ó mas revolvers, ochenta ó mas puñales etc. La lista de personas y armas consta del sumario que se levantó, y entregó á un juez.

En el atrio de la iglesia, yacían cuatro ó mas cadáveres, y había seis ó siete heridos.

Eran estos extragos hechos por *la parte del pueblo* que sostenía la candidatura Mitre, sin contestación de la *otra parte del pueblo*, que sostenía la candidatura Alsina.

Había algo mas de particular. La parroquia de Balvanera, no peca por adhesión á Mitre ni á los nacionalistas de entonces.

Allí tenía partidarios Alsina, no Avellaneda, ni el Presidente elector. Los conserva aun en mayoría el partido autonomista; y si se replica que entre las influencias electorales y sus hombres notables hay allí federales antiguos, convendrá en que tienen el mismo derecho que los nacionalistas *pur sang* para votar.

No necesitaban, pues, del fraude para triunfar, pues eran

mil contra ciento, y así se conservan hasta hoy. Necesitaron solo que no los acabaran de fusilar los de la batería ó canton de enfrente de la iglesia, donde se habían acumulado de antemano armas de fuego y blancas.

«Quitense las fuerzas de línea (de Balvanera en 1874, como se dice y el pueblo habría sido fusilado durante dos ó tres horas, operacion que no duró sino el tiempo necesario para que la tropa, al oír los tiros, llegase de Lorea á Balvanera.

No ocurrió mas novedad en las elecciones. Si había fraudes en algunas parroquias, en Balvanera hubo la mas criminal agresion. El Dr. Rawson dió testimonio de que todo se pasó en orden en las parroquias que él visitó, y esto quita toda fuerza á la sospecha.

La captura del armamento reunido en la casa canton de Balvanera, prueba una violencia preparada de *antemano* en una parroquia en que estaba conocidamente en minoría *la parte del pueblo*, mitrista; porque de las candidaturas de Mitre ó de Alsina se trataba solamente.

Esta premeditacion del crimen, justificaba la accion de las tropas para garantir la vida de los hombres. Era un propósito confesado ó mal disimulado de ambos partidos, en lugar de elegir, batirse en todas las parroquias, teniendo se decía, cantones en todas y depósitos de armas.

Consta esto de los documentos de entonces.

Se había logrado en los diarios desacreditar y envilecer á la *policia* de seguridad, y los unos se proponían llevársela por delante, y el gobierno no contaba con medios para dar la autoridad y poder.

El Presidente creyó de su deber estorbar un escándalo vergonzoso; pidió informes oficiales al Gobernador, acerca de la situacion (corren impresos) y obtenténdolos *alarmantes*, por declaraciones de la policia de varios homicidios ocurridos en las afueras, entre gentes preparadas al choque, procedió:

Primero. A hacer imprimir en grandes carteles la parte penal de la ley de elecciones, y la parte de la ley de *Justicia Federal* que declara *sedicion* la violencia en las elecciones, y la manera y requisitos de hacer uso de la fuerza (nacional) para reprimirla en el acto de aparecer, y estos carteles se fijaron en las esquinas, para que los *cándidos* no alegasen ignorancias y desistiesen de su criminal propósito.

Segundo. Dirigiendo una carta al señor Gobernador, que se publicó, reproduciendo nota del Ministro argentino en Nueva York, dando testimonio (oficial) de como se aseguraba el orden en las elecciones en las grandes ciudades, anunciando desde el día anterior, por la prensa, los lugares en que estarían colocadas las fuerzas, de á cien, de á seiscientos hombres, á mas de dos empleados de policía en cada mesa, etc.

Esto se hacía para desvanecer el error, muy valido hasta entonces, de que en día de elecciones la autoridad y la fuerza se eclipsaban, precisamente cuando mas se necesita hacer respetar las leyes y garantizar las vidas.

Con estas medidas previas encaminadas á disipar errores y desarmar resistencias por el convencimiento de la sin razon, el Presidente, en la orden del día, distribuyó fuerzas de línea en diversos puntos, y dió instrucciones *escritas y firmadas* á sus jefes, y la manera de proceder, conforme á la ley, en la represion del desorden.

La verdad histórica, irrefragable, es que no hizo uso de las armas la tropa, ni aun en Balvanera, donde se limitó á desarmar y prender á los furibundos que habian muerto á varios inocentes.

La mas triste de las verdades históricas es que no hubo justicia para aquellas victimas, tan inutilmente sacrificadas.

Esta es la influencia que las tropas de línea ejercieron en las elecciones de 1874.

Es la misma que por orden de Lincoln habian ejercido en Baltimore, aun contra la voluntad del Gobernador separatista.

Era la misma que ejercieron, despues en la Carolina del Sur y en la Luisiana en elecciones, limitándose á estorbar actos de violencia. Es la misma, en fin, que hace meses ejercieron en Buenos Aires, despues de la conciliacion, fuerzas de policía en el atrio de una iglesia, á diez pasos de las mesas, haciendo fuego sobre perturbadores, dando muerte á uno é hiriendo á cuatro, aunque no sepamos si *La Nacion* reprobaba esta vez el acto que hoy se denuncia como coaccion del voto, no dicen si de los muertos ó heridos en el atrio de Balvanera, ó de los cincuenta y seis tiradores acantonados enfrente, para fusilar mesas

donde no podía haber fraude, pues era en la parroquia en que es hasta hoy mas fuerte el partido opositor á los nacionalistas de entonces.

Sabemos lo que son las preocupaciones y la venda de los partidos. Despues de leído lo que precede volverá á repetirse lo de los gobiernos *electores*, en cuanto á la política electoral de un Presidente, y de la violencia que ejerció con las tropas de línea en las elecciones de 1874, sin la cual el pueblo.....!

«Quitad, se dice, la fuerza de línea de la eleccion, en 1874, no habría sido burlado por la administracion de don Mariano Acosta.» ¿Era desde la azotea que da frente á la iglesia de Balvanera, que el pueblo evitaba la falsificacion de votos, que en aquella parroquia era inútil?

Así se defiende el pueblo! No hace tres dias que el mismo diario con esa frase y la mas chocante falsificacion de la historia, la resistencia á la ejecucion de las leyes, pretextando que los Estados Unidos debían su independencia á un acto semejante.

No hay hoy ni pretexto siquiera para deprimir actos que no fueron aconsejados por miras ni propósitos torcidos. El Presidente, en 1874, nada tenía que ver con don Mariano Acosta ó Alsina, ó Mitre, que se disputaban la eleccion en Buenos Aires. Mucho tenía que cuidar, sin embargo, de que bajo su administracion y en ciudad tan grande se derramase sangre en combates fratricidas. La sangre fué derramada, sin embargo, y no lo fué por las tropas de línea, lo que justifica la prevision de las medidas tomadas para contener el desorden.

DA CAPO

(Diciembre 30 de 1878.)

Nuestras señoritas, como que están en mayor número que el sexo viril, mas al corriente de los signos musicales, saben lo que deben hacer cuando encuentran la palabra *da capo*, que es volver al principio de la pieza que ejecutan, y repetir segunda vez el trozo ya ejecutado, lo que hace un excelente efecto, pues las sensaciones musicales ya producidas, se despiertan como un recuerdo plácido y como

si las melodias aquellas fuesen ya parte de nuestro ser, ó un micrófono de Edison.

Así, el organito de Berberia, que tal se llaman los que en las calles nos prodigan sus composiciones estereotipadas, cuando acaba su pieza hace *da capo* tambien, y vuelve el manubrio á dar vueltas y vuelve la barcarola, la aria de la Sonámbula ó de la Linda de Chamounix y quien sabe si la marsellesa roncadora, á regalarnos el oído.

¡Feliz el que va pasando y puede acelerar el paso, despues de haberle arrojado al *diletanti* un cuarto! ¡feliz mil veces feliz, el que puede cerrar su ventana, para no oír segunda y tercera vez, la acreditada ária: *La política electoral de un Presidente*; acreditada en el original, pero malditamente traducida en el organito, por faltarle á este tres ó cuatro dientes de bronce, y ostentar ademas sendas grietas por donde silva, ronca y gime el aire, no obstante el paño verde que lo cubre, desafinando cada vez mas, á medida que vuelve *da capo*, la misma pieza.

No obstante que los ingleses tenian ya *the common law*, el derecho contra toda *public nuisances*, traduccion del *commodo et incommodo*, del derecho romano, han arrancado al Parlamento, (no se dice si por una manifestacion monstruo), el derecho de notificar al del organito que siga su camino, so pena de mandarlo al *work house* por vago y mal entretenido, si persiste en horadar el oído de las personas houradas, que no quieren oír la sexta edicion de *política electoral de un Presidente*, aunque venga acompañada de cimbales y tambora. Nuestro Código Civil ha refrescado la vieja idea del de *commodo et incommodo*, en nuestro derecho; pero no alcanza á la imprenta, que es libre, ni contra las viejas costumbres que han dejado en los ánimos la tradicion de la ventaja de repetir mañana y tarde, al despertar, al comer, y al dormir, al bostezar ó estornudar: *viva el Restaurador de las leyes! mueran los salvajes unitarios!* que así se vence al fin, y se embute una idea ó una mentira, á fuerza de repetirla en el ánimo *desapasionado* y distraido del auditorio.

Queda establecido pues, que hubo una política electora, que produjo un Presidente regularizado, rescatado y hecho de nuevo, á *neuf*; porque si ponemos en duda la mas pequeña parte de la proposicion, á *Dios... DA CAPO!* y princi-

piará de nuevo el organito, con la consabida pieza y refuerzo de ronquidos, resoplidos, y suspiros del malhadado instrumento.

Se declara, pues, suficientemente debatido el asunto; y sometido á votacion, resulta por unanimidad, declarado que hubo una politica electora de un Presidente.

Y decimos por *unanimidad*, porque llegado el caso de la votacion, se declara que los alsinistas no eran cosa, ni los que seguian á Urquiza gente, siendo cuando mas provincianos, y unos nacionalistas refractarios que se les unieron, no cuentan en la iglesia ortodoxa católica, habiéndose todos ellos, así que alumbraron de un Presidente elector en 1868, reunidos á los buenos creyentes, pedídoles perdon de su extravio momentáneo, y prometídoles como á todo niño mal criado ó travieso, no *volverlo hacer mas*, con lo que en la eleccion de 1874, el Presidente elector se encontró solo con los gobernadores electores y las polainas blancas, con los cuales manipularon un nuevo Presidente, que es el actual, á quien Dios guarde!

Este á su vez, viendo que no lo había elegido nadie en la Verde y en Santa Rosa, donde se hacian las elecciones, se dijo: pá los pavos! y dirigiéndose á la fuente de toda legitimidad formada por los mismos que tienen el encargo de lavar niños sucios con el pecado original de venir mal electos, y administrado que le fué el bautismo, y recibida la sal sapientiaë! que gesto debió hacer! quedó cristianado y apto para desempeñar en gracia, las funciones de su cargo, que son, absolver pecados y conceder indulgencias para los que en adelante se cometan.

Cómo se legitiman los gobiernos ilegítimos, ya que sabemos cómo se deslegitiman los legítimos? Vaya un ejemplo al caso:

Ahí está Catriel. Alzó su voz autorizada en el Azul, en Setiembre, contra el usurpador.

Protestó en la Verde, y prefirió vagar en el desierto, antes que reconocer un gobierno usurpado.

No bien supo, empero, que se tocaba á conciliacion, cuando echando pelillos á la Pampa, se presentó aquí, reconoció y legitimó al gobierno, recibió sus raciones atrasadas y va á ser nombrado Inspector de caballadas flacas en los bañados de Palermo, esperando la reunion

del Congreso de Conciliacion para darle un grado, pues es sabido que si no se hubiese internado en la Pampa con su indiada, Alsina no hubiera tratado de avanzar la frontera, ni Roca de acabar con los indios.

Otro principio absoluto, es que el Congreso es juez de sus elecciones, y el ejército el juez de Congresos.

El Congreso del Paraná, fué derrocado por la Legislatura de Buenos Aires, por ser Derqui elector, luego....., el nacional de 1874 hubo de ser derrocado, por ser Sarmiento elector; y si no se produjo el hecho, las consecuencias fueron las mismas.

El intento constituye el derecho patrio, puesto que produjo la conciliacion, desde cuya época comienza la egrira nacionalista, porque toda legitimidad proviene de la regularizacion que dan ó niegan los nacionalistas, ganen ó pierdan las batallas, sin pagar las costas del pleito, que paga la nacion, porsupuesto, de la que son apoderados espensados.

Se deben obedecer las leyes? En absoluto, sí; pero en particular no. (*Véase como se defiende el pueblo*).

Todo esto queda probado y aceptado. Entre la abundante copia de argumentos, se ha introducido uno nuevo, que provocaria una segunda cuestion y otra composicion musical que damos de barato al diletantti. Tal es la que resultaría de este: «Nadie puede decir, sino de broma, que el General Mitre tomó parte en las elecciones, porque en verdad es notorio que no lo hizo.»

Este es un nuevo pleito que nos suscitan, tendiéndonos el poncho para que pisemos; pero ya nos bastan y sobran los porrazos que nos hemos llevado. Conocemos y conoce Buenos Aires, la austeridad ejemplar y principios del gran Caton argentino, en materia de gobiernos electores. Desde los principios de su carrera, se hizo notar por su rigidez. Nada de fraude, nada de violencia, nada de quebrar mesas y romper los registros. Tuvo discípulos y admiradores. Uno solo no aprovechaba las lecciones, y en prueba de ello, que cuando llegó á ser Presidente, inventó de todas piezas la policia electoral. Al General Mitre, Presidente, y en su ausencia á sus discípulos, y sobre todo á Juan Evangelista, debió sucederles que, cuantas mas elecciones ganaban, mas rígidos, mas austeros, mas intratables se

ponian, en materia de fraudes y elecciones, y como la virtud tiene al fin su recompensa, nunca largaron el mango de la sarten, hasta 68, catorce años de una sola colada, y sin tomar resuello. Ministro, General medio vencido y por tanto Gobernador; Brigadier vencedor y por tanto Presidente interino; y cayéndose de su peso Presidente por seis años, para continuar Presidente perpetuo de la mesa donde se legitiman los nombramientos hechos por el Congreso.

Los que sucedieron y habrán de sucederle, habiendo ya puesto á dos Presidentes su *visto bueno*, si bien se dejó tironear un poco para concedérselo al último, por no estar muy en regla sus papeles; y sino puede preguntarse á Muñoz. Estos legitimadores de elecciones fraudulentas, no gozan sueldo, en diez años que hace llenan tan altas funciones; sirven gratis, por puro patriotismo!

Porque toda esta sonata y aquel eterno jugar de organito, es para humillar, para avergonzar de su origen al actual Presidente, repitiéndole en todos los tonos: Presidente ilegítimo, Presidente regularizado, Presidente sin autoridad, Presidente perdonado, Presidente recortado á la medida de la Conciliacion.

El Presidente anterior era el mas legítimo que habíamos tenido, «concurriendo en el Congreso de 1867, *algunos á la* «SUPERCHERÍA á que se debió su proclamacion (número de «*La Nacion* de ayer) y que fué *legitimada* por el asentimiento «de sus opositores», Mitre, Elizalde, Costa, etc.

El mas legítimo, 1867, fué fruto de la supercherfa, como el menos legítimo lo fué de la política electoral, 1874.

«En prueba de lo cual, decíamos, aquel Congreso pesti-
«lente en la *moustruosidad* que representaba su personal
«al concluir aquel, 1868, y elegirse al nuevo Presidente,
«que lo puso á las puertas de un abismo, pues su exis-
«tencia (del Presidente) no dependió sino de la suerte de
«las batallas.»

«Si aun requirieran mas pruebas, añade, presentaríamos la triste herencia que recibió la *política de conciliacion*, (la del Presidente).

«A la primera renovacion, bajo el imperio de la conciliacion (antes decíamos bajo la imperio de la Constitucion) «será *del todo regenerada la Cámara*,» fruto legítimo en matrimonio, en segundas nupcias, del Presidente.

Y el pobre paciente á quien le repiten diariamente en sus barbas que no es Presidente, sino merced á la suerte de las batallas, tiene que devorar en silencio las doctrinas que ha dejado, como la mala yerba, crecer á su lado, y que lo envuelven y lo sofocan, sin poder como nuestro abuelo, en su Insula, cansado de las impertinencias de sus ministros y palaciegos, rebosando en honrada indignacion, decir, una vez por todas al que le habían puesto al lado para hacerle sentir la nada de su poder.

« Señor don Pedro Recio, de mal agüero, natural de « Tirteafera, lugar que está á la derecha mano, como vamos « de Caracuel á Almodovar del Campo, á la mano derecha, « graduado de Osuna, quítese luego de adelante; y sino, « voto al sol, que tomo un garrote, y que á garrotazos, « comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda « la Insula, á lo menos de aquellos que yo entienda que « son ignorantes; que á los médicos sabios, discretos y « prudentes los pondré sobre mi cabeza, y los honraré « como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me « vaya Pedro Recio de aquí, sino tomaré esta silla donde « estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pidan- « melo *en residencia* (juicio de impeachment) y yo me « descargaré con decir que hize servicio á Dios en matar « un mal médico, verdugo de la República.»

Venía tanta cólera de que le negaban el acceso á unas perdices, estando muerto de hambre; pero ni el Duque, ni el médico, tuvieron nunca la crueldad de hacerle sentir, á cada hora que no era tal Gobernador de la tal insula Barataria, que acaso entonces habría requerido su sombrero y cabalgado en su buen rucio.

Bajo el *imperio de la conciliacion*, no quedará uno, ni entrará ninguno al Congreso, ó á la Presidencia, nombrado bajo el imperio de la Constitucion, eso sin que lo digan.

Todas las provincias (depuestos los Gobernadores, encarnacion del crimen) serán Corrientes, donde todo es de un color, cámaras, gobierno, jueces, bajo la inspeccion de un Comandante General de armas, que es por donde principia la conciliacion, siempre, con su hermano Vice Gobernador, con ministros que no eligió el Gobernador, y con un Gobernador que jura por el sol, que es no solo Gober-

nador sino que gobierna por medio del Comandante General de armas.

Nosotros tambien juramos, por los Gobernadores electores, que bajo el imperio de la conciliacion, las generaciones venideras hasta la segunda, serán conciliadas, *nemine discrepante*, como lo fué Buenos Aires, desde 1827 hasta 1851 en que empezaron las discrepancias, la manía de querer pensar de otro modo que el Restaurador, Conciliador, pues una idea extrema, ó una mixta, cuando se convierten en sistema de gobierno, producen el mismo efecto.

El lecho de Procusto, es el metro de la santa conciliacion. De ese largo, del largo oficial, ha de ser el pensamiento de cada uno. Al que le falta se le estira, al que le sobra se le corta; hasta que la conciliacion reúne á todos, en una misma fisonomia, y talla á cordel nacionalista, con derecho de reversion del gobierno á su origen: una revolucion.

ERRORES ACREDITADOS

(1882.)

Un diario de la mañana, asegurando que el Presidente Sarmiento favoreció candidaturas, segun lo demuestran históricamente ciertos hechos, se contenta con saber que el General Sarmiento desaprueba ahora tales actos, para darse por satisfecho.

No hay enemigo mayor de la verdad que el historiador preocupado de su propia idea. El historiador católico no solo ha hecho los santos, sino que ha creado los milagros. Véanse las historias de Lozano, Zolorzano, sobre la presencia é ingerencia decisiva de la Virgen y del señor Santiago en las batallas que refieren. Los castigos de Dios sobre herejes é infieles se ven y palpan á cada estornudo.

Por eso nos santiguamos al toser, bostezar, etc.

Así se escribió la historia de la Revolucion Francesa, hasta hace poco, perpetuando por la enseñanza y la aprobacion, los errores mismos que la comprometieron.

Los liberales que crearon con sus exigencias las dos tiranías de los emperadores, habrían creado una tercera de 1870 adelante, si los mas experimentados protagonistas,

Thiers, Dufaure, y otros no hubieren al fin fundado la República sobre mejores bases.

Necesitamos levantar la moral política de la vergonzosa postracion á que la ha traído la fraudulenta maña de explotadores sin conciencia y sin antecedentes; y cuando un escritor tenido por honrado y republicano sincero, dice de un Presidente que tendrá la gloria de no haber con dos mas que señala, falseado las instituciones, otro asegura que los falseó, aunque le acepta la confesion, con lo que el fraude gana un nuevo triunfo, deshonorada así la declaracion que se tenia por verdadera.

Luego, todos mienten, aun los que reprueban los hechos!

Creemos que no ha sido tal desmentido meditado y queremos que no pase inapercibido, sin enderezar la historia ó la crónica, ó la chismografía que todo parece lo mismo.

Un acto humano tiene antecedentes y objeto. Antecedentes en ideas recibidas ó aceptadas, objeto en esperanzas ó propósitos propios.

Apliquemos estas reglas al caso presente.

El señor Sarmiento, al entrar á la Legislatura de Buenos Aires en 1858, presentó un proyecto de ley de elecciones, que trataba de asegurar á todos, al mayor número, la libertad del sufragio; y no pudo hacer pasar su proyecto.

Luego hay un antecedente para creer que en todos tiempos trató de asegurar esta libertad; y como nadie lo haya acusado de que entonces de 1857 á 60, falsificase votos, es claro que su conducta era irreprochable, y conforme á sus proyectos de ley.

Habiendo estado ausente del país cuando se hicieron las elecciones de Presidente en 1868, no le han de culpar que usase de influencia ninguna torcida, para ser electo. Recibido de la presidencia, encontró en la prensa la mas decidida y grosera oposicion, y en la Cámara una mayoría organizada y hostil. Esta mayoría duró todo el tiempo de su gobierno, y en el Senado produjo la escena escandalosa de un voto unánime de censura, movido por pasiones perversas; sin que opusiese otra política que defenderse.

Hoy consta que si alguna vez estuvo en contacto con los señores Mitre, Quintana, Oroño, Granel, Rawson y otros de sus adversarios políticos, no mejoró esto, ni cambió la

situacion de los ánimos, continuando hostiles á la política, hasta despues de concluir su gobierno, hasta despues de nombrado Senador, donde fuó acusado por Rawson y hostilizado por sus antiguos detractores, lo mismo que antes.

¡Qué malvado era aquel Presidente para excitar tanta saña, en la prensa y en la tribuna, y que Santo Bendito es Roca á quien no denuncian de salir de bordeles como al Presidente Sarmiento!

Es que han sido castigados por donde pecaban. Sarmiento como Presidente, tenía el mismo defecto que Luis Felipe como rey constitucional, y era dejar á cada uno gozar de su libertad, la libertad de errar la primera de todas; y el uso que de esa amplia libertad hacen los pueblos mal educados, es atacar ó derrocar el gobierno que los protege. Sarmiento era execrable porque Oroño era el tipo de las virtudes republicanas, y Quintana el oráculo de las ideas liberales. ¿De qué se quejan?

El señor Sarmiento presentó un nuevo proyecto de ley de elecciones para salvar á Buenos Aires de la combinacion del *voto de lista*, que ha creado el gobierno de Rocha y del *Juez de Paz*; y ni el honor de considerarlo le hicieron los que ahora le culpan de haber torcido el voto.

Ahora los republicanos de Francia han hecho justicia á la prevision de Sarmiento, y Rocha á la estupidez de sus adversarios, soplándoles la dama.

Se acercaron elecciones de nuevo Presidente, y entonces resulta históricamente, segun el diario aludido, que el Presidente influyó en el resultado de la eleccion.

¿Qué hechos históricos son esos? Deseáramos que al responder á esta pregunta, sino se presenta un documento se de el nombre del testigo que lo asegura.

En afirmaciones en que va la verdad de las instituciones, y la reputacion de un hombre público, que no es un malvado, bueno fuera abandonar el sistema inquisitorial que hemos heredado, para acusar sin que el reo sea *careado con el testigo* que se pone la careta del diario—para lanzar el cargo. Eso se deja para cronistas.

Estamos en los Hustings de Inglaterra y respondemos por el interesado á los cargos, como el defensor del reo Deponentes.

El General Mitre escribió á Chile y está publicado, que las elecciones esa vez eran libres, como nunca. *He ahí un hecho histórico.*

El gobierno intervino en San Juan, y resultó electo un enemigo del Presidente y partidario del General Mitre. *He ahí un hecho histórico.*

El Presidente ordenó publicamente á todos los Jefes de División, abstenerse de tomar parte en las elecciones, y resistiéndolo Arredondo fué depuesto. *Hechos históricos.*

Se publicaron los papeles encontrados en el cadáver del General Ivanowski asesinado, y ninguno recomendaba candidatos, ni se refería á elecciones. Esta fuerza fué pedida de la Rioja. *Hecho histórico.*

No se pueden justificar los hechos negativos, diciendo no hice esto, no hice aquello; pero hay como veinte ó treinta ex-gobernadores y ex-ministros de Provincia que pueden publicar ó denunciar lo que al caso se refiera. Si no puede ninguno hacerlo, es una fea accion estar repitiendo que hubo cierta complicidad, que por debajo de cuerda... etc., etc. El hoy General Roca, pidió su baja absoluta entonces lo que prueba que no estaba entendido con el Presidente en materia de candidatos. *Hechos históricos.*

Recibido el nuevo Presidente no podría decir el que concluyó, que no volvió á verle mas la cara, por que no faltó á los deberes y respetos obligados, por que sería contra la verdad estricta; pero los que suponen tales connivencias se han sentado muchas veces á la mesa del nuevo Presidente, y el señor Sarmiento no; han concurrido á sus Lunas en seis años y el señor Sarmiento no.

¿Para que fines pues favorecería, contra sus propias doctrinas, esta presidencia? Para influir sobre ella? No pisó mas la casa de gobierno, sino solicitado en las grandes crisis para dar consejos en reuniones públicas, consejos que daba con seguridad de que no serían seguidos, como no lo fueron nunca. ¿Esperando algun favor? Al dejar el gobierno pidió uno, y era desempeñar en la Exposicion de Filadelfia el mismo rol que ha venido á desempeñar tan útilmente el señor Regho Filho del Brasil en la Continental. ¿Cómo lo necesitaba el antiguo huésped de los Estados Unidos? qué brillo habría tenido la Exposicion

Argentina y la Sud-Americana con un Emperador y un ex-Presidente, amigo del Presidente Grant y tan conocido en el Departamento de Educacion, que el era uno de los que habian promovido su creacion como consta de documentos?

El Presidente en uso de su derecho, nombró á un jardinero aleman que no volvió mas, ni dió cuenta de los miles que le confiaron.

Esperamos, pues, que con estos hechos *históricos*, cese de mentir la historia argentina, privándose por desfigurarla inútilmente, del hecho que mas la honra, y es un político que desde sus escritos en Chile, su gestión en la Provincia de Buenos Aires, ó en la de San Juan, ó como Presidente, ó como Senador despues, en todos tiempos ha inculcado de palabra y de obra, la rectitud y la sinceridad del voto, como la única salvaguardia no ya de la libertad, sino de la civilizacion de estos países.

El publicista de que nos ocupamos segun lo hemos venido anunciando, hace hoy nuevos estudios sobre la situacion á que hemos llegado, y los peligros que amenazan á toda la América española, que tan incapaz se muestra de gobernarse, y es muy posible que el hombre de Estado, que cambió la lucha interminable y sangrienta de unitarios y federales en lucha de civilizacion y de barbarie, en que podían reunirse todos contra un bárbaro, y convocar un Congreso; por la autoridad de la razon con *Argirópolis*, nos dé todavía alguna luz sobre esta gangrena de la falsificacion, por el fraude, la violencia y el civilismo indigena, que ha puesto á la mayor parte de las Repúblicas hispano-americanas en mano del primer aventurero audaz y sin vergüenza, ni principios, que se alzase con el poder.

FIN DEL TOMO XLIX

ÍNDICE DEL TOMO XLIX

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| Advertencia del Editor | v |
| Introduccion | 1 |
| Gimnasia militar | 10 |
| Las culebrinas de San Martin | 17 |
| Guerra civil | 24 |
| Niquivil | 34 |
| Mendoza | 39 |
| Tiroteos de guerrilla..... | 45 |
| Maniobra frustrada..... | 52 |
| Sitiados..... | 67 |
| El campo del Pilar..... | 71 |
| Instruccion militar..... | 80 |
| En Chile.—Primeros escritos | 98 |
| Las cordilleras..... | 110 |
| Episodios en la Cordillera..... | 123 |
| Con Cultilño..... | 125 |
| Mis campañas en Chile..... | 133 |
| Africa..... | 136 |
| Combate del 20 de Abril en Santfago..... | 142 |
| La organizacion nacional.—Con Rawson | 151 |
| Represion militar y represalias de guerra..... | 171 |
| En el litis pendencia..... | 183 |
| ¡Eran represalias!!..... | 190 |
| Caseros | 200 |
| Despues de Caseros..... | 208 |
| Life in the argentine republic..... | 213 |
| El 8 de Noviembre apuntes para la historia..... | 230 |
| Las provincias y los provincianos..... | 237 |
| Pavon..... | 242 |
| Cartas con Mitre..... | 245 |
| Sarimiento á Mitre..... | 247 |
| Cartas á don Manuel Ocampo..... | 250 |
| Alcance á la foja de servicios..... | 257 |
| Candidato para presidente | 265 |
| La coz..... | 269 |

| | <u>Páginas</u> |
|---|----------------|
| El uno ó el otro..... | 281 |
| Un viaje de Nueva York á Buenos Aires.—De 23 de Julio al 29 de Agosto de 1863..... | 286 |
| Como se derrama la sangre en la República Argentina..... | 334 |
| Littera Manet..... | 362 |
| El presidente reo..... | 366 |
| Sangre y mas sangre sin una gota de sangre..... | 392 |
| La politica electoral de un Presidente..... | 398 |
| «La Nacion» se chancea..... | 407 |
| Otro diapason..... | 419 |
| Da capo..... | 423 |
| Errores acreditados..... | 429 |
